ALMA COLLEGE
LIBRARY
Alma, California

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XLIII.

TESORO

DE

ESCRITORES MÍSTICOS ESPAÑOLES.

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. e S.
SAN JOSE EL REAL Núm. 8.
APARTADO POSTAL Núm. 444.
MEXICO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.

TESORO

DE

ESCRITORES MÍSTICOS

ESPAÑOLES

publicado bajo la direccion

DE

DON EUGENIO DE OCHOA,

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

ALEJO VENEGAS. — JUAN DE AVILA. — LUIS DE GRANADA.
SAN JUAN DE LA CRUZ.

FATHERS LIBRARY ALMA COLLEGE LIBRARY ST. JOSEPH'S CHURCH Alma, California

ALMA COLLEGE 247.08 LIBRARY Oc 3 Alma, California

PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

OBRAS ESCOGIDAS

DE VARIOS

AUTORES MÍSTICOS

ESPAÑOLES

A SABER:

El Maestro Alejo Venegas: Agonia del tránsito de la muerte.
El V. Maestro Juan de Avila: Esposicion del verso, *Audi, filia, et vide.*
Fray Luis de Granada: Las Meditaciones y la Guia de pecadores.
San Juan de la Cruz: Cartas; Sentencias espirituales; Llama de Amor viva, Poesias.

HECHO BAJO LA DIRECCION

DE

DON EUGENIO DE OCHOA,

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARIS.
BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

44729

EL MAESTRO

ALEJO VENEGAS.[1]

AGONÍA

DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE,

CON LOS AVISOS Y CONSUELOS QUE ACERCA DE ELLA SON PROVECHOSOS.

ALMA COLLEGE LIBRARY Alma, California

PUNTO PRIMERO.

CAPITULO I.

En que se da la definicion del cristiano.

Para declaracion del primer punto, en que dijimos que la vida del cristiano recibida en paciencia es un largo martirio que se acaba en la muerte, es de saber que la imposicion de los nombres, con que se nombran las cosas, no es sino una medida con que en breve se traza el significado de la cosa. De la cual allende, que en las letras profanas se hace mucha mencion, en la Escritura sagrada se tiene en tanto, como en muchos lugares de ella parece, que no solamente hombres y ángeles entendieron sobre acuerdo en la imposicion de los nombres, mas el mismo

(1) Publicadas ya por nosotros con alguna extension, en el *Tesoro de los Prosadores españoles*, que forma el Tomo XXII de nuestra *Coleccion de los Mejores autores españoles antiguos y modernos*, las biografías de todos los que se incluyen en este *Tesoro de autores místicos*, nos limitaremos en él á dar un brevísimo resúmen de la vida y escritos de cada uno.

El Maestro Alejo Venegas nació hácia el 1500 en Toledo, en cuya universidad leia teología por los años 1545. Sus obras son: la *Ortografía* (Toledo, 1531, en 8°). — *La Agonia del tránsito de la muerte* (Alcalá de Henares, 1568, en 4°). — *Diferencia de libros que hay en el universo* (Toledo, 1546). De estas dos obras se han hecho varias reimpresiones. — *Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos*, que publicó Fray Rodrigo Yepes con sus obras, impresas en Valladolid en 1583.

Fué Venegas uno de los hombres mas doctos de su tiempo y uno de nuestros hablistas mas puros, de lo cual dan testimonio todas sus producciones. Entre ellas hemos elegido como mas notable por su alto argumento y por su noble y castiza diccion la *Agonia del tránsito de la muerte*, que no damos integra tanto por su mucha extension, cuanto porque consideramos muy superiores á los tres últimos, puramente metafísicos, los tres primeros libros de esta obra ó *puntos* (que asi los llama el autor) que son los que insertamos á continuacion.

Dios quiso poner su decreto, no solamente en los nombres enteros, mas aun en las letras y sílabas de ellos, como parece en Abraham y Sarra, que al primero añadió una sílaba, y al segundo se la quitó. Viniendo pues al propósito, no es otra cosa cristiano sino el hombre que en esta vida mortal guiado con fe, esperanza y caridad, imita en cuanto puede la vida de nuestro Redentor Jesucristo, de cuyo nombre se dice cristiano. De donde dice san Agustino: «Si te place, por ser cristiano, muéstralo por las obras que sean conformes al nombre que tienes.» Esto es porque, como dice san Juan: «El que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, este tal no se escapa de mentiroso, porque no conforman las obras con lo que dice.» Digamos, pues, que aquel se dirá verdaderamente cristiano, que en cuanto puede mide las obras con la significacion del nombre que tiene.

Gen., 17.

August., in multis locis.

1. Joan., 2.

CAPITULO II.

De las obras del cristiano, que son carga liviana.

Las obras del cristiano mas son trabajos de nombre que carga de gravedad, porque á la verdad tomados de voluntad son muy ligeros de soportar. De los cuales, dice nuestro Redentor: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* El premio que os pongo es muy suave, y la carga liviana de soportar. Por esto dijo el Psalmista: *Qui fingis laborem in præcepto.* Que Dios nuestro Señor puso nombre de trabajo al precepto. Porque parezca que hacemos algo cuando cumplimos su mandamiento, el cual es de suyo de tanta suavidad, que nosotros de nuestro, sin ser mandados, le habíamos de hacer. Porque no hay cosa en el mundo, que tan bien arme al cuerpo, y al alma, al niño, y al viejo, al pobre, y al rico, al siervo, y al señor, al vasallo, y al príncipe, al lego, y al sacerdote, al secular y religioso, como al mandamiento de Dios, que es un *si* cumplido de todas partes, sin tener un *sino*, que ama sin pena de pesadumbre, y sin falta, que haga mengua. De modo que aunque no miremos lo mucho que por el trabajo de estos mandamientos se nos promete, que es la gloria, por cuyo respeto el purgatorio es pena liviana, aunque no miremos que la ley evangélica se llama yugo: por donde parece que son dos los que obran: el principal de los cuales es Dios, y el hombre es la causa segunda, en quien, y con quien Dios hace las buenas obras: ellos en sí son trabajos livianos, ó por mejor decir golosinas del ánima, la cual pues no puede estar ociosa, y de necesidad se ha de emplear en alguna hacienda, no puede hallar cosa que tan á sabor de paladar le venga, como son los mandamientos de Dios: especialmente, que por ser trabajos de yugo, no los hace el hombre á sus solas sin que principal y juntamente los haga Dios en el hombre, y sostenga al hombre con ellos; como el padre que mandase á su hijo que

Matth., 11.

Ps., 93.

le trujese una cosa, no por necesidad que de ella tuviese, sino por hacer al hijo obediente, y el hijo por ser muy chiquito, no pudiese andar con la carga que tomó en sus haldillas. El padre viendo la diligencia que el hijo ponia en vano, solamente por la buena voluntad con que se movió á traer lo que el padre pidió, tomaria en sus brazos al hijo juntamente con la carga que el niño queria llevar á fuerza de brazos hasta llevarle al lugar disputado. Desta manera se ha Dios con los hombres en todas las cosas que les manda que hagan, porque no tiene fuerzas para hacer nada de suyo, si Dios no obra juntamente con ellos. De donde dice el Apóstol: «Hay diferentes maneras de obras, mas un mismo Dios es el que en todos las obra.» Y así como seria ignorancia de niño, que pensase que por haber llevado la carga en sus haldillas, se atribuyese el porte á sí mismo: así es ignorancia culpable del hombre, que por haber sido instrumento, aunque es causa segunda, en que Dios hizo sus obras, se quisiese atribuir á sí mismo la loa que se sigue de las cosas bien hechas. Por lo cual dijo David: «No á nosotros los hombres, no á nosotros, Señor, mas dad á vuestro nombre la gloria, que es loa que se sigue de las obras que en nosotros haceis.» Con esto conforma la sentencia de nuestro Salvador Jesucristo: Cuando con todo lo que yo os he mandado de todo punto hubiéredes cumplido, decid que sois siervos inútiles, y sin provecho, para habello hecho, de vuestro caudal y cosecha, si yo principalmente no os ayudara.

1. Cor., 11.

Ps., 113.

Luc., 17.

CAPITULO III.

Cuantas maneras hay de obras, y cuales son las que ha de hacer el cristiano.

Presupuesto ya que las obras del cristiano son los mandamientos de Dios, y Cristo, nuestro Redentor y Maestro, es Dios y Hombre verdadero, y las acciones de Cristo nuestro Maestro son instrucciones de la vida cristiana, la cual consiste en seguir las pisadas de su Redentor y Maestro, veamos qué son las cosas que nuestro Redentor nos manda hacer, cuando dice: «Si alguno quisiere venir donde yo voy, niéguese á sí mismo, y sufra sus tormentos de voluntad, y vaya por las estaciones y penalidades que yo.» Dice: *Si alguno quisiere*, porque la ley evangélica no fuerza á los infieles á ser cristianos, mas amorosamente los persuade el camino de la verdad. Dice *venir*, porque no ha de parar, que como dice san Bernardo: «El solo parar en el camino de Dios, es tornar atrás.» Por eso dijo el Psalmista: «Los que van por el camino de Dios, iban yendo sin detenerse sembrando las buenas obras, que frutifican grados de gloria.» Dice mas nuestro Redentor: *Post me;* porque ninguno presuma por su propia virtud entrar en el cielo, ó por otros caminos, fuera del fundamento ya echado por Cristo. Por donde no carecen de gran cul-

Matth., 16.

Bernar., serm. de trib. or.

Ps. 125.

palos que, dejando el camino de las virtudes teológicas, que nuestro Maestro nos enseñó, hacen fundamento y caudal de linaje. Item, los que confian en la santidad de sus obras, sin referirlas á Dios, que en ellos las hace. Tambien los que dejan de rezar al Santísimo Sacramento, y encomendarse á él en sus necesidades, toman unas devociones hechas en cierta manera: así, y no así, á manera de rito gentílico, que debajo de título de devocion, son puras supersticiones. Finalmente, los que dejan el camino real, por donde caminó la santa madre Iglesia, y caminaron todos los santos, y escoge unas singularides, por ser señalado entre todos, que no solamente no le descubran camino, mas sean instrumentos para hacerle mas ciego. Todos estos emboscados por la ignorancia ó por la presuncion pierden el camino de Dios, porque no se contentan de seguir las pisadas de su Maestro como los otros, mas porque se tengan en cuenta y estima, presumen ir adelante, como nuevos descubridores de nuevo camino, por donde piensan llevar á todos los amadores de novedad. Dice mas adelante: *Abneget semetipsum.* Niegue sus apetitos, porque en pago del pecado original, quedó la rebelion de la carne contra el espíritu: aunque desta pena se saca ganancia, que resistiendo varonilmente á la sensualidad, se gana victoria, á la cual corresponde corona de gloria. Hase pues de negar el hombre á sí mismo, por cumplir primero con Dios, en cuyo ser ejemplar tiene mas ser, y está por mejor manera que en sí mismo; como el arroyo debe mas á su fuente donde procede, que á sí mismo, y no se puede conservar sin su fuente. Dice mas adelante: *Tollat crucem*, que alce la cruz, porque los tormentos y pasiones que le vinieren significados por la cruz los tome de voluntad; y esto es llevar la cruz alta. Porque no hay hombre en el mundo que se escape de cruz, que son los trabajos y penalidades deste valle de lágrimas. Mas los que no van por el camino de Dios llevan la cruz arrastrando, llevan los tormentos; mas llévanlos á mas no poder, llévanlos á regañadientes, y si pudiesen los convertirian en sus deleites y pasatiempos. Finalmente pésales, porque no se pueden eximir de pasiones y rencuentros de adversidad, que repugnan á su apetito. El cual por la rebelion y concupiscencia desordenada, por la privacion de la justicia original, está tan desconcertado que si no se refrena con la regla de la razon no quiere parar, hasta que como furioso leon haga riza, no solamente de la razon natural, mas aun posponga los mandamientos divinos al cumplimiento de sus deseos: los cuales si una vez empiezan á descender por la cuesta abajo, no hay quien los haga parar: cuanto menos será bastante para hacellos tornar atrás, si la gracia de Dios no le ayuda. La cual es de tanto poder, que no hay tentacion ni natural apetito que no pueda vencer el hombre que, confiando en el socorro divino, se hiciere fuerte en la confianza que tiene de Dios: que, como dice el Apóstol, no consentirá que sea tentado mas de lo que buenamente, haciendo lo que es en sí, pudiere sufrir. Esfuércese luego el cristiano, y sepa que á un tanto que de resistencia pusiere, le ayudará Dios con cien tanto favor y socorro. Y sepa que no hay perro que tanto miedo tenga del palo cuánto tiene el diablo de la cruz. Aunque así como el perro no tiene miedo á los palos

1. Cor., 10.

que ve tendidos en el suelo, ó arrimados á la pared, así el diablo no se le da mucho por la cruz material. Mas así como el perro tiene miedo del palo que ve en la mano del hombre, así el diablo teme la cruz enhiesta, que es la cruz creida, y por fe viva ensalzada, y esta tal cruz firmemente creida es la que hace huir al diablo, andándose paseando de su espacio delante de la otra cruz material como el perro delante del palo tendido. Dice mas adelante : *Suam.* Porque no se descuide en la vida epicurea confiando solamente en la cruz de su Redentor, la cual aunque es caudal de la salvacion del cristiano, requiere las cruces particulares para apreciallas en sí, y hacellas merecedoras de gloria : que aunque por sí solas no tienen accion al menor grado de gloria, como dice el Apóstol : *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam*, encorporadas en la Cruz de nuestro Redentor Jesucristo se hacen tan meritorias, que cada uno podrá decir con el Psalmista confiando en la pasion de nuestro Redentor: « Abridme las puertas de la justicia, que se hizo en Jerusalen. » Cuyo valor me da autoridad á pedir osadamente por justicia la gloria, que por aquella justicia ganó para mí mi Señor y Redentor Jesucristo. Dice lo último : *et sequitur me.* Dígame que cada uno le imite, no solamente en su pasion sacratísima, mas aun en todo el discurso de su vida, que empiece en el pesebre de Betleem, y acabe en *consummatum est.* Porque á la imitacion de la vida, siga la resurreccion de la gloria. Debe pues seguir el cristiano á su Capitan, conformando su vida en lo mas que pudiere con la vida de su Maestro. Mas ha de mirar que en Cristo se consideran dos maneras de obras. Unas se dicen *opera virtutum*, que son obras de virtudes : y estas son las que el cristiano debe imitar. Destas dijo nuestro Redentor : *Et sequatur me.* Destas dijo en otro lugar : *Exemplum dedi vobis, et quemadmodum ego feci vobis : ita et vos faciatis.* Ejemplo os he dado que así lo hagais vosotros, como á mí me habeis visto hacer. Otras obras hizo nuestro Redentor, que se dicen : *opera potentiæ;* que son obras de poderío. La imitacion destas obras no solamente no es meritoria, mas seria pecado mortal. Porque estas solamente fueron menester en la persona de Cristo, para que con ellas junto con las otras fundase su iglesia. Y fueron hechas á tiempo y sazon sin punta de curiosidad, y por razon de la union hipostática tuvo autoridad para hacellas. Destas obras fué el andar por la mar á pié enjuto. El que en esta obra le quisiese imitar, pecaria mortalmente porque seria tentar á Dios. Cristo nuestro Redentor fué al desierto, para ser tentado del diablo : y el que se ofreciese á la tentacion, pecaria como hombre que se ponia á manifiesto peligro. Cristo ayunó cuarenta dias y cuarenta noches sin comer nada : y el que hiciese otro tanto sin especial dispensacion que para ello tuviese de Dios, pecaria mortalmente, porque se pondria á peligro de muerte tomada por su propia autoridad sin tener mandamiento de Dios. Porque es una regla magistral de teólogos, que ninguno se debe poner en trance de tan manifiesto peligro, que sin milagro no puede escapar con la vida. Mas si estuviese

Rom., 8.

Psal., 17.

Joan., 13.

Matth., 14.
Mar., 6.

Matth., 4.

en tal estado que hubiese de hacer una de dos, ó esperar milagro, ó pecar mortalmente; en este tal caso es obligado á esperar que Dios haga milagro, antes que pecar mortalmente. Concluyendo pues en este capítulo, digo que el cristiano debe seguir las obras de nuestro Redentor Jesucristo, que conciernen á las virtudes, porque entonces se diga dél lo que dice Isaías: *Apprehendent septem mulieres virum unum in die illa.* Que en el tiempo que se empleare el cristiano en la imitacion de nuestro Redentor, siete hembras, que son siete virtudes ya dichas, le cercarán para defenderle de sus enemigos. Y deje las obras de potencia á solo Dios que las obra, cuando á él le place, en sus siervos: porque es maravilloso en sus santos, especialmente cuando las obras no son demandadas por una curiosidad humana, como Herodes las demandó, por lo cual fué justamente privado de ver tales obras.

Isai., 4.

Psal., 67.

CAPITULO IV.

Que en alguna manera se puede decir que la vida del cristiano es toda milagros, tomando milagro exténdidamente por don sobrenatural.

Aunque sea verdad que ninguno se debe poner á esperar milagro curioso, no por eso se niega que la vida de el cristiano es cuasi toda milagros, tomando milagro no estrechamente por obra divina hecha raramente, mas en todo lo que el vocablo significa, que quiere decir obra de admiracion que humanamente no se puede hacer. Y desta manera diremos que la vida del cristiano es de milagros, porque el cristiano se mantiene de dones sobrenaturales con que vive la vida de gracia. En el bautismo recibe el cristiano fe, esperanza y caridad milagrosamente infundidas por Dios en el alma del bautizado: las cuales virtudes tiene habitualmente el cristiano hasta los años de discrecion, ó segun santo Tomás hasta el tiempo de las inducias ó treguas que hay entre el bautismo y el primer punto en que Dios le obligó á poner en ejecucion actualmente los hábitos de las virtudes infusas en el bautismo, las cuales llevan siempre adelante en aumento al que acude al reclamo de la gracia: y si llegado el hombre á aquel punto, no hace lo que es en sí, peca por omision dejando de hacer lo que es obligado. Viene luego la confirmacion en que tambien se da gracia sobrenatural, y la penitencia que se dice segunda tabla despues del naufragio, porque el bautismo es la primera despues que se perdió la inocencia. Síguese el sacramento de la Eucaristía, que por excelencia se dice el santísimo sacramento, en el cual tambien se da don sobrenatural al cristiano: con que el cristiano se hace particionero de los méritos de la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo: y por consiguiente se hace hábil heredero del cielo. Dase así mismo gracia sobrenatural en la extrema uncion, con que se quitan los pecados veniales. Y á estos milagros de que

Tom., 1. 2. qu. 86. artículo último.

se mantiene el cristiano en la vida, suceden otros que recibe en el cielo. Que cuando sale de la vida presente con las virtudes que recibió en el bautismo, recibe en el cielo un don sobrenatural que se dice: *lumen gloriæ*: con el cual siendo el alma del cristiano ilustrada, se hace hábil para poder ver á Dios. A estos se añaden otros dos sacramentos, que son órden sacerdotal y matrimonio, en los cuales tambien se da gracia, á la cual corresponde la gloria tan sobrenatural como la gracia que es su medida, por donde parece claro el título deste capítulo.

CAPITULO V.

Como todos estos milagros tienen su fundamento en la fe de que vive el cristiano.

Todos estos milagros y dones sobrenaturales con otros muchos extraordinarios, que Dios obra en sus santos, tienen su fundamento en la fe, sin la cual, como dice el Apóstol, es imposible agradar á Dios. De la cual, como trae el mismo Apóstol del profeta Habacuc: «Vive el que es justo.» La cual es de tanta virtud que, informada de caridad, alcanza todo lo que se pide en el nombre de nuestro Redentor Jesucristo, y todo lo que no se alcanza pedido desta manera, ó es porque ello es injusto, ó porque conoce Dios que despues de alcanzado, ni ha de ser en provecho del prójimo, ni en servicio de Dios, por lo cual no es justo que conceda Dios por merced lo que despues de alcanzado ha de ser mas en daño que en provecho del que lo pide. Y el que ansí fuere privado de su peticion, tenga fe que aquello es por mejor, pues sabe por fe que Dios le oye, y es mas poderoso para hacerle mercedes, si viese que le cumplian, que él para recebillas. Y porque la virtud de la fe está en el firmemente creer lo que Dios y la Iglesia en su nombre le manda, ha de saber cualquier cristiano que ansí como la fe es como una recepta de la vida eterna, que contiene las cosas sobrenaturales, ansí su creer ha de ser sobre todo lo natural, y dejarse de toda razon humana, en que muchas veces suele plantar el diablo sus ilusiones ocultas, entre las cuales suele engerir unas curiosas demandas, para evasion de las cuales sabrá el verdadero cristiano que no solamente no quiere Dios impedir el libre albedrío del hombre, mas aun no quiere suspender ni estorbar las acciones naturales y acontecimientos que naturalmente pueden acaecer, porque la naturaleza de las cosas criadas es una regla que Dios tiene puesta en este mundo visible: y por eso deja que obren, segun la virtud que al principio les dió. Finalmente, que deja Dios hacer á las naturales acciones y acontecimientos, y sírvese dellos como de cortinas de sacramentos, debajo de las cuales cortinas está lo que se cree por fe. Ejemplo desto parece en cualquier sacramento, entre los cuales si tomamos el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, creemos que debajo de accidentes de pan y de vino está el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Redentor Jesucristo: y porque esta fe que creemos no se nos menoscabe, si en

Hebr. 11.
Habac. 2.

estos accidentes, viésemos algun milagro exterior, acordó Dios de no suspender ni impedir las acciones naturales, y todo lo que naturalmente podria acontecer sobre aquellos accidentes ó cortinas del Sacramento antes de la consecracion, permite que despues de la consecracion acontezca. De adonde si la hostia antes de la consecracion está sujeta á que se la lleve el viento, y á que se asienten sobre ella las moscas; iten, á pegarse al paladar de que se toma seca la boca: permite Dios que despues de consagrada estén los accidentes sujetos al viento y al calor, y á todas las cosas que los accidentes naturalmente pueden en sí recibir. Porque á no llevársela dándole aire, seria manifiesto milagro, y seria poco ó ninguno el mérito de la fe del que creyese que estaba allí Dios verdadero, pues por milagro patentemente veia que el viento no osaba llegar á las cortinas de su Criador. Y desta manera podemos decir á todas las otras cosas que en los accidentes del Sacramento pudiesen acontecer, que no los impide Dios, porque no se nos disminuya el mérito de la fe, la cual consiste en ser toda creida, sin que prueba ó razon humana la ayude á creer. Desta manera se podrian traer ejemplos en todos los sacramentos y artículos de la fe, el mérito de la cual, como ya dijimos, consiste en creer firmemente todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia. La cual revelacion como sea sobrenatural, no basta razon natural ni ingenios humanos por sutiles que sean, á hacerla evidente: cuya razon si naturalmente se pudiera alcanzar por razon natural, nunca Dios la mandara creer, mas dejara su prueba al entendimiento del hombre, si en esta vida se pudiera extender hasta tanto, cuanto la fe nos manda creer, que es el conocimiento que Dios y sus altos misterios habemos de tener en el cielo.

CAPITULO VI.

Que aunque la fe no se pueda probar por razon natural, no se sigue que es contra razon ni excluye las conformidades que en la razon se puedan hallar.

Aunque es verdad que la fe, con que los cristianos caminamos al cielo, no se puede probar por razon natural, porque es don dado sobrenaturalmente, no por eso se excluyen della las persuasiones y conformidades con las cuales parece que la fe no tiene contradicion, considerada la omnipotencia divina, á cuyo poder ninguna cosa resiste, antes como dice el Psalmista: « Todo lo que Dios quiso luego lo puso por obra. » Ejemplo: El vinagre naturalmente no puede tornar á ser vino, ni el cuerpo hecho polvos puede tornar por su propia natura á ser cuerpo vivo con alma; mas Dios con su omnipotencia puede hacer lo uno y lo otro, que mas es hacer algo de nada que un algo de otro: pues confesamos por fe que Dios crió el mundo de nada, ¿qué repugnancia tiene decir que de polvos puede hacer cuerpo vivo? y desta manera podremos decir á todo lo que la fe nos manda creer. Y porque tomamos el artículo de la creacion para inducir

Ps., 111 et 134.

Gen., 1.

á las otras conformidades, ó persuasiones, que no menoscaban la fe, porque se compadecen con ella, no pienso que daré fastidio á vuestra señoría si antes de cerrar este punto primero pusiéremos la conformidad de la creacion junto con dos ó tres de las otras que son conformes á nuestro propósito.

CAPITULO VII.

De la conformidad de la creacion de las criaturas.

Artículo de fe y suma verdad revelada es que Dios crió todas las cosas visibles y invisibles de nada. La conformidad desta fe es que esto no repugna á la omnipotencia divina que es poderosísima para hacer algo de nada. Conformidad de parte de lo criado es que este mundo visible no es eterno, porque tuvo principio, que si no tuviera principio fuera eterno. Pues que fuera efecto coeterno á su causa, no se puede entender sin que se entienda divino, siquiera por la duracion anterior eternal. Lo cual estante no habia de ser variable ni corruptible en sus partes; porque lo que es eterno no se puede alterar, ni puede recibir menoscabo que lo mude del ser eterno que tiene. Y vemos que este mundo está en movimiento continuo, cuanto á la region celestial de los orbes; y en alteracion y corrupcion ordinaria, cuanto á la region elementar de acá abajo. Luego conforme es decir que fué hecho, y que tuvo principio, antes del cual era nada. Y si alguno dijese que Dios hizo este mundo, mas que le hizo de algo, conviene á saber de alguna materia, volveríamos á la primera razon. Que diríamos que aquella materia de que Dios hizo el mundo, ó fué eterna, ó tuvo principio. Si dijéremos lo primero, que aquella materia fué eterna, y no empezó á ser, diríamos que solo en ser eterna, y sin principio de tiempo, seria divina, como dijimos del mundo, y por consiguiente seria inalterable. Y si dijéremos lo segundo, que empezó á ser en tiempo de fuerza, concederemos que es hecha de nada, porque si fuera de algo pidiéramos la misma cuestion de aquel algo donde aquella materia se hizo. Y así de todos los algos, hasta venir á parar en el *nihil*, que es el nada de que Dios crió todas las cosas, como nos lo enseña la fe.

CAPITULO VIII.

De la conformidad que Dios hizo todas las cosas por sí mismo.

Tambien es artículo de fe, y suma verdad, que Dios hizo todas las cosas por sí mismo, come parece en aquello que dice el Sabio: «Por respeto de sí mismo hizo Dios todas las cosas.» Prover., 16.
La conformidad desta verdad se persuade, que de parte de Dios es con-

forme, que el mundo que tuvo y tiene Dios en su mente divina, conociéndole eternalmente, y pudiéndole producir por exterior creacion, fué cosa decente, que le criase conforme á la traza que tiene en su mente divina: conformidad ó persuasion de parte de lo criado es que todo lo que Dios hace lo hace con suma sabiduría y razon, la cual no carece de causa. Porque de hombre imprudente es hacer algo sin causa. Luego habemos de decir que por alguna cosa crió Dios este mundo, lo cual concedido diremos que esta causa por que Dios crió el mundo, no puede ser sino una de dos, ó que está en el mismo Dios, ó fuera de Dios. Lo postrero no es de decir, porque si la causa por que Dios crió el mundo estaba fuera de Dios, síguese que era criatura. Y seria decir que Dios crió criaturas por un respeto que tuvo á una criatura: y esto seria decir que Dios se moviese á hacer algo por cosa que estuviese fuera de sí. Lo cual es cosa fuera de toda razon divina y humana, que crie Dios criaturas por respeto que hubiese tenido á alguna de las criaturas que habia de criar. Iten, no era razon que cosa que estuviera fuera de Dios fuese bastante para mover á Dios á hacer lo que por sí no hiciera, como dijo él mismo de sí: «Yo soy el Señor, que nunca hago mudanza ni me muevo por cosa alguna.» Luego concluiremos con lo primero, que Dios hizo todas las cosas por sí; porque ninguno le pudo forzar, ni inducir por razones, á que quisiese criar por otro lo que por sí no hiciera. Luego sola su libre bondad fué causa de las criaturas, y aunque digamos que unas están ordenadas á otras, en fin todas paran en Dios, por cuya bondad fueron hechas.

Mal., 3.

CAPITULO IX.

Cómo todas las cosas que Dios hizo las abrevió en el hombre como en cuenta de suma, en cuya union hipostática recibió todas las cosas en sí.

Sabido que Dios hizo todas las cosas por sí mismo, es de saber en qué se sirve de las cosas que hizo, pues no las hizo en balde, ni las hizo por otro sino por sí. Esto tenemos por fe en aquello que dice san Lucas: « En Dios vivimos, y nos movemos y somos.» Por eso dijo la Iglesia: « Venid, hermanos, consiervos adoremos al Rey Eterno, á quien todas las cosas le viven, y nada se le muere de todo cuanto tiene criado, porque es un Señor tan Señor de la vida, que aunque la cosa muera á sí misma, y á su dueño temporal, en Dios tiene vida á do quiera que vaya, por el conocimiento que della tiene, y tenia antes que la tal cosa fuese.» La conformidad desto es, que, pues Dios hizo todas las cosas por sí, que se sirva dellas en algo; que aunque por ser sumo bien infinito, no tiene necesidad de nuestro servicio, quiere que todas las cosas, cada una en su manera, le reconozcan por Señor y por dador de los bienes, y le bendigan y loan, como parece en aquel Psalmo en donde manda y exhorta á todas las criaturas que hagan homenaje y reverencia con bendiciones y loas á Dios. Conformidad desto

Act., 17.

Psal. 148.

de parte de lo criado es que agradezcan el bien recebido, ya que por ninguna via lo pueden pagar: que aunque se den á sí mismos, la primicia con que Dios previno á la criatura, quedará siempre de parte de Dios. Y este agradecimiento de loas y bendiciones no ha de ser temporal, que así como Dios no pasa; todo lo que en Dios se funda, permanece para siempre jamás. De donde dice el proverbio comun: *Omnia prætereunt, præter amare Deum.* Quiere decir que el amor verdadero con que la criatura fielmente ama á su Dios, no se envejece: así como Dios en quien tal amor se puso, es inmutable, y no pasa. Pues que Dios crió para sí mismo todas las cosas, no es razon que consienta que pasen sin permanencia, las cuales pasarian de paso, si no las criara mas de para que en cierta temporada y duracion de siglos le agradecieran el beneficio del ser que les dió con loas y bendiciones, y á cabo de muchos años se tornaran á su orígen primera que es el *nihil* y nada de donde Dios por su liberalidad las sacó. Estos años por muchos que fueran, si con fin se habian de acabar delante la eternidad, no fueran mas que si no hubieran sido. Por lo cual es conformidad de lo que tenemos por fe: que estas cosas que Dios crió por causa de sí las sustente para siempre sin fin, y siempre sin fin le agradezcan la criacion con todo lo que á ella se añade, y no se le pierda nada, pues que es un rey, á quien todas las cosas viven, y porque la muchedumbre suele parir confusion, y arguye impotencia, y la unidad conserva, y congrega lo derramado: quiso Dios sumar todas las criaturas en sola una pieza, que es el hombre, que tiene el ser de las piedras, y el crecer de las yerbas y árboles, y el sentir de los brutos, y el entender de los ángeles; y así participa de todas, y todas participan en él, como en cuenta de suma participan los números inferiores, y no hay virtud de cosa criada que virtualmente no esté en alguna partecica del hombre; mas entre otras penas del pecado del primer hombre fué que en lugar de la ciencia que pretendió, cayesen los hombres en ignorancia, no solamente de las cosas particulares, mas aun de la cuenta de suma, por donde ignora las virtudes que tienen las criaturas en él, porque no ponga luego el remedio á los males que justamente por el pecado le vienen. Luego queda que pues el hombre es suma de todas las criaturas, que tomando Dios la humana naturaleza en unidad de persona, toma todas las criaturas en sí sumadas virtualmente en el hombre, porque se cumpla lo que él mismo dice de sí: « Si yo fuere ensalzado de la tierra, todas las cosas traeré hácia mí.» La cual exaltacion, aunque se entienda de la crucifixion, como declara el mismo san Juan, no se niega que aquellas palabras: *Omnia traham ad me ipsum* (todas las cosas traeré á mí mismo), no se puedan entender en alguna manera, como habemos dicho: que aunque del primer instante de su concepcion sacratísima tenia todas las cosas traidas á sí por virtud de la union hipostática, porque en la crucifixion se consumó y se acabó de pagar el precio que las detenia en el suelo, no se tuerce la letra si decimos que por una figura que se dice antonomasia, por excelencia, se diga que entonces trajo Cristo nuestro Redentor todas las cosas á sí, cuando se acabó de pagar la deuda que el hombre en quien todas estaban debia: y

Joan., 12.

así quedaron libres de la prision en que estaban penadas, cuando por la exaltacion del Señor, que en su humanidad sacratísima las tomó, quedaron sublimadas en todo el valor que pudieron tener.

CAPITULO X.

Cómo el cristiano unido por gracia en Cristo nuestro Redentor se debe conformar en cuanto pudiere con su cabeza.

Habemos dicho de la union hipostática, que es la union personal con que el Verbo Divino tomó nuestra humanidad, quedándose una persona divina tan sencilla, sin doble, como antes que de nuestra humanidad se vistiese. Queda que digamos de la union de gracia, con que cualquier cristiano en el bautismo se hace miembro fiel de su cabeza, que es Cristo nuestro Redentor, capitan y maestro así de la Iglesia Militante de acá, como de la Triunfante del cielo: en la cual Iglesia de gloria se trasladará el cristiano que de la Iglesia de acá se partiere con gracia, la cual nunca se niega al que se quiere conformar en la vida en todo lo que pudiere con la vida de nuestro Redentor Jesucristo, cabeza de toda la Iglesia: la cual conformidad (como dijimos en el capítulo tercero) consiste en que el cristiano tome su cruz á cuestas, y siga los pasos de nuestro Redentor, así en el discurso de su sagrada Pasion, como en el de toda su vida. Porque como él mesmo dice: «El que no toma su cruz á cuestas, y sigue mis pasos, no puede ser mi discípulo.» No digo que pase por todos, que esto es imposible, porque él dice por Hieremías: «Vosotros, los que pasais por la via de mis pasiones, atended, y mirad si hallareis dolor que iguale con mi tormento.» Mas digo que sufra de voluntad todos aquellos pasos, que en la via se le ofrecieren; ni tampoco digo que los reciba sin consuelo con sequedad y desabrimiento, como Cristo los padeció, que tambien es esto imposible: mas digo que espere en el socorro divino, cuando le pareciere que está mas desamparado; y si no le acudiere la divina misericordia con los alivios y consuelos que él queria para poder pasar las angustias, no tenga en poca merced de Dios que le deja padecer sin consuelo, que entonces podrá decir lo que el profeta dice en persona de Cristo: «El consuelo de mi esfuerzo quedó desabrido, y seco como una teja.» Lo cual el que bien quisiere considerar no tendrá pequeño consuelo, viendo que le hace Dios tantos favores que le deja padecer secamente, porque aun hasta el modo del padecer sin consuelo, le da fuerzas con que se anime á padecer, como él quiso que padeciese su unigénito Hijo, de cuya pasion acerbísima diremos en dos capítulos IX y X del sexto punto de la obra presente: de los cuales no menos se aprovechará en este punto que allí, porque son capítulos que hacen á entrambas partes, aunque allí se ponen para consuelo de penas: porque todas las penas que los

Luc., 14.

Thre., 1.

Psal. 12.

hombres pueden tener, delante de aquella incomparable pasion, son casi como si fuesen pintadas. Y aquí se han de leer tras este capítulo para ver que el mérito de las obras está en la aceptacion con que el verdadero cristiano acepta de voluntad los trabajos diversos, que por diversas partes le saltean en el camino, y están en celada, para tomalle por el portillo de la seguridad, si no anduviere sobre el aviso; recclándose no menos de la seguridad que del encubierto enemigo. Y si la carne estuviere enferma para los rencuentros, esté pronto el espíritu: y como quien saca fuerzas de flaqueza, como dice el Apóstol: « Pasemos como buenos siervos de Dios esta jornada mortal en mucha paciencia, en tribulaciones y necesidades, en augustias y afligimientos, en cárceles y en alborotos: en trabajos, vigilias y ayunos: en castidad y en erudicion: en longanimidad y en suavidad: en espíritu santo y en caridad no fingida, en la palabra de la verdad, y en la virtud de Dios por las armas de la justicia, á una mano y á otra por oscuridad de persona, por la deshonra y por buena fama: como seductores, y verdaderos: como incógnitos, y conocidos: como muertos al mundo, y vivientes al servicio de Dios: como castigados, y no amortiguados: como tristes, y siempre gozosos: como necesitados, y enriquecidores de muchos: como hombres desposeidos, y por otra parte como si tuviésemos todas las cosas del mundo. Porque desta manera, » recibiendo en paciencia la vida, que con mas propio vocablo se dice muerte prolija, se acabe el martirio que comenzó en el bautismo, y acaba con la perfeccion de la perseverancia: la cual perfeccion, como dice el Apóstol Santiago, nace de la paciencia, la cual tiene su fundamento en la caridad de nuestro redentor Jesucristo; de la cual, como dice el Apóstol: « ¿Quién será bastante para quitarnos? ¿Por ventura desmayaremos viéndonos acosados de la tribulacion? ¿bastarán las angustias? ¿será parte la hambre, ó el corrimiento de la desnudez? ¿espantarnos han los peligros, la tribulacion, y el espada? » Como está escrito por el profeta David: « Porque, Señor, andamos amortiguados todo el tiempo de nuestra vida por vuestro servicio, tuviéronnos por ovejas puestas al matadero. » No solamente no serán partes estas cosas, para quitarnos de la caridad de nuestro Redentor Jesucristo, mas aun en virtud de aquel que por amarnos puso su vida por librarnos de la servidumbre perpetua, reportaremos triunfo de la vitoria. Porque es de tanta eficacia el amor verdadero de Dios, que al que verdaderamente le tiene le hace cierto que ni muerte, ni vida, ni los ángeles de Dios (si por caso imposible lo quisiesen hacer), ni los Principados, ni las Virtudes del cielo, ni las cosas presentes, ni las que están por venir, ni la fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura cualquiera será bastante para quitalle de la caridad de Dios, que está en nuestro Redentor Jesucristo; del cual participarán en la gloria los verdaderos cristianos, que recibieren en paciencia el prolijo martirio de la vida presente.

2. Cor., 6.

Jac., 1.

Rom., 8.

PUNTO SEGUNDO.

Que trata de la preparacion que debe hacer el cristiano á la muerte.

CAPITULO I.

De la aceptacion de la muerte.

En el primer punto está declarado que la vida del verdadero cristiano recibida en paciencia es un largo martirio que se acaba en la muerte. Queda que digamos en este punto segundo, la preparacion y apercebimiento que el verdadero cristiano debe hacer para proveerse del viático y provision, que para un paso tan espantable y tan peligroso, como es la muerte, de necesidad se requiere. Para declaracion de lo cual habemos de saber que la muerte fué introducida en el mundo por el pecado de Adan, como dice el Apóstol: «Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte.» Por donde parece que pues la muerte es dada por culpa hecha, que el que muere no gana cosa por ella, pues quiera ó no quiera ha de morir en pena del pecado, que primeramente pecó en Adan, y despues particularmente en su propia persona: aunque santo Tomás dice que la muerte no vino derechamente por el pecado, mas accidentalmente, porque todo lo que es compuesto de contrarios naturalmente es corruptible: y todo lo corruptible, como dice el Eclesiástico, en el fin desfallece. Mas fué desta manera por el pecado introducida la muerte. Adan tenia la justicia original, con que Dios le crió; que era una órden espiritual, con que las potencias inferiores sin pesadumbre ni rebelion estaban sujetas á la porcion superior, que es la razon: lo cual estante gratuitamente por virtud desta justicia, se perpetuara la vida del hombre sin muerte: mas despues que por el pecado perdió la justicia, quedó obligado á la ley natural; que es que todo lo que está compuesto de cosas contrarias, en algun tiempo se disuelva en aquellas partes de quien se compone. De manera que lo que tenia por privilegio sobre naturaleza, perdiólo por el pecado; y quedó el cuerpo naturalmente sujeto á aquella corrupcion, de que por privilegio gratuito se preservara, si Adan no pecara. Mas entre otros beneficios señalados, que por la redencion de nuestro Redentor Jesucristo ganámos, fué esta. Que con su muerte destruyó nuestra muerte; de tal manera que incorporándonos como miembros conformes á tal cabeza, en su sacratísima muerte recibió de voluntad ofrecida al Padre Eterno por los pecados de todos los hombres, quedamos libres no de la muerte corporal, pues que murió él, y nosotros habemos de morir con él, para ser participioneros de los méritos de su sacrátisima muerte. Mas la libertad, que por

Rom., 5.

Tom., 1. 2. q. 85. a. 5.

Eccl., 14.

tal muerte ganamos, es que aquella muerte que se dió en pena del pecado, por estar ya redimido, acepta Dios en tal grado, cuando por su amor morimos de voluntad, como si no hubiéramos de morir; y de nuestra propia voluntad le sacrificáramos nuestra vida, que es el mayor servicio que el hombre puede hacer á Dios segun aquello que dice nuestro Redentor: « Ninguno tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Desta manera el cristiano que vive conforme al nombre que tiene, y muere de voluntad, cuando Dios quiere que muera, acaba, y perficiona el martirio, que dende el bautismo se comenzó.

Joan., 15.

CAPITULO II.

Porque no se vuelve en el bautismo el privilegio de la inmortalidad del cuerpo.

Pues es fe católica que en el bautismo se da gracia, que es un don muy mas excelente que fué la justicia original, podria alguno pedir qué es la causa porque no se restituye la inmortalidad de los cuerpos, que por virtud de la justicia original tuvieran los hombres, si Adan no la perdiera por el pecado: especialmente, que si la muerte (como ya dijimos) es una de las penas que acarreó el pecado de Adan, quitada la causa, que es el pecado, se habia de quitar la pena, que es la muerte, que dijimos que del pecado, como efecto de su causa, procede. A esto respondemos en breve, que despues del juicio universal cobrarán los cuerpos glorificados en el cielo la justicia original. Mas entre tanto quiso Dios que no se cobrase en el bautismo, por algunas razones, entre las cuales son dos, que concluyen. La primera, es porque si en el bautismo se cobrara la inmortalidad, no pudieran padecer los hombres, y por consiguiente no merecieran. Porque, come dice el Apóstol: « No se dará la corona sino al que varonilmente venciere en el curso de toda la vida. La segunda, que si los bautizados nunca muriesen, tendrian experiencia de la inmortalidad que se les dió en el bautismo: y por aquella certeza infalible, sacarian otras verdades que la fe les manda creer; así se les menoscabaria la fe en esta vida en alguna manera, la cual se requiere de necesidad para caminar á la otra vida perpetual: por lo cual fué muy misericordiosamente ordenado que en el bautismo no solamente no se cobrase la inmortalidad de los cuerpos, mas aunque se quedase el rebelion de la carne, porque sea instrumento de merecer, y quede entera la fe, la cual se minuiria en el hombre que en el bautismo experimentase la súbita mutacion de sus apetitos en una serenidad y paz agradable, sin tener cosa que de parte de dentro de su persona le inclinase á desórden.

2. Tim., 2.

CAPITULO III.

De la difinicion de la muerte.

La muerte no es otra cosa sino un apartamiento del cuerpo y del alma. De manera que la muerte no es algun ser positivo que haya en el número de las criaturas, mas es una privacion con que se acaba la vida mortal, como el que quitase la lumbre que alcanza las tinieblas, en solo quitar la candela sin poner algo de nuevo, queda la oscuridad : y así que la muerte en el cuerpo, cuando el ánima deja de vivificar aquel cuerpo, que antes con su presencia animaba. Y porque, como ya dijimos : *Opus corruptibile in fine deficiet.* Esta muerte vendrá por todos los hombres, como las estrellas que dende oriente proceden al occidente, segun diversos círculos, unas tarde, otras temprano : en fin todas se ponen. Así los hombres dende el oriente del nacimiento, hacen su curso por este mundo, y aunque unos tarde, y otros temprano, en fin todos van aguijando al poniente, que es la muerte, que da fin á la vida mortal : aunque no mata las partes, porque el ánima es inmortal. Y el cuerpo, aunque queda en forma y manera de tierra y de polvos, no se aniquila, que el dia del juicio se ha de levantar con la misma ánima que le informaba. Entre tanto corren los hombres al término de que huyen. Que mientras mas se alejan del dia del nacimiento, mas se acercan al término y fin de la vida. Y de todo no tiene mas del punto presente, que de lo pasado no tiene cosa, de lo porvenir no están seguros; y por solo un punto presente se ponen los amadores de sí á perder la vida perpetua. Y aun si bien queremos mirar, anteponen la muerte á la vida, que segun dice Seneca, «No es otra cosa la vida sino un largo tormento de muerte.» Porque como dice en otro lugar : «Cada dia morimos, porque cada dia quitamos alguna parte de nuestra vida, en tanto que cuando crecemos, descrece la vida.» De aquí preguntado un sabio que pasaba de cien años, cuantos años habia? respondió que no habia mas de un instante, que es un punto presente. Y como le replicasen que era fama que pasaba de cien años, dijo : Pues esos cien años no he, porque ya paso dellos : de los cuales ni un solo dia me queda, que no sea muerto en mi vida; que no se me da mas, que á mí se me hayan muerto mis años, que yo me haya muerto á ellos : pues ninguno dellos me queda, como el que se aleja de la ribera, por el movimiento de la nao, ó del barco, no deja de alongarse de la tierra, aunque ella esté queda. Concluyamos pues que la muerte no se debe poner entre los males, porque la muerte de los que mueren en gracia no es otra cosa sino una salida de cárcel, un fin del destierro, un remate de los trabajos del cuerpo, un puerto de tempestades, un término del viaje, un dejo de la carga pesada, una salida del caedizo edificio, una evasion de peligros, una exclusion de todos los males, una paga de la deuda que á naturaleza se debe, un caminar á la patria : y finalmente un recibimiento y entrada en la gloria.

Eccl., 14.

CAPITULO IV.

De la division de la muerte.

Dice el filósofo que de las cosas contrarias una misma es la ciencia que las enseña. «Que no puedo yo entender que sea verdad, si no sé qué cosa es la mentira : no puedo entender qué cosa es muerte, si no sé qué cosa es vida.» Luego para saber que la muerte es privacion de la vida tengo de saber que la vida es un acto que conserva en su ser individual al que vive. Desta manera no sabré yo cuantas maneras hay de muerte si no sé cuantas diferencias hay de la vida, cuya privacion es la muerte. Digo pues que hay tres maneras de vida : la una se dice vida de naturaleza; y á esta se contrapone la muerte del cuerpo, que es cesacion de la animacion. La segunda se dice vida de gracia, con que el alma se hace agradable á Dios, y á esta vida se contrapone. La segunda, muerte espiritual, que es el pecado mortal, por el cual el alma queda privada de gracia, y por consiguiente queda muerta desta muerte segunda. La tercera vida es vida de gloria, á la cual se contrapone la muerte de la gehena, ó del infierno, que es la carencia perpetua de la divina vision, á la cual muerte acompaña la pena sensual y el tormento del alma en los hombres adultos. La muerte primera no es mala. La segunda, aunque es mala, durante la vida primera, puédese remediar por la penitencia. La tercera, porque es consiguiente de la segunda, es tan pésima que no tiene redencion. De la primera acompañada de la vida segunda de gracia, dice el Apocalipse : « Bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor. » De la tercera acompañada de la muerte segunda, dice David que la muerte de los pecadores es la pésima de las muertes. Estas tres muertes se reducen á dos, que es muerte del cuerpo y muerte espiritual del alma, porque á la muerte segunda de culpa sigue la muerte tercera. Así como á la vida de gracia consigue la vida de gloria.

Apo., 14.

Psal., 33.

CAPITULO V.

Que el verdadero cristiano licitamente puede desear la muerte del cuerpo.

Aunque la vida y la muerte se contradigan, y no se puedan compadecer en respeto de una mesma razon, pueden estar en un mesmo sujeto, respeto de diversas razones. Que cierto es que se compadecen en una mesma persona muerte del cuerpo y vida de gracia, como por el contrario se compadecen muerte de gracia y vida de cuerpo. Y porque á la vida de gracia se sigue la vida de gloria, y esta no se alcanza segun la ley ordenada, sino por la muerte del cuerpo, síguese que el verdadero

cristiano puede decir con el Apóstol: « Codició de ser desatado desta vida mortal, y estar en el cielo con mi Señor Jesucristo. » De aquí dice san Ciprian: « ¡Quién es el que está congojoso de salir desta vida, sino el que está dudoso en la fe y vacío de la esperanza! De aquel es temer la muerte, que no quiere la compañía de Cristo, y de aquel es rehusar tal compañía, que no cree que ha de reinar con Cristo: » porque, como dice el profeta Habacuc: « El justo vive de fe. » La cual estante no puede desear estar en la vida, que lo que le faltase de obras ganaria con la firme esperanza que firmemente pusiese en la pasion de su Redentor, que suple las faltas de todos aquellos que con fe, esperanza y caridad se encomiendan á él. ¿Quién es tan loco que quiere pasar mucho tiempo en batalla dudosa, pues que es verdad aquello que dice Job: « La vida del hombre es batalla sobre la tierra? » ¿Quién es tan varonil que desee vivir por durar mas, y merecer en esta batalla? En la cual no se corona el que no peleare legítimamente. Aunque este deseo seria muy osado, no dejaria de ser virtuoso, con tal que este esfuerzo fundase en el socorro divino, y en él se emplease. Como se lee de san Martin, que dijo: « Si soy, Señor, necesario á vuestra Iglesia, no rehuso el trabajo que por vivir mas pasaré. » Mas si desear vivir no es por mas de alongar la vida, allende que es deseo comun con las bestias, que tienen la vida por vida, es impío, y no de cristiano. Que ninguna cosa es fin de sí, sino Dios, que es su principio y su fin. Todas las otras cosas tienen el fin por el cual son, fuera de sí. Ejemplo el que come por comer y duerme por dormir, come y duerme como la bestia, que no tiene otro fin. Desta manera el que vive por vivir vive mal. Porque ha de comer por vivir, y vivir por servir á Dios, y gozar dél en la gloria, y gozar de Dios por amarle, y amar á Dios, porque es digno de ser amado, así que del principio al fin todas las cosas del hombre se han de enderezar al servicio de Dios, que sin causa exterior es de sí mismo muy digno de ser amado, porque es sumo bien, sobre el cual no hay entendimiento, ni imaginacion que trascienda. Junto con este fin principal accesoriamente se allega el premio, de quien dice el Psalmista: « Incline mi corazon á hacer tus justificaciones para siempre, por la retribucion. » Por donde erraron los que quisieron tener que no se habia Dios de amar por el premio, y no miraron que era aqueste amor añadido al principal, que es amar á Dios por sí mesmo: mas este otro no solamente no es malo, mas hacer el contrario seria pecado de menosprecio y de ingratitud, si el hombre no hiciese reconocimiento á Dios, agradeciéndole no solamente las mercedes que dél recibió, mas aun todas las que espera, y con ellas á la gloria del cielo, que no es razon que las mercedes que Dios hace al hombre, se tengan en poco. Lo cual se haria, si por ellas no respondiese á Dios con amor. Luego pues el fin no se alcanza sin medios, y el medio que Dios ordenó, para que el hombre alcance su fin, es la muerte del cuerpo; síguese que ningun verdadero cristiano debe codiciar absolutamente la vida, si no fuere para servir á Dios con ella, y por medio de buena muerte que á la buena vida

Philip., 1.

Cipria., in serm. de mortalitate.

Habac., 2.

Job, 10.

Ps. 118.

se sigue, pasar su jornada con deseo del cielo, como el caminante que desea llegar á la ciudad donde va, y se le hace largo el camino por donde pasa. Como lo prueba claramente san Ambrosio en el libro que escribió *de bono mortis*. Que por eso es muy buena, porque por ella se alcanza la gloria, que es ver á Dios para siempre sin fin. Y si nuestro Señor lloró la muerte de san Lázaro, no fué sino por acordarse de la muerte del pecado, por la cual vino la muerte del cuerpo, á la cual precedió la muerte de culpa del ánima, la cual lloró nuestro Redentor. Mas la muerte del cuerpo es tan buena, que aun á los malos se puede decir que hace gran bien, porque da fin á las maldades en que estaban envueltos; y estorba á las que adelante hicieran, si mas les durara la vida, por las cuales si la muerte no se las atajara, habian de penar mas gravemente en la pena perpetua. No obsta lo que dice David: *Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos*. Los hombres violentos y engañadores no demediarán sus dias. Por donde parece que en pena de sus pecados se les acortará el tiempo que habian de vivir. Y por consiguiente la muerte no les acarrearia provecho, pues que se dice que en pena de sus maldades se ha de antuviar, mas no se entiende allí, que no mediarán los dias que Dios les determinó de la vida, porque estos todos los cumplirán, segun que eternalmente están determinados por Dios. Mas entiéndase que no mediarian sus dias, que son los dias que ellos con esperanza de larga vida falsamente se prometieron, al fin de los cuales propusieron en su corazon hacer penitencia de las maldades que entonces quieren hacer, no estando ciertos de la hora primera siguiente á su vana esperanza. Destos tales dias que así pensaron vivir, no cumplirán la mitad, porque á estos tales suele tomar la muerte cuando están mas seguros y descuidados del fin á que tiran, y mas solícitos congojosos de los respetos del mundo, y mas cuidadosos de sus grangerías. De manera que diremos que Dios: *Cui proprium est misereri semper, et parcere:* á los malos en esta vida con la muerte del cuerpo les quita la ocasion de pecar, y por consiguiente la gravedad de la pena, que por la obstinacion de los pecados, que viviendo hicieran, habian de penar. Y por eso dice el Eclesiastes que es mejor el dia de la muerte que el dia del nacimiento, porque el nacimiento es puerta de la muerte, y la muerte es puerta de la vida que nunca se acaba.

Ambrosius.

Psal. 54.

Eccle., 7.

CAPITULO VI.

Porque la hora de la muerte es incierta, y su transito espantoso y horrible.

La muerte corporal entre otros provechos que trae consigo, es ser incierta, que ni se sepa el dia, ni la hora que ha de venir. Como dice nuestro Redentor: «Estad aparejados, que ni sabeis el dia ni la hora en que el Hijo de la Vírgen vendrá á tomar

Matth. 25.

cuenta en vuestras muertes particulares. Esto, aunque parece rigor de justicia, es privilegio de grande misericordia. Porque si los hombres tuvieran certidumbre de la hora de su muerte, esta certinidad ó habia de ser por fe revelada, ó por evidencia de experiencia, que á ninguno faltase. Si fuera la hora de la muerte revelada por fe, siguiérase que no partieran los hombres deste mundo con fe, que viendo que al punto de la revelacion cada uno partia desta vida presente, vieran claramente ser verdad lo que la fe les mandaba creer, y por aquella ordinaria verdad por discurso sacaran la probacion evidente de las otras verdades. Porque viendo cumplir en la muerte de cada uno aquella verdad revelada, por ella arguyeran todas las otras verdades como manantes de una misma fuente de revelacion, de la cual manaba la verdad de la hora de la muerte. Y desta manera creyeran los otros artículos por inducion sacada de demostracion de experiencia, y no por fe, cuyo mérito está (como ya habemos dicho) en ser toda creida, sin demostracion ó natural experiencia. Esto fuera inconveniente, luego síguese que ya que la hora de la muerte hubiera de ser cierta, no lo habia de ser por revelacion, como son los artículos. Pues si decimos que la hora de la muerte fuera sabida por evidencia, apenas se salvarán dos entre diez. Porque gastarán el tiempo intermedio en sus placeres y vicios, y el postrer año, ó por mejor decir el postrer mes, ó por mas acertar la postrera semana, si no fuera el postrero dia, dedicarán al servicio de Dios. Y todo el tiempo pasado hicieran dioses de sí mismos los hombres. Pues por cumplir con sus apetitos se atrevieran á dejar los mandamientos de Dios, y el servicio que á la postre hicieran naciera de un temor servil, antes que de amor filial, de lo cual diera testimonio el tiempo pasado empleado en sus apetitos mundanos. El cual temor para añadido al temor filial es bueno, mas para caudal no es bastante. Antes de que va solo es malo, y de aquesta manera amarán á Dios los mas de los hombres, si el dia de la muerte fuera ciertamente sabido, ó revelado por fe. Luego síguese que es grande misericordia que ninguno sepa la hora de su muerte, porque todo el tiempo de la vida esté sobre el aviso, y no se descuide, como aquel que sabe que le han de llamar, y no sabe el cuando. La virtud del cuando viene la muerte, se extiende dende el primero punto de la animacion hasta los años cincuenta, como parece en Adan, que vivió novecientos y treinta años, y Matusalen, que vivio treinta y nueve sobre los años de Adan, y en muchos que aun despues del diluvio en la segunda edad ordinariamente pasaban de doscientos años. En lo cual se engañó Pedro Aponense el conciliador de los médicos, por aquello que dice Dios: «Serán los dias del hombre ciento y veinte años,» adonde pensó que no podian pasar los hombres de aquel número, como despues del diluvio vivieron muchos mas de doscientos años, como parece en el capítulo XI del Genesis, y el mismo Noe despues del diluvio vivió trecientos y cincuenta años. Luego no dijo Dios que los dias del hombre no podian pasar de ciento y veinte años, mas quiso decir que los hombres que entonces estaban sobre la tierra, no pasarian de aquel número, porque el diluvio

Gen., 6.

Gen., 11.

los habia de acabar y así fué. Este número de años pasó dende que Dios mandó hacer la arca á Noe, hasta que envió el diluvio sobre la tierra. Luego así está incierto el dia de la muerte de parte de sí, como de parte del término, porque por ninguna via estén los hombres seguros, y se descuiden. Lo cual en alguna manera pudieran hacer, si tuvieran certeza á lo menos del término de que no pudieran pasar, que viendo que se allegaba aquel término por ventura harian por temor lo que habian de hacer por amor, y aunque aquel término de ciento y veinte años no puede dañar á los hombres de agora, si fuera lo que dice el conciliador, pudiera dañar á los hombres de la segunda y tercera edad, porque ordinariamente eran mancebos los hombres de aquellos años. Tambien es misericordia de Dios que la muerte sea la última de las cosas terribles que hay en la vida mortal, porque aprovecha á todos los que mueren. Primeramente aprovecha á todos en general, porque si fuera la muerte un trance liviano, y muy hacedero, muchos hombres se osaran matar con título de evadir el angustiado aprieto, que mucho les acosara, y así fueran homicidas de sí. Cuya vida segun la órden de caridad son mas obligados á guardar que la vida del prójimo. Aprovecha la terribilidad en el mismo paso del tránsito á los buenos, para en parte de purgatorio. Y á los malos porque les acaba mas presto el tiempo de la culpa en que mueren, y así accidentalmente les hace provecho. Y puede ser que Dios que todo tiempo suele hacer hijos creyentes de piedras, mueva el corazon del empedernido y obstinado paciente con la terribilidad de la muerte, por donde aquella terribilidad puede ser instrumento para mudar el temor servil en amor filial. Porque durante la vida tiene el hombre recurso al perdon, que por el verdadero arrepentimiento puede alcanzar, y ya que por su culpa hayan de acabar en pecado mortal, viéneles bien acabar presto (como dijimos) porque no penarán por los pecados que, si mas les durara la vida, hicieran. Queda luego que es misericordia de Dios ser incierta la hora de la muerte, y espantoso su paso.

CAPITULO VII.

De la preparacion á la muerte.

Desto que es misericordia ser incierta la hora de la muerte, es bien que sepamos qué vigilancia se debe tener para esperar la muerte, porque no nos tome desacordados de su venida, para ejecucion de lo cual pondremos delante de los ojos del ánima que vamos camino, y que las casas en que moramos son mesones ó ventas, donde anochecemos, segun aquello del Apóstol: «No tenemos en esta vida casa hecha de mano de hombres, mas nuestra morada es eterna en el cielo.» Y en el mismo lugar dice que todo el tiempo que vivimos en este cuerpo, estamos como peregrinos alongados de nuestra tierra. Por donde nuestro camino se compara á camino de romería que no hace parada, segun aquello que dice David: *Euntes ibant mittentes semina sua.* Los

2. Cor., 5.

peregrinos del cielo yendo iban, y lloraban sembrando sus buenas obras. Dice que caminaban andando, porque no hay alguno que deje de caminar á la muerte, mas el que pone su aficion en la tierra camina quedándose en el cumplimiento de sus apetitos. Mas el verdadero cristiano que sabe que tiene la vida, no para gozar della, sino para ensayarse en hacerse vecino del cielo, tiene siempre delante de sí el blanco á que tira; por no perder aquel blanco, no hay trance ni riesgo que varonilmente no sufra. Y hace su cuenta que dia vendrá que amanecido no le anochezca, ó anochecido no le amanezca, y este dia no puede tardar, pues que en fin ha de venir. Demás desto, como dice Seneca, debe hacer de cada dia toda una vida cumplida, y que haga cuenta que no tiene mas de aquel dia que tiene en presencia. Que los pasados ya no los tiene, de los por venir no tiene seguridad. Resta que se aproveche del que tiene presente, y no dilate de hoy para mañana, porque segun dice Ovidio: «El que hoy no se apareja mas pereza tendrá mañana que hoy.» Esto es porque así como el acto de la virtud es causa de su aumentacion, así el vicio se aumenta por la duracion actual. Y si la diligencia que hoy tengo me hace cada hora mas diligente, por la misma razon la pereza de hoy se me aumenta mañana con nueva pereza. De aquí se arguye el yerro de aquellos que estando en la juventud, proponen de hacer penitencia en la vejez. Como sea verdad, ó que lo dejan por pereza, ó por estorbo aparente, ó por esperanza de larga vida, ó por confiar en la misericordia divina, que les dará tiempo de penitencia, ó finalmente por no querer. Por cualquier destas causas que dejen de hacer penitencia en el tiempo presente, mientra mas anda el tiempo, les crece mas esta causa, y se les torna el parto del erizo, que mientra mas se dilata, es peor á la madre, á causa de las puas de su hijuelo, que cada dia mas se le paran mas duras, y tanto se puede dilatar el parto, que mate á la madre. Desta misma manera los buenos propósitos dilatados, como la dilacion sea causa de peoridad, abortan las ánimas al infierno, el cual está lleno de hombres que tuvieron buenos propósitos, y con la dilacion ordinaria nunca los sacaron á luz. De aquí parece la gravedad del pecado de la pereza, en la cual se encastilla el diablo para hacer guerra ordinaria á los hombres. Y aunque entre los pecados mortales se pone á la postre, no fué porque sea menor que los otros, mas pónese porque es la retaguarda de todos los vicios, así como la soberbia se pone en la delantera, porque es la vanguardia del escuadron. Entre los cuales dos discurren todos los vicios. Y pienso yo que aunque en gravedad es mayor el pecado de la soberbia, en extension abarca mas la pereza. Porque muchos se libran de la soberbia, como son los niños en tiempo de su niñez, como son los verdaderos religiosos, y los verdaderos cristianos, que fundan sus obras en humildad. É aun de los mundanos sacaremos muchos ratos, cuando vueltos á sí mismos hablan con sus conciencias, y consideran sus faltas naturales y personales; á las cuales naturalmente se veen sujetos, y á lo menos por estos ratos abajan el cerviguillo entre sí, aunque por cumplir con el mundo muestren otra cosa defuera. Mas la pereza es tan cosaria, que saltea por toda la edades,

Seneca, Epist., lib. 5.

Ovidio, 2. de Rem.

descuida á los que presumen de ser singulares, cuasi por todas las horas. Y el mayor anzuelo con que la pereza pesca á las ánimas descuidadas es el color de la recreacion, con el escudo de la cual osa poner su brazo en las altas vigilias de los varones perfetos. Y como hoy entra por poco, crece mañana, y esotro dia hace un portillo, hasta que de poco en poco se empodera en la torre del homenaje, y pone en descuido las buenas costumbres, y sepulta la diligencia en el rio Leteo que es el olvido de la continuacion, y perseverancia de las virtudes. Compárase esta pereza á un pececillo, que es á manera de anguilla, que los griegos llaman echeneys, y remora los latinos; el cual en cuerpo tan pequeñuelo tiene tanta virtud, como todos los naturales escriben, y los marineros experimentan, que si venia á tocar una nao por impetuosa que vaya, la hace parar en mitad de las aguas. Desta manera la pereza que es la misma que la remora; porque detardando el curso de los buenos propósitos hace parar no solamente á los novicios, que no se ensayaron en los ejercicios de la virtud, mas aun á los ancianos de la milicia cristiana hace tornar atrás de su largo camino. Por esta remora, vereis misas, oraciones, visitaciones, limosnas, ayunos, consuelos, consejos, y otras muchas obras de caridad de poco en poco dejadas, y sepultadas en el olvido. Por esta remora, vereis apostatar á los niños de la señal de virtud, á los muchachos crecidos de la obediencia, á los estudiantes del silencio, á los mancebos de los consejos, á los hombres de la prudencia, á los viejos de la franqueza. Por esta remora, vereis apostatar á los alguaciles del celo, á los alcaldes de la justicia, á los jurados del juramento, á los regidores de la república. Por esta remora, vereis apostatar á los barones de los ámparos, á los mariscales del buen asiento, á los condes del acompañamiento, á los marqueses de la guarnicion de las rayas, á los duques de la guia segura, á los reyes de la conservacion de la paz, á los emperadores de la concordia del mundo. Por esta remora, vereis apostatar á los casados de los trabajos del matrimonio, á los clérigos del hábito clerical, á los frailes del monasterio, á las monjas del menosprecio del mundo, que de boca dejaron, á los curas de sus parroquias, á los obispos de sus apriscos, á los cardenales de la coadjutoria apostólica, á los patriarcas de la promulgacion evangélica, á los papas del báculo pastoral. Y desta manera se encastilla el diablo en la remora, para saltear dende allí á todos los estados del mundo. De la cual seremos seguros con la vigilia que nuestro Redentor Jesucristo con grande instancia nos amonesta, pues que no sabemos el dia y la hora en que la muerte nos tomará. Mat. 24.

CAPITULO VIII.

De la locura, que impide la preparacion de la muerte.

Dice el Eclesiastes que el número de los locos no tiene cuento, porque de una ó de otra manera no hay quien se escape de su locura, si no fuere

preservado, ó confirmado por especial privilegio de Dios. Mas de los otros no hay ninguno tan santo, que no puede caer en pecado, que es la mayor locura que puede hacer. Y así el mismo Salomon, mas adelante, dice: *Quis novit si spiritus filiorum Adæ ascendat sursum, et spiritus jumentorum descendat deorsum.* Quiere decir, como declara Salonio, obispo de Viena: «¿Quién sabe si el espíritu de los contemplativos espirituales perderá la caridad en que están elevados, y así se condenen? y el espíritu de los hombres bestiales, que viven á la bestial, á los cuales la Escritura sagrada llama jumentos, ¿quien sabe si el espíritu destos hombres bestiales se mudará de sus fieras costumbres, y convertidos á Dios no descendieran en su muerte al infierno? ¿quién es que lo sabe?» Como si dijese: Ninguno por cierto, porque poderoso es Dios de hacer los corazones empedernidos hijos creyentes, y muy ligeros son de caer en pecado los justos, que se descuidan de agradecer las mercedes que reciben de Dios, y con ellas le hacen guerra, contentándose de sus personas, como si de herencia natural les viniese ser legítimos herederos del cielo. Por eso dice san Pablo: «Pare mientres el justo no se descuide, y caiga en pecado:» que es la mayor locura y el mayor atrevimiento que el hombre puede hacer; que en verdad poniendo todos los locos naturales en una balanza, no pesan tanto las locuras de todos juntos cuanto la de solo un pecador, que se atreve á vivir en el estado en que no queria morir. Ninguno queria morir soberbio, y atrévese á mantener pompa mundana, y querer que todos le acaten, y le tengan en mas que á todos los de su estado. Ninguno queria morir rico, y mueren por no ser pobres, y por tener mas que otro, no hay que no hagan, aunque sea contra precepto divino. Ninguno queria morir en el golfo de la lujuria, y no hay cosquilla de sensualidad, que no la previene, y muchas veces con peligro de la vida, por cumplir con la sentencia que dice Ausonio: *Hanc volo, quæ non vult; illam, quæ vult, ego nolo: vincere vult animus, non satiare Venus.* Ninguno queria morir con odio, y profesan los bandos hasta la muerte: y empiezan acá los pleitos, y proceden los procesos hasta el infierno. Ninguno queria morir como el rico epulon, sin partir sus migajas con Lázaro, y gastan en la vida epicurea toda su renta ó hacienda, comiendo el pan de los pobres. Ninguno queria morir con descuido de su conciencia, sin encomendarse á Dios, y á los méritos de su sagrada pasion, y pasa toda la vida en tanta seguridad, como si nunca hubiese de dejar de amanecer para él. Queda luego concluido que no hay mayor locura que querer los hombres vivir en el estado en que no querian morir, á la cual socorre la preparacion de la muerte.

Eccl., 5.

1. Co., 14.

Aus. in epigr.

CAPITULO IX.

En que se pondera la gravedad del pecado.

Aunque la concupiciencia de cada uno (que es el que dicen los teólogos *fomes peccati*) es la raiz de poder caer en la culpa, y en especial el descuido que ya dijimos arriba, muy gran parte deste descuido nace de no considerar los hombres la gravedad del pecado: que en verdad que cuando nos tienta el diablo con desabrimientos, y tristeza de falsos temores, y el mundo con engreimientos y pompas, y la carne con lascivia y retozo, si viésemos claramente á ojos vistas cuanta es la fealdad del pecado, no pienso que seríamos tan malos, que aborreciésemos la abominacion de la culpa; ni tan locos que nos pusiesemos á pagar escote tan caro, por un tan liviano bien aparente; porque el mal nunca le eligeriamos debajo de respecto de mal, si no fuese por el color que tiene de bien que por defuera le dora; y con tal color escogemos el pecado, los que nos atrevemos á pecar. Digo pues que el pecado no es otra cosa sino un carecimiento de la rectitud y justicia, la cual rectitud la criatura racional es obligada á tener en sus hechos, y dichos, y pensamientos. Por esto no peca el que se estima, confiando en el socorro divino. De manera que el apóstol san Pablo se gloria en la segunda carta que escribió á los de Corinto, con título que hiciesen fe sus palabras, porque no las menospreciasen, si á él le tuvieran en poco. No peca el que codicia tener renta ó hacienda para gastalla en el servicio de Dios, y mantener su familia. No peca el que con legítimo matrimonio mata los estímulos de la carne. No peca el juez que ahorca al ladron y homicida. Ni pecó Sanson por matar los idólatras, aunque se mató á sí mismo junto con ellos, porque lo hizo por divina dispensacion. No peca el que come mas de su ordinario en las bodas, que por honrar el sacramento del matrimonio acompaña. No peca el que tiene celo y envidia, porque él no alcanza á los que van adelante dél en el camino de Dios, no pesándole de la diligencia de los delanteros, sino de la tardanza, que á él le estorba la presteza en las obras. No peca el que tiene pereza de poner en ejecucion la obra, que su conciencia no le dicta ser buena, aunque ella sea buena de su linaje, hasta que con prudente juicio, despues que haya probado todas las cosas, no con la ejecucion, mas con el juicio reglado, y el parecer de los sabios, tenga lo que escogiere. Porque en estos actos y sus semejantes hay la rectitud y justicia que se requiere: la cual cuando está ausente del hecho, es el pecado tan grave, y tan sin medida, que es causa bastante de una perpetua condenacion para siempre sin fin. Lo cual, porque en alguna manera parezca, digo que el que peca mortalmente, en cuanto de su parte, quiere destruir la justicia de Dios, si Dios fuese capaz de lision; y junto con esto interpretativamente hace Dios de sí mismo todo el tiempo que está en el pecado. Quiero decir que hace la mas alta injuria y afrenta á la Divina Magestad, que puede pensar, si la Divina Magestad fuese capaz de recibir

algun daño: como si uno se atreviese á su rey, ó á su padre, y hiciese el tiro baldío, por el arnés en que se detuvo el espada, aunque no le hirió en la persona, en cuanto fué de su parte, cayó en pecado de grande traicion. Iten, el pecador hace Dios de sí mismo interpretativamente, que es estimar en mas cumplir con sus apetitos, que con el mandamiento de Dios, pues que todo aquel tiempo que está pecando, se conhorta á posponer el mandamiento de Dios al cumplimiento de su voluntad; de la cual hace su Dios por entonces, porque la ama sobre todas las cosas; pues á todas las deja, por solo cumplir con ella. Y de esta manera se toma lo que dice el Apóstol, hablando de los golosos tragones: *Quorum Deus venter est.* Que los golosos hacen Dios de su vientre. Y desta manera tenian los gentiles, que solo el dios Genio, que llamaban el dios de la naturaleza de cada uno, era el dios de los hombres. De aquí dice Eurialo Virgiliano, hablando con Nilo su compañero: *An sua cuique deus fit dira cupido?* ¿Por ventura es dios de cada uno su cruel apetito? Lo cual afirmó la Scilla Ovidiana: *Sibi quisque profecto est deus.* Ciertamente (dice esta queriendo dar la ciudad de Megara al rey Minos) cada uno es dios de sí mismo. Eso quiso significar Fedra, escribiendo á Hipólito su alnado: *Jam mihi prima dea est, arcu præsignis adunco, Delia: judicium subsequar ipsa tuum.* Ya quiero, dice, ó Hipólito, ser de tu bando, y tener por mi diosa la Caza, á que tú tanto te das. Filis tambien, reina de Tracia, dice: *Et quæcumque procul venientia lintea vidi, protinus illa meos auguror esse deos.* Cualquiera nao que vi venir dende lejos, pensaba que en ella venia mi dios Demofoon. Finalmente, que los gentiles aquella cosa tenian por su dios principal á que mas se inclinaban. Y de aquí salió la multiplicacion de los dioses, que eran tantos, y tan diversos, cuantos y cuan diversos eran los apetitos de los gentiles, de que hace mencion Hesiodo en la Teogonia, Fornuto en la Genealogía, Palefato en el libro *De non credendis historiis*, Albrico *De imaginibus deorum*, Marco Tulio en el libro *De natura deorum*, san Clemente en su Itinerario, Tertuliano en el Apologético contra gentiles, Lactancio en las Divinas instituciones, san Agustin en el *De civitate Dei*, Fulgencio en la Mitología, santo Tomás en la Suma contra gentiles, Juan Bocacio en la *Genealogia deorum*, y otros muchos, que despues escribieron, como son Pictorio Vill en su Mitología, y Boemo Aubano en el *De diversis omnium gentium moribus.* De manera que cuando uno peca por amor que tiene de sí sobre todas las cosas, pues á todas pospone por cumplir con sus apetitos, con intencion material equivalente á la mas alta blasfemia, que podria imaginar, si actualmente parase mientes en lo formal del pecado, que hace, interpretativamente hace Dios de sí mismo. Porque cuando se atreve al pecado, queria, si estuviese en su mano, que no supiese Dios el pecado que hace, ó si le supiese, que no fuese poderoso para castigalle, queria que lo disimulase, y se estuviese en su casa; que así entiende él de hacer en la suya, y si de fuerza se hubiese de haber con él á justicia, que por ninguna via se pudiese escapar

Philip., 3.

Æne., 9.

Metam., 2.

Ovi. epi.

Ad Demophon.

de sus manos; entonces queria el que se determina á pecar que no hubiese Dios, solamente porque no hubiese quien le fuese á la mano, y de hecho le hubiese de pedir cuenta de todo lo que hacia. Porque si, como Dios le deja que haga lo que quisiere, segun su albedrío, así le dejase á su antojo el reconocimiento de su persona, y el dar de la cuenta; créese que nunca se convidaria á dalla de cortesía, el que se atreve á pecar, si así le dejasen en su mano, y en su libre albedrío dar, ó no dar la cuenta de todas sus obras, como le deja que haga lo que quisiere segun aquello que el Eclesiástico dice del albedrío: «Dios dende el principio constituyó el hombre, y dejóle en el arbitrio de su consejo,» y un poco mas bajo: «Púsole delante el agua y el fuego, para que eche la mano á lo que mas le agradare. Si este discurso se parase á hacer el que peca, y ponderase todo lo que interpretativa y cerradamente hace en consentir el pecado, pecaria tan gravemente como el diablo pecó cuando quiso tener el ser bienaventurado de sí mismo, y sin renococer superior, quiso vivir por su pico, ó se abstendria de una blasfemia tan abominable, como es el ser formal del pecado. De donde (como dije al principio) un abismo infinito de abominacion se colige. Para imitacion de lo cual, será buen consejo que, pues no escarmentamos en cabeza ajena, que descendamos en vida en el infierno con la imaginacion, y nos paseemos por las penas de allá con el entendimiento, y hagamos cuenta que por cada pecado que cometimos, nos llevaron los alguaciles de aquella cárcel perpetua, y que por misericordia de Dios se nos hizo nueva merced de la vida, para que hiciésemos penitencia de nuestros pecados, dando fin á los presentes, no solamente quitando la causa, mas echando de casa, por mandamiento de Dios, al hijo de Agar, que es la ocasion, y avenenteza de fácilmente tornar á pecar, y proponiendo en lo porvenir, de modo que sin pena podamos esperar á la muerte, y tomalla de voluntad, cuando nos mandare Dios partir desta vida presente mortal, para llevarnos á la vida perpetua del cielo.

Eccli., 5.

Gen., 17.

CAPITULO X.

Del testamento con que el verdadero cristiano se descarna de todas las aficiones que traen consigo el temor de la muerte con deseo de larga vida.

Toda partida de largo camino suele ser muy penosa, así para el que parte, por los peligros á que se pone, y las familiaridades que por algun tiempo ha de dejar, como á los que quedan solícitos de la salud y buen viaje del que se parte, si con afecto le aman. A esta solicitud de la partida deste mundo, se suele socorrer principalmente con la perseverancia de la buena vida. Lo segundo con la preparacion del testamento, que es la última voluntad del hombre que parte, y se descarna de todos los afectos, que suelen congojar al tiempo de la partida. Porque no es otra cosa hacer testamento, sino una protestacion de justicia con que el hombre se

apareja á dar á cada uno lo suyo, cada cuando que el tiempo determinado por Dios fuere cumplido. Porque aunque una deuda en cuanto deuda se deba, suele tener dilacion de tiempo, la cual durante relleva al deudor de la paga. Como parece en la deuda que el hombre tiene á la muerte, por el pecado : la cual no es obligado á pagar por su propia autoridad, hasta que segun la eterna sabiduría divina se cumpla el término de la paga, y sea requerido á morir, ó por enfermedad que Dios le da, ó por muerte violenta en que Dios le permite que muera. En la cual muerte así natural como violenta ó acelerada no se hallará nuevo en morir, el que con buen testamento derechamente ordenado hubiere prevenido á la muerte. Que mucha razon es que el que vivió muriendo teniendo delante la muerte en todos sus hechos, que este tal muera viviendo. Que no se haga nuevo en la muerte el que en la vida se quiso ensayar á morir, descarnándose y desarraigándose de todo lo que dejado en la muerte suele dar pena ; porque cuando de hecho lo dejare, no le dé pena de nuevo : como aquel que con buen juicio tiene tragadas todas las penas que le pueden venir, tanteando la poca pérdida de toto cuanto puede perder con la mucha ganancia que gana en conformarse en todo y por todo con la voluntad divina, que lo que en algun tiempo se ha de pagar, quiere que entonces se pague. Luego no es de tener en poco la preparacion del testamento; pues tanto bien acarrea, que allende que ensaya á morir, y hace liviana la muerte antevista, y con el entendimiento considerada, y con la voluntad aceptada, con la memoria pone rienda á los vicios, y da fin y quito á los malos afectos, y disminuye los naturales, que son unos casamientos, ó bigamientos, que tienen al hombre trabado y arraigado en las cosas de acá, mientras no tiene presente memoria del camino que anda. Destos impedimentos suele aliviar el buen testamento, que el que se determina de dar á cada uno lo suyo, que es la hacienda á los herederos, y el cuerpo á la tierra, y el alma á Dios, que la crió de nada, fácilmente se descarnará de las amistades, y naturales pasiones, sojuzgándolas á la razon, conhortarse ha del ausencia de la mujer, y los hijos, y los ámigos, pues todos juntos no son bastantes á libralle del estrecho juicio, si sus buenas obras encorporadas en la Pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo (por cuya virtud infinita se hacen mercedoras de gloria) no van delante acompañándole hasta el tribunal de justicia. Lo cual como considera el testador, fácilmente se descarna de la aficion que tiene á la mujer, del amor paternal que tiene á los hijos, y de la familiaridades de sus amigos. No porque se le diminuya este amor : que como se presume que está en buen estado el que hace testamento (pues hace obra de justicia) antes se le aumenta, y sube en grado de mayor perfeccion : mas descárnese de la afeccion extraña, con que sin órden es posible que ame á toda su casa, y á sus amigos, y convierte aquella afeccion que les tiene en amor y caridad, que es un vínculo y atadura con que todos los fieles se unen en Cristo, en el cual y por el cual se aman la mujer, y los hijos, y los amigos, y todos los prójimos muy mas perfetamente, que con solo título de mujer, y de hijos, y prójimos. Y desta manera fácilmente se regla el amor natural á no tener pena por el ausencia de todos los suyos, porque sabe trocar afeccion

por razon : el cuerpo por el espíritu, terreno por celestial, temporal por eterno. Lo cual bien considerado hace cuenta el testador que á él se dice lo que por el profeta Isaías dijo Dios al rey Ezechias: « Dispon de tu casa porque se te acerca la muerte, y no vivirás mucho tiempo.» La casa de que ha de disponer es primero de su conciencia : á la cual se sigue la buena disposicion de la casa, que es la hacienda bien distribuida. Primero, en los acreedores, no menos secretos que líquidos y patentes. Y despues en las obras pias', y el resto en los herederos, que por natural descendencia suceden en la hacienda. El tiempo del testamento es todo el tiempo de la vida, aunque siempre es mejor el que previene á la enfermedad, ó á la brevedad que violentamente mata de presto. Hase pues de hacer el testamento en sano juicio, porque despues, ó no habrá lugar de hacerse, ó si se hace mas será deliramento que testamento. Porque si el hombre, por dilatar hasta la muerte su testamento, no le pudiese hacer estando acosado de la aguda enfermedad ó de la violencia, deja ocasion de pleitos, y de revueltas, que los herederos suelen mover cuando no están limitados por cierta voluntad del que murió abintestato. Y de todas aquellas revueltas y odios que entre los herederos se levantaren, ha de dar cuenta; porque por su negligencia dejó materia de ofensas; allende de las deudas que por bien que libre pagará en purgatorio hasta el último cuarto. Lo segundo que en hacer testamento en el agonía, ya que le excuse en alguna manera, no se excusará de muchas negligencias que entonces no podrá discutir, y de muchas sin razon es, que aun no se hagan adrede, acosado del agonía hará. De manera que lo mas seguro es hacer testamento en sanidad con reposo, que en enfermedad con apresuramiento, pues que la herencia se parte en doce partes iguales, porque no espere nadie á ver la suma de su hacienda, para mandalla por piezas y alhajas. Especialmente que los codicilos fácilmente se hacen, con que se enmienda y corrige la última voluntad del testador antuviado.

3. Reg., 20.

CAPITULO XI.

De la fuerza del testamento.

El testamento es un decreto particular, cuya fuerza se funda en el dominio que el testador tiene sobre toda la hacienda que justamente posee. Porque cierto es que ninguno puede mandar lo ajeno, sin que de su hacienda mande pagar la equivalencia de lo ajeno que manda : así como no lo puede tomar para sí sin cargo de su conciencia. Este dominio, como no es absoluto, termínase con la vida, la cual acabada, acaba el dominio; porque la hacienda que era de Ticio ni será del alma sola, ni de solo el cuerpo de Ticio, ni aun de todo el Ticio entero, aunque resucitase como san Lázaro, porque no le dieron el dominio por mas tiempo de cuanto le durase la vida. Siendo esto así, es razon de inquirir en qué se

funda la fuerza del testamento. Si decimos que en la voluntad del testador, replicaremos que esa voluntad no pudo pasar de la muerte adelante, pues que es verdad que con la vida se determina el dominio de la hacienda, y la manda para ser valedera se funda en aquel dominio. Y hay una regla que dice: *Paria esse censentur, quicquid fieri tempore inhabili, vel quod ejus effectus reducatur ad tempus inhabile.* Que igual valor tiene lo que se hace en tiempo que no se puede hacer de derecho, ó que el efecto se ponga en obra en tiempo inhábil cuando no tiene fuerza y valor. El texto desto está en la ley *Quod sponsæ, C., De dona. ant. nup.* Por esta regla no puede el papa en su vida elegir sucesor que despues de sus dias le suceda en el pontificado; por esta mesma regla aunque el prelado en la vida puede dar de los bienes eclesiásticos, no los puede mandar para despues de su muerte, como parece *in extr. non. in cap. cæterum, de donat.* y dice Bartulo *in d. l. Quod sponsæ.* Que nunca falta esta regla. Mas á todo esto responde el abad en la rúbrica extravagante *de testamentis*, que la ley hace gracia al testador para que así pueda mandar, como si despues de muerto hubiese de ser señor de los bienes que manda en la vida. Esto se entiende especialmente en las mandas pias, y en aquellas que el derecho dispone. Que en las de obligacion, como son deudas líquidas ó hurtos secretos, lo mas seguro es pagallas de presente, aunque si la enfermedad es tan aguda, que no da lugar juntamente á la vida activa y contemplativa, quiero decir que al parecer parece que le queda tan poco tiempo de vida, que todo lo ha de menester para recogerse, y ponerse con Dios, y pedir perdon de sus culpas, entonces Dios suple las faltas de la vida activa del que en aquel paso se arrepiente de buen corazon, y pide perdon de la retencion de los bienes que contra la voluntad de su dueño hasta aquel paso retuvo, ó por la negligencia que tuvo en pagallos, sabiendo que el dueño le esperaba por ellos á mas no poder, con tal que confiese su culpa, y pida della perdon, y mande restituir lo que debe. Porque como Dios sea Señor absoluto de todas las cosas que son, en tiempo de tal estrecho no ha de esperar que el deudor cumpla actualmente en presencia con la parte: como quien está pendiente de otro, para hacer mercedes de mancomun, y no las pudiese hacer insolidum por sí solo. Mas el que viéndose en estrecho de tiempo acosado de la enfermedad aguda, se vuelve á Dios, y pide perdon de sus culpas, y de las retenciones de los bienes ajenos, y le pesa de corazon, y suplica á Dios le perdone, no hay duda sino que Dios le perdona. Y la manda de restitucion que este tal hace, es valedera despues de sus dias, porque el pecado no está en la hacienda. La causa es, porque si mas vale una alma que todo el mundo visible: no es bastante ninguna deuda á llevar un alma al infierno. Mas el pecado está en la retencion de la deuda contra el mandamiento de Dios: el traspasamiento del cual como en la verdadera contricion se perdona, queda claro que la manda de restitucion hecha, como dije, en tiempo estrechísimo, procediendo ó concomitando la contricion á la manda, es valedera, y cumple para con Dios. Porque segun aquello que nuestro Redentor Jesucristo dice: *Porro unum est necessarium*, que de dos ó de muchas cosas la una es nece-

Luc., 10.

saria, necesario es que en tiempo de tal estrecho dejemos la vida activa de la restitucion: con tal que la encomendemos, con toda la diligencia que pudiéremos, á quien la haya de hacer, y tomemos la vida contemplativa que es en aquel poco de tiempo que al parecer queda de nuestra vida: recojamos todos nuestros pensamientos á la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo, y á la gloria, que por ella ganamos; porque no es obligado á ir al infierno por nadie el que cumple con Dios: el que en tiempo de tanta necesidad hace lo que es en sí, que es arrepentirse de sus pecados, y acogerse á los méritos infinitos de la Pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo, que es entonces tan poderoso para perperdonalle sus culpas, y dalle la gloria, como cuando dijo al buen ladron: *Hodie mecum eris in paradiso.* Y como absoluto Señor al fin de la vida le hizo mercedes de todos los hurtos que habia cometido en su vida, porque no estaba en tiempo de restituillos aunque tuviera de que disponer. [Luc., 33.

CAPITULO XII.

Del testamento práctico.

Aunque el testamento teórico, que es el que en escrito se manda, tiene gran fuerza y es valedero, no se debe alguno descuidar, y atenerse á este solo. Lo uno porque (como dice el proverbio comun) el que tiempo tiene, y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente, y no sabe nadie si le darán el tiempo de penitencia, que con mucha seguridad se promete, pues aun no está seguro si vendrá mañana por él. Lo otro, porque así como ninguno puede pecar por otro, ni merecer infierno por otro, así ninguno se puede arrepentir por otro, ni merecer la gloria por otro. Por lo cual será eficacísimo testamento el testamento práctico, que es el que cumple cada uno por sí durante la vida, porque el testamento teórico, que es el de mandas escritas, aprovecha al que es en purgatorio, así para la remision de la pena, como para aumento de gloria, cuando de la pena saliere. No por la obra del albacea, ó del heredero, que cumple el testamento: mas por la caridad en que estaba el testador al tiempo que ordenó el testamento. Y por esta caridad que tuvo en la vida, mereció el efecto eficaz del testamento en caridad ordenado. Y por esta misma caridad en que estaba, mereció los sufragios que despues le hicieron: así de parte de las mismas obras como de parte del ministro obrador, que, por obrallas en gracia, aprovecharán mas al testador que si las obrase el ministro en pecado. De aquí parece que si, por solo mandallas en gracia, merece remision de pena, y aumento de gloria, que por hacellas ante mano por su misma persona, con tal que sea en gracia, merecerá mas hacellas por mano de otro. Demás desto, mas agradable es á Dios gastar la hacienda en usos pios al tiempo que es uno señor de la hacienda que gasta, que mandar que se le gaste en el tiempo que no será señor della:

sino por gracia especial que della le hace la ley, como ya dijimos. De aquí decia santa Lucía á su madre, que no queria hacer nada en su vida, sino mandallo en la muerte: «Por eso lo dais porque no lo podeis llevar al otro mundo con vos.» De aquí dice san Isidoro: «Las cosas terrenas guardadas se pierden, y dadas se guardan.» El patrimonio retenido perece, y bien gastado se guarda. De aquí nos amonesta el Eclesiástico: «Antes que tome la muerte haz bien al amigo, y segun tus fuerzas haz bien al pobre.» Allende de todo esto muy pocas veces se hallan fieles los albaceas y herederos para cumplir las mandas del testador, y ya que las cumplan tarde, y con mal, y á poder de excomuniones no se cumplen en el modo y manera que mandó el testador. Y hácense sordas las orejas de los herederos á las voces del testador, que dende las penas de purgatorio con quejas muy lastimeras acosado de los tormentos dice: *Miseremini mei, miseremini mei saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me; quare persequimini me sicut Deus, et carnibus meis saturamini?* Habed compasion de mí siquiera vosotros mis albaceas, y mis herederos, que la justicia divina me hace padecer por entero las penas que, con sufragios y restituciones que vosotros hiciésedes, se mitigarian. ¿Porqué vosotros me perseguis tan por entero como el rigor de la divina justicia? ¿Y os hartais de mis carnes? ¿Qué son las riquezas que malgastais, habiéndolas de gastar en trueco de las penas que afligen mi espíritu? Por eso dice san Jerónimo: «Ninguno es mas fiel despensero de la hacienda que poseemos, que nosotros mismos.» Y esto es tan claro, que ninguno es tan ciego que no juzgue que tiene su pago el que de su vida se olvida, y quiere que otro se acuerde dél, siendo de tan mala memoria que se olvidó de sí mismo. Sabiendo que pues le es forzado pasar un camino muy largo y escuro, le valdrá mas la candela encendida que llevare delante, y le libre del hoyo, que no las muchas antorchas que despues de caido en el hoyo acudieren, que por presto que vengan á las espaldas, y por mucho que alumbren, echan la sombra adelante.

Isid., lib. 3. suarum sentent. cap. 64.

Eccli., 14.

Job, 16.

Hieron., super Lucam.

CAPITULO XIII.

Del testamento teórico.

Aunque sea verdad que el testamento práctico que el buen cristiano cumple en su vida por sí, es mas eficaz, y de mas mérito, que el teórico, que manda cumplir, despues de sus dias, no por eso se quita que el buen cristiano, aunque haya cumplido con el testamento práctico que ya precedió, deje de hacer el testamento teórico, para que se cumpla despues de sus dias. Que como ya dijimos Dios mandó al rey Ezequias que dispusiese de su casa, que fué tanto como si le dijera: «Haz testamento, y ordena todas tus cosas, para despues de tus

Isai., 38.

dias. » Que por eso le dijo: *Quia morieris*, como si le dijera: Viviendo gobiernes tu casa, despues de muerto no la podrás gobernar, si no dejas la regla por donde los tuyos se rijan, y tu ánima estando allá goce del bien que resulta de lo que bien ordenaste. Que aunque por el testamento no se ganase otra cosa, despues que el buen cristiano cumplió con su ánima en la vida, sino la pacificacion y concordia de los herederos, que quedan atados á raya por las cláusulas del testamento, es un gran alivio para el testador, que por su testamento excusa los pleitos y revueltas, que sobre las haciendas de los que mueren sin hacer testamento, vemos que cada dia acaecen. Cuanto mas, que por mucho que en la vida se haga, siempre queda que hacer en la muerte: que por mucho que el buen cristiano quiera hacer, siempre queda con alhajas tocantes á su sola persona, las cuales es muy gran razon que se gasten por el ánima de aquel á cuyo cuerpo sirvieron. Demás desto, hay un punto en el testamento que muchos ignoran, el cual es que mucho mas se gana delante de Dios, así para remision de las penas como para aumento de gloria, por los sufragios que el testador manda que hagan despues de sus dias, que por los mismos hechos, por voluntad de los herederos. Con tal que el testamento se haga en gracia, siendo todas las cosas iguales. Lo uno, porque por la tal ordenacion, que de gracia procede, conseguirá el testador el premio esencial de la gracia, á la cual responde premio esencial de la gloria; el cual premio no le puede merecer por mérito, y ordenacion de otro ninguno. Lo segundo, porque el que ordena en gracia su testamento, consigue la remision de la pena, cuando se cumple la ejecucion de los sufragios que manda: agora los ministros de los tales sufragios estén en gracia ó en pecado mortal. La cual remision no conseguiria si él no los ordenase, aunque sus herederos lo hiciesen hacer, movidos de caridad, si los ministros no estuviesen en gracia. De manera que en la negligencia del testamento se perderian dos cosas, remision de la pena y aumento de gloria esencial, que proceden de la caridad con que el buen cristiano ordenó su testamento. Que así como acá se le aumenta la gracia haciéndole en gracia, por la buena obra que hace, así allá se le aumenta la gloria.

CAPITULO XIV.

De los avisos que ha de tener el cristiano cuando ordena su testamento.

Pues habemos visto cuanto se gana por el testamento bien ordenado, veamos qué se debe hacer para que por él se consiga el efecto á que el buen cristiano endereza el fin de su testamento. Lo primero y principal es, que quien quisiere ordenar testamento por sí, ó por otro, ó dar limosnas á pobres, ó hacer donacion á la Iglesia, ó instituir capellanías, ó fiestas pertenecientes al culto divino, trabaje primero, que ponga mano en el testamento de reconciliarse con Dios, y alimpiar su conciencia por

el sacramento de la penitencia, y proponer de vivir y morir en la santa fe católica, y en la obediencia de la santa Madre Iglesia. Y en esta fe y creencia esté aparejado á morir si necesaria fuese su muerte. Y desta manera para honra del culto divino ordene su testamento, en que mande obras pias allende de las necesarias. Las obras pias serán dotacion de capellanías, institucion de fiestas solemnes, ornamentos, cera y aceite, y otras cosas necesarias al culto divino. Iten, limosnas á pobres vergonzantes, como son viudas y huérfanas, y escuderos pobres, y otros géneros de personas semejantes á estas. Finalmente, cualquier obra que sale de caridad, hecha en servicio de Dios, y provecho del prójimo. Y desta manera allende del mérito, del premio esencial que consigue, que por la tal ordenacion hecha en gracia consigue, está cierto que la ejecucion de sus mandas le serán para provecho y liberacion de las penas del purgatorio. Lo segundo que el buen cristiano ha de hacer es que todas las veces que se viere en buena disposicion, y en señales de gracia, con su consentimiento interiormente ratifique, y tenga por bueno, y renueve su testamento en la voluntad, diciendo que le place por lo que allí ordenó: y que si acaso no estaba entonces, cuando le ordenó, en estado de gracia, que entonces le hace de nuevo, y le place, porque hace obra que sea en servicio de Dios y provecho del prójimo. Y que da por firme, y valedero, no solamente aquello que tiene ordenado, mas aun todo lo que de mas de semejantes obras pias hicieren por él sus herederos. Y suplique á Dios, con la mas devocion que pudiere, que acepte dende entonces todas las oraciones y buenas plegarias, que los que oyeren, ó supieren su muerte, rogaren por él. Esta ratificacion y confirmacion de su testamento hará el buen cristiano todas las veces que estuviere quieto, y contemplare en la vida que espera, y se viere que no le acusa cosa de pecado mortal, que es una verisímile probabilidad de estado de gracia. Porque entre tantas veces no faltará que en alguna no acierte á estar en estado de gracia; allende que todas las veces que lo ratificare, puede poner nueva voluntad y nuevo fervor de caridad: al cual corresponderá nuevo grado de gloria esencial: y aunque esta ratificacion haya de hacer todas las veces que en oportunidad se hallare, principalmente, y con mayor conato de voluntad y aprobacion la hará, despues que en lo postrero de sus dias hubiere recibido los sacramentos, como hombre que ya está de camino, y determinadamente quiere todo aquello que toca al servicio divino, con todo lo demás que por codicilos quisiere añadir ó trocar, ó mudar. Finalmente, que aquel conato de voluntad que entonces pusiere, le será tan meritoria como si entonces hiciera el testamento de nuevo, y nunca antes hubiera merecido en el hacer, y en el ratificar el testamento ya hecho. Y dado caso que el testamento fuera hecho en pecado, por este nuevo consentimiento (en que se presume que estará el cristiano en gracia, por la conformidad que entonces tiene con Dios) se hace tan meritorio) como si entonces le empezara á hacer. Y no se le quitan todos los méritos de los consentimientos con que en gracia le aprobó: y así queda probado cuanta materia de merecer dió Dios al hombre, pues hasta los testamentos, que parecen descuidos de vida, se extendió la divina misericordia.

CAPITULO XV.

De las mandas pias.

Presupuesto que las mandas necesarias han de ser las primeras y principales del testamento, como son las deudas líquidas, y restituciones ocultas, con cláusula de lo que no se sabe, si alguno mostrare serle debido de cierta cantidad abajo, para que se lo paguen, es bien que hablemos en lo que toca á las mandas pias, en las cuales, segun derecho, aunque tenga herederos forzosos, puede el testador emplear el quinto de su hacienda, así en limosnas que se den á los pobres legítimos, como en ofrendas y sacrificios; no tanto enderezados al bien particular de su alma, cuanto dirigidos al culto divino, que con ellos se aumenta. En los cuales se podria dudar cual es mejor dejar capellanías perpetuas de misas, ó toda la limosna que montaria la renta de las tales capellanías, hacella decir de misas, que se digan en breve tiempo. A esta pregunta responde Gabriel Biel que si con igual voluntad de caridad hace lo uno y lo otro, cuanto al premio esencial, es igual el mérito que por aquel conato de voluntad merece; agora sean aniversarios perpetuos, agora sacrificios temporales, hechos todos juntos en brevedad. Porque en este mérito no se atiende el hecho, sino el afecto y voluntad donde el tal hecho procede, como parece por la viuda, que porque echó dos cornados en el cepo del Templo, fué antepuesta por Cristo nuestro Redentor á todos los otros que ofrecian grandes riquezas. Mas si tenemos respeto al premio accidental, que es la remision de la pena de purgatorio, distinguirémos en este caso: que, ó el instituidor de capellanías y limosnas perpetuas tiene respeto al culto divino principalmente, y al provecho del prójimo, ó tiene ojo y atencion á satisfacer por los pecados propios que cometió, si endereza su intencion á la ampliacion del culto divino, y á la edificacion del prójimo: mas aprovecha instituir sacrificios perpetuos y limosnas perpetuas para la remision de la pena que temporales, porque proceden de caridad mas intensa. Y por consiguiente son mas satisfactorios los sufragios perpetuos porque les corresponde mas premio esencial, porque no seria razon que el que propone la honra divina á su propio provecho sienta pérdida y menoscabo del valor de la buena obra. Mas si el instituidor solamente tuviese respeto á su propio provecho, con tal que no tuviese menosprecio del culto divino, podríase decir que mas le aprovechan los sufragios hechos en breve, que no en largo tiempo, cuanto á la remision de la pena, porque el mérito de la obra obrada aprovecha cuando se obra. Y así aquel mérito obrado de presto aprovecharia presto á la remision de la pena de aquel, por quien el tal sufragio se obrase, aunque se podria dudar si estos tales sufragios, aunque fuesen hechos en caridad, porque no proceden de caridad, son valederos para el premio esencial; porque mirando principalmente al propio provecho, falta la circunstancia del

último fin. La cual se requiere para que la obra sea meritoria de premio esencial. Mas como el premio esencial sea de mas precio que el accidental, queda que es mejor dejar sufragios teniendo principal intencion á la ampliacion del culto divino, que no á la satisfacion de solamente pagar la deuda que debe. La cual debe ser la segunda intencion, despues de la principal, que es ampliar el culto divino, y edificar á los prójimos. Y porque el culto divino se amplia mas con sufragios perpetuos que temporales, queda que es mejor dejar sacrificios ó limosnas perpetuas que no temporales. Aunque el que no puede dejar renta perpetua en la limosna, y en los sacrificios temporales, puede enderezar su intencion principalmente al culto divino, y luego á la satisfacion de sus propios pecados.

CAPITULO XVI.

De los albaceas que dejará el testador, así para que cumplan con diligencia, como para quitalles la materia de la codicia.

Los albaceas, que en otra parte se dicen cabezaleros, ó ejecutores de testamento, aunque no sean de esencia para la salvacion del ánima, no dejan de ser gran parte, así para la minucion de la pena de purgatorio, como para aumento de la gloria accidental del testador. El número de los cuales, así como no puede bajar de uno, así no es bien que suba de tres; no tanto por ser malos de juntar, cuanto porque de tres arriba no pueden parir sino confusion: especialmente que, como dijo el Apóstol:

2. Co., 13. Joan., 8.

«En la boca de dos ó tres está la determinacion de toda verdad.» Cual destos números sea mejor, no es fácil de determinar; porque la unidad es la que vence á todos los números, á cuya virtud no hay quien resista, porque trasciende á todas las cosas. Por lo cual si fuese el albacea de tanta prudencia, justicia y buena conciencia, que pospusiese su interés y pereza á la liberalidad y diligencia que la estrema necesidad del ánima del prójimo requiere: mas vale un tal albacea solo, que muchos. Mas si tal no se presumiere, será bien colegir del parecer y conciencia de dos, lo que no se piensa hallar en cada uno por sí: y ninguno piense que la suficiencia del albacea nace de la amistad que entre él y el testador intercede. Porque, aunque esta amistad es buena para añadida al oficio del albacea, es dañosa para caudal. Porque muchas veces habemos visto acabarse el amistad con la vida, y empezar la codicia y rapiña y solapamiento con el primer *Requiescat in pace.* El estado y condicion no se puede limitar, porque aunque un estado arguya perfeccion de vida sobre otro, no prueba la fidelidad de las personas particulares. Paréceme á mí que un clérigo honesto, y de conciencia, junto con un buen casado, que ni sea muy rico, ni pobre, de los cuales no se haya dicho vileza, ni cosa que menoscabe su fama, porque se presumen ser temerosos de Dios, serán buenos para albaceas: especialmente, que el oficio del albacea es tratar de las albaquías, que son al-

hajas de casa, para el cual oficio se requiere mas la bondad con mediana prudencia, que grandes letras y astucia de pujadores, al hacer de las almonedas; porque si á la mayor parte la conciencia se suele ensanchar, con la ciencia, de que se usa mal della, porque suele desterrar los escrúpulos, que son casi necesarios al oficio del albacea.

CAPITULO XVII.

De la admonicion de los médicos.

Tanto mayor cuidado se ha de tener del alma que del cuerpo, cuanto es mas noble y mas excelente el espíritu inmortal que el cuerpo mortal. Por lo cual será consejo muy saludable que si el paciente no tiene cuidado de confesar, que los amigos se lo aconsejen: que mucha razon es que se llame primero el médico espiritual que no el del cuerpo. No sea como aquel de quien dice Horacio: *Quæ lædunt oculum, festinas demere: si quid est animum, differs curandi tempus in annum.* Si tienes enfermedad en los ojos, luego llamas al médico, y la cura del ánima dilatas por un año. Luego es bien que los amigos socorran á un descuido tan ordinario. Y en esto, no se debe alterar el paciente, pues tenemos texto evangélico, que las enfermedades del alma son causa de las del cuerpo, como parece en el paralítico al cual primero dijo nuestro Redentor: «Hijo, perdonados te son tus pecados;» y luego le dijo: «Toma tu lecho, y vete á tu casa.» Tambien al enfermo que estaba cabe la probotica piscina, despues que le sanó, le dijo: «Anda, y no quieras mas pecar; no te venga otra enfermedad peor.» De donde parece que los pecados eran las causas de las enfermedades. Esto mismo confirma Inocencio Tercero, en un general concilio, cap. *Cum infirmitas*, tit. *De pœ. et re.*, adonde estatuye que los médicos corporales, antes que hagan cosa alguna, amonesten á los pacientes que se confiesen. Lo cual, como sea por mandamiento del decreto apostólico, no será causa que el paciente se altere, y incurra en peligro de muerte: pues tendrá por cierto que no hace aquello el médico por peligro y pronóstico de la muerte, sino porque lo tiene de mandamiento especial de la Iglesia: lo cual si los médicos, como son obligados, ordinariamente hiciesen, allende de la salud de las ánimas, sanarian muchas enfermedades, y no se alteraria el paciente, viendo que la cosa se hacia mas por oficio ordinario que por necesidad urgente que el médico hubiese pronosticado.

Hor., Ep., lib. 1.

Mat., 9. Mar., 2.

Joan., 5.

CAPITULO XVIII.

Del Santísimo Sacramento, y la Extremauncion.

El testamento ordenado, y la confesion hecha, queda recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía, que es el viático, que dignamente recibido, no solamente libra de las penas perpetuas, mas aun mitiga las penas de purgatorio, y da aumento de gloria esencial, con tal que haya precedido verdadera contricion, y confesion de las propias culpas, cuya dilacion es peligrosa si se dilata hasta el artículo de la muerte. Por lo cual dijo el Eclesiástico: «Antes de la muerte confiesa tus culpas, porque la confesion del que está mas muerto que vivo es como si fuese ninguna.» Esto dice el Eclesiástico, porque no se dilate la confesion con falsa esperanza de larga vida hasta el artículo de la muerte, que entonces está el ánima tan turbada, que su confesion procede mas de temor de la pena que del amor gratuito y filial con que es obligado á amar á Dios mas que sí mismo. Mas no por eso se quita que sea valedera la confesion hecha en el artículo de la muerte, que en todo tiempo está Dios aparejado á perdonar al penitente que hiciere lo que es en sí. Esto digo no por dar alas á que se atreva alguno á esperar aquel punto para hacer penitencia, porque es ponerse á un manifiesto peligro, mas si acaso se hallare el pecador en él, para que no desespere: que mas pecó Cain en desesperar de la misericordia divina, que en matar su hermano Abel. Luego conviene que la confesion se haga en tiempo que proceda mas de verdadera caridad, que de temor de la pena. Mas si acaso por pereza ó descuido, finalmente por no querer, se ha dilatado la confesion, no desespere el que así la dilató, y piense en aquel dicho que dice Dios por Ezequiel: «No quiero la muerte del que se muere.» Especialmente que, como dice nuestro Redentor: «No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.» Pecador es el que hasta aquel punto dilató la confesion; esfuérzese en Dios, viendo que es uno de aquellos á quien vino Dios á llamar, y no desespere por responder al postrero dia, que como dice Dios por el mismo Ezequiel: «La iniquidad del malo no le dañará en cualquier dia se convirtiere á Dios.» Demas desto, sepa esta regla; que así como está sujeto á perder por parte de nuevo pecado, que en aquel artículo de la muerte cometiese: conviene á saber, si desesperase de la divina misericordia: de esa misma manera, por el contrario, es hábil, y capaz, para alcanzar la misericordia; porque nunca permitió la misericordia de Dios que tuviese uno tiempo para desmerecer, sin que en el mismo tiempo, cuanto es de parte de Dios, pudiese ganar y merecer de nuevo todo lo contrario á la culpa, por la cual desmerece, si no quedare por su culpa. Por la cual acontece que le deje Dios en sus pecados, y le castigue por ellos. Luego no desespere alguno, por haber dilatado la

Eccli., 17.

Ezec., 18.
Mat., 11. Luc., 5.

Ezec., 33.

confesion hasta la hora postrera. Porque si el diablo procura de hacer desesperar al enfermo, bien parece que procura de sacar nuevo pecado, por el cual se condene el pecador mas gravemente. Por esta misma razon está hábil á poder nuevamente confiarse de Dios, y encomendarse á los méritos de su sagrada pasion: en virtud de la cual se puede nuevamente salvar, aunque hasta aquel punto hubiera sido el mayor pecador que hubiera en el mundo. Y por esta esperanza y fe informada de caridad, se esforzará lo mas que pudiere y confie, que pues Dios nuestro Señor le viene á ver á su casa, que no habrá enemigo que sea bastante á hacelle caer, pues funda en un inexpugnable castillo, que es la fe, esperanza y caridad, que tiene en los méritos de la sagrada pasion de nuestro Redentor Jesucristo. La cual es mas poderosa para perdonar todas las culpas, que las culpas para llevarle al infierno. Al tiempo de recebir el Santísimo Sacramento, dirá las oraciones y devociones católicas que supiere con otras que el sacerdote le ayudará. Y tenga firme esperanza que Dios que le viene á ver le ha de dar todo lo que para su salvacion se requiere, si él se dispusiere á hacer todo lo que es en sí. Considere lo primero, que este sacratísimo sacramento es principio de vida, por lo cual vivifica el ánima del que dignamente segun su posibilidad le recibe. Es memorial de la pasion sacratísima, por la cual inflama el ánima del verdadero cristiano, y juntamente le da virtud de paciencia. Es espiritual mantenimiento del ánima, y por eso convierte en sí al que le recibe. Tómase debajo de especie de pan y vino, y por eso hace al verdadero respiciente por la union muy íntimo á Cristo, y por la comunion le hace concordar con el prójimo. Y porque es antidoto medicinal, por eso sana de la enfermedad, y conserva en la sanidad. Y porque es el viático ó bastimento del camino que vamos, por eso da esfuerzo al caminante, y le guia por el camino seguro hasta llevalle á la bienaventuranza del cielo. Y porque este camino es temeroso, por eso se da como viático, que quiere decir guia contra las asechanzas de Satanás. De adonde dice el Psalmista: «En el camino que andaba, me escondieron los demonios un lazo para tomarme. Porque es largo el camino, dase para refeccion y hartura del ánima.» Lo cual le figuró en aquello que dijo el ángel á Helías: «Levántate, y come, que te queda largo camino que andar.» Y porque este camino es peligroso, se da como amparador, como dice Job: «Ponedme, Señor, cabe vos, y cualquier ejército pelee contra mí.» Y porque este camino es muy escuro, por eso se da como luz, de la cual dice el mismo Dios por san Juan: «Yo soy la Luz, que alumbro á los hombres del mundo.» La extremauncion se ha de dar cuando ya la vida fuere en declinacion, y segun regla de medicina, al parecer de los médicos, segun curso natural, es incurable. Porque si esperan al último punto, el ánima del paciente no puede atender con las fuerzas que ya están casi desfallecidas, por donde no tiene prontitud á poderse levantar á contemplar los beneficios de Dios, lo cual es gran parte para alcanzar la gracia cumplida del sacramento. Demás desto, es peligro, si la extrema-

Ps., 141.

3. Reg., 19.

Job, 17.

Joan., 8.

uncion se dilata, que no se muera el enfermo entre las manos, antes que acabe de recibir el sacramento de la uncion, lo cual si acaeciese, segun sentencia de muchos teólogos, se habia de dejar de acabar, porque los sacramentos eclesiásticos son de los vivos, y no de los muertos. Luego hanse de administrar durante la vida. Y esto parece por aquello que el apóstol Santiago dijo: « Si alguno cayere enfermo entre vosotros, haga llamar á presbíteros de la Iglesia, y rueguen sobre él ungéndole con el olio santo en el nombre del Señor. »

Jacob., 5.

CAPITULO XIX.

De lo que los circunstantes harán antes del tránsito de la muerte, y en la misma agonía.

Todo lo sobredicho pertenece á la diligencia y cuidado del enfermo que está de partida. Queda agora de saber qué será el oficio y el beneficio de los circunstantes, que suelen y deben acompañar al enfermo, porque es gran crueldad dejar los amigos que padezca solo en muerte al que los extraños en mediano peligro se convidarian á socorrer en la vida. Y si los miembros del cuerpo humano se prestan las veces, y se ayudan unos á otros, mucha mas razon es que los miembros espirituales en Cristo se ayuden unos á otros. Y si en todo tiempo corre esta obligacion, en la muerte se dobla. Porque es la mayor necesidad que el prójimo puede tener; porque los que están en purgatorio, aunque tienen necesidad de nuestros sufragios, por estar seguros y ciertos de su salvacion, no están tan ansiosos esperando nuestro socorro como los que están en el artículo de la muerte, que con la opresion de las tentaciones están en las mayores ansias del mundo. Demás desto mayor propinquidad hay de vivos á vivos que de vivos á muertos. Por lo cual ordenó la Iglesia quo primero se hiciese en la misa el memento de los vivos que el de los muertos. Luego casi necesario es que tenga el agonista que muere amigos que le ayuden en sus grandes trabajos, á quien en alguna manera pueda decir: Vosotros habeis sido los que permanecistes conmigo en mis tentaciones. Estos amigos no se entiende que sean la mujer, y los hijos, y familiares, ni aun padre ni madre. Porque estos no solamente muchas veces no ayudan á quitar las tentaciones: mas aun con la pasion que toman con la presencia de los que han de dejar, se urde materia para aumentar las pasiones del agonía. De donde dicen los dotores contemplativos, que una de las grandes pasiones de Cristo nuestro Redentor fué ver á nuestra Señora al pié de la cruz, cuando dijo: *Mulier, ecce filius tuus.* Porque si la llamara madre, allende que pudiera ser que fuera excesiva el angustia de la sacratísima madre, por el afecto que resultara del nombre tierno de madre, si la llamara madre, fuera casi bastante materia para acabar de espirar en la cruz, con el afecto filial con que llamara á su sacratísima Madre. Y no convenia que ni en todo ni en parte muriese por pasion y congoja particular el que moria universalmente por todos

Luc., 12.

los pecados del mundo. Conviene luego que todos aquellos á quien mucho ama el enfermo se le quiten delante, por el peligro que de la presencia dellos se le puede recrecer. Y si esto se hace con la mujer y hijos legítimos, cuanta mayor diligencia se debe poner en quitar delante al paciente los hijos adulterinos, y sobre todo á sus madres. En lugar de todos estos que se deben quitar delante, le traerán dos ó tres amigos muy católicos y discretos y caritativos que le amonesten, cuando está en su seso, que se disponga á morir, y que haga testamento, y se confiese, y reciba los sacramentos. Y sobre todo de que vieren que de su salud desconfian los médicos, le quiten la esperanza de la vida corporal. Porque dar esperanza de vida cuando los médicos pronostican la muerte es un consuelo muy peligroso. Porque con la falsedad con que por una cortesía muy necia todos á una mano le encubren la muerte pronosticada, viene el enfermo en descuido de no aparejar la vida del alma. Y por una salutacion y esperanza afeitada, que so color de no poner mal corazon al enfermo introdujo el diablo en los hombres, corren muchos peligro de perder la vida perpetua. Por lo cual los amigos le dirán á la clara: Mirad, amigo, disponed de vuestra familia, y curad de vuestra ánima; porque sabé que agora ó despues habeis de morir, y quizá desta hecha no vivireis. Demás desto le traigan á la memoria los insultos y ardides de Satanás, los cuales diremos luego en el tercero punto, porque no se halle novicio en la nueva pelea, y sobre todo le amonestarán muchas veces una regla que allí diremos. Que en ninguna manera, so pena de ser vencido, se tome á disputar con el diablo; mas á todo cuanto delante le pusiere, cierre firmemente con las tres virtudes, fe, esperanza y caridad, como allí mas largamente lo especificaremos. Y guárdese por ninguna via se tome á brazo partido con el diablo, lo cual haria si tuviese con él á demanda y respuesta. Luego díganle que tenga firme en la fe viva, y espere en Dios, y sepa que Dios le ayudará, si con voluntad eficaz él quisiere ser ayudado, y tuviere firme esperanza en la misericordia divina, y en los méritos de su sagrada pasion, junto con la caridad: con que de razon debe amar al mayor bien de todos los bienes con el amor que suba sobre todas las cosas. Allende de esto le digan que reciba de voluntad lo que le ha de venir por fuerza, que es la muerte del cuerpo, cuando Dios quiere que muera. Iten, le dirán que dende entonces suplique á la divina Majestad con la mayor devocion que pudiere, que acepte las oraciones que sus amigos y prójimos hicieren por él, así en el tiempo del agonía como despues para la remision de la pena de purgatorio. Y esta plegaria es muy provechosa y sustancial, porque en ella pretendió el mérito antemano de todos los sufragios que en tiempo de necesidad hicieren sus amigos por él, como en el quinto punto diremos hablando de los sufragios. Porque llevando el antemano la raiz de poder merecer por la plegaria, que en gracia hace á la misericordia divina: todo lo que por él en caridad rogaren á Dios sus amigos, lo alcanzará, casi como si estuviese en tiempo de merecer, y él lo rogase. Y no se ponga esto en olvido, porque demás que le aprovechará mucho para remision de las penas de purgatorio, serále muy grande alivio para vencer fácilmente con la

plegaria de muchos las recias tentaciones del enemigo, que en celada le están aguardando á la puerta. Y sobre todo procure el enfermo de arrepentirse lo mas que pudiere de sus pecados que ya confesó: y en general de todos aquellos que no se acordare, teniendo firme confianza en la misericordia inmensa de Dios, y en la justicia y merecimientos de su pasion sacratísima, á cuya redencion copiosa dende entonces se acoge, y con ella cierra á todas las acusaciones y embaucos que Satanás le pusiere en el agonía que ya se apareja.

CAPITULO XX.

De las oraciones y socorros espirituales con que socorrerán los ministros ecclesiásticos, y los amigos, y todos los circunstantes al agonista.

Así como el diablo no deja de su parte lugar ni argumento, que para traer á perdicion á los hombres no mueva, así el buen cristiano que tiene tiempo para morir, no debe dejar via por donde piense ganar la gracia de Dios, y conciliacion de los santos. Por lo cual no dejará el remedio postrero, aunque por su buena vida le parezca que le basta los sobredichos. Y tome ejemplo en los hombres curiales, que por haber una honrilla ó rentilla, que ni la una le entresacará de la hez del pueblo, ni la otra le sacará de laceria, se ponen á un hercúleo trabajo que seria bastante para comprar la dictadura y monarquía del mundo. Esto es porque viven no en la razon, mas vive en ellos la ley de la esclavonia, que están embelesados colgados de los respetos del mundo, que mas parece que viven en su debujo que en sus propias personas. Dejo aquí de decir las diligencias y solicitudes extrañas, que los antiguos ponian para alcanzar un magistrado que era una honrilla de un año. Como largamente parece en la exhortacion que Quinto Ciceron hace á su hermano Tulio: y vengamos á nuestros magistrados y sacerdocios, y veremos cuan varia y cuasi imposible solicitud se pone en alcanzar un oficio, ó beneficio, que viene por los tejados. De todo esto sacaremos espuelas para que pongamos (como dice el refran) cuero y correas para alcanzar una cosa en que tanto nos va como es la vida que ha de durar para siempre. Luego el verdadero cristiano al cabo de todas sus diligencias mandará que dos ó tres sacerdotes de buena vida y conciencia estén rezando en la pieza en que él estuviere, todo el tiempo del pasamiento. Y aunque este oficio se empiezen antes que pierda el agonista el uso de los sentidos, ellos doblarán su caridad, y él alcanzará doblado provecho. Con que haga la regla que dijimos, que suplique á Dios con instancia de corazon, que acepte dende entonces las oraciones de sus ministros: porque la raiz de nuestro merecer ha de anteceder en la vida, para que lo que por nosotros se hiciere, nos aproveche en el tránsito, y despues en el purgatorio. Que aunque por morir en gracia se aprovecha de los sufragios, muy mas derechamente los goza el que los pretendió con la diligencia,

que en gracia puso: que el que virtualmente los gana en virtud de las obras de caridad, que en gracia hizo en su vida. Demás desto si el paciente estuviere en pecados, por la intercesion de las oraciones de los ministros de Dios se le perdonarán. Y esto es lo que el apóstol Santiago dice, como ya trujimos en el décimo octavo capítulo. « Si alguno cayere malo en vosotros, haga llamar á los ministros de la Iglesia, y rueguen á Dios por él, ungéndole con el olio en el nombre del Señor, y la plegaria y rogativa hecha en fe salvará al enfermo, y alivialle ha el Señor, y si estuviere en pecados le serán perdonados.» Por las cuales palabras veemos cuanto provecho sea recurrir á los ministros de Dios, pues por su intercesion se nos perdonarán los pecados. Y hase de entender precediendo la confesion; perdonársele han eso mismo los pecados que el diablo le ofreciere para hacelle desesperar, pues entonces en el tiempo del agonía, por no tener uso de los sentidos, no tiene copia de confesallos. El principal de estos ministros tendrá cuidado, antes que entre en el agonía, de amonestalle una y muchas veces que no desmaye en la pelea que se le va aparejando. Que tenga confianza en la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo: la cual si fuere persona que entiende latin se la leerá, y sino se la cuente por todos sus pasos, para que el paciente se embeba en aquella, y haga hábito y costumbre de recurrir á ella, como al blanco que ha de ser el remate de sus angustias en todos los rencuentros que el demonio le pondrá dende á poco, y entre todos los pasos escoja uno especial el paciente en que él tuviere mayor devocion, y hágale como recurso de sus congojas, y el verdadero blanco á quien enderece los ojos del alma; para que siempre que le acosare el diablo, sepa que allí hallará remedio. Y traiga á la memoria aquello que nuestro Redentor dijo: « Venid á mí todos los trabajados, y cargados de pesadumbre, que yo os daré refrigerio.» Iten, le diga que tenga siempre en la intencion estos dos nombres Jesus, santa María, á cuya pronunciacion hecha con eficacia, así huye el diablo como se esparce el humo del viento. Mientras estas y otras amonestaciones hiciere uno, rezarán los otros los salmos, que provocan al pecador á esperanza y misericordia, como son *Miserere mei, Deus. In te, Domine, speravi. Dominus illuminatio mea. Quemadmodum desiderat cervus. De profundis clamavi.* Y otros muchos que ellos tendran á manos, aunque seria mejor rezallos por libros, que no de coro. Demás de los clérigos y los otros circunstantes que le dirán una letanía en el tiempo del tránsito, harán á todos los niños que estuvieren en casa, ó fueren llamados de los vecinos, que tambien ellos se pongan en oracion, porque es muy acepta á Dios aquella baptismal inocencia que tienen: que aunque, por no tener el uso de la razon, no hacen obras de merecer, congruente cosa es, y de la inmensa bondad de Dios, es don y merced copiosa, que Dios oiga la plegaria de aquellos niños, siquiera por el estado de gracia en que están. Y de aquí dice el profeta David: « De la boca de los niños y de los que maman cumplistes, Señor, la perfeccion de las loas contra vuestros enemigos, para destruir con la inocencia

Jacob., 11.

Matth., 11.

Sapi., 5.

Psal., 8.

de los niños al enemigo y al vengador; que presume vengar su saña en los apriscos de vuestros fieles, que vuestro nombre confiesan. » Desta manera ayudando al paciente rezando unos los salmos, y otros la letanía, otros el *Credo*, otros el *Quicumque vult*, otros el *Te Deum laudamus*, y otros otras oraciones: y los niños las que supieren: todos á una mano encomendándole á Dios, y echándole muy á menudo agua bendita no solamente en su persona, y en la cama mas por el espacio de la pieza en que estuviere, y llamando el favor de la sacratísima Vírgen María, el socorro del ángel de la custodia, la presidencia del señor san Miguel, las prerogativas y patrocinios de los santos, en quien el agonista tuvo especial devocion, y en los que la tienen los circunstantes que lo piden, y juntamente invocando la sacrosanta union de la santa Madre Iglesia católica militante, es verisímile, que delante de tantos socorros no parará el diablo, ó si parare, será para su confusion y triunfo del agonizante. Con que por la misericordia divina triunfará del diablo, porque se cumpla lo del Apóstol: « No recebirá corona de gloria, sino el que en la pelea espiritual contendiere varonilmente contra todos sus adversarios. » Y así como por la oracion de la Iglesia se libró san Pedro de las cadenas de Herodes, así por la intercesion de aquella congregacion particular que en nombre de Dios está allí juntada, rogando á Dios sin remision por el que padece, querrá nuestro Dios benignísimo usar de su misericordia, y librar aquel que padece de los lazos de Satanás. Y por los méritos de su sagrada pasion en su justicia tendrá por bien de llevalle á su gloria.

2. Tim., 3.

Act., 12.

PUNTO TERCERO.

Que trata de los rencuentros y ardides de Satanás, con que procura derribar al paciente: especialmente en el tiempo del pasamiento que se dice agonía.

CAPITULO I.

De la difinicion del agonía de la muerte.

Presupuesto ya que el enfermo ha hecho sus apercebimientos y preparaciones que son necesarias, para la contienda que se le apareja, antes que vamos adelante en este tercero punto es bien que sepamos qué cosa es agonía. Agonía es un vocablo griego que quiere decir contienda, no tanto porque en tiempo del pasamiento es la contienda de la disolucion de las partes que la persona constituyen, cuanto porque entonces entra

el hombre en la mayor contienda y batalla que ha tenido en toda su vida. Y porque esta batalla espiritual no se hace sin gran solicitud y congoja, tómase este nombre agonía por cualquiera congoja y angustia con que el alma se aflige. Desta manera diremos que aquel espacio de tiempo que pasa dende que los cinco sentidos se empiezan á perturbar, hasta el punto que el alma se despide del cuerpo, se dice agonía, que el vulgo suele llamar pasamiento, porque á la verdad es aquel paso de tanta congoja y angustia que todos los afligimientos de toda la vida pasada no le fueron tan duros de soportar, como es solo aquel paso. Que antes que los cinco sentidos se pierdan, aunque tiene fatiga el enfermo, no le aprieta tanto el diablo como en solo aquel tiempo del agonía, despues de privado del uso de los cinco sentidos. Así porque ve el diablo que ya se le acaba al paciente el húmido radical, y no le queda mas tiempo en que le pueda ganar, como porque entonces le ve desamparado de los instrumentos, que son los cinco sentidos, con que dél se podria defender. Pues sabe él muy bien que para eso se los dieron, para que por medio dellos venciese al diablo, y ganase la gloria sujetándolos á la razon, y á ellos y á la razon á la fe, y apartándolos de los vicios. Síguese luego que entonces aprieta mas el diablo, cuando ve que se acaba la vida, y ve menos habilidad en el paciente para resistir á sus armas secretas y colorados ardides. Para declaracion de lo cual se tome la regla que ya dijimos. Que nunca el diablo tentaria al hombre en el agonía de la muerte, si no pensase hacelle pecar pecado de nuevo, de mas de todos los que le ha persuadido en la vida. O ya que otro pecado no saque de allí, procurará de traelle á tal indisposicion, que no se arrepienta, ó si se arrepintiere, que sea por el temor de la pena, y no por la detestacion y aborrecimiento del pecado, que nace de la caridad verdadera. Que si él tuviese por cierto que está ya sentenciado, y no pudiese pecar despues que entró en aquel paso del agonía, es cierto que nunca le tentaria en aquel punto, como aquel que supiese que no habia de sacar ganancia en todo aquel espacio de tiempo, y que su tentacion seria por demás. Por donde le seria á él mejor emplear aquel tiempo en los hombres que usan de los sentidos, si fuese verdad que el que pierde el uso de los sentidos no pudiese ya mas pecar. Luego por eso tienta, porque piensa ganar y grangear algunos pecados, con que acabe la vida el paciente, y se le lleve al infierno. De aquí se sigue otra conclusion, que aunque los cinco sentidos están turbados, no por eso se sigue que el juicio del ánima esté depravado, y ajeno de la razon. Antes en aquel punto está el ánima mas viva, mas cendrada, que estuvo en todo el tiempo pasado. Esta conclusion tiene Platon en el diálogo *De republica*, y Ciceron en el primero, libro *De divinatione*, y Aristóteles en sus *Problemas*. Mas no hagamos aquí caudal del dicho de estos filósofos, porque como algunos de ellos ignoraron la creacion del ánima racional, no pudieron trazar bien su ser, sino rastrear y sacar la naturaleza del ánima por los efectos que en ella parecen. Mas nosotros que por fe tenemos ser el alma criada, y por consiguiente inmortal, formemos esta razon. El ánima está inmersa y embebida en el cuerpo, y entiende en animar y vivificar el cuerpo en quien aposenta. Y como su

virtud sea finita, no está tan viva ni tan cendrada cuando está arraigada en el cuerpo como cuando está fuera dél. Porque entonces no se emplea en animar, ni dar vida á cuerpo mortal: mas está toda recogida en sí, por lo cual entiende cuan agudamente puede entender, segun la manera de la capacidad que Dios le dió en su ser individual y específico; como mas extendidamente diremos en el cuarto punto. Luego síguese que cuando menos entiende, es en el cuerpo, así porque se emplea en animalle, como porque entiende con ayuda de los cinco sentidos por medio de los cuales puede entender las sustancias de las cosas, ayudada de los accidentes, como son colores, cuantidades, figuras, sonidos, olores, sabores, frio, caliente, aspereza, ternura, dureza y blandura, pesado y liviano, y otros semejantes á estos. Mas despues de salida del cuerpo entiende las sustancias en su propia sustancia, sin andar mendigando padrinos, que se las ayuden á entender. Entre estos dos extremos ponemos un medio, en que el ánima entiende de media manera, porque ni es tanto como despues de salida del cuerpo, ni tampoco como cuando con ayuda de vecinos, que son los cinco sentidos, entiende los accidentes, porque entre los extremos siempre ó por la mayor parte ponemos un medio, que igualmente diste de entrambas partes. Dícese medio, porque participa de los extremos. Este medio es el agonía, ó el pasamiento de la muerte, que cierto es que mientras el ánima se va mas desarraigando del cuerpo, se va mas recogiendo, y apurando en su esencia y ser natural. Y por consiguiente entiende mas vivamente, que mientra mas se descarna de oir, y ver, y oler, y gustar, y palpar, mas se aviva en sí mesma, y se afina mas en sus esenciales operaciones, que son memorar, entender, y querer, que son las tres potencias: con las cuales representa las tres Personas Divinas en una esencia, por lo cual se dice ser el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios Por esta razon parece que aunque el hombre está privado de los cinco sentidos, el ánima no está privada de su juicio; antes está mas viva en sí que hasta entonces estuvo. Y aunque dijo el Psalmista: «Mi corazon se turbó en mí, y el temor de la muerte descendió sobre mí,» no quiso decir que aunque el ánima esté turbada por el temor de la muerte, por eso está fuera de su juicio, como están los sentidos, que bien conceden los filósofos y teólogos que puede estar el ánima turbada y usar de razon. Como el hombre que está acosado de grandes dolores, y turbado de grandes congojas, y por eso no deja de estar en su seso, y entender qué es lo que le atormenta, y tantear el placer que le podria sacar de la pena en que está, así en el agonía está el ánima turbada por una parte acosada de los dolores, que aunque está de camino, no deja de sentillos, mientras anima las carnes, por otra parte de las angustias y tristezas que el diablo le ofrece, para hacella desesperar. Mas no por eso pierde la distinta noticia que tiene, y aunque no sea de los objetos presentes, porque ya no ve ni oye, á lo menos de las especies y los hábitos que adquirió, cuando usaba de los sentidos. Y en esta batalla está puesta hasta que, acabándose el húmido radical, se hace fuerte en el corazon; y con dolor se despide del cuerpo,

Gen., 3.

Psal., 54.

cuya victoria (como dijimos) consiste en la firmeza de las tres virtudes teológicas, con las cuales es poderosa, si tuviere firme con ellas para vencer todos los engaños y ardides de Satanás. Porque como aquí dijimos, y en el capítulo XVIII del segundo punto, así como está sujeta á pecar, así está hábil, y en tiempo de poder merecer. Porque nunca determinó la justicia divina que se pusiese el hombre á la pérdida, sin que la misericordia infinita juntamente le pusiese á ganancia, si no quedare por culpa suya, por la cual merece ser castigada. Esta regla por eso se dice tantas veces: porque nunca se aparte el paciente de la esperanza, aunque mas pecados le acuerde el diablo, para hacelle caer en desesperacion, y leyéndola muchas veces hará un hábito fácil, con que fácilmente se acuerde á esperar en la misericordia divina, que no desampara, como dice el profeta, á los que á ella se acogen. Psalm., 21, 30, 31. 36 y 90.

CAPITULO II.

De un aviso general contra los insultos y ardides de Satanás, que pone en el agonía.

Porque la batalla del agonía (como habemos ya dicho) es la mas fuerte de todas, es necesario que los remedios de la victoria sean mas fuertes, como aquellos con que se ha de dar fin y quito á todos los engaños de Satanás, el cual en este punto tira la barra todo lo que la puede tirar, arguyendo contra el paciente con razones, autoridades tan firmes al parecer, que no hay juicio tan claro de hombre, que puesto con el diablo á demanda y respuesta, no quede vencido, si no tuviese especial socorro de Dios. Por lo cual se ha de tener una regla muy en la memoria, y en la vida se haga mucho hábito en ella para que se tenga en la muerte á las manos, que es esta: Que por ninguna via, en ninguna manera, ni por pensamiento, sopena de ser vencido, se tome el hombre con el diablo á demanda y respuesta, ni salga con él al coso, pues él no es poderoso para sacar de barrera al que no quiere ser sacado. Antes como el jugador de ajedrez, que conoce la gran ventaja de su contrario, en juego que va la vida, si está en su mano hacer maña al juego, suya seria la culpa, si saliese de sus casillas á campo raso con el contrario, que le llevase conocida ventaja. Digo, pues, por tornar á mi regla tan importante: que aunque claramente conozca el paciente que muy fácilmente puede responder á las preguntas que el diablo le hace, que no le responda palabra, ni salga de sus casillas, adonde tiene hecha la maña. Que ninguno será tan loco, que presuma de mas sabio que Adan. Gen., 3.
El cual porque salió al coso con el diablo consintiendo con la pregunta que hizo á Eva, nos paró tales, que de rigor de justicia nos podria decir Dios: *Amen dico vobis nescio vos.* En verdad que yo no os apruebo. Luego tomo á mi regla: que Ma., 25.
pues por cuestiones y preguntas venció el diablo á nuestros primeros padres siendo tan sabios, no sean tan atrevidos los hijos que piensen

que á brazo partido y taz por taz pueden triunfar del diablo. Especialmente en paso de tanta aflicion, adonde como dice Ovidio: *Crede mihi: miseros prudentia prima relinquit, et sensus cum re consiliumque fugit.* Ten por averiguado que á los afligidos ordinariamente les falta el primer grado de la prudencia, y con la privacion de las cosas huye el sentido junto con el consejo. Y si la Iglesia nos manda que no disputemos con los herejes, muy menos habemos de disputar con el diablo, que es el primer hereje (hablando largamente de herejía) que hubo en el mundo, y el padre de todas las herejías y idolatrías que se han levantado en el mundo. Porque los herejes que viven tienen regreso al perdon durante la vida, y con título de convertirlos y persuadirlos no seria malo disputar con los hereges. Y de aquí dice el Apóstol: «Huye del hombre hereje, despues que una y dos veces le hubieres corregido, y estuviere en su pertinacia.» Mas el diablo es hereje obstinado sin redencion, que todo lo que habla es conocidamente para engañar, y por eso dice el Sabio: «No te tomes á disputa con los pésimos adversarios, pues es cierto que por ser pésimos no pueden tener caridad.» Que nunca anda el diablo sino trampeando como hará real de su blanca, y nunca da aguja sin que piense baratar con ella una reja, y hacer quintal de su adárame. Por esto se dijo: «El que habla sofística y engañosamente para tomar á palabras, es aborrecido delante de Dios.» Tornando pues á mi regla para hacer hábito en la memoria, digo que ni con habla, ni con el pensamiento, ni sano, ni enfermo, ni sabio, ni necio, ni en vida, ni en muerte tengo de disputar, ni salir á coso con el diablo, pues que tengo fortalezas y casas de maña en que puedo vencer. Estas son tan fuertes, y tan poderosas, que no son parte todos los diablos que estén de una parte, para minallas. Digo mas, que el pecado mortal es peor que el diablo, y todos los pecados mortales, que se han hecho en el mundo, no son parte para combatir estas casas en que yo tengo mi juego seguro. Estas casas ó fortalezas son las tres virtudes teológicas, fe, esperanza y caridad, virtudes de tanta potencia, que el que firmemente en ellas se encastillare de flaco se hará fuerte, de medroso será seguro, de pecador será justo, de deudor quedará premiado, y de terreno celestial. La primera es fe, la cual, como dice el Apóstol, es un fundamento de las cosas que se han de esperar, y un argumento de cosas que no parecen. Luego á todas las razones que el diablo hiciere en contra, se acogerá el buen cristiano á la fe, la cual consiste en ser toda creida, porque toda es revelada, y por eso fué revelada, porque es de cosas tan altas que trascienden á la razon, las cuales fueran cosas pequeñas si en el entendimiento del hombre que en esta vida camina cupieran, y si en el entendimiento cupieran, nunca Dios las mandara creer. Luego si la fe se debe creer, no recibe disputa, porque la disputa tomada sola por sí engendra opinion, y la opinion no se halla sin duda, la cual quitaria todo el mérito de la fe, que consiste en la firmeza de la creencia. Demás desto si yo fuí reengendrado en la fe infusa que en el bautismo me dieron y creí habitualmente, sin que me diesen razon de lo que creia, y

Ovi., lib. 4. de Po. eleg. 12.

Ad Ti., 3.

Prov., 24.

Eccl., 37.

Hebr. 11.

actualmente creyeron mis padrinos por mí, hasta el tiempo de las inducias, que son los años de discrecion, sin pedir razon dello, creian por mí mis padrinos. Luego si es así que todo el tiempo de mi vida creí, sin pedir razon de lo que creí, ¿porqué seré tan sobre necio antuviado, ó tan sobre agudo tardío, que lo que no pedí en mi vida quiera saber en mi muerte? Por lo cual dende ahora, para entonces, digo que en fe fuí reengendrado, cuando me bautizaron, y en fe he vivido hasta el punto de hoy, en fe quiero vivir todo lo que me queda, y en fe quiero partir desta vida. Y así como en la vida cristiana entré por fe, así quiero partir della con fe. Y así como á la entrada me ayudaron á creer mis padrinos, porque no tenia el uso de la razon, así suplico á mi señor Jesucristo que á la salida me ayuden á creer todos los circunstantes, porque no estaré á la salida menos privado del uso de los sentidos que estuve á la entrada del uso de la razon. La segunda virtud es la esperanza, contra la cual pone el diablo la muchedumbre de los pecados, el daño del mal ejemplo, los pecados no confesados, las deudas no pagadas, los hurtos no restituidos, y al cabo la justicia divina inmutable. A toda esta batería resiste la firme esperanza de la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo, en cuyos méritos entra de rendon la virtud de la firme esperanza. Y la fe que acude con ella de mancomun que le dice que no está la vida eterna en cosa que sea menos que Dios, y en lo que toca al abrir ó cerrar las puertas del cielo solo Dios ó quien tiene en sus veces es parte bastante, y que las deudas que Dios suelta por ser Señor absoluto al que está en pasamiento que no tiene uso de los sentidos, son sueltas sin que entrevenga segundo señor. Y crea el que está en pasamiento á quien el diablo ofrece deudas ó hurtos, que fácilmente soltará Dios deuda de pena, pues por la contricion le soltó lo mas, que son las deudas de culpa. A esta confortacion acude ligeramente la caridad, y dice que un señor tan magnífico y liberal, que es digno de ser amado. Y si la virtud es premio del que la hace, cuanto mas Dios es bastantísimo premio del que le ama. Y con estas tres virtudes que acuden á una al tiempo del pasamiento, resiste el paciente al diablo, que por temor de la pena querria inducir al ánima á tener odio interpretativo de la justicia divina, poniéndole delante que sino fuera inmutable pudiérase revocar para mudar la sentencia que falsamente con embaucamientos quiere probar el diablo que es dada. Diciendo san Agustin: «O pecador, si no estás predestinado, haz obras para que dende agora te sigan al cielo.» Concluyo pues con mi regla digna de ser escrita en los corazones, que nunca nos acontezca entrar en disputa con el diablo, pues la fe, esperanza y caridad son los castillos roqueros en que la Iglesia y sus miembros se fortalecen para vencer á todos sus enemigos.

Aug. in lib. de predesti.

CAPITULO III.

Si es bien responder al diablo solamente con autoridades tocantes á estas tres virtudes teológicas.

Podria dudar alguno si es bien responder al diablo á lo menos con autoridades sagradas pertenecientes á las tres virtudes teológicas. Especialmente que pues las obras de Cristo nuestro Redentor y Maestro son nuestra instruccion y doctrina, ejemplo y regla de nuestras obras, parece que tenemos osadía de responder á las preguntas de Satanás, pues vemos que Cristo nuestro Maestro le respondió con autoridades de la escritura sagrada diciendo: ***Scriptum est, etc.*** Mas si bien miramos la persona, y el tiempo, y la sazon, hallaremos que aquella manera de responder ni es para todos, ni para el artículo de la muerte. Lo primero parece por la persona tentada que es Cristo, cuyas solas palabras bastaban á confundir todo el infierno. De á donde parece que ha de ser varon perfecto el que hubiere de responder al diablo con autoridades sagradas. Lo segundo está claro que aquella tentacion fué hecha en la vida, y no en el tiempo del agonía. De adonde se infiere que ya que hayamos de responder al diablo con autoridades, le respondamos en sanidad, y con entero juicio que no esté acosado de los dolores de las enfermedades agudas. Mas en el artículo de la muerte ni por pensamiento se ha de responder al diablo, mas de como quien habla consigo mismo, diga: Creo firmemente todo lo que cree la santa Madre Iglesia, así como se contiene en el Credo, para la inteligencia del cual me remito á la inteligencia que la santa Madre Iglesia le da, y aquella tengo, y profeso, y en aquella viví, y en aquella quiero morir. «Y á las autoridades que al parecer suenan en contrario de aquella, digo que las entiendo de la manera que la Iglesia católica las entiende.» Y esto me basta sin mas inquirir, y con esta fe y creencia concluyo contra el diablo, y alegue él cuanto quisiere, que no alegará contra mí. Que sobre esta fe no tengo mas que buscar, pues esta sola, acompañada de la esperanza y informada de la caridad, basta para ser fiel siervo de Dios, al cual tengo de contentar con simplicidad de corazon, y no con cautelas sofísticas: «Las cuales, como dice la Escritura sagrada, son aborrecidas delante de Dios.» De manera que tornando á mi regla, por hacer hábito en ella, digo que por ninguna via se ha de tomar el hombre con el diablo á brazo partido, ni respondiendo á sus razones, ni á las autoridades, que como heresiarca en sentido falso suele alegar. Esta regla no contradice á que el buen cristiano deje de hacer hábito en el *Credo*, y en algunas autoridades como son: *Verbum caro factum est. In te, Domine speravi, non confundar in æternum. Illumina oculos meos ne unquam obdormiant in morte. Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Viriliter age confortetur cor tuum, et sustine Dominum. Domine, non secundum peccata nostra facias nobis. Miserere mei, Do-*

Mat., 4.

Eccli., 37.

mine, secundum magnam misericordiam tuam. Dixi confitebor adversum me: et tu remisisti iniquitatem peccati mei. Deus, cui proprium est misereri semper et parcere. In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. Y otras autoridades y devociones semejantes á estas, para que, habiendo hecho hábito en ellas, durante la vida, las tenga á las manos al tiempo del agonía. No para responder al diablo, al cual ninguna respuesta se debe, sino para que haga el cristiano lo que es obligado, que es encomendarse á Dios, á quien todo se debe.

CAPITULO IV.

Que trata de los insultos secretos de Satanás.

Presupuesto ya el testamento, la confesion, y el recebir del Santísimo Sacramento, entra la batalla campal que pasa entre el diablo y el ánima del enfermo, al tiempo que se le va acabar el húmido radical. A la cual se debe aparejar el verdadero cristiano, y pensar que Cristo nuestro Redentor quiso ser tentado, para darnos ejemplo de confianza, para que confiásemos que de su parte somos tan poderosos, que todo el infierno no es parte para el menor siervo de Dios que confiase en el socorro divino. E para que nosotros no desesperemos viéndonos acosados de los insultos y acometimientos de Satanás. Que aunque en toda la vida tiente por muchas vias, no tiene tantos ardides, ni tantas celadas, cuantas parecen, y muestra en el artículo de la muerte. Porque él ve claramente que si de aquel punto queda vencido, no le queda tiempo en que pueda grangear el ánima, por quien tantas asechanzas ha hecho. Y es tanto el conato y mañas que en aquel paso pone al enfermo, que todo lo hecho en comparacion de esta tentacion es tan liviano, y de tan bajos quilates que cuasi se pasó como sueño. Y aun las letras divinas no haciendo mucha mencion del discurso de la vida, dicen á la serpiente que pondrá asechanzas al término de la vida del hombre. Las cuales asechanzas son tan secretas y fuertes, que en comparacion de estas las antepasadas se tienen por muy ligeras de resistir. Así, porque al hombre (ya que sea vencido en la vida) le queda regreso á penitencia, como porque entonces se ven cuasi claramente las asechanzas, y se tienen por tales. Y el que peca, claramente ve lo que hace, y atrévese á pecar con título que tendrá regreso á la misericordia divina que él mesmo se promete. Mas en el agonía con las muchas pasiones, tristezas y penas, que de muchas partes le cercan, está el ánima tan turbada por la turbacion de los sentidos, que apenas siente si lo que el diablo le ofrece es bueno, y segun conciencia, ó si son insultos y asechanzas de Satanás. Por lo cual conviene hacer callo en saber cuales son los lazos y redes de que usa el diablo en tal tiempo. Porque cuando los viéremos, no nos hallemos novicios y principiantes para resistillos, porque el primer grado de la victoria es conocer el engaño.

CAPITULO V.

Del primer insulto de Satanás, que es deseo de larga vida.

El primer insulto y ardid que hace el diablo al enfermo es el deseo de larga vida, con el cual le hace que repugne á la voluntad divina. Para que, como el mal criado, cuando su señor le manda que vaya, va rezonglando y de mala gana, y á mas no poder, así vaya él á la muerte por fuerza. El cual servicio si viniese en noticia del amo, no se le agradeceria: desta manera no merece el que muere, si muere á mas no poder. Porque la voluntad es la regla justísima de las obras. Contra este deseo debe pensar el verdadero cristiano que no es ir de la vida á la muerte, sino de la muerte á la vida. El cual tiene por fe que es esta vida destierro y ensayo de gloria, y que nunca falta Dios al que se esfuerza con todas sus fuerzas á confiar en su pasion sacratísima. En cuya virtud confia que alcanzará perdon de todos sus pecados, de que buenamente se hubiere arrepentido, ó entonces se arrepintiere. El que esto considerare, dirá con el Apóstol: «Querria ser ya suelto desta cárcel mortal, y estar en la gloria con mi señor Jesucristo.»

CAPITULO VI.

Del segundo insulto de la paciencia.

De que el diablo ve que el paciente conforma su voluntad con la divina, tiéntale por via de impaciencia, y procura que el enfermo acosado de grandes dolores, ya que no rechace la muerte, tenga desabrimiento en el modo de la muerte. Y desta manera se desvie del mandamiento de Dios, como el mal siervo, que ya que hace el mandado de su señor, pésale por el modo, que quisiera él que fuera mas sin pena y sin trabajo, pues que estaba en manos del señor que le manda. A esta tentacion estará avisado de la virtud de la paciencia, segun aquello de san Lucas: «En vuestra paciencia poseereis vuestras ánimas,» y sobre todo pondrá delante de los ojos de la memoria la acerbísima y excesiva pasion de nuestro Redentor Jesucristo, contemplándola por sus pasos y calles de Jerusalen. Y embebido algo en la compasión no sentirá tanto la pasion que le atormenta. Y sepa que la virtud (como dice el Apóstol) en la enfermedad tiene su perfeccion; especialmente que es la misericordia de Dios tan grande que aquellos dolores que da tienen las veces de purgatorio, y valen mas recebidos de voluntad que muchos dias de purgatorio recebidos por sentencia difinitiva, por lo cual decia san

Luc., 21.

Agustin: «Señor, abrazadme en esta vida, y dadme cauterios, porque me perdoneis en la otra,» pues que es muy gran verdad lo que dice el Apóstol: «Al que ama, el Señor le castiga.» Especialmente que delante de los ojos tendremos vecinos, que tengan mayores y mas largas dolencias, en cuyo respeto nuestro dolor es liviano. De donde dice Ovidio: *Neque enim fortuna ferenda sola tua est: similes aliorum respice casus, mitius ista feres.* No solamente mires tus afligimientos, mas mira los desastres de tus vecinos, y sufrirás mansamente los tuyos.

August.

Hebr., 12.

CAPITULO VII.

Del tercero insulto de honras, y de cobdicia.

Cuando ve que por impaciencia no puede derribar al paciente, ponele delante las honras que tuvo entre todos. Pónele la hacienda, que está en lo mejor de su grangería. Pónele que entonces fabricaba grandes cosas, como son mayorazgos, hospitales ó monasterios, que en aquellos dias habia propuesto en su corazon de hacer. Y viendo que se le acorta la vida, ve que no puede ejecutar su intencion. Y con título que era empleada en servicio de Dios, le pone, ya que no rehuse la muerte, ni el modo de los dolores, un deseo de dilacion, siquiera, hasta cumplir su propósito. A esto se responde que el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios despues del sacrificio de la pasion sacratísima de nuestro Redentor, es el sacrificio del corazon entero y determinado, sin sacar condicion. Que si es buena obra dejar hospital, ó cosa semejante, mas deja el que deja su voluntad en las manos de Dios, que el que todo el resto dejase sin ella. En lo que toca á la pena del dejar la hacienda, cuando cumplidamente á cabo de muchos sudores y dias la empezaba á gozar, no tendrá mucha pena de dejar el meson alquilado el que por cumplir con el mandamiento de Dios se conhortare á dejar la vida en manos de quien le dará cien tanto, y mas la vida perpetua. Especialmente que si desnudo salió del vientre de su madre, justo es que vuelva desnudo de la voluntad de las posesiones. Que á la verdad no fueron tan suyas, que como arrendador no las haya tenido á renta de la mano de Dios, al cual como á Señor absoluto ha de dar cuenta de la villicacion ó majordomía, cuando le fuere pedida, y está cierto que no le darán mas tiempo, para que con la diligencia pueda surcir todos los descuidos pasados.

Luc., 16.

CAPITULO VIII.

Del cuarto insulto con la mujer y los hijos.

El cuarto insulto con que el diablo tienta al enfermo, es poniéndole delante la mujer, y los hijos, y toda la hueste de sus parientes, especial si son pobres, junto con sus amigos y familiares. Pónele delante qué hará su mujer, con quien se consolará, si es vieja. Qué dispondrá de su vida, si es moza. Luego le ofrece al pensamiento los hijos y hijas, como quedarán huérfanos de padre. Para lo cual le mueve el afecto paternal con que los ama por donde le pone aficion, si quedan pobres y descarriados, que no tendrán quien los ampare. Y engéndrase deste afecto una tristeza no menos recia que las pasadas; porque crece tanto el afecto conjugal, y el amor paternal, que apenas le dejan libre, sin que entre sí diga: Si yo viviera mas, pudiéraos dejar en estado de vida, por donde partiera sin pena desta vida mortal. Mas viendo que os dejo así sin oficio y sin beneficio, no puedo dejar de sentir la partida. Y otras muchas cosas semejantes á estas, que á manojos le ingere el diablo, solo por sacar dél algun sinsabor en la muerte, para que por una via ó por otra no la acepte de entera voluntad, como es obligado. A todos estos insultos acorre la virtud de la esperanza, con que confia en Dios, que él será su verdadero tutor. Y tenga por fe que no le falta cosa á quien Dios le queda. Tenga por fe que la confianza que se tiene de Dios no puede faltar, si fuere de cosas justas, si no falta por el que tibiamente confia. Y tenga por fe que el que parte desta vida con entera confianza de Dios, que el efecto de aquella confianza se le ha de cumplir sin falta alguna. La razon está clara, porque de parte de Dios no hay duda, porque él mismo dice: «Pedid, y daros han lo que pidiéredes justamente.» Y antes pasará el cielo y la tierra, que falten las palabras de Dios. Luego el que confia en el artículo de la muerte con entera esperanza, ayudada de fe, informada de caridad, cierto está que de parte de Dios no habrá falta en esta esperanza. Ni tampoco la podrá haber de parte del que confia, presumiéndose que al tiempo que tiene esta confianza, está en estado de gracia, porque hace todo lo que es en sí: y se conforma con la voluntad de Dios, y parte desta vida con la tal confianza: es cierto que ya no puede perder la caridad con que desta vida partió, porque con la vida se le acabó el tiempo de poder pecar, así como se le acabó el tiempo de poder merecer. Luego síguese que no podrá poner obstáculo al afecto que mereció por la gracia en que partió desta vida: y por consiguiente está cierto que Dios será el verdadero tutor de sus hijos, y de todo el resto de su familia. Y que él sabe el cómo y el cuando, y por que vias les ha de ayudar. Porque sola la gracia y la gloria se ha de pedir á Dios sin condicion, y sin tantealle el cómo y el cuando. Desta manera partirá seguro el verdadero cristiano,

Mat., 7.

Luc., 11.

Luc., 21.

como aquel que deja certísimo mayorazgo á todos sus hijos, pues les queda Dios por su verdadero tutor, en quien todo lo que se confía queda fijo y cierto para siempre jamás, sin que peñola de escribano entrevenga, para dar testimonio del depósito que en las manos de Dios se depone. Finalmente, si (como ya dijimos) las acciones de nuestro Redentor Jesucristo son para nuestra instruccion, es mucha razon que al tiempo de nuestra partida encomendemos á Dios los nuestros de quien tuvimos cargo en la vida como hizo nuestro Maestro y Redentor Jesucristo cuando dijo: « Padre celestial, cuando yo estaba con los mios, que vos me distes en vuestro nombre, yo los guardaba, mas agora que dellos me parto, para venir á vos, no os suplico, Señor, que los lleveis deste mundo, mas que los libreis de todo el mal en que sin vuestro socorro podrian caer. » Con tal ejemplo como este estará seguro el verdadero cristiano que no hará falta á su mujer ni á sus hijos, á los cuales en virtud de la verdadera confianza que de Dios tiene, sabe que no les puede faltar el socorro divino: el cual es solo bastante para quitar toda la pena que cerca deste punto suele afligir al enfermo.

Joan., 17.

CAPITULO IX.

Del segundo género de insultos con que tienta el diablo, que son unas veces por temor, y otras por falsa seguridad y confianza que el enfermo tenga de sí.

Allende destos cuatro insultos, con que livianamente tienta el diablo al enfermo, cuando ve que el húmido radical se le acaba, y se va ya privando el uso de los sentidos, acude con otra manera de tentaciones muy mas recias que las pasadas, las cuales conprehendió el Psalmista en un verso que, hablando con el siervo de Dios, dice: *Non timebis a timore nocturno: a sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et dæmonio meridiano.* En el cual verso la primera tentacion se dice el temor de la noche: por el cual se entiende la desesperacion, la cual por eso se dice temor de la noche, porque teme el hombre entrar las vias del otro siglo; porque no sabe adonde tendrá la primera posada, cuando ya el ánima empieza á desatarse de las cadenas de la cárcel mortal: antes está entre dos paredes como Balaan que no podia pasar por el ángel que le aguardaba al cabo de aquellas paredes. Así el ánima está entre dos paredes, que son la vida presente y el siglo futuro, temiendo la justicia de Dios, y al ángel percuciente que la está aguardando á la puerta de la salida. Y aun teme á sus enemigos que la están aguardando, como lo dice Jeremías: « Todos sus enemigos la engarrafaron en los estrechos: » que son las agonías del artículo de la muerte, que es el estrecho lugar que media entre esta vida y la otra. Allí le pone delante todos los pecados que ha hecho en su vida, y muchos que ha confesado so color que no los ha confesado. Tras esto le repre-

Psal. 90.

Num. 22.

Hie. Thr., 1.

senta la justicia divina que ha de juzgar justamente. Alégale autoridades concernientes á la inmutabilidad de la justicia divina, y finalmente traele á la memoria todos los modos y vias que suelen traer á desesperacion, como se escribe en el Deuteronomio: «Ocurriros han los males que hubiéredes hecho en los postrimeros de vuestros dias, porque hicistes mal en el acatamiento de Dios.» Para resistir á este recuentro con todos los siguientes, no se puede hallar mejor medio, que es el de la firme esperanza en Dios. Y acuérdese el paciente de la regla que ya dijimos. Que por ninguna via se tome con el diablo á disputa; porque es tan sutil que si se pára con él á demanda y respuesta, no le podrá resistir. Luego á todos los argumentos que en este punto del temor de la noche, que trae á desesperacion, le hiciere el diablo, acuda con la virtud de la firme esperanza, y tenga por fe que nunca Dios desampara al que firmemente esperare en él, y se encomendare á los méritos de su sagrada pasion. Y á los pecados no confesados que le trujere á la memoria el diablo; pues él está en pasamiento, y no tiene facultad para confesallos, porque ya no usa de los cinco sentidos, sepa que arrepintiéndose interiormente hace todo lo que es en sí: y que Dios no le pedirá confesion vocal de lo que hecha su diligencia no se acordó. Y que en aquel tiempo no le pedirá que los confiese, pues tiene impedida la lengua con el trance del agonía. Y pues el diablo á tal tiempo se los ofrece, no lo hace de caridad, sino por traelle á desesperacion, y como es el padre de la mentira, créese que los pecados que ofrece, ó están ya perdonados, porque están confesados, ó si fuese así, que no los hubiese confesado en su vida; á lo menos miente el diablo en dos cosas. La una es que dice que no están perdonados: y miente, que hecha la diligencia debida, los pecados que se olvidaren de confesar se perdonan en la contricion general. La segunda mentira es que le hace encreyente al agonizante, que es obligado á la confesion dellos, sopena de no salvarse; lo cual es gran falsedad, que nunca Dios obligó al hombre á lo que no pudiese hacer. Allende, que no está Dios atenido para salvar por medio de sacramentos. Que aunque el que tiene tiempo y facultad es obligado á aprovecharse dellos á sus tiempos, no por eso se sigue que en un caso de tan estrecha necesidad como es el agonía de la muerte, adonde mientras menos usa el hombre de los sentidos, mas viva y mas cendrada está el ánima, haya de desesperar por no confesar vocalmente los pecados de que el diablo le acusa, que ya que esté tan embaucado que piense que no los ha confesado, entre sí puede pedir perdon á Dios dellos, y arrepentirse dellos interiormente. Porque se cumpla entonces en él lo que dice el Apóstol: «A los que aman á Dios todas las cosas les salen á bien.» Entre las cuales el diablo, que presumia derrocalle por desesperacion, le saldrá á bien, porque interiormente se puede arrepentir de los pecados de que el diablo le acuerda, ya que fuese así, que no los hubiese confesado en su vida. Pues ya no está en tiempo que pueda usar de la lengua, para podellos confesar vocalmente. Que no se le acabó el tiempo del merecer aunque se le acabó el tiempo de hablar con la lengua. Luego puédese arrepentir den-

Deut., 31.

Rom., 8.

tro de sí, porque nunca Dios falta á las lágrimas del corazon, con las cuales dirá el agonista á su alma aquel verso del salmo: « Alma mia, tén esperanza en Dios. » Que yo aun hasta este punto que me queda de vida, puedo confesar su santísimo nombre, y encomendarme á su sagrada pasion: tan poderosa para salvarme en la hora postrera, como salvó al buen ladron, que en el fin de su vida por solo encomendarse á aquella pasion sacratísima, ganó la indulgencia plenaria y absolucion de todas sus culpas. Y si los demonios dicen al alma del agonista: No tiene remedio ni salud en su Dios, dirá lo que dice el mismo David en otra parte: « Tomad, Señor, vuestras armas, que son vuestra divinidad y humanidad sacratísima, y socorredme, Señor, y venid en mi ayuda. Concluidlos, Señor, porque vean mis enemigos que librais á los que confian en vuestro socorro. » Y si con la boca no os puedo, Señor, confesar, diré con vuestro profeta: « Mentalmente acerca de mí haré yo la oracion á mi Dios por la salud de mi alma, y diré yo á mi Dios en mi corazon: Vos, Señor, sois mi tutor, que me habeis de recebir en la tribulacion. ¿Porqué, Señor, os olvidais de mí? ¿Porqué me dejais en tanta tristeza, mientras me acosa el diablo, queriéndome traer á desesperacion? » Demás desto, dice san Gregorio, que así como durante la vida habemos de quitar de la memoria los bienes que habemos hecho, así en el fin de la vida para ayudar á esforzar la esperanza, es saludable consejo traer todas nuestras buenas obras á la memoria, como decia el rey Ezequias: « Acordaos, Señor, que anduvé delante de vuestra majestad en corazon perfecto. » Estas buenas obras referidas al sello de la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo son merecedoras de gloria, y no ensoberbecen al que las hizo por traellas á la memoria, pues refiriéndolas á aquella pasion sacratísima conoce que de allí les viene el valor que se premia con gloria. En lo cual no solamente no se engrie en soberbia, mas aun merece de nuevo, porque se hace grato á los beneficios recebidos de la mano de Dios, al cual atribuye la gloria de todas las buenas obras que ha hecho, segun aquello que dice el Salmista: « No á nosotros, Señor, que somos siervos inútiles: mas dad á vuestro nombre la gloria de todas las obras, que por hacernos señaladas mercedes en nosotros principalmente hecistes. » Y pues vuestro profeta Zacarías nos dice que cobremos salud de nuestros enemigos, y vuestro siervo Augustino dice que la verdad á do quiera que se hallare procede de vuestra Majestad sacratísima, quiérome aprovechar agora de aquellas verdades que dijo un ingenioso poeta aunque gentil: *Confugit interdum templi violator ad aram, nec petere offensi numinis horret opem.* Muchas veces el violador del templo se acoge al altar, y tiene alas para pedir el socorro de la deidad que ofendió. En la misma obra dice el mesmo poeta: *Carcere dicuntur clausi sperare salutem, atque aliquis pendens in cruce vota facit.* Los prisioneros esperan salud en la cárcel, y aun el que está pendiente en la cruz hace plega-

Psal., 41.

Psal., 3.

Psal., 34.

Psal., 41.

Greg., lib. 22. Mor.

Isai., 28.

Psal. 113.

Luc., 1.

Aug., 2. de doc. Christi.

Ovi., lib. 2 de Ponto.

Lib. 1 de Ponto, eleg., 7.

rias á Dios. Esto se verificó en el buen ladron, que se acogió á vuestra sacratísima Majestad. Y en otra parte dice el mismo poeta: *Ipse licet sperare veles, speravimus ipsi. Hoc unum fieri te prohibente potest.* Aunque, Señor, me mandeis que no tenga en vos confianza, no la dejaré de tener; que aquesto solo puedo hacer, aunque tenga mandamiento en contrario. Porque como este mismo poeta dice: *Quamvis est igitur meritis indebita nostris: magna tamen spes est in bonitate Dei.* Aunque yo por mis culpas no merezca tener esperanza, no la puedo dejar de tener confiando en la bondad de Dios. Las cuales verdades, si las alcanzó un hombre gentil como Ovidio, ¿porqué desesperaré yo, que tengo por fe lo que dice vuestro profeta David: « Libraré yo al hombre que puso en mí su esperanza, y amparalle he porque de mi nombre tuvo conocimiento? » Tenga por fe lo que dice vuestro eclesiástico: « Ninguno puso en el Señor su esperanza que quedase confuso. » Con esta fe y creencia me acojo, Señor, á vuestra misericordia, y pues venistes á llamar á los pecadores, quiero tener una noble osadía, y responder á vuestro misericordiosísimo llamamiento, pues soy uno de los pecadores llamados.

Lib. 2.

Lib. 1 de Ponto, eleg., 7.

Psal., 60.

Eccles., 2.

Mat., 9. Luc., 5.

CAPITULO X.

De la segunda tentacion del segundo género, que es de la vana gloria.

Como sea regla verdadera que la virtud consiste en el medio, síguese que los vicios son los extremos por los cuales anda el diablo sin pasar por el medio, como parece en esta segunda tentacion, con la cual en especial suele tentar á los hombres de buena vida, porque no tiene tan abierta entrada á la desesperacion, con la cual se atrevió á derrocar á los que gastaron su vida en pecados. Aunque como las obras del diablo son la misma desórden, busca muchas veces entradas de desesperacion á los buenos, y engreimientos de vana gloria á los malos. Y como aquí veremos mas ordinariamente (si órden se puede decir el astucia del enemigo) á los que vivieron segun la ley evangélica, no les pone en menor estrecho de poderse perder por la vanagloria, que á los malos por la desesperacion. Porque les pone delante todas las buenas obras, que han hecho en su vida con celo de caridad; los pasos de romería, los oficios que limpiamente segun la conciencia cristiana administraron, los favores que hicieron á los que tenian necesidad de su amparo, las limosnas y empréstidos que hicieron, alégales aquel verso que dice David: « Agradable es el hombre que hace limosna, y empresta, porque este tal dispone y ordena las respuestas que ha de dar cuando le tomaren cuenta en el riguroso juicio, cuando muriere. » Alégales otro

Psal., 140.

verso del mismo profeta : « Bienaventurado es el hombre que tiene cuidado del necesitado y del pobre , porque este tal en el dia malo , que es el dia del riguroso juicio , será librado por el Señor. » Iten el verso sobre que funda las tentaciones segundas. « No temerás del temor de la noche, que es la muerte perpetua , etc.» Con estas, y con otras muchas semejantes autoridades procura el diablo engreir al paciente , para que se descuide de encomendarse á los méritos de la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo , en cuya virtud tienen valor todas las obras hechas en caridad para que sean dignas de la gloria del cielo. Procura pues el diablo de engreir al paciente con todas las buenas obras que ha hecho , como si por solas ellas estuviese seguro del cielo. Tráele tambien al pensamiento que ha sufrido las adversidades y enfermedades con grande paciencia. Y aquí ha de tener aviso el paciente , porque le hace que piense de sí que en aquella enfermedad tiene paciencia : y que se conforma con todo lo que Dios quiere , y que Dios no le pide mas , luego que no tenga pena , que ya hace todo lo que debe , en tener paciencia y recebir la muerte de voluntad. Esta tentacion tanto es mas peligrosa cuanto es mas colorada. Que á la verdad mucho hace el que tiene paciencia, y recibe la muerte de volundad. Mas ha de saber el verdadero cristiano que la paciencia de los trabajos , y la conformidad que con la volundad divina se tiene en la muerte , no serian de merecimiento de vida eterna , si se tomasen por su propio y solo valor. Mas requiérese que sean aceptados por Dios , y encorporados en su sagrada pasion , y Dios no acepta el servicio del que se engrie , y se estima en su pensamiento , haciendo caudal de sus buenos servicios. Como sea muy gran verdad lo que dice el Apóstol: « No por las obras de nuestra justicia , mas por su misericordia nos hizo salvos. » Que á la verdad no es razon que por un limitado trabajo , que por grande que sea en fin se acaba , se dé premio de gloria. Luego pues que Dios no es menos justo que misericordioso , habemos de confesar que por su misericordia nos salva ; y por su justicia nos libra, por su misericordia nos hizo particioneros de su pasion , y por la justicia muy rigurosa que dél se hizo en Jerusalen , por tela de rigor de justicia nos libró del captiverio perpetuo. De manera que en tanto nuestras obras son justas , en cuanto participan y se encorporan en la justicia divina ; que por su misericordia infinita justifica á los pecadores que á ella con verdadera humildad se acogeren , y el que fuera desta justicia pensare , que por sus buenas obras ha ganado la gloria , será abatido del pináculo de las obras en que subió, á manera del fariseo que hacia caudal de sus obras , y se queria justificar delante del acatamiento de Dios. Debe luego el cristiano acudir con todos los dones á Dios , de cuya mano recibió no menos á ellos que á sí. Y si sufre en paciencia la enfermedad , es merced que Dios le hace muy señalada , por la cual si le debe servicio y agradecimiento , ¿qué pecado cometerá el que en lugar del servicio se quiere alzar á mayores, y tener presuncion de allí? ¿de donde se habia de humillar? Que aun el fariseo por engreido

Psal., 40.

Ad Titum, 3.

Psalm., 3. Col. 2.

Luc., 8.

y soberbio que era, no dejó de hacelle gracias, como hombre que conocidamente habia recebido mercedes. Mire, pues, el cristiano la astucia del enemigo, que debajo de un dar de gracias de boca, encubre la soberbia del corazon, con estos y otros semejantes ardides procura el diablo engreir al paciente, que ha vivido en justicia, hasta subille en el pináculo alto del templo para decille en el pensamiento:

Mat., 4. *Mitte te deorsum, Angelis suis mandavit de te: et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* Échate de ahí abajo, y tén confianza en tu Dios, que tiene mandado á sus ángeles que te guarden de todos los peligros, porque ni aun en el pié (que la cabeza segura está) recibas alguna lision, topando en alguna piedra. Quiere decir el diablo al paciente que no está sobre el aviso: Considera, y pon tu pensamiento en los hombres que están abajo de tí y de tus obras, para que claramente veas en lo mucho que les excedes, y digas:

Luc., 18. *Non sum sicut ceteri hominum.* Bendito sea Dios que no soy yo como los otros que yo conozco, tahures, blasfemos, avarientos, adúlteros, homicidas, maldicientes y perezosos: y si estos piensan de ir á la gloria, y tienen esperanza del cielo, ¿cuánto mayor la debo yo de tener? Acude luego el diablo con todas las buenas obras que ha hecho, diciéndole que no tiene porque desmayar, antes debe estar muy seguro, pues en todas sus vias y pensamientos para cumplir los mandamientos de Dios, le guiaron los ángeles con tanta vigilancia y custodia, que aun en el pié (que es el primer movimiento de las obras que hace y ha hecho) no tropiece en la piedra, que es no resistir al primer llamamiento de Dios. Por lo cual le hace encreyente que no debe temer sino echarse con seguridad del pináculo abajo: conviene á saber, mirando el altura de las obras en que demasiadamente confia; y dende aquellas bajar con el pensamiento á todos los males y vicios de la ciudad. Y dejo de mirar á las nubes, porque viendo las obras de los santos contemplativos podria ser que desconfiase en sus obras. Por eso no le dice el diablo: vuela sobre las nubes; mas dícele que se eche con seguridad de allí abajo. Para lo cual le pone delante los públicos pecadores, que públicamente dan mal ejemplo de sí: demas de los maleficios que hacen: delante de los cuales son tan subidas sus obras, que como hombre regostado á volar que le va bien del vuelo, no solamente se levantó de la consideracion de los pecados ajenos, hasta tornar al pináculo de sus obras, de donde dió el primer vuelo, mas aun por el gran restribo que dió de lo bajo, quiso volar *super pennas ventorum*, y pensar que si hombres tan malos como se hallan en la ciudad caben en la Iglesia de Dios, y piensan de entrar en el cielo, que se le haria á él muy gran sinrazon si se le negase la gloria, pues (como á él le parece) por su buena lanza la tiene ganada. Con esta tentacion se engrie tanto el agonista, que del temor que antes tenia por la comparacion que el diablo le puso delante entre sus obras, y los pecados ajenos, se levanta en tanta soberbia que no solamente con mucha seguridad se promete la gloria, mas aun estaria en puntos de mur-

Mat., 20. murar contra el Señor de la viña, por la cual se significa

la Iglesia; si pensase que á alguno de aquellos, que por presto que se arremanguen, no trabajarán mas de una hora, le hubiesen de dar el dinero de su jornal, tan por entero como á él, que trabajó todo el dia. Junto con esto le pone delante aquella sentencia que dijo nuestro Redentor á sus sagrados discípulos: « Gozaos y alegraos, que el premio de vuestro trabajo está copioso en el cielo. » Y ciégale, que no mire que aquel premio tiene la raiz en el merecimiento que Cristo nuestro Redentor mereció por nosotros. Ciégale tambien que ninguno se debe pagar á sí mismo, mas debe esperar como los trabajadores de la viña esperaron á que les pague el mayordomo que tiene el dinero, y el poder para pagar los jornales de todos. Esta tentacion segunda se toca en la segunda parte del verso que dice: « No temerás de la saeta que vuela en el dia. » Por la cual se entiende la vana gloria. Dícese vana, porque es falsa, y aparente, y no verdadera; porque la verdad es que no se debe la loa de la cosa bien hecha al instrumento, ni á la causa segunda, sino al que principalmente la hace, que es Dios. Que el instrumento no se moveria de sí si no le moviese el maestro, y la causa segunda no haria cosa por sí sola, si la primera causa no concurriese principalmente con ella. Quanto menos haria cosa, que fuese de ver: Y cuanto muy menos se habia de engreir sobre el maestro que rigiese el instrumento queriéndose tomar en competencia con él: y la causa segunda cuan alevosa seria, si no pensase que dependia de la primera. Esto quiso decir Isaías cuando dijo: « Por ventura, tendrá tanta osadía el destral que se atreva á tener competencia contra el que corta con él. » Dengreirse ha la sierra contra el maestro que asierra con ella. « No menos por cierto peca el hombre que sabe que es causa segunda con quien Dios hace las buenas obras, y tiene osadía á ponerse en competencia con Dios, y en lugar de dalle gracias por las muchas mercedes que recibió de la mano divina, se hace cosario ladron, atribuyendo á sí la loa de las buenas obras, que principalmente Dios obró en él. Como sea muy gran verdad lo que dice el Apóstol: « No somos bastantes á pensar algo de nosotros que nazca de nuestra cosecha, mas todo nuestro cumplimiento nos viene de la mano de Dios. » Esta vana gloria es una carcoma tan grande y tan ordinaria de las buenas obras, que es el mayor castillo roquero que tiene el diablo para hacer guerra á los justos. Por tanto ha de haber gran vigilancia y gran miramiento contra el apetito de la loa vana, que es el borron con que no solamente las obras presentes, mas aun las pasadas se borran. A esta saeta que vuela por las bocas de todos en la claridad del dia delante de los ojos de todos, se socorre con la verdad entendida, de la cual nace la humildad verdadera del corazon, para la cual debe considerar el cristiano que no hay arroyo sin fuente. Y pues el arroyo recibe su agua de la fuente, no es cosa justa que sea ingrato á su fuente, á quien todo se debe. Así no hay bien en el hombre que no sea derivado de la fuente, que es Dios. Como Santiago lo dijo: « Todo bien dado y cualquier don perfecto desciende de arriba del Padre de las iluminaciones y gracias que difunde en sus criaturas. » Tambien

Mat., 5. Luc., 6.

Isai., 10.

2. Cor., 3.

Jacob., 1.

es verdad que el que mas recibe mas debe. De adonde se sigue que mientras uno es mas justo y mas bueno, es mas deudor: como aquel que recibió don de justicia, de la fuente, que es Dios, y es mucha razon que como criado privado de Dios, que ha recibido especiales mercedes sobre los otros, esté mas sobre el aviso, así para agradecer á Dios el bien recebido, como para no ofendelle, que mientras mas recibió es obligado á mostrarse mas grato y menos ofendedor. Que no es razon que mueva guerra contra el Señor, de cuya mano recibió las mercedes, y entre ellas las armas con que le hace la guerra habiéndolas recebido para defenderse con ellas de las manos de sus enemigos. Y sepa que mas gravemente ofende á su rey el que con las mercedes que el rey le ha hecho se atreve á hacelle guerra, que el extraño que con sus propios dineros le hiciese la guerra. Desta manera mientras uno es mas amador de los mandamientos de Dios, mientras da mas limosnas á pobres; mientras mas devotamente reza sus oraciones, mientras con mayor voluntad ayuna lo que es obligado, mientras mas visita hospitales, mientras menos mal dice del prójimo, mientras con mayor contricion se arrepiente, mientras mayor hervor pone en el servicio de Dios, es muy mas obligado á estar sobre el aviso, para agradecer todas aquellas mercedes á Dios, que el pecador ordinario que no recibió especiales mercedes fuera de las generales con que Dios á todos convida. De aquí se puede sacar que la soberbia del malo no es tan grave como es la del hombre que se acostumbra á las obras de hombre justo. Lo uno, porque el pecado venial del hombre extraño, y no conocido, crece, y se hace grave en el siervo privado. Lo segundo, porque el extraño hace la guerra con sus propios dineros, que son las carencias de virtud y poquedades que tiene de su propia cosecha. Mas el justo pace la guerra á su Señor con los dineros que dél recibió, que son los beneficios y las virtudes, con que se han de vencer los tres enemigos del hombre: las cuales son las monedas que corren hasta la puerta del cielo, y son el cien tanto con que se gana la gloria. Pues el justo, que en lugar de agradecimiento se ensoberbece, y por verse con buenas obras, no solamente piensa que no debe cosa, mas está por pensar que le queda Dios á deber, y que entonces le pagará cuando le lleve á la gloria, no os parece que por este tal pudiera decir nuestro Redentor en las calles de Jerusalen: *Heu patior telis vulnera facta meis!* O hombre desagradecido, perficioné yo tus obras en mi pasion; hízelas merecedoras de gloria, dite poder para vencer al diablo, y hízete señaladas mercedes, que no merecias; hízete heredero del cielo, y tú no solamente me sales ingrato á tantas mercedes, mas piensas en tu corazon que te quedo á deber por justicia, la gloria, que por mi suma liberalidad y redencion copiosa te quiero dar. Por cierto que padezco dolores no temidos de la liberalidad de mis beneficicios. Que entre las culpas ajenas por que padezco, se me allegan los desagradecimientos y engreimientos que de los beneficios se me representa que has de tener. Es tan grande este pecado de vana gloria, que permite Dios que por este se vaya al infierno: el que en las obras exteriores siguió los mandamientos de Dios, las cuales inficionadas desta car-

Ovid. in Phili.

coma son como manzanas que están por defuera muy lindas, y por de dentro podridas ó llenas del hollin que dice Solino que tienen las manzanas del mar Muerto que está junto á Sodoma. Por esto fué lo que dijo, pienso que san Gregorio, segun que dél se alega en la canonizacion de san Buenaventura: « Muchos cuerpos de hombres que el vulgo por las buenas obras exteriores que en ellos vido tiene por santos, son estimados en la opinion de los hombres sobre la tierra, cuyas ánimas padecen tormentos en los infiernos. » Quiere decir que muchos hombres vivieron al parecer santamente, y los que los miraban los tenian por santos, y en todas sus hablas hablaban dellos como de santos: y porque interiormente se vanagloriaron en sí, y pensaron que les quedaba Dios á deber mas que á los otros, porque se veian mejores que todos los otros, no atribuyeron sus obras á Dios, que en ellos principalmente las hizo: por eso las ánimas destos tales, que el vulgo por las obras exteriores tenia por santos, por justo juicio de Dios arden en el infierno, porque mayor fué su caida cuanto de mas alto cayeron. Por eso dice el Apóstol: « El que piensa que está en pié (conviene á saber en gracia) guárdese de la caida, » que así como el muy pecador tiene regreso al perdon aunque sea en el fin de la vida, si se arrepiente de corazon, así el muy justo puede caer de lo alto de su justicia en pecado, si no estuviere sobre el aviso en temor santo, diciendo con el Apóstol: « No hallo cosa en mi conciencia que de pecado me acuse; » mas no por eso se sigue que quedo justificado, porque es gran verdad lo que el Eclesiástico dice: « No sabe el hombre si está en gracia de Dios, ó en odio. « Esto dice porque muchos piensan que hacen obsequio y servicio á Dios en sus obras, y Dios no solamente no acepta los tales servicios, mas antes da castigo por ellos, como parece en el sacrificio de Cain; y en los hijos de Aaron cuando tomaron los incensarios para hacer sacrificio á Dios, y en Saul que sacrificaba las bestias, y en el rey Ozias cuando quemaba el timiama en sacrificio, los cuales serán para ejemplo del que piensa ser justo: para que así como estos pensaban que hacian sacrificio y obsequio á Dios, y Dios no le aceptó por tal, así piensen ellos con un santo temor que es posible que sus servicios sean ofensas: por lo cual deben estar desconfiados de sí, y sustentados en la esperanza de Dios, suplicando á nuestro Señor que acepte sus obras, y los conserve en su gracia; y que no permita que caigan en un cáncer tan grande como es la vanagloria, carcoma de todas las buenas obras. Porque no sean de los santos de nombre de que hace mencion Paulino, escribiendo á san Agustin. Y sepan que así como la provision de las mercedes del rey aunque vaya de muy buena letra, si no va firmada y sellada de la firma y sello real, no se recibe en el reino, así las buenas obras no se reciben á la puerta del cielo, si no van referendadas y selladas de los méritos de la pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Y mas vale decir un Dios valme sellado de aquella pasion, que el resto de todas las obras sin ella. Demás de todo lo sobredicho es

Solt., cap. 44. polyst. 9. punct. par. 2.

2 Cor., 10.

1. Cor., 4.

Eccli., 9.

Gen., 4.
Levi., 10.

1. Re., 13. 2. Pa., 26.

Paulini ep. 58.

gran verdad que á ninguno por derecho ninguno le viene que en su propia causa se haga juez, para señalarse á sí mismo al premio de su victoria. Y porque es gran verdad que Cristo nuestro Redentor es constituido por el Padre Eterno juez universal de los vivos y de los muertos, y así mandó que lo predicasen, como dice el apóstol san Pedro, y san Pablo dice: « El que me juzga es mi Señor, » ¿quién será tan atrevido antuviado que ose quitar el oficio á su propio juez, y antes que entre en juicio con él, se antuvie á tomar la sentencia, y juzgarse por heredero legítimo de la gloria, « como si no se hubiese visto muchas veces vencer el cuasi vencido, solamente por el descuido y menosprecio del vencedor? » Como (por poner ejemplo) muchas veces parece en el juego del ajedrez, en el cual vemos que el cargado de muchas piezas, por menospreciar al contrario, que está casi robado, recibe un mate nunca temido en mitad del tablero: y la gente de quien confiaba le fué la ocasion de la perdida, porque le ocuparon las casas, en que el rey se pudiera acoger, si las hallara vacías. Ansí cuando el diablo da jaques á la intencion del hombre, que confia en la multitud de sus obras, y en las piezas gruesas que tiene, en lugar de entrar el hombre á quien el diablo da jaques, en casa vacía, que es la humildad, y el conocimiento que tiene de su propia cosecha, que es nada para escaparse de mate, echa el hombre los ojos á la casa primera, y hállala ocupada, y llena de pobreza de espíritu. Pasa adelante, y echa los ojos en otra, y hallala ocupada de la mansedumbre de corazon, con que sufrió las injurias. Quiere mudarse á otra parte para tener temor del juicio de Dios, y halla la casa ocupada de muchos lloros y afligimientos, sin que un placer los aguase. Quiere mudarse á la cuarta, y hállala ocupada de hambre y sed de justicia. Quiere mudarse á la quinta, y hállala ocupada de una huérfana que casó, y del favor que dió á los necesitados de su socorro. Quiere dar consigo en la sexta, y hállala ocupada de simplicidad de corazon. La séptima hállala llena de la concordia y paz evangélica. Pues la ultima que le queda para guardarse del mate, hállala llena de persecuciones y levantamientos, que por defender la justicia con paciencia sufrió. De manera que como no tiene casa vacía, para asentar su intencion, quédase en la casa de *Merces vestra copiosa est in cœlis*. El premio de vuestro trabajo está muy copioso en el cielo, adonde primero se estaba, haciéndose juez en su propia causa, y atribuyéndose la corona de su propia autoridad, antes que la pelea se acabe, como si la nao que llega á vista de tierra estuviese ya muy segura de entrar en el puerto, y no se pudiese anegar en la costa. Esta casa á que se acoge es muy buena, tomada en tiempo y sazon, que es cuando refiere todas sus obras á la gloria de Dios, y el premio que por ellas se le promete á los méritos infinitos de la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo. Mas si confia tanto en sus obras, que en solas ellas se hace fuerte, y por ellas solas se entra en la casa que dije, sin que la principal intencion refiera á Dios que en él, como en instrumento y causa segunda, las hizo, por cuya aceptacion se hacen merecedoras del premio que está copioso en el cielo, cierto es que el

Act., 10.
1. Cor., 4.

Math., 5.

hombre, que tiene tal intencion, que atribuye á sus obras la gloria de Dios, no está seguro del mate con que al cabo de muchos jaques acude el diablo, y mátale el alma con la culpa de la soberbia, y á él y á sus obras lleva al infierno. Porque á cada uno siguen sus obras como la sombra sigue á su cuerpo. Por eso san Gregorio amonesta á los justos, diciendó: « Hermanos, cuando hiciéredes bien, traed á la memoria las culpas pasadas, porque conociendo nuestra poquedad en las culpas, no os engriais en la buena obra. » Y un poco mas bajo, dice: « Cuanto quiera que sean buenas las obras, son de ningun valor, si no están adornadas con humildad, porque la obra aunque sea digna de admiracion, si funda en soberbia, no alivia al que la hace, mas con gravedad le hace caer.» Por todo lo sobredicho queda probada la conclusion que dijimos: que la verdad es verdadera medida de la humildad verdadera de corazon, á la cual no puede contradecir el entendimiento. Y aunque las razones que aquí habemos dicho bastarian persuadir que el bien del arroyo se debe á la fuente de donde desciende, no seré largo en este capítulo, si trujere algunas autoridades sagradas que confirmen esta verdad. La primera es de san Lucas: « Solo Dios es el bueno, y fuera dél no hay otro bueno. » La segunda es del Apóstol: « ¿ Qué tienes, hombre, que no recebiste, y si lo recebiste de qué te engries, como si no lo recibieras? » La tercera es del Eclesiastes: « No quieras ser muy justo acerca de tí, ni quieras saber mas de lo necesario. » La cuarta es deDavid: « No entreis, Señor, en la tela y rigor de juicio con vuestro siervo, porque ningun viviente delante de vuestro acatamiento será justo. » Adonde se nota que si el siervo de Dios rehusa el juicio, ¿ con qué título le pedirá el que lleva manchadas las obras? como dice Isaías, y será la quinta: « Todas nuestras justicias son como el paño mancillado de la regla de la mujer. » La sexta es del Apóstol: « No tienen proporcion las pasiones deste siglo á la gloria perpetua del otro. » La séptima es del mismo Apóstol: « No por la virtud de nuestras obras, mas por su misericordia nos hizo Dios salvos. » La octava es del Eclesiástico: « Del pecado ya perdonado no quieras estar sin temor, » no servil, sino inicial por reverencia de Dios delante del cual le heciste. La nona es de Job: « Si tuviere alguna justicia no responderé, mas rogaré á mi juez. » Y un poco mas bajo: « Si quisiere yo en mí justificarme, mi boca me condenará. Si quisiere mostrarme innocente, mi boca probará que soy malo; y si fuere simple, durante la vida, no tendrá de esto cierta ciencia mi alma. » La décima es del Sabio: « Hay un camino que al hombre parece justo, y lo postrero deste camino lleva á la muerte. » La undécima es de san Juan: « No podeis hacer (dice Dios) cosa buena sin mí.» La duodécima es de san Lucas: «Cuando hubiere deshecho (dice nuestro Redentor) todas las cosas que yo os he mandado, decid: Siervos inútiles somos. » La última es de David:

Apoc., 14.
Homil. dñicæ 4 Adven.
Mar., 10.
Luc., 18.
1. Cor., 4.
Eccl., 7.
Psalm, 142.
Isai., 64.
Rom., 8.
Tit., 3.
Eccli., 5.
Job, 1.
Pro., 14.
Joan., 15.
Luc., 17.

Psal., 64. « Cuando tomaré yo el tiempo (dice Dios) yo tomaré cuenta de las justicias. » Dice de las justicias, porque en los pecados no hay que juzgar, porque juzgado se está que el que hace pecado mortal se obliga á la pena perpetua. Mas dice el soberano juez que juzgará las justicias, para que claramente parezca la carcoma, que estaba escondida en las buenas obras. Allí se juzgarán las primas y las completas con qué intencion y atencion se dijeron. Allí se descutirán los ayunos, con qué título se ayunaron. Allí se verá si las colaciones de unos fueran legítimas cenas de otros. Allí se verán las limosnas, si se dieron con título de caridad, ó por sonete de magnificencia y liberalidad. Allí se verá el casar de las huérfanas, si fué con entrañas de caridad ó por surcir el daño pasado. Allí se verá la fábrica de hospitales, si nació del socorro de pobres, ó de habellos hecho primero. Allí se verán los altos y los buenos sermones, si fueron sembrados en la viña de Dios, ó fueron echadizos para plantar en la propia heredad de la estima del predicador. Allí se verá si el hábito hizo á los monjes, ó los monjes al hábito. Allí se verá si la persona hizo al oficio, ó el oficio autorizó á la persona. Allí se verá si los magistrados y sacerdocios con celo evangélico aprovecharon á sus súbditos conciudadanos, ó si por punto de honra se encastillaron en sus oficios, para enseñorearse de los menudos, y dende el oficio de la administracion hacer guerra á sus émulos y competidores presumiendo vengar las propias pasiones con autoridad colorada del público oficio. Finalmente, en aquel justo juicio se juzgarán las justicias. Que en los pecados líquidos y patentes, clara está la sentencia. Porque así como el que no cree, ya está juzgado; así el que muere en manifiesto ó encubierto pecado mortal, consigo lleva la condenacion. Para evitacion y huida de lo cual conviene que el verdadero cristiano se funde en el temor filial de Dios,

Pro., 13. porque, como dice el Sabio, « por el temor del Señor se

Eccli., 2. libra todo hombre de mal. » Y el Eclesiástico dice : « Si no hicieres tu fundamento en el temor del Señor, presto caerá tu casa, que es la fábrica de las virtudes que habias alegado. » Diga

Psal., 10. pues en el temor filial : Yo tengo mi confianza en Dios, y

Psal., 70. lo que dice en otra parte el mismo profeta : « Señor,

Psal., 14. libradme en vuestra justicia. » Y vuelto á su ánima diga lo del mismo David : « O ánima mia, vuélvete á Dios, que es tu holganza, y te ha hecho muchas mercedes. » Con esta confianza (como dijimos en el capítulo precedente) bien será que el paciente traiga á la memoria los bienes que ha hecho para que á ejemplo del rey Ezequias los agradezca, como señaladas mercedes recebidas de la mano de Dios. En esta conmemoracion se ganan dos cosas. La una es que da alas de esfuerzo al hombre para que se esfuerce á encomendarse á la inmensa misericordia de Dios, que sobre poquito que nosotros de nuestro pongamos (aunque este tambien no lo podríamos hacer sin su ayuda) pone él todo el resto que falta, que es mucho mas sin comparacion. La otra es, que pues la gloria y loa de las buenas obras es notoriamente de Dios, no es razon que se calle y se esconda en la tierra, como escondió el mal siervo el talento con que era obligado á tratar. Pues con derecha inten-

cion reconociendo el bien recebido, saca ganancia de agradecimiento de acordarse de las obras, que Dios, que es maravilloso en sus santos, ha hecho en él. Por eso es cosa muy pia que dé gracias á Dios por tantas mercedes como le ha hecho; que es habelle dado materia de merecer, y habelle guiado por el camino que quiere que vayan sus siervos. Y con título de agradecer el hombre, y estimar las mercedes de Dios, es muy bien que se acuerde de todas las buenas obras que ha hecho, ó por mejor decir que Dios hizo en él. Por tanto con todo el bien que hasta allí hubiere hecho, acuda con ello á su principal hacedor, á quien todo con todos sus adherentes por ley positiva, natural y divina se debe. Y esto basta cuanto á la vana gloria que carcome las buenas obras de los que bien han vivido.

CAPITULO XI.

Que trata de la vana gloria con que acomete el diablo á los malos que gastaron en vicios la vida.

Despues que los hombres malos estuvieron tan fuertes en la esperanza que no los pudo derrocar con la desesperacion, tráeles á la memoria si han hecho alguna fiesta á algun santo, si han tocado á algunas reliquias. Si han andado estaciones, adonde dicen que hay indulgencias. Si han tomado muchas bullas, y otras cosas semejantes á estas. Y háceles que pongan allí el caudal de su esperanza. Que en fin, pues que Dios es misericordioso, contentárseha con que hayan hecho estas obras. Y por eso les dice en el pensamiento que no teman, sino que mueran seguros. Que estas obras son de cristiano: y con estas ilusiones mezcla alguna verdad para asegurarlos, diciendo que no mira Dios la cuantidad, sino la voluntad. Y los simples que resistieron con la esperanza, caen en el contrario de la desesperacion, que es la presuncion de las obras; y no paran mientes si cuando hacian la fiesta á los santos, fueron ingratos á Dios. Allende, que pudo ser que el gasto de aquellas fiestas que á su mision se celebraron, no fué dado de gracia, sino en buena feria vendido. Porque por ventura con ello pagaron alguna promesa, que por alguna sanidad pudieron haber botado, ó con ello pensaron grangear algun cumplimiento de sus deseos. Y ya que esto no sea, compraron por aquellas fiestas renombres de honradores de santos, demás de las muchas avemarías que por los celebradores al fin del sermon se suelen encomendar. Y aun puede ser que con título de fiesta hagan tales excesos con toros, y representaciones deshonestas, que sean mas las ofensas que la honra que hacen al santo. Y finalmente, con una fiesta que hacen al año grangean título de cristianos por todos los doce meses, y acabada la fiesta tornan á sus trapazas. Mantienen tablajerías á quien blasfeme el nombre de Dios. En los truecos de cosas, hacen de sus veinte maravedís real castellano. Conciértanse con el carnicero, para que deje los huesos á los menudos, y ellos se lleven las piezas, que segun buena razon

se habian de repartir por toda la gente pobre. Ensilan el trigo, que si como debe anduviese en torno, no subiria con daño de la república. Dicen que lo guardan para el tiempo de la necesidad, y no miran que ellos hacen la necesidad, haciendo parar el mantenimiento que habia de andar como en rueda. En esta manera de vida llégase otro año, y tornan á hacer la fiesta de san Gilberto. Porque son devotos de la cueva de san Patricio, que está en la isla de Hibernia, y con gastar seis ó siete reales, que de avemarías los llevan en el sermon, piensan que tienen buen título de tornar á los tractos de su san Simon que profesan, y á los cambalaches de la señora su santa Mamona, que por tener á marido y mujer de su bando, en el martillojo de sus trapazas y solapados engaños canonizaron : especialmente que piensan de componerse con la cruzada, aunque sus deudas sean muy líquidas, y conocidas. Porque ya que se disponen á engañar á sus pueblos, no piensan que será muy gran cargo, si con sus ordinarias mentiras quisieren tambien engañar á los comisarios, y decir que son deudas inciertas los engaños ocultos con que defraudaron á los compradores sencillos, de mas de la dificultad que dicen que tendrian en buscar las personas particulares. Porque despues de pagada la sal y pimienta, chancillaron los cartapacios en que estaban las ditas, y pasaron los nombres de las personas salpimentadas á ser capelladas de los chapines. Y con todo esto piensan que será una ignorancia invencible saber á quien engañaron, aunque sobre acuerdo quieran corregir su memoria. Allégase junto con esto que dicen que tienen bulas de mas de diez años : que cada una les da indulgencia plenaria, *toties quoties* : con que mueran con señal de cristianos. De mas de todo lo sobredicho, han hecho decir las misas de san Amador, y de las once mil vírgines, con todo el número de candelas que estatuyó el padre Marfodio referendadas en Monte Caballi. Allégase á todo esto que han rezado tantos años la oracion del conde, y la oracion de la emparedada. Iten traen consigo una nomina con un escrito que dice : *Si ergo me quæritis*, junto con ciertas reliquias, que dicen que son parte de una muela del robusto Sanson, con un poco de malla de los armados que guardaron el santo sepulcro. Demás de lo sobredicho, tienen unas cuentas que no quedó pared en san Juan de Letran á que no llegaron con todas las grutas de san Sebastian, y las antiguallas del Panteon, en las cuales han hecho rezar á ciertos ciegos, que tienen salariados, porque cada mañana le rezen á la puerta mientras ellos durmieren á su placer. Y sobre todo han oido siete misas nuevas, que dicen que el que las oye no puede ser perdido. Con estas y otras perdonanzas que han ganado en su vida, segun su cuenta, tienen ganados todos los años de purgatorio, porque sumados todos pasan de mas de diez mil, y diez mil cuarentenas. Por donde piensan que les pueden sobrar perdonanzas, de que pueden hacer mercedes á sus amigos por via de traspaso, y entre tanto que se haga el descargo, por via de expectativa. Estas y otras semejantes á estas son las ilusiones con que engaña el diablo á los que tienen la vida enredada, y ve el que se acoge á la virtud de la esperanza, á la cual como muy astuto acude, so color de esforzallos, para que de que los tenga enristrados en el

esfuerzo de la tibia y aparente esperanza los despeñe por la falsa esperanza que so color de virtud es una presuncion muy dañosa: porque con ella procura el diablo que estriben los hombres en solos los hechos exteriores, no curando de la intencion de las obras, la cual es la que hace que la obra de fuera sea buena, si procede de buena y santa intencion, y por el contrario se le cuentan entre las malas obras que hizo, si procede de hipocresía, ó de otra cualquiera mala y dañosa intencion. Y por eso en semejante ilusion los engaña el diablo para que no vean que las misas, y las bulas, y las cuentas benditas, y las oraciones, y las reliquias, y todas las otras cosas que de sí son santas y buenas solamente aprovechan á los que las obran en gracia de Dios, y no á los que están en pecado mortal; cuanto al premio de vida eterna, aunque pueden aprovechar á los que están en pecado mortal: para ayudalles á salir presto del pecado, y para los bienes temporales; con tal que en sus pecados no estriben en la misericordia de Dios, diciendo en su corazon lo que el Eclesiástico dice que dicen los malos: « La misericordia del Señor es muy grande; y habrá misericordia de la muchedumbre de mis pecados; » porque en el mismo capítulo dice el mismo Eclesiástico: « La misericordia y la ira muy presto vienen, y la ira vendrá sobre los pecadores; » y en otro lugar dice el mismo Eclesiástico: « No digas: Dios tendrá miramiento á la muchedumbre de mis ofrendas y sacrificios; » porque como él dice por Isaías: « Yo soy el Señor, que aborrezco el sacrificio hecho de los robos y malos tratos. » Y si esto es así, ¿qué tan grave será el pecado de los que toman alas de pecar confiando en el servicio que han hecho? Y en el que de ahí adelante entienden de hacer, por el cual dicen entre sí que no es mucho que Dios disimule con ellos, pues entienden de recompensar el mal trato de su vivir con ciertas parias, que á Dios darán entre año: demás de las extraordinarias limosnas que algunas veces se ofrecen. Debe pues el cristiano á quien semejantes ilusiones y embaucos ofreciere el diablo decir: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* En vos, Señor, pongo yo mi esperanza, por la cual no seré confundido ni condenado al infierno. Y pues, Señor, venistes á llamar á los pecadores, acogedme, Señor, que en mí hallastes lo que buscábades. Si, Señor, buscárades justos, dijera yo con razon lo que dijo vuestro discípulo san Pedro: *Exi a me, quia homo peccator sum.* « Apartaos de mí, Señor mio, que soy hombre muy pecador. » Mas pues venís á los pecadores, yo soy uno del número de los que por vos deben de ser llamados, y tanto mas que otro, cuanto mas pecador que otro. Pues si por pecadores lo habeis, ¿qué mas pecador que yo? en mí, Señor, hallareis la materia que fué la causa de vuestra venida. Que no es de creer, Señor, que os espanta la enfermedad, pues es cierto que venís á curalla. Tampoco no es de creer que solamente cureis las llagas pequeñas, y os dejeis por curar las grandes. Antes creo, Señor, que con mayor misericordia acudis á las partes donde mas estrago hallais. Pues bien creo yo, Señor, que no hay sanidad en mi carne, ni hay con-

Eccli., 5.

Eccli., 7.

Isai., 61.

Psal., 30.

Matth., 9.

Psal., 37.

cierto en mis huesos. Por lo cual como gran pecador digno de ser llamado (porque á los pecadores venistes) humilmente suplico á vuestra sacratísima Majestad, que saneis, Señor, mis huesos, que están todos turbados, y mi alma confusa. Y si de nuevo me hubiérades de comprar, tuviera alas para suplicar á tan gran magestad, cuanto mayor razon es que agora las tenga, pues que ya me habeis redemido. Por mí venistes, ya me hallastes y redemistes, no me queda otra cosa sino decir que en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Pues es gran verdad lo que, Señor, dijo vuestro profeta: cuando estuvieredes airado, soy cierto que os acordareis de vuestra misericordia, la cual ni se termina con tiempo, ni se impide por número de pecados. Y desto soy cierto, y con esta fé y confianza quiero pasar desta vida presente, pues que tengo por cosa muy cierta que pecó mas Cain en desesperar de vuestra misericordia que en matar á su hermano, y con esta firme esperanza cierro contra el diablo; porque haciendo lo que es en mí, que es encomendarme á la misericordia de mi Redentor, que no desampara á los que de corazon á ella se acogen, no me queda mas que allegar contra todo lo que el diablo falsamente quisiere argüir.

Psal., 60 y 111.

Psal., 30. Luc., 13. Habac., 3.

CAPITULO XII.

De la tercera tentacion del segundo género, que es de la fe.

La tercera via por donde acomete el diablo, es por los contrarios de la fe, que de una parte tiene á la infidelidad, y de la otra tiene á la supersticion. Esta tentacion se toca en el tercero punto del verso alegado, donde dice: *A negotio perambulante in tenebris.* No temerás, dice el profeta, ó siervo fiel, del negocio que anda entre las tinieblas. Y por eso esta tentacion se dice negocio que anda en tinieblas: porque por esta via procura el diablo, y negocia traer al hombre en las tinieblas de infidelidad, poniéndole delante la dificultad de los divinos misterios de la santísima Trininad, de la Encarnacion del Hijo de Dios, del Santísimo Sacramento, de la predestinacion, con todos sus adherentes. Especialmente en aquellas cosas en que ve el que viviendo hicieron mas hábito, como son inquisiciones futuras pronosticadas con astrología, ó por la ciencia sín fundamento de la quiromancia. Y esto pone á tres géneros de personas. Los primeros son los que en esta vida tuvieron muy poca fe, y se dieron á sortilegios, y encantamentos, y hechicerías, y otras ciencias vanas, como son miramientos de caso, haciendo ley y regla de las cosas que acaso acontecen, porque como hombres habituados en vanidades le parece á él que son fáciles de subvertir. Los segundos son los hombres doctos, que de costumbre han ejercitado el arte de la sofistería, y arte de argumentar, porque confiados en aquella, piensan que sabrán responder al diablo, como un doctor de quien dice san Antonino de Florencia que presumiendo de salir á plaza con el diablo, en fin de

Anto. Titu., 5. cap. 2. prim. par.

la disputa desesperó de la fe, viendo que no la podia defender por razon. A estos tales que presumen por la sofistería tomarse con el diablo, les suele alegar el diablo muchas autoridades, en falso sentido tomadas, como es una del Psalmista: *Quoniam non est in morte qui memor sit tui.* « Que no hay en la muerte quien se acuerde de Dios. » Y embaucales el juicio, para que no entiendan el verdadero sentido. Que viendo ellos que en la muerte se acuerdan de Dios, piensan que su memoria va contra el verdadero sentido desta autoridad: y por consiguiente piensan que así será en las otras autoridades. Ciégales, como digo, el verdadero sentido, que es que en la muerte del pecado ninguno tiene virtud natural para acordarse de Dios á pedir perdon de sus culpas, si Dios por su misericordia no previene á levantalles la memoria, para que se acuerden de Dios á pedille perdon, segun aquello que dijo nuestro Redentor: « Ninguno puede venir á mi gracia, si mi Padre celestial no le trujere. » Por eso dijo el Psalmista: « El espíritu que va, conviene á saber, cuando la voluntad del hombre se acuesta á la parte del pecado, no vuelve: » conviene á saber, no es poderoso para volver á la gracia de su propia naturaleza, si Dios por su infinita misericordia no le saca del pecado, y le ilustra con gracia, que cria de nuevo, para hacelle siervo agradable. Tráele por otra parte aquello de Job: « Andase Dios por los quiciales del cielo, y no tiene cuidado de las cosas que pasan entre nosotros. » Ciégale el diablo el entendimiento, para que no vea que aquella sentencia no lo dice Job en su propia persona: mas dícela en persona de los impíos que negaban la providencia divina. Tráele eso mismo aquello del Eclesiastes: *Idem est interitus hominis et jumentorum, et æqua utriusque conditio; sicut moritur homo; sic et illa moriuntur.* Y ciégale, que no entienda lo que san Gregorio en este lugar declara, que lo dijo Salomon no en su persona, mas en persona de los malos que pensaban que el hombre tenia el fin de la bestia; ó lo que sobre aquel capítulo expone Salonio, obispo que fué de Viena, que por decir Salomon *sub sole*, debajo del sol, entendió el Sabio cuanto á la vilidad de los cuerpos que están debajo del sol, por lo cual no se escapan de ser mortales. Mas el ánima, porque es inmortal, no está debajo del sol, porque no está sujeta á la influencia de las estrellas, como lo están todos los cuerpos inferiores, que en fin por mucho que duren, por estar debajo del Sol se han de disolver en las partes contrarias de que se componen. Y en esta manera: *Æqua est utriusque conditio.* Que tambien vendrá la muerte por el cuerpo mortal del hombre, como vendrá por las bestias. Y si el cuerpo del hombre se ha de tornar á juntar con su alma, y permanecer para siempre con ella, no será esto de parte del sol, que no tiene poder para ello, mas será de parte de un don de Dios sobrenatural, que hará que sea una misma persona permaneciente la que por estar debajo del sol cuanto al cuerpo se disolvió con la muerte, que naturalmente corre sobre todas las cosas que están debajo del sol, de la mutacion y vanidad de las cuales entendió Salomon, porque él

Psal., 6.

Joan., 6.

Ps., 27.

Job, 22.

Eccl., 3.

Gre., 4. Dial.

Eccl., 1. dice: *Vidi quæ fiunt cuncta sub sole.* «Ví todas las cosas que se hacen debajo del sol, y todas son vanidad.» Con estas y con semejantes autoridades negocia el diablo en las tinieblas (como dijimos al principio deste capítulo) que se ciegue el entendimiento de los que presumen medir por razon, y defender por disputa los altos y profundos misterios de la fe. Los terceros hombres á quien por esta vía tienta el diablo, son los escrupulosos que hacen elefantes de los mosquitos, y de unas nonadillas se cargan, como si llevasen montes á cuestas. A estos induce el espíritu de blasfemia á pensar que es la razon que tiene lo que dice el diablo, y con sola duda en que estén son fáciles de engañar, como Eva que puso duda en la sentencia definitiva de Dios cuando

Gen., 3. dijo: *Ne forte moriamur;* dudó con este adverbio (*forte*) en la muerte, en que determinadamente le dijo Dios que caeria, si comiesen del árbol vedado. Póneles tambien el diablo delante el gran número de los infieles que se condenan, diciendo que no es razon de creer que consienta Dios que tanta gente se pierda, porque mas poderoso es el bien infinito para hacer bien, y salvar, que todos los demonios para inducir á los hombres á mal: díceles luego que siendo esto así, si Dios tiene providencia de las cosas de acá¿ porqué es tan descuidado que baste la malicia de los demonios á sacalle dentre las manos tanto número de naciones? E aun de los cristianos que le quedan en la Europa, que es la menor de las tres partes del mundo, es tan osado el diablo que haga su asiento en la Turquía, que es buena parte de Europa, y de las otras naciones que quedan presume de entresacar la mitad. Y para

Matth., 25. esto les allega la parábola de las diez vírgenes, en la cual por fuerza se entienden las almas de los cristianos, porque solos los cristianos son los que están en el reino de los cielos, que es el reino de la santa Iglesia católica militante, en la cual parábola parece que de diez las cinco van condenadas por locas, que fueron embaucadas por la malicia y ardides de Satanás. Iten, alégales que Satanás es el príncipe deste mundo, y para esto les alega los lugares del Evangelio, en que

Joan., 12. 14, et 16. nuestro Redentor le llamó príncipe deste mundo, de las cuales autoridades presume argüir que este mundo visible es su reino, y que Dios no tiene parte en él, que él mismo dice: «Mi

Joan., 18. reino no es deste mundo.» Con estas alegaciones falsamente entendidas le quiere hacer encreyente; que se despida de creer otra cosa; y pues este es su reino que se fie del príncipe del reino en que están, pues otros lo han hecho así: demás del gran número de los infieles, que de hecho tiene á su mando. A ejemplo de los cuales si él quisiere hacer lo mismo, no tendrá que temer la muerte; que acaba todo el sentido; que traslacion no la espere, que no se pasan los reinos; ni tiene que ver el reino de Dios con este mundo visible. Acude por esta via con las falsas razones de Maniqueo, para que por todas las vias que pudiere, le colore la falsedad de sus ardides. Y de duda en duda y perplejidad en perplejidad le haga formar una conciencia errónea; y de ahí le traiga por despeñaderos, hasta hacelle que tenga opinion de los misterios de la fe tan profundamente profundos, que de profundos no

se dejan tomar del entendimiento soltero. Con estos engaños le trae tan afligido de conciencias erróneas, que falsamente le hace formar, que si la gracia de Dios no le socorre con ayuda especial, fácilmente lo traerá de un extremo en otro, y del demasiado creer por aquellas conciencias erróneas que forma, le quiere hacer pasar á descreer todo lo que en su vida creyó. Primeramente, ciégale el entendimiento con los temores falsos con que le hace falsamente temer, para que no entienda que es obligado á captivar todo su entendimiento á la fe (como dice el Apóstol) en reconocimiento del servicio que debe á nuestro Redentor Jesucristo, cuando le dice el gran número de los infieles que se condenan, para que piense que seria mala grangería del mercader que entre diez perdiese los nueve. Y del hortelano, que de cien árboles le faltasen los noventa, que no prendiesen dentro del circuito de su vergel: y de los diez que prendiesen al mejor tiempo se le secasen los cinco. Y con este engaño le turba la memoria para que no se acuerde de la libertad del libre albedrío del hombre, al cual por el Eclesiástico dijo Dios: «Cata que te puse delante el agua y el fuego; extiende la mano á lo que mas dello quisieres.» Y en este mismo lugar dice luego: «Delante del hombre está la vida y la muerte, lo bueno y lo malo; dalle han aquello que mas le agradare, porque es mucho el saber de Dios, y es fuerte en el poderío, que ve á todos sin intermision.» Quítale del entendimiento que seria siervo muy desleal el que procurase de abrir la carta cerrada, y sellada con el sello de su Señor, para leer los secretos que se contienen en ella. Y así será tenido por siervo infiel el que quisiese inquirir por razon natural los misterios altos de Dios, que en la carta de la fe que nos dió se contienen, los cuales quiere Dios que ninguno de los vivientes los sepa, como lo dice por el profeta Isaías: «Mi secreto mio á mí. Mi secreto mio á mí.» Repítese dos veces, porque es modo de hablar en la lengua hebrea doblar las palabras en que se pide y se requiere atencion. Quítale de la memoria, y del entendimiento, lo que dice David: «Los juicios del Señor son unos grandes abismos, de los cuales no podemos alcanzar otra cosa, sino que son verdaderos, porque son revelados de la fuente de la verdad.» Sabemos tambien que si perteneciera á nuestra salvacion saber la profundidad destos altos secretos, que así como nos reveló las verdades dellos, así nos revelará la razon de todo lo que en ellos se pudiera pedir, como nos lo revelará en el cielo, porque pertenece á la bienaventuranza no ignorar lo que desea saber el entendimiento. Por eso en los libros que santo Ambrosio escribió *de vocatione gentium*, á cabo de muchas razones y autoridades que trae para satisfacer á esta demanda, que es porque Dios permite que se pierdan tantas naciones, dice que es uno de los casos reservados á Dios, y que no conviene á los hombres inquirir la razon. De manera que en las cosas que tocan á la fe, ni en vida ni en muerte se han de poner en disputa. Especialmente con el diablo, á quien respuesta ninguna se debe, de todo lo que pidiere. Que si como dijo san Bernabé á un curioso romano, que las demandas curiosas no son dignas de respuesta, muy

2. Cor., 10.

Eccli., 15.

Isai., 24.

Psal., 35.

Clem. prim. lib. Itiner.

menos se debe responder al diablo, porque allende que pide curiosas preguntas, son manifiestos engaños, aunque vienen enmascarados segun aquello que dice san Pablo: «Muchas veces toma el diablo apariencia de ángel de luz, procurando de entrar con la nuestra para salir con la suya.» Aunque, por ser el padre de las mentiras, aquella (*nuestra*) con que presume de entrarnos con el sentido falso en que por entonces la toma, se le contará por tan suya, como es la suya, con que presume salir. Y así parece cuando quiso allegar que era este mundo su reino, porque en algunos lugares le llamó Cristo nuestro Redentor príncipe deste mundo, y juega el falsario con el vocablo de príncipe, que le alega en el sentido vulgar en que le toman los ignorantes por príncipe de dominio, como quien dijese príncipe heredero de reino á quien los latinos suelen llamar *princeps juventutis*, como Ælio Lampridio llamó príncipe de la juventud al emperador Comodo, y Suetonio escribe que Caligula llamó á su hermano Tiberio príncipe de la juventud. Como á la verdad sabe él muy bien que no significa dominio que alguno tenga con este nombre sobre aquellos, entre los cuales se dice príncipe, porque no significa mas *princeps* en latin que principal en romance. Y desta manera suelen decir los latinos *princeps civitatis*, príncipe de la ciudad, al hombre que es principal entre todos sus conciudadanos, entre los cuales no tiene mas señorío para poder mandar que el que menos; y aunque se dice príncipe de la ciudad, no quiere decir que la ciudad es la posesion de aquel príncipe, mas que es él el mas poderoso arrentado de todos cuantos moran en la ciudad. Y desta manera se entiende que el diablo es el príncipe de este mundo, no por señorío que tenga en él, porque aqueste mundo es de Dios. Mas dícese príncipe, porque es el principal de todos los que hay en el mundo, no en excelencia de virtudes, que no las tiene, mas por excelencia de su naturaleza, con la cual excede á todos los hombres, demás del gran poder que tiene en comparacion de los que contra él por solas fuerzas humanas pueden los hombres hacer. De cuyo poder natural despues que ha dicho Job todo lo que puede hacer, dice «que no hay poder sobre la tierra que se le pare delante, porque es hecho de tal manera que no tiene temor de nadie.» ¿Qué mas diré de lo que dice san Judas Tadeo que el arcángel san Miguel altercando con Satanás no quiso tomarse con él á fuerzas, ni mandalle como á menor, mas solamente le dijo: «Mandete Dios que tiene el poder.» Luego con razon se dice que es principal en este mundo, no por dominio que tenga sobre él, sino porque su poder natural es mas poderoso que ninguno de cuantos hay en el mundo. Y si Dios le dejase á su voluntad todo cuanto del poder natural que tiene puede hacer, haria lo que dice Job dél en el capítulo XLI. Tambien diremos que príncipe deste mundo quiere decir príncipe y caudillo de los hombres mundanos, como se toma mundo por vanidad mundana en aquello que alegó que el reino de Cristo nuestro Redentor, que no es deste mundo, tambien tomó falsamente este vocablo *mundo*; porque no quiere decir allí este mundo criado, mas tómase por la manera y forma mundana, con que los mun-

2. Cor., 11.

Job, 12.

In canonica.

danos viven al mundo de la suerte que el hombre apartado de la comun conversacion de los hombres, decimos que no es deste mundo, porque no vive conforme á leyes y respetos del mundo. Luego bien se dice que el reino de Cristo nuestro Redentor no es deste mundo, aunque es en este mundo, mas no es deste mundo, porque no es de la hechura y respetos de los hombres mundanos, que viven en el mundo por contentar al mundo embebidos en este mundo: y deste tal mundo dice san Juan: *Et mundus eum non cognovit.* Que los hombres mundanos que viven al mundo, no conocieron á nuestro Redentor encarnado, porque el reino suyo no es del metal del reino del mundo. Digo, pues, por tornar á la regla, que por hacer hábito en ella muchas veces habemos dicho que en ninguna manera se tome el cristiano á disputa con el diablo, ni salga con él á raso, mas tenga firme en la fe, que en esto le va la vida, y haga cuenta que allí tiene una fortaleza muy torreada y muy bastecida que no haya quien se la quite si él no quisiere bajarse della, y dar la puerta á los enemigos. Por lo cual como aquel que se hace fuerte, varonilmente profese de tener y creer todo lo que tiene y cree la santa Madre Iglesia, así como se contiene en el *Credo*, el cual reze muchas veces mientras tuviere el uso de habla, y proteste que en aquella creencia quiere morir, y si en algun engaño le pusiere el diablo diga que dende entonces le da por ninguno, y que su intencion es de conformar su creencia con la fe universal de la Iglesia santa católica, asimismo deje mandado que en entrando que él entre en el pasamiento del agonía, que los circunstantes rezen el *Credo* demás de las otras cosas que ya dijimos, y rézenle con voz clara y afectuosa; porque se ejercite la devocion con la afectuosa pronunciacion, allende que no puede parar el diablo adonde se rezan las palabras con que él fué vencido. Y de aquí quedó la costumbre en muchos lugares de nuestra Europa, de que uno está en pasamiento, hacer cierta señal con la campana, y á la cual acude la gente para decir el *Credo* para ahuyentar los diablos, que no están menos asobrunados sobre el cuerpo del agonista, que enjambre sobre colmena. Demás de todos estos socorros antes que se le quite la habla pida el enfermo á nuestro Redentor Jesucristo lo que sus discípulos le pidieron cuando dijeron: *Adauge nobis fidem.* «Augmentadnos, Señor, la fe; porque á la verdad como sea un don sobrenatural, es menester pedirse.» A ejemplo tambien del padre del mochacho lunático, dirá: «Ayudad, Señor, á la imperfecion de mi fe, y ayudadme á creer.» Por los cuales ejemplos pedirá con la mayor instancia de corazon que pudiere, que Dios le aumente y le conserve el don de la fe, para que crea firmemente lo que el entendimiento humano no alcanza, el cual si quisiese escudriñar los secretos altos de la Majestad divina, seria (como dice el Sabio) embarazado y oprimido de la luz de la gloria, que no podrá soportar. Por eso dijo el Eclesiástico: «No seas curioso en muchas obras de Dios, porque no te conviene á tí ver con tus propios ojos de tu razon las cosas que él escondió.» De todo esto se sigue que ha de tener firme en la fe el que quiere vencer to-

Joan., 1.

Luc., 17.

Mar., 6.

Pro., 25.
Eccli., 7.

dos los engaños de Satanás; porque él no tiene poder para entrar en el castillo de los que firmemente creyeren, si ellos por su descuido ó por su curiosidad no quisieren salir á campo raso con él. Para esto aprovecha mucho la buena vida pasada de aquellos, de cuya entrada por el bautismo en la Iglesia y salida en la muerte (como dice el profeta) fuere guarda el Señor. De cada uno de los que les dice el mismo David, que no se confundirá, cuando hablare con sus enemigos á la puerta, que es cuando hablare con los demonios en el artículo de la muerte, que es la puerta por donde salen los fieles cristianos desta vida mortal á la eterna. Y porque dice Santiago: Rogad á veces unos por otros, es consejo muy saludable, que como ya dijimos hombres de buena vida rueguen á Dios por el paciente que está en pasamiento, suplicándole con instancia que le guarde la fe y le tenga de su mano, porque no le engañe el diablo, que no permita que le saque de su firmeza, como á muchos suele sacar; que presumiendo de responder á sus coloradas preguntas, salen á campo raso con él, como hizo un dotor, de quien escribe san Antonino de Florencia, que por presumir de su ingenio le sacó el diablo de su firmeza, por donde se condenó. Rueguen luego los circunstantes que Dios nuestro Señor quiera librar al paciente de los engaños muy afeitados de Satanás, que le libre de los escrúpulos que le pusiere, que le libre de la perplejidad con que le quisiere el diablo enredar, haciéndole formar conciencias erróneas y obligaciones fingidas, ó absolutamente no necesarias, por las cuales le arguye que se despida del cielo, pues no las cumplió durante la vida. Supliquen tambien que Dios le alumbre los ojos del alma, para que no duerman en la muerte con que se engria el diablo, diciendo: «Mas he podido yo contra el paciente con mis engaños, que todos los que rogaban por él.» Antes se cumpla en el agonista lo que en el mismo salmo dice el mismo profeta: «Yo en vuestra misericordia, Señor, esperó, por lo cual confio que en vuestra salud se alegrará mi corazon.» Porque como dice el Apóstol: «Nuestro benignísimo Dios es tan fiel Señor á sus siervos, que no consentirá que sean tentados mas de lo que ellos buenamente pudieren sufrir.» Antes de la misma tentacion sacará ganancia, porque donde pensaba el diablo grangear la incredulidad del tentado, quedará confuso por la firmeza de la fe, en que con todas sus fuerzas se hiciere fuerte el paciente.

Psal., 120.
Psal., 126.
Jacob., 5.
Anton. tit. 5. c. 2. prim. part.
Psal., 12.

CAPITULO XIII.

De la cuarta tentacion, del segundo género que nace de los contrarios á la caridad.

La cuarta tentacion de los contrarios á la caridad, que por una parte tiene el amor de sí mismo con odio interpretativo de la ley divina, y por otra el puro amor mercenario. Aunque tomando contrarios en el ri-

gor del vocablo, sola la malicia ó el odio repugna á la virtud de la caridad: de suerte que el amor de sí mismo, y el amor mercenario con que uno ama á Dios solamente por el premio que dél espera, no son tan contrarios como son los contrarios de la esperanza y la fe. Mas tomando exténdidamente los contrarios por cosas diversas, decimos que estos son los extremos de la caridad, por los cuales discurre el diablo. Estos son denotados en la cuarta parte del verso alegado, sobre el cual dijimos que funda el diablo el segundo género de tentaciones, de las cuales aquí hablamos; la parte en que esta tentacion se denota, se dice *incursus*, porque como el cristiano deba poner y fijar su amor en Dios, á quien todo con todo lo que tiene se debe, discurre por la ilusion del diablo, que con los temores que le ponen delante le hace vacilar y andar discurriendo de una parte á otra: conviene á saber, del amor de sí mismo al amor mercenario, que tiene á Dios, el cual nace del temor de la pena, y teniéndole aquí, le hace dar vuelta para que ponga los ojos en el amor de sí mismo, porque poniéndole delante la pena que por sus culpas merece, le hace que aborrezca las penas con que ordenó Dios que se ordenasen las culpas, y de allí le trae en un descontento de la ley, que Dios tiene puesta para castigar al pecado, y por consiguiente le trae el diablo en odio interpretativo de Dios, haciéndole encreyente que por la inmutabilidad de la justicia divina, no se puede escapar del infierno, para el cual le quiere hacer encreyente que está sentenciado por sentencia difinitiva de Dios. Y desta manera le hace discurrir, para que ponga su amor en cosas movibles, que son el amor que tiene de sí con el temor de la pena. Y porque este amor es movible, porque se funda en criaturas movibles, por eso se dice incurso, ó atropellamiento, con que el diablo procura de atropellar la intencion que habia de estar fija en el amor verdadero de Dios, el cual se dice amor fijo, porque así como Dios permanece y es inmutable, así el amor que se pone en Dios permanece; por lo cual dice el proverbio comun: *Omnia prætereunt præter amare Deum.* «Todas las cosas pasan, y el amar á Dios no perece.» Que por eso este amor no pasa, porque Dios, en quien se pone, no pasa. Por eso procura el diablo en esta tentacion de desquiciar la intencion del cristiano del amor verdadero de Dios, y hacella que discurra por los extremos, para que del temor de la pena venga en el amor de sí mismo, y del amor de sí mismo torne al temor de la pena, de los cuales dos amor y temor presume traer el diablo al paciente para que venga en descontentamiento de la justicia divina; y por consiguiente en odio interpretativo de Dios, pesándole que haya tan sabio juez que ordene pena perpetua por la culpa que en breve se hizo, y que sea tan poderoso que pueda todo lo que ordenare. Digo pues que en esta cuarta tentacion del incurso, pone el diablo delante al paciente todos los pecados que ha hecho. Pónele el riguroso juicio de Dios, en el acatamiento del cual (como dice Job) los cielos y las estrellas, por quien se entienden los santos y sus virtudes, no están sin la mácula que tienen de sí: cuanto mas el hombre abominable, y sin provecho, pudricion y gusano, que en fin es hijo de hombre, especial en el tiempo de la venganza. En el cual dice el

Job, 15 y 25.

Pro , 6. Sabio, que no perdonará el Juez soberano, ni condescendrá á ruegos de alguno. Ni bastarán presentes para el rescate de la sentencia. Esto es porque aun los mismos justos, como dice David,

Psal., 51. no estarán sin temor cuanto menos ternán osadía de rogar á Dios por el amor; antes, como en el mismo verso dice el mismo profeta, tendrán gran placer de la sentencia justísima del justo Juez, y viendo al malo dirán: «Miralde, que este es el hombre que no puso su confianza en el ayuda de Dios.» Y aunque como en otro

Psal., 31. psalmo dice el mismo David que por la impiedad del pecado rogarán á Dios todos los santos que la perdone, declárase el profeta, porque dice que se lo suplicarán en tiempo oportuno, que es el tiempo de la vida, en la cual como en el mismo psalmo parece, instruye Dios á sus siervos, para que firmemente pasen la vida de la jornada que andan. Mas despues de pasado aquel tiempo oportuno, dice luego en el verso siguiente: *Verum tamen in diluvio aquarum multarum ad eum non approximabunt.* En el diluvio de las muchas aguas no se le llegarán á rogar por alguno; porque como parece en el

Judic., 7. libro de los Jueces, en las aguas quiso probar Dios los que habian de ser de su parte. Y debajo de las muchas

Job., 2, 6. aguas dice Job que gimen los gigantes, que son los so-

Psalm., 143. berbios; por eso dijo el Psalmista: «Escapadme, Señor,

Apoc., 17. y libradme de las muchas aguas.» Qué sean estas aguas declarólo el ángel á san Juan en el Apocalipse, adonde le dice: Que las aguas que vido sobre que estaba la ramera asentada, son los pueblos y las naciones y lenguas que fornicaron del amor gratuito con que debian amar á Dios sobre todas las cosas, y se convirtieron al amor de sí mismos. Con estas y otras semejantes autoridades, pregunta el diablo en el pensamiento al paciente, si querria vivir con título de hacer penitencia de tantos pecados, de cuantos en aquel tiempo le arguye. Y de que el enfermo consiente con la pregunta, le dice que naturalmente no puede escapar la vida: y pues que por aquella via no se puede remediar, que tiene otro vado, el cual él tiene muy á las manos. Que luego le pone en el pensamiento, pues le es forzado morir, y segun la conciencia que forma de sus pecados, parece que desespera de la misericordia divina con el embeleco que el diablo le hace, haciéndole encreyente que ya está sentenciado para el infierno: así por aparentes razones que le hace, como por autoridades, que él á su sentido engañoso agudamente suele torcer. Dícele que pues conoce ya sus pecados, y sabe que la justicia divina ha ordenado que por el pecado mortal se vaya el hombre al infierno, si querria él que se mudase la ley ordenada, ó que á lo menos se tuviese respeto dél; y que porque él no penase, se quebrase en él la ley ordenada, para que en fin por justicia, ó por privilegio, ó cuando todo faltase, por quebrantamiento de ley, se le hiciese á él buen tratamiento: especialmente que se le hace muy cuesta arriba de consentir con la justicia, que por un breve deleite, y cumplimiento de voluntad, condene á pena perpetua. Añadele á este pensamiento, que cada uno naturalmente desea conservar su ser, y

el buen tratamiento de su persona. Por donde le quiere colorear el pecado que hace. Y antes que el paciente se determine, porque está en él incurso vacilando de acá para allá, acude luego el diablo con otra celada, y pregúntale en el pensamiento : Si hubiese quien te alargase la vida por veinte ó treinta años, y demás te diese diez cuentos de renta, ¿qué tanto darias? El paciente, aunque ve que aquella pregunta es por demás, porque el diablo juega con él de acá para allá, no deja de decir entre sí : Excusado es pensar de vivir, mas si fuese posible mucha cosa daria. En este paso le descubre el diablo muchos secretos del arte mágica, y no duda de abiertamente hablalle, y mostralle fantásticamente por la imaginacion los reinos del mundo y su gloria, con que embelesa la imaginacion del paciente. Y atrevese á decille : ***Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.*** « Todas estas cosas te daré, si cayeres del homenaje que debes á tu Dios, que ya ves claramente que te desampara, y me dieres á mí la obediencia. » Aquí le descubre todo el poder que tiene. Y aun es de pensar que haga algunas señales que exteriormente parezcan milagros : para que junto con el principado, que en el capítulo precedente vimos, que falsamente alegó, entre ojos y cara se quiera hacer príncipe de este mundo. Alégale los motivos con que él indució á Adaniqueo, para que con muchos embelecos consienta el paciente en alguna manera con el diablo : y aunque no saque dél que le adore, á lo menos presumirá de sacar que siquiera confie en su favor por entonces, que él le promete, por virtud del poder que falsa y fantásticamente le muestra para alargalle la vida. Y porque al paciente no se le haga de mal, prométele tiempo para que el paciente haga su cuenta entre sí : En fin si vivo podré hacer penitencia, y Dios me perdonará este pecado entre todos los otros. Y con este discurso á cabo de sus embelecos, hace que el paciente á lo menos venga en esta intencion, y diga entre sí : Todo esto que agora yo pienso, ó se me ofrece, bien veo que debe ser burla. Mas si por alguna potencia, divina, humana ó angélica, fuese posible que yo escapase de muerte, no quedaria por mí que no hiciese cuanto pudiese por escapar con la vida. Cuando en este punto le tiene, acude luego á ponelle en el pensamiento, si querria ser ayudado, siquiera por arte mágica, que le prolongase la vida : que aunque el diablo fuese el ministro del tal efeto, no tenga pena por ello, que con título de hacer penitencia puede desear vivir, y ayudarse de todas las criaturas. En este punto se hace predicador el diablo, y toma por tema : ***Omnia subjecisti sub pedibus ejus.*** Que puso Dios todas las cosas criadas debajo del poder del hombre. Y aunque él sea espíritu, que hablando la verdad él no quisiera ser una de las criaturas sujetas al hombre : mas pues no le aprovecha querer otra cosa, que tambien él está sujeto al mandamiento del hombre, como lo escribe san Lucas en dos lugares : « Que los discípulos tenian potestad sobre los diablos; » alégale mas, que el mismo Dios se aprovecha dellos, que los manda, como dice san Marcos, y obedecen sus mandamientos : alégales lo que dice san Mateo : ***Assumpsit eum diabolus ;*** que se dejó Cristo nuestro

Matth., 4.

Psal., 8.

Luc., 9 et 10.

Mar., 1.

Matth., 4.

Redentor á la virtud natural del diablo, para que á su voluntad ya le pusiese en el pináculo alto del templo, ya le pusiese sobre la cumbre del monte. De donde le arguye que pues la cabeza se quiso servir del diablo, que no tenga por inconveniente que sus miembros se sirvan dél. Por eso que vea lo que quisiere, que él presto y aparejado está para usar de todas sus artes y prolongalle la vida: que él tiene muy entero conocimiento de las yerbas y piedras con todo el resto de lo criado, y sabe muy bien curar las enfermedades. Entre las cuales es una aquella de la cual está acosado el paciente, que no piense que es mal de muerte natural, sino enfermedad recia, que tiene fácil remedio. Del cual se dice y profiere que es el mejor maestro del mundo. Aquí es verisímile que acude con alguna experiencia sofística, con que se engaña el enfermo, y como la centella que se va á morir resplandece en lo exterior, porque va á salir la llama que estaba dentro, así el paciente parece que tiene un poco de mas sentimiento cuando se le acaba la vida, porque el ánima que se hace fuerte en el corazon por estar allí recogida, al parecer del paciente está mas viva que hasta entonces. Y sobre todo acude el diablo, para que piense el paciente que la vida que se promete no es de todo punto imposible, para que por una via, ó por otra, ó por todas juntamente tomadas le saque un pecado mortal de querer ser ayudado por el diablo. Mas el verdadero cristiano que ama mas á Dios que á sí mismo por el resto de lo criado no ha de consentir por alguna via con el pecado. Porque ¿que le aprovecha al hombre, que tenga el señorío del mundo, si ha de padecer perpetuo detrimento del ánima? Mas cierto está ser la ganancia cierta de parte de Dios, aunque en aquel punto no le prometa cosa que la seguridad del diablo: cuya palabra es no cumplir lo que pone, y cuya verdad es el natural dechado de la mentira. Tenga luego fuerte el cristiano con Dios, que en mas estimará Dios aquel poquito de tiempo, en que varonilmente se defendió de las celadas y descubiertas mañas de Satanás, que un año de penitencia remisa. Que no consentirá Dios que se pierda el que no quiso darse á partido á sus enemigos. Que cierto es que si un vasallo hubiese ofendido á su rey, y hubiese estado algunos años en su desgracia, y viese el ofendido que los enemigos de su rey le combatiesen la mejor fortaleza que el rey tenia, y reconociendo sus ofensas se determinase á servir al rey, y se entrase en la fortaleza, y con esfuerzo y firmeza de corazon se diese tan buena maña que defendiese la fortaleza del combate de los contrarios, verisímile cosa es que no solamente el rey le perdonaria las ofensas pasadas, mas aun le haria mercedes por su buen comedimiento y esfuerzo, con que le defendió la mejor pieza que tenia en su reino. Desta misma manera quieren combatir los demonios el alma del hombre, que es la mejor pieza que tiene Dios acá bajo. Torna en sí el pecador, y entra dentro de su morada, y súbese á la torre del homenaje, que hizo á Dios cuando le bautizaron; acuérdase de la fe, esperanza y caridad que en el bautismo actualmente le dieron. Reconoce á Dios por Señor. Hácese fuerte en la confianza que de Dios tiene. Pelea varonilmente, defiende su castillo con la fe viva que tiene, con la esperanza que le da alas de generosa osadía,

Mat., 16. Mar., 8. Luc., 9.

con la caridad ordenada, con que primero ama á la fuente del ser que tiene, que es Dios, y despues se quiere á sí mismo, no en sí, porque no es fin de sí mismo, mas en su fuente, que termina todo su amor por ser infinito fin que abarca todas las causas. Conoce lo que dice san Agustin: « Que la medicina del alma se parte en autoridad, y en razon. » La autoridad pide fe, y la razon guia al entendimiento, aunque la autoridad no alcanza de todo punto á la razon. En este discurso entra el que se acoge en su alma, queriendo hacer reconocimiento á Dios de todo cuanto le debe. Sale del atropellamiento y mal incurso con que le traia acosado el diablo, y entra en el discurso católico, y piensa entre sí: Que es cosa muy justa que se ame mas en Dios que en sí mismo, porque en Dios está por mejor manera que en sí, así como el accidente se debe mas amar en la sustancia que en sí: y los ojos mas se deben amar en su cabeza que fuera della, sin la cual por estar privados de la potencia visiva para oficio de ver no son mas ojos que piedras. Iten, el agua del arroyo es gran razon que se ame mas en su fuente, que en sí. Desta manera el hombre, aunque Dios no se lo mandara, es mas obligado de amar á Dios que á sí mismo, porque está en Dios por eminente manera muy mas excelente que en sí. Pues es cierto que todas las cosas criadas tienen vida en la mente divina, y segun la razon ejemplar, en ella fueron, y son, y serán para siempre sin fin. Como lo declara san Juan cuando dice: *Quod factum est, in ipso vita erat.* Todo lo criado eternalmente tenia vida en su criador, antes que se criase: y dél segun la razon ideal y ejemplar salió en este mundo criado por la exterior creacion, aunque, segun la materia y la forma, fué criado de nada. Queda luego muy claro que el hombre se debe amar mas en Dios, en quien tiene vida permaneciente, que en sí mismo. Porque aunque muera en sí, cuanto al cuerpo mortal muere la vida mortal en sí, mas no muere á Dios, al cual como dice la Iglesia todas las cosas viven, segun aquello que dice san Pablo informando á los Areopagitas: *In ipso vivimus, et movemur, et sumus.* « Que en Dios vivimos, y en Dios nos movemos y somos. » Es como si dijera: De Dios, y en Dios, y por Dios tenemos la vida, que nos da vida, y la virtud que nos mueve, y la fuente de nuestro ser, sin la cual en ninguna manera seriamos. Luego, como dice san Lucas: « Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. » Y Isaías dice: « Que los muertos, por muertos que estén, vivirán en Dios. » De todo esto parece cuan de suyo era obligado el hombre que tiene razon, de amar á Dios mas que á sí mismo, aunque (como digo) Dios no se lo hubiera mandado. Mas porque el amor gratuito con que Dios se ha de amar sobre todas las cosas, es don sobrenatural, es mucha razon que el buen cristiano le pida y suplique instantísimamente á Dios que le haga las mercedes cumplidas, y le infunda el amor gratuito, con que él quiere y debe ser amado. Suplíquele que adobe la voluntad, que con los temores que el diablo le pone, la tiene dañada y embarazada con el amor mercenario. Tambien le pedirá que le aclare el entendimiento con la verdad, que es la verdadera medida

August., de ver. relig.

Joan., 1.

Act., 17.

Luc., 20. Isaí.

de la humildad verdadera. Que le enmiende la memoria de los beneficios que de su mano ha recebido, entre los cuales es la creacion y la Redencion junto con la justificacion, de la cual por virtud de la redencion le suplica que le haga nueva merced, pues ya está el precio pagado. Junto con esta plegaria hará lo que es en sí el buen cristiano, que pensará entre sí, que es mucha razon responder á Dios en la manera de amor con que nos ama. Que así como él nos ama con amor gratuito, sin interese que de nosotros espere, así nosotros debemos amar á Dios gratuitamente, sin que pongamos principalmente los ojos á nuestro provecho. Que así como dice Silio Itálico: *Ipsa quidem virtus sibimet pulcherrima merces*, que la virtud es el premio del que la obra, Dios, que es la fuente manantial de virtud infinita, por sola su esencia divina es digno de ser amado. Que si la causa porque alguno se mueve á amar á Dios, está fuera de Dios, no se escapa la tal causa de ser criatura. Pues, ¿ qué cosa tan fuera de toda razon se podrá imaginar como poner el hombre su voluntad y su amor en Dios, y buscar el precio y remuneracion de su amor en cosa que esté fuera de Dios? pues es gran verdad lo que dice Isaías: « Todas las gentes puestas delante de Dios, son como si no fuesen, y por nada son reputadas.» Porque, como dice el Apóstol, « Dios igualmente manda á las cosas que no son, como á las que son.» Esto dice él, porque es tanta la Magestad infinita de Dios, que en respeto della tanta proporcion tienen las cosas sin ser, como las criaturas que son. Porque entrambas distan de Dios por infinita distancia. Por lo cual, aunque no pecase de malo, no se escaparia de necio, y de cambiador ignorante, el que amase á Dios de amor principal, por cosa que no fuese Dios; si pudiendo tener á Dios por el premio del amor principal, que en él puso, le trocase por una cosa tan vil, como es la criatura tomada y considerada fuera de Dios. Y diciendo Dios á cada uno de nosotros lo que dijo á Abrahan: « Yo soy tu defensor, y el gran premio de tu servicio; » ¿ quien estará tan fuera de sí, que ame á Dios á jornal ó á destajo con principal amor mercenario, teniendo ojo á sí mismo, por solo el bien que de Dios espera? Porque allende que él no se basta, si Dios no le basta, es mas hábil para ser premiado del bien que hiciere, que para hacerse premio y fin de sí mismo, como el diablo, que quiso vivir por su pico, y ser bienaventurado en su esencia, y amarse en sí mismo, sin hacer principal reconocimiento á la fuente, donde manaba el arroyo de todo el ser que él tenia. Conociendo aquesto el verdadero cristiano, ha de suplicar instantísimamente á la divina Majestad que le adobe la voluntad, y le haga merced que le dé este amor principal gratuito, que junto con este, que vaya delante de principal intencion; bien se compadece el amor accesorio, que es amar á Dios por las mercedes que hace: por la criacion y redencion, y justificacion, por los temporales que envia, por los trabajos y angustias, porque todo esto es materia de merecer. Por los dones de las virtudes, prudencia, justicia, fortaleza y templanza con toda su compañía. Por las tres teológicas, de que vive el cristiano, fe viva, esperanza firme, caridad ordenada; y final-

Silius, lib. 1.

Isaí., 40.

Rom., 4.

Gen., 15.

mente por la gloria que le dará cuando desta vida partiere en su gracia. Porque es cosa muy justa que responda el hombre con agradecimiento á las mercedes que recibe de la mano de Dios. Por eso dijo el Psalmista: « Incliné mi corazon á hacer siempre vuestras justificaciones, Señor, por la retribucion, y el premio que al buen servicio se sigue. » Y el mismo profeta dice en otro psalmo « que Dios premiará á cada uno segun sus obras. » De todo esto se sigue que el amor que el diablo arguye es mercenario, cuando se ama Dios por el premio, de que va añadido al amor principal gratuito, no solamente es bueno, mas el que tal amor no tuviese despues del amor principal, pecaria con pecado de ingratitud y de menosprecio, que sin este segundo amor tendria de las mercedes recebidas de la mano de Dios. Puesto el cristiano en esta consideracion está aparejado, para que le visite nuestro Señor con su gracia, y le convierta el amor mercenario servil, que nace del temor de la pena, en el amor filial y reverencial con que Dios se debe de amar. Para el cual podrá considerar, y decir entre sí: « No os loarán los muertos, Señor, ni alguno de los que van al infierno. » Junto con lo que dice el mismo profeta: « Porque soy cierto, Señor, que no confiesan vuestro nombre los del infierno, y soy cierto que los que piden mercedes á vuestra sacratísima Majestad, recibe vuestra Majestad su demanda en lugar de servicio. Y pues él mismo nos manda pedir, y nos promete que nos dará lo que justamente pidiéremos, pídale que no le niegue su Majestad las entrañas de su misericordia: *in quibus visitavit nos oriens ex alto.* En las cuales por visitar á sus criaturas determinó de venir del cielo á la tierra. Con esta ó semejante plegaria obra el paciente la voluntad, para hacerse capaz de las mercedes que Dios le quiere hacer, las cuales difunde Dios sobre los hombres magníficamente, y á manos mas llenas, que el sol difunde sus rayos. Y si el sol no niega su claridad á las ventanas abiertas, muy menos negará Dios la gracia á los que con fe firme y esperanza le abrieren las puertas de la voluntad para recebir la gracia divina; porque es imposible bien creer, y bien esperar, sin que juntamente se halle la caridad, adonde se halla la viva fe con la firme esperanza. Porque estas tres virtudes son tan hermanas, que ó no va alguna, ó van todas tres adonde meritoriamente acude la una.

Psal., 118.

Psal., 6.

Psal., 113.

Psal., 6.

Matth., 7.

Luc., 11.

Luc., 1.

CAPITULO XIV.

De la quinta tentacion del segundo género, la cual es del demonio meridiano, que es el diablo patente, que claramente aparece.

La última via con que en este género segundo tienta el diablo, es la obstinacion del pecado, la cual, aunque parece la misma que la deses-

peracion, difiere della, porque es de pecados reflejos, que son los que á sabiendas y adrede se hacen contra el Espíritu Santo. La cual se entiende por la última parte del verso que es: « El demonio meridiano, » que es como si dijese el profeta hablando con el fiel siervo de Dios: « No temerás de la obstinacion, que claramente y á ojos vistos te quiere obstinar el diablo. » El cual por eso se dice diablo del medio dia, porque en esta tentacion de obstinacion no tienta por vias ocultas y secretas como en las pasadas, mas abiertamente le dice que dende entonces se conforte, y haga buena cara á los tormentos perpetuos, que segun la preciencia divina sepa, que está diputado para el infierno. Alégale todas las señales que los teólogos ponen de los prescitos para el infierno, y que todas han pasado por él: por eso que se despida del cielo, que no suele Dios mudar la sentencia, la cual por falsas y aparentes razones le quiere hacer encreyente que es dada. Alégale que tuvo desabrimiento en cumplir los mandamientos de Dios, que esos pocos de sermones que oyó, mas los oyó por curiosidad, y por tomar á palabras á manera de los fariseos, que por devocion que en ellos haya tenido, y si algunos oyó, para tomar buena doctrina, que aquellos son para su mayor condenacion, por no haber puesto por obra lo que oyó en el sermon, por donde se le convertió en su daño, así como la flor que come el araña se le convierte en ponzoña. Alégale que resurtia con injurias á las correcciones fraternas de sus amigos, que le pesaba de las reprehensiones, siendo obligado á desear que Dios depare quien le corrija de todos sus vicios. Alégale que tuvo envidia de los bienes espirituales de sus prójimos, especialmente de sus enemigos. Alégale que se entristecia demasiadamente de ver doblar las campanas por defuntos, porque se acordaba de la muerte por ellas, la cual él huia de corazon pesándole demasiadamente por acordarse que habia de morir, por donde le arguye el diablo, ó que sintió bien de la fe, ó si la creyó tibiamente, abscondió el talento en la tierra, por donde no grangeó buena muerte como era obligado, con la aspereza y trabajo que rehusó en toda su vida. De lo cual darán testimonio los regalos á que se dió enterrando el talento de su merecer en los apetitos y respetos terrenos. Y que bien parecia que él era natural de la tierra en sus hablas, que todos sus hechos y dichos salian de la tierra, y en la tierra paraban. Por lo cual es mucha razon que se quede en la tierra despues de la muerte, el que en la vida vivió de la tierra: y el fin de todas sus obras no subió de la tierra. Alégale que fué amonestado que confesase, y no lo quiso hacer. Alégale que fué amonestado que hiciese conciencia de muchas cosas, no menos eclesiásticas que seglares, que tenia mal ganadas, y contra razon y derecho, y que á todo respondió que si las cautelas de Cepola se admiten en los juicios exteriores, seguro estaba de su conciencia, que por tela de buen juicio tenia derecho á sus posesiones, que de cansados, ó por mejor decir, de gastados, ya no le movian pleito sus adversarios. Alégale que muchas veces le rogaron que perdonase á sus enemigos, y que no lo quiso hacer, ó si lo hizo, que los perdonó por dinero. Alégale

Mat., 25.

Joan., 3.

que nunca quiso tomar el consejo de sus amigos. Alégale finalmente, con estas cosas, todas las autoridades que consuenan á la sentencia difinitiva. Como son los que bien obraron, iran á la vida eterna, y los que mal, al fuego perpetuo. «Iten, por la medida que hubiéredes medido á los otros; por esa misma os medirán á vosotros.» Y otras muchas semejantes á estas, por las cuales le arguye que pues en toda la vida se determinó á hacer mal á sabiendas, que sepa que es el diablo, con quien trabó compañía, que no piense que se ha de mudar la sentencia, que por sus malas obras en que ha gastado la vida eternalmente está dada. De creer es que en este artículo de tentacion le da á entender los argumentos que de la preciencia y predestinacion se suelen hacer con otros muchos, que él sabrá frugicar tan por arte, que aunque ellos se puedan soltar, al hombre embaucado y atemorizado parecerán insolubles, que sin respuesta concluyen. Añádele que si hubiera pecado por flaquezas humanas contra la persona del Padre, ó por ignorancias contra la persona del Hijo, que tuviera cara para acogerse á la misericordia de Dios, mas pues se determinó á pecar á sabiendas, y por obstinacion, contra la persona del Espíritu Santo, que se despida de alcanzar perdon de su obstinacion, en que él se quiso obstinar, por darse buen verde en la vida, y vivir á sus anchuras y pasatiempos. Para confirmacion de lo que le alega aquella autoridad que dijo nuestro Redentor Jesucristo: «El que pecare contra el Espíritu Santo, ni se le perdonará en este siglo, ni en el venidero.» A esta autoridad que él le declara muy á la letra, alega él todas las razones que puede para que desespere el paciente, así como lo procuró en la primera tentacion del temor de la noche, por donde como el que derechamente presume que ha concluido, le dice que se dé por vecino y morador del infierno. Y porque el paciente no tenga alguna confianza de la confesion que hizo antes del agonía, argúyele que la confesion hecha no es valedera ni satisfactoria, que si la hizo fué á poder de consejos y importunaciones de sus amigos porque le desahuciaron los médicos. Por donde le arguye que fué confesion sacada por medio de pena, como quien confiesa puesto á cuestion de tormento, que hecha de voluntad, lo cual de necesidad se requiere, para que la confesion sea satisfactoria. La cual le arguye que él no pudo hacer, por estar obstinado en el discurso de toda su vida, como uno de los del número de los que dice Isaías: *Percussimus fœdus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* «Trabamos amistad con la muerte, con el infierno hecimos concierto.» Tráele junto con esto lo que el Eclesiástico dice: «El corazon obstinado habráse muy mal en lo último de sus dias.» En esta última tentacion es verisímile que se aparece el diablo, porque ya no tienta por vias solapadas, mas patente y abiertamente le dice que es diablo, que viene por su derecho. Porque con las razones que le ha hecho, y las autoridades que le ha traido, le haga fé con su vista, para que de hecho piense que es verdad todo lo que le ha dicho, y que ya no puede escapar del infierno, y acabe en aquel temor sin recogerse á la

Ex symbo. Ath.
Mat., 7.
Mar., 4.

Matth. 12.

Isai., 28.

Eccli., 31.

misericordia divina : y así se le lleve de hecho al infierno. Esta última tentacion es tan recia y tan horrible de soportar, si es verdad que ha precedido la obstinacion de la vida, que humanamente no se halla remedio para resistirla, si no procede singularmente de la inmensa misericordia de Dios, el cual, como dice el Apóstol: « De quien él quiere tiene misericordia, y al que quiere endurece. » Porque como en el mismo capítulo dice el mismo san Pablo : « No está la suficiencia del mérito en la voluntad del que quiere y corre, aunque sea en el camino derecho, mas está en la misericordia de Dios. » De aquí es una regla magistral de la escuela de los teólogos, que se da causa de la reprobacion, y de toda la predestinacion no se da causa. Quiere decir que el que se condena por su propia culpa se pierde, y del que se salva no son principal causa los méritos de sus obras, mas la principal causa es la misericordia de Dios, sin la cual todas las obras serian como pintadas en respeto del menor grado de gloria, que segun la aceptacion divina por ellas se dan, porque, como dice el Apóstol, « el caudal y la suficiencia de nuestros merecimientos nos viene de la manos de Dios. » Y para que el cristiano alcance esta misericordia, es menester que funde en una fe viva, con que tenga que Dios le oye, y que no tiene otro socorro, sino á él. Y que en tiempo de tanta necesidad le suplica con todas las mas fuerzas que tiene al presente, que se acuerde que vino á llamar á los pecadores, y no á los justos. A esta plegaria aprovecharán mucho los circunstantes y buenas personas que supliquen á los santos que intercedan por el que está en estado, que aun para pedir ayuda y socorro está casi inhábil, cuanto menos idóneo estará para sacar fuerzas de flaqueza, y ayudarse por sí, viéndose no menos cercano de angustias que de visiones horribles de Satanás. Por eso sí, antes que entrase en el agonía, fuere informado de los circunstantes, entre otros consuelos encomendará á la memoria tres reglas. La primera, ya dicha, es, que pues el diablo le tienta y le pone delante las causas de la obstinacion para que desespere, que piensa el diablo de sacar algo de aquella tentacion, que si él pensase que por ninguna manera le habia de sacar mas pecados de los sacados, nunca le tentaria; antes gastaria aquel tiempo en tentar á los sanos. La segunda regla es que si el obstinado puede pecar mientras tuviere el ánima en el cuerpo, y sobre los pecados que ha hecho podia hacer otro pecado desesperando de la misericordia divina, que por la misma razon (como ya habemos dicho, y repetímoslo aquí, por ser aquí necesario) está en tiempo de merecer de parte de la misericordia divina. La tercera tambien está dicha, que hace injuria al juez el que quita la sentencia de las manos del propio juez, y se antuvia á sentenciar lo que ha de sentenciar el juez. Y si pecaria en atribuirse la gloria estribando en solos sus méritos, sin tener respeto á la justicia divina, así pecaria en sentenciarse para el infierno acosado de sus pecados, sin hacer caudal y recurso á la misericordia de Dios. Que aunque es verdad que los pecados mortales son dignos de ser castigados con pena de infierno, no es verdad que antes que se le acabe la vida se le acabe el tiempo de merecer : porque en un punto que de corazon se

Rom., 9.

Matth., 9.
Luc., 5.

arrepiente, y pidiere perdon con firme esperanza, creyendo verdaderamente que Dios le oye, y que es poderoso para perdonalle todas sus culpas, y esforzándose lo mas que pudiere á amar á Dios con amor filial y reverencial, contemplando todas las mercedes que dél recibió, y las que espera que le dará, y haciéndose fuerte en esta contemplacion, tenga por fe que el que esto hiciere, que aunque mas pecados le ofrezca el diablo, y aunque con mas visajes horribles se le aparezca, no tiene cerrada la puerta de la misericordia, la cual (como dice David) abraza á todos los que verdaderamente esperan en Dios. Y no se perturbe por ver visiones horribles en este paso, porque allende que de muchos santos leemos que vieron diablos en sus pasamientos, no se arguye la condenacion del paciente de la vision del demonio. Psal., 31.

CAPITULO XV.

De las horribles visiones con que el diablo aparece al paciente al tiempo del pasamiento.

La vision del diablo no es tentacion distinta de las que aquí habemos dicho, porque nunca tienta con sola su vista sin que ponga delante del paciente alguna de las tentaciones pasadas, especialmente de lo que agora dijimos del demonio meridiano, en la cual tienta de la obstinacion: créese que en ella pone todos los ardides y mañas, y colorados engaños que supiere y pudiere. De modo que aunque es verisímile que se aparezca en las otras, es muy anejo al arte y astucias de sus engaños, que en la tentacion de la obstinacion se aparezca en espantables visajes, porque esta es la mas recia batería con que presume tomar á partido los fuertes encastillados, cuanto mas á los flacos campíos: especialmente, que están puestos en lo profundo de la desesperacion, viéndose por una parte cercados de los pecados, que les ofrece el diablo, y por otra, de muchas y muy espantables figuras de muchos diablos. Y para que esto se entienda, veamos si es posible aparecerse el diablo á los que están en el agonía. A esta pregunta se responde que sí: porque allende de muchos ejemplos, que casi en todo el cuarto libro de los Diálogos trae san Gregorio, en donde cuenta de muchos que visiblemente se les apareció el diablo en su muerte, pruébase por esta razon. El agonía es el medio tiempo que media entre esta vida y la otra; es comparada al tiempo del dilúculo, que los vulgares dicen el alba de la mañana, la cual ni es tan oscura como la noche pasada, ni tan clara como el dia que viene. Así esta agonía ó pasamiento no es tan oscuro como la vida que en respeto de la otra se compara á la noche, ni tan claro como la vida que recibe á las ánimas despues de salidas del cuerpo. Luego síguese que en aquel medio espacio en que está el ánima departida, como cosa que está descarnalizada casi del cuerpo, cuyo argumento es lo poco que entonces el cuerpo siente, tiene habilidad natural para poder ver lo que inmensa y embebida en animar todo el cuerpo no pudo. Iten, de parte de

la divina justicia, es mucha razon que las ánimas, así las buenas como las malas, vean los demonios al tiempo de su partida; que los malos, que por su culpa han de ser condenados, los vean, es claro: que pues por estar el ánima de arrancada, casi ya recogida en su ser, por estar casi desmaterializada del cuerpo, tiene habilidad natural para ver los espíritus y las cosas del otro siglo, á la puerta del cual está en aquel punto, es conforme á la justicia divina dejar á los que menospreciaron su ley en las manos de aquellos por cuya amistad pospusieron sus mandamientos en toda la vida. Esto es lo que dijo el Sabio: « Vosotros, malaventurados, menospreciastes todo el consejo que os dí, y tuvistes en poco mis reprehensiones; yo haré de la misma manera, que en vuestra muerte me reiré de vosotros, cuando os viniere lo que temíades, y cuando viniera la súbita desventura sobre vosotros; y el trance de la muerte viniere como tempestad sobre vosotros, cuando vinieren sobre vosotros tribulaciones y angustias: entonces me llamarán, y no les escucharé, porque aborrecieron la doctrina, y no tuvieron temor del Señor. » Por estas palabras claramente parece que los que han de ser condenados, porque menospreciaron los mandamientos de Dios, no es razon de quitalles por un punto la compañía que han de tener para siempre. Y así queda conforme á razon, así de parte de la habilidad natural del ánima, como de parte de la justicia divina, que á los malos no les impide cosa que en aquel paso no oyan, ó á lo menos no puedan ver los malignos espíritus. Los buenos tambien es razon que los vean, aunque no para su confusion, porque como dice el profeta: « No confundirá el bueno, que cumplió con su deseo de las saetas del amor de Dios, cuanto hablare con sus enemigos á la puerta. » Que es como si dijera: « No recibirá confusion, cuando hablare con los demonios en el artículo de la muerte. » Y en otra parte dice que no se confundirán los siervos de Dios en el tiempo malo, que es el tiempo de mayor estrecho, en el tiempo del pasamiento; dado caso que el diablo los tiente, pensando derribarlos con desesperacion. Mas por eso permite Dios que se aparezca el diablo á los buenos, porque vean de quien se libraron por la misericordia divina, y tengan en mucho la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo, pues por los méritos della se escaparon de tan malas visiones: que cierto es que si viniese á noticia de mis amigos que yo habia de pasar por un estrecho lugar, en que estuviesen salteadores secretos, en mas les tendria, si puestos en celada al tiempo del salto patente, saliesen, y me librasen de manos de mis enemigos, que si se antuviesen delante á quitarme los enemigos, y escombrarme el camino, para que pasase seguro. Que aunque despues me contasen el beneficio, que sin decirme nada hicieron por mí, no tendria tanto placer de verme librado en el pensamiento de los enemigos imaginados, cuanto viéndome libre de entre sus manos en que de hecho caí, y tanto mas es el placer de escaparse del peligro real, que del peligro pensado en el pensamiento; cuanto es mas la cosa que pase en verdad, que la imaginacion que finge el entendimiento. Desta manera con mayor aficion agradecen los buenos á

Pro., 50.

Ps., 126.

Ps., 36.

Dios los beneficios que les hace en librallos visiblemente de las visiones espantables de enemigos que tienen delante, que si les escombrase el camino y pasasen desta vida á la otra, sin ver la horribilidad del diablo: especialmente que como Dios no permite que sea alguno tentado mas de lo que pudiere resistir buenamente, desta tentacion sacarán provecho y ganancia los buenos. Por lo cual ninguno se debe turbar ni desesperar porque vea visajes horribles del diablo, pues está claro que muchos santos vieron al diablo en sus muertes, ahora sea por la causa ya dicha, agora por juicio secreto de Dios: como leemos de santa Marta y de san Martin, que al tiempo de sus tránsitos vieron visiblemente en figuras espantables á los demonios. ¿Que mas diré de lo que dice san Gregorio, exponiendo la entrada que Cristo nuestro Redentor hizo en Jerusalen: Que el príncipe deste mundo, que es el diablo, de la manera que ya declaramos en el capítulo 11 hasta la muerte, siguió á nuestro Redentor, por ver si hallase en él cosa que por suya propia pudiese tomar. De aquí sacará esfuerzo el paciente á quien se le apareciere el diablo, para que no desmaye, pensando que es cierta su condenacion, pues el diablo le está aguardando á la puerta: que aunque Dios le deje por algun espacio de tiempo, no por eso se sigue que le ha desamparado del todo: pues como ya dijimos, no solamente permitió que se apareciese á sus santos, mas él mismo quiso ser tentado, porque no pensásemos que la tentacion era señal y argumento de condenacion. Por lo cual es de creer que acude con su misericordia, mandando á los ángeles, y en especial al ángel de la custodia, que esfuerce al paciente contra las tentaciones y visiones horribles, como los amigos que salen de la celada en que estaban á librar el amigo que le ven caido en mano de los salteadores. Mas es aquí de saber que no á todos los que mueren se aparece el diablo, como son los que mueren muertes arrebatadas, porque no tienen conflicto en el despedirse el alma del cuerpo, por el súbito caso con que mueren. Tambien es de saber que no cualquier movimiento de sombras es la vision del diablo, porque segun regla de perspectiva, muchas sombras de los cuerpos que el sol alumbra suelen entrar por los agujeros pequeños ó hendeduras por donde entra el rayo del sol. Y aunque no entre el sol por los tales lugares, basta que entre su resplandor, con el cual entran las sombras de las aves que vuelan, y de los gatos que andan por tejados, y aun de los hombres que andan á raiz de las puertas juntadas, cuyas sombras parecen los piés hácia arriba, como parecen las imágenes vueltas de abajo arriba, que representan los espejos, que tienen las lunas cóncavas y hundidas adentro: y porque las sombras de aquestos cuerpos, que solo su resplandor oblicuo alumbra de fuera, se repercuten en las sargas, ó en las cercaduras de cama, en las paredes de la pieza en que está el enfermo, piensa no menos el paciente que algunos de los simples que están con él, que es el demonio, que visiblemente viene á tentar al paciente, y él se turba, y ellos con sus simples admiraciones le aumentan la ocasion, que tuvo de perturbarse. Mas porque se ponga todo el socorro que humanamente se puede poner, y la Iglesia pide mercedes á Dios, por la intercesion de los intercesores

Sup. Lucam, 19.

multiplicados, será buen consejo, que antes que entre el enfermo en el tránsito, haga él mismo algunas limosnas de presentes, demás de las que en el testamento mandare: y aun tendré por mejor que él mismo las dé por su mano á los pobres legítimos, que á él pareciere. Y les ruegue que estén con él al tiempo del pasamiento, para que allende de las oraciones que dijimos que harán los ministros eclesiásticos, estos pobres se pongan en oracion, porque multiplicados los intercesores, conceda nuestro Señor la abundancia de su propiciacion, y acelere el socorro de que tiene extrema necesidad el paciente. Allende destas limosnas, emprestará á sus vecinos los mas necesitados, que tuvieron mas hijos y menos pan, algunos dineros, con que al presente remedien algunas necesidades, que en las tales casas suelen ser ordinarias. Y dejará mandado á sus herederos que sobrelleven aquellas deudas, esperando poco á poco las paguen. En esto cumplirá lo que dice David: «Agradable es el hombre que hace misericordia y empresta, porque en esto se apercibe para responder al dar de la cuenta en el riguroso juicio.» Psal., 111.

Y en otro psalmo dice: «Bienaventurado es el varon que tiene cuidado del necesitado y del pobre, porque en el dia malo, que es el dia de la tentacion insufrible, con solas fuerzas humanas y en la postrera de todas las tentaciones será librado de sus enemigos con el socorro divino.» Luego estos pobres, que al tránsito del paciente estuvieren, rezarán muchas veces el *Pater noster*, con el *Ave Maria*, y el *Credo*, y la *Salve Regina*. Porque hay géneros de demonios que se alanzan con oraciones, como lo dijo nuestro Redentor cuando echó el demonio mudo del lunático. Y así será aquí que el demonio mudo, que con sola su vista presuma derribar en desesperacion al paciente, por las oraciones de muchos, será alanzado, no solamente de la imaginacion del paciente, mas aun de toda la pieza, y aun de toda la casa: y paren mientes los circunstantes, que no se olviden de rociar al paciente, y la cama, y aun la pieza donde está el paciente muchas veces con agua bendita. Y entre otras oraciones dirán todo aquel psalmo, que comienza: *In te Domine speravi, non confundar in æternum.* Porque allende que es este psalmo de muy gran virtud, está como diputado para el tránsito de la muerte, porque Cristo nuestro Redentor le dijo en la cruz, para darnos ejemplo que nosotros le rezásemos, pues no por sí, sino por nosotros él le rezó. De adonde es de creer que se le pegó alguna virtud apropriada para aquel paso, demas de la que él se tiene. Junto con este, hará tambien que le rezen el psalmo: *Qui habitat in adjutorio Altissimi.* Y el mismo paciente si los supiere de coro los rezará, antes que entre en el agonía, y sino basta que se los rezen con devocion en su tránsito. Y aunque algo desto se dijo al fin del segundo punto, es esta tentacion del demonio meridiano tan recia, que es menester que se diga esto muchas veces, porque no se ponga en olvido. Allende de todo esto, abrazársela con la cruz, y en ella contemple á nuestro Redentor Jesucristo crucificado en monte Calvario. Y encomiéndese á aquella pasion, y pida la intercesion de nuestra Señora, que

Luc., 9.

Matth., 6.

Psal., 60.

Psal., 90.

le ayude con su favor. Que pues quebró la cabeza al diablo, y tiene mando sobre él, que le quiebre lo que le queda de su presuncion, con que presume hacer guerra á los que confiesan el nombre de Dios. Y pues es *advocata nostra*, es cierto que le dió Dios todo cuanto ella pudo recibir, y que entre otros privilegios que recibió de la mano de Dios, es este uno, que fuese *advocata nostra*, para que intercediese por todos aquellos que en sus tribulaciones y angustias la llamasen. Especialmente, que entre otros muchos oficios que tiene en el cielo, no es el postrero el oficio que tiene de rogar á Dios por los pecadores, que á manera del publicano no osan alzar la cabeza para entrar de rendon en el consistorio de la Santísima Trinidad, mas á ella, como á Madre pientísima, con una humilde osadía, se atreven á pedir que cumpla con ellos su oficio, y en nombre de la Iglesia le dicen: *Monstra te esse matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus tulit esse tuus.* «Mostraos, Señora, ser madre en oficio, y rogad por nos, y haced plegarías, Señora nuestra, al Omnipotente y piadoso Señor, que por remediarnos del cautiverio quiso nacer por nosotros, y por fin de nuestro remedio quiso ser vuestro hijo.» Con esta juntarán las oraciones y antífonas que de ella canta la Iglesia, como son: *Sub tuum præsidium confugimus*, *sancta Dei genitrix Virgo*, etc. Iten, *Maria mater gratiæ*, *mater misericordiæ*. La *Salve Regina*, que compuso don Pedro Compostellano, arzobispo de Santiago, es una oracion tan adaptada al oficio de nuestra Señora, que no usa la Iglesia universal de otro panegírico, ó suma de ditados y loas, tan ordinarias, y continuamente, como desta oracion, la cual no se debe tener en poco por ser comun. Antes si bien se mira por pasos, hallarán en ella los que contemplaren, la suma de las gracias y privilegios y oficios de la sacratísima Vírgen nuestra Señora. Y pienso yo que el que devotamente se parare á contemplar las palabras, y lo que por ellas pide á nuestra Señora, aprovechará tanto en la devocion, y en el fervor del pedir, que alcance lo que justamente pidiere. Despues de nuestra Señora, es mucha razon que acuda al ángel de la custodia, que pues en la vida le ha sido guarda, y ve la necesidad que se le apareja, razon es que entonces use mas de su oficio, y le guarde de las asechanzas de Satanás, que aunque mientras el diablo se manifiesta, parece que no está allí el ángel de la custodia, no se parte del hombre hasta que se despide el alma del cuerpo; y si no se descubre visiblemente, es porque así conviene, segun el justo juicio de Dios, ó para mas mérito del paciente, ó para descuento de sus pecados, ó porque finalmente se ejecuta en él la pena del talion, que dice: «Que á cada uno medirán por la medida que él hubiere medido á los otros:» y bien se puede pensar que en el discurso de su vida habrá hecho por donde merezca estar por un rato peleando sin compañía, pues que mas de dos veces habrá él privado de su socorro á los que en tiempo de necesidad, con angustia se le pidieron; finalmente, por otras causas, que la suma Sabiduría de Dios reservó para su juicio. Mas no por eso deje el paciente de encomendarse, despues de Dios y nuestra Señora, al ángel de su custodia, porque dicho está por el profeta

Duant. lib. 4. rati. ca.

Mat., 7.

Psal., 33. Luc., 22. David: «Vendrá el ángel del Señor, y estará al derredor de los que temen á Dios, y librarlosha del diablo.» Y si el ángel, por cumplir con su oficio, no quiso faltar al que no tuvo necesidad dél, no es razon que falte con su presencia á los que dél tienen extrema necesidad, pues por cumplir con su oficio vino al huerto al tiempo de la agonía confortar á nuestro Redentor, fortaleza de todos los mártires que hubo y habia de haber en el mundo; no es razon que falte á sus miembros, que por la union de la gracia que participan de aquella agonía, porque como fieles miembros se conformen en todo con su cabeza. Diga lo que dijo Tobías el junior al ángel san Rafael: *Domine, invadit me.* «Señor, libradme desta gran bestia, que me quiere tragar.» Junto con esto, pedirá el socorro de los santos, en especial el santo de su nombre y el santo de su parroquia, con todos los otros en quien él tuvo especial devocion, segun aquello de Job: «Llama, si hay quien te responda, y vuélvete á alguno de los santos, que interceda por tí.» Porque segun dice el Sabio: «Dios oirá las plegarias de los justos, que son los santos.» Y pues el Santo de los santos (como dice el Apóstol) está á la diestra del Padre, que tambien quiere usar de oficio de intercesor, segun su sacratísima Humanidad, ¿qué santo quedará en todo el cielo que á la demanda de su poderosísimo capitan, no acuda con sus particulares plegarias para que á la intercesion de todos los santos de la corte del cielo, la divina Majestad nos conceda las mercedes que pudieran impedir nuestras culpas? Y porque la oracion breve dicen que penetra los cielos, segun aquello que nuestro Redentor dijo: «Cuando rezáredes, no querais hablar mucho, como hacen los paganos, que piensan que por su prólija y larga plegaria han de ser escuchados.» rezará el paciente las cuatro oraciones eclesiásticas, que son: *Pater noster, Ave Maria, Credo in Deum, Salve Regina.* En estas se contiene todo lo que católica y piadosamente se puede y debe pedir. Cuya declaracion reza cada noche uno en mi casa, estando todos los otros atentos, para que apliquen sus deseos á lo que piden á Dios en las cuatro oraciones. Y porque los que no entienden latin se aprovechen desta declaracion, escribirla hemos en la declaracion de los pasos oscuros de la obra presente.

Tob., 6. Job, 5. Pro., 15. Rom., 8. Matth., 6.

CAPITULO XVI.

Del tercero género de tentaciones, que son de los vicios particulares y propios de las provincias.

Las tentaciones que hasta aquí habemos dicho son tentaciones universales con que el diablo universalmente procura tentar al cristiano. Mas no contento con solas estas, no deja vado ni portillo particular por donde no presume meter su bandera. No porque tiente él con esta manera en el

tercero lugar de sus tentaciones, mas pónense aquí, porque son las terceras en órden, aunque como despues del pecado, que es la suma desórden, el diablo tiene el segundo lugar, y por eso entremete otras con estas, y estas con otras, y hace una ensalada de todas para embaucar y confundir al paciente, luego, como sabe él muy bien que Dios difunde su saña sobre las provincias que no invocaron su nombre, como dice Jeremías: «Sabed que puso Dios gran espanto sobre todos los reinos del mundo,» como se cuenta en el Paralipomenon: «Sabe que Dios difunde su ira sobre las gentes y reinos, que no invocaron su Nombre,» como lo dice David: «Con estas ocasiones tiene alas para sembrar vicios predominantes, y propios en las provincias,» y pues la principal de las provincias (como dice Jeremías) le paga tributo, no quiere perder el tributo que de las otras provincias menores espera ganar. Especialmente que sabe que tiene facultad de dañar, segun que el ángel lo dijo á san Juan: «El que daña, y empece, empezca mas adelante; y el que está en suciedades, ensúciese mas.» Y si en todos los reinos y provincias tiene esta facultad el diablo, usa della como si la tuviese hereditaria en España, segun aquella figura que está en el libro de Judit, cuando Nabucodonosor, hablando con el capitan de su milicia Holofernes, le dijo: «Sal contra todos los reinos del occidente,» y un poco mas bajo le dice: «Mira que no perdone tu ojo á reino alguno.» Por esta figura, y las autoridades sobredichas, parece que el diablo siembra y reparte sus vicios por diversas provincias del mundo, unos en unas partes, y otros en otras, segun la inclinacion y aparejos que halla en los sitios y en las gentes donde saltea. Y porque este presente tratado es para nuestra gente española, y los particulares vicios de la naciones demandan un libro por sí, solamente diremos aquí los propios vicios de España, de los cuales tienta el diablo á los nuestros. Porque decir de todos los vicios de todas las provincias del mundo, seria trasladar á Julio Materno, y al Quadripartito de Ptolomeo, demás de lo que historiadores particulares escribieron de las costumbres de diversas provincias, las cuales agora nuevamente recopiló Boemo Aubano. Para que esto se entienda, digo que vicio particular y propio de la nacion es el vicio de la gente nacional, ó provincial, que no comunica con el vicio de las otras naciones. De aquí se saca que robar, adulterar y matar, y otros semejantes á estos, no serán vicios de la nacion española, porque son comunes con todas las naciones del mundo. Luego los vicios propios de España, de los cuales tienta el diablo á los españoles, ni han de pasar del monte Pirineo adelante, ni del estrecho de Gibraltar, estos son á mi ver cuatro. El primero es el exceso de los trajes, los cuales, por exceder tras ordinariamente al caudal ordinario de la renta ó hacienda, engendran ordinarias trapazas y pleitos. Por cuya causa están las ciudades afianzadas, y eso poco de la hacienda que habia de andar, como en rueda del mantenimiento de casa, se va en las audiencias para pagar á los ministros de la justicia. El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay

Hie., 10.

Psal., 73.

Hier., Thre.

abundancia de holgazanes y malas mujeres, demás de los vicios que á la ociosidad acompañan, con toda la cofradía del número, de quien dice Horacio: *Nos numerus sumus, fruges consumere nati.* No somos para mas los baldíos de para aumentar el número de los hombres, y comer pan de balde. Los cuales si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarian el dinero, en su tierra, que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, excusarian muchos pecados, que ordinariamente suelen nacer de la ociosidad. El tercero vicio nace de las alcuñas de los linajes, el cual aunque parece comun con las otras naciones, en esto es propio de España que se da por afrenta la novedad de familia, si no se deriva de la Penisla de Scanzia, ó segun Jacobo Eiglero Schondia, de donde dice Jornandis que salieron los godos; y aunque dice el Apóstol: que Dios no es acetador de personas, piensan los que en España se ceban de las alcuñas, que de los antiguos blasones tienen facultad para blasonar de los otros. Y á los que Dios ayuntó en una Iglesia, quiere desapriscar el retinté de las hazañas de los antepasados. Como diga la Escritura divina: *Sex sunt, quæ odit Dominus, et septimum detestatur anima ejus: oculos sublimes, linguam mendacem, manus effundentes innoxium sanguinem, cor machinans cogitationes pessimas, pedes veloces ad currendum in malum, proferentem mendacia testem fallacem, et eum qui seminat inter fratres discordias.* De aquí parece cuan detestable sea delante de Dios el que deja la confederacion de la gracia, que recibió en el sacro bautismo, y estriba en el rancio apulillado de Babilonia, cuando los nembrotistas quisieron celebrar su renombre con el blason de la torre. El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber, por el cual vicio no solamente no buscan quien les aconseje lo que les cumple, mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo, movido por lo que el Eclesiástico dice: « A cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su prójimo, » en lugar de agradecimiento le dicen que mire sus duelos, y no se cure de los ajenos, como si fuesen ajenos al pié los males de la cabeza. Deste vicio nació un refran castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla sino en la española en donde solamente se usa, que dice: « Dadme dineros, y no consejo, » por donde nacen muchas ocasiones de muchos y grandes pecados. Al primer vicio destos socorrieron los romanos antiguos con la ley vestiaria, que era una ley con que los censores ó visitadores del pueblo tanteaban el paño y la hechura de los vestidos, y el número de las vestiduras, segun el estado y la cantidad de la hacienda que poseia cada uno. Mas en España sacan tantas ropas y ropas, y luego mas ropas que allende que hacen devanear á los sastres, porque ninguno corta las ropas en que se examinó de maestro; creo yo que ni tuviera habilidad ni memoria Lázaro Baifio, á que no se le fueran de número y nombre, en el libro que escribió *de re vestiaria.* Al segundo vicio proveia una ley que dice Diodoro Siculo que tenian los Egipcios, que ni hubiese hombre sin

Hor., lib. 1., epi. 2.

Jorn., Cronic. 1.

Gala., 2. Ephe., 6.

Colo., 3. Act., 10.

Pro., 6.

Gen., 11.

Eccli., 17.

Dio., lib. 2, bibliothec.

oficio en Egipto, ni hubiese hombre con dos oficios. Porque no parasen los holgazanes por toda la tierra; y el oficial fuese primo en su oficio, y no remendon en muchos. Contra el tercero provee toda la ley evangélica, y en especial el mandamiento de la partida, cuando nuestro Redentor dijo á sus sagrados discípulos: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem.* Y un poco mas abajo: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.* « Déjoos un nuevo mandamiento, que os ameis unos á otros, y en esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amáredes en retorno unos á otros. » Al último vicio, socorrerá el natural apetito, por el cual dijo el filósofo que todos los hombres naturalmente desean saber. Destos cuatro vicios tienta el diablo al cristiano español demás de los otros que son generales á todos los hombres. En el primero, le pone delante así la vana gloria de los vestidos, como la falta que por ellos hizo en su casa, así en quitar de la comida ordinaria á su familia, como por la ocasion que vió á la mujer y á las hijas de malos reveses por matar la hambre, que la mala comida ordinaria no les pudo apagar. Iten, póneles delante que por ocasion de los demasiados vestidos enredó muchos pleitos: y los enojos y palabras injuriosas que dellos nacieron. Póneles en fin una selva de males que del demasiado aparato de vestiduras suelen á veces acaecer. A los eclesiásticos les pone delante el capítulo de la honestidad del hato clerical, acuérdales de las intenciones con que los trujeron, tráeles muchas autoridades de santos, que detestan y abominan el traje mundano que excede los límites de la razon. En el segundo vicio, pone delante la fantasía con que menospreciaron ser oficiales, y que por cumplir con los ojos mundanos porque no los tuviesen en poco, se determinaron á vivir en ociosidad, que es la fuente manantial de los pecados, por donde tomaron ocasion de vivir y comer de pecados ajenos. De aquí los encarama que vean cuantos males hicieron por estar sin oficio, que unos mantienen tablajerías, otros favorecen á los caudillos de los alborotos, otros son carcoma de los mayores, aprobando sus dichos y hechos: otros se tornan truhanes, ó á lo menos muy hablistanes, con que muchas veces en son de donaire, dicen de muchos las cosas que ellos no quisieran oir de sí, ni en burlas ni en veras. Otros en fin son ladrones, y comen de los sudores ajenos. A los del tercero vicio pone delante como por la vanidad de linajes hicieron cismas en la república, que habia de estar unida en un cuerpo con caridad, por donde les arguye que pues en la vida fueron como miembros cortados haciendo caudal de la sangre, que antecedió al sagrado bautismo, y no tuvieron respeto á la gracia de Dios, con la cual los verdaderos cristianos se hacen hijos adoptivos de Dios, que se despidan de querer al fin de la vida, por temor de la pena, lo que no quisieron aceptar en la vida por caridad. Que se vayan con aquel en la muerte, de que hicieron su dios principal en la vida, que es la carne y la sangre, debajo de cuya bandera banderizaron y escandalizaron á los mínimos alongados del fundamento sanguino, de que ellos hicieron tanto caudal, pues no cupieron en sus corazones los que cupieron en la Iglesia de Dios. A los del último

Joan., 13.

vicio, les pone delante todos los buenos consejos que oyeron en los sermones, y no los quisieron obrar, todas las amonestaciones de sus amigos, todas las reprehensiones de sus mayores, todos los castigos que dió la justicia á los malos, y no quisieron tomar ejemplo para escarmentar en cabeza ajena. Y con todo esto no se enmendaron. Antes por el contrario se endurecieron á manera de Faraon, y hicieron tales y tales pecados, de que entonces les acuerda el diablo para que desesperen de la misericordia divina. A todos estos insultos, y á todos los que mas pusiere (como ya habemos dicho), no ha de responder el paciente al diablo: mas sepa que el caudal de su salvacion no le tiene muy lejos, que dentro de sí tiene el instrumento de la satisfacion de todos los males de que el diablo le acusa, dentro de sí tiene la voluntad y la llave para que pueda abrir y cerrar, por virtud del libre albedrío que Dios le dió, con esta voluntad se puede encomendar á Dios y á los méritos de su sagrada pasion. Con esta voluntad puede pedir á Dios que le haga mercedes de dalle los dones sobrenaturales de la fe viva, y firme esperanza, y caridad ordenada. Las cuales, como se aposenten en el alma, por ser espirituales, no tiene que buscarlas en lugar extraño, mas de interiormente suplicar á Dios que le haga señaladas mercedes, y se acuerde de los operarios, que vinieron á la hora postrera, que con aquella misericordia liberalísima le haga mercedes á él del denario, que es la gloria que ha de corresponder á la gracia que entonces le pide. Y sepa esta regla el paciente: Que aquellas cosas que así de pecados no confesados como de restituciones se le ofrecen al último trance, y en la mayor angustia del agonía, si fueran de parte de Dios él se las acordara en tiempo oportuno, para que si de hecho no las hubiera confesado, las confesara en tiempo. Mas pues á tal tiempo se le ofrecen que no tiene sentidos para confesallas, aunque interiormente, como dijimos, las pueda entender, crea que se las ofrece el diablo, para hacelle desesperar. Que cierto es que no lo hace de caridad, y pues en las confesiones pasadas escudriñó su conciencia, haciendo lo que era en sí, confíe en Dios que le ha perdonado los pecados de que hecha su diligencia no se acordó, porque nunca obligó Dios al hombre á la memoria singular de sus culpas, despues de que buenamente hubiere hecho lo que en sí fuere: lo cual, si Dios quisiera hacer, le diera la llave de la memoria para que se acordara cuando quisiera, como le hizo mercedes de la llave de voluntad, para que abriese y cerrase cuando quisiese. Y si por su ocasion han pecado los otros, ó ya lo habrán confesado, si no lo especificó haciendo su diligencia de vida, crea que en la contricion general le serán perdonados. Mas si hubo falta en su diligencia, no tiene otro remedio sino acogerse á Dios entre sí, y decir con David: *Ab occultis meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo.* « Limpiadme, Señor, de mis pecados ocultos, que son las ofensas que al tiempo que las hacia no las tuve por tales, ó las que tuve por culpas y se me han olvidado. » Y perdonadme, Señor, de los pecados ajenos, que son los que por mi mal ejemplo hicieron los otros, ó de los que por quitarme de pena disimulé su castigo, siendo parte para ponellos

Mat., 10.

Psal., 16.

en órden y en tal impedimento de no poder confesar con la lengua, haré (como dice David) « la oracion de mi vida, á mi Dios en mi corazon. » Y pues no tengo el uso de los sentidos entre mí, me confieso á mi Dios, que nunca desampara á los que de corazon á él se encomiendan. Psal., 12.

CAPITULO XVII.

Del cuarto género de tentaciones, que nacen de la diferencia de los estados.

No contento el diablo con las diligencias pasadas, entra por los cuartos portillos, que son los estados de las personas. A los eclesiásticos, si son prelados, les alega aquello de Ezequiel : « Hijo del hombre, mira que te he puesto por atalayador de la familia de mis fieles; el ánima que pecare, ella lo pagará con pena de muerte de culpa, y de pena perpetua si en su pecado acabare, mas sábete que tú me has de dar la cuenta del que pecare por no usar bien de tu oficio. » Encarécele, diciendo que esta amenaza la dijo Dios dos veces por unas mismas palabras de un mismo profeta. Póneles delante todos los males, que por sus ausencias y negligencias en sus Iglesias se han hecho. Díceles que convirtieron la renta de pobres en banquetes y platos que hicieron en cortes. Y que si hicieron algunas limosnas, que no confien en ellas, porque quedaron á deber el resto de lo que les sobraba, fuera de lo necesario y decente al estado. Díceles que convirtieron el nombre de carga en estado de honra mundana. Póneles los muchos agravios que sus arrendadores, por no ser cilleros ó cogedores, hicieron á muchos pobres sobre la fianza de sus esquilmos. Finalmente les dice que usaron mal de su nombre, que de miradores y de pastores se tornaron mirados y repastados. A los curas de las iglesias les dice que delegaron y encomendaron su oficio, y se llevaron la renta que no le podian mas delegar ni cometer sin causa legítima que el comer, porque, ó su tiniente era hábil y suficiente para la gobernacion de las ánimas, ó no era bastante. Si es lo primero, les dice que comieron del sudor de manos ajenas, y que es justicia que al que bastaba para la gobernacion de las ánimas, le bastasen ellos para gobernacion de su cuerpo. Si lo segundo, no descargaron su conciencia, si estaba cargada de diez, con hombre que no pudiese llevar mas de cuatro, demás de la poca autoridad que tendrian sus tinientes, así por ser idiotas, como por ser hombres pobres: por lo cual estaba claro que no habian de tener osadía de reprehender á los lobos que repastasen en los apriscos de las ovejas. De adonde se siguió el menosprecio que de los tinientes curas tuvieron los súbditos, por cuyo portillo entraron á hacer riza los lobos en sus corrales, y ellos muy espalditendidos refunfuñando, porque no les traen sus tinientes los piés en las manos, del pié que dicen de altar. Póneles que allende que á sus tinientes no les queda de que puedan hacer caridad á los pobres de las iglesias que á destajo tomaron, por man- Ezech., 3 et 33.

tener sus personas, se hacen granjeros con tratos ilícitos, de donde saca el diablo el mal ejemplo que toman los inferiores de hacer cambalaches ilícitos, que arguyen ser buenos, pues el tiniente pastor públicamente los hace. Póneles delante las entradas por donde entraron en la gobernacion de las ánimas, si les podrá decir Dios: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos*, ó si entraron por los tejados con espuela ligera, servicio presente y firma mayor: y si tienen hijos, les pone delante cuanto quitaron de lo que debian á los pobres, por cumplir con las demasías de sus hijos y nietos. A los tinientes pone delante el oficio hecho á jornal. A los predicadores les pone delante las sutilezas que dijeron en sus sermones, no para edificar los oyentes, mas para granjear nombre y estima de grandes letrados; por donde les arguye que no cavaron en la viña de Dios; antes fueron á unos piedra de escándalo, y á otros que dormian despartaron con sus demandas curiosas, por donde les arguye que les ha de decir Dios lo que dijo á las vírgines locas: «En verdad que no os apruebo para que hayais de ser vecinos del cielo.» A los catedráticos les dice que leyeron á pompa, y no á provecho de los discípulos, que á manera de mercenarios exteriormente cumpliendo con sus oficios, no pusieron el afecto caritativo que de ley evangélica debieron poner. Añádeles que no tuvieron respeto á los pobres en las liciones, porque ó daban poco ó estudiaban de balde. Póneles todas aquellas cosas, que por su descuido entre los discípulos suelen acaecer. A los religiosos les pone delante si entraron en religion, no por desprecio del mundo, sino á mas no poder por tener segura la costa, ó porque no les sucedian bien las cosas del mundo; si han estado arrepisos, y si se hubieran salido del monasterio si estuviera en su mano. A los esentos de la clausura, díceles que hicieron falsa relacion al pontífice: alégales una glosa de san Bernardo glosador del derecho canónico, que dice: *Non est tutus semper quoad Deum, is cum quo papa sine causa dispensat.* Esta misma regla alega á todos aquellos que pidieron gracias al papa contra el derecho comun, con solos títulos colorados, y no verdaderos, por donde fueron escándalo á los miradores, porque pidieron dispensaciones con relaciones falsas que hicieron al sumo Pontífice. A las religiosas les pone delante la clausura con descontento que muchos años tuvieron, las confesiones que muchas veces hicieron con desabrimiento, solamente por cumplir con la regla como quien á mas no poder cumple con el servicio de que se queria eximir si pudiese. Tráeles á la memoria que muchas destas confesiones hicieron, mas por descansar de sus penas con el confesor que por descargar sus conciencias. Y muchas de ellas hicieron con título de confesion para descubrir sus necesidades, para que por vias oblicuas vengan en noticia de los que las suelen ó deben surcir. Otras veces les dice que confesaron mas por el contento y quietud de los escrúpulos que las atormentaban, que por amor de hacer en ello servicio y reconocimiento á Dios, acusando sus culpas con dolor de la ofensa: con que segun la conciencia que les agravia el diablo, ofendieron á Dios: lo cual se requiere para que la confesion sea valedera y frutuosa. Póneles los bandos de los linajes y dotes que á la casa trujeron, con que se atrevieron á tener menospre-

Joan., 15.

cio de las inferiores á su familia y hacienda. Y finalmente, les pone delante el mundo abreviado que detrás de las redes metieron; del cual en aquel paso las arguye que pues estaban amortajadas con los velos al mundo, aunque vivieron del mundo, les dice que hicieron mal en vivir á leyes del mundo, por donde las quiere embaucar, que pues el hábito no hace el monje, que hicieran ellas al velo, con que segun la regla de la religion, que libremente votaron, se habian de enterrar en vida en el olvido perpetuo de los respetos y miramientos de las hablas y retóricas vanas, y las estimas del mundo. A los reyes y príncipes, y grandes señores, les pone delante el tratamiento de sus vasallos, si fué con zelo de caridad, para conservarlos en paz, ó por cumplir con sus faustos no necesarios los hicieron venir en pobreza. Si vendieron los oficios de gobernacion, ó los dieron en pago de servicios, con solo título de amistad, ó por solos ruegos y cartas, los cuales se habian de dar por habilidad de personas, proveyendo al oficio que vaca, y no á la persona, para honrarla ó mantenerla con el oficio que vaca. Póneles tambien las magnificencias y los aparatos, que con intencion de ser magnificados hicieron en corte, especialmente si en los platos que hicieron indiferentes dieron á cenar los dias de ayuno, que por no cobrar nombre de hipócritas, ó de escasos, se atrevieron á hacer quebrantar con el sinuelo de su vana magnificencia. Póneles delante el poco cuidado que han tenido de su familia, porque no se disminuyese su autoridad, si proveyese en que no hubiese juegos públicos en sus casas, en que ayunasen los dias que manda la Iglesia, en que se confesasen á lo menos una vez en el año, en que los domingos y fiestas oyesen la misa entera. Y finalmente acúsales gravemente, que por henchir el estado, viendo no veian, y oyendo no oian las cosas que se hacian y decian en sus casas: como si no fueran sus palacios palacios, si se conociera Dios en sus casas. En lo que toca á las pagas tardías, y al cabo libradas en quien carga mas la conciencia que los paños que da por ella, á bulto las ofrece el diablo en el punto del agonía, porque son tantas, y en algunos tan ordinarias, que tambien se pierde el diablo de cuenta, como los que, por extender su nombre con los extraños, se encogieron entre los suyos. Póneles por otra parte delante las veces que entraron en los sermones sobre la gente, porque pensaron que era autoridad y grandeza entrar á vista de todos con tal tropel de vanguarda que haya de entreparar el sermon. Póneles delante todos los malos empleos en que emplearon todas sus rentas, habiendo de acudir con ellas al servicio de Dios, y á la edificacion de los prójimos. A los gobernadores y oficiales de la justicia les pone delante si disimularon pecados vedados por leyes, por respeto de amistad, ó porque les untaron las manos. Iten, si se gozaron por hallar materia de vicios, de que ellos eran jueces ó prendedores, por intento de la ganancia que de allí se le suele pegar á las manos. Si agraviaron el pecado del hombre, donde esperaban dineros, y disimularon el maleficio de los hombres poderosos, ó por miedo, ó por amistad. Finalmente, todos los actos de justicia, que por temor ó esperanza mal hicieron, ó solaparon, les ofrece el diablo en el agonía. A los letrados,

Ps., 111 y 114.

Mat., 13.

escribanos y procuradores, les dice: Que qué cuenta darán de su vida, pues toda la vida emplearon en vidas ajenas. Póneles delante los pleitos injustos que defendieron, las dilaciones que contra los pobres hicieron, los precios desordenados que contra la tasa de los aranceles llevaron, las acusaciones y embelesamientos en que vivieron con zelo de la justicia que con causas sofísticas entricaron, mas con fin desordenado de adquirir mas de lo honesto, por colocar sus hijas en alto, y dejar á los hijos en la cofadría de Bontemps, y de su san Epicuro. A los médicos, cirujanos y boticarios les dice que les plugo de hallar materia en que ejercitasen su oficio; la dilacion de las curas en donde esperaban ganancia; el tentar de los vados, cuando no conocian la enfermedad, y no menos á costa de vidas y dineros ajenos: el contar los acertamientos de sanidad por industria de sus primores: las medicinas sofísticas, la intricacion de los nombres, la ignorancia de las especies medicinales, la determinacion de lo incierto, la venta de la opinion que de ellos tenian los ignorantes. A los hombres de guerra pone delante que no se tuvieron por esforzados y hombres valientes, sino cuando renegaban y descreian del que los hizo: porque el juramento, que de allí abaja, segun sus malas costumbres, piensan que es de hombre cobarde, como si la victoria estuviese en ofender á porfía al que les ha de dar la vitoria. Y para agravialles mas su pecado, porque no cobren alas, diciendo que pelearon contra infieles en defensa de la santa Fé católica, les trae á la memoria lo que mandó Dios á Gedeon: que probase en el beber de las aguas los que habian de pelear de su parte y en su servicio. Por donde les arguye (como allí cuenta el texto) que bebieron ellos las aguas á manera de perros, por lo cual no tienen porque contarse en la milicia cristiana, pues á manera de perros usaron de los dones de las aguas del sacro bautismo. Esto parece claro, pues blasfemaron como rabiosos del Señor, que les dió las aguas, y pensaron tener vitoria, no por beber las aguas con humildad, sino confiados en el número de la gente, y en la virtud de sus fuerzas, como si en su propia virtud bastaran para vencer á los enemigos. Para agravialles mas su pecado, les alega que se juntó el pueblo de Israel contra el tribu de Benjamin; y aunque por mandamiento de Dios, que le mandó pelear dos veces, fué vencido dos veces, solamente (como dice allí el texto) porque confiaba Israel en la fortaleza y en el número de su gente. Hasta que ya la tercera vez puso en Dios su esperanza, y venció á todos sus enemigos, no menos del tribu de Benjamin que de la ciudad de Gabaa, con todos sus alderredores. Tráeles á la memoria el gran pecado que hizo David en contar la gente de guerra: porque viéndose con tanto número, ponia su seguridad en la gente; por lo cual le envió Dios á decir que en pena de su pecado excogiese una de tres: ó siete años de hambre, ó que le persiguiesen tres meses sus enemigos, ó pestilencia de tres dias. Al cual como escogicse la pestilencia, le llevó setenta mil hombres, porque viese en quien confiaba. Todo esto les encarama el diablo, para que desesperen, viendo la gravedad del pecado que cometen, los que piensan que la vitoria está en sus fuerzas, y no en el ayuda de Dios, de

Judic., 7.

Judic., 9.

2. Reg., 24.

lo cual dan buen testimonio los ordinarios blasfemos que suele haber en las guerras. Póneles delante los robos y saqueamientos, y díceles que aunque sea guerra contra infieles, no habian de tomar ellos por su autoridad todo lo que pudiesen robar. Para lo cual les alega que mandó Dios á Moisen que repartiese el despojo de los enemigos entre los suyos por partes iguales. Y aunque dice el fin del capítulo que era de cada uno lo que tomó para sí, dice que lo ofreció en el tabernáculo del testimonio. Luego no solamente les arguye de los robos que á los cristianos hicieron, mas aun de los que por su propia autoridad entre enemigos infieles hicieron, habiéndolo de traer delante dél por dictador, que con justo título derecho bélico saqueó la ciudad. Tráeles tambien á la memoria los desfloramientos de vírgines, los desafíos y vanaglorias, que de sus valentias fingidas contaron. Y finalmente, la vida tan pecadora, que no era sino una sementera de vicios y menosprecio de religion. A los ricos les pone delante que toto el tiempo que retuvieron riquezas, habiendo pobres legítimos, que hagan cuenta que las hurtaron. Alégales que han caido en el lazo que dice el Apóstol: « Los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion y en el lazo del diablo. » En el cual les arguye que están ya caidos, y que no pueden escapar: y por hacelles fe les acude con otra autoridad de nuestro Redentor Jesucristo, cuando dijo: « ¡Ay de vosotros los ricos, que teneis vuestra consolacion acá en este mundo que pasa! » A los pobres holgazanes, que pudiendo trabajar ó servir, se andan de puerta en puerta, les arguye de dos pecados que ordinariamente cometen. El uno es la pereza, que tienen de trabajar: y este es un pecado grave, porque son obligados los hombres á hacer lo que es en sí buenamente, para el mantenimiento de sus personas y casas. El segundo pecado es un manifiesto hurto, que la limosna que estos holgazanes se llevan, habia de ser de los pobres legítimos, que no pueden trabajar, ó por defectos naturales que tienen, ó por enfermedades. Alégales tambien que no solamente nunca oyen Misa á derechas, mas que son tantas sus importunas demandas, y sus concomimientos fingidos, y sus voces desquiciadas del natural, y embestidas en lástimas coloradas, que estorban la atencion de los que las oyen. Alégales que en todo el tiempo de su hobachonería, ni conocieron cura de su parroquia, ni prelado de su diócesis, ni papa en toda la Iglesia, ni á Dios en el cielo ni en la tierra. A muchos dellos alega las llagas hechizas de bofes encebados y ensangrentados que á las piernas ataron. A otros, la guarda de los zapatos, y las camisas que se tiranizaron con frio, por pescar con su desnudez voluntaria las camisas y los zapatos, que habian de ser de los vergonzantes verdaderamente desnudos. A otros les pone delante la curiosidad de la vida, que dejan mujer y hijos por andar de tierra en tierra comiendo el pan de los pobres: y entre estos arguye á muchos que en son de romerías son solapadas espías que vienen á coger las hablas y las opiniones y respetos de los pueblos, las necesidades y bastimentos de los reyes y los señores. Finalmente les arguye que por su causa y su relacion se suelen trabar muchas veces las guerras. Final-

Num., 2.

1. Ti., 6.

mente á todos estos pobres arguye que han gastado toda su vida en ordinarios pecados, por lo cual les dice que se despidan del cielo, que con la vida contradijeron. A los casados les pone delante que se casaron mas por cumplir con su aficion que por intento del sacramento del matrimonio. Póneles delante si pervertieron la intencion conjugal en el mental adulterio, si malgastaron con otros el pan de sus mujeres y de sus hijos. Si dieron ocasion que viviesen sus mujeres en descontento. Si les dieron ocasion de pecar ó por traellas muy demasiadamente vestidas, ó muy desnudas y muy hambrientas. Si dieron mala crianza á sus hijos, no poniéndoles á letras, ó á oficio. Si los pusieron dende pequeños en cosas de fantasía, por donde hicieron hábito en los miramientos y respetos del mundo. Si los dejaron andar por las plazuelas tributarias á las picotas gastando su tiempo en balde. Si no tuvieron finalmente cuidado de todos los de su casa, ni haciéndoles oir misas los domingos y fiestas, no haciéndoles ayunar los dias que manda la Iglesia, ni haciéndoles confesar y comulgar á sus tiempos. Encaréceles todos los daños que por su pereza ó negligencia hicieron los de su casa : y sobre todo si jugaron, ó adulteraron, ó hurtaron, ó hicieron otro cualquier maleficio delante de sus hijos y su familia, por el mal ejemplo que dieron. Acúsales eso mismo, si por dejar mayorazgos á sus hijos, se atrevieron á sus conciencias, demás del mal que les encarece; que de las riquezas se sigue á los hijos. Díceles que en ellas les dejan argumento y materia para vivir la vida epicurea : porque como no puedan estar ociosos, y confiando en la renta y hacienda no se den al trabajo, han de gastar su vida en ordinarios placeres, en mofar de los mal vestidos, en detraer de los otros sus émulos competidores, en disfamar á las otras, en alabarse de los pecados, en contar sus vanos requiebros, que despues de bien ahechados quedan necedades en sucio. Y finalmente agravia á los padres todas las ocasiones de mal, que con las desordenadas riquezas murieron para dejar á sus hijos. A las madres les pone adelante los ordinarios regalos, que son portillos de desvergüenza, con que regalaron demasiadamente á sus hijos, por donde les dieron larga materia de desvergüenza y desobediencia, en que dende chicos se apoderaron. Póneles que no solamente no quisieron castigarles los vicios, mas que los encubrieron, que no lo supiesen los padres. Y si algunas veces acaso cayeron en las manos de los padres con el vicio en que los tomaron, allí repiten su casamiento, y maldicen al paraninfo casamentero, y á todos los que con él entendieron, porque las juntaron con ellos. Agraviales todas las maldiciones que les echaron, encomendándolos á quien no se puede valer á sí, que es el mismo diablo, que las acusa, al cual trujeron siempre en la boca. Por lo cual les dice que en pago de la memoria que dél tuvieron en vida, las viene á visitar en la muerte, especialmente que impusieron de tal manera á sus hijas, que en cada una tuvo él un tiniente cura de cebo; con que dende las ventanas andaba pescando los ojos de los atónitos pasmados encandilados, porque se cumpla lo que dice Hieremías : « Por las ventanas entró la muerte. » A las suegras les agravia todos los desabrimientos y aborre-

Hier., 9.

cimientos, que por sus ordinarias acusaciones y acosamientos tienen sus nueras, cuya contienda es la sementera de discordia de entre marido y mujer. A las nueras, arguye de las repuntas que tuvieron contra sus suegras, debiéndoles reverencia. Finalmente, que como el diablo sabe las obligaciones de los estados, y pecados, que son casi ordinarios en ellos; á los cuales él los comueve, para que en el tiempo del pasamiento les arguya de pecado, y justicia, y juicio, no deja rincon que no barre, ó por mejor decir borra, para embaucar á los agonistas, en el cual paso les dice que quien cree bien obra: y pues ellos han hecho el contrario de sus estados y oficios, que no piensan que al fin serán miembros fieles, pues fueron tan desleales en toda la negociacion de la vida, como el mal siervo que abscondió en tierra el talento que le dieron para ganancia: así ellos el oficio, ó el estado, que es el talento con que se habia de granjear la vida de gloria, le abscondieron en tierra, empleando la autoridad de su oficio; y la dignidad y excelencia de estado en la tierra, que es en los respetos y miramientos mundanos, que no suben de la tierra. A todos estos rencuentros (como habemos ya dicho) no responderá el buen cristiano al diablo: mas solamente se abrazará con la fe viva, y esperanza firmísima, y caridad ordenadá: la cual se le aumenta, si empleara todo su pensamiento en la pasion sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo: y esta le ocurrirá fácilmente, si pusiere su pensamiento en las calles de Jerusalen, contemplando las entrañas de la caridad infinita con que Nuestro Redentor se ofreció á muerte por él. De modo que los remedios de todas las tentaciones, con que el diablo tienta al paciente por via de los estados y oficios, no son otros que los pasados, que ya pusimos en los capítulos precedentes. Mas pónense aquí los diversos insultos de Satanás, porque el paciente no se halle novicio al tiempo de la pelea, lo cual seria si no entendiese las vias por donde le quiere saltear el diablo.

Matth., 9.

CAPITULO XVIII.

Del quinto género de tentaciones con que tienta el diablo por via de oficios mecánicos, y granjerías, y tratos de la república.

Es tan grande la envidia que tiene el diablo de la felicidad de los hombres, que no deja piedra que no tiente para hacerles portillos y muescas por donde él tenga entrada y salida. Porque no puede él hacer tanto daño por sí, cuanto hace encastillado en los hombres; como la llama de fuego, que no quema tanto por sí, cuanto quema encastillada en el carbon, y mucho mas en el hierro. Luego encastíllase el diablo en una persona baja para arrebolver con ella un cortillo. Encastíllase en una Flora, ó mala mujer, para hacer guerra á toda una poblacion, de manera que no quiere perder punto donde piensa hallar ganancia. Y porque los oficiales y los granjeros son las despensas y recámaras de los pueblos, enrédales en la

vida para arguillos de pecado de infidelidad en la muerte. Póneles delante las tachas solapadas con que vendieron sus mercadurías, los juramentos que juraron á una intencion, fuera de lo que defuera sonaba lo que decian. Argúyeles de infidelidad, porque si bien creyeran, ó bien juraran, ó no juraran. Tráeles á la memoria las tachas encubiertas, con que vendieron la opinion de la estima con que se estimaba la cosa que ellos vendieron, demás de los precios demasiadamente subidos, que con título de la ganancia, que dicen que con su trato ganarán, suben en lo fiado. Póneles delante los monipolios, que juntándose dos ó tres á comprar por junto toda la mercaduría que muchos habian de comprar, con daño de la gente pobre hicieron. A los oficiales arguye de la alianza que de los precios han hecho entre sí. Y tanto es mas grave, cuanto con mejor título lo coloran; porque so color de hermandades, y cofadría, que son muy santas, se puedan comunicar todos juntos, y hacerse jueces de las tasas que les parece: las cuales les arguye el diablo, que son robos hechos en público, pues que públicamente los hacen en gran daño de la república. A los mesoneros y bodegoneros arguye de poca fe, pues que no solamente se dispusieron á dar naipes y dados con que se blasfeme el nombre de Dios, con tal de vender su vino y despensa, mas aun tuvieron por granjería de tener en sus casas deshonestas mujeres, para sinuelos de huéspedes. Y con tal que vengan, y consigo traigan á otros á comer y posar en sus casas, pospusieron el mandamiento de Dios, porque dieron ocasion de tropiczos en sus posadas. Alégales que mandó Dios

Lev., 16. Isai., 57.

á cada uno que no pusiese tropiezos delante del ciego, y tráeles lo de Isaías, que dice: «Quitad los estropiezos del camino por donde pasan.» Conforma con lo que dice el Apóstol, que dice:

Rom., 14.

«Catad, que no pongais estropiezos al prójimo.» Y ellos á los que vienen ciegos, que no han visto por el camino cosa que les dé pena, ofrécenles en su casa un tan gran ofendículo, que ha de ser muy perfecto, aunque tenga la vista mas aguda que Borni, el que se escape del tropiezo de la ocasion y avinenteza que halla en las ventas, mesones y bodegones. A los carniceros, allende de los contrapesos del dedo, que ordinariamente suelen hacer, agravíales el gran pecado con que defraudaron á los menudos; porque, ó por amistad, ó por temor, repartieron la buena carne á los mayores de la república, como son regidores, jurados, alcaldes, escribanos, alguaciles y procuradores, por comprar de los unos favor, y de los otros el miedo: eso poco que queda de buena carne, lo meten en el cajon para dar á tres taberneros y dos pasteleros con quien es posible que están concertados á discrecion por dos ó tres giras que les hacen al mes. Por eso, cuando llega el desamparado y despreciado á comprar, dalle tan buen mercado, que conforme á lo que le da, le podrá decir: *Ossibus et nervis compegisti me.* «Habeisme embutido asaz de güesos y nervios demás de los que yo tengo.» Mas suéldalo luego el

Job, 10.

buen hombre: con que otro dia en son roedero le da un tal quiebradientes por añadidura, que para caudal era grande. Y la pecadora de la viuda, que tiene quebrados los güesos al torno, para acaudalar una libra de

vaca, ó el triste del cavador, que con su azadon ha de mantener sus hijuelos desambridillos, de que veen que no tienen por donde cortar, pásaseles por comida decir: *Hoc nunc os ex ossibus meis*. Porque á poder de brumarse con el continuo trabajo, sacaron de su brumamiento aquel güeso. A los molineros pone delante cuantas veces entremetieron arija para suplir la falta que ellos hicieron en la harina. A las tenderas la mala gracia con que se han con todos, demás de las buenas muestras que ponen en la frontera de sus tabaques, para vender por aquel sinuelo la malicia que dentro cubren, como el que pregona vino (y segun dice el refran) vende vinagre. Desta manera anda por todos los oficios y granjerías mecánicas el diablo, para tentarlos en el artículo de la muerte. El remedio de los cuales está ya dicho, que está puesto en la firmeza de las tres virtudes teológicas, y en la abundantísima pasion de nuestro Redentor Jesucristo: y sepa que sola la culpa es la que lleva al hombre al infierno, y que la culpa se quita con sola la contricion, con el propósito de confesarla habiendo oportunidad. Luego, pues en aquel paso no hay oportunidad, porque no hay uso de lengua, síguese que sola la contricion hecha derechamente, que es aborrecer el pecado, por la ofensa que á Dios hizo con él, es bastante para alcanzar el perdon de Dios de todas las culpas que le ofreciere el diablo. Que cierto es que la obligacion de la vocal confesion cesó juntamente cuando cesó la potencia con que humanamente no se pudo hacer. En lo que toca á la restitucion que en aquel paso ofrece el diablo, ya dijimos que Dios, que es Señor absoluto de todas las cosas, perdonará la deuda temporal del que no está en tiempo de restituir, que pues por la contricion le perdona la culpa, no le condenará eternalmente por solo lo temporal, si con ello no hubiese culpa, la cual es cierto que con la verdadera contricion se perdona.

Gen., 2.

CAPITULO XIX.

Del sexto género de tentaciones, que nacen de las ocasiones.

Los sextos portillos por donde acomete el diablo, nacen de las ocasiones, así dadas como ofrecidas. Porque no solamente es uno obligado á quitar la causa de los pecados, mas tambien la ocasion propincua en cuanto entiende ó barrunta que aquella ocasion puede ser sinuelo de maleficios. Por lo cual dijo el Apóstol que queria quitar la ocasion de la jactancia, que podian usurpar los falsos discípulos. Y el mismo Apóstol en otra parte dice: que se casen las viudas mozas, por no dar ocasion á los que dellas podrian decir. Y de aquí es que no solamente mandó Dios á Abrahan, por boca de Sarrá, que echase la esclava de casa, que era la Agar, mas que juntamente echase á Ismael, por el cual se entiende la ocasion del pecado: que cierto es que si quedara Ismael, fuera ocasion

1. Cor., 11.

1. Tim., 5.

Gen., 21.

para inducir á Isaac á malos siniestros, demás del enojo que Sarrá tomara, viendo venir á su casa á su criada, que por la preñez la habia menospreciado. Allende tambien, que entrando y saliendo en achaque de ver á su hijo, pudiera inducir á Abrahan en las amistades primeras. Por no quitar los hombres esta ocasion, dan ocasion que temeriaramente juzguen los hombres de las ocasiones que ven unos en casa de otros. Luego la ocasion es materia bastante de donde el diablo saque pecados. Por eso le ofrece al paciente cuantas veces fué ocasion de pecados. A los que dieron facultad de correr toros, les pone delante todos los males que de allí procedieron: como son cuchilladas, que por maravilla faltan, meriendas y colaciones hechas á mala parte. Allí se traman los adulterios, de allí nacen las competencias: allende de los juramentos, que pasan de cuenta, y puñadas de muchachos, que son muy anejas al correr de los toros: demás de los que no volvieron á casa, porque fueron tributarios al coso. Por otra parte, les ofrece todos los males anexos á los banquetes, como son gula, y glotonería, y detraciones, y quemazones. Y dende allí los desafíos y puñadas que nacen del largo vino, ayudado de la solana del coso. Ofrécceles los males que se suelen seguir de las viñas, huertas y pasatiempos del campo en que se espaciaron, los anexos y consiguientes de las farsas que en sus casas representan. Iten, los males muy extendidos, que en los entredichos de que fueron causa acaecieron, Agravíales la ocasion de las irregularidades, de las censuras eclesiásticas, de los que se quedaron sin misa las fiestas, por la causa que dieron de los tales entredichos, ó por las ocasiones que, estando en su mano, no las quitaron. Por otra parte, les acude con los temporales adversos, que fueron ocasion para que ellos tuviesen desabrimiento de las cosas de Dios, siendo obligados á darle gracias por todo lo que á él le place hacer. Por lo cual les ofrece que tomaron ocasion de pecar por el agua, cuando les pesó determinadamente en la voluntad porque llovia en tiempo de toros, ó de otros públicos juegos, que ellos fueron á ver, ó cuando iban camino, diciendo entre sí que si estuviera en su mano por entonces suspenderian el agua, aunque veian que Dios queria llover, ó quando llovia tanto que se echaban los panes, y se le llovian las casas. Iten, del aire tomaron materia de pecados, repugnando á la voluntad divina que le enviaba; á ellos les pesaba en la voluntad, por el aire, cuando caminaban con viento, ó cuando hacia temblar las paredes, ó cuando duraba por muchos dias. Y así ofrece de todos los temporales que Dios envia. Por otra parte arguye á los que andaban de noche por calles sospechosas, por el juicio que dieron de sí. Iten, aunque el marido vaya con su mujer, si es de noche, y no lleve hacha ó vela, argúyele, que dió ocasion que los que le viesen pensasen mal de la tal compañía. A los no casados, arguye de las amas mozas que tuvieron en casa, estando mandado en concilio general que ni aun las parientas, de que se puede presumir mal, cohabiten en una morada. Y finalmente hace discurso por todas las ocasiones que dieron de mal, así sobre acuerdo como de las que de través se ofrecieron. A todas estas no responderá mas que á las pasadas con la

Eccli., 39.

Conc. Tolet.

fe, esperanza y caridad, que han de ser el caudal de la vida cristiana. De las cuales por poquito que se desvien, darán ocasion al diablo que les traiga á desesperacion, á la cual no hay quien socorra, sino es la firme esperanza con que el verdadero cristiano se confía en las manos de Dios; y en todos sus rencuentros no tiene otro socorro, sino acogerse á su pasion sacratísima bastantísimo precio y rescate para quitar todos los pecados del mundo.

CAPITULO XX.

Del séptimo y último género de tentaciones, que nacen de las complexiones particulares de cada uno.

No contento el diablo de todas las vias con que saltea las ánimas de los hombres en el último paso del agonía, no deja los portillos particulares, por donde piensa de entrarles: antes se piensa que hace destos tanto caudal el diablo, que por ellos entra primero. Mas aquí se pone á la postre de todos, porque la ciencia es de las cosas universales que los retóricos llaman lugares comunes, y particulares se vienen á conocer despues de la universalidad de las cosas. Por eso pusimos á la postre las tentaciones, que nacen de las complexiones particulares de cada uno: porque las pasadas son cuasi generales á todos: mas estas son de hombres y tiempos particulares. Y como tenga el diablo muy entera noticia de las complexiones, sabe muy bien los saltos que por ellas ha de hacer. Porque sabe muy bien de qué pié cojean, y á qué son mas inclinados los hombres, que son de tal ó tal complexion, en especial si mueren en el tiempo que reina el humor predominante que tienen. Como si muriesen los coléricos en estío, los melancólicos en otoño, los sanguinos en el verano, los flemáticos en invierno, dales tan recios rencuentros, que es menester tener fuertemente, como quien tiene á porfía, y confiar en el socorro divino, que á la verdad es menester especial, para resistir al embauco, que pone el diablo encastillado en el humor de la complexion. Especial si el complexionado muere en tiempo en que predomina su humor. Porque si una vez les entra el diablo por el humor, les hace concebir unas erróneas, y unos escrúpulos contra lo que la conciencia errónea les dicta, con tan firme consentimiento que es menester especial socorro de Dios, para sacalles de aquellos falsos concebimientos en que una vez han caido. Y para que esta materia en alguna manera se explique, habemos de saber lo que dice Galeno, donde habla de la conformidad que hay de los ánimos á la diversidad de las complexiones, adonde quiere probar que las costumbres del ánimo siguen á la complexion del cuerpo. Adonde no entenderemos que quiso sentir Galeno, que la proporcion de la complexion de los elementos forzase al ánimo libre del hombre. Mas dice que son unas inclinaciones con que se inclinan los ánimos mas á unas cosas que á otras,

Gal., lib. 2, de animi mor.

segun la diversidad de los elementos, que en diversos pesos y diversas medidas y calidades se ayuntaron en la organizacion de los cuerpos. Mas no quiso decir que estas complexiones pusiesen fuerza á los ánimos, sino que amorosamente se siguen las costumbres del ánimo á la temperatura del cuerpo. Esta inclinacion habemos de entender que sea á buen fin, que no es razon que digamos que los elementos que Dios crió para servicio del hombre, le sean ofendículo en que tropiece, diciendo la sacra Escritura: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona.* « Que Dios vió todas las cosas que crió, y todas eran muy buenas. » Luego en buena conformidad se puede decir que los elementos unidos en el cuerpo del hombre no solamente no inclinan á mal, mas ellos y los cielos á quien están sujetos, inclinan el ánimo á bien. Porque, como dice san Pablo: « Conoce el hombre las cosas invisibles de Dios por las cosas visibles que ve. » Cada una de las cuales es un verdadero antecedente de muchas conclusiones, cuales son estas: Dios es todo, poderoso es, bueno es, justo es, misericordioso es, providente es, y de otras muchas semejantes á estas. De aquí se sigue por induccion que ni los elementos que en mi complexion se juntaron, ni el cielo que influye sobre ellos, son las causas movedoras de la tentacion con que por la complexion tienta el diablo. Mas como dice Santiago: « Cada uno es tentado, apartado y atraido de su concupiscencia, que es la sensualidad, en la cual por el rebelion que quedó por la privacion de la justicia original, halló buen asiento la tentacion. » Luego el que por esta via fuere tentado, no diga (como amonesta el mismo Apóstol) que Dios le tienta; porque Dios nunca tienta para traer á mal fin. Y de punto en punto, aquel apareceria atribuir á Dios la causa de su tentacion, y de su concupiscencia, que la atribuye á la proporcion de los elementos, que en la organizacion de su cuerpo se ayuntaron. Porque aquella conjuncion de los elementos de que el cuerpo resulta, está debajo del movimiento del cielo, del cual recibe las influencias. Y el movimiento está registrado por la inteligencia, ó ángel que regularmente le mueve, y la inteligencia está ordenada en su virtud motiva por Dios. Y Dios no tienta á alguno para hacelle caer en mal. Luego síguese que la complexion no es la causa con que tienta el diablo, aunque usa della como de instrumento para tentar, porque sabe él que en pena del pecado de Adan quedó la naturaleza humana corrupta, por lo cual no hubo en el mundo otros cuerpos regular y proporcionalmente templados, que los médicos dicen eucráticos, sino el de Cristo nuestro Redentor, y el de nuestra Señora. Y aunque el bautismo quita el pecado, no quita el *fomes*, que es la inclinacion de mal por la corrupcion de la naturaleza humana en Adan, por la causa que en el primer punto dijimos. Este *fomes*, ó astilla, ó rastro, ó reliquia de la corrupcion de la humana naturaleza, es la silla donde asienta la concupiscencia de cada uno, que se atreve á pecar. Mas no por eso decimos que este *fomes* sea la primera raiz del pecado; porque si esta fuera, no pecara Adan, porque en el estado de la inocencia estuvo sin ella. Luego la concupiscencia está en el libre albedrío depravado con ignorancia, y engañado socolor de bien aparente. Y por-

Gen., 1.

Rom., 1.

Jacobi.

que, como dice Galeno: «El principio de la cura es conocer el hombre la enfermedad.» Es bien que sepamos las señales de las complexiones, las cuales, por ser naturales y probadas por experiencia, no pueden engañar. El hombre sanguíneo es blanco, colorado y carnoso. Cuando abunda su humor, tiene alguna comezon en el cuerpo, y siente cosquillas en los lugares donde suele ser sangrado. Cuando abunda la sangre, sienta pesadumbre en el cuerpo, y en los ojos y cabeza: y muchas vezes le corre sangre de las narices, y es de buena habitud; siente dulzor en la boca. Tiene la urina bermeja y espesa, y tiene la voz aguda. Deléitase con la música. Es naturalmente inclinado á ser liberal y gastador, y de andar en placeres, y préciase de enamorado. Y es amigo de comer y beber, es amigo de nuevas, y ordinariamente es muy risueño. El colérico tiene el color citrino, de color de cidra; tiene la boca amarga, y áspera la garganta. Tiene mucha sed, y poca saliva, la lengua seca y áspera, tiene muchas veces dolor de cabeza. Tiene la urina subtil de color de flama, y clara. Vela mucho, porque es de poco dormir. Finalmente es cálido y seco. Es inclinado á soberbia, y es airado, es esforzado y osado, es veloz en sus movimientos. Airase presto, y reconciliase presto: es ingenioso, fiel, pródigo, zeloso, amador de justicia, es apresurado en la lengua. No es de muchas carnes; es amigo de intentar grandes cosas. El melancólico es de un color fosco, que tira á moreno, tiene la sangre negra y espesa: es de pocas carnes: la urina tira á color verde escuro. El cuerpo en el tacto se siente frio: los piés tiene frios: es boto, y rudo para trabajo: es triste, y rie muy poco: es sospechoso, y amador de soledad. Es tocado algunas veces de envidia. Teme donde no hay que temer, y llora si se emborracha. Es tenaz de lo suyo, es amigo de perseverar en sus opiniones y temas: es cauteloso y engañoso, y sobre todo es muy temeroso, y de muy poca vida. Cuando duerme profundamente, sueña que se ensucia en la cama: y cuando duerme á escuras sin lumbre, sueña cosas horribles, y á las veces sueña que le toma el diablo. Finalmente es frio y seco de complexion y esto es muy ordinario en el melancólico, que sabe mas cuando es mozo que cuando viejo, porque con el tiempo, se le menoscaba la habilidad. El flegmático es blanco en el color, abunda de mucha saliva, tiene poca sed, pocas veces bebe fuera de comer y cenar. Tiene blanda la garganta y la lengua, tiene la urina blanca. Es perezoso en el movimiento: es débil en el trabajo, abunda de reuma por las narices y por la boca: tiene cargazon en los ojos: es hombre muy dormilon: es malicioso, y es amigo de mucho holgar: no es inclinado á mujeres: crécenle mucho los pelos y las uñas: finalmente es húmido y frio en todas sus cosas. Presupuestas estas señales, tomadas de la Fisionomía de Micael Escoto y Joannes de Indagine, es conclusion en que todos conforman los que hablan desta materia, que el diablo tienta á los sanguíneos con ira, á los coléricos con soberbia, á los flegmáticos con pereza, á los melancólicos con envidia. Luego á los sanguíneos que son por su concupiscencia inclinados á ira, pónceles delante que fueron salteados de la muerte antes de tiempo: y ya que sea con

Gal., lib. 3, de animi mori.

tiempo, que no los toma apercebidos, y que se mueren por algunos enojos que de tales personas recibieron, ó por mal servicio que les han hecho en su casa, ó por la mala cura del médico, ó por la falsedad de las medicinas, ó finalmente por alguna causa extraña al curso natural de su vida. Póneles delante el gran peligro en que están sus conciencias: y luego les acude con las personas que fueron ó dieron aquella extraña causa de la muerte, que ven á las manos, y háceles concebir una ira, que por mucho que la quieran reglar, no la refrenan de caridad, mas solamente porque ven que de necesidad han de morir: por donde se puede creer que si tuviesen cierta esperanza de vida, por solo el estrecho en que llegaron se airarian de hecho contra aquellos de cuyos enojos concibieron la imaginacion de la enfermedad. Ya que todo esto cese, y que naturalmente se les llega su término, porque no halla ocasion á que puedan echar la culpa de su muerte, levántales el diablo una impaciencia de los dolores que le atormenta, segun aquello que dice David: «Cercáronme los dolores de la muerte, y los peligros del infierno me han salteado.» Cuando los tiene en esta impaciencia, sígueles con la fuerte imaginacion, con la cual cada hora les crece el humor en tanta manera, que son menester las plegarias de los circunstantes para que Dios les saque de aquella imaginacion, que del humor sanguino que les crece, nació. A los coléricos les arma un castillo de vanagloria, en que les pone delante el nombre de su linaje y familia, que no menos en bandos que en el servicio de la corona real ha sido señalada entre las otras. Acúdeles con el apetito de la memoria que quede dellos despues de sus dias, y consuélales que ya que dejaron mandado que los trazasen armados en sus sepulturas con cuatro leones á la cabecera, y un lebrel á los piés, para que los que entraren en sus capillas lean sus nombres, y tengan en estima las letras que componen sus nombres. Que en lo que toca á la vida del cielo, póneles una seguridad, porque les acuerda que oyeron misas las principales fiestas del año, y que mandaron dar tantas blancas á tantos pobres, y ayudaron para ayuda á comprar ciertos habiticos de san Francisco; porque segun dicen no son de virtud si no se piden por Dios los dineros, con que se han de comprar. Acuérdales allí que ya rezaron sus devociones registradas por un cierto ermitaño de buena vida, que ya ayuntaron algunos dias, cuando lo pudieron sufrir. En lo demás que hombres fueron como los otros, y hicieron como les vieron hacer. Y pues Dios es justo, y ellos son bautizados, y han hecho tan santas obras que no tienen duda, sino que conforme á la ley que Dios tiene puesta, en pago de aquellas obras los ha de llevar á la gloria, junto con la cual no quieren perder la gloria del mundo, pues, segun sus reglas que ellos ponen, no contradice á la gloria del cielo: por lo cual en la muerte quieren gozar desta gloria del mundo. Y dende entonces quieren gozar de las almonedas, que así lo dejaron mandado, que sacasen al patio de sus casas toda su tapicería y recámara: por lo cual le juzgaran por magnífico caballero, pues en ella verán cosas extrañas inusitadas á las alhajas de la canalla comun de la gente. Demás desto, le dice que se consuele por la fama que dél que-

Ps., 114.

dará, la cual él bien tiene tramada en su vida. Porque á do quiera que fué, quiso ser conocido, y de hecho lo fué. Si es persona baja en linaje y hacienda, pónele un deseo de posteridad, á lo menos en la memoria que dél tengan sus parientes y amigos, y todos los de su barrio, ya que no espere ser sonado por la ciudad. Y para colorear este apetito, les pone delante las buenas obras que han hecho, y lo que en aquella agonía han peleado: pues á todos los rencuentros que les ha hecho el diablo, han sido vencedores. Mas no miran que esto hace el diablo adrede, que no les quiere seguir (como dicen) hasta la mata, porque piense de sí el paciente que ya tiene el camino seguro. Y descuide de la celada de la vanagloria, con que le hace confiar en las obras pasadas, y en el esfuerzo que le parece á él que tiene al presente. Ciégale, que no mire que el caudal de la salvacion no está en el número ni en la cuantidad de las obras, mas principalmente está en la aceptacion de la misericordia divina, que acepta las obras para premiallas con gloria. Ciégale, que no mire (como dijimos) cuan castigado fué David en el número de la gente, en quien confiaba, habiendo de poner en Dios toda su principal confianza. 2. Reg., 24. No mira que desta manera será castigado el que hiciere caudal del número de sus obras, pensando que tiene copia de buenas obras, para dar guerra á todo el infierno. Luego debe estar en aviso el paciente, viendo que vence la tentacion ligeramente, la cual no hace mas de asomar el diablo, porque le haga volver sobre sus obras, y decir lo que el fariseo: que se quiso canonizar por justo en acatamiento de Dios. Luc., 18. Por eso tenga aviso el paciente que así como se acordare de las buenas obras que ha hecho, luego acuda con ellas á Dios, y diga con el Apóstol: « No son merecedoras del cielo las obras desta vida mortal. » Rom., 8. Y si venciere al diablo, no por eso piense virtud ni fortaleza de sí, antes piense en aquello que nuestro Redentor dijo á sus discípulos, que se tenian en mucho porque podian mas que el diablo: Luc., 10. «No os querais estimar porque los espíritus están á vuestro mandado. » Luego toda la confianza del verdadero cristiano ha de estar en la pasion sacratísima de nuestro Redentor, y decir con el Apóstol: « Nunca Dios quiera que yo me glorie sino en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo. » Gal., 6. A los melancólicos tienta por envidia, en la cual está el mismo diablo muy melancólico, segun aquello que dice la Sapiencia: « Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y todos sus secuaces le imitan en ella. » Sapien., 2. Y es verisímile que el que hizo hábitos de envidia en la vida, los tenga en su muerte. En los cuales encastillado el diablo le pone delante las mercedes que Dios ha hecho á los otros, así temporales como espirituales. En especial á los que en la vida fueron sus enemigos, de cuya prosperidad, y letras, y buena andanza, y estimacion y estima tuvo envidia. Díceles que aquellos son estimados entre la gente, y juntamente son agradables á Dios. Tráeles lo del Eclesiástico: « El siervo de Dios es amado de Dios, y los hombres cuya memoria es llena de bendicion. » Eccli., 45. Póneles delante lo poco que trabajaron en la viña de Dios, y el premio que por aquel trabajo

alcanzaron: alégales el dicho de nuestro Redentor: « Los postreros serán primeros, y los primeros postreros. » Y porque no se le haga de mal tener envidia en el punto postrero de su vida, coloréasela con muchas emulaciones, que hubo entre muchos santos varones. Como fueron las que María y Aaron tuvieron contra su hermano Moisés, los discípulos de san Juan Bautista con los discípulos de nuestro Redentor, y aun con el bautismo del Redentor, la emulacion de san Pablo con san Pedro, cuando le reprehendió de la circuncision, iten, la emulacion de san Bricio contra san Martin, la de Rufino contra san Jerónimo; con la autoridad de los cuales varones hace encreyente el diablo al melancólico que le mueve el humor de la envidia, que lícitamente puede tener algunas repuntas. Quiérelo confirmar con el texto evangélico, cuando murmuraban los operarios ancianos contra el padre de las familias, porque dió tanto á los postreros como á ellos que habian venido primero, y habian pasado el trabajo del dia. La cual paga como se entiende en el cielo, aquella murmuracion se ha de entender, que se hizo en la gloria siguiendo el sentido anagógico, que es el que se refiere á la Iglesia triunfante del cielo. Por la cual murmuracion le embauca el diablo, para que no tenga por mala la envidia que de sus émulos le ofreció corroborada en el humor melancólico: pues en el cielo creció el ojo de unos la gloria, que al parecer de los hombres fué mayor que el trabajo con que la tal gloria ganaron. Y persuádele que mate á su hermano en pensamiento en pesarle á la manera de Cain, porque sus servicios y sacrificios no fueron tan aceptos á Dios, como los de los otros, de quien tiene envidia. Esta envidia si se junta con desesperacion, enciéndese como fuego en espinas. Para lo cual tiene esta astucia el diablo, que no ofrece un solo pecado sin que con él ofrezca todos los que sabe, que estando juntos suelen revolver la conciencia, como medicina compuesta que revuelve el estómago. A los flemáticos, que son los postreros, tienta con la pereza: porque el humor flemático trae consigo una cargazon de los ojos junto con un sueño pesado, del cual toma ocasion, para acudirles con un descuido tan grande como si aquel sueño que les viene, no fuese sueño de muerte, sino sueño de cansancio y abrumamiento. Mas es de saber que antes que este sueño mortal les agravie, les acuerda el diablo de pecados no confesados, ó si están confesados les dice que no los han confesado, para que formen dellos conciencias erróneas, y se den por culpados. Y aun puede ser que verdaderamente lo sean, lo cual estante acude el diablo con la pereza del humor flemático, y tráeles un sueño tan grande, que apenas le pueden vencer: y pensando que es sueño natural, atrévense á querelle quebrantar, proponiendo entre sí que luego en despertando dél se recogerán á sus conciencias, y arrepentirse de todo cuanto les acusa el diablo á la entrada del sueño. Mas porque es el sueño de postre, mientras mas piensan de quebrantarle, hacen mas habitacion, y fortifícase mas: porque á la resolucion de la complexion, que poco á poco se va haciendo, cada hora redunda mas el humor, y por consiguiente hace mas cargazon

Matth., 20.

Num., 12.
Matth., 10.
Joan., 4.
Gal., 2.

Gen., 4.

Psal., 117.

en los ojos, á la cual le sigue el sueño profundo, por el cual queda inhábil para tener verdadero arrepentimiento de todo lo que dictó la conciencia, y la ilusion del diablo. Porque de hecho mientras mas entra en el sueño se acerca mas de la muerte, y se muere durmiendo: y los dolores que tiene no solamente no dan vigilia, mas acarrean mas sueño, como lo dice Isaías: «Dormireis acosados de los dolores.» Isai., 50.

Allende desta pereza, le acosa el diablo con todas las perezas que ha hecho, y las negligencias que en los preceptos de obligacion ha tenido. Iten, ofrece, que por pereza de no poner en obra las cosas que pertenecian á su cuidado y oficio, le pesaba que viniesen á su noticia. Ofrecele las ignorancias que deseó, por no hacer lo que la conciencia le dictaba. Mas aquesta ignorancia, no solamente no le escura, mas aumenta el pecado, porque es deseada, como el vergonzoso que desea que se le olvide el pecado feo de confesar, haciendo su cuenta que, pues Dios perdona los pecados olvidados en confesion, que por aquel rasero le perdonará aquel feo pecado. Y él piensa que quedaria horro de la vergüenza que habia de pasar en confesar tan feo pecado. Y con este engaño piensa que queda libre; y no mira que en solo desear que se le olvide el pecado, hace nuevo pecado, porque desea olvido de lo que es obligado á querer acordarse. Finalmente, que todas las obras pias que dejó por pereza le acuerda el diablo, junto con las omisiones y dejamientos de los preceptos, que era obligado á cumplir. Junto con esto acude con los pecados que ayudan á tener seguridad, para que con título de quebrantar el sueño, que mucho le aprieta, se deje el paciente de arrepentirse, y acogerse al presente á las tres virtudes teológicas, con que mediante la divina gracia es poderoso para vencer al diablo. Mas de que ve que el paciente saca fuerzas de flaquezas, y tiene aliento para no dilatar la diligencia en que le va la vida perpetua, claramente le dice que sepa que actualmente se muere, y que ya no tiene tiempo de arrepentirse de tantos pecados de que entonces le acuerda, y le arguye especialmente de la pereza, en que tantos hábitos hizo. Por eso, que se despida de entrar en el cielo, porque se ha de contar entre las Vírgines locas, que durmieron á su placer sin cuidado; y cuando vino el esposo, se hallaron á escuras; y mientras se fueron á comprar el aceite á la plaza, que es la caridad mercenaria, comprada por el temor de la pena, dijeron á Dios que las abriese las puertas del cielo, y respondióles el esposo: «En verdad os digo que no os apruebo para que entreis en mi casa.» Con el sentido desta parábola, Mat., 25.

quiere el diablo hacer desesperar al flemático, porque él le sabe muy bien encarecer, y dársele á entender al paciente, conforme al sentido de su propósito. Luego cierto es que les encarecerá las palabras del texto evangélico, que dice: *Lampades nostræ exstinguntur.* Adonde les dice que no estaban de todo punto muertas las lámparas, sino que ya se apagaban. El cual apagamiento interpreta él por el agonía de la muerte, en la cual los que han dormido con pereza en el servicio de Dios, les dice que van á comprar el amor á los vendedores, que son los naturales afectos, de los cuales no pueden comprar don sobrenatural, cual es el

amor gratuito, acompañado de fe y esperanza. Y díceles que por eso nuestro Redentor concluyó esta parábola con *Vigilate, quia nescitis diem, nec horam.* «Velad, porque ni sabeis el dia ni la hora en que os han de llamar.» Esto mismo les dice que quiso significar, cuando les dijo: «Si supiese el padre de las compañas (por quien se entienden los cinco sentidos que sostiene en la carne) cuando ha de venir el ladron, que es el tránsito de la muerte, por cierto que velaria.» Y que por el ladron se entienda la muerte, en la cual vendrá el juez á tomar cuenta de la vida pasada, declara san Pablo, cuando dice: «El dia del Señor (conviene á saber el dia de la muerte de cada uno) así vendrá sin pensar á deshora, como el ladron que viene de noche.» Lo mismo dijo san Pedro: «El dia en que el Señor ha de tomar la cuenta, vendrá secreto como ladron.» Y porque aquella vigilia no pensase alguno que solamente es mandada á los prelados y curas de ánimas, que por los discípulos se entienden, declaróse nuestro Redentor cuando dijo: «Lo que digo á vosotros, á todos lo digo, que es que veleis.» De manera que con estas y semejantes autoridades procura el diablo traer á desesperacion al que no pudo inducir á sueño con el humor flemático. Mas es aquí de notar que así como hay complexiones mixtas, como son colérico, sanguino, etc., así hay tentaciones mixtas. Mas el que bien supiere las simples, fácilmente vendrá en la noticia de las compuestas. Esto digo, porque el diablo no se contenta de seguir al paciente por un solo humor; mas síguele por todos aquellos en que ve que enseñorea la complexion del paciente: quiero decir que pues hay muchos que tengan parte predominante de dos, y aun de tres humores, por tanto le tienta el diablo de cuantos tiene mezclada la complexion. Esto conocerá cada uno por las señales que viere en sí de las que aquí brevemente tocamos. A los cuales insultos no habemos de responder mas que á las ilusiones pasadas, aunque, mientras el paciente está en su juicio, y usa de habla, los amigos le deben consolar, y al que conocieren por las señales ya dichas, ó por otras causas exteriores, que es sanguino de complexion, le dirán que no tenga ira con alguno, que ninguno fué poderoso para darle la muerte, porque todo el mal de la pena le envia Dios, como le dice el profeta Amos: «Que el prójimo es instrumento de que Dios quiere usar, para pena y castigo de muchos.» Y que no se deben mas de enojar con el hombre con que Dios hizo el mal de la pena al que la tenia bien merecida, que con el palo con que le diesen de palos. A la muerte temprana socorre la inmortalidad del ánima, que sale de su destierro en salir del cuerpo mortal. Y en prendas desta verdad le digan que tenga la fe, que es la mas cierta prenda que en esta vida puede tener. A los que conocieren coléricos les dirán que todo lo que no es de Dios, ó no participa de Dios, no es sino una gran vanidad. Que la memoria del nombre no es de tanto valor como es su persona: por eso que no es razon que por dejar memoria de sí ponga su persona en peligro. Especialmente que no quedará la figura de su persona supositada, y fijada en las letras que componen su nombre. Y aun-

Mat., 24.

1. The., 5.

2. Pet., 3.

Mar., 13.

Amos, 3.

que quedase, no quedaba en el diezmo del mundo, y ya que esto fuese, el olvido de cincuenta años puede sepultar su memoria para que della no quede rastro en parte del mundo. Y el nombre que queda no le armará mas á él, que verdaderamente así se llamó, que al hombre mas escuro de la canalla. No en balde dijo David: *Collocavit me in obscuris sicut mortuos sæculi.* « El enemigo, que es la muerte, Psal. 142. me zahurdó en las oscuridades, como á los muertos del siglo, » cuya memoria prescribió en el olvido. A los que conocieren ser melancólicos, les dirán: La caridad es el vínculo con que en esta Iglesia militante traban unos de otros con trabazon muy mas noble y mas excelente que la corporal con que en el cuerpo humano traban unos miembros de otros. Y si en el cuerpo se halla la unidad de concordia con que tienen los miembros amistad entre sí, mas razon es que los cristianos sean concordes, y se amen á veces en Cristo nuestro Redentor que es nuestra cabeza. Demás desto aquellas personas de quien yo tengo invidia, ó han de ser salvos ó condenados. Si lo primero, no es razon que tenga odio en la vida de aquellos de cuya compañía espero en Dios de gozarme en el cielo. Y si por sus pecados se han de perder, quédales tanta mala ventura que son mas dignos de compasion y de lástima que de ellos se tenga, que de emulacion y de invidia. Allende de todo esto es ordinaria y estrecha el amistad de los que son de una tierra, cuando se encuentran en tierras longincuas muy lejos de su nacion. Así los hombres que estamos en este destierro, nos habíamos de tener estrecha amistad, por estar muy alongados de la tierra para que fuímos criados, que es el cielo, tierra de los moradores que viven y vivirán para siempre. A los que conocieren flemáticos les dirán que toda dilacion es dañosa, por eso pues están ya á la puerta para poder ver á Dios, si hicieren lo que es en sí, no es razon que se duerman. Que si la granjería de la hacienda suele quitar el sueño, mas razon es que la importancia del cielo le alance (especial que no tiene seguridad del tiempo, que cuando le tomare el sueño se prometerá); porque como se va gastando el húmido radical en que funda la vida, se va disolviendo el armonía de los cuatro elementos de que está el cuerpo compuesto. Y por consiguiente crecen mas los humores, y el predominante abunda muy mas que todos, del cual crece mucho al flemático la cargazon de los ojos. De allí se van ahogando los espíritus vitales, de los cuales se sigue el cansancio, y del cansancio el deseo de reposar, y al reposo que viene desta manera sucesivamente sigue la muerte. Por lo cual la dilacion deste paso es como el parto que dicen del erizo, que mientras mas se dilata mas presto mata á la madre. Y porque este sueño profundo que los médicos llaman *subet*, puede ser tan grande y profundo que no le pueda el paciente vencer, no seria mal consejo que los circunstantes le ayudasen con beneficios exteriores, como son atar fuertemente con unas vendas los muslos, y dende á poco abajar las ataduras á las pantorrillas, y fregalle las piernas con sal y vinagre, y ponerle á las narices ruda y mostaza molida. Echalle á cucharadas por la boca euforbio trociscado que tienen los boticarios. Y por no dejar remedio alguno trabarán un lechon de la oreja, para que gruña á los oidos del flemático soñoliento, con otros muchos

remedios que los médicos suelen dar, para despertar del sueño profundo. É sobre todos los remedios suplicarán á Dios con instancia que no niegue su amparo al que en aquel trance padece á sus solas, si él por su infinita misericordia no le ayudare.

CAPITULO XXI.

Del esfuerzo que ha de tener el paciente contra el temor de la muerte y la pena del infierno.

Demás de las tentaciones con que el diablo tienta al paciente, no deja la carne de tentar con las suyas, la cual no solamente tienta con cosquillas lascivas y deleitosas, mas tambien con el temor de la pena, en que piensa caer. Y como todo animal desee naturalmente la conservacion de la vida, es verdad lo que dice Aristóteles: «Que la muerte es la mas temerosa de todas las cosas que al cuerpo pueden acontecer.» De adonde vemos que la carne hace su oficio; y aunque el espíritu esté pronto y aparejado, no escluye la enfermedad de la carne, que naturalmente aborrece lo que le daña, y sobre todo la muerte, porque tiene unas leyes que repugnan á la ley del espíritu.

Arist., ethi. lib.

Rom., 7.

A este temor de la muerte sigue luego el temor del infierno; porque no sabe como se habrá en la justa sentencia del justo juicio de Dios, que justamente sabe que le ha de juzgar. Y aunque estos temores sean de la carne que rehusa la muerte, no deja el diablo de atizar por su parte, y ponelles delante una traza imaginaria de las penas que en el infierno se pasan. Alégales muchas autoridades de la Escritura sagrada, en que se pondera la gravedad de la pena infernal. Alégales otras por otra via, para traellos á desesperacion, como es aquella del Eclesiástico: «En cualquier lugar que cayere el madero, al austro (conviene á saber con el ardor de la caridad) ó al aquilon (conviene á saber con el refriamiento de la malicia), allí quedará.» Acude con la de David: «El espíritu que se acostó y determinó á la culpa, no puede volver á la gracia por sí mismo.» Alégales otra mas recia del apóstol san Pablo: «Imposible es que aquellos que fueron una vez iluminados, y gustaron el don celestial, y fueron partícipes del Espíritu santo, y gustaron la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo que ha de venir, y sobre todo cayeron, es imposible que estos tales se renueven á la penitencia.» Y ciégales el verdadero sentido, que es de la primera autoridad: Que el hombre despues de la muerte quedará para siempre á la parte de la virtud, ó del vicio, en que le tomare la muerte. De la segunda es, que el espíritu que se acuesta á una parte, no vuelve: quiere decir que la natura angélica no vuelve de su primera eleccion; porque como sea simple sustancia, no tiene cosa que le ayude á tornar de lo que una vez escogió. O

Eccli., 9.

Psal., 77.

Hebr., 6.

si se entiende del ánima, quiere decir: Que el hombre que cae en pecado, no tiene potestad de levantarse á la gracia por su propia naturaraleza, si Dios no le ayuda con la gracia preveniente, y despues con la gracia que le hace agradable. El sentido de la tercera se entiende (como lo glosó Sedulio) « que es imposible levantarse á la gracia despues de una vez perdonado el pecado.» Entiéndese por la reiteracion del bautismo, del cual va hablando el Apóstol porque no pensase alguno que pues el bautismo quita el pecado, que cada vez que pecase habia de tener recurso al bautismo: á lo cual socorriendo el Apóstol, dice « que es imposible por esta via tornar el hombre á levantarse á la gracia, siendo una vez perdonado. » Luego, como dice este dotor (que glosó todas las epístolas de san Pablo), no quita el Apóstol la reiteracion de la penitencia, mas solamente quita la reiteracion del bautismo. Luego sepa el cristiano que nunca alega el diablo autoridad en el verdadero sentido, porque le trae arrastrado de los cabellos, para que con inteligencia aparente venga á encajarla contra el paciente, y todo lo que falta de las palabras suple él de unos colorados embaucos, como albañir remendon que quiere atapar agujero cuadrado con piedra de tres esquinas, y lo que le falta hinche de barro. Luego el verdadero cristiano al temor de la muerte socorrerá con la virtud de la fe, por la cual firme y verdaderamente tendrá que, aunque el cuerpo se muera, el ánima es inmortal, lo cual firmemente creido basta para consolar la muerte del cuerpo. Y si teme la soledad del camino, sepa lo que dice san Juan en el Apocalipsi: « Que las obras siguen á cada uno.» Y de buena compañía y hartas obras se puede pensar que va acompañado el que con fe, esperanza y caridad partiere de aqueste destierro, con las cuales vencerá el temor del infierno. Mas será buen consejo que no gaste el paciente todo el tiempo del tránsito en aquellos temores; que con una santa y humilde osadía, despues que hubiere invocado la misericordia divina, volverá su imaginacion á la gloria del cielo, y contemplará lo mejor que pudiere aquella bienaventuranza en que reposan los siervos de Dios. Contemplará la Magestad divina, que es todas las cosas á todos; luego á nuestra Señora ensalzada sobre todas las puras criaturas, descenderá luego por los coros de los espíritus serafines, querubines, tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes, arcángeles, ángeles. Entre los cuales están los santos cada uno en el lugar que segun los méritos de sus obras la aceptacion divina les dió. Allí contemplará (como dice san Cebrian) el glorioso coro de los apóstoles. Allí el número de los profetas. Allí la muchedumbre sin cuenta de mártires. Allí las vírgines que triunfaron de la concupicencia y de los tiranos. Allí los misericordiosos que socorrieron á las necesidades de los pobres de Cristo. Allí el infinito número de los confesores. Allí toda la gente que de todas las naciones subieron al cielo, el número de la cual (como dice san Juan) ninguno pudo contar sino solo aquel que cuenta el número de las estrellas. Estas y otras cosas semejantes contemplará el que fuere acosado del temor del infierno, porque en

Sed., super Paulum.

Apo., 14.

Cipria., in serm. de mortalitate.

Apo., 7.

Psal., 146. esta contemplacion se eleva el ánimo del paciente al amor divino en que está el caudal de la vida perpetua.

CAPITULO XXII.

De la desórden y confusion con que tienta el diablo.

En veinte y un capítulos pasados habemos dicho la órden natural de las tentaciones: digo natural, que de buena razon así como están puestas por órden, así habia de tentar el diablo con ellas, si el diablo fuese ordenado, y quisiese seguir razon para saltear á todos los pasajeros que parten desta vida á la otra. Mas porque él sigue la suma malicia y la misma desórden, bien se puede creer dél que ni deja vado, ni portillo, ni piedra que no mueva para turbar el agonista. Para lo cual pues en el infierno no se guarda, como dice Job, la órden de la naturaleza, es verisímile que su morador siga la confusion Babilónica, y confunda las tentaciones, y anteponga, y posponga, y girone, y remiende, y edifique, y destruya, y trueque (como dice Horacio) lo cuadrado con lo redondo, y como orgulloso sofista presuma hacer del cielo cebolla, y vuelva en blanco lo negro, como el alguacil de moscas, que con las barbas blancas que muestra de fuera encubre los hábitos negros que tiene de dentro, con que prende las moscas. Y si para la mosca, que segun dice Plinio es el animal mas indócil y tonto de los animales, proveyó la naturaleza de un alguacil de seis ojos, ¿qué vigilancia y astucia se podrá barruntar que tendrá el diablo, que es alguacil de todos los descuidados? Por esto estará avisado el cristiano que no se turbe por cosa que le ofreciere el diablo, pues tiene el juego ganado con la maña que dijimos que le puede hacer, estando firme en las cosas que dijimos de las tres virtudes teológicas: con las cuales dirá entre sí con todas sus fuerzas: Creo firmemente todo lo que tiene y cree la santa Madre Iglesia, y espero en los méritos de la sacratísima y copiosísima pasion de mi Señor Jesucristo, y á él que es Señor nuestro por la creacion, y Redentor nuestro por la redencion, y Remunerador nuestro por la glorificacion, me encomiendo, y ofrezco, y humilmente suplico, que no consienta que yo me aparte de su amor, ni por ilusiones del diablo, ni por el temor de la pena, pues él solo es digno de ser amado sobre todas las cosas, para *sæcula sæculorum*, sin fin.

Job, 10. Gen., 11.

Horat., lib. 1, epi. 2.

Pll., lib. 26, c. 2.

EL VENERABLE MAESTRO

JUAN DE AVILA.[1]

LIBRO ESPIRITUAL

SOBRE EL VERSO

AUDI, FILIA, ET VIDE, ETC.

CARTA

Que escribió el venerable maestro á un predicador : trata de la alteza á que los tales son levantados, y de cómo se han de haber con Dios y con las ánimas ; de lo mucho que le han de costar, y del ánimo que para ello han de tener (2)

CARISSIME,

Dos cartas de vuestra reverencia he recibido, en las cuales me hace saber del nuevo llamamiento con que nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos á gloria suya : ***Sit ipse benedictus in sæcula.*** Que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa á una cosa

(1) Nació muy á principios del siglo XVI en Almodovar del Campo. Concluidos sus estudios en las universidades de Salamanca y de Alcalá, se ordenó de sacerdote y consagró toda su vida á la práctica de las virtudes y al ejercicio de la predicacion, en que fué tan excelente, que mereció el renombre de *Apóstol del Andalucía* y de maestro por excelencia. Desgraciadamente no nos ha quedado de sus sermones mas que la fama de los maravillosos efectos que causaban y de la suma facilidad con que los componia.

La coleccion de sus obras completas se publicó en Madrid en nueve tomos en 4º en el año 1757 : son las siguientes, todas de doctrina moral y espiritual : — 1º El tratado del salmo *Audi, filia, et vide*, dirigido á doña Sancha Carrillo.—2º Las *Cartas espirituales*.— 3º Veintisiete tratados del santísimo Sacramento, y otros varios sobre misterios y festividades de la Virgen. — 4º *Dos pláticas á los Sacerdotes*. — Dejó además algunas obras manuscritas como son : *Reformacion del estado eclesiástico* y unas *Anotaciones al concilio de Trento*.

De todas estas obras, la mas apreciada es el libro sobre el *Audi, filia, et vide* en que exhorta á la meditacion de la pasion de Jesucristo, y que insertamos completo á continuacion. El lenguaje de este escritor, notable por su nervio y valentía, es generalmente desaliñado y alguna vez incorrecto, pero á vuelta de estos defectos, el maestro Juan de Avila tiene la gloria de haber enriquecido el idioma místico castellano con multitud de locuciones felicísimas que cautivan por su energía y magnificencia, tales como estas : *Sobrepujante bondad de Dios... ; Dios, graciosísimo perdonador y piadoso levantador de nuestras caidas, y velador nunca dormido y nuestro sapientísimo guiador... ; entenebrecido entendimiento...* y otras muchas.

Murió el venerable maestro en Priego el dia 10 de mayo del año 1569.

(2) Ponemos esta carta al principio de este tratado del *Audi, Filia*, por venir tan propia á lo que en él se trata, que es guiar un ánima desde el principio de su conversion hasta el fin de la perfeccion.

tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre á que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fué el primero en quien este espíritu lleno y vivificativo de los oyentes se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado *pater futuri sæculi*. Y porque de él y de sus bienes hay comunicacion con nosotros, así como nos hizo hijos siendo él hijo, y sacerdotes siendo él sacerdote, hízonos él siendo gracioso graciosos; él amado y bendito semejables á él; y siendo heredero del reino del Padre, sómoslo nosotros tambien en él y por él, si estamos en gracia. Así porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo él espíritu para ganar los perdidos, compasion para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida á los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazon: *Linguam eruditam, ut sciam sustentare eum qui lapsus est verbo*; quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos para que á gloria suya puedan gozar de título de padres del espiritual ser, como él es llamado segun que san Pablo osadamente afirma: *Per Evangelium ego vos genui*. Quiere el amado san Juan que veamos: *Qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus*. Razon es que con ella agradezcamos y seamos padres de los hijos de Dios; y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres. Debe pues vuestra reverencia, para el oficio á que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre comun; y en el espíritu de Padre, para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de él, renunciando y abjurando *ex toto corde* la propia, diciendo con José: « Todas las cosas que mi Señor tiene, me dió en las manos, salvo á tí, que eres su mujer. » La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno, que si á otro la queremos dar, ¿qué cosa mal casada ni mayor adulterio que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales se ha aposentado Cristo, y nosotros olvidados, porque mas se acuerden de él, salvo en cuanto él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen á él. Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse, ya con palabras y obras publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso sino cuando le hubiere hallado algun lugar; en el cual, como en templo, sea adorado, reverenciado y amado como el único y natural hijo que al cabo de esta jornada notificó á lo que habia sido enviado, y lo que habia hecho en toda su vida: *Pater, manifestavi nomen tuum hominibus*. Y no dió sueño á sus ojos, ni entró en el descanso hasta que halló descanso para el Señor y morada

Isai., cap. 9.

Ad Rom., cap. 8.

Isai., cap. 50.

1. Ad Cor., cap. 4.

Joan., 1, cap. 3.

Gen., cap. 39.

Joan., cap. 57.
Psal., 131.

para el dios de Jacob. Esta reverencia y zelo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo.

Teniendo pues el espíritu de su hijo para con Dios, con el cual *clamamus : Abba Pater*, teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre, resta pedir el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar; porque no basta para un buen padre engendrar él, y dar la carga de educacion á otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada. Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios, y una expresa imágen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que él pone en un hijo suyo, con otros hombres por extraños que sean: ¿y qué digo extraños? ámalos aunque sea desamado; búscales la vida aunque ellos le busquen la muerte, y ámalos mas fuertemente en el bien que ningun hombre, por obstinado y endurecido que estuviere con otros, los desama en el mal. Mas fuerte es Dios que el pecado, y por eso mayor amor pone á los espirituales padres que el pecado puede poner desamor á los hijos malos. Y de aquí es tambien que amamos mas á los que por el Evangelio engendramos, que á los que naturaleza y carne engendra, porque es mas fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y tambien este cuidadoso amor del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo él en su corazon tan pequeño y miserable y tan inclinado al propio provecho arder un fuego vivísimo y muy mas fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros, parécele que mas arderá el fuego de amor en el corazon bueno de Dios cuanto va de bondad á maldad y de fuego á frialdad. Y muy necesario es que quien á este oficio se ciñe que tenga este amor, porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, ó no se podrian llevar como se deben, sino de corazon de padre ó madre; así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrian llevar si este espíritu faltase.

Ad Rom., cap. 8.

Con atencion y casi sonriéndome leí la palabra que vuestra reverencia en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum in expertis.* El engendrar no mas confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaria yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. A

llorar aprenda quien toma oficio de padre para que le responda la palabra y respuesta divina que fué dicha á la madre de san Agustin por boca de san Ambrosio: « Hijo de tantas lágrimas no se perderá. » A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos á los que son verdaderos padres, y no una sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida á sus hijos, como suelen hacer los padres carnales. Y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contra el callar, que es menester para los niños que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver ser otro mas amado, ó que parece serlo que ellos? El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender á dar sopitas al niño; es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa, y estar algunas veces el corazon del padre atormentado con mil cuidados, y tendria por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar: y si viene el hijito, ha de jugar con él y reir como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¿Qué vigilancia para estorbar no vengan á ellos? ¿Qué sabiduría para saberlos sacar despues de entrados? ¿Paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oirlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles á decir lo que ya se les dijo? ¡Qué oracion tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran! porque si se mueren, créame, padre, que no hay dolor que á esto se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazon del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? no se quita este dolor con consuelo temporal ninguno, no con ver que si unos mueren otros nacen, no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: « El Señor lo dió, el Señor lo quitó, su nombre sea bendito. » Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima á Dios, y sea deshonra de Dios y acrecentamiento del reino del pecado, nuestro contrario bando, no hay quien á dolores tan justos consuele. Y si algun remedio hay, es olvido de la muerte del hijo, mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traicion no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraria y moriria si posible fuese. Cierto la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, á quien quisiere ser padre, conviénele un corazon tierno y muy de carne para haber compasion de los hijos, lo cual es muy gran martirio; y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, ó le hagan del todo dejar el oficio, ó desmayar, ó pasar algunos dias que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazon traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino habiendo gana de llorar con

Job, cap. 1.

unos, ha de reir con otros, y no hacer como hizo Aaron, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprehendido de Moisén porque no habia hecho su oficio sacerdotal, dijo él. « ¿Cómo podia yo agradar á Dios en las ceremonias con corazon lloroso? » Acá, padre, mándanos siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazon querria, porque por llorar la muerte de uno no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De arte, que si son buenos los hijos, dan en muy cuidadoso cuidado: y si salen malos, dan una tristeza muy triste: y así no es el corazon del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oracion encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como san Pablo decia: « Yo vivo, si vosotros estais en el Señor. » Razon es que diga á vuestra reverencia algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querria que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con este daria yo por bien empleados mis yerros.

Lev., cap. 10.

1. ad Thes., cap. 1

Sea el primero, que no se dé á ellos cuanto ellos quisieren, porque á cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos; no los enseñe á estar de todo colgados de la boca del padre, mas si vinieren muchas veces, mándeles ir á hablar con Dios en la oracion aquel tiempo que allá habian de estar: y tenga por cierto que muchos de estos que frecuentan la presencia de sus espirituales padres no tienen mas raiz en el bien de cuanto están allí oyendo; y mas es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es que no crecen mas un dia que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre blando, y así hacen perder el aprovechamiento á su padre, y no crece en ellos cosa alguna. Tienen tambien esta condicion, que en cualquiera tribulacion que les venga, luego corren á sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí: y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos, mas decirles que vayan delante nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicacion con él, que es el mejor de los tiempos. Y para que le oigan con atencion les envia Dios la pena, no para que se vayan á consolar con los hombres, y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre á él en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es que les enseñe á andar poco á poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tenga algun nervio de virtud, y no se dé él tanto á otros que pierda su recogimiento y pesebre de Dios, porque mas provecho hará con hablar un poco, si sale de corazon encendido, que con derramar palabras frias acá y acullá: el medio en esto pídalo á su conciencia, mirando que no se enfrie; y lo que mejor es, pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo.

Iten, no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando

en general cómo se remedie. así como ordenando esa cofradía ó cosas semejantes, y con eso cumpla, y sépanlo así sus hijos, que no han de llegarse á él, ni esperen de él favor temporal alguno, porque si en esto no mira, seria grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el concilio cartaginense IV, donde se dice: «El obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos sino por el arcipreste ó arcediano;» y dijo abajo: «Que solamente entienda en la leccion y oracion, y palabra de predicacion; ruegos de jueces ó de personas á quien se debe algo, porque suelten ó esperen, huya de ello, y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo ruegue con toda modestia.» Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro, diciendo: «Buscaisme, no por las señales que vistes, mas porque comistes y os hartastes.» Esta regla tiene excepcion; si supiere de alguna particular necesidad corporal, de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella, lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas.

Con. Cart. 4, c. 17.

Eod. conc., cap. 20.

San Juan, cap. 6.

No descubra á hijos secretos particulares de la comunicacion de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara, si no fuera cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar.

No les suelte la rienda á comulgar cuantas veces quisieren, que muchos comulgan mas por liviandad que no por profunda devocion y reverencia; y acaece á estos venir á estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la comunion, y esto es grande daño, y se debe evitar; téngalos siempre debajo de una profunda reverencia á este misterio; y al que sin esta viere, repreh éndale y quítele el pan hasta que mucho lo desee y se conozca muy indigno. Al vulgo basta comulgar tres ó cuatro veces en el año, á los medianos nueve ó diez veces, á las personas religiosas de quince á quince dias; y si son casadas se puede esperar á tres semanas ó un mes; y á los que muy particularmente viere tocados de Dios, y se conociere casi á los ojos el provecho, comulguen de ocho á ocho dias, como aconsejó san Agustin. Y mas frecuencia de esto no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, ó alguna extrema tentacion ó necesidad que otra cosa aconsejase, en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto. Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio mas que de ocho á ocho dias. Y san Buenaventura dice «que en todos los que él conoció, no halló quien mas á menudo de aqueste término lo pudiese recibir.» San Francisco de Paula primero confesaba cuatro ó cinco veces en el año, despues de muy santo cada domingo. Aprendan en pago de aquella celestial comida á hacer algun servicio á nuestro Señor, ó en ir quitando alguna pasion cada dia, ó en otra cosa alguna que corresponda á cada vez que comulgare; que allegarse á los piés del confesor y luego al altar, tornárseha en tanta costumbre á algunos, que casi ninguna cosa hay mas para aquello que aquel ratico que están allí.

Tambien me parece cerca de esto, que vuestra reverencia no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello que quizá le turbarán; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en leccion ni oracion, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido. Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan aquello particularmente, y respóndales á ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesion, y no cae hombre en ello hasta que ha perdido el tiempo; y dígolo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros para contar una cosa ó escrúpulo piden confesion; debe decir á estos: mirad, si alguna cosa particular me quereis decir que no la fiais de otro, ó os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesion no faltará con quien se haga; y es buen proveimiento tener hablado á algunos confesores y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean á una, y enviar á aquellos los que vinieren á pedir confesion, diciéndoles: yo os daré quien os confiese mejor que yo. Y es bien tener tasa en el negociar, porque si á cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáleles á la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengan á sus horas.

Iten, conviene mucho á los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio, porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazon, luego querrian hablar de lo que sienten; y quedan por esto vacíos, porque, como dijo san Bernardo, «el mas apto instrumento para vaciar el corazon es la lengua.» Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que dice: *Hablar como muchos, y sentir como pocos.* Y de no guardar este proverbio se sigue, ó que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo, y derríbanlo por impaciencia, ó alábanlo por santo, y derríbanlo con mayor caida. Y por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente, no se hagan luego maestros queriendo predicar á los otros: no piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice san Pablo, con temor y con temblor, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene y en qué parará. Finalmente los haga vivir *in timore Domini.* Y coman su pan en silencio. Y si algun poquito de liviandad y soberbia viere en ellos, repreh̀éndaselo gravemente conforme al Soberano Maestro, cuando á los discípulos que se gloriaban dijo: *Videbam Satanam.*

Ad Philip., cap. 2.

San Luc., cap. 10.

Las recetas generales que se deben dar á los que quieren servir al Señor, demas de las dichas, son cuatro. La primera, que frecuenten los sacramentos de la confesion y comunion, como es dicho: y para bien se confesar hanse de examinar cada noche lo que han pasado aquel dia, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente á la memoria para brevemente confesar. La segunda, que sean muy amigos de la leccion, porque segun la gente está durísima esle muy provechoso leer libros de romance, libros que son mas aco-

modados para esto : *Passio duorum*, *Contemptus mundi*, los abecedarios espirituales. La segunda parte, y la quinta, que es de la oracion. La tercera parte no la dejen leer comunmente, que les hará mal, que va por via de quitar todo pensamiento, y esto no conviene á todos. Los Cartujanos son muy buenos, *Opera Bernardi*, Confesiones de san Agustin. La tercera cosa es la oracion, en la cual es menester mucho tiento, porque no se tome en daño lo que nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis*, les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana y otro á la tarde ó noche, y recen algunas oraciones vocales á las cinco llagas, ó algunas horas. Despues de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme á lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la pasion repartidos para cada dia de la semana, lo cual es buen órden. Y si quisieren hoy pensar en el huerto, lean en aquel paso, y aunque no lo lean todo no hace al caso, que otra semana pasarán á otro poco, y así á los otros pasos; que con leer, recógese el corazon y caliéntase algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditacion, que de otra manera pasan grave trabajo si no hace el Señor merced particular. Y despues de haber leido, mediten un poco por la mañana en un paso de la pasion con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando á los piés del Señor, y esperando su limosna y misericordia : y sobre esto oigan misa, meditando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde ó noche recen otro tanto y lean, y despues piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el juicio del Señor; y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes, y pongan á una parte los bienes que han recibido y á la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad, y allí pueden pensar un poco en el infierno, y reprehenderse de las faltas aquel dia cometidas. Todo se ha de hacer con el mas sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos que calle Dios : *Intellige quæ dico*, *dabit enim tibi Dominus in omnibus intellectum.* Avísenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban, y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algun bien. Algunos hay á quien Dios toma los corazones y obra en ellos, que no es menester sino recogerse á Dios; y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicacion de él, que no han menester sino seguir tal guia. Otros hay tan rudos, que no es necesario imponerlos en mas que rezar y leer. Entre dia encomiende que piensen ó en la presencia de Dios ó en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditacion se ha de hacer no llevando la imaginacion á partes lejos de sí, sino dentro de sí, ó á par de sus piés, porque es cosa mas descansada y mas provechosa para arraigarse en el corazon. La cuarta cosa es que entiendan en obras de caridad, cada uno segun pudiere : quien pudiere dar limosna, casa, consejo, no deje nada por hacer, que aunque algun poco el ánima se distraiga no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en accion

exterior. Alguna penitencia especial, si son mozos. La uncion del Espíritu Santo le enseñará, etc.

En lo que me manda que le diga de los libros que agora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de se la enviar. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Suma de vitiis et virtutibus* de Guillermo Parisien. Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuantas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que estas, sino yo atrevíme á decir los males en que yo he caido, para que haya compasion de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho, y dé á vuestra reverencia gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá. Olido he de su carta que el mundo le es contrario, no le pene ni poco ni mucho, tenga por averiguado que hallará á Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Negocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor como en la vocacion, y justificacion y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo ó no, los que Dios tiene determinado que por instrumento del pobrecito predicador se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío á contradecirlo. Cobre, padre, un ánimo grande para mandar de parte de Dios al cielo si es menester. Todas las cosas crió Dios por causa de los escogidos, y la salud de estos nos encomendó él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos á colocarlos en el cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios á estos que *ab æterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía; y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendian. Asiente en su corazon las palabras de Cristo: *Dico autem vobis amicis meis ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, etc.* Y sepa que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvacion de nuestras almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar: *Christo gloria et imperium in sæcula sæculorum.* Amen.

CAPITULO I.

En que se trata cuanto nos conviene oir á Dios; y del admirable lenguaje que nuestros primeros padres tenian en el estado de la inocencia, el cual perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.

Psal., 44. « Oye, hija, y ve, é inclina tu oreja, y olvida tu pueblo » y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura.»

Estas palabras, devota Esposa de Jesucristo, dice por el profeta David, ó por mejor decir, Dios en él, á la Iglesia cristiana, amonestándole lo que debe hacer para que el gran Rey Jesucristo la ame, de lo cual á ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia, por la gran misericordia de Dios, parecióme declarároslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazon, para que ni yo hable mal, ni vos oigais sin fruto; mas lo uno y lo otro sea á perpetua honra de Dios y aplazamiento de su santa voluntad.

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que oigamos, y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea la Fe, y esta entre en el ánima, como dice san Pablo mediante el oir, razon es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer; porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oir en lo de dentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo en los oidos, diciendo que fuesen abiertos, si los tenemos cerrados á la palabra de Dios, cumpliendo en nosotros lo que de los ídolos dice el profeta David: « Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen.» Mas porque algunos hablan tan mal que oirlos es oir sirenas que matan á sus oyentes, es bien que veamos á quien tenemos de oir y á quien no. Para lo cual es de notar que Adan y Eva cuando fueron criados un solo lenguaje hablaban, y aquel duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la confusion, fué castigada, con que en lugar de un lenguaje que todos se entendian, sucediese muchedumbre de lenguajes, con los cuales unos á otros no se entendiesen. En lo cual se nos muestra que nuestros primeros padres antes que se levantasen contra el que los crió quebrantando con atrevida soberbia su mandamiento, un solo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que uno tenia con otro y cada uno consigo mismo y con Dios, viviendo en el quieto estado de la inocencia, obedeciendo la parte sensitiva á la racional, y la racional á Dios, y así estaba en paz con él, y se entendian muy bien á sí mismos y tenian paz uno con otro; mas como se levantaron con desobediencia atrevida contra el Señor de los cielos, fueron castigados, y nosotros en

Rom., 10.

Psal., 113.

Gen., 11.

ellos, en que en lugar de un lenguaje bueno y con que bien se entendian, sucedan otros muy malos é innumerables, llenos de tal confusion y tiniebla, que ni convengan unos hombres con otros, ni uno consigo mismo, y menos con Dios. Y aunque estos lenguajes no tengan órden en sí (pues son la misma desórden), mas para hablar de ellos reduzcámolos á la órden y número de tres, que son lenguaje de mundo, carne y diablo, cuyos oficios (como dice san Bernardo) son: del primero, hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas.

CAPITULO II.

Que no debemos oir el lenguaje del mundo y honra vana, y cuan grande señorío tiene sobre los corazones que la siguen, y lo será el castigo de los tales.

El lenguaje del mundo no le hemos de oir, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas á Dios y á su santo agradecimiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplazamiento del mundo; y engéndrasele un corazon deseoso de honra y de ser estimado de hombres. Semejables al de los antiguos soberbios romanos, de los cuales dice san Agustin que por amor de la honra mundana deseaban vivir, y por ella no temieron morir. Precíanla tanto, que en ninguna manera pueden sufrir ni una liviana palabra que contra ella se diga, ni cosa que sepa ni huela á desprecio ni de muy lejos. Antes hay en esto tantas sutilezas y puntos, que por maravilla hay quien se escape de no tropezar en alguno de ellos y ofender al sentible mundano, y aun muchas veces sin pensar que le ofende. Mas estos tan fáciles en el sentir el desprecio, cuan difíciles y pesados son en lo despreciar y en lo perdonar: y si alguno lo quisiere hacer, ¡qué tropel de falsos amigos y de parientes se levantarán contra él, y alegarán tales leyes y fueros del mundo, que de ellos se concluya que es mejor perder la hacienda, salud, casa, mujer y hijos! y aun esto les parece poco, pues dicen que se pierda la vida del cuerpo y del ánima, y todo lo de la tierra y del cielo: y que el mismo Dios y su ley sean tenidos en poco, y puestos debajo de los piés, porque la vanísima honra no se pierda, y sea estimada sobre todas las cosas y sobre el mismo Dios. ¡O honra vana! condenada por Cristo en la cruz á costa de sus grandes deshonras, ¿y quién te dió asiento en el templo de Dios, que es el corazon cristiano, con tan grande estima que á semejanza del Anticristo quieras tú ser mas preciada que el Altísimo Dios? ¿Quién te hizo competidora con Dios, y que le lleves ventaja en algunos corazones, en ser preciada mas que él, renovándole aquella grave injuria que le fué hecha cuando quisieron á Barrabás mas que á él? Grande por cierto es tu tiranía en los corazones de los sujetos á Matth., 27.

tí, y con gran presteza y facilidad te hacen servicio por costoso que sea. Pensaba Aaron que por pedir él los zarcillos de oro que traían en las orejas las mujeres, y hijos y hijas de aquellos que le pedian ídolo á él, que por no ver despojados á los que amaban, se apartarian de la demanda del falso dios: y no fué así, porque no fueron pedidos cuando fueron dados. Ni se tuvo cuenta, ni se tiene con lo que han menester, casa ni hijos, con que haya ídolo de honra al cual sacrifiquen. Y acaece de muchas veces que algunos de los que te sirven entienden cuan vana cosa y sin tomo eres, y cuan perdida cosa es seguirte: y pudiendo librarse de tu grave yugo, con solo romper contigo, es tanta su flaqueza y miseria, que eligen mas rebentar y hacer contra la honra de Dios, que descansar y honrar á Dios, huyendo de tí. Servireis á dioses ajenos de dia y de noche; echa Dios por maldicion á los que sirven á los falsos dioses, y cúmplese muy bien en los que adoran la honra. Hablando san Juan de una gente principal de Jerusalen, que creyeron en Cristo, mas no osaron publicarse por suyos por respeto de los hombres, dice de ellos con gran vituperio que amaron mas la honra de los hombres que la honra de Dios. Lo cual con mucha razon se puede decir de estos amadores de la honra; pues vemos que por no ser despreciados de los hombres, desprecian á Dios, cuya ley se avergüenzan de seguir, por no ser avergonzados de los hombres. Mas hagan lo que quisieren, honren su honra hasta que no puedan mas, que fija y firme está la sentencia pronunciada contra ellos por Jesucristo Soberano Juez, que dice: « Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, avergonzarseha de él el Hijo de la Vírgen, cuando viniere en su Majestad, y de su Padre y de sus ángeles. » Y entonces cantarán todos los ángeles y todos los santos: « Justo eres, Señor, y justos tus juicios, que si el vil gusano se avergonzó de seguir al Rey de la Majestad, que tú, Señor, te avergüences, siendo la misma honra y alteza, de que una cosa tan baja y tan mala esté en compañía de los tuyos y tuya. » ¡O con qué ímpetu será entonces echada la honra de Babilonia en los profundos infiernos, en compañía de tormentos del soberbio Lucifer, pues quisieron ser compañeros de él en la culpa de la soberbia! No se burle nadie, ni tenga por pequeño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor, que escudriña los corazones, dijo á los Fariseos: « ¿Cómo podeis creer en mí, pues que buscais ser honrados unos de otros, y no buscais la honra que de solo Dios viene? » Y pues este mal afecto es tan poderoso que bastó á hacer que no creyesen en Jesucristo, ¿qué mal no podrá? ¿Y quién de él no se santiguará? Por lo cual dijo san Agustin que ninguno sabe qué fuerzas tiene para dañar el amor de la honra vana, sino aquel á quien ella hubiere movido guerra.

Exod., 32.

Jerem., 5. Joan., 12.

Psalm., 113.

Joan., 5.

CAPITULO III.

De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la vana honra del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.

Mucha ayuda contra este mal nos debia ser, que la misma lumbre natural lo condene, pues nos enseña que el hombre ha de hacar obras dignas de honra, mas no por lo honra; merecerla y no preciarla; y que el corazon grande debe despreciar el ser preciado y el ser despreciado: y que ninguna cosa debe tener por grande sino la virtud. Mas si con todo esto no tuviere el cristiano corazon para despreciar esta vanidad, alce los ojos á su Señor puesto en cruz, y verleha tan lleno de deshonras, que si bien se pensaren pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibia. Y no sin causa eligió el Señor muerte con extrema deshonra, sino porque conoció cuan poderoso tirano es el amor de la honra en el corazon de muchos que no dudan de ponerse á la muerte, y huyen del género de la muerte si es con deshonra. Y para darnos á entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con excesiva deshonra. Mirad pues si ojos teneis á Cristo estimado por el mas bajo de les hombres, y habilitado con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo, pues era la mas infame de todas: y otras, con que particularmente ofendieron á nuestro Señor; pues ningun género de gente quedó que no se emplease en le blasfemar, despreciar é injuriar con géneros de deshonras no vistos, y vereis cuan bien cumple lo que predicando habia dicho: « Yo no busco mi honra, haced vos así. » Y si paráredes las orejas de vuestra ánima á oir con atencion aquel lastimero pregon que contra la misma inocencia se dió, pregonando á Jesucristo nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalen, confundirosheis vos cuando viéredes que os honran, ó cuando deseis ser honrada, y direis con gemido entrañable: O ¡ Señor, vos pregonado por malo, y yo alabada por buena! ¿Qué cosa de mayor dolor? Y no solo se os quitará la gana de la honra del mundo, mas tendreis gana de ser despreciada, por ser conforme al Señor, seguir al cual, como dice la Escritura, es grande honra. Y entonces direis con san Pablo: No plega á Dios que yo me honre sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y desearéis cumplir lo que el mismo Apóstol dice: « Salgamos á Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra. » Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy mas poderosa es la medicina del ejemplo y gracia de Cristo, que de tal manera la vencen y desarraigan del corazon, que le hacen sentir que es cosa muy abominable que viendo un cristiano al Señor de la majestad bajarse á tales desprecios, se quede el gusano vil hinchado con amor de la honra; por

Joan., 8.

Eccli., 23.

Galath., 6.

Hebr., 13.

lo cual el Señor nos convida y esfuerza con su ejemplo, diciendo: « Confiad, que yo vencí el mundo, » como si dijese: Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece, y abrazando lo que él desecha; mas despues que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y deshonras, todo lo cual yo sufrí sin volverle el rostro; ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo mas sufrir, mas aun queda vencido para vuestro provecho, pues con el ejemplo que yo os dí, y fortaleza que os gané, lo podeis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar. Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna verdad y bien sumo, no hay porque nadie en nada le tenga ni en nada le crea. Antes mirando que fué engañado en no conocer una tan altísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra, aquello repruebe el cristiano que el mundo aprueba, y aquello precie y ame que el mundo aborrece y desprecia, huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que á su Señor despreció: ya teniendo por grande señal de ser amado de Cristo el ser despreciado del mundo, con él y por él. De lo cual resulta que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian; así el que es del bando de Cristo, no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque agora alague, agora persiga, agora prometa, agora amenace, agora espante, ó parezca blando, en todo se engaña, y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar. Pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, y á duras penas (aunque dijese verdad) le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede, no puede nada, pues que no puede llegar al cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Señor. Y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá que ya no ose pelear contra un enemigo que no puede nada?

Matth., 10.

CAPITULO IV.

En qué grado y por qué fin es lícito desear la humana honra, y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.

Para que mejor entendais lo que se os ha dicho, habeis de saber que una cosa es amar la honra ó estimacion humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo segun se ha dicho; y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algun buen fin, y esto no es malo. Claro es que una persona que tiene mando ó estado de aprovechar á otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros: pues que si tienen en poco al que manda, tendrán en poco su

mandamiento aunque sea bueno. Y no solamente estas personas, mas generalmente todo cristiano debe cumplir lo que esté escrito: « Ten cuidado de la buena fama.» No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano que quien quiera que oyere ó viere su vida, dé á Dios gloria, como la solemos dar viendo una rosa ó un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el santo Evangelio, que luzga nuestra luz delante de los hombres: de manera que viendo nuestras buenas obras den gloria al Celestial Padre, del cual procede todo lo bueno. Y este intento de la honra de Dios y de aprovechar á los prójimos movió á san Pablo á contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que nuestro Señor le habia hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice: « Alábete la boca ajena y no la tuya,» porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de ellas como si no las hablara, cumpliendo él mismo lo que habia dicho á los de Corinto, que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen: y los que lloran como si no llorasen, con otras cosas semejables á estas. En lo cual quiere decir que aquel provechosamente usa de lo temporal próspero ó adverso, gozoso ó triste, que no se le pega el corazon á ello; mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto cuando san Pablo contaba estas cosas de sí, con un corazon las decia, no solo despreciador de la honra, mas amador del desprecio y deshonra por Jesucristo, cuya cruz él tenia por honra suprema. Y de estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, ó digan ellos cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere muy menester para algun buen fin. Mas así como es cosa de mucha virtud tener la cosa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazon la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa, y que muy pocos la alcanzan. Porque, como san Crisóstomo dice, « andar entre honras y no pegarse al corazon del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. » Y la experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud. Porque segun san Jerónimo dice: « Los montes mas altos con mayores vientos son combatidos. » Y cierto es que se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer. Y no sin causa y gran causa nuestro Soberano Maestro y Señor, que todo lo sabe, huyó de ser elegido por rey. Y pues él no podia peligrar en estado, por alto que fuese, claro está que es doctrina para nuestra flaqueza, que debe ella huir de lo peligroso, pues huyó el que estaba seguro. Y si es atrevimiento muy grande y contra el ejemplo de Cristo recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿ qué será desearlo? ¿ y qué será procurarlo? Porque para decir cuanto mal es dar dineros por ello, no hay hombre que baste. Cosa es de grandísimo espanto que pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana escoja los peligros de andar por la mar, y no con

Eccli., 41.

Matth., 5.

2. Cor., 4.

Prov., 27.

1. Cor., 7.

Joan., 6.

bonanza sino con tempestades continuas, porque, segun san Gregorio dice, «¿qué otra cosa es el poderío de la alteza sino tempestad del ánima?» Y tras estos trabajos y peligros que en el lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza dicha por Dios, aunque de pocos oida y sentida: «Juicio durísimo será hecho en los que tienen mandos.» ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal, que los mas estirados en la virtud tiemblan y dicen: No entres en juicio con tu siervo, Señor, hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y durísimo? Y viendo que un rey Saul, á quien fué el reino ofrecido de parte de Dios, sin que por ello él se ensalzase ni hiciese caso de él, y aun se escondió por no recibirlo, y fué hallado porque Dios le manifestó; con todo esto maltratóle tan mal la alteza de la dignidad, con sus ocasiones, que habiendo precedido elegirlo Dios, y huirlo él, sucedió tan mala vida y mal fin, que debe poner temor y escarmiento á los que entran en estados de honra, aun llamados y por buena puerta; y muy mayor á los que no entran por tal. Y cierto es cosa de maravillar que haya gente tan tasada en el servicio de nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga á pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos y no quieren meterse en cosas altas y de perfeccion, sino andar camino llano como ellos dicen. Y estos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos, mandos y honras, que para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta ó aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado: tanto ciega el deseo de la honra y mandos, y de intereses humanos, que á los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fian de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan á sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca á regir á los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden á valerse en él. Porque de estos tales dice Dios: «Ellos reinaron, y no por mi perecer: fueron príncipes, y yo no lo supe.» Quiere decir: no lo aprobé, ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al rey Saul, habiéndole el mismo Dios metido en el reino, tendrá mucha razon para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saul, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saul. Razon tuvo san Agustin en decir que el lugar alto es necesario para regimiento del pueblo, aunque cuando se tiene se administre como conviene; mas cuando no se tiene, no es lícito desearlo. Y él decia de sí mismo que deseaba y procuraba salvarse en el lugar bajo, por no peligrar en el alto. Especialmente se debe esto hacer cuando el tal lugar tiene regimiento de ánimas. Lo

San Gregor.

Psal., 141.

1. Reg., 10.

Oseæ., 8.

cual es tan dificultoso para hacerse bien, que se llama arte de artes. Huir se deben estos peligros en cuanto buenamente fuere posible, imitando el ejemplo ya dicho, que el Señor nos dió, en huir de aceptar el reino, y el que nos han dado muchas personas santas y sabias que los han huido con todo su corazon. Y para entrar bien en ellos, ha de ser ó por revelacion del Señor, ó por obediencia de quien lo puede mandar, ó por consejo de persona que entienda muy bien la obligacion del oficio y los peligros de él : y tenga el juicio de Dios delante sus ojos, y muy atrás de ellos todo respeto temporal. Y si estas condiciones no se hallaren, será menester que haya tales conjeturas de que Dios es de ello servido, que sean de tanto peso que pueda el tal hombre fiarse de ellas, para entrar en tan grave peligro. Y con todo esto aun hay que temer, y conviene velar y suplicar al Señor que pues guardó la entrada de mal guarde tambien la salida, porque no pare en eterna condenacion. Porque á muchos de los que han vivido contentos en estos estados, hemos visto morir con deseo de no los haber tenido, y con grandes temores de lo que primero (á su parecer) estaban seguros. Débese mejor parecer la verdad de las cosas temporales, cuanto el hombre mas se aleja de ellas y mas se acerca al juicio de Dios, en el cual hay toda verdad.

CAPITULO V.

De cuanto debemos huir los regalos de la carne. Y como es peligrosísimo enemigo, y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.

La carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es mas peligrosa, porque combate con deleites, que son armas mas fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan á traicion, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿ Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte y muerte eterna? Siendo la muerte lo mas amargo que hay, y los deleites el mismo sabor. Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino á la apariencia de fuera. Traicion es de Joab que abrazando á Amasas lo mató : y de Judas que con falsa paz entregó á la muerte á su bendito Maestro. Y así es, que en bebiendo del deleite del pecado mortal muere Cristo en el alma : y él muerto, el ánima muere, porque la vida de ella viene de él. Y así dice san Pablo : « Si segun la carne viviéredes, morireis. » Y en otra parte : « La viuda que en deleites está, viviendo está muerta : » viva en la vida del cuerpo y muerta en la del ánima. Y cuanto la carne es á nos mas conjunta, tanto mas nos conviene temerla : pues el Señor

2. Reg., 20. Matth., 26. Mar., 4. Luc., 22.

Rom., 8.

Timot., 5.

Matth., 10. dice que los enemigos del hombre son los de su casa. Y esta no solo es de casa, mas de dos paredes que tiene nuestra casa ella es la una. Y por esta y otras causas que hay, dijo san Agustin, « que la pelea de la carne era continua, y la victoria dificultosa.» Y quien quisiere salir vencedor de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado. Porque la preciosa joya de la castidad no se da á todos, mas á los que con muchos sudores de importunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de nuestro Señor, el cual quiso ser envuelto en sábana limpia de lienzo, que pasa por muchas asperezas para venir á ser blanco; para dar á entender que el varon que desea alcanzar ó conservar el bien de la castidad, y aposentar á Cristo en sí, como en otro sepulcro, conviénele con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza, la cual es tan rica, que por mucho que cueste siempre se compra barata. Y así como se piden otros trabajos mas ásperos de penitencia y satisfaccion al que mucho ha ofendido á nuestro Señor, que á quien menos; así aunque á todos los que en esta carne viven convenga temerla, y guardarse de ella, y enfrenalla, y regilla con prudente templanza; mas los que particularmente son de ella guerreados, particulares remedios y trabajos han menester. Por tanto, quien esta necesidad sintiere en sí mismo debe primeramente tratar con aspereza su carne, con apocarle la comida y el sueño, con dureza de cama, y de cilicios y otros convenientes medios con que la trabaje: porque, segun san Jerónimo dice, con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne; y san Hilarion que decia á su propia carne: « Yo te domaré, y haré que no tires coces, sino que de hambrienta y trabajada pienses antes en comer que en retozar.» Y san Jerónimo aconseja á Eustoquia vírgen, que aunque ha sido criada con delicados manjares, tenga gran cuenta con la abstinencia y trabajos del cuerpo, afirmándola que sin esta medicina no podrá poseer la castidad. Y si de aqueste tratamiento se sigue flaqueza á la carne, ó daño á la salud, responde el mismo san Jerónimo en otra parte: «Mas vale que duela el estómago que no el alma,» y mejor es que mandes al cuerpo que no que le sirvas, y que tiemblen las piernas de flaqueza que no que vacile la castidad. Verdad es que en otra parte dice que no sean los ayunos tan excesivos que debiliten el estómago. Y en otra parte reprehende á algunos que él conoció haber corrido peligro de perder el juicio por la mucha abstinencia y vigilias. Para estas cosas no se puede dar una general regla que cuadre á todos, pues unos se hallan bien con unos medios y otros no: y lo que daña á uno á su salud á otro no. Y una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, porque entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma. Y otra cosa es pelear con una mediana tentacion, de la cual no se teme tanto peligro, ni ha menester tanto trabajo para la vencer. Y el tomar en estas cosas el medio que conviene, está á cargo del que fuere guia prudente de la persona tentada: habiendo de parte de entrambos humilde oracion al Señor, para que dé en ello su luz. Y pues

1. Cor., 9. san Pablo, vaso de eleccion, no se fia de su carne, mas dice que la castiga y la hace servir, porque predicando él

á otros que sean buenos, no sea él hallado malo, cayendo en algun pecado: ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él y mayores causas para temer? Muy mal se guarda la humildad entre honras, y templanza entre abundancias, y castidad entre regalos. Y si seria digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa, y él mismo le echase leña muy seca, muy mas digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad y por otra hinche de manjares y de regalo su carne, y se da á la ociosidad: porque estas cosas no solo no apagan el fuego encendido, mas bastan á encenderlo á quien muy apagado lo tuviere. Y pues el profeta Ezequiel da testimonio que la causa porque aquella desventurada ciudad de Sodoma llegó á la cumbre de tan abominable pecado fué la hartura y abundancia de pan y ociosidad que tenia, ¿quién osará vivir en regalos ni ocio, ni aun verlos de lejos, pues los que fueron bastantes á hacer el mayor mal, con facilidad harán los menores? Ame pues la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad: porque si lo uno quiere tener sin lo otro, no saldrá con ello, mas antes se quedará sin entrambas cosas. Que á los que Dios juntó, ni los debe el hombre querer apartar, ni puede aunque quiera.

Ezec., 16.

CAPITULO VI.

De dos causas de las tentaciones sensuales, y qué medios habemos de usar contra ellas, cuando nacen de la impugnacion del demonio.

Debemos mucho advertir que el remedio que habemos dicho de afligir la carne, suele ser provechoso cuando la tentacion nace de la misma carne, como suele acaecer á los mozos, y á los que tienen buena salud y regalada su carne. Y entonces aprovecha poner el remedio en ella, pues está en ella la raiz de la enfermedad. Mas otras veces viene esta tentacion de parte del demonio: y verseha ser así, en que mas combate con pensamientos y feas imaginaciones del ánima, que con feos sentimientos del cuerpo, ó si los hay, no es porque la tentacion comience en ellos, mas comenzando con pensamientos resulta el sentimiento en la carne, la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como á san Jerónimo acaecia, segun él lo cuenta. Y tienen tambien otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querria, y menos ocasion hay para ello. Y ni catan reverencia á tiempos de oracion, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos y tales estos pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen. Y en la fuerza con que vienen, y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las

dice y las hace. Cuando estas y otras señales semejables hubiere, tened por cierto que es persecucion del demonio en la carne, y que no nace de ella aunque se padece en ella, la cual guerra es mas peligrosa que la pasada, por querernos muy mal quien la hace; y por ser enemigo tan infatigable para guerrear, velando y durmiendo, y en todo tiempo y lugar. Y el remedio de este mal es procurar alguna buena ocupacion que ponga en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y á este intento procuró san Jerónimo (segun él mismo lo cuenta) de estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto, y dice: «Siempre te halle el demonio bien ocupado.» Y tambien hablando en este propósito, de cuan provechosa es para esto la vida de los monasterios, la aconseja, diciendo: « Y en ella cumplas cada dia lo que te fuere encargado, y seas sugeto á quien no querrias, y vayas cansado á la cama, y andando te caigas dormido: y sin haber cumplido con el sueño seas constreñido á te levantar, y digas tu salmo cuando te viniere, y sirvas á los hermanos, y laves los piés á los huéspedes: y siendo injuriado calles, y temas como á señor al abad del monasterio, y le ames como á padre, y creas que todo lo que él te mandare es cosa que te conviene, y no juzgues á tus mayores, pues que tu oficio es obedecer y cumplir lo mandado, segun dice Moisés: *Oye Israel y calla.* Y estando ocupado en tantos negocios, no tendrás lugar para otros pensamientos: y pasando de una obra en otra, aquello solamente tendrás en la memoria que de presente eres constreñido á hacer.» Esto dice san Jerónimo; y conforme á esto se usaba entonces en los monasterios ejercitar á los mozos en buenas ocupaciones mas que en soledad y larga oracion, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir. Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios, por lo cual con justa causa puede darse la oracion larga al mozo y quitarse al viejo. Y dije que no ocupaban al mozo en larga oracion, entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo, y se tiene como por oficio; porque no tener algunos ratos de ella seria yerro muy grande, por los bienes que perderia, y porque aun para bien hacer la ocupacion es menester ganar espíritu y fuerzas en la oracion, que de otra manera suelen los ocupados quejarse y andar desabridos, como carro cargado y no untado con la blandura de la devocion. Y estén advertidos los principiantes á que el demonio particularmente procura de traerles las tales imaginaciones al tiempo de la oracion, por hacer que la dejen, y descanse él. Porque aunque el demonio nos fatiga mucho con sus tentaciones, mucho mas le fatigamos á él, y le queman nuestras devotas oraciones: y por eso procura que no las hagamos, ó que las hagamos mal hechas. Mas nosotros debemos, como á porfía, trabajar todo lo que nos fuere posible por no dejar nuestro ejercicio, pues en la persecucion que en él tenemos se demuestra bien cuan provechoso nos es. Y si tanto nos acosare la guerra haciendo la oracion mentalmente, y sintiéremos mucho peligro por las tales imaginaciones, debemos á mas no poder orar vocalmente, y herir nuestros pechos, lastimar nuestra

carne, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al cielo pidiendo socorro á nuestro Señor : de manera que en fin se gaste bien aquel rato que para orar teniamos diputado, ó hacer algo que nos divierta, especialmente hablar con alguna buena persona que nos esfuerce: aunque esto ha de ser á mas no poder, porque no se muestre nuestra flaqueza á querer vencer huyendo, y nos haga nuestro enemigo perder el lugar de nuestra pelea y las fuerzas de pelear, que en fin el Señor piadoso y poderoso mandará cuando nos convenga que nuestro adversario calle, y no nos impida nuestra secreta y amigable habla que solíamos tener con él.

CAPITULO VII.

De la grande paz que Dios nuestro Señor da á los que varonilmente pelean contra este enemigo, y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.

Todas estas escaramuzas se suelen pasar en esta guerra de la castidad, cuando el Señor lo permite para probar sus caballeros, si de verdad le aman á él y la castidad por quien pelean. Y despues de hallados fieles, envia su omnipotente favor, y manda á nuestro adversario que no nos impida nuestra paz ni nuestra secreta habla con él. Y goza el hombre entonces de lo trabajado, y sale bien, y esle mas meritorio.

Es tambien menester y muy mucho para guarda de la castidad, que se evite la conversacion familiar de mujeres con hombres, por buenos ó parientes que sean, porque las feas no pensadas caidas que en el mundo han acaecido acerca de aquesto, nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza, y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquier falsa seguridad que nuestra soberbia nos quisiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios, y lo que mas es, tan grandes santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco leyendo la torpeza de Amnon con su hermana Tamar, con otras muchas tan feas, y mas, que en el mundo han acaecido á personas que las ha cegado esta bestial pasion de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya ó agena, viendo á David, que fué varon conforme al corazon de Dios, ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados por solo mirar á una mujer? ¿Y quién no temblará de su flaqueza, oyendo la santidad y sabiduría del rey Salomon siendo mozo, y sus feas caidas contra la castidad, que le malearon el corazon á la vejez, hasta poner muchedumbre de ídolos y adorarlos, como lo hacian y querian las mujeres que amaba? Ninguno en esto se engañe, ni se fie de castidad pasada ó presente, aunque sienta su ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una piedra, porque gran verdad dijo el experimentado Jerónimo, que « ánimas de hierro la lujuria las doma. » Y san Agustin

2. Reg., 13.

1. Reg., 13.

3. Reg., 3.

no quiso morar con su hermana, diciendo: « Las que conversan con mi hermana no son mis hermanas. » Y por este camino de recatamiento han caminado todos los santos, á los cuales debemos seguir si queremos no errar. Por tanto, doncella de Cristo, no seais en esto descuidada; mas oid y cumplid lo que san Bernardo dice: « Que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aun en las seguras; » y las que así no lo hacen, presto se verán tan miserablemente caidas cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas. Y aunque por la penitencia se alcance el perdon del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida. « Y cosa fea es, dice san Jerónimo, que la doncella que esperaba corona pida perdon de haberla perdido, » como la seria si tuviese el rey una hija muy amada, y guardada para la casar conforme á su dignidad, y cuando al tiempo de ello viniese, le dijese la hija que pedia perdon de no estar para casarse, por haber perdido malamente su virginidad. « Los remedios de la penitencia, dice san Jerónimo, remedios de desdichados son, pues que ninguna desdicha ó miseria hay mayor que hacer pecado mortal, para cuyo remedio es menester la penitencia; » y por tanto debeis trabajar con toda vigilancia por ser leal al que os escogió, y guardar lo que prometísteis, porque no probeis por experiencia lo que está escrito: Conoce y ve cuan amarga cosa es haber dejado al Señor Dios tuyo, y no haber estado su temor en tí; mas goceis del fruto y nombre de casta esposa, y de la corona que á tales está aparejada.

CAPITULO VIII.

Por qué medios suele engañar el demonio á los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

Debeis estar advertida que las caidas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellas, y por esto son mas de temer. Paréceles primero que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto, usan, como en cosa segura, frecuentar mas veces la conversacion, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algun tanto, y les hace tomar pena cuando no se ven, y descansan con verse y hablarse: y tras esto viene el dar á entender el uno al otro el amor que se tienen, en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algun rato, y poco á poco la conversacion que primero aprovecharia á sus ánimas ya sienten que las tienen cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces, y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas ó cartas, las cuales cosas, con otras semejantes blanduras, como san Jerónimo dice, el santo amor no las tiene; y de estos eslabones de uno en otro suelen venir tales fines, que les da muy á su costa á entender que los principios y medios de la conversa-

cion, que primero tenian por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otros que falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba para despues tomarlos en el lazo que les tenia escondido; y así despues de caidos aprenden que hombre y mujer no son sino fuego y estopa, y que el demonio trabaja por los juntar; y juntos, soplarles con mil maneras y artes, para encenderlos aquí en fuegos de carne, y despues llevarlos á los del infierno. Por tanto, doncella, huid familiaridad de todo varon, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habeis tomado de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor: y esto no mas de cuanto os confesais, y aun entonces decir con brevedad lo que es menester, sin meter otras pláticas, temiendo la cuenta que de la habla que habláredes ó que oyéredes habeis de dar al estrecho Juez. Y tanto mas habeis de evitar esto en la confesion, cuanto mas es para quitar los pecados hechos, y no para cometer otros de nuevo, ni para enfermar con la medicina; y la Esposa de Cristo, especialmente si es moza, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando que sea de muy buena y aprobada vida, fama y de madura edad, y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido que entrambas cosas habeis menester para cumplir con el alteza del estado de virginidad. Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias á nuestro Señor, y obedecedlo y amadlo como á cosa que él os dió. Mas mirad mucho que aunque el amor sea bueno, por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser demasiado: y puede poner en peligro al que lo tiene, porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal. Y si en esto no teneis freno, vendreis á tener un corazon tan ocupado como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos y hijos. Y ya vos veis que esto seria gran desacato contra la lealtad que debeis á nuestro Señor que por Esposo tomastes, porque, como dice san Agustin: « Todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazon Jesucristo, que si os casáredes habia de ocupar el marido. » No tengais pues metido en lo mas dentro de vuestro corazon á vuestro Padre espiritual, mas tenedle cerca de vuestro corazon, como amigo del desposado, y no como á Esposo. Y la memoria que de él tengais, sea para obrar su doctrina, sin parar mas en él, teniéndole por cosa que Dios os dió, para que os ayudase á juntar toda con vuestro Celestial Esposo, sin que él se entremeta en la junta. Y debeis estar aparejada á carecer de él, con paciencia, si Dios lo ordenare, en el cual solo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo; y lo que en san Jerónimo leemos del amor y familiaridad que entre él y santa Paula hubo, conforme á estas reglas fué, aunque muchas cosas son lícitas y seguras á los que tienen santidad y edad madura, que no lo son á quien les falta lo uno ó lo otro, ó entrambas cosas. De esta manera pues os habeis de haber con el padre espiritual que eligiéredes, siendo tal cual os he dicho. Mas si tal no halláredes, muy mejor es que os confeseis y comulgueis en el año dos ó tres veces, y tengais cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no por confesar muchas veces poner vuestra fama á algun riesgo. Porque si, como

dice san Agustin, la buena fama nos es necesaria á todos para con los prójimos, ¿cuánto mas necesaria será á la doncella de Cristo? La fama de las cuales es muy delicada, segun san Ambrosio dice, y tanto, que tener confesor á quien falte alguna calidad de las dichas, pone una mancha en su fama de ellas, que por ser en paño tan preciado y delicado, parece muy fea, y en ninguna manera se debe sufrir. Y porque las que se contentan con decir: No hay mal ninguno, limpia está mi conciencia, y tienen en poco la fama de su honestidad, no se pudiesen favorecer de que á la Sacratísima Vírgen María le hubiesen impuesto alguna infamia de aquestas; quiso su benditísimo Hijo que ella fuese casada, eligiendo antes que lo tuviesen á él por hijo de José, no lo siendo, que no que dijesen los hombres alguna cosa siniestra de su Sacratísima Madre si la vieran tener hijo y no ser casada. Y por tanto las que estos escándalos no curan de quitar, busquen con quien se amparar, que lo que de la Santísima Vírgen María y de las santas mujeres pueden aprender es limpieza de dentro, y buena fama, y buen ejemplo de fuera, con todo recatamiento en la conversacion. Y aunque de las demasiadas conversaciones ninguna cosa de estas se siguiera, aun se debian huir, porque con pensamientos que traen, quitan la libertad del ánima para libremente volar con el pensamiento á Dios, y quitándole aquella pureza, que el secreto lugar del corazon, donde Cristo solo quiere morar, habia de tener, parece que no está tan solo y cerrado á toda criatura, como á tálamo de tan alto Esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre. Y habeis de entender que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso en la familiaridad, ó nace escándalo de ella, porque cuando no hay cosa de estas, no habeis de tratar con quien conviene con turbado ó amedrentado corazon, porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentacion, mas tratar con una santa y prudente simplicidad, no descuidada ni maliciosa.

CAPITULO IX.

Que uno de los mas principales remedios para vencer este enemigo, es el ejercicio de la devota y ferviente oracion, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.

En un capítulo pasado se os dijo cuan fuerte arma es la oracion, aunque no muy larga para pelear contra este vicio. Agora sabed que si la oracion es devota, larga y tal que en ella se da el gusto, segun á algunos es dada la dulcedumbre divina, no solo la tal oracion es arma para pelear, mas del todo degüella á este vicio bestial; porque luchando el ánima con Dios á solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular, alcanza de él como otro Jacob que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad, y queda

herida en el muslo; que quiere decir en el sensual apetito, mortificándosele de arte, que de allí adelante cosquea de él, y queda viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano: porque así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así gustado el espíritu es desabrida toda la carne: y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir, y queda tan flaca y caida como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces con la fortificacion que el espíritu siente ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentando en este destierro algo de lo que en el cielo ha de pasar, cuando de estar el ánima bienaventurada en su Dios, y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar. ¡O Soberano Señor, y cuan sin excusa has dejado la culpa de aquellos que por buscar deleite en las criaturas, te dejan y ofenden á tí, siendo los deleites que en tí hay tan de tomo que todos los de las criaturas que se junten en uno, son una verdadera hiel en comparacion de ellos! Y con mucha razon, porque el gozo ó deleite que de una cosa se toma, es como fruto que la cosa de sí da; y cual es el árbol, tal es su fruto: y por eso el gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor, porque el árbol de que se coge las mismas condiciones tiene; mas el gozo que en tí, Señor, hay, ¿qué falta ó brevedad puede haber, pues que tú eres eterno, manso, simplicísimo, hermosísimo, inmutable, y un bien infinitamente cumplido? El sabor que una perdiz tiene es sabor de perdiz, y el gusto de la criatura sabe á criatura, y quien supiere decir quién eres tú, Señor, sabrá decir á qué sabes tú. Sobre todo entendimiento es tu Ser, y tambien lo es tu dulcedumbre, la cual está guardada y escondida para los que te temen, y para aquellos que por gozar de tí renuncian de corazon el gusto de las criaturas. Bien infinito eres, y deleite infinito eres: y por eso, aunque los celestiales ángeles y bienaventurados hombres que en el cielo están y han de estar gozando de tí, y con fuerzas dadas por tí, que no son pequeñas, y aunque muchos mas sin comparacion se juntasen con ellos á gozar de tí, y con mucho mayores fuerzas, es el mar de tu dulcedumbre tan sin medida, que nadando y andando ellos embriagados y llenos de tu suavidad, queda tanto mas que gozar de ella, que si tú, Omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes, no gozases de tí mismo, quedaria el deleite que hay en tí quejoso, por no haber quien goce de él, cuanto hay que gozar. Y conociendo tú, Señor Omnipotente, como Criador nuestro, que nuestra inclinacion es á tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolacion buena ó mala, nos convidas con los santos deleites que en tí hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé.» Y tú mandaste pregonar en tu nombre: «Todos los sedientos venid á las aguas.» Y nos hiciste saber que hay deleites en tu mano derecha que

Gen., 3.

Matth., 11.

Isai., 55.

duran hasta la fin. Y que con el rio de tu deleite, no con medida ni tasa, has de dar á beber á los tuyos en tu reino. Y algunas veces das á gustar acá algo de ello á tus amigos, á los cuales dices: « Comed, y bebed, y embriagaos, mis muy amados. » Todo esto, Señor, con deseo de traer á tí con deleite á los que conoces ser tan amigos de él. No ponga pues nadie, Señor, en tí tacha que te falte bondad para ser amado, ni deleite para ser gozado, ni vaya á buscar conversacion agradable ni deleitable fuera de tí, pues el galardon que has de dar á los tuyos es decirles: « Entra en el gozo de tu Señor, porque de lo mismo que tú comes y bebes comerán ellos y beberán; y de lo mismo que tú te gozas, ellos se gozarán;» porque convidados los tienes á que coman sobre tu mesa en el reino de tu Padre. ¿ Qué dirás á estas cosas, hombre carnal, y tan engañado que llega tu engaño á que los sucios deleites que hay en la carne de que gozan, y con mayor abundancia, los viles y malos hombres, y aun las bestias del campo, tienes en mas que la soberana dulcedumbre que hay en Dios, de la cual gozan santos y ángeles, y el mismo Dios Criador de ellos? Cosa es de bestias lo que tú precias y amas, y tus pasiones bestias son: y tantas veces pones al Altísimo Dios debajo de los piés de tus vilísimas bestias, cuantas veces le ofendes por tus deleites carnales. Huid, doncella, de cosa tan mala, y subíos al monte de la oracion, y suplicad al Señor os dé algun gusto de sí, para que esforzada vuestra ánima con la suavidad de él, desprecieis los lodosos placeres que hay en la carne: y habreis entonces compasion entrañable de la gente que anda perdida por la bajeza de los valles de la vida bestial; y espantada direis: ¡ O hombres! ¿ y qué perdeis? ¿ Y porqué? Al dulcisímo Dios, por la vilísima carne. ¿ Y qué pena merece tan falso peso y medidas sino eterno tormento? Y cierto les será dado.

Cant., 5.

Matth., 26.

Luc., 21.

CAPITULO X.

De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con estos primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habeis oido, son cosas que ordinariamente habeis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentacion. Agora oid lo que habeis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente ó el corazon con la señal de la cruz, llamando con devocion al santo nombre de Jesucristo, y decid: No vendo yo á Dios tan barato; Señor, mas valeis vos y mas quiero á vos. Y si con esto no se quita, abajad al infierno con el pensamiento, y mirad aquel fuego vivo cuan terriblemente quema y hace dar voces, aullar y blasfemar á los miserables que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios, que dice:

Apoc., 18. « Cuanto se glorificó en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro.» Y espantaos de tan grave castigo, y aunque justísimo, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que san Gregorio dice: « Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta.» Y si esto no os aprovecha, subíos al cielo con el pensamiento, y representeseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada ciudad hay, y cómo no puede entrar allí bestia ninguna, quiero decir hombre bestial: y estaos un rato allá, hasta que sintais alguna espiritual fuerza, con que aborrézcais vos aquí lo que allí se aborrece por Dios. Tambien aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, segun vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuan hediondos y cuales están allí los cuerpos de hombres y mujeres. Tambien aprovecha ir luego á Jesucristo puesto en la cruz, y especialmente atado á la columna y azotado, y bañado en sangre de piés á cabeza, y decirle con entrañable gemido: ¿Vuestro virginal y divino cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, y yo quiero deleites para el mio, digno de todo castigo? Pues vos pagais con azotes tan llenos de crueldad los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero tomar placer tan á costa vuestra, Señor. Tambien aprovecha representar súbitamente delante de vos á la limpísima Vírgen María, considerando la limpieza de su corazon y entereza de su cuerpo: y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz. Mas si sabeis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oracion, segun adelante diremos, hallareis con facilidad el socorro mas á la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola á uno y á otro, es un volver las espaldas á los enemigos, y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así quedarán burlados. Tambien aprovecha tender los brazos en cruz, hincar las rodillas y herir los pechos; y lo que mas, ó tanto como todo junto es, recibir con debido aparejo el santo cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, el cual fué formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecado nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, teneríamonos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad por honra de aquel que en nosotros entró. ¿Con qué corazon puede uno injuriar su cuerpo habiendo sido honrado con juntarse con el santísimo cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligacion se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho al purísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata á vileza, y atándome consigo, y dedicándome á él por su entrada? ¿Cómo ó con que cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? ¿He comido á él y con él á una mesa, y serlehe traidor agora ni en toda mi vida? Así es razon

que se estime esta merced para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas si mal lo recibimos ó mal de él usamos, sucede el efecto contrario: y se siente el tal hombre mas poseido de la deshonestidad que antes de haber comulgado. Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se asosegare, debéisla tratar como á bestia, con buenos dolores, pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron á nuestro Señor Jesucristo. Otros con azotarse fuertemente, acordándose de como el Señor fué azotado. Otros con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, herirse el rostro y con otras cosas semejantes á estas, con que causan dolor á la carne, porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los santos pasados, uno de los cuales se desnudó y se revolcó por unas espinosas zarzas, y con el cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima habia. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fria, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro. Otro puso los dedos de la mano en una lumbre, y con quemarse algunos de ellos cesó el fuego que atormentaba su ánima. Y un mártir, atado de piés y manos con el dolor de cortarse con sus propios dientes la lengua, salió vencedor de aquesta pelea. Y aunque algunas de estas cosas no se han de imitar, porque fueron hechas con particular instinto del Espíritu Santo, y no segun ley ordinaria, mas debemos aprender de aquí que en el tiempo de la guerra, en que nos va la vida del ánima, no nos hemos de estar quedos ni flojos, esperando que nos den lanzadas nuestros enemigos, mas resurtir del pecado, como de la faz de la serpiente, segun dice la Escritura, y tomar cada uno el remedio conque mejor se hallare, y segun su prudente confesor le encaminare.

Eccli., 21.

CAPITULO XI.

De algunas causas allende de las dichas, por las cuales vienen algunos á perder la castidad, para que huyamos de ellas, si no la queremos perder, y con qué medios nos debemos animar.

Ningun cuidado ni trabajo que por la guarda de esta limpieza se ponga, debe parecer demasiado, si se sabe estimar el precio y mérito de ella y su galardon. Y pues que nuestro Señor os ha dado á entender el valor de esta joya, y os ha dado gracia para que la eligiésedes y prometiésedes, no será menester tanto deciros la excelencia de ella, cuanto daros avisos de como no la perdais, enseñándoos algunas causas mas de las ya dichas, por donde algunos la pierden, para que sabidas las eviteis, porque no la perdais, y vos seais perdida con ella. Piérdenla unos por tener recias inclinaciones naturales contra ella, y por no ser importunados, ni

pasar guerra contra sí mismos tan cruel y durable, se dan maniatados á sus enemigos con miserable consejo, no entendiendo que el propósito del cristiano ha de ser morir ó vencer, con la gracia de aquel que ayuda á los que por su honra pelean. Otros hay, que aunque no son muy tentados, tienen una vileza y pequeñeza natural del corazon, inclinada á cosas bajas. Y como esta sea una de las mas viles y bajas y que mas á mano se les ofrece, encuentran luego con ella y danse á ella como á cosa proporcionada con la bajeza y vileza de su corazon, que no se levanta á emprender aun vida de hombres regidos por razon natural, con la cual enseñado uno dijo que en los deleites carnales no hay cosa digna de magnánimo corazon. Y otro dijo que la vida segun los deleites carnales es vida de bestias, porque no solo la lumbre del cielo, mas aun la de la razon natural, condena á los que en esta vileza se ocupan, como á gente que no vive segun hombres, cuya vida ha de ser conforme á razon; mas segun bestias, cuya vida es por apetito. Y si bien se mirase, podria con mucha justicia quitar á estos tales el nombre de hombres, pues teniendo figura de hombres, viven vida de bestias, y son verdadera deshonra de hombres. Y no seria cosa poco monstruosa, ni que diese pequeña admiracion á los que la viesen, traer una bestia enfrenado á un hombre, y llevándolo adonde ella quisiese, rigiendo ella á quien la habia de regir. Y hay tantos de estos regidos por el freno de apetitos bestiales, bajos y altos, que no sé si por ser muchos no hay quien eche de ver en ello. O lo que mas creo es, porque hay pocos que tengan lumbre para mirar qué miserable está una ánima muerta con deleites carnales, debajo de un cuerpo especialmente hermoso y de fresca edad. ¡O! á cuantas ánimas de estos y de otros tiene abrasados este fuego infernal, y ni hay quien eche lágrimas de compasion sobre ellos, ni quien diga de corazon: á tí, Señor, daré voces, porque el fuego ha comido las cosas hermosas del desierto; que cierto si hubiese muchas viudas en Nain, que amargamente llorasen á sus hijos muertos, usaria Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánima, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio hace mencion. No debe dormirse el que en la Iglesia tiene oficio de orar é interceder por el pueblo, con afecto de madre, porque no castigue Dios al orador y su pueblo, diciendo: «Busqué entre ellos varon que se pusiese por muro, y se pusiese contra mí, porque no destruyese la tierra, y no lo hallé: y derramé sobre ellos mi enojo, en el fuego de mi ira los consumí.» Guardaos pues vos de tener corazon tan pequeño y envilecido que os parezcan bien y os contenten estas vilezas. Y acordaos de lo que san Bernardo dice: «Que si bien considerárades el cuerpo y lo que sale de él, es un muladar muy mas vil que cualquiera que hayais visto.» Despreciadlo de corazon con todos sus deleites, atavíos y flor, y haced cuenta que ya está en la sepultura convertido en un poco de tierra. Y cuando algun hombre ó mujer viéredes, no mireis mucho su faz ni su cuerpo: y si lo miráredes, sea para haber asco de él, mas enderezad vuestros ojos interiores al ánima que está encerrada y escondida en el cuerpo, en las cuales no hay diferencia de hom-

Joel, 1.

Luc., 7.

Ezec., 22.

bre á mujer; y aquella ánima engrandeced, como cosa criada de Dios, cuyo valor de una sola es mayor que de todos los cuerpos criados y por criar. Y así despedida de la bajeza de los cuerpos, buscad grandes bienes y emprended nobles empresas, y no menores que aposentar á Dios en vuestro cuerpo y vuestra ánima con entrañable limpieza de corazon. Miraos con estos ojos, pues dice san Pablo: ¿«No sabeis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros?» Y en otra parte dice: ¿No sabeis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el cual Dios os lo ha dado, y que no sois vuestros?» Y pues sois comprados por precio grande, honrad á Dios en vuestro cuerpo. Considerad pues que cuando recibistes el santo bautismo fuistes hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima á él por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa: y de ánima y de cuerpo se sirve el Espíritu Santo, como un Señor de toda su casa, moviendo á buenas obras á ella y á él. Y por eso se dice que tambien nuestros miembros son templo del Espíritu Santo. Grande honra nos da Dios en querer morar en nosotros, y honrarnos con verdad y nombre de templo: y grande obligacion nos echa para que seamos limpios, pues á la casa de Dios conviene toda limpieza. Y si miráredes que fuistes comprada (como dice san Pablo) con precio grande, que es con la vida de Dios humanado que por vos se dió, vereis cuanta razon es honrar á Dios y traerlo en vuestro cuerpo, sirviéndole con él, y no haciendo cosa en él que sea para deshonra de Dios y daño vuestro. Porque verdadera y justa sentencia es que quien ensuciare el templo de Dios lo ha de destruir Dios, y que no ha de haber en su templo sino cosa de honra y de su alabanza. Y acordaos de lo que dijo san Agustin: «Despues que entendí que me habia Dios redimido y comprado con su sangre preciosa, nunca mas me quise vender.» Y añadid vos, cuanto mas por vilezas de carne. Obra habeis comenzado de gran corazon, pues quereis tener en la carne corruptible incorrupcion, y tener por via de virtud lo que los ángeles tienen por naturaleza, y pretender particular corona en el cielo, y ser compañera de las vírgenes, que cantan el nuevo cantar, y acompañan al Cordero do quiera que va. Mirad vuestro título que de presente teneis, que es ser esposa de Cristo, y el bien que esperais en el cielo cuando vuestro Esposo os ponga en su tálamo allá: y amareis tanto la limpieza de la virginidad, que de buena gana perdais la vida por ella, como lo hicieron muchas vírgenes santas, que por no dejarlo de ser pasaron martirio, y con grandeza de corazon; la cual procura de tener, porque es muy necesaria para conservar el grande estado en que Dios os ha puesto.

1. Cor., 3.

CAPITULO XII.

Que suele Dios castigar á los soberbios, con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos, y de cuanto conviene ser humildes para vencer á este enemigo.

Otros ha habido que han perdido esta joya de la castidad por via de castigarles Dios con justo juicio, en entregarlos, como dice san Pablo, en los deseos deshonestos de su corazon, como en manos de crueles sayones, castigando en ellos unos pecados con otros pecados no incitándolos él á pecar, porque del Sumo Bien muy extraño es ser causa que nadie peque, mas apartando su socorro del hombre por pecados del mismo hombre, lo cual es obra del justo Juez; y si justo, bueno. Y así dice la Escritura: « Pozo hondo es la mala mujer, y pozo estrecho la mujer ajena; » aquel caerá en él con quien Dios estuviere enojado. No se asegure pues nadie con que no da enojos á Dios cerca de la castidad, si los da en otras cosas, pues que suele dejar caer en lo que el hombre no caia ni querria, en castigo de caer en otras cosas que no debia: y aunque esto sea general en todos los pecados, pues por todos se enoja Dios, y por todos suele castigar, mas particularmente, como dice san Agustin, « suele castigar Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria. » Y así se figura en Nabucodonosor, que en castigo de su soberbia perdió su reino, y fué alanzado de la conversacion de los hombres, y le fué dado corazon de bestia, y conversó entre las bestias; no porque perdiese la naturaleza de hombre, sino porque le parecia á él que no lo era: y así estuvo hasta que le dió Dios conocimiento y humildad con que conociese y confesase que la alteza y reino es de Dios, y que lo da él á quien quiere. Cierto así pasa, que el hombre que atribuye á la fortaleza de su brazo el edificio de la castidad, lo echa Dios de entre los suyos, y salido de tal compañía, que era como de ángeles, mora entre bestias, con corazon tan bestial como si no hubiera amado á Dios, ni sabido qué era castidad, ni hubiese infierno, ni gloria, ni vergüenza, tanto que ellos mismos se espantan de lo que hacen, y les parece no tener juicio, ni fuerzas de hombre, sino del todo rendidos á este vicio bestial, como bestias, hasta que la misericordia del Señor se adolece de tanta miseria, y da á conocer al que de esta manera ha caido, que por su soberbia cayó, y por medio de humildad se ha de levantar y cobrar. Y entonces confiesa que el reino de la castidad, por el cual reinaba sobre su cuerpo, es dádiva de Dios, que por su gracia la da, y por pecados del hombre la quita. Y este mal de soberbia es tan malo de conocer, y por eso mucho de temer, que algunas veces lo tiene el hombre metido tan en lo secreto de su corazon, que él mismo no lo entiende. Testigo es de esto san Pedro y otros muchos, que estando agradados y confiados de sí, pensaban que lo estaban de Dios, el cual con su infinita sabiduría ve la enfermedad de ellos, y con su misericordia

Rom., 1.

Prov., 23.

Daniel, 4.

junta con su justicia, los cura y sana con darles á entender, aunque á costa suya, que estaban mal agradados y mal confiados de sí mismos, pues se ven tan miserablemente caidos: y aunque la caida es costosa, no es tan peligrosa como el secreto mal de soberbia en que estaban, porque no le entendiendo no le buscaban remedio, y así se perdieran: y entendiendo su mal con la caida, y humillados delante la misericordia de Dios, alcanzan remedio de él para entrambos males. Y por esto dijo san Agustin que castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria, porque el segundo mal es manifiesto á quien lo comete, y por allí viene á entender el otro mal que secreto tenia. Y habeis de saber que estos soberbios unas veces lo son para consigo solos, y otras despreciando á los prójimos por verlos faltos en la virtud, y especialmente en la castidad. Mas, ó Señor, y cuan de verdad mirarás con ojos airados aqueste delito, y cuan desgraciadas te son las gracias que el Fariseo te daba, diciendo: «No soy malo como los otros hombres, ni adúltero, ni robador como lo es aquel arrendador que allí está.» No lo dejas, Señor, sin castigo; castígaslo y muy reciamente, con dejar caer al que estaba en pié, en pena de su pecado, y levantas al caido por satisfacerle su agravio. Sentencia tuya es, y muy bien la guardas: « No querais condenar y no sereis condenados: y con la misma medida que midieres sereis medidos, y quien se ensalzare será abajado.» Y mandaste decir de tu parte al que desprecia á su prójimo: « Ay de tí que desprecias porque serás despreciado.» O cuantos han visto mis ojos castigados con esta sentencia, que nunca habian entendido cuanto aborrece Dios aqueste pecado, hasta que se vieron caidos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores. En tres cosas, dijo un viejo de los pasados, juzgué á mis prójimos, y en todas tres he caido. Agradezca á Dios el que es casto la merced que le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude á levantar al caido, compadeciéndose de él y no despreciándolo. Piense que él y el caido son de una masa, y que cayendo otro cae él, cuanto es de su parte. Porque, como dice san Agustin, « no hay pecado que haga un hombre que no lo haria otro hombre, si no lo rige el Hacedor del hombre.» Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno, gozándose del bien del prójimo: no sea como ponzoñosa serpiente que saque de todo mal: soberbia en las caidas ajenas, y envidia en los bienes ajenos. No quedarán estos tales sin castigo de Dios, dejárlesha caer en lo que otros cayeron, y no los dará el bien de que hubieron envidia.

Luc., 8.

Matth., 5.

CAPITULO XIII.

De otras dos peligrosas causas, por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.

Entre las miserables caidas de castidad que en el mundo ha habido, no es razon que se ponga en olvido la del rey y profeta David, porque por ser ella tan miserable y la persona tan calificada, pone un escarmiento tan grande á quien lo oye que no hay quien deje de temer su propia flaqueza. La causa de aquesta caida dice san Basilio que fué un liviano complacimiento que David tomó en sí mismo, una vez que fué visitado de la mano de Dios, con abundancia de mucha consolacion; y se atrevió á decir: «Yo dije en mi abundancia: no seré ya mudado de este estado para siempre.» Mas, ó cuan al reves le salió, y como despues entendió lo que primero no entendia, que en el dia de los bienes que tenemos nos hemos de acordar de los males en que podemos caer. Y que se debe tomar la consolacion divinal con peso de humildad, acompañada del santo temor de Dios, para que no pruebe lo que el mismo David luego dijo: «Quitaste tu faz de mí, y fuí hecho conturbado.» Otra causa de su caida nos da á entender la Escritura Divina, diciendo: «que al tiempo que los reyes de Israel solian ir á las guerras contra los infieles, se quedó el rey David en su casa, y andándose paseando en un corredor, miró lo que le fué causa de adulterio y homicidio, y no de uno, mas de muchos hombres: todo lo cual se evitara, si él fuera á pelear las peleas de Dios, segun otros reyes lo acostumbraban, y él mismo lo habia hecho otros años.» Si vos os estais paseando cuando están recogidos los siervos de Dios, y si estais ocioso cuando ellos trabajan en buenas obras; y si derramais vuestros ojos con soltura, cuando ellos con los suyos lloran por sí y por los otros amargamente; y si al tiempo que ellos se levantan de noche á orar, vos os estais durmiendo y roncando, y perdeis, por lo que se os antoja, los buenos ejercicios que solíades tener, que con su fuerza y calor os tenian en pié, ¿cómo pensais guardar la castidad estando descuidado y sin armas para la defender, y teniendo tantos enemigos que pelean contra ella, fuertes, cuidadosos y armados? No os engañeis, que si á vuestro deseo de ser casta no acompañan obras con que defendais vuestra castidad, vuestro deseo saldrá en vano, y acaecerosha á vos lo que á David, pues ni sois mas privilegiada que él, ni mas fuerte ni santa. Y para dar conclusion á esta materia de las causas por que se suele perder aquesta preciosa joya de la castidad, debeis saber que la causa por que Dios permitió que la carne se levantase contra la razon en nuestros primeros padres, que de allí lo heredamos nosotros, fué porque ellos se levantaron contra Dios, desobedeciendo su mandamiento; castigóles en lo que pecaron, y fué, que pues ellos no

Basilius, super psal. 37.

Psal., 29.

2. Reg., 1.

obedecieron á su superior, no les obedeciese á ellos su inferior; y así el desenfrenamiento de la carne esclava y súbdita contra su superior, que es la razon, castigo es de inobediencia de la razon contra Dios su superior. Y por tanto, guardaos mucho de desobedecer á vuestros superiores, porque no permita Dios que vuestro inferior, que es la carne, se levante contra vos, como permitió que Adad se levantase contra el rey Salomon su señor, y os azote y persiga, y por vuestra flaqueza os derribe en el profundo del pecado mortal. Y si estas cosas ya dichas, que con los ojos del cuerpo habeis leido, las habeis bien sentido con lo interior del corazon, vereis cuanta razon hay para que mireis por vos, y qué hay en vos. Y porque vos no bastais á conoceros, debeis pedir lumbre á nuestro Señor para escudriñar los mas secretos rincones de vuestro corazon, porque no haya en vos algo que sepais ó que no sepais, por lo cual se ponga á riesgo de perder por algun secreto juicio de Dios la joya de la castidad que tanto os importa que esté bien guardada con el amparo divino.

3. Reg., 11.

CAPITULO XIV.

De cuanto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo, con sola industria y trabajo humano, y qué debemos entender que es dádiva de Dios á quien se debe pedir, poniendo por intercesores los santos, y en particular á la Virgen nuestra Señora.

Todo lo dicho, y mas que se pueda decir, suelen ser medios para alcanzar esta preciosa limpieza; mas muchas veces acaece que así como trayendo piedra y madera y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así tambien acaece que haciendo todos estos remedios no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que despues de vivos deseos de ella, y grandes trabajos pasados por ella, se ven miserablemente caidos ó recientemente atormentados de su carne, y dicen con mucho dolor: Trabajado hemos toda la noche, y ninguna cosa hemos tomado. Y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio: «Cuanto mas yo la buscaba, tanto mas lejos huyó de mí»; lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia, que en sí mismos estos trabajadores soberbios tenian, pensando que la castidad era fruto que nacia de sus solos trabajos, y no dádiva de la mano de Dios, y por no saber á quien se habia de pedir, justamente se quedaban sin ella, porque mayor daño les fuera tenerla y ser soberbios é ingratos á su dador, que estar sin ella llorosos y humillados y perdonados por la penitencia. No es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad, y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre sino dádiva de nuestro Señor, la cual nos enseña el santo Evangelio, diciendo: «No todos son capaces de esta palabra, mas aquellos á los cuales es dado por Dios.» Y aunque los remedios ya dichos para

Eccli., 7.

Matth., 19.

alcanzar este bien sean provechosos, y debamos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condicion que no pongamos nuestra fiucia en ellos; mas hagamos con devota oracion lo que David hacia y nos aconseja, diciendo: «Alcé mis ojos á los montes, donde me vendrá socorro; mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.» Buen testigo será de esto el glorioso san Jerónimo, que cuenta de sí que le ponian en tanto estrecho aquestos aprietos carnales, que no le libraban de ellos ayunos muy grandes, ni dormir en el suelo, ni largas vigilias, ni estar su carne casi muerta. Y entonces, como hombre desamparado de todo socorro y que en ningun remedio hallaba remedio, se echaba á los piés de Jesucristo nuestro Señor, y los regaba con lágrimas, y limpiaba con sus cabellos en su pensamiento devoto. Y aun alguna vez le acaecia dar voces á Cristo todo el dia y la noche; mas en fin era oido, y le daba Dios el deseo de su corazon con tanta serenidad y espiritual consolacion, que le parecia estar entre coros de ángeles. Así socorre Dios á los que le llaman con entera voluntad, y están firmes en la guerra por él, hasta que él envie socorro. Y no solo debemos llamar á Dios que nos favorezca, mas tambien á sus santos, significados por los montes que aquí dice David: y principalmente mas que ninguno de ellos debe ser llamada la limpísima Vírgen, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced, las cuales ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente haber venido provechos notables por medio de esta Señora á personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora pues tomad por particular abogada, para que nos alcance y conserve con su oracion esta limpieza, y pensad que si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad que amparan con todas sus fuerzas á quien quiere apartarse de la vileza de este vicio, y caminar por la limpieza de la castidad, cuanto mas se debe esperar de esta limpísima Vírgen de Vírgenes, que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere guardar la castidad, que ella tan de corazon ama. No os falte pues deseo de haber este bien. No falte fiucia en Cristo, ni oracion importuna, ni otros servicios como hemos dicho, que ni faltará en sus santos cuidado, ni amor para orar por vos, ni misericordia celestial para conceder este don, que él solo lo da, y quiere que todo hombre á quien lo da así lo conozca, y le dé gloria de ello, pues segun verdad se le debe.

Psal., 120.

CAPITULO XV.

Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente á todos, porque á algunos lo da solamente en el ánima; y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.

Y es de mirar con atencion que este don no lo da Dios por un igual á todos, mas diferentemente, segun á su santa voluntad place, porque á unos da mas de él y á otros menos. A algunos da castidad en el ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea. Mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánima imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que aunque no hagan consentir á la razon en el mal, aflígenla y danle que hacer en defenderse de sus importunidades; lo cual es semejable á Moisen y á su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo adorando ídolos en lo bajo de él. Y quien en este estado está, debe hacer gracias á nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene: porque así como aunque Eva comiera sola del árbol vedado, no se cometiera el pecado original si Adan su varon no consintiera y comiera, así mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo mas alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varon no consiente con ella, antes le desplace y le reprehende; en lo cual debeis estar advertida que no dejeis que las imaginaciones ó movimientos se estén en vos, sin las desechar, porque quien ve el peligro en que está, con tener aquel fuego infernal dentro de sí, y la serpiente en su seno, cuanto mas si ha probado otras veces que de aquello le suele venir el consentimiento en la mala obra, ó en aquel mal deleite, júzgase la tal negligencia por pecado mortal, pues vió el peligro y lo amó por no desechallo. Mas mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando mirais el peligro en que estais, pensad que no os dejó nuestro Señor caer en pecado mortal, y porque en esto á duras penas se puede dar cierta sentencia, sin informacion de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor, y tomar su consejo: y si con todo esto se le hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de sí, mire que con el trabajo de la tentacion se purgan los pecados pasados, y se anima el hombre mas á servir á Dios, viendo que le ha menester: y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar á tanto peligro, y en los cuernos del toro, que á dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantosa hondura del pecado mortal. Y hasta que esta flaqueza sea muy de raiz confesada y experimentada, no cesarán en tí las tentaciones de la carne, que son como tormentos y golpes que te hagan confesar cómo no mora en tí este bien, si de arriba no es conce-

dido. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras mas tu carne te combatiere, tanto mas tú con tu ánima te esforzarás á guardar tu castidad, y las tentaciones serán como golpes que te ayudarán á arraigar mas en tí la limpieza, y verás las maravillas de Dios, que así como por ocasion de nuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza de nuestra carne obra fortaleza en nuestra ánima, diciendo el espíritu no á lo que la carne le convidaba, y afirmarse de nuevo en el amor de la castidad, cuantas veces la carne le convidaba á perder. Y así por medio de un contrario tan molesto y vil obra Dios el otro, que es la castidad, tan precioso y tan digno. Y acuérdate que vale mas buena guerra que mala paz, y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer á nuestro Señor, que por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, y dar enojos á quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fiucia, que no dejará de socorrer á quien por su honra pelea, que al fin él hará que salgas con ganancia de aquesta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues como los mártires querian antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad, hacerteha compañero en la gloria con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entretanto consuélate con tener en tí mismo una prueba de que amas á Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece.

CAPITULO XVI.

De como el don de la castidad es concedido á algunas personas, no solo en lo interior del ánima, mas tambien en la sensualidad, y esto por una de dos maneras.

A otros da nuestro Señor este bien de la castidad mas copiosamente, porque no solo les da en el ánima este aborrecimiento de sus deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne, que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentacion que les dé pena, y esto suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural complexion, otros por eleccion y merced de Dios. Los que por complexion natural no deben de engreirse mucho con la paz que sienten, ni despreciar á quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito firme en el ánima de no ofender en este pecado á nuestro Señor. Y si uno siendo tentado en su carne tiene este propósito bueno en su ánima, con mayor firmeza que el otro que carece de aquestas guerras, mas casto será este combatido que el otro con su paz. Ni tampoco deben estos bienacomplexionados desmayarse diciendo: poco hago ó gano en ser casto; mas deben aprovecharse de su buena inclinacion, eligiendo con el espíritu la castidad, por agradar al Señor, á la cual su inclinacion les convida. Y de esta manera servirán á Dios con lo superior de su ánima por la eleccion virtuosa: y con la parte sensitiva con

su obediencia y buena inclinacion. Otros hay, que no por inclinacion natural, mas por merced de nuestro Señor, son tan castos que en su ánima sienten entrañable aborrecimiento á aquesta vileza, y en su parte sensitiva tanta obediencia, que no va arrastrando á lo que le manda la razon, mas obedece con deleite y presteza, teniendo en entrambas entrañable paz. Este excelente estado rastrearon los filósofos que dijeron que habia algunos varones tan excelentes, que tenian sus ánimos tan purgados que no solo obraban el bien sin guerra de pasiones, mas aun de muy vencidas las tenian olvidadas : y que no solo las pasiones no los vencian, mas aun ni los acometian. Mas esto que los filósofos hablaban y no tenian (porque sin gracia no hay verdadera virtud), los buenos cristianos lo tienen : á los cuales Dios quiere conceder este don perfecto, no ganado por fuerza de ellos, mas concedido por el fuerte y celestial Espíritu Santo suyo, el cual se da por Jesucristo nuestro Señor, á semejanza del mismo Señor, que tuvo en carne corruptible entereza de virginidad. Este celestial Espíritu infunde perfecta castidad en los que á él place. Y hace esto, que así como lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo á Dios, y recibe de él poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con él, y tan regido por la voluntad de él, que diga el Apóstol : « El que se llega á Dios, un espíritu es con él. » Así esta eficacia de Dios que infunde fuerza, y pone disposicion en la parte sensitiva, hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite á la razon, y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual; mas allégase tanto la parte sensitiva á la razon, y toma tan bien su freno, que anda domada y doméstica : y aunque no es razon, anda como razonada, no impidiendo, mas ayudando al espíritu, como fiel mujer á su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas á su carne, que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella, y siendo de naturaleza espiritual, se abaten á la miserable sujecion de su cuerpo, tan trasformados en su carne que se tornan encarnizadas, y parecen en su voluntad y pensamientos un puro pedazo de carne; así la sensualidad de estotros se junta tanto con la razon, que parece mas razon que las mismas ánimas de los otros. Dificultosa cosa de creer es esta; mas en fin es obra y dádiva de Dios, concebida por Jesucristo su único Hijo, especialmente en el tiempo de la Iglesia cristiana. Del cual tiempo estaba profetizado que habian de comer juntos lobo y cordero, oso y leon, porque las afecciones irracionales de la parte sensitiva, que como fieros animales querian tragar y maltratar el ánima, son pacificados por el don de Jesucristo : y dejada su propia guerra, viven en paz como dice Job : « Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las piedras de la region ternás amistad. » Y entonces se cumple lo que es escrito en el salmo que dice : « Tú, hombre, unánime conmigo, y guia mia, y conocido mio, que comias conmigo los dulces manjares, y anduvimos en la casa de Dios de un consenti-

1. Cor., 6.

Isai., 11.

Job, 5.

Psal., 54.

miento.» Las cuales palabras dice el hombre interior á su exterior, teniéndole tan sujeto que le llama de un ánima, y tan conforme á su querer, que dice que comen entrambos dulces manjares, y andan en uno en la casa de Dios: porque están tan amigos, que si el interior come castidad, ú ora, ayuna y vela, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulcedumbre en ellos, tambien el hombre exterior hace estas obras, y le saben como dulce manjar. Mas no entendais por aquesto que venga uno en este destierro á tener tanta abundancia de paz, que no sienta algunas veces en esto ó en otras cosas movimientos contra su razon. Porque sacando á Cristo nuestro Redentor y á su Madre sagrada, no fué á otros concedido este privilegio. Mas habeis de entender que aunque haya estos movimientos en las personas á quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den mucha pena; antes sin ponerles en estrecho de mucha guerra, ni quitarles la verdadera paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad á dos muchachos reñir y luego se apaciguasen, no diríamos que por aquella breve contienda faltaba paz en la ciudad, si la hubiese en los restantes del pueblo. Y pues este estado confesaban los filósofos, sin conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no sea dificultoso al cristiano confesar esto y desearlo á gloria de la redencion de Cristo y de su poder, al cual no hay cosa imposible. De cuyo advenimiento estaba profetizado que habia de hacer en él abundancia de paz. La cual llama Isaías *ser como rio.* Isai., 6. Jerem., 46. Psal., 71. Philip., 4. Y san Pablo dice *ser sobre todo sentido.* Pues cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces Gen., 3. estamos bien lejos de oir su lenguaje, y seguros de caer en la terrible maldicion que echó Dios á Adan nuestro padre, porque oyó la voz de su mujer. Antes nosotros hacemos á ella que nos sirva y oiga nuestra voz: y como á pájaro encerrado en jaula, le enseñamos á hablar nuestro lenguaje, y ella lo aprende, pues con presteza nos obedece. De la cual larga obediencia, que á la razon tiene, queda tan bien acostumbrada, que si algo pide no son deleites sino necesidad, y entonces bien la podemos oir, segun Dios mandó á Abrahan Gen., 18. que oyese la voz de su mujer Sara, que era ya muy vieja, y su carne tan enflaquecida y mortificada que no tenia las superfluidades de otras mujeres de menos edad. Y de esta tal carne algo mas podemos fiar, oyendo lo que nos dice, aunque no debemos tanto creerla que su solo dicho nos baste, mas debemos examinarla por la prudencia del espíritu, porque la que pensábamos estar muerta, no se haga engañosamente mortecina. Y tanto mas peligrosamente nos derribe, cuanto por mas fiel la teníamos.

CAPITULO XVII.

En que se comienza á tratar de los lenguajes del demonio, y cuanto los debemos huir, y que uno de ellos es ensoberbecer á un hombre para le traer á grandes males y engaños, y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.

Los lenguajes del demonio son tantos, cuantas son sus malicias, que son innumerables; porque así como Cristo es fuente de todos los bienes que se comunican á las ánimas de los que con obediencia se sujetan á él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando á sus miserables ovejas, las induce á maldad y mentira, con que eternalmente se pierden. Y porque sus astucias son tantas que solo el espíritu del Señor basta para descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás á Cristo que es verdadero enseñador de las ánimas. Por muchos nombres es llamado el demonio, para declarar los males que él tiene; mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado dragon y leon. *Dragon*, dice san Agustin, porque secretamente pone asechanzas. *Leon*, porque abiertamente persigue. El asechanza que tiene para engañar es aquesta, alzarnos con la vanidad y mentira, y despues derribar con verdadera y miserable caida. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan á estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia: y como él sepa por experiencia ser este mal tan grande que bastó á hacer en él mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas de hacernos participantes en él; porque tambien lo seamos en los tormentos que él tiene. Sabe él muy bien cuanto desagrada la soberbia á Dios, y como ella sola basta á hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades y da buenos consejos y sentimientos devotos, solamente para inducir á soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algun bien, con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de la soberbia y con otros que tras él vienen; porque así como un rey suele andar acompañado de gente, así la soberbia de otros pecados. La Escritura dice: « Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones. » Quiere decir de pecados y de castigos. De un solitario leemos, al cual el demonio apareció mucho tiempo en figura de ángel de Dios, y le decia muchas revelaciones, y hacia que cada noche relumbrase la celda, como si en ella hubiera lumbre de alguna vela ó candil; despues de todo lo cual le persuadió que matase á su propio hijo para que fuese igual en merecimientos al patriarca Abrahan. Lo cual el solitario engañado se aparejaba á hacer, si el hijo que lo sospechó no se fuera huyendo. A otro apareció tambien en figura de ángel, y le dijo mucho tiempo muchas verdades para acreditarse con él, y despues díjole una gran mentira contra la fe, la cual el otro engañado creyó. Tambien leemos de otro, que despues de haber vivido cincuenta años con muy singular abstinencia y con guarda de

soledad mas estrecha que cuantos estaban en aquel yermo, le hizo el demonio entender en figura de ángel que se echase en un hondísimo pozo para que por experiencia probase que á quien tanto habia servido á Dios como él, ni aquello ni otra cosa le podia empecer: todo lo cual él creyó y lo puso por obra. Y siendo con mucho trabajo sacado medio muerto del pozo, y siendo amonestado por los santos viejos del yermo que se arrepintiese de aquello porque habia sido ilusion del demonio, no lo quiso creer ni hacer: y lo que peor es, que aunque murió al tercero dia, tenia tan metido el engaño en su corazon, que aun viéndose morir por causa de la caida, creyó todavía que habia sido revelacion de ángel de Dios. ¡Oh, cuánto conviene á los aprovechados en la virtud vivir en el santo recelo de sí, como gente que aunque tengan conjeturas de que están bien con Dios, mas no certidumbres, ni saben si son dignos de amor ó de aborrecimiento en el tiempo presente, y menos lo que será de ellos en el tiempo que les resta de vivir! Y especialmente se deben de guardar mucho de creerse á sí mismos, acordándose de aquella profunda sentencia de san Agustin: « La soberbia merece ser engañada. » Y si como os he contado estos engaños pasados, os hubiese de contar los que han acaecido en tiempos presentes, ni se podrian escribir en pequeño libro, ni lo podríades leer sin mucho cansancio. Por una parte es así, segun lo podemos juzgar, que llueve Dios en los corazones de muchos, aguas de misericordias particulares, con que no solo hacen frutos exteriormente buenos, mas aun tienen con el Señor comunicacion interior, y tan familiar, que con dificultad podrá ser creido. Y por otra parte se tiene tambien experiencia, que trae el demonio, permitiéndolo Dios, particular diligencia en estos tiempos, para engañar con falsos sentimientos y falsas hablas, exteriores é interiores, y con falsa luz de entendimiento á los que son soberbios, y amigos de su parecer con título, que es parecer de Dios: y aun tambien para ejercitar por diversas vias á los que con humildad y cautela sirven á Dios, por lo cual en aquestos tiempos, en los cuales parece haberse soltado Satanás, como dice san Juan, conviene que haya diligencia doblada en los que sirven á Dios, para no creer fácilmente estas cosas, y profunda humildad y santo temor para que Dios no los deje engañar. Y procurar luego de dar cuenta de lo que sienten y pasa en ellos á sus prelados y mayores, que les pueden enseñar la verdad. El profeta dice que debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras, ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, mas malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare por los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos, y que hicimos, los cuales fueron tantos que si el Señor por su gran misericordia no nos fuera á la mano, y nos saliera al camino, en que tan de corazon caminabamos, para quitarnos de él, como hizo á san Pablo, fuéramos creciendo en maldades, como en edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. O abismo de misericordia, y que te movió á dar voces desde el cielo en nuestro corazon, y decir: ¿Porqué me persigues con tu mala vida? En las cuales nos derribaste de nuestra soberbia, y nos hiciste

saludablemente temer y temblar, y que con dolor de haberte ofendido, y deseo de te agradar, te dijésemos : Señor, ¿qué quieres que haga? Y quieres tú, Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de tí, mediante las medicinas de tu palabra y sacramentos que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vamos á ellos, como san Pablo á tu siervo Ananías. Así que sabemos muy bien que la perdicion fué de nosotros, y el remedio fué tuyo : y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para tí los que tan vueltas tenian las espaldas á tí, y acordarte de los olvidados de tí, haciendo mercedes á los que merecian tormentos, tomando por hijos á los que habian sido malos esclavos, y aposentando tu real persona en los que primero fueron hediondos y establo de suciedades. Estos males que entonces hicimos, nuestros eran : y si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el Apóstol : « Érades algun tiempo tinieblas, mas agora luz en el Señor. » Conviene pues acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto. Creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicímos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos á los muchos peligros á que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaríamos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, por el temor de los pecados que podemos hacer. Y entenderemos cuan sano consejo es el de la Escritura : « Bienaventurado el varon que siempre está temeroso. » Iten : « Obrad vuestra salud con temblor y temor. » Iten : « El que está en pié, mire no caiga. » Gemido ha de costar el pecado cometido, para ser perdonado : y temor ha de costar el que está por hacer, para que de él seamos librados. Como se figura muy bien en el temor que tuvo Jacob á Esaú, cuando de Mesopotamia venia, aunque Dios le habia mandado venir. Grande alegría mostraron los hijos de Israel, y devotos cantares hicieron á Dios, cuando tan gran maravilla hizo con ellos que los pasó por el mar á pié enjuto : y parecíales que pues en tan gran peligro no habian peligrado, ninguna cosa habia de ser bastante para los derribar, ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida. Mas la experiencia salió de otra manera, porque despues de aquel gran favor sucedieron tentaciones y pruebas, y fueron hallados flacos é impacientes en la prueba y pelea los que habian sido devotos y alegres, despues de la pasada del mar; y porque no alcanzan la corona prometida por Dios, sino los que son hallados fieles en las pruebas que les envia; estos no lo alcanzaron, porque no lo fueron, mas en lugar de la vida prometida fueron castigados con morir en el desierto. ¿Quién será pues tan desatinado que agora mire á la vida pasada, agora á la que le resta de vivir, que ose alzar su cabeza á tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve que tan miserablemente cayó, y en lo porvenir á tantos temores está sujeto? Y si bien conociere y sintiere la verdad, de como todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente á

Philip., 3.

Psal., 111.
Philip., 2.
Cor., 10.

Gen., 33. Exod., 15.

los que los tienen, mas bajarlos mas, como quien mas agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que creciendo las mercedes, crece la cuenta que ha de dar de ellas, como el Evangelio dice, parécenle los bienes que tiene una carga pesada, que le hace gemir, y ser mas cuidadoso y humilde que antes. Y porque es tanta nuestra liviandad, y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia, que fuerzas humanas no bastan á limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir á Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traicion, que nosotros somos robadores de la honra que de todo lo bueno á él es debida. Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oracion las del ánima. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuacion, y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos, para conocer la verdad de quien sea Dios, y de quien sea él, para que ni atribuya á Dios algun mal, ni atribuya á sí algun bien: y así estará lejos de oir el falso lenguaje del soberbio demonio, que con la propia estima lo querria engañar. Mas oye la verdad de Dios, que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir mercedes, y ser estimada y amada de su criador; y porque adelante se hablará mas largo de esta materia, cuando se hable del propio conocimiento, no os diré mas agora.

CAPITULO XVIII.

De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperacion con que el demonio pretende vencer al hombre, y cómo nos habremos contra él.

Otra arte suele tener el demonio contraria á esta pasada, la cual es no haciendo ensalzar el corazon, mas bajándolo y desmayándolo, hasta traerlo á desesperacion: y esto hace trayendo á la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede, para que el tal hombre espantado con ellos caiga desmayado, como debajo de carga pesada, y así se desespere. De esta manera hizo con Judas, que al hacer del pecado quitóle delante la gravedad de él, y despues trájole á la memoria cuan gran mal era haber vendido á su Maestro, y por tan poco precio, y para tal muerte, y así cególe los ojos con la grandeza del pecado, y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno. De manera que á unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante, y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia: y á otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios, y de los bienes que con su gracia hicieron, y traerles á la memoria sus males, y así los derriba con desesperacion. Mas así como el remedio de lo primero fué queriéndonos él vanamente alzar en el aire, asirnos nosotros mas á la tierra considerando, no nuestras plumas de pavon, mas nuestros lodosos piés de pecados, que hemos hecho, ó haríamos, si por Dios no fuese. Así en estotro

engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados, y ponerlos en la misericordia de Dios, y en los bienes que por su gracia hemos hecho: porque en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperacion, muy bien hecho es acordarnos de los bienes que hemos hecho ó hacemos, segun tenemos ejemplo en Job, y en el rey Ezequías: y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo, huyendo de otro; mas para esperar en la misericordia de Dios, que pues él nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, él nos lo galardonará, aun hasta el jarro de agua que por su amor dimos: y que pues nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella, pues sus obras son acabadas, como él lo es: y mas hizo en sacarnos de su enemistad que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos enseña san Pablo, diciendo: « Si cuando éramos enemigos, fuimos hechos amigos con Dios, por la muerte de su Hijo, mucho mas agora, que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de él. » Cierto, pues su muerte fué poderosa para resucitar á los muertos, tambien lo será su vida para conservar en vida á los vivos. Si nos amó desamándole nosotros, no nos desamará, pues le amamos. De manera que osemos decir lo que dice san Pablo: « Confío que aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará hasta el dia de Jesucristo: » y si el demonio nos quisiere turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco juez que nos ha de juzgar: Dios es á quien ofendimos cuando pecamos, y él es el que ha de juzgar á los hombres y demonios. Y por tanto no nos turbe que el acusador acuse; mas consolémonos, que el que es parte y Juez nos perdona y absuelve, mediante nuestra penitencia, y sus ministros y sacramentos. Esto dice san Pablo así: « Si Dios es por nos, ¿quién será contra nos? » El cual á su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. ¿Pues cómo es posible que dándonos á su Hijo no nos haya dado con él todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién habrá que condene? Todo esto dice san Pablo. Lo cual bien considerado, debe esforzar á nuestro corazon á esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos; ni espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó por ellos á su Unigénito Hijo, para que así viniese el perdon sobre quien merecia el castigo, si el tal hombre se dispusiere á lo recibir. Y pues él nos perdona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces, pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo, la cual cayó sobre el inocente Cordero de Jesucristo nuestro Señor, para que todo culpado que quisiere llegarse á él, y gozar de su redencion por la penitencia, sea perdonado. ¿Pues qué justicia seria castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Y digo castigar con infierno, porque habló del penitente bautizado, que por via del sacramento de la penitencia recibe perdon, y la gracia perdida, comutándosele ordinariamente la pena del

Job, 13.
4 Reg., 20.
Philip., 1.
Philip., 1.
Rom., 8.

infierno, que es eterna, en pena temporal, que en esta vida satisfaga con buenas obras, ó en el purgatorio padeciendo las penas de allá. Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena sea por falta de la redencion del Señor, cuya virtud está y obra en los sacramentos: porque copiosa es, como dice David, mas es por falta del penitente, que no llevó disposicion para mas: y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los piés del confesor se levante perdonado de toda culpa y de toda pena, como si recibiera el santo bautismo, que todo esto quita á quien la recibe aun con mediana disposicion. Sepan todos que el oleo que nos dió nuestro grande Eliseo Jesucristo nuestro Señor, cuando nos dió su pasion, que obra en sus sacramentos riquísimos, es para poder pagar con él todas nuestras deudas, y vivir en vida de gracia, y despues de gloria; mas es menester que nosotros, como la otra viuda, llevemos pasos de buenas disposiciones, conforme á los cuales recibirá cada uno el efecto de su sagrada pasion, que en sí misma bastantísima es, y aun sobrada.

Psal., 129.

CAPITULO XIX.

De lo mucho que nos dió el eterno Padre en darnos á Jesucristo nuestro Señor, y cuanto lo debiamos agradecer, y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperacion con que el demonio suele combatirnos.

Mucha razon tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros, para reprehender á los hombres de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias á Dios de noche y de dia, porque, como dice san Juan, «así amó Dios al mundo, que dió á su Unigénito Hijo, para que todo hombre, que creyere en él y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna.» Y en esta merced están encerradas las otras como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dió el sacrificio contra los pecados, perdon de pecados dió cuanto es de su parte: y á quien el Señor lo dió, tambien le dió el señorío. Y finalmente, quien dió su Hijo, y tal Hijo dado á nosotros, y nacido para nosotros, no nos negará cosa que necesaria nos sea: y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razon: que para dar á entender esto, dijo san Pablo: «Quien el Hijo nos dió, todas las cosas nos dará con él,» mas dijo: «Todas las cosas nos ha dado con él, porque de parte de Dios todo está dado, perdon y gracia, y el cielo.» ¡O hombres! ¿porqué perdeis tal bien, y sois ingratos á tal amador, y á tal dádiva, y negligentes á aparejaros para recibirla? Cosa seria digna de reprehension que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males, y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes, con que podia pagar y salir de sus males, y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos, por no ir dos ó tres leguas de camino á entender en el tal testamento. La redencion hecha está, tan copiosa, que aunque perdonar

Dios las ofensas que contra él hacen los hombres sea dádiva sobre todo humano sentido; mas la paga de la pasion y muerte de nuestro Señor excede á la deuda del hombre en valor, mucho mas que lo mas alto del cielo y mas profundo del suelo, como dice san Agustin: «Azotes debia el hombre culpado, y ser preso y escarnecido, y muerto;» ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos, y muerte de un Hombre, no solo justo, mas que es Hombre y Dios? Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone san Juan otra mayor, diciendo: «La palabra de Dios es hecha carne,» como quien dice: No dejeis de creer que los hombres nacen de Dios, por espiritual adopcion, mas tomad en prendas de esta maravilla otra mayor, que es el Hijo de Dios ser hecho Hombre, é Hijo de una mujer. Tambien es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el cielo, gozando de Dios, y acompañado de ángeles, con honra inefable; mas mucho mas fué estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones, con lo cual quedó la Justicia Divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció, como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdon de lo pasado, y nos echa bendiciones, con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida, y digna del cielo, figurada en el hijo que fué dado á Sara, vieja y estéril; porque el becerro cocido en la casa de Abrahan, que es Jesucristo crucificado en el pueblo que de Abrahan venia, fué á Dios tan gustoso, que de airado se tornó manso, y la maldicion conmutó en bendicion, pues recibió cosa que mas le agradó que todos los pecados del mundo le pueden desagradar; ¿pues porqué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga á Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sanson murieron los Filisteos: y aunque tantos hubiésedes hecho tú como el mismo demonio, que trae á desesperacion, debes esforzarte en Cristo, Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, del cual estaba profetizado que habia de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar, y que habia de ser ungido el Santo de los santos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia. Pues si los pecados están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa porque enemigos tan flacos y vencidos te vencen y te hacen desesperar?

Joan., 1.

Gen., 18.

Judith, 16.

CAPITULO XX.

De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho, para desmayarnos, y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos mas, mirando la infinita misericordia del Señor.

Mas ya oigo, hombre, lo que tu flaqueza responde á lo dicho, que ¿qué te aprovecha á tí que Cristo haya muerto por tus pecados, si el per-

don no se aplica á tí? Y que con haber muerto Cristo por todos los hombres están muchos en el infierno, no por falta de su redencion, que es copiosa, mas por no aparejarse los hombres á la recibir: y por esta parte es tu desesperacion. A lo cual digo que aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice que para tener uno testimonio de buena conciencia, que le dé alegría de buena esperanza, no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confirmar y tener conjeturas que se aplica el perdon al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña, pues que con creer lo primero puede desesperar, mas no con tener lo segundo, porque esperando no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razon que viendo tú las entrañas del Celestial Padre abiertas para dar á su Hijo, como lo dió, y viendo tal costa hecha, y el Cordero Divino ya muerto para que tú comas de él, y no mueras, debes desechar de tí toda pusilanimidad y pereza, y procurar de aprovecharte de la redencion, confiado que te ayudará Dios para ello. Y pues que para ser tú perdonado no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por tí, ni padezca poco, ni mucho; ¿porqué piensas que ha de querer que pues está hecha la costa de su convite falten convidados para le comer? No es así cierto, ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que se convierta y viva; y porque así se hiciese, él perdió su vida en la cruz. Y no pienses que lo que has menester hacer para gozar de su redencion, es alguna cosa imposible, ó tan dificultosa que desesperes de salir con ella, segun eres flaco: un gemido de corazon, que á Dios des con dolor, por haber ofendido á tal padre, y con intencion de la enmienda, manifiesta tus pecados á un sacerdote que te pueda absolver, y oirán aun tus orejas de carne para mayor consolacion tuya la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: « Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, etc. » Y si aun te parece que tu dolor no es tan cabal como habia de ser, y por esto desmayas, no te fatigues, porque es tanta la gana que el Señor tiene de tu salvacion, que suple él nuestras faltas con el privilegio que dió á su sacramento, para hacer del atrito contrito. Y si te parece que aun para hacer esto poco no eres, dígote que no presumas de lo hacer tú á solas, mas llama al Celestial Padre, y pídele que por Jesucristo su Hijo te ayude á dolerte de la vida pasada, y á proponer la enmienda de lo porvenir y á bien confesarte: y finalmente para todo lo que has menester. Y él es tal que no hay porque esperar de sus manos sino toda blandura y socorro, pues el mismo que da el perdon inspira la disposicion para ello. Y si con todo esto no sientes consuelo, aunque oiste la sentencia de tu absolucion, no te desmayes ni dejes lo comenzado, que si en una confesion no sentiste consuelo, en otra ó en otras lo sentirás, y se cumplirá en tí lo que dijo David penitente: « A mi oido darás gozo y alegría, y gozarsehan mis huesos humillados. » Cierto así pasa, que las palabras de la absolucion sacramental, ya que no den á un hombre tanta certidumbre del perdon que tenga de ello fe ni evidencia, mas danle tal reposo y consuelo con que se pueden alegrar las fuerzas de su ánima, que por el pecado estaban

Psal., 50.

humilladas y quebrantadas; no cese el hombre de buscar el perdon, que si en la demanda porfía, el Padre de las misericordias saldrá al encuentro á su hijo pródigo, y se lo dará, y le vestirá con celestial ropa de gracia, y se holgará de ver ganado á su hijo por la penitencia, que estaba perdido por el pecado. Y no sea á nadie increible de que Dios usa con los pecadores leyes de tanta blandura y dulzura, sacadas de su bondad y verdaderísimo amor, pues que usó con su Hijo leyes de tanto rigor, que queriéndolo tanto como á sí mismo, y siendo quien es, y pagando por pecados ajenos, no le hizo suelta de un solo pecado de que su justicia quedase por satisfacer. Y por esto, como un leon aunque bravo, si está bien harto y contento, no hace daño á los animales, que si hambriento estuviera se los tragará, así la Divina Justicia, con el satisfecho que tiene en Jesucristo, Cordero Divino, no hace mal á los que ve llegarse á él para incorporarse en su cuerpo, ni impide á la misericordia, para que haga en ellos segun su costumbre; y de aquí viene que en lugar de airado Juez nos sea Dios piadoso Padre.

CAPITULO XXI.

En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios que usa con los que le piden perdon de corazon. Es una consideracion bastante para vencer toda desesperacion.

Peligrosa ponzoña bebe quien hace pecado: feísima y terrible faz tiene para espantar á quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar á cualquier hombre por fuerte que sea, si se pára á considerar con vivo sentido lo que ha hecho y contra quien lo ha hecho, y las promesas del bien que ha perdido, y amenazas del mal que están sobre su cabeza. Mirando las cuales cosas David, aunque hombre esforzado, dice: « Mi corazon se me ha desmayado. » Mas este mal tan grande no lo deja Dios sin remedio, segun hemos dicho. Y porque tome este remedio la persona que lo hubiere menester, manifestaré algo de la grandeza de la misericordia de Dios, de que usa con los pecadores que le piden perdon. El demonio hará de las suyas, y asombrarosha, segun hemos dicho, con la muchedumbre y grandeza de vuestros pecados; no le respondais vos, mas volveos á Dios y decidle: « Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi maldad porque mucha es. » Y si Dios da á sentir el misterio de aquestas palabras, cierto estariades bien lejos de desesperar, por mucho que hayais pecado. ¿Vistes nunca, ú oistes tribunal de juez, donde siendo uno el acusado de muchos y grandes pecados, con intencion de que sea condenado y castigado segun él merece, él mismo confiese sus culpas, y concede su acusacion, y toma por medio para que le absuelvan la confesion de aquello que el acusador mucho exageraba, y en que estribaba para lo condenar? Dice el culpado al juez: « Señor, yo concedo y confieso que he pecado mucho, mas vos me perdonareis por la honra de vuestro nombre, » y sale con ello por parte de Dios y

por parte de sí. El Señor Dios tiene justicia y misericordia, y cuando mira nuestras culpas con su justicia, provócanle á ira : y mientras mas pecados tenemos á mayor castigo le provocamos. Mas cuando mira nuestros pecados con misericordia, no le mueven á ira sino á compasion, porque no los mira como á ofensa suya sino como á mal nuestro; y como ningun mal nos puede venir que tanto daño nos haga como el pecar, ninguno es materia de misericordia tan á lo propio como la culpa, mirándola segun he dicho. Y cuanto mas hemos pecado, tanto mas nos hemos hecho mas mal, y tanto mas se provoca á misericordia el corazon que la tiene y quiere usar de ella, como lo es el corazon del Señor Misericordioso y Hacedor de misericordias. Agora sabed que en una de dos maneras se han los hombres que mucho han pecado. Unos desesperados de remedio como Cain, vuelven las espaldas á Dios, y entréganse, como dice san Pablo, á toda suciedad y pecado, y endurécenseles cada dia mas su corazon para todo bien, hasta que cuando vienen al profundo de los pecados no se les da nada de ellos, gloriándose en su malicia, y tanto mas dignos de ser llorados cuanto ellos menos se lloran. Lo que á estos acaecerá es lo que la Escritura dice: « El corazon duro mal le irá en sus postrimerías.» ¡Y ay de aquel que este mal ha de probar, que muy mejor le fuera no haber nacido! Otros hay, que habiendo hecho muchos pecados, tornan sobre sí con el socorro de Dios, y hiriendo su corazon con dolor, y llenos de confusion y vergüenza, humíllanse delante de la misericordia de Dios, tanto con mayor humildad y gemido cuanto han sido sus pecados mas y mayores. Y como Dios tenga sus ojos puestos en el corazon contrito y humillado, y dé su gracia á los tales humildes, da mayor gracia á los mas humildes; y la ocasion de ello fué haber pecado muchos pecados, los cuales ellos confiesan y gimen, mas no desesperan, y alegan delante la misericordia de Dios que pues su miseria y daño es muy grande, sea con ellos la misericordia de él copiosa y muy grande; y así decia David : « Habe, Señor, misericordia de mí, segun tu gran misericordia.» Y como Dios (segun hemos dicho) mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado, da aquí mayor perdon y mayor gracia que donde no hay tantos pecados ni tanta humildad. Cumpliéndose lo que dijo san Pablo, que donde el pecado abundó la gracia sobrepujó : y resulta la mayor caida del hombre en mayor alabanza de Dios, pues le da mayor perdon y mas gracia. ¿Quién pues habrá que esto entienda, que se desespere por tener muchas deudas, pues que ve que la libertad y merced del Señor es manifestada y mas glorificada en dar mayor suelta, y que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho? Antes conociendo que es cosa justa que el Señor y su nombre sean glorificados, diremos, no con desesperacion, mas muy confiados : «Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi pecado, porque es mucho.» Y la gloria que de aquí Dios saca, no nace de nuestro pecado, pues que de sí mismo es desprecio y desacato de Dios; mas procede de la omnipotente bondad divinal, que saca bien de los males, y hace que le

Ephes., 4.

Eccli., 3.

Rom., 5.

sirvan sus enemigos, con dar materia para que sus amigos le alaben. Acordaos que estando el pueblo de Dios, cuando de Egipto salió, en muy grande aprieto, y que esperaban la muerte de mano de los enemigos que tras ellos venian, díjoles Moisés: «No temais, porque estos gitanos perecerán, y nunca mas los vereis.» Y como la mar ahogase á los gitanos y los echase á la orilla, paráronselos á mirar los hijos de Israel; y aunque los vieron, viéronlos muertos, y tan sin temor de mirarlos como si nunca mas los miraran; y tomaron ocasion de dar gloria á quien los mató, y dijeron: «Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, que al caballo y al caballero ahogádolosha en el mar.» Todo lo cual es figura de aquel aprieto en que nuestros pecados nos ponen, representándonos como enemigos muy fuertes que nos quieren matar y tragar; mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos esfuerza, diciendo que no desesperemos ni tornemos atras á los vicios de Egipto, mas que siguiendo el propósito bueno con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pié confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas, las cuales son que en la mar de su misericordia y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo, son ahogados nuestros pecados y tambien el demonio que caballero en ellos venia, para que ni él ni ellos nos puedan dañar; antes acordándonos de ellos, aunque nos duelan como es razon, nos den ocasion que demos gracias y gloria al Señor Dios nuestro, por habernos sido piadoso Padre en nos perdonar, y sapientísimo en sacar bienes de nuestros males, matando de verdad el pecado que nos mataba, y lo que queda vivo de él, que es la memoria de lo haber cometido, hace que sirva, para que sus escogidos sean mas aprovechados que antes, y ensalzadores de la honra de Dios.

Exod., 14.

CAPITULO XXII.

Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo su Magestad nuestros enemigos, por admirable manera.

Esta admirable hazaña de Dios, que saca triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña, sacando del pecado la destruicion del mismo pecado, nace y tiene semejanza de otra hazaña que el Altísimo hizo, no menor sino mayor que esta y que todas; la cual fué la obra de su encarnacion y pasion, en la cual no quiso Dios pelear con sus enemigos con armas de la grandeza de su magestad, mas tomando las armas de nuestra bajeza, vistiéndose de carne humana, que, aunque limpia de todo pecado, fué semejable á carne de pecado, pues fué sujeta á penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo; y con estas penas y muerte, que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados; destruidos los cuales, se destruyen penas y muerte que entraron por ellos, como si uno pegase fuego á un tronco de un árbol con los mismos ramos de el árbol, y así quemase el tronco y los ramos. ¡Cuán engrandecida, Señor, es tu gloria,

y con cuánta razon te debemos cantar y alabar mejor que al otro David, que salió al campo contra Goliat, que ponia en aprieto al pueblo de Dios, sin haber quien lo pudiese vencer, ni aun osase entrar en campo con él! Mas tú, Señor, Rey nuestro y honra nuestra, disimulando las armas de tu omnipotencia y vida divina, que en cuanto Dios tienes peleaste con él, tomando en tus manos el báculo de tu cruz, y en tu santísimo cuerpo cinco piedras, que son cinco llagas, lo venciste y lo mataste. Y aunque fueron cinco las piedras, con sola una bastaba para la victoria, porque aunque menos pasaras de lo que pasaste, habia merecimientos en tí para nos redimir. Mas tú, Señor, quisiste que tu redencion fuese copiosa y que sobrase, para que así fuesen confortados los flacos y encendidos los tibios, con ver el excesivo amor con que padeciste y mataste nuestros pecados, figurados en el Goliat, al cual mató David, no con espada propia que él llevase, mas con la misma que el gigante tenia, por lo cual la victoria fué mas gloriosa, y el enemigo mas deshonrado. Mucha honra ganara el Señor si con sus propias armas de vida y omnipotencia divina peleara con nuestros pecados y muerte, y los deshiciera, mas mucha mas ganó en vencerlos sin sacar él su espada, antes tomando la misma espada y afecto del pecado, que son penas y muerte, condenó al pecado en la carne, ofreciéndole él su carne para que fuese penada y tratada como si fuera carne de pecador, siendo carne de Justo y de Dios, para que por esta via (como dice san Pablo) la justificacion de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos segun la carne, mas segun el espíritu. Y pues la justificacion de la ley se cumple en nosotros, por andar segun el espíritu, claro es que estas tales obras con que se cumple la ley son cuales ellas las pide, y con las cuales ella se satisface; y así parece haber falsamente hablado quien dijo que todas las obras que hacia un justo, eran pecado. Cristo venció perfectamente al pecado, mereciéndonos perdon para los hechos y fuerza para no los hacer: y así libró nuestra ánima de la ley del pecado, pues no le tenemos ya por señor, y librónos del daño de las penas, pues que dándonos gracia para sufrirlas, satisfacemos con ellas la pena que en purgatorio debemos, y ganamos en el cielo coronas: y tambien nos libró de la ley de la muerte, porque aunque hayamos de pasar por ella, no hemos de permanecer en ella, mas como quien se echa á dormir, y despues recuerda, nos ha el Señor de resucitar para vivir una vida que nunca mas muera, y tan bienaventurada, que reformará el cuerpo de nuestra bajeza, y lo hará conforme al cuerpo de su caridad, y entonces alegres y asegurados del todo, despreciando nuestros enemigos, y triunfando, diremos: «Muerte, ¿qué es de tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijon?» El cual es el pecado en quien la muerte tiene su fuerza para herir, como la abeja en su aguijon, pues por el pecado entró la muerte en el mundo. El un enemigo y el otro que solian enseñorearse y herir á las gentes, ahogados quedan en la sangre bendita de Jesucristo, y muertos con su muerte preciosa. Y en lugar de ellos sucede sempiterna justicia, con que el ánima aquí es justificada, y despues sucede vista de Dios faz á faz en el cielo, y vida bienaventurada en cuerpo y ánima para siempre. ¿Qué diremos á

estas cosas, doncella? sino lo que nos enseña san Pablo diciendo: «Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo,» al cual adorad, y con corazon amoroso y agradecido decidle: « Toda la tierra te adore, y te cante y diga cantar á tu nombre; » y decidlo muchas veces al dia, y en especial cuando en el altar es alzado su sacratísimo cuerpo por manos del sacerdote.

CAPITULO XXIII.

Del grande mal que hace en el ánima la desesperacion, y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.

Es la desesperacion y caimiento del corazon tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido á conciencias de muchos, deseo hablar algo mas en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algun provecho. Acaece así, que hay personas que andan cargadas con muchedumbre de grandes pecados, y ni saben qué es desesperacion, ni aun un poco de temor, ni les pasa por pensamiento, si no andan asegurados con una falsa esperanza y presuncion loca, ofendiendo á Dios y no temiendo castigo. Y si la misericordia de Dios luce en sus ánimas, y comienzan á ver la graveza de sus males, siendo razon que pues piden á Dios misericordia con deseo de enmienda, y reciben el beneficio y consuelo de los sacramentos, con esto estuviesen esforzados para contra lo pasado; y para lo que en el camino de Dios se les pudiese ofrecer, tienen extremo de demasiado temor, como antes lo tenian de falsa seguridad; no entendiendo que los que á Dios ofenden y no se arrepienten, tienen porqué temer y temblar, aunque todo el mundo les favorezca, pues tienen provocada contra sí la ira del Omnipotente, al cual no hay quien resista, y que los que se humillan á Dios y reciben sus santos sacramentos, y quieren hacer su voluntad, deben tener (como dicen) un ánima de leon, pues les está mandado que con estas prendas confien que Dios es con ellos, al cual como lo tienen por enemigo de malos, y por haberlo ellos sido, por eso temen, es mucha razon que lo tengan por amigo de buenos, y que por aquella buena voluntad que les ha dado, pueden confiar que lo es de ellos, y lo será acrecentando el bien que él mismo plantó, y perfeccionando lo que comenzó. Cierto es así, que en diciendo un hombre de verdad lo que decia David: « Alcé mis manos para obrar tus mandamientos, que yo amé, » pone Dios sus ojos y corazon donde el hombre pone sus manos, para favorecer al tal hombre, y que como quien es bueno por infinita bondad, acoge debajo su amparo y de su bando al que quiere pelear por su honra, haciendo guerra á sí mismo por dar contentamiento á Dios. Y aunque es verdad que cuando el hombre comienza á servir á Dios con llamamiento particular suyo, que le incite á (despreciadas todas las cosas) buscar la margarita del Evangelio con per-

feccion de vida espiritual, se levantan contra el tal hombre tales asechanzas y guerras de los demonios por sí y por medio de los malos hombres, y le ponen en tal aprieto, que al primer paso que se levanta de tierra, y pone el pié en la primera de las quince gradas para subir á la perfeccion, es constreñido á decir: «Como fuese atribulado llamé al Señor y oyóme; Señor, libra mi ánima de los labios malos y lengua engañosa.» Labios malos son los que abiertamente impiden el bien; y lengua engañosa la que soladamente quiere engañar. Y algunas veces se ofrecen, ó lo parece, tan grandes impedimentos para salir con lo comenzado, que son semejables á aquellos grandes gigantes que decian los hijos de Israel: «Comparados nosotros á ellos somos como unas pequeñas langostas.» Y parecen los muros de la ciudad que hemos de combatir, llegar con su alteza á los cielos: y que la tierra que allí hay traga á sus moradores; mas con todo esto debeis mirar, y miremos todos con ojos abiertos, cuanto desagradó á Dios el desmayo y desesperacion que los hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas, pues que los pecados que en el desierto habian hecho, aunque eran muchos y grandes, y uno de ellos fué adorar por dios al Becerro, que parece no poder mas crecer la maldad, todo esto les sufrió Dios, y les dió su favor para proseguir la empresa comenzada, y no les sufrió la desconfianza y desesperacion de su misericordia, y poder que tuvieron, y les juró en su enojo, como dice David, que no entrarian en su holganza, y como lo juró lo cumplió. ¿No os parece que tenemos razon para maldecir este vicio contrario á la honra de la bondad divinal, la cual es mayor que nuestra maldad cuanto Dios es mayor que el hombre? Y tened por cierto que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes, dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa mas perjudicial que la pusilanimidad del corazon, pues quien esta tiene de las sombras suele huir. Con mucha causa mandaba Dios en tiempos pasados, que cuando su pueblo estuviese en la guerra, antes que comenzasen á pelear, sus sacerdotes esforzasen al pueblo, no con esfuerzos humanos de muchedumbre de gentes y de armas, mas con la sombra del Señor de los ejércitos, en cuya mano está la victoria, el cual suele vencer los altos gigantes con las pequeñas langostas, para gloria de su santo nombre. Y conforme á esto, que Dios mandaba, dice aquel valeroso san Pablo á los que quieren entrar en la guerra espiritual: «Confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza, para que así confortados peleen las peleas de Dios con alegría y esfuerzo.» Como de Judas Macabeo se lee, que peleaba con alegría, y así vencia. Y san Anton, hombre experimentado en las espirituales guerras, solia decir «que la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer á nuestro enemigo.» Que cierto es que el deleite que se toma en la obra acrecienta fuerzas para la hacer. Y por esto san Pablo nos amonesta: «Gozaos siempre en el Señor.» Y de san Francisco se lee que reprehendia á los frailes que veia andar tristes y mustios, y les decia: «No debe el que á Dios

Num., 13.

Psal., 94.

Psal., 5 et 9.

Ephes., 4.

Philip., 48.

sirve estar de esa manera, si no es por haber cometido algun pecado; si tú lo has hecho, confiésate, y torna á tu alegría.» Y de santo Domingo se lee parecer en su faz un alegre serenidad, que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor y de la viva esperanza de su misericordia, con la cual pueden llevar á cuestas su cruz, no solo con paciencia, mas con alegría, como lo hicieron aquellos que les robaron los bienes y quedaron alegres, y la causa fué porque aposentaron en su corazon, que tenian mejor hacienda en el cielo. Experimentando lo que dijo san Pablo: «Gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulacion;» porque sin lo primero mal se puede haber en lo segundo. Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasion ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, anhelados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios que por poco no tendrian ninguna. Y muchos hay de estos que no cometen pecados mortales, ó muy raramente, mas dicen que por no servir á Dios como deben y como desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera. Como en la verdad sean tales las cosas que se siguen de aquella pena demasiada, que les daña mucho mas lo que de la culpa sucede que la misma culpa que cometieron. Y lo que pudieran atajar, si prudencia y esfuerzo tuvieran, lo hacen crecer, y de un mal caen en otro. Deben estos procurar y trabajar de servir á Dios con toda diligencia, mas si se vieren caidos, lloren, mas no desconfien: y conociendo ser mas flacos de lo que pensaban, humíllense mas, y pidan mas gracia, y vivan con mayor cautela, tomando avisos de una vez para otra. Y hacen muchos al revés de esto, que son descuidados y perezosos en servir á Dios, y en cayendo en la culpa no se saben valer, si no dan consigo en el pozo de la desconfianza, y de mayor negligencia; como en la verdad la principal causa para evitar la desesperacion sea evitar la tibieza y descuido en el servicio de Dios, porque habiendo estas raices, quiera el hombre, ó no, no puede tener aquel vigor de corazon y esfuerzo que de la buena y diligente vida se siguen. Y si estos considerasen que pasan mayor trabajo con estos sentimientos tristes y desesperados, que de la tristeza se siguen, que pasarian en cortar de raiz las malas afecciones y peligrosas ocasiones que les impiden de servir á Dios con fervor: y ya que fuesen amigos de huir trabajos, habian de elegir los que tienen anexos á la perfecta virtud, por huir los que se siguen á la falta de ella. San Pablo dice: «Fin del mandamiento es la caridad que procede de puro corazon y conciencia buena, y fe no fingida.» Y llama conciencia buena, como dice san Agustin, á la esperanza, para darnos á entender que si no hay buena conciencia, teniendo fe y amor, y buenas obras, que de aquí proceden, no habrá viva esperanza que nos dé alegría: y si hay alguna falta en la buena conciencia, habrála tambien en el conforte y alegría que se causan por la perfecta esperanza, porque aunque no muera, pues el tal hombre está en gracia, mas en fin obrará

Rom., 12.

Tim., 4.

San Agust.

flacamente. Así que los que dicen : Cree que Dios te perdona y te ama, y serás perdonado y amado, y otras semejantes palabras á estas, muy gravemente se engañan, y dan testimonio que hablan de imaginacion, y no de experiencia, ni segun la fe. Y aquellos tales esfuerzos, como no son de Dios, no pueden tener en pié al hombre cuando se ofrece tribulacion que sea de verdad. El esfuerzo del corazon, y el gozo de la buena conciencia, frutos de la buena vida son, el cual hallan dentro de sí los que bien viven, aunque no miren en ello : y cuanto mas crece lo uno, mas crece lo otro. Y de causa contraria se sigue el efecto contrario, segun está escrito : « El corazon malo da tristeza, y de esta nace la desconfianza, y otros males contra ella. » Eccli., 3.

CAPITULO XXIV.

De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor, y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentacion se dilate, y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso les conviene ser así curados.

Lo que de todo esto habeis de sacar es que pues tanto os conviene andar confortada con la buena esperanza, y alegre en el servicio de Dios, procureis para ello dos cosas. La primera, la consideracion de la bondad y amor divinal, que en darnos á Jesucristo por nuestro se nos manifiesta. Y la segunda, que echando de vos toda pereza y tibieza, sirvais con diligencia á nuestro Señor : y cuando en alguna culpa cayéredes, que no os desmayeis con desconfianza, mas que procureis el remedio, y espereis el perdon. Y si muchas veces cayéredes, muchas procureis os levantar, porque ninguna razon sufre que vos os canseis de recibir el perdon, pues Dios no se cansa de os lo dar, que quien mandó que perdonásemos á nuestros prójimos no solo siete veces al dia, mas setenta veces siete, que quiere decir *que perdonemos sin tasa*, muy mejor dará el Señor su perdon cuantas veces le fuere pedido, pues su bondad es mayor, y está puesta por ejemplo, á la cual sigamos nosotros ; y si la entereza de vida, y remedio que vos deseais, no viene tan presto como vos querríades, no por eso penseis que nunca os ha de venir, y no seais semejable á los que dijeron : Si en cinco dias no enviare Dios remedio, darnos hemos á nuestros enemigos, porque con mucha razon reprehendió á estos tales la santa Judit, y les dijo : « ¿Quién sois vosotros, que tentais al Señor? » No es tal palabra como esta para procurarle á misericordia, mas antes para despertar su ira, y encender su furor. ¿Habeis vosotros señalado tiempo de la misericordia del Señor? ¿Y habeis señaládole dia conforme á vuestra voluntad? Aprended pues á esperar al Señor hasta que venga con su misericordia, y no os canseis de padecer, pues os va en ello la vida. Y si los aprietos grandes os enflaquecen la esperanza, ellos mismos os la deben esforzar, porque

Math., 18.

Judit., 7.

Luc., 5.

suelen ser vísperas del remedio, pues la hora del Señor para librar es, cuando la tribulacion ha mucho tiempo durado, y en el presente aprieta mas, como parece en sus discípulos, á los cuales dejó padecer tres partes de la noche, y á la postrera los consoló. Y á su pueblo libró del cautiverio de Egipto cuando estaba mas crecida la tribulacion que padecia: y así hará á vos cuando no penseis. Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta, y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan soberbias y yertas que no se saben humillar sino á costa de tentaciones y de desconsuelos, y aun de caidas. Y son tan flojas que no andan el camino de Dios con diligencia, sino á poder de muchas espoladas. Y tienen un corazon tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males. Y no saben tener discrecion, ni cautela, sino despues de haber muchas veces errado; en fin, tienen un corazon que con pocos bienes se hincha y hace vano, y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos. Y la cura de estos males ya vos veis que no puede ser sino con cauterios de fuego, de permitir Dios desconsuelos é ignorancias, y aun pecados, para que así lastimados se humillen, y sean libres de los males ya dichos. Dice el profeta Miqueas: «Vendrás hasta Babilonia, y allí serás librado, y te redimirá Dios de la mano de tus enemigos;» porque en la confusion de estas caidas y vida, se suele el hombre humillar y buscar el remedio de Dios, y hallar, ó que (por ventura) á no haber caido, lo perdiera por soberbia, ó no lo buscara con diligencia y dolor. Gracias, Señor, á tí para siempre, que de males tan perjudiciales sueles sacar bienes del cielo, y que tambien eres glorificado en perdonar pecadores como lo eres en hacer justos, y tenerlos en pié. Y salvas por vía de corazon contrito y humillado al que no fué para servirte con lealtad. Y haces que los pecados den ocasion á que el hombre sea humilde, cauto y diligente. Y que como tú dijiste: «A quien mas sueltan, mas amé.» Y así se cumple lo que dijo tu Apóstol, que misericordia en justicia hace parecer mas ilustre tu justicia, pues parece mayor tu bondad en perdonar y salvar á los que han pecado, y se tornan á tí. Y en otra parte dijo «que los que aman á Dios, todas las cosas se les tornan bien:» y aun los pecados que han hecho, como dice san Agustin; lo cual no toméis por ocasion de tibieza, ni de pecar fácilmente, pues por ninguna cosa se debe hacer, mas si tal desdicha os viniere que ofendais á nuestro Señor, no hagais otro peor mal en desconfiar de su misericordia.

Exod., 20.

Mich., 4.

Luc., 7.

Rom., 8.

CAPITULO XXV.

Cómo el demonio procura traer á desesperacion, poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios; y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.

Otras veces suele el demonio hacer desmayar trayendo pensamientos contra la fe, ó muy sucios y abominables contra las cosas de Dios, y hace entender al que los tiene que salen de él, y que él los quiere. Y con esto atribúlale de tal manera, que le quita toda la alegría del ánima y le hace entender que está desechado de Dios y condenado de él, y pónele gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya tiene blasfemias y cosas semejables á las de allá. No es tan necio el demonio que no se le entiende que un cristiano católico no ha de venir á consentir en cosas tan aborrecibles á su cristiano corazon, mas su intento es desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenia: y trabajado con tales importunidades venga á perder la paciencia, y así traiga el corazon alborotado y desabrido, que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia, por el aparejo que tienen de imprimir cualquier mal en el tal corazon. Lo primero que entonces debemos hacer, si no está hecho, es mirar con cuidado y muy de reposo nuestra conciencia, y limpiarla con la confesion de todo lo malo que en ella sintiéremos, y ponerla en concierto, ni mas ni menos que si aquel dia hubiésemos de morir, y de allí adelante vivir con mayor cuidado que antes en servir á nuestro Señor, porque acaece algunas veces permitir el soberano Juez que nos vengan estas cosas tan espantables contra nuestra voluntad en castigo de otras en que caemos por nuestra propia voluntad y descuido que en su servicio tenemos, lo cual el Señor quiere curar con azote que tanto duele, para que lastimados con él dejemos de pacer en las cosas vedadas, y aguijemos en nuestro camino, como lo suele hacer un animal sin razon, cuando es azotado de quien camina tras él. Aunque otras veces envia el Señor este tormento por otros fines que su alta sabiduría sabe; mas agora sea el azote enviado por uno ú otro fin, debe cada uno hacer lo que es dicho, de purificar su conciencia, é ir diligente en el servicio de Dios, pues este remedio á ninguna cosa daña, y para todo es de provecho: y luego confiado en la misericordia de Dios, y pidiéndole su socorro, ya que no puede dejar de oir este lenguaje, pues el demonio, aunque no queramos, puede traernos pensamientos y hablas interiores, á lo menos haga el hombre como que no los oye, y estése en su paz, sin desmayarse con ellos, y sin tomarse á palabras ni respuestas con el enemigo, segun dice David: « Y como sordo no oia y como mudo que no abre su boca. » Dificultoso es esto de creer á los que poco saben de las astucias del demonio, los cuales si no dejan de pensar ó hacer el bien que hacian, y se ocupan en oir y andar matando las moscas de los tales pensamientos, piensan que por el mismo

Psal., 37.

hecho les han dado consentimiento. Y no saben que va mucha diferencia de sentirlos á consentirlos: y que mientras mas los tales pensamientos son tanto abominables, tanto mas pueden confiar en nuestro Señor que él los guardará de consentir en males tan grandes, y á los cuales ninguna inclinacion tiene, antes sí aborrecimiento. Y así el mejor remedio es no curar de ellos, con una sosegada disimulacion, pues que no hay cosa que mas lastime al demonio, como á soberbio, que el despreciarle tan despreciado que ningun caso hagamos de él ni de lo que nos trae: ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar, y á bien librar hácenos perder tiempo, y dejar de proseguir el bien que hacíamos. Y por esto debemos cerrarle la puerta de nuestro entendimiento cuan fuerte pudiéremos, y unirnos con Dios, y no responder á nuestro enemigo. Y para nuestro consuelo y satisfaccion debemos decir algunas veces al dia que creemos lo que cree nuestra Madre la Iglesia, y que no es nuestra voluntad consentir en pensamiento falso ni sucio: y decir al Señor lo que está escrito: « Señor, fuerza padezco, responded vos por mí: » y confiar en su misericordia que así lo hará, porque la victoria de nuestra pelea no está colgada de menear nuestros brazos á solas, mas lo principal de ella es invocar al Señor todo poderoso, y acogernos nosotros á él, porque si muchas hablas y respuestas tenemos con nuestros enemigos, ¿cómo le diremos á Dios que responda por nos? « Vosotros callareis, dice la Escritura, y el Señor peleará por vosotros. » Y en otra parte dice Isaías: « En silencio y esperanza será vuestra fortaleza; » y en faltando cualquiera de estas dos cosas, luego el hombre se enflaquece y se turba: y con este callar con disimulacion y buena esperanza he visto á muchas personas haber sanado en breve tiempo de aqueste mal trabajoso, y haber el demonio callado, viendo que ni le oian ni respondian, como lo suelen hacer los perrillos que ladran, que si el hombre pasa y calla, tambien callan ellos, y sino, mas ladran ellos.

Isai., 28.

Exod., 14.

Isai., 30.

CAPITULO XXVI.

Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devocion y buenos ejercicios, y que el remedio es creer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima, y por qué fin se pueden estos desear.

Mas dirá algun flaco: quítanme estos malos pensamientos la devocion, y suélenme venir cuando yo mas me llego á la devocion y á las buenas obras, y por no oir tales cosas me da gana algunas veces de dejar el bien comenzado. Mas la respuesta está clara, que eso mismo es por lo que el demonio andaba, aunque iba por rodeo de traer pensamientos diferentes de aqueso, mas debeis antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace por hacer ir al demonio con pérdida de lo

que pensó llevar ganancia. Y si faltare ternura de devocion no te penes por ello, pues no se miden nuestros servicios sino por el amor, el cual no es devocion tierna, mas un libre ofrecimiento y propósito de nuestra voluntad, para hacer lo que Dios y su Iglesia quiere que hagamos, y para pasar lo que él quiere que padezcamos, por darle contentamiento á él. Y si algunos que parece que dejan lo que en el mundo tienen por servir á Dios, dejasen tambien la desordenada codicia de los dulces sentimientos del ánima, vivirian mas alegres de lo que viven, y no hallaria el demonio cabellos de codicias de que asirles, para traerles la cabeza al rededor, y lastimarlos y aun engañarlos. Desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos nos hemos de ofrecer nosotros á él. Y nuestra vestidura sola ha de ser hacer su santa voluntad, segun está declarada en los mandamientos de él y de su Iglesia, y recibir con amorosa obediencia lo que él nos quisiere enviar, por duro que sea. Igualmente hemos de tomar de su mano la tentacion y la consolacion, y darle gracias por uno y por otro. San Pablo dice «que en todas las cosas demos gracias á Dios.» Porque como la señal del buen cristiano es amar por amor de Dios á quien le hace mal, pues al bienhechor quien quiera le ama, así el dar gracias á Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello Dios nos envia, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama á Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad. Y así no hemos de estar asidos á los flacos ramos de nuestros deseos, aunque nos parezcan buenos, mas á la fuerte columna de la Divina voluntad; para que obedeciéndola (segun hemos dicho) participemos á nuestro modo del sosiego é inmutabilidad que ella tiene, y evitemos las muchas mudanzas que en nuestro corazon hemos de sentir, si en él hay codicia. Cierto poca diferencia va de servir uno á Cristo por dineros, ó por consolaciones y gustos del ánima, por cielo ó por tierra, si el postrer paradero es codicia mia. Lucifer (segun muchos doctores dicen) deseó la bienaventuranza, mas porque no la deseó como debia y de quien debia, y que se le diese cuando Dios queria, no le aprovechó, que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien, y así fué codicia y no buen deseo. Pues de esta manera os digo que no estemos asidos con ahinco y desórden á gustos espirituales; mas ofrecidos á la cruz del Señor, tomar de buena gana lo que nos diere, sea miel dulce ó hiel y vinagre. Ni tampoco he dicho esto, porque estas cosas de sí sean malas ni desaprovechadas, si de ellas se sabe usar, y se reciben, no para parar en ellas, mas para tener mayor aliento en el servicio de Dios: especialmente para los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester conforme á su edad, leche de niños, y quien los quisiere criar con manjar de grandes, y en un dia hacerlos perfectos, errarloha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condicion y su fuerza, conforme á lo cual se ha de dar su mantenimiento: y, como dice el experimentado y santo Bernardo, «el camino de la perfeccion no se ha de volar sino pasear.» Ni piense nadie que es todo uno, entenderla y tenerla. Y por tanto, si el Señor da estas consolaciones, recíbanse, para llevar su cruz con

Ephes., 5.

mayores fuerzas, pues que es su costumbre consolar discípulos en el monte Tabor, para que no se turben en la persecucion de la cruz. Y ordinariamente primero que entre la hiel de la tribulacion envia miel de consolacion: y nunca ví estar mal, ni tener en poco las consolaciones espirituales, sino á quien ha experimentado qué son. Mas si el Señor nos quisiese llevar por camino de desconsuelos, y que oigamos el penoso lenguaje de que estamos hablando, no nos debemos desmayar por cosa que él nos envia, mas beber con paciencia el cáliz que el Padre nos da, y porque él nos lo da, y pedirle fuerzas para que le obedezca nuestra flaqueza; ni tampoco penseis que os enseño que se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, ó dejar de sentir su ausencia, y el ser entregados á nuestros enemigos para ser de ellos tentados y atribulados. Mas lo que os quiero decir es que procuremos con las fuerzas que Dios nos diere, de nos conformar con su santa voluntad con obediencia y sosiego, y no seguir la nuestra, de la cual por fuerza se han de seguir desconsuelos y desconfianzas, y cosas de aquestas. Suplicad al Señor nos abra los ojos, que mas claro que la luz del sol veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ella se apartase la voluntad del Señor. Y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si á ella se junta la voluntad del Señor no sea de mucho valor. Mas vale sin comparacion estar en trabajos, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer. Y si una vez de verdad desterrásemos de nosotros nuestra secreta codicia, caerian con ella muchos malos frutos que de ella proceden, y cogeríamos otros mas valerosos de gozo y de paz, que de la union con la Divina voluntad suelen venir, y tan firmes que aun la misma tribulacion nos los puede quitar, pues aunque los tales se sientan atribulados y desamparados, mas no por eso desesperados ni muy turbados, porque conocen ser aquel el camino de la cruz, á la cual ellos se han ofrecido, y por el cual Cristo anduvo: como parece que estando en la cruz dijo á su Padre: «Dios mio, ¿porqué me desamparaste?» Mas poco despues dijo: «En tus manos, Padre, encomiendo el Espíritu mio.» El Señor dijo: «Otra vez os veré, y gozarseha vuestro corazon, y vuestro gozo ninguno os lo quitará:» porque quien de este estado goza, no hay tribulacion que allá en lo de dentro del ánima le desasosiegue notablemente, porque allá dentro está muy unido con la voluntad del que lo envia: y si así lo hiciésemos, engañaríamos al engañador, que es el demonio, pues que no desmayándonos, ni tornando atrás del bien comenzado, por el mal lenguaje que él nos traia, antes tomando lo que el Señor nos envia con obediencia y hacimiento de gracias, salimos sin daño de esta pelea, áunque dure toda la vida, y aun con mayor provecho que antes teníamos, pues que nos dió ocasion para ganar en el cielo coronas, en galardon de la conformidad que con la voluntad del Señor tuvimos, sin curar de la nuestra, aun en lo que muy penoso nos era.

Matth., 27.
Joan., 16.

CAPITULO XXVII.

Que el vencimiento de las tentaciones dichas está mas en tener paciencia para las sufrir, y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan.

Este vencimiento de que hemos hablado, mas viene por maña de tener paciencia en lo que nos viene, que por fuerza de querer hacer que no nos venga. Y por eso dice el Esposo en los Cántares: « Cazadnos las pequeñuelas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido. » La viña de Cristo nuestra ánima es, plantada por su mano y regada con su sangre. Esta florece cuando pasado el tiempo en que fué estéril, comienza nueva vida y fructifica al que la plantó. Mas porque á los tales principios suelen asechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, por esto nos amonesta el Esposo florecido, que pues nuestra ánima, viña suya, ha florecido, procuremos de las cazar, en la cual palabra da á entender que ha de ser por maña como hemos dicho. Y en decir que son zorras, da á entender que vienen solapadas, y que pareciendo que tiran á una parte hieren en otra. Y en decir pequeñuelas, da á entender que no son mucho de temer para quien las conoce, porque el conocerlas es vencerlas del todo ó enflaquecerlas. Y en decir que destruyen las viñas da á entender que hacen mucho daño en los hombres que no las conocen. Porque amedrentados y desconfiados de salir con el negocio de Dios, dejan su camino, y con miserable consejo danse abiertamente á pecar, pareciéndoles que hallan mas paz por el camino ancho de la perdicion, que por el estrecho de la virtud que lleva á la vida. Y los fines de estos, si al buen camino no tornan, muchas veces es tal, que trae muy ciertas señales de eterna perdicion, como la Escritura dice: « Al que se pasa de la justicia al pecado, Dios le aparejó para el cuchillo, » que quiere decir, «para el infierno. » Debieran estos mirar que así como los Gabaonitas, por haber hecho amistades con Josué, fueron cercados y perseguidos de los enemigos, y siendo llamado Josué de ellos para que los socorriese, los socorrió y libertó, teniendo la causa por suya, pues por haber hecho paces con él eran perseguidos de los enemigos, así en comenzando los que sirven á Dios á ser de su bando, luego son perseguidos de los demonios como antes no eran; lo cual parece, en que si quisiesen dejar el bando de Cristo cesaria contra ellos la persecucion comenzada: y si la padecen, por tener en pié el bando de Cristo, la padecen, lo cual es una merced muy particular que Dios hace, como dice san Pablo: « A vosotros es dado por Cristo, no solamente que creais en él, mas que padezcais por él. » Y si los ángeles del cielo pudiesen haber envidia de los hombres de la tierra, de esto la habrian, de que padecen por Dios. Y aunque por palabra de Dios está prometida corona al varon que sufre

Cant., 2.

Eccli., 16.

Josué, 10.

Philip., 1.

Jacob, 1.

tentacion y fuere probado en ella, el cual galardon es muy bien hecho que lo consideremos y deseemos, para con mayores alientos no ser tibios en el obrar ni flacos en el padecer, segun se dice de Moisés, que miraba al galardon, y David tambien, mas el verdadero y perfecto amor del Señor Crucificado estima en tanto el conformarse con él, que tiene por muy gran merced y galardon el padecer por su Dios, porque, como dice san Agustin, « dichosa es la injuria de la cual Dios es causa. » Y pues no hay hombre que no ampare al que padece porque le entró á servir, mucho mas se debe esperar esto de la Bondad Divinal, y que tomará la causa por suya, segun David lo pedia : « Levántate, Señor, y juzga tu causa, y acuérdate de tus injurias, que el insipiente dice contra tí todo el dia; » á Dios toca el negocio, que el que le sirve pretende : y por eso Dios sale á él con gran lealtad, y en esta esperanza y no en la nuestra hemos de osar emprehender la empresa del servicio de Dios.

CAPITULO XXVIII.

Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado, á quien se dé entera cuenta y crédito : y lo que el confesor debe hacer con tales, y del fruto de estas tentaciones.

Suele á los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decir abiertamente á su confesor, por ser cosas tan feas y malas, que no merecen ser tomadas en lengua, y que solo nombrarlas causa desmayo. Y por otra parte, si no las dicen muy por extenso, y no relatan cada pensamiento por menudo que sea, parecerles no ir bien confesados, y así nunca van satisfechos, ora lo digan ora lo callen, mas con mas tristeza de la que trajeron. Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado, y darle á entender las raices de la tentacion, de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio, y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas, que, ó por su poco saber, ó por estar apasionados, no son parte para ser buenos jueces de sí. Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo, y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener, de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas ; « mas háyale compasion entrañable, y corrijale en espíritu de blandura, »

Galat., 6. como dice san Pablo, porque no sea él tambien tentado en aquello ó en otro, y venga á probar á su costa cuanta es la humana flaqueza. Encomiéndele la enmienda de la vida, y que tome los remedios de los sacramentos, y déle á entender que ningun pensamiento hay tan sucio ni malo que pueda ensuciar el ánima si no lo consiente : y déle buena esperanza en la misericordia de nuestro Señor, que á su tiempo le librará, y que entre tanto sufra este tormento de sayones en descuento de sus pecados, y por lo que Jesucristo pasó. Y

así confortado el penitente, y llevando su cruz con buena paciencia y ofreciéndose á la voluntad de nuestro Señor para llevarla toda la vida, si él fuere de ello servido, ganará mas con aquella hiel y vinagre que el demonio le da, que con la miel de devocion que él deseaba. Y sucede de aquí que estando nuestra ánima en flor de principios, comience á dar fruto de hombres perfectos, pues mamando antes leche de devocion tierna, comemos ya pan con corteza, manteniéndonos con las piedras duras de las tentaciones, las cuales él nos traia para probarnos si éramos hijos de Dios, como hizo con nuestro Señor; y así sacamos de la ponzoña miel, y de las heridas salud, y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes, los cuales no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas sino cadenas, mas hémoslo de agradecer á aquel Sumo y Omnipotente bien Dios, el cual no dejara acaecer mal ninguno, sino para sacar bien por mas alta manera, ni dejaria á nuestro enemigo y suyo atribular á nosotros, sino para gran confusion del enemigo que atribula y bien del atribulado. Segun está escrito « que Dios hará burla de los burladores, y el que mora en el cielo mofará de ellos, » porque aunque este dragon juega y burla en la mar de este mundo tentando y amartillando á los siervos de Dios, hace Dios burla de él, porque saca bien de sus males; y mientras él piensa mas dañar á los buenos, mas provecho les hace, de lo cual él queda tan corrido y burlado, que por su soberbia y envidia no quisiera haber comenzado tal juego, que salió tan á provecho de los que él mal queria: y la maldad y lazo que á otros armó, cayó sobre su cabeza, y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó, van libres y cantando con alegría: « El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres, nuestra ayuda es del Señor que hizo el cielo y la tierra. »

Matth., 4.

Psal., 2.

Psal., 123.

CAPITULO XXIX.

Cómo el demonio procura con medios exteriores quitarnos de los buenos ejercicios, y cómo conviene confortar el corazon con la confianza del Señor, para lo vencer, y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentacion.

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios, que todas las vias tientan para que no gocemos de lo que ellos perdieron. Y cuando en una batalla van de nosotros vencidos, y por mejor decir, de Dios, en nosotros mueven otra y otras, para si alguna vez hallaren algun descuidado á quien traguen. Mudan armas y género de batalla, pensando que á los que no vencieren en una vencerán en otra; por lo cual, despues que han visto que por astucia no nos han podido empecer por estar enseñados con la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña á ponernos en el justísimo querer del Señor, y sufrir con paciencia lo que nos envia de dentro ó de fuera, intentan guerra mas descubierta,

haciéndose leon feroz el que antes era dragon escondido. Ya nos tienta de uno y va á parar en otro, mas claramente se quiere hacer temer, pensando alcanzar por espanto lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho zorra, mas leon fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice san Pedro : « Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo como leon bramando rodea, buscando á quien trague, á lo cual resistid fuertes en la fe. » No deben ser destemplados ni descuidados los que tienen tal enemigo : y mucho conviene velar y orar al verdadero pastor Jesucristo las ovejas que se ven cercadas del leon tan bravo. ¿Mas qué son las armas con que se vence este enemigo para que vaya confundido de esta guerra como de la pasada? Estas son, como dice san Pedro y san Pablo, la fe. Porque cuando un ánima con el amor de Dios, que es vida de la fe, desprecia lo próspero y adverso del mundo, y cree y confia en Dios, al cual no ve, no hay por donde el demonio le entre. Y tambien como esta lumbre de fe enseña á confiar, cuando hay peligros, en la misericordia de Dios, si el tal combatido se quiere aprovechar de ella, cobra grande ánimo para pelear contra el demonio, que es cosa muy necesaria para esta guerra, porque si el medroso de corazon no era bueno para la guerra de los enemigos visibles, y por esto mandaba Dios que se tornase de la guerra, cuanto menos será para pelear, no contra carne y sangre mas contra los demonios, príncipes de las tinieblas, como dice san Pablo : « Y aunque delante el acatamiento de Dios debemos estar postrados, y temiendo no nos desampare él por nuestros pecados : » mas en el tiempo de la guerra que nuestro enemigo nos acomete, en todo caso conviene que estemos con ánimo esforzado, despreciándolo á él, y llamando á nuestro Señor.

1. Petr., 5.

De esta manera leemos que el mismo Señor oró á su Padre antes de su prendimiento, postrado y con angustia de corazon. Y de allí salió tan esforzado, que él mismo fué á recibir á sus enemigos. El principal intento del demonio en esta batalla, es quitar el esfuerzo del corazon para que por esta via se deje el bien comenzado. Lo cual él procura, tomando unas veces figura de dragon, ó de toro ó de otros animales : y estorbando la oracion con estruendos, é impidiendo el reposo del sueño, como al santo Job se lee que hacia, y echando un entrañable temor en el hombre, que aunque sea esforzado le hace temblar, y otras veces sudar con angustia y cosas semejables á estas, que dan testimonio que anda por allí este lobo infernal. Claro es que pues todo el ardid de su guerra sea por via de miedo, las armas principales que hemos de tener son esfuerzo del corazon confortado, no con nuestra confianza, sino con la fiucia en nuestro Señor; porque esta es la que en esta guerra nos hace vitoriosos, pues que la fiucia vence al temor, segun está escrito : « Confiadamente lo haré, y no temeré. » Y tened por cierto que no os arrepentireis de haber puesto en Dios vuestra fiucia, que es una esforzada esperanza; ni direis : « Engañadomeha, pues no me salió como yo pensaba. » Porque la esperanza, como dice san Pablo, « no echa en vergüenza:

Marc., 14.

Job, 7.

Isai., 12.

Rom., 5.

ni quien espera en el Señor será confundido.» Nunca ella falta al hombre si el hombre no falta á ella, y entonces le falta cuando pierde la caridad, que es vida de la esperanza y de toda virtud. Y conociendo los viejos del yermo cuan necesario era este corazon confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche á hacer oracion en la soledad á los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque él nos lo quita diciendo: « Yo os enseñaré á quien temais, temed á aquel que despues de haber muerto el cuerpo puede echar en el infierno: á este temed.» Quien á Dios no teme, ha de temer por su mala conciencia al mundo y demonio. Mas quien á Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujecion, como que nos puede dañar en algo: y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay porque temerle á él, sino al Señor, que puede darle licencia. Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios: mas para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él mas bravezas mostrare, tanto vos temed á Dios, y os encomendad á él, y tanto menos temed al demonio. Así leemos de aquel gran vencedor de demonios san Anton, que viéndose cercado de ellos en figura de fieros animales, que parecia que lo querian tragar, les decia: « Si tuviésedes algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaria para pelear con un hombre; mas porque sois quebrantados quitándooslas Dios, procurais de juntaros á una muchos de vosotros para atemorizar. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no lo teneis, ¿porqué trabajais en balde?» Y así solia decir este santo que contra los demonios la señal de la cruz y la fe del Señor (que algunas veces quiere decir confianza) nos es á nosotros muro inexpugnable. Y aunque cotejadas nuestras fuerzas con las de él, son muy pequeñas y flacas: mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es defendedor de todos los que esperan en él. Y pues que él tiene bondad para prometernos su amparo y socorro, y para poner su corazon y sus ojos en la Iglesia, figurada en el templo de Salomon: y tiene verdad y poder para cumplir sus promesas, sin que nadie sea bastante á resistir en cielo ni en tierra; ni á quien es ayudado por él, no sentiria el cristiano como cristiano de Dios y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que él de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro. Mas como estas, y otras semejantes á estas que él hace, se entiendan con condicion que el hombre esté en estado de gracia, ó se apareje para lo estar, no por solo creer á las promesas en general, ni por creer que le son aplicadas á él en particular, mas por las penitencias y medios que la Iglesia Católica enseña, aunque creamos de cierto que hay en la Iglesia Cristiana muchas personas que estan en estado de gracia, á las cuales, sin duda ninguna, Dios cumple sus promesas, de que es defendedor de los que esperan en él. Mas como ninguno esté cierto, sin especial revelacion, que él esté en estado de

Matth. ; 10.

gracia, debe creer por católica fe que nunca deja de cumplirse de parte de Dios. Mas puede y debe temer, que por ventura no se efectúan en él por su culpa ó negligencia de no hacer lo que debe. De manera que con algun temor de su parte, y con confianza de parte del Señor, procurará de esforzarse y aprovecharse de las palabras de Dios, que promete socorro á los que pelean por él. Y el temor é incertidumbre en que Dios nos dejó, que no supiésemos de cierto si estábamos en su amistad, aunque parece penoso, es provechoso, para guarda de nuestra humildad, y para no despreciar á los prójimos, y para ponernos espuelas para bien obrar, y tanto con mayor cautela y aviso, cuanto menos sabemos de cierto si agradamos al Señor, ó no. Mas no penseis que por esto habeis de traer vuestro corazon desmayado con vano temor, pues que siendo verdad lo que os he dicho, no es estorbo, para que diga David: «Si se levantaren contra mí reales, no temerá mi corazon: y si se levantare contra mí guerra, en Dios esperaré.» Y así amonesta san Pablo, que nos aprovechemos de las palabras que dijo Dios: «No te dejaré, ni desampararé.» De tal manera, que confiadamente digamos: «El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me haga hombre.» Las cuales y semejantes palabras no quitan del todo el temor que un cristiano por su parte debe tener, mas quitan el demasiado con la confianza que en Dios debe haber. Y así entre estas dos cosas camina temor y esperanza: y cuanto mas crece el amor, crece tambien la esperanza, y va descreciendo aqueste temor; por eso si quereis sentir el mucho esfuerzo y poco temor que sienten los varones perfectos, alzad de vos la tibieza, y tomad el negocio de la virtud á pechos, y leereis en vuestro corazon el esfuerzo y seguridad que leeis en los libros: y entonces pelearéis contra el demonio con osadía, aunque os rodee como leon para tragaros, porque tendreis esperanza que os defenderá Jesucristo, fuerte leon de Judá, el cual siempre vence en nosotros, si no perdemos su confianza, y si como cobardes no nos damos las manos atadas á nuestros enemigos, sin querer pelear. No deja el Señor venir estas guerras y tentaciones á los suyos, sino para mayor bien, pues está escrito: «Bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque siendo probado recibirá la corona de vida que Dios prometió á los que le aman.» Quiso él así que la paciencia en los trabajos, y el estar en pié por su honra en las tentaciones, fuese el toque con que sus amigos fuesen probados; porque no es señal de amigo verdadero acompañar en el descanso, mas estar fijo con el amigo en el tiempo de la tribulacion. Y como cualquier hombre se huelga de tener amigos probados, con hacerle presencia en el tiempo de su tribulacion, tomándola por propia de ellos, así se huelga Dios de los tener, y como agradecido les dice: «Vosotros sois los que permanecísteis conmigo en las tentaciones.» Y como copioso galardonador les dice: «Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso á mí, para que comais y bebais sobre mi mesa en mi reino.» Compañeros en los trabajos, y despues en el reino, esforzaros debeis á pelear varonilmente las guerras que contra vos se levantan por apartaros de

Psal., 26.

Hebr., 13.

Jacob.

Luc., 22.

Dios, pues que él es vuestro ayudador en la tierra y vuestro galardon en el cielo. Acordaos como san Anton, siendo reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda, y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fué quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: «¿Dónde estabas, ó buen Jesus? ¿Dónde estabas, cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Porqué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que impidieras ó sanaras todas mis llagas?» A lo cual el Señor respondió diciendo: «Anton, aquí estuve desde el principio, mas estaba mirando cómo te habias en la pelea. Y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra;» con las cuales palabras, y con la virtud del Señor, se levantó tan esforzado, que entendió por experiencia haber recobrado mas fuerzas que primero habia perdido. Y de esta manera trata el Señor á los suyos, que los deja muchas veces en trances de tanto peligro que no hallan donde hacer pié, ni hallan en sí un cabello de fortaleza á que se asir; ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados han recibido de Dios, y quedan como desnudos, y en unas oscuras tinieblas entregados á persecucion de sus enemigos. Mas súbitamente, cuando no piensan, los visita el Señor, y libra y deja mas fuertes que antes estaban, y les pone debajo los piés á sus enemigos: y el ánima, aunque mas flaca en naturaleza que el demonio, siente dentro de sí un esfuerzo tan poderoso, que le parece que despedaza al demonio, como á cosa muy flaca y sin resistencia. Y no solo con uno, mas con muy muchos osaria él pelear: tal es el esfuerzo que siente que de nuevo le vino del cielo, con el cual no solo se defiende, mas dice como David: «Perseguiré á mis enemigos, y tomarloshe, y no tornaré hasta que sean vencidos; quebrantarloshe, y no podrán estar en pié, y caerán debajo de mis piés.» ¿Qué cosa mas provechosa que la que pide san Agustin, cuando dice: «Señor, conózcote á tí con amoroso conocimiento, y conózcome á mí.» ¿Y qué cosa tan á lo propio para conocerse un hombre á sí mismo, como verse por experiencia en tales trances? Que toca con sus manos, como dicen, su propia flaqueza, tan de verdad que queda bien desengañado de su propia estima: y por otra parte experimenta cuan verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuan fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza, y en darles admirable fortaleza súbitamente, y cuan lleno es de misericordia, pues visita y apiada á los que tan extremamente están fatigados; con lo cual el hombre cae en su faz, conociendo su poquedad y miseria, y adora á su Dios, amándolo y esperando socorro de él si en otro peligro se viere. Lo cual afirma san Pablo haberle acaecido á él de esta manera: «No quiero, hermanos, que ignoreis nuestra tribulacion que pasamos en Asia, en la cual sobremanera, y sobre nuestras fuerzas, fuimos atribulados tanto que nos daba fastidio el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte.» Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia en nos- Rom., 5.

otros, mas en Dios, que da vida á los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, en el cual esperamos que tambien nos librará de aquí adelante.

CAPITULO XXX.

De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulacion, por grave que sea, y de dos significaciones que tiene esta palabra *creer*.

Segun san Gregorio dice, el cumplimiento de las cosas pasadas da certidumbre de las cosas por venir. Y pues los hombres fian sobre prendas, no parece que se hace mucho con Dios en esperar que nos librará en la tribulacion que nos viene, pues nos ha librado muchas veces en las pasadas. Claro es que si un hombre nos hubiese enseñado su amor y favor, socorriéndonos en nuestros trabajos diez ó doce veces, creeriamos que nos amaba, y que nos favoreceria si en otros trabajos tuviésemos necesidad de él. Pues ¿porqué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros, pues que no doce sino muchas veces hemos experimentado su socorro en las tribulaciones? Acordaos bien de cuantas veces os ha sacado á vos con victoria de estas peleas tan reñidas con nuestro adversario, y le fuistes agradecida por ella, y concebistes crédito y confianza de que os amaba, pues tras la tempestad os habia enviado bonanza, y tras las lágrimas gozo, y os habia sido verdadero padre y amparo. Pues ¿porqué agora que os quiere probar con la tribulacion presente la confianza, amor y paciencia, y hace como que se esconde y que no responde á vuestros clamores, os enflaqueceis tanto que una prueba que de presente viene os hace perder la confianza que en muchas habíades ganado? Ya sabeis que lo que de presente tenemos, lo sentimos mas. Y si mirais al aprieto que de presente teneis, y cómo el Señor no os saca de él, juzgareis que el cuidado que el Señor tenia de vos lo ha ya perdido, y direis lo que dijeron los apóstoles en una grave tempestad de la mar al Señor que estaba durmiendo: «Maestro, ¿no se te da nada de que perecemos?» Y de esta manera comprehenderosha la reprehension de la Escritura, que dice: «El necio se muda como la luna:» conviene á saber, porque ya está de una manera, ya de otra. Y sereis como la veleta del tejado, que aun en un dia tiene muchas mudanzas, porque con cada viento se muda. Tuvistes al Señor en posesion de cuidadoso de vos y de amparo en vuestros trabajos; porque entonces os sopló el viento de su misericordia y consolacion, con que os libró, y dísteisle gracias. Y porque agora os sopla otro viento, con que el Señor os quiere probar y atribular, no teneis el crédito ni la confianza que antes teníades. De manera que no creeis sino lo que veis. Y no teneis al Señor en otra posesion, sino segun de presente lo hace con vos, sin aprovecharos de lo que muchas veces pasadas experimentastes, para estar confortada en

Marc., 4.

Eccli., 27.

el Señor en la prueba presente. Extraña incredulidad fué la de aquellos que habiendo visto en Egipto las maravillas de Dios, y las victorias y favores que en el desierto obró Dios con ellos, no creyeron á su palabra, con que les habia prometido la entrada en la tierra de promision; por lo cual, como dice san Pablo, no entraron allá: y así, aunque no segun igualdad, mas segun semejanza, es grande la desconfianza y pusilanimidad de aquel hombre, que habiéndolo Dios librado muchas veces de peligros pasados no cobra fiucia de que no será desamparado ni confundido en el peligro presente, ni aun en los por venir; pues segun hemos dicho, la esperanza que en el Señor se pone, si el hombre no le falta, no echará á nadie en falta, ni le será causa que diga: engañado fuí. Y conviene saber que unas veces se toma creer, por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, segun arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe se llama y es hereje é incrédulo, á boca llena: y el tal error creido, tiene nombre de herejía é incredulidad. Y de esta manera este desconfiado, de quien estamos hablando, ni es incrédulo ni tiene incredulidad, pues que ni tiene obligacion de creer, como cosa de fe católica, que Dios le librará de este trabajo, como eran los del desierto obligados á creer que les diera Dios vencimiento de los enemigos que estaban en la tierra de promision, si fueran á pelear contra ellos. Mas otras veces suelen los santos, y el uso comun del hablar, llamar creer, al tener una opinion, causada de razon ó conjeturas, la cual llaman credulidad: y si es vehemente, llámase fe. Y esta manera de credulidad tiene uno, que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios, y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante hubiere menester. Y esto, que en el entendimiento está, ayuda á la confianza ó esperanza que están en la voluntad; y por esto algunas veces se toma incredulidad por desconfianza y credulidad ó fe por confianza. Y de esta manera se puede decir, que este, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenia razon para creer, no con certidumbre, que Dios tambien le librara en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas porque los luteranos usan tomar unas palabras de estas por otras, debemos los católicos hablar distintamente, llamándola fe y confianza con sus propios nombres, declarando el creer ó la incredulidad de qué manera se entiende, pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar. Tornando pues al propósito, huid de la desconfianza y de las mudanzas que la Escritura reprehende, que el necio tiene como la luna. Y procurad de tener parte en la estabilidad de que alaba al justo, diciendo: « Como sol permanece: » quiere decir, que siempre está de una manera. Aprended de unas veces cómo habeis de haberos en otras, y cómo la Escritura dice: « En el dia de los bienes, no te olvides de los males: y en el dia de los males, no te olvides de los bienes; » para que templando lo próspero de lo uno con lo adverso de lo otro, vivais en una igualdad, que ni esteis derribada en el tiempo de la tribulacion con el peso de la desconfianza y

Eccli., 27.

Eccli., 11.

tristeza, ni tampoco desvanecida la cabeza, con la demasiada alegría, en el tiempo de las consolaciones espirituales. Así se lee de aquella santa Ana, madre del profeta Samuel, que despues de haber orado en el templo de Dios, no fué su rostro mudado en cosas diversas: quiere decir, que guardó aquesta igualdad de corazon. Isaías dice «que habia de haber una morada que diese sombra contra el calor del sol, y que diese seguridad, y fuese defensa contra el torbellino y la pluvia.» Y seria bien que procurásedes de vivir en esta morada, para que teniendo una fortaleza de corazon, confiado en la misericordia de Dios, os causase esta seguridad aun en los negocios y lugares en que suele haber peligro, segun está profetizado del tiempo de la nueva ley, que en los bosques habian de dormir los hombres seguros. Y aunque parece cosa extraña tener sosiego y seguridad en este destierro; mas así como en comparacion de la que hay en el cielo, es muy pequeña, mas en comparacion de los temores que tienen los malos, es muy grande, y de mucha estima, la cual dice Job «que terná quien echare de sí la maldad.» Y particularmente dice san Pablo «que la virtud de la esperanza es como áncora firme y segura del ánima;» porque aunque tenemos por enemigo al demonio, que con estas peleas nos quiere amedrentar y desconfiar, tambien tenemos un amigo mas fuerte que él, y mas sabio. Y si él nos aborrece, mucho mas nos ama Cristo, sin comparacion. Y si él no duerme, buscando como nos dañe, los ojos benditos de Dios velan sobre nosotros, para ayudarnos á salvar, como sobre ovejas, por quien dió su sangre preciosa. Pues si tenemos con nos el brazo del Omnipotente, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparacion del Divino? ¿Cómo temerá al demonio quien cree muy de verdad (si se quiere aprovechar de la fe, segun arriba se dijo) que en ninguna cosa puede el demonio dañarnos, sin tener licencia de Dios? ¿Pudieron quizá los demonios, sin tener primero esta licencia, tocar en Job ó en cosa suya, ó ahogar los puercos de los Jerasenos? Pues quien no puede tocar á los puercos, ¿podrá tocar á los hijos? «Confortaos pues en el Señor, dice san Pablo, y en la potencia de su virtud, y tomad las armas de Dios para poder estar en pié contra las asechanzas del demonio.» Y habiendo contado algunas particulares armas, añade diciendo: «En todas las cosas tomando el escudo de la fe, en el cual podais apagar todas las lanzadas encendidas con fuego.» Porque como este enemigo pueda mas que nosotros, debemos aprovecharnos del escudo de la fe, que es cosa sobrenatural, escudándonos con alguna cosa de nuestra fe, así como con una palabra de Dios, ó con recibir los sacramentos, ó con una doctrina de la Iglesia. Y creyendo firme con el entendimiento, que todo el poder es de Dios: y confortados con el capacete de la esperanza, y ofrecidos á Dios con el amor, tomando de buena gana lo que él nos enviare, venga por donde viniere, haremos burla de nuestro enemigo y adoraremos al Señor, que nos dió contra él victoria, no solo por sí, mas aun mediante el socorro de sus santos ángeles, los cuales pelean por nos, como fué ense-

1. Reg., 1.

Isai., 4. Ezec., 34.

Job, 11.

Hebr., 6.

Ephes., 6.

ñado al criado del gran Eliseo, el cual tenia mucho temor de un gran ejército de gente que venia á prender á su señor, al cual dijo Eliseo: « No quieras temer, porque mas son por nosotros que contra nosotros: » y como orase Eliseo diciendo: « Abre, Señor, los ojos de este mozo, porque vea: » abrió Dios los ojos de mozo, y vió que estaba un monte lleno de caballería y carros en derredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos á defender al profeta de Dios. De manera que si queremos ser del bando de Dios, tendremos de nuestra parte muchedumbre de ángeles, uno de los cuales puede mas que todos los infernales poderes: y, lo que mas es, tendremos al Señor de los ángeles, el cual solo puede mas que los infernales y celestiales poderes. Y por tanto bastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejando todo vano temor y hacernos fuertes leones contra él, en virtud de Cristo, que fué manso cordero en entregarse por nosotros á muerte: y fué leon en despojar los infiernos, y venciendo y atando los demonios, y defendiendo con su brazo á sus amadas ovejas. Y si á alguno le parece que he sido largo en esta materia, atribúyalo al deseo que tengo de que no seais vos uno de los muchos que he visto, por miedos del demonio, dejar el servicio de Dios. Bien sé que hay otras guerras contra este enemigo mas crueles que aquestas dichas. Y tambien sé que en el extremo de la tribulacion, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la nao, y cuando el leon y oso infernal piensa tener tragada la oveja, viene el esforzado y piadoso David Jesucristo, y saca la oveja libre y salva de la boca del leon, despedazando á quien la llevaba. Y soy testigo de mayores tribulaciones que no pudiera creer, si no las viera: y de la maravillosa y piadosa providencia de Dios, que no desampara en las tribulaciones á los que le buscan, aunque sea con flaquezas y faltas. Y aunque he visto haber muchos de los que temen á Dios gravemente atribulados en estas peleas, ninguno he visto que haya parado en mal. Por tanto, quien en estos trances se viere, como metido en el vientre de la ballena, llame desde allí á Jesucristo, y ayúdese de los buenos consejos que su confesor le da y tengan entrambos buena esperanza en el buen Pastor, que dió su vida por sus ovejas, que mortifica y vivifica, mete en los infiernos y saca; porque ya que en un tiempo envie trabajos, en otro los quita, y con mucha ganancia del atribulado.

4. Reg., 6.

CAPITULO XXXI.

Que lo primero que debemos oir es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razon.

Todo lo que hasta aquí se os ha dicho, ha sido daros á entender á quien no habeis de oir, y daros para ello los avisos que habeis leido. Resta deciros á quien habeis de oir, para que cumplais la primera palabra que el profeta dice: « Oye, hija, y sabed, que quien merece que le oigan, la

verdad sola es. » Mas porque hay muchas verdades, que el oirlas ó conocerlas hace poco á nuestro propósito, pues aquí queremos hablar de la fe católica que tenemos los cristianos, os digo que la habeis de oir y aprender de lo que habla Dios en su Divina Escritura y en su Iglesia Católica. Y esta fe es el principio de la vida espiritual : y por eso, como arriba dijimos, con mucha razon somos primeramente amonestados por el profeta, de lo que primeramente nos conviene hacer; pues que dice san Pablo « que la fe nos entra por el oido. » Esta fe es la primera reverencia con que el ánima adora á su Criador, sintiendo de él altísimamente, como de Dios se debe sentir : porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razon alcanzar, las cuales llama san Pablo « lo manifiesto de Dios, » mas los misterios que la fe cree, no puede la razon alcanzar cómo sean. Y por eso se dice que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que á la razon es escondido : lo cual se nos da á entender en que los dos serafines tenian cubierta la faz de aquel gran Señor que en el templo vió Isaías. Y tambien cuando Moisen se acercó á tratar con el Señor en el monte, dice la Escritura « que entró en la oscuridad ó niebla donde estaba el Señor.» Cosa muy extraña parece de Dios poner su morada en tinieblas, pues es lucidísima luz, en el cual ningunas tinieblas hay, y tan como dice san Juan. Mas porque es luz tan lucida sobreluciente, que, como dice san Pablo, « mora en una luz que nadie puede llegar á ella, » dícese morar en tinieblas, porque ningun ojo criado, de hombre ó ángel, puede con su razon alcanzar sus misterios: y por eso para el tal ojo, tinieblas e ll ama la luz : no porque sea luz oscura, mas porque es luz que excede á todo entendimiento sobre toda manera, como cuando se mueve una rueda velocísimamente solemos decir que no se menea; y hablamos así, porque nuestros ojos no pueden tener cuenta con tan veloz movimiento, no por ser falto, sino por ser muy sobrado á los ojos humanos. Y no solo reverencia á Dios nuestra fe, creyendo lo que no alcanza razon; mas tambien nos predica ser tan alto, que aunque por su lumbre Dios sea visto claramente en el cielo, ningun entendimiento humano ni angélico puede ver tanto de él cuanto hay que ver en él. Ninguna voluntad, ningun gusto, aunque todos se junten á una, pueden amar, ni gozar cuanto hay en él que amar y gozar. Solo Dios es el que se comprehende; que los demas despues que le ven, aman, y gozan y alaban, con todas las fuerzas de su corazon le reverencian, con conocer, que en comparacion de lo que él es, y de lo que de él se puede decir, y del servicio que se le debe, es muy poco todo lo que de él conocen y por él hacen. Y así, cayendo en sus faces, le adoran con un profundo silencio: confesando que él solo es su perfecta alabanza, á la cual ellos no pueden llegar. Y este silencio es honra muy propia de Dios, porque es confesion, que se le deben tales alabanzas, que son inefables á toda criatura. Y de esta honra dice David : « A tí conviene alabanza, ó Dios, en Sion. » De manera que aunque en el cielo haya voz

Rom., 10.

Rom., 1.

Isai., 6.

Exod., 24.

Joan., 1.

1. Timot., 6.

Psal., 64.

sin cesar de alabanza divina, diciendo: « Santo, Santo, Santo, Señor Dios de las batallas, » con otros admirables loores que allá le dan: mas tambien confiesan con el silencio, que es el Señor mayor de lo que pueden entender ni decir, porque se subió sobre el querubin, y voló sobre las alas de los vientos; porque nadie, por mucha ciencia que tenga, le puede comprehender: y todos han de decir, los que le conocieren ó vieren, lo que dijeron los hijos de Israel cuando vieron el pan que del cielo venia, «¿ Manhu ? » que quiere decir: « ¿ Qué es esto ? » Admirándose, como la reina de Sabá, de un infinito abismo de lumbre, del cual, aunque ven en el cielo mas que de él oyeron en la tierra, mas no pueden comprehender todo lo que en él hay. Tal es el Dios que tenemos, y tal nos le predica la fe, cantando lo que dice David: « El cielo del cielo es para el Señor. » Porque este secreto, de quien él es, de la manera ya dicha, para sí solo es, pues él solo se comprehende.

Isai.. 6.

Psal., 17.

Psal., 90.

CAPITULO XXXII.

De cuan conforme es á razon creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razon.

Es menester que esteis advertida, á que por haber oido que nuestra fe cree cosas que aunque no sean contra razon no se pueden alcanzar por razon, no por eso penseis que el creerlas es cosa contra razon ó sin razon. Porque así como está muy lejos de quien cree entender claramente lo que cree, así es cosa ajena del creer cristiano haber liviandad en el creer: ¿ pues qué tenemos para creer tales razones, que osaremos parecer y dar razon de nuestra fe delante de cualquier tribunal, por muy justo que sea, como san Pedro nos amonesta que debemos estar los cristianos aparejados á ello? Lo cual entendereis fácilmente con aquesta semejanza que os ponga. Si oyésedes decir que un ciego de nacimiento hubiese cobrado la vista súbitamente, ó que un muerto hubiese resucitado, claro es que vuestra razon no podria alcanzar cómo esto se puede hacer, pues es sobre toda naturaleza, y la razon no puede alcanzar lo sobrenatural. Mas tantos testigos y tan abonados os podian afirmar que lo habian visto, que no solo no fuese liviandad el creerlo, mas fuese incredulidad y dureza de corazon no creer. Porque aunque la razon no alcanza cómo un ciego pueda ver, ó un muerto tornar á vivir, á lo menos alcanza que es razon de creer á tales y tantos testigos; y si estos tales muriesen en confirmacion de esto que afirman, habria mas razon para lo creer; y si hiciesen ellos otros milagros tan grandes ó mayores, como el otro que afirman, en confirmacion de él, ya gran culpa seria el no creer, aunque fuese cosa muy nueva y muy alta la que estos decian haber acaecido. Pues así entended que no hay cosa que la razon menos alcance, que claramente entender lo que cree la fe;

1. Petr., 5.

ni hay cosa tan conforme á razon como el creerlo, y es cosa de muy grande culpa el no creer. Cierto es que por aquellos milagros verdaderos que hizo Moisés, el pueblo de Israel creyó que era mensajero de Dios, y que hablaba con Dios, y recibió la ley como cosa dada por Dios. Y tambien por unos pocos y falsos milagros que hizo Mahoma fué creido de los Alarbes y gente bestial que era mensajero de Dios, y como tal recibieron la ley bestial que les dió. Pues mirad á los milagros hechos por Jesucristo nuestro Señor, y por sus apóstoles y por los otros santos varones que en confirmacion de esta fe se han hecho desde entonces hasta el dia de hoy, y hallareis que antes podreis contar las arenas del mar que la muchedumbre de ellos, y que incomparablemente exceden á todos los que en el mundo se han hecho en calidad y en cantidad. « Tres solos muertos fueron resucitados en todo el discurso de la ley vieja, que duró dos mil años, ó casi. Y si mirais en la nueva, san Andres solo resucitó de una vez á cuarenta muertos. » Para que así se cumpla lo que el Señor dijo: « Quien en mí cree, hará aun mayores obras que yo, y se vea su grande poder, pues no solo por sí mismo, mas por los suyos, en los cuales él obra, puede hacer todo lo que quisiere por maravilloso que sea. » Heos contado lo que un solo apóstol de una vez hizo, para que por aquí entendais los innumerables milagros que por aqueste apóstol y por los otros apóstoles y santos en la Iglesia cristiana se han hecho. Y aunque en el principio de la Iglesia hubo tantos y tales milagros en confirmacion de la fe, que sobra la prueba, mas es tanta la gana que el Señor tiene que todos se salven y vengan en conocimiento de esta verdad. y que los que ya la conocen se consuelen y mas se confirmen en ella, que tiene su providencia cuidado de renovar esta prueba, y ser testigo de esta verdad con nuevos milagros. Y así por maravilla hay edad en la cual algun cristiano no sea canonizado por santo. Lo cual no se hace sin suficiente prueba de vida perfecta, y de muchos milagros: de los cuales, si alguno fuere curioso y los quisiere buscar, no le faltará, aun en nuestros tiempos, que ver entre nosotros y en las Indias orientales y occidentales con mas abundancia.

Joan., 14.

CAPITULO XXXIII.

De cuan firmes, constantisimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.

Posible es que alguno ponga duda en los dichos de nuestros testigos, que dicen ó escriben esta muchedumbre de milagros que ha habido en la Iglesia cristiana. Porque como ellos aborrecen la fe, paréceles que si estos testigos son verdaderos no pueden dejar de confesar que tenemos mucha mas razon para creer nuestra verdad, que ellos su engaño. Mas pregunte, si á nuestros testigos no se da crédito, y por eso no quieren

recibir nuestra fe, ¿porqué la dan á los suyos y reciben su falsa creencia, pues que es cierto y manifiesto, si quisiesen tomar trabajo de lo mirar, que nuestros testigos exceden á los suyos en todo género y peso de autoridad? Varones ha habido en la Iglesia cristiana cuya vida ha sido tan buena manifiestamente, que da testimonio estar ellos limpios de toda codicia, y de todo apetito de honra y de todo cuanto en el mundo se estima y florece, y llenos de toda virtud y de verdad, aun hasta morir por no las perder. ¿Qué interese puede pretender en el testimonio que da el que ninguna cosa del mundo pretende, y aun las que tiene las echa de sí? ¿Qué interese le puede mover á ser falso testigo á quien da su vida con tormentos gravísimos en confirmacion de su dicho? Y aunque algunos suelen á poder de tormentos decir lo que el juez les pide, aunque sea contra verdad, mas si los nuestros dijeran lo que el juez les pedia, no solo no perderian hacienda ni vida, mas aun quedaran en todo mas prósperos, por lo mucho que los jueces les dieran, segun se lo prometian. Mas despreciando todo esto, morian por no perder la fe ó la virtud, lo cual queria el juez que perdiesen: de manera que ninguna cosa temporal amaban, ni cosa temporal temian por recia que fuese, y por eso ninguna tacha se les puede poner en su dicho. Y si alguno le pareciere que estas pruebas son suficientes para tenerlos por buenos, y que á sabiendas á nadie querian engañar, mas que por ventura se engañaban ellos, y engañaban á otros sin lo entender, dícese á esto que tal gente ha habido en la Iglesia que ha derramado la sangre por Cristo, tan llena de sabiduría manifiestamente, que no se puede con razon creer de ellos que se engañasen en cosa tan pesada y tan afirmada, aun hasta perder la vida por ella: porque lo mucho que en estas cosas se interesa hace á los hombres mirar y remirar lo que afirman. Que no se suele poner la vida en confirmacion de verdad, si de ella el tal hombre no está muy suficientemente certificado. Y cosa es notoria haber habido y haber tal sabiduría en el pueblo cristiano, que exceden á las otras generaciones, como maestros muy sabios á muy rudos discípulos. Y haber sido, no uno ni ciento, mas grandísimo número de los tales, es muy gran testimonio de la verdad de nuestra fe, en cuya confirmacion perdieron la vida. Porque aunque leemos de algunos haber muerto en confirmacion de su error, son sin comparacion excedidos de los nuestros en número, virtud y sabiduría.

CAPITULO XXXIV.

Que la vida perfecta de los que han creido nuestra fe es grande testimonio de su verdad, y de cuanto han excedido en bondad los cristianos á todas otras gentes.

Y pues hemos hecho mencion de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razon que os deje aquí de decir cuan gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen. Pues que

siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razon dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama á su semejable, y cada causa á su efecto. Y si, amigo, hales de ayudar en sus necesidades, y la mayor de todas es la salvacion de sus ánimas, y no se pueden salvar sin conocimiento de Dios, y no lo pueden conocer, de manera que se salven, si él no se les descubre: resta, pues ninguna cosa de estas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tierra con que los hombres se salvan, Dios lo da á los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de mas alta vida y perfectas costumbres que en ningun otro tiempo ó generacion ha habido. Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echó todas sus fuerzas en lo que toca á bien vivir, conforme á razon. Mas dejando de decir los feos males que san Jerónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenian al parecer mas rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud que los que allá eran estimados por heróicos varones, pues ninguno se puede igualar á la fortaleza y alegría con que una santa Catalina, Ines, Lucía, Agueda, con otras muchas semejables á ellas, se ofrecieron á gravísimos tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, estas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, á los varones de ella, ¿cuánto mas será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas á ellas? Y aunque pusimos á estas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciádolo todo: y por agradar mas á Dios, eligieron vida de cruz, en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan gran testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponian admiracion á quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice san Pablo, lucen en el mundo como las lumbreras del cielo: y comparados á lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparacion. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un san Pablo, y de los otros apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en aqueste pueblo cristiano, como por las obras parece, ¿qué hay que dudar sino que hemos de decir que no hay conocimiento de Dios en la tierra, ó que estos lo tienen como gente mas amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar á quien se lo dió? Y en ninguna manera se debe decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse. Porque seria decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdian todas, por no darles Dios medio con que se salven. Y no es Dios tal que cierra la puerta de la salvacion, ni es cosa conforme á

las entrañas de su bondad y misericordia estar sin amigos á quien haga grandes mercedes, y en el cielo mayores. Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los santos apóstoles en principio de la Iglesia Católica. Entre los cuales dice san Pedro: «Las mujeres sean sujetas á sus maridos,» para que si algunos no creen á la palabra de Dios, sean ganados sin palabra de Dios por la buena conversacion de sus mujeres, mirando vuestra santa conversacion en temor de Dios. De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa á convertir infieles, que por predicacion apostólica, que con grande eficacia iria hecha, y aun con milagros no se podian ganar. San Pablo dice «que para ir de una tierra á otra no habia menester que aquellos á quien habia predicado le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos á quien iba á predicar.» Y dice á los Corintios: «Vosotros sois mi carta, que es conocida y leida de todos.» Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenian, por medio de la predicacion y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quien era san Pablo, y cuan provechosa su presencia. Y dice que esta carta la saben y leen todos, porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen á estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo apóstol en otra parte: «Que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe á sus señores, que hermoseen en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador.» Quiere decir: «Que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y doctrina cristiana sea tenida por verdadera.» Y cuanto va en aqueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando á su Eterno Padre dijo estas palabras, rogando por los cristianos: «Ruego que todos sean una cosa, como tu Padre en mí, é yo en tí, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me enviaste.» Cierto gran verdad dice el que es suma verdad, que si los cristianos fuesemos perfectos guardadores de la ley que tenemos, cuyo principal mandamiento es el de la caridad, seria tanta la admiracion que en el mundo causaria á los que nos viesen iguales á ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como en gente flaca á fuerte, y baja á alta, se nos rendirian, y creerian que moraba Dios en nosotros, pues nos veian poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darian gloria á Dios que tales criados tenia. Y entonces se cumpliria que eramos carta de Jesucristo, en la cual todos leian sus lecciones, y que ataviábamos la doctrina, y que éramos buen olor suyo, pues por nuestra vida decian bien de él. Mas tú, Señor, sabes, que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, siempre hay algunos, cuya vida resplandezca como una gran luz, á la cual podian atinar si quisiesen los infieles para conocer la verdad, y salvarse. Mas tambien sabes, Señor, cuan muchos hay en tu Iglesia, que comprehende á buenos y á malos cristianos, que no solo no son medio para que los infieles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de tí, y se cieguen mas. Y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habian de

1. Petr., 3.

2. Cor., 3.

dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal viven. Mas dia tienes tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir : « Mi nombre es blasfemado por vuestra causa entre los infieles : » y para castigar con recio castigo á quien habiendo de coger contigo lo derramado, derrama él lo cogido, ó es impedimento para no cogerse. Y entonces darás á todos á entender claramente que tú eres bueno, aunque tus criados sean malos. Porque los males que ellos hacen á tí desplacen, y tú los vedas por tus mandamientos, y reciamente castigas.

CAPITULO XXXV.

Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud, le da testimonio de ser nuestra fe verdadera; y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir, y grande parte para la perder.

Cuanto los testigos son mas cercanos y mas conocidos, tanto suele ser mas crecido su testimonio, si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oid agora de otros, no de paso, sino de presente, y tan cercanos de vos, que estén en vuestro mismo corazon, si los quereis recibir; y que tengais particular conocimiento de ellos, pues lo teneis de lo que pasa en vuestro corazon.

Joan., 7. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo : « Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina, si es de Dios. » Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella en manos de quien quiera que sea, amigo ó enemigo, con sola esta condicion que el que quisiere ser de ella juez quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso, y se salve. Cierto es así, que si un hombre, que quisiese de verdad ser bueno para con Dios y para consigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si á este tal le pusiesen delante todas las leyes y doctrinas que en el mundo hay, verdaderas y falsas, á ninguna de las cuales estuviese aficionado ó apasionado, sino mirase á la sola verdad, este tal, dejadas todas otras, echaria mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar á lo que desea mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuan á propósito es de lo que el ánima cumple; cuan medida viene para remediar sus necesidades, y en cuan breve tiempo, y con qué claridad le ayuda á ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que es doctrina venida de Dios. Y dirá lo que dijeron unos

Joan., 7. que oyeron predicar á Jesucristo nuestro Señor : « Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo. » Y si los que

no conocen á Cristo por fe, oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor : « Si alguno ha sed, venga á mí y beba : » y si quisiesen venir á probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina, con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarian en su ceguedad é infidelidad. Mas como son amigos de mundo, y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oirla y sin recibirla. Y aunque la oyesen, no la recibirian algunos, por ser contraria á las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor á los Fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho : « ¿Cómo podeis vosotros creer, pues que buscais honra unos de otros, y no buscais la honra que de solo Dios viene? » Y no sin gran peso dijo san Pablo que algunos habian perdido la fe, siguiendo la avaricia; » no porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazon aficionado á cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana verdades contrarias á los malos deseos de su corazon, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco á poco otras doctrinas que no le den mal sabor, ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazon mal aficionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él á que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas, con que él esté descansado, y con que viva como desea. Y pues la voluntad mala es medio para que quien tiene la fe algunas veces la pierda, tambien lo será para no la recibir el que no la tiene. Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa sino porque es desabrida ó muy buena. Y así tambien tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria á la maldad que ellos aman.

Joan., 7.

Joan., 5.

1. Tim., 6.

CAPITULO XXXVI.

Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y favores grandes que el Señor hace á los que siguiéndolo con perfecta virtud le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.

¡Cuan mejor librados son los que, con deseo de servir á Dios, han elegido aquesta verdad, aunque todos los que le sirven gocen (si atentos quisieren estar) de muchos testimonios que la fe tiene en su corazon! Mas principalmente gozan de aquesto los que le sirven con aprovechada virtud, muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable; hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados á ella, que parecia estar su corazon trasformado en ella : y con tanta determinacion á obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables

cautivos y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oir un sermon, otras por se confesar, otras por sola la inspiracion de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia Católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando á quien los tenia cautivos, sacó á ellos del cautiverio de la maldad en que estaban, y les mudó el corazon tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes, y que en una semana, se han visto mas aborrecedores de la maldad que eran primero amadores de ella, diciendo de corazon: «Aborrecidohe la maldad, y abominádolahe, y he amado á tu ley;» y tan de verdad que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice san Pablo: «¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó á muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creido y amado, como en la Iglesia cristiana se cree y se ama: y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.» Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar á su Dios, que les quebrantó sus cadenas, y comenzaron á caminar por el desierto de la vida espiritual, y estrecho camino que lleva á la vida, aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas, que como dice David hacen perder el tino, y tragan la sabiduría de los que navegan. Mas llamando á su Jesus, que es guia de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los sacramentos, y otras veces con oir ó leer palabras de Dios, ó con otros medios que en la Iglesia hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulacion, que viendo la bonanza del mar de su corazon tan súbita, dicen lo que los apóstoles: «¿Quién es aqueste á quien los vientos y mar obedecen? Verdaderamente es el santo Hijo de Dios.» San Bernardo cuenta lo que él muchas veces habia probado, que Jesus invocado en verdad es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánima. Y lo que este santo dijo, experimentó y probó, acaeció á otros muchos primeros y postreros que él, entre los cuales san Jerónimo es un testigo digno de toda fe, el cual (como arriba dijimos) cuenta de sí que viéndose en tribulacion de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya mas que hacer, lo halló en echarse á los piés de Jesucristo, llamándole con devota oracion: y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecia estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no solo es cesar la tribulacion que el hombre tenia, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento á otra parte, ó por otras causas semejantes á esta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposicion del todo contraria á lo que primero sentian. La cual mudanza y perfecta liberacion, y tan súbita, está en manos del hombre, segun lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que san Pablo dijo:

Psal., 118.

Rom., 8.

Matth., 7.]
Psal., 106.

Matth., 8.

« Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios, y sabiduría de Dios; » porque llamándolo en el dia de la tribulacion da luz y fortaleza, para que vencidos los impedimentos puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David : « Grande es la gloria del Señor.» Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo profeta: « En cualquier dia que yo te llamare, hé conocido que tú eres mi Dios. » Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado. Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones, que aquellas por milagros se pueden contar, sino cosas mas comunes, y de las cuales hay mas testimonio.

1. Cor.

Psal., 137.

Psal., 55.

CAPITULO XXXVII.

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, lo cual es grande prueba ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No solo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas tambien de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad : « El reino de Dios dentro de vosotros está; » el cual, como dice san Pablo, « consiste en tener dentro de sí justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo. » Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarian escritas en los corazones de ellos, no porque la sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazon es aquello mismo que la ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan trasformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite; y seguir lo que su corazon quiere es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva ley y medida de las obras humanas, segun atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías « que la paz de estos tales es como rio, y como golfos de mar.» Y san Pablo dice « que esta paz de Dios sobrepuja á todo sentido. » Y san Pedro dice : « Que esta alegría no se puede contar. » Maná escondido es, que se da á quien varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe. ¿ Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso que es arra y principio de la eterna felicidad? No cierto de parte del demonio, porque aunque algunas veces (segun hemos dicho) el demonio ha aconsejado á algunas personas hacer algun particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para despues engañar : mas hacer un hombre perfectamente bueno y cum-

Luc., 17.

Rom., 14.

Isai., 48.

Philip., 4.

Jacob., 1.

plidor de la ley natural, la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es Autor de naturaleza, esta tal obra ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no puede dar la bondad que no se tiene; ni tampoco es obra de solo el hombre, pues tiene virtud, cuanto mas perfecta virtud, con que á Dios sirva perfectamente; dádiva es del Padre de las Lumbres, del cual desciende todo perfecto don : y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podia salir, y favorecido en bienes que él no podia alcanzar. Y pues esta perfecta virtud ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido, como la fe de la Iglesia lo enseña : y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle aquesta virtud, en testimonio que es verdadera, porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar á Dios que les favoreciese. De esta prueba usa san Pablo hablando con los Gálatas, diciendo : « Solamente quiero que me digais : ¿ El Espíritu Santo que recibísteis fué por medio de las obras de la ley, ó por medio de la fe? » Como si dijese : Pues predicándoos yo la fe, y no la vieja, creyendo vosotros, y disponiéndoos á ello, con la voluntad recibísteis al Espíritu Santo, ¿porqué agora os tornais á la vieja ley, pues habeis experimentado que sin ella, y por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzásteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así á nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella es verdadera, pues para tan buena cosa fué medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados á él y tan ricos con él que cierto no tienen gana de esperar al Mesías que los judíos esperan, ni gozar del paraiso que Mahoma promete : porque como desprecian los deleites bestiales de carne que Mahoma en su paraiso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdanse que estaba profetizado que en el tiempo del Mesías habian de conocer que el Señor era Dios, cuando quebrantase las cadenas del yugo de los hombres, y que habia de dar Dios corazon nuevo, y habia de escribir su Ley en las entrañas de los que la recibiesen. Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido : y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, y están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo, que si les dijeren que está otro Cristo en el Desierto ó en los umbrales de casa, ni á lejos ni á cerca no le irian á buscar; porque como el verdadero no sea mas de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones de verdadero, con la misma fe que aceptan á uno, reprueban los otros. Y no os digo esto para que penseis que los cristianos creen por estos motivos y experiencias que sienten dentro de sí, que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como despues se dirá. Mas heos dicho esto para que entendais los muchos motivos que tenemos para creer, porque de

Ezech., 34, 36. Jer., 31.

Matth., 24.

esta materia hablamos; y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazon, no las habeis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos á la perfecta virtud, para que, segun os dije al principio, tengais testigos cercanos á vos, y conocidos de vos por estar dentro de vos, y cumplais lo que la Escritura dice: «Bebe el agua de tu cisterna.» Y vereis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos.

CAPITULO XXXVIII.

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razon que el entendimiento del hombre sirva á Dios con recibir su fe.

Quien tuviese luz para conocer, y peso para pesar la misma obra de este creer, no tendria necesidad de buscar otros testigos para la recibir, mas en ella misma hallaria hermosura para la amar y razon para la recibir. Porque ¿quién hay que no entienda que es cosa muy justa que la criatura sirva á su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y tambien todos saben que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es, con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios. Y pues en nuestro espíritu hay razon y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio á Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento, pues que no es razon que el hombre sirva á Dios con las cosas menores que tiene en si mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razon que pues el servicio que la voluntad hace á Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer á Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse á sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse á sí mismo por creer al parecer de Dios; porque si el servicio del entendimiento fuese pensar algo ó consentir algo de lo que él mismo alcanza por su razon, ó no tendria este nombre de servicio, ó es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese seria de la voluntad, á la cual mandaba Dios que mandase á su entendimiento pensar en esto ó en aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendia: y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece y cautiva y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice san Pablo: «Que hemos de cautivar el entendimiento en servicio de la fe,» lo cual en otra parte llama obediencia de fe. Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que esperemos mas de él, tambien pide su verdad que lo

1. Cor., 10.

creamos, pues no hay menor razon en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos á Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que ponemos en él ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar á su verdad, es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza que si nosotros lo entendiéramos, porque de otra manera ¿ qué habria que agradecer á uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fia sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios á su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, será verdadera virtud, digna que á Dios se ofrezca, y que sea galardonada por él. Y pues la voluntad del hombre es dedicada á Dios y santificada, negándose á sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse á sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo bienaventurado, con verle allá claramente. Porque, como dice san Agustin, «el galardon de la fe es ver,» por lo cual ninguna razon consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra, y su propio servicio es creer.

CAPITULO XXXIX.

En que se responde á la objecion que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

Podrá alguno decir, movido por estas razones ó por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay porque se crean las que los cristianos creemos. Mas decidme, ó hombres ciegos, ¿qué tacha hallais en lo que los cristianos creemos? Y si no sabeis decir lo que sentís, yo os lo diré. Parécenos tan altas las cosas altas que del alteza de Dios creemos, que por altas no las creeis. Y parécenos tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las teneis por dignas de Dios, ni las creeis. Porque decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende sino ser tan incomprehensible que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita luz y alteza de tal misterio, cerrais los ojos, y con decir: ¿cómo puede ser esto? dejais de creer, siendo cosa conforme á toda razon que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el mas alto ser y mejor ser que nuestro entendimiento pudiera alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de él cosas muy altas, hemos de creer que aun hay en él cosas mayores, y que del todo exceden á nuestro entender. Esto es honrar á Dios, y tenerle por Dios, y por grande: porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios, y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito incomprehensible es de la cosa finita.

Y pues es mejor que en Dios haya comunicacion suma, pues á la suma Bondad conviene suma comunicacion : y si esta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia, y así habrá en Dios suma fecundidad, como á Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de él, segun dice por Isaías : « Yo que doy fuerza á los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril? » Isai., 66.

Y aunque con criar ángeles y hombres y el universo se comunica Dios haciendo mercedes; mas ni esta es fecundidad ni comunicacion de bien infinito, porque no les da él su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen. Ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas á él hay distancia infinita. Así como tampoco dejara de ser Adan solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo habia, aunque las tuviera muy cercanas á sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dió Dios compañera, que tuviese semejanza é igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas Divinas. Ni es estéril ni avariento, pues hay comunicacion de deidad infinita : y porque vosotros no entendais cómo es aquesto, no debeis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto tiene rastro y olor de ser cosa de Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme á Dios, que es cuanto mas alto pudieremos.

CAPITULO XL.

En que se responde á los que ponen por objecion para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes ó bajas : y cómo en estas cosas humildes, que de Dios enseña, está altísima gloria.

Ni tampoco hay razon para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios abajándose á ser hombre, y vivir en pobreza y morir en cruz, porque estas obras no solo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas. Porque si el abajarse fuera á mas no poder, ó si por abajarse perdiera su alteza, que primero tenia, ó si le moviera algun propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era, por tomar lo que no era; ni vino forzado del cielo á la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que mas glorioso fuese á él, y mas provechoso para nosotros. Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz, porque no hay mayor señal de amor que morir un hombre por sus amigos : y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos; el cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no arguyen en él falta de poder ó saber, pues por ser omnipotente y todo sabio nos pu-

diera remediar por otros muchos modos sin este, mas arguye en él grandísimo exceso de bondad y de amor. Y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece mas grave y penoso: y aquellos por quien padece, mas indignos y bajos. Y pues en amar, y á tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras mas bueno, mas alto y mas grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar á uno es tenerle por bueno mas que por fuerte ó por sabio, pues ninguno hay que honra desee que así no la quiera, claro es que pues estas obras manifiestan su bondad y amor mas que todas las otras, estas le dan mas honra y mejor que todas las otras. Y si parecia á los ignorantes que el abajarse Dios quitaba honra á su alteza, debe parecer á los sabios que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza, y así ni la pierde de uno ni otro. Y no solo resplandece en estas obras su bondad mas que en las otras, mas tambien la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas; porque entre todas las obras que Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro, como hacerse Dios Hombre, y despues padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita á Dios, cuanto es de su parte, que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho ó ha de hacer: mirad bien en ello, y vereis como resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría en juntar dos tan distantes extremos como son Dios y Hombre en unidad de persona. Y mirad cómo se declara mas su poder en pelear y vencer á nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo hablando contra la desesperacion. Y mirad como cuando se estaba Dios en su alteza tenia un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada dia se le iba á adorar dioses ajenos: y aun el tiempo que esto no hacia servia á su Dios con grandes flaquezas. Mas abajándose Dios á ser hombre, y morir, hizo tanta impresion en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos: y finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría como en la renovacion de costumbres, que se vió claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor: «Si yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré á mí mismo.» Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza, y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Magestad, y así se cumplió lo que dijo san Pablo: «Que lo flaco de Dios es mas fuerte que los hombres.» Y así parece claro que no solo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra bajeza, y con ella obrar lo que en su alteza no obró. Por lo cual dice san Pablo «que no se avergüenza de predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar á los hombres:» porque aunque se cuenten de Dios humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte, mas no hay porque de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de aquestas

Joan., 12.

1. Cor., 1.

Rom., 1.

cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como era muerte y pecado, y hizo que el hombre alcanzase la grandeza de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podian venir, con lo cual gana Dios mas honra que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia obra de Dios, como el Señor dijo: « Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar yo su obra, que es la redencion de los hombres; » no porque Dios no haya hecho otras obras, mas porque la Encarnacion y Redencion que de ella se sigue es la mayor obra de todas, y de la cual él mas se precia, como de cosa que mas honra le da; porque aunque de azotar á Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y guiarlo por el desierto, ganase Dios honra, como dice Isaías; mas ya vos veis cual es mayor hazaña de amor, azotar Dios á los enemigos por amor de su pueblo, ó dejarse Dios azotar en su carne por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y enemigos. Una cosa es llevar Dios á los suyos por el desierto, á semejanza de águila que enseña á volar á sus hijos, y los toma en sus hombros cuando se cansan para que ellos descansen, no cansándose Dios: y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que como una pesada viga de lagar le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor, y amor nunca visto, que le da á Dios mayor honra que lo pasado, porque aquello cosa es comun, y poco amor basta para lo hacer? mas esto es cosa de pocos, y á duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente, ó morir por algun bueno y amigo. Y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual; ni es mucho de maravillar que un leon obre como leon, mas sí que padezca como cordero: y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron: « Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, » digamos nosotros con profundo agradecimiento: « Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido, » pues entonces ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecia aunque daba riquezas; mas acá empobrecióse, sudó y abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz, por levantar del pecado á los suyos, y llevarlos al cielo, y salió con ello, y cumplióse lo que dijo Isaías: « Que por el pequeño sauce crecerá la haya, y por la órtiga crecerá el arrayan, y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada. » Porque la honra que Dios ganó de ponerse en señal, que es la cruz, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar.

Joan., 4.

Exod., 15.

Isai., 55.

CAPITULO XLI.

Que no solo resplandece la gloria del Señor en las cosas humanas que la fe nos enseña de Dios, mas tambien nuestro grande provecho, valor y virtud.

No solo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas tambien resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre, porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce como haberse Dios hermanado con él, ni cosa que tanto le esfuerce el corazon contra los desmayos que el pecado le cause, como ver que Dios murió por su remedio, y le fué dado por suyo, ni hay cosa que así le mueva á amar á Dios como verse amado de él hasta la muerte, ni á despreciar las prosperidades, ni á sufrir las adversidades, ni á humillarse á Dios y á su prójimo, ni á cosa buena chica ni grande, como ver á Dios abajado y humanado, y que pasó él por estas cosas, dándole mandamientos que siga, y ejemplos que mire, y esfuerzo con que los cumpla. Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor á gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que esta es obra de Dios, pues en lo que Dios obra pretende la manifestacion de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, ó la niega, enemigo es de Dios y de todos los hombres, pues le quiere privar á él de la mayor honra, que por sus obras le puede venir, y á los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar; y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, justamente se le debe castigo y muerte de infierno. Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios: ¿Porqué no creiste las cosas altas de mí? será esta: Porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser vos tan alto. Y preguntado ¿porqué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor? responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes que bastasen á hacer y padecer tanto por amor de los hombres. De manera que en lo alto y lo bajo tropieza, y la raiz de ello es por sentir bajamente de Dios, y tenerlo por de tasada alteza de bondad, la cual raiz y lo que de ella procede, con razon arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios, y lo quiere apocar y tasar. Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: Creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto mas pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas, ni plega á vos que me parezcan á mí mal vuestras obras, porque tienen exceso de bondad y de amor para mí, como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla sino ser muy bueno y muy amoroso, siendo razon que por todo esto se llegase á vos, y os tomase por Dios, pues cada uno quiere mas Señor que le sea Padre amoroso y perdonador que rigoroso Juez que le haga temblar con rigorosos castigos. Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con otros, y de remediar nuestros

males, no habia de escoger otro sino este, que Dios escogió á él mas honroso, y al hombre mas provechoso y lleno de toda dulzura.

CAPITULO XLII.

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida.

Añadamos á lo ya dicho cómo esta fe y creencia fué recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría, sino que la verdad de Dios peleó á solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia, y que creyesen una verdad tan sobre razon, y tan de corazon creida: que haber tal firmeza de crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios, y que los mismos que mataban primero á quien las creia, se dejasen despues matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo y amor que primero las descreian y perseguian; y fuéles predicada una ley y mandamientos purísimos, tan á pospelo de la inclinacion de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicion tengan entre sí que ley de Evangelio y la inclinacion que tiene el hombre á pecar, como dice san Pablo: «La ley espiritual es, mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado.» Y con todo esto fué la ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovadas para la cumplir, que manifiestamente pareció que aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo á estos hombres, que primero los habia criado en el ser natural. Y si esto se predica entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, ó entre otras gentes semejables á ella y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de la creencia de estos alguna sospecha. Mas ¿qué diremos? que fué predicada esta verdad *en Judea*, donde estaba el conocimiento de Dios y su Divina Escritura, *y en Grecia*, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría, *y en Roma*, donde estaba el imperio y regimiento del mundo: *y en todas estas partes*, aunque fué perseguida, mas en fin fué creida, y verificado el título triunfal de la cruz, que fué escrito en lengua hebrea, griega y latina, para dar á entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, habia de ser Cristo confesado por rey. Pues si estos creyeron con tener motivos bastantes, razon es que los sigamos nosotros, y si no los tuvieron, dase muy claro á entender que creyeron por lumbre de Dios: pues siendo gente tan avisada y tan amiga de su antigua creencia y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe, y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria á esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice san Agustin que

el que viendo que el mundo ha creido, él no cree, ó pide milagros de nuevo para creer él mismo, es prodigio ó milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios abrazaron, y con mucha firmeza. Muy justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que desde que el mundo es mundo, nunca en él ha parecido hombre de tal doctrina y de tan heróica virtud, de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero: lo probó con Escritura Divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de san Juan Bautista, testigo abonado con todos. Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana, y no ha aparecido tal fe que así honre á Dios como la suya, ni tal ley que así lo enseñe á servir como el Evangelio; el cual, si alguno bien entendiese, otro motivo no habria menester para creer; ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano, ni se han predicado tan grandes y altos galardones para los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad, y enemigo de la maldad; ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmacion de alguna cosa, como los que se han hecho en confirmacion de esta fe, la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera á la honra del verdadero Dios, pues que atribuia á un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios; ni la hubiera dejado durar tanto número de años; ni hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó; ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podamos decir á Dios con razon, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó, pues tiene esta verdad tanta luz de su parte, y se han hecho tales cosas y milagros en confirmacion de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer; mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. Gloria sea á Dios para siempre.

CAPITULO XLIII.

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan á que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor.

Hasta aquí habeis oido algunas de las razones que hay para atinar á que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta á quien la pidiese, de como no somos livianos en el creer, pues tenemos mas motivos que ninguna gente del mundo. Mas con esto creed que es tanta la alteza de la fe cristiana, que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmacion de la fe, no puede el tal hombre

ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el cristiano cree y Dios le manda creer; porque así como solo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así él solo puede dar fuerzas para lo creer, porque esta enseñanza á Dios tiene por maestro interior, infundiendo la fe en el entendimiento, con que el hombre enseñado y fortificado para esta creencia segun dice Cristo, «que está escrito en los profetas que todos serán enseñados de Dios.» Y el mismo Señor, habiéndole san Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios, y por Mesías prometido en la ley, dándole á entender que no á sus fuerzas, sino al don de Dios habia de agradecer la tal fe y confesion, le dijo: «Bienaventurado eres, Simon hijo de Joná, porque no te descubrió aquestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos.» Y en otra parte dice: «Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre viene á mi.» Isai., 54. Joan., 6. Matth., 16. Joan., 6.

Soberana escuela es aquesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan á él con pasos de fe y de amor. Esta fe no está arrimada á razones ni motivos, cualesquiera que se puedan traer, porque quien por aquellos cree, no cree de tal manera que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda ó escrúpulo; mas la fe que Dios infunde está arrimada á la verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son mas que tres, ó de otra cosa de estas, que las ve el entendimiento con tanta claridad, que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y entonces dice el tal hombre á todos los motivos que tenia para creer lo que dijeron los de Samaria á la Samaritana: «Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que este es el Salvador del mundo.» Y aunque dicen «hemos sabido,» no entendais que los que creen tienen aquella claridad de evidencia á que llamaron los filósofos ciencia, porque, segun arriba se ha dicho, ni puede el entendimiento alcanzar con su propia razon á tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia, porque no seria fe, ni habria merecimiento; vista se llama la fe que está en el entendimiento, mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice san Pablo «que vemos agora por espejo, y despues en el cielo veremos faz á faz:» mas dicen los Samaritanos que saben que Cristo es Salvador del mundo, para dar á entender que lo creen con tanta firmeza como lo que mas claramente se sabe, y aun con mucha mayor, porque, como, segun hemos dicho, el que tiene la fe infusa de Dios cree porque lo dice la verdad de Dios: y como esta verdad sea infinita, y mas cierta que todas las otras verdades (pues de la participacion de esta reciben firmeza todas las otras) está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo que cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero, la cual certidumbre excede á cualquiera otra, que por cualquier via se puede tener, y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe, ó si le pasa es tan de paso que poca pena le da; y si con escrúpulos

ó falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra finísima, que es la misma suma verdad, á la cual él cree por sí misma y no por otros motivos. Y por eso, ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar: y si os maravillaredes de que en un entendimiento de hombre que tan vario es en sus pareceres y tan mudable y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razon, haya tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver á otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree: digoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan á tanto. «Don de Dios es,» como dice san Pablo, y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas, porque nadie se glorie en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, y dada por Jesucristo su Hijo, como dice san Pedro: «Fuisteis fieles por él.» No os maravilleis pues de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio de tanta firmeza, pues que dice el Señor: «Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió.» De manera que como Dios lleva al hombre á fin sobrenatural, que es á verle claramente en el cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, á fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo sobre sí mismo, dándole fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad como conviene á las cosas de Dios, y de esta se entiende, que ninguno puede llamar á Jesus Señor sino en el Espíritu Santo, que aunque no sea necesario estar en gracia del Espíritu Santo para creer, segun adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiracion del Espíritu Santo, porque de estas tales obras ó gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el apóstol san Pablo: «Esta es la fe que inclina al entendimiento á creer á la suma verdad en lo que la fe Católica dice:» como la voluntad es inclinada con el amor á amar el bien sumo. Y así como la punta de la aguja de marear es llevada con la fuerza del norte á estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento con la fe que le infunde, á que vaya él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfaccion: y cuando es perfecta esta fe trae consigo una lumbre, con que, aunque no vea lo que cree, mas ve cuan creibles cosas son las de Dios. Y no solo siente pena en el creer, mas muy gran deleite, como lo suele hacer la perfecta virtud que obra con facilidad, firmeza y delectacion. Esta es la fe que con mucha razon debe ser preciada y honrada, pues con ella honramos á Dios, como dice san Pablo que hizo Abraham, «dándole á Dios honra de tan poderoso que puede hacer todo lo que le dice.» Y por aquí entended que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que esta es la fe que como torre edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella veamos, aunque en espejo, lo que hay en el cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo, y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder á los ojos de la fe, como

Joan., 6.

parece en aquel buen ladron, que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conocióle por Señor del cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza; con esta fe creemos que es escritura y palabra Divina la que la Iglesia nos declara por tal: y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios; y por esto no menos creemos al evangelista ó profeta que escribió lo que no vió, que al que escribió lo que vió, porque no mira esta fe al testimonio humano que estriba en medios humanos, mas en que Dios inspira al tal profeta ó evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Cierto es que, aunque san Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tabor: « Este es mi Hijo muy amado, » y vió con sus ojos á Jesucristo resplandecer como el sol, si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vió y oyó, mas firmeza y certidumbre tiene la Escritura ó habla de los profetas, que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios, aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que san Pedro dijo, por lo que vió y oyó. Mas como la carta de san Pedro, donde esto está escrito, es declarada por la Iglesia ser Divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella san Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo uno que vió ni oyó en el monte Tabor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que habia pasado: y de esta manera la palabra de los profetas no es mas firme ni cierta, porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma verdad. Esta fe habitual infunde Dios á los niños cuando se bautizan, y á los grandes que no la tienen cuando se disponen; habitual y actual, porque el que quiere que todos se salven y vengan á conocimiento de esta verdad, pues sin ella no pueden agradar á Dios, ni salvarse, no la deja de dar á nadie, si por él no queda.

Matt., 17. Luc., 9. Marc., 9. 2. Petr., 1.

CAPITULO XLIV.

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe, y que de tal manera habemos de usar de ella, para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene; y cual es lo uno y lo otro.

Mucha razon es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazon al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, con que lo fuésemos: y ni es razon que se nos pase dia sin confesar esta fe, diciendo el credo, á lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe, la cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que no tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada, y para que nos sea lumbre de co-

nocimiento que nos ayude á mover la voluntad para que ame á su Dios y guarde sus mandamientos, con lo cual el hombre se salve; mas si alguno quisiere atribuir á esta fe, que por sola ella se alcanza la justicia y perdon de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que han afirmado, porque segun arriba se ha dicho, por autoridad de san Pablo, ninguno puede decir que Jesus es Señor, sino por inspiracion del Espíritu Santo, en lo cual se entiende que la misma inspiracion se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe, y sabemos que dijo el Señor á algunos de los que le oian : « ¿ Para qué me llamais Señor, Señor, y no haceis las cosas que os digo? » Y pues llamando á Jesus Señor, tenian fe inspirada, como dice san Pablo, y no haciendo lo que el Señor mandaba, no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe, sin tener gracia, lo cual afirma en otra parte san Pablo, donde dice : « Que si un hombre tuviere don de hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía y toda la fe, aunque pase las montes de una parte á otra, y estuviere sin caridad, ninguna cosa es ; » y pues está cierto que el don de lenguas, y lo demás que allí cuenta, se compadecen con estar en pecado mortal, no hay porque nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin la caridad, aunque esta no pueda estar sin la otra : palabra es de la Divina Escritura que por la fe se da la justicia, mas que por sola la fe, invencion humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó, cuando dijo á la Magdalena : « Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho, » que son las palabras tan claras para dar testimonio que se requiere el amor, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera la fe : y que no solo ha de haber en la justificacion del pecador amor, mas porque el amor es causa y disposicion para el perdon, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mencion en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla dijo : « Tu fe te hizo salva, ve en paz : » ni en lo que el Señor dijo : « Muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho : » quiso decir porque creyó mucho, llamando al efecto por nombre de causa; pues está claro que habiendo el Señor preguntado que cual de los deudores amaria mas á su perdonador, aquel á quien soltaba mas, ó á quien menos, habia de concluir su razon con hablar de amor, y no con hablar de creer. Y si vale tomar licencia para decir que el amor llama fe, tomando al efecto por nombre de causa, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice que « por la fe es el hombre justificado, » se entiende, el amor por nombre de fe, entendiendo en la causa el efecto, pues tan usado modo es de hablar, y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa, como á la causa por nombre de efecto; claro habló aquí el Señor, si no quiere alguno cegarse en luz : y fe y amor llamó por sus nombres, y entrambas se requieren para justificar, segun hemos dicho; y la misma junta afirma el Señor, diciendo á sus discípulos : « El mismo Padre os ama, porque vosotros me amásteis á mí, y creísteis que yo salí de él. » Y pues fe y

1. Cor., 13.

Luc., 7.

Joan., 16.

amor se requieren, cierto habrá dolor de pecados, pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena, y en los pecadores que se convierten á Dios. Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen, para alcanzar la justicia, por eso la Escritura Divina unas veces nombra la fe, otras el amor, otras el gemido y el dolor de la penitencia, otras la oracion humilde del penitente, que dice: « Señor, sed manso á mí pecador; » otros el conocimiento del pecado. « Pequé al Señor, » dijo David: y luego oyó la palabra del perdon de parte de Dios. Mas quien movido por esto dijese que por solo el conocimiento del pecado se perdona el pecado, no erraria poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdon. Y tan sin fundamento es decir que por sola la fe se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mencion sino de ella, porque por esta razon podríamos echar fuera del negocio á la fe, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados (sin hacer mencion de la fe) por la penitencia ó por otras cosas. Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdon y la gracia. Y si á alguno parece que se nombra muchas veces la fe, atribuyéndole la justicia, y que por la fe somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen á la gracia y caridad, no es porque la fe sola para esto baste, mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de la fe formada con la caridad, que es vida de ella. Ni tampoco atribuye estos efectos á la fe, porque teniendo á ella necesariamente se tenga el amor, pues que, segun se ha dicho, puede quedar fe verdadera, perdiendo la gracia y amor, el cual, como dice san Pablo, es mayor que la fe y que la esperanza. Y cuando el Señor habló de la fe y el amor, así en el negocio de la Magdalena como el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que á la fe, dándole el primer lugar en la perfeccion al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe. Y tambien se ha de mirar que aunque los sacramentos del bautismo y de la penitencia sea necesario recibirlos, ó tener propósito de los recibir para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles, y el otro para los fieles que despues del bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos: mas tampoco se deja de hacer mencion de ellos, porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia. San Pablo dice « que por el bautismo de la regeneracion y renovacion del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos, » y que Cristo alimpió á su Iglesia con el bautismo de agua, en palabra de vida. Y si por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hoviesen de echar fuera los sacramentos, tambien se podria echar fuera la fe, pues dice que se da la salud y limpieza por el santo bautismo. Mas el Señor entrambas cosas junta, diciendo: « Quien creyere, y fuere bautizado, aquel será salvo. » Iten, el mismo Señor dijo á sus após-

Tim., 3.

toles cuando instituyó el sacramento de la penitencia: «Cuyos pecados perdonáredes, son perdonados, etc.» Y por consiguiente se da gracia y justicia por este sacramento, pues no puede haber perdon de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete sacramentos de la Iglesia, y se da á quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposicion de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia Católica lo cree y nos lo enseña. Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenia hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendia que los infieles la recibiesen y que entrasen por ella, como por la primera puerta de la salud, para que despues de entrados fuesen informados mas particularmente de lo que habian de creer y obrar. Y tambien convenia que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra habia sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio como hace creer y confesar que en aquel madero tan deshonrado, segun la apariencia exterior, estuvo colgada la vida Divina, y que allí en medio de la tierra obró Dios con su muerte la salud y remedio del mundo. Esta tal fe honra á la deshonra de la cruz, y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó. Por lo cual convenia que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra, pues que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza. Y si la Escritura dice «que por ella son los hombres justificados,» atribúyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como á principio y fundamento y raiz de todo lo bueno, como lo dice el concilio Tridentino, y los que á ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza ó maldad de su vida, queriendo por via de creer asegurarse para tener licencia de mayor anchura. Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. Y aun no se contenta con esto, como segun la verdad, ninguno haya en esta vida del todo cierto, si es digno de amor ó de odio, aunque segun tienen mayor virtud ó menor, así tienen mayores ó menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre á quien cree, como ellos imaginan de que está perdonado por Dios, cual se da á lo que el cristiano cree como artículo de fe; engaños del diablo son estos, y creidos de gente que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan á tienta paredes, como dicen, en los negocios de Dios, que si esto no fuese no tan presto los engañaria el demonio.

Marc., ultim.
Joan., 20.

Eccli., 9.

CAPITULO XLV.

Porque el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razon, y de la grande sujecion que debemos tener á las cosas que la fe nos enseña, y de la particular devocion que especialmente debemos á lo que el Señor Jesus enseñó por su boca.

La órden de las palabras de este tratado pedia que tras la palabra primera de él os declarase la segunda: mas la órden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: «Inclina tu oreja,» para lo cual habeis de notar que es tanta la alteza de las cosas de Dios, y tan baja vuestra razon y fácil de ser engañada, que para seguridad de nuestra salvacion ordenó Dios salvarnos por fe, y no por nuestro saber, lo cual no hizo sin muy justa causa, porque pues el mundo, como dice san Pablo, «no conoció á Dios en sabiduría,» antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas. Y ya que otras conocieron á Dios por rastro de las criaturas, tomaron tanta soberbia de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fué quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les habia dado, y así cayeron en tinieblas de idolatría, y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron á Dios habian caido. Por lo cual, así como despues que los ángeles malos pecaron, no consintió Dios, como lo suelen hacer los escarmentados, que viviese en el cielo alguna criatura que pudiese pecar: así viendo cuan mal se aprovecharon los hombres de su razon, y que el mundo, como dice san Pablo, «no conoció á Dios por sabiduría,» no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de él y salvacion de ellos: mas antes quiso por la predicacion, de lo que la razon no alcanza, hacer salvos, no á los escudriñadores, mas á los sencillos creyentes: y así despues de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos ya dichas palabras, que dice: «Oye y ve;» luego nos amonesta la tercera, que dice: «Inclina tu oreja.» En lo cual nos da á entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razon, y no estar yertos en ella, si queremos que el oir y ver que para nuestro bien nos fueron dados no nos sea ocasion de perdicion eterna. Cierto es que muchos han oido palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron mas á la curiosidad de la vista, que á inclinar con obediencia la oreja de su razon, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de medio dia, como si fuera tinieblas. Por eso, si no quereis errar en el camino del cielo, inclinad vuestra oreja; quiero decir *vuestra razon*, sin temor de ser engañada; inclinadla con profundísima reverencia á la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penseis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed, como san Agustin dice que él lo hacia, que por la alteza

1. Cor., 1.

de la palabra vos no la podeis alcanzar: y aunque á toda la Escritura de Dios hayais de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una suma verdad, mas debeis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atencion vuestras orejas de cuerpo y de ánima á cualquier palabra de este Señor, dado á nosotros por especial Maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo: « Este es mi muy amado Hijo, en el cual me he agradado; oid. » Sed estudiosa de leer y oid aquestas palabras, y sin duda hallareis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que á vuestra ánima toca, cual no hallareis en todas las otras, que desde el principio del mundo Dios haya hablado, y con mucha razon, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar él por boca de sus siervos; y lo que habló en la humanidad que tomó, hablólo por su propia persona, abriendo su propia boca para hablar el que primero habia abierto y despues abrió la boca de otros, que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron: y mirad no seais desagradecida á tan gran merced como Dios nos hizo, de querer él ser nuestro Maestro, dándonos leche de su palabra para mantenernos el mismo que nos dió el ser, para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar, y nos dijesen que en el cabo del mundo habia palabra de Dios para la doctrina del ánima, habia de pasar todo trabajo y peligro por oir unas palabras dichas de la suma sabiduría, y hacernos discípulos suyos. Aprovechaos de esta merced, pues Dios tan cerca os la dió: y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque en la Sagrada Escritura, en doctrina de la Iglesia y dichos de santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, agora sean para defenderos de las tentaciones, segun el mismo Señor, ayunando en el Desierto, lo hizo para nuestro ejemplo, ó ora sea para estimularos á tener las virtudes que os faltan, agora sea para haberos con Dios como debeis, y con vos y con vuestros prójimos mayores y menores, é iguales, y como os habeis de haber en la prosperidad y en la tribulacion, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios, de manera que podais decir: « En mi corazon escondí tus palabras, para no pecar á tí. » Tu palabra es antorcha para mis piés y lumbre para mis sendas, y mirad no caigais en curiosidad de querer saber mas de lo que habeis menester para vos, ó para la gente que teneis á cargo, porque lo otro debéislo dejar para los que tienen cargo de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta san Pablo: « Que nuestro saber sea con templanza. »

Psal., 18.

Rom., 12.

CAPITULO XLVI.

Que la escritura santa no se ha de declarar por cualquier seso, *sino por el de la Iglesia Romana:* y donde ella no declara se ha de seguir la conforme exposicion de los santos, y del grande crédito y sujecion que á esta Iglesia santa debemos tener.

Habeis de saber que la exposicion de la Escritura Divina no ha de ser por seso ó ingenio de cada cual, porque de esta manera, aunque ella en sí sea certísima, pues es palabra de Dios, seria para lo que toca á nosotros cosa muy incierta, pues comunmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas: y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner por su confesion y obediencia todo lo que tenemos, y la misma vida, no estuviera bien proveido el negocio, si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre á la palabra en el corazon del cristiano. A sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la Divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina hemos de seguir la concorde y unánime interpretacion de los santos, si no queremos errar, porque de otra manera ¿cómo se puede entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el Divino, pues cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fué hecha? Y tambien habeis de saber que declarar cual escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creida, no pertenece á otro, sino á la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenacion, es el romano pontífice. Y tened por cierto, como san Jerónimo dice, «que cualquier persona que fuera de esta Iglesia y casa de Dios comiere el Cordero de Dios, profano es, no cristiano.» Y quien quiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noe fueron ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia, á la cual manda el Evangelio que oigamos, y que á quien no la oyere tengamos por malo y por infiel: y esta es la Iglesia, de la cual dice san Pablo «que es columna y firmamento de la verdad.» Y á creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como á uno de los otros artículos, y con la misma é igual certidumbre que hasta aquí se ha creido de esta Iglesia. Y por haberse apartado en nuestros tiempos una gente soberbia, y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto contra esta Iglesia no os mueva revelacion, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser ángel del cielo quien contra ella decia, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes ó por venir, los cuales desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por

verdadera: y perdiéndose ellos, son causa de perdicion de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables á un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, por estar fundada sobre firme piedra, contra la cual ni lluvias, ni rios, ni vientos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer. Cerrad pues vuestras orejas á toda doctrina ajena de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años, pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente, porque no veo cosa de mayor locura que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas y han ido al cielo, por seguir á unos menores en todo bien, sin comparacion, que los pasados, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser mas creidos sin prueba ninguna mas de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros, siendo el principal de los que estos engañados siguen, un Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, segun él lo dice, sin mujer, ni muerta una vivir en castidad sin tomar otra, habiendo muchos que se contentaron con una, y otros que ni aun quisieron tener una, por vacar á Dios con mayor limpieza y libertad. ¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivia, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las mas comunes, siendo la que él prometió de las mas altas, teniéndola muchos, á quien él fuera razon que siguiera como á mejores? Y pues el Señor dice «que por los frutos conoceremos el árbol,» espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacia y otros peores. Esperad un poco, y vereis el fin de los malos, y cómo los vomitará Dios con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.

CAPITULO XLVII.

De cuan terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe, y cómo justamente es quitada á los que no obran conforme á lo que ella enseña.

Quien tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo que ninguno es mayor sino solo el infierno. ¿Quién no temerá, ó Rey de las gentes? ¿Y quién conoció el poder de tu ira, ó la podrá contar con el gran temor de ella? Los grandes castigos de Dios, que se deben temer sobre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios endurecer en el pecado á la voluntad del hombre, ó dejar cegar con el error al entendimiento, mayor-

mente en cosas de fe, estas son las heridas del furor divinal, heridas, no de padre, sino de justo y rigoroso juez; de las cuales se entiende con mucha razon lo que Dios dice en Jeremías: « Con herida te herí con rigoroso castigo. » Aunque no usa él de este rigor de juez sino habiendo primero usado de misericordia de padre: y si bien mirais, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal mas que la dureza de la voluntad, que aunque esta sea mucha, aun hay alguna esperanza de alcanzar remedio, porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse: mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo buscará, ó cómo lo hallará, pues que fuera de la Iglesia no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca, porque no lo cree, y así queda perdido; palabra es que Dios hace en Israel: « Que á quien quiera que la oyere le reteñirán las orejas de puro temor. » Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia, la cual declara san Pablo, diciendo: « Descúbrese la ira de Dios desde el cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres, que detienen la verdad de Dios en la justicia. » Y el intento del Apóstol en aquel lugar es este: Que hubo hombres que aunque conocieron á Dios, no le sirvieron como á Dios, antes se hincharon con ciega soberbia; y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera que la verdad de Dios estaba en ellos detenida ó encarcelada, pues no hacian lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos queria. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da él por grande merced, para que siguiéndola el hombre con la afeccion, la honre, la alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte, que ni hace lo que ella le enseña, ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dió, y contra la verdad dada por él: y si ella tuviese lengua, pediria á voces justicia contra el tal hombre, porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está detenida sin la oir, ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre tiene en su voluntad. Y así como puede, á semejanza de la sangre de Abel, da voces pidiendo venganza; porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia que tuviera en el obrar, si no la impidiera, mas le ayudara con su voluntad á obrar lo que ella enseñaba: y estas voces óyelas Dios, que es el que dice: « El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes. » Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, segun hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error en pena de sus pecados: y así fueron castigados aquellos con caer en tan ciega idolatría, que vinieron á adorar por Dios las aves, serpientes y bestias. Y porque quitaron á Dios la honra, que como á Dios se le debia, y la dieron á cuya no era, tornóles á castigar Dios este pecado de idolatría con permitirlos caer en tan feos pecados que es temor pensarlos y vergüenza decirlos. Y aunque los castigados con este castigo

Jer., 30.

Rom., 1.

sin duda caerán en pecados, mas su caida es tan libre, como lo es en los otros pecados, que por su propia voluntad caen : y por muchos que sean los unos y otros, no les está cerrada la misericordia de Dios si se quieren acoger á sus piadosas entrañas. El poder de Dios se manifiesta en lo primero, su sabiduría en lo segundo, y su bondad y misericordia en lo tercero. Y por este norte, que el Soberano Juez castigó á estos soberbios gentiles, castigó tambien á los ingratos judíos, y con mucha razon, pues les dió mas conocimiento que á los gentiles, del cual usaron tan mal que á la misma luz verdadera, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles : y porque quisieron apagar aquella luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en oscuras tinieblas y eternal perdicion, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos ¿ cual fué el motivo que los trajo á tan grande mal de descreer á la luz que presente tenian? Res-

Joan., 3.

ponde san Juan : « Amaron mas los hombres las tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas. » Todo aquel que mal hace, aborrece la luz. De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban á toda verdad y virtud , y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podian oir, ni mirar, ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenian, ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparacion de la cual era condenada la suya por mala : y de la raiz de esta voluntad, así depravada, salió el fruto de negar y matar al Celestial Médico que los venia á curar, y quedaron tales cuales mucho tiempo antes los habia pintado el profeta

Psal., 68.

David, cuando de ellos dijo : « Sean oscurecidos sus ojos, porque no vean , y su espinazo ande siempre acorvado, » porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionado á cosas de la tierra.

CAPITULO XLVIII.

En que se prosigue mas en particular lo ya dicho, y se declara lo que se requiere para entrar á leer y entender las divinas letras y doctores santos.

Pues si Dios zeló tanto la honra de su conocimiento que dió á los gentiles, y del que dió á los judíos, ¿cuánto zelará el que da á los cristianos, pues es mayor sin comparacion que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios á los tales con este terrible castigo de dejarles caer en herejías como á los pasados. Por ventura, no vemos cumplido con nuestros ojos lo que san Pablo profetizó de los tiem-

Thes., 2.

pos postreros, diciendo : « ¿Qué habia Dios de enviar á unos hombres operacion de error, para que crean á la mentira? » (y mentira contra la fe) pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazon

la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado esta eficacia de error, para creer á la mentira, como dijo san Pablo; mas no envia Dios cosa de estas, incitando al hombre á que crea mentira, ni á que haga maldad, porque no es tentador de los malos, segun dice Santiago apóstol; mas dice enviar operacion de error, cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones ó falsos milagros que le haga otro hombre ó el perverso demonio, y así siente una eficacia dentro de sí, para creer aquella mentira que le parezca que es motivo á creerla, como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es aqueste, y pues él es justo, grande debe ser la culpa, en cuyo castigo se hace: y cual sea esta culpa, el mismo san Pablo nos lo declara, diciendo: «Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.» Porque si mirais cuan poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos á servir á Dios y ser salvos, parecerosha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo que ella enseña, y muy mayor hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuan lejos habia de estar de ofender á Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! ¡Cómo se atreve á pecar quien cree que entrando el pecado por una puerta en el ánima Dios se sale por la otra! Y que tal queda, Señor, el hombre sin tí, sentíalo aquel que rogaba: «Señor, no te apartes de mí.» Porque Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda de culpa y de pena infernal. Con razon se maravillaba Job, cuando decia: «¿Quién podrá gustar lo que siendo gustado trae consigo la muerte?» Mucha razon es cierto que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico, que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, habiendo Dios dicho «que el ánima que pecare, aquella morirá.» ¿Porqué no obra en tí la fe que tienes á la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues este puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y porqué el haber dicho Dios que él es galardon eternal de los que le sirven, no nos hace á todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Porqué no amamos á nuestro Señor, el cual creemos ser sumo Bien, y habiéndonos él amado primero, aun hasta morir por nosotros, y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir, y seguimos obras contrarias? ¿Puede ser mayor monstruo que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que no tuvieron amor á la verdad, con la cual fueran salvos, poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer el error, es muy justo juicio de aquel Señor, que es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Y si mirais donde armó Dios el lazo con que los judíos y herejes fuesen castigados, segun hemos dicho, parecerosha cosa mas para tem-

Thes., 2.

Psal., 34.

Job, 6.

Ezec., 18.

Psal., 68.

blar que para hablar. Preguntadles á estos, ¿que en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada? Y deciroshan los unos, que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento: y los otros, que en la del Nuevo, y vereis abiertamente cumplida la profecía del profeta David, en que dice: « La mesa de ellos sea deshecha en lazo, y en castigo, y en tropiezo. » ¿Vistes nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida en lazo de muerte? ¿La mesa de consolacion y perdon en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva á la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino, y caer en la muerte? Grande por cierto es la culpa que tal castigo merece, que el hombre se ciegue en la luz, y se le torne muerte la vida. Justo eres, Señor, y justos tus juicios, y ninguna maldad hay en tí, mas haila en los que usan mal de tus bienes: por lo cual es justo que tropiecen en ellos, y sea castigada la deshonra que hicieron á ellos y á tí. Grande bien, Señor, y muy grande es tu fe, acatada y obedecida, y puesta en obra es razon que sea; y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu Divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, y quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo tú: porque así como en las parábolas que predicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenian disposicion para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio, así tienes tú el profundo mar de tu Divina Escritura, disputado para hacer misericordia á tus corderos, que naden en el provecho suyo y ajeno, y tambien para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen, y ahoguen á otros. Temida y muy temida debe ser la entrada en la Divina Escritura, y nadie se debe arrojar á ella sino con mucho aparejo, como á cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ello el sentido de la Iglesia Católica Romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice san Atanasio, por las palabras siguientes: « Necesaria es la bondad de vida y limpieza de ánima, y cristiana piedad para la investigacion y verdadera ciencia de las Escrituras. » Y despues dice: Porque sin limpieza de ánimo y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos. » Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol alimpia sus ojos y se pone mas claro alimpiándose, casi á la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo hecho luz pueda mirar la luz del sol: y así tambien como si alguno desea ver alguna region ó ciudad, se acerca á ella por causa de verla, así que desea alcanzar la inteligencia de los santos conviénele primero lavar y limpiar su ánima, y por semejanza de vida y costumbres acercarse á los mismos santos, para que así estando con sus deseos y vida, junto con ellos, entienda en aquellas cosas que Dios á ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores, y del fuego que en el dia del juicio les está aparejado. Esto que ha dicho san Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la Divina Escritura, porque sin esta limpieza de vida bien podrá uno saber por la Escri-

Psal., 68.

tura lo que Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el Sabio, no se puede saber por estudio humano; mas segun él mismo dice: « Tu sentido, Señor, ¿ quién lo sabrá si tú no dieres sabiduría, y enviares de las alturas el Santo Espíritu tuyo? » Esta sabiduría es la que enseña el agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando esta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace á un hombre verdaderamente sabio, para que con la leccion de la Escritura y larga experiencia pueda enseñar á los otros á manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazon, enseñando por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare, errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice san Pablo « que queriendo ser engañadores de la ley no entienden las cosas que hablan. » Conviene tambien ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura del socorro y exposicion de los santos, y aun de escolásticos, porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca, sin llevar estas cosas, probádoloha Alemania, mas por su mal.

1. Tim., 1.

CAPITULO XLIX.

Que debemos no ensoberbecernos, viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido, antes humillarnos con temor; y de las razones que para ello hay.

No saqueis vos de oir estas caidas ajenas alguna soberbia de corazon, con que digais: No soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe; acordaos de unos hombres que contaban á nuestro Señor que Pilato habia muerto á cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios que hacian, y llevaban los que esto contaban un liviano complacimiento en su corazon, con que se tenian por mejores que aquellos que habian hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato. Y como el Soberano Maestro entendia la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar les dijo de esta manera: « ¿ Pensais que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella Provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿ O pensais que aquellos diez y ocho hombres, sobre los cuales cayó la torre en Siloe, y los mató, eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalen? *Vos os digo que no*, y que si penitencia no hiciéredes, todos juntamente pereceréis. » Este mismo sentido tiene san Pablo, cuando dice: « Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por la fe estás en pié. » No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera tambien serás tú cortado. Los castigos de Dios hechos en otros, humildes y castos, nos deben hacer, no soberbios, que donde quiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y

Rom., 11.

que decir con Jeremías : « Si salgo al campo, veo muer-
Jer., 14. tos á espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desperecidos con hambre. » Los primeros son los que se han salido de la ciudad, que es la Iglesia, gente que está sin cabeza, porque la espada de la incredulidad les ha quitado la cabeza que Dios dió á los cristianos, que es el romano pontífice : y los segundos son muchos de los que en la ciudad de la Iglesia tienen sana la fe, mas están miserablemente muertos de hambre, porque no comen manjar de la obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son estas dignas de que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante de su acatamiento, y le digamos : ¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre, y perdiste la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea tambien de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir. Tened vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si á Cristo amais, habeis de tener dentro de vuestro corazon entrañable compasion de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo : y tambien os conviene mucho mirar como vivís, y como os aprovechais de la fe que teneis, porque no os castigue Dios con dejaros caer en algun error con las perdidas, pues habeis oido con vuestras orejas cuanta gente la ha perdido por las herejías del perverso Lutero, y otros hay que han negado á Cristo en tierra de moros, por vivir segun la ley bestial de Mahoma, en lo cual vereis cumplido lo que
1. Tim., 1. dice san Pablo : « Que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe; » ahora sea como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer, porque la misma mala conciencia poco á poco hace cegar el entendimiento para que les busque doctrina que no contradiga á sus maldades, ó porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía. Ahora sea por lo uno ó por lo otro, es cosa para temer y poner cuidado de lo evitar : y aunque esto no acaezca á todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal no por eso pierden la fe, segun hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va, el haber acaecido á uno solo es razon que ponga á todos cuidado y temor de huir aquella ocasion. Que cierto bien lejos estaban los corazones de los once apóstoles de entregar á la muerte á Jesucristo nuestro Señor, y porque él dijo que uno de ellos lo habia de entregar, temieron todos, y dijeron : « ¿Por ventura, Señor, soy yo? » Temiendo que podian por su flaqueza caer en lo que de presente se sentian libres. Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos : « Inclina tu oreja, » obedeciendo con fe á Dios y á su Iglesia, y no tener entendimiento escudriñador, que sea oprimido de la Majestad, segun está amenazado en la Escritura, porque los que quieren tentar las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que á los que miran en hito al mismo sol, que no solo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados por el grande exceso que hay de la luz que miran á los ojos con que la miran; y así estos tales buscando satisfaccion por via de entender y escudriñar, hallan dudas é inquietud, porque no se comunica la sabiduría de Dios

sino á los pequeños humildes que con sencilleza se llegan á él, inclinando su oreja á él y á su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermoseada con fe y con obras, á semejanza de la hermosa Rebeca, á la cual fueron dados de parte de Isaac zarcillos para las orejas, y ajorcas para las manos, y porque nos fuese mas encomendada esta sencilla sujecion de nuestro entendimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestarnos en la primera palabra, diciendo: «Oye, hija;» mas amonestólo en otra, que dice: «Inclina tu oreja,» para que sepan los hombres que pues Dios no habla palabras ociosas en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde creer, principio de nuestra salud: y si con ella se junta el amor, tendremos salud del todo perfecta.

CAPITULO L.

De como suelen ser muchos engañados dando crédito á falsas revelaciones, y declaráse en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razon que pase de aquí sin avisaros de un grande peligro que á los que caminan en el camino de Dios acaece y á muchos ha derribado, el principal remedio del cual consiste el aviso que el Espíritu Santo nos dió, mediante aquesta palabra que dice: «Inclina tu oreja,» y este peligro es ofrecerse á alguna persona devota revelaciones ó visiones, ú otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas. Una, para con aquellos engaños quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como tambien ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos. Otra, para engañar á la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes, los cuales deben de poner escarmiento, y dar aviso á cualquiera persona deseosa de su salud, á no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron, despues de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gerson cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquestos, y dice haber sabido de muchos que decian tener por muy cierto haberles revelado Dios que habian de ser papas: y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito que habia de ser papa, despues se le asentó en el corazon que habia de ser anticristo, ó á lo menos mensagero de él, y despues fué gravemente tentado de matarse él mismo por no traer tanto daño al pueblo cristiano, hasta que por la misericordia de Dios fué sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros. No han faltado en nuestros tiempos

personas que han tenido por cierto que ellos habian de reformar la Iglesia cristiana, y traerla á la perfeccion que á su principio tuvo, ó á otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo ha sido suficiente prueba de su engañado corazon, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformacion, que con la gracia de Dios les fuera ligera, que olvidando sus propias conciencias poner los ojos de su vanidad en cosa en que Dios no la queria hacer por medio de ellos. Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecia muy breve atajo para llegar presto á Dios: y parecidos, quedándose perfectamente á él, y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios, y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que á su corazon venia no era otra cosa sino lumbre é instinto de Dios. Y llegó á tanto este engaño, que si aqueste movimiento interior no les venia, no habian de moverse á hacer obra buena, por buena que fuese: y si les movia el corazon á hacer alguna obra, la habian de hacer aunque fuese contra el mandamiento de Dios, creyendo que aquella gana que su corazon sentia era instinto de Dios y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligacion de mandamientos de Dios, al cual decian que amaban tan de verdad que aun quebrantando sus mandamientos no perdian su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de aquesto, diciendo: « Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama. » Iten: « Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que no me ama, no guardará mi palabra. » Dando claramente á entender que quien no guarda sus palabras no tiene su amor ni amistad, porque, como dice san Agustin, « ninguno puede amar al rey cuyo mandamiento aborrece. » Y lo que el Apóstol dice: « Al justo no le es impuesta ley, » y que donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad, no se ha de entender que el Espíritu Santo haga á ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores, antes mientras mas se le comunica este espíritu mas amor le pone, y creciendo el amor crece el cuidado y gana de guardar mas y mas las palabras de Dios y de su Iglesia: sino, como este Espíritu sea eficacísimo, y haga al hombre verdadero y ferviente amador de lo bueno, pónele tal disposicion en el ánima, cuando con abundancia se da, que no le es pesada la guarda de los mandamientos, antes muy fácil, y tan sabrosa que diga David: « Cuan dulces son para mi garganta tus palabras, mas que la miel para mi boca. » Porque como este Espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios haciéndole que sea un espíritu con él, quiere decir, como dice san Pablo, que tenga un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues á cada uno es sabroso obrar lo que ama, tanto, que si la misma ley de Dios se perdiese, se hallaria escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, segun dice David, que la ley de Dios está en el corazon del justo; quiere decir, en su voluntad, segun Dios. Y antes lo habia dicho Dios: « Yo daré mi ley en las entrañas de ellos. » Y de aquí es que, aunque

Tim., 1.

Psal., 36.

Jer., 31.

no hubiese infierno que amenazase, ni paraiso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraria el justo por solo el amor de Dios lo que obra; porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios, lo que la generacion humana en el corazon del hijo para con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopcion de los hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un amoroso hijo, reverencia y sirve á Dios por el amor filial que le tiene; tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado, y la perfecta esperanza que alanza de sí tristeza y temor, como se puede alcanzar en este destierro; y hacerle sufrir los trabajos no solo con paciencia, mas con alegría: y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo á los unos y amando á los otros, se llama libre, y que al tal justo no le es puesta ley. Así como si hubiese una madre que mucho amase á su hijo y mucho hiciese por él, no le seria pesada la ley que le mandase hacer lo que con su corazon maternal con su hijo hace; y así esta tal madre no estaria debajo de la ley ni de trabajos, mas encima de ella como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad: y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la ley con amor, y aun muchos hacen cosas á que no tienen obligacion, ardiendo su corazon con mayor fuego de amor, que la obligacion en que les ponia la ley. Y así se ha de entender lo que dice san Pablo: « Si sois llevados por el espíritu, no estais debajo la ley. » Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la ley y gozosos con los trabajos, todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no les es carga la ley segun es dicho; mas en quebrantando uno de los mandamientos de Dios ó de su Iglesia, luego se va este Espíritu, segun está escrito, que se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima por venir á ella la maldad. Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos á la pesadumbre que da la ley á los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos á caidas de culpas. No diga pues nadie que quebrantando mandamiento de Dios ó de su Iglesia puede haber justicia ni libertad ni amor con él, pues el Señor pronuncia ser esclavo, no libre, el que hace el pecado, y como no hay participacion de luz con tinieblas, no la hay entre Dios y quien obra maldad, porque, segun es escrito, « aborrecible es á Dios el malo y su maldad. » Heos dado cuenta de aqueste tan ciego error, como poniéndooslo en ejemplo, por donde saqueis otros muchos tan necios y torpes como él, en los cuales han caido en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creido que los sentimientos ó instintos que en su corazon habia eran de Dios.

Galat., 3.

Eccli., 41.

CAPITULO LI.

De como nos habemos de haber para no errar en las tales ilusiones: y cuan peligroso sea el deseo de revelaciones, ó cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de aquestas, os encomiendo mucho escarmenteis, como dicen, en cabeza ajena, y que tengais mucho aviso de no consentir en vos poco ni mucho, el deseo de aquestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia ó curiosidad peligrosa; de lo cual en algun tiempo fué tentado san Agustin, cuyas palabras son estas: « ¡Con cuantas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo, que yo pidiese á tí, Señor, algun milagro! Mas ruégote, por amor de nuestro rey Jesucristo y por nuestra ciudad de Jerusalen la del cielo, que es casta y sencilla, que así como ahora está lejos de mí el consentimiento de aquesta tentacion, así lo esté siempre mas y mas lejos. » San Buenaventura dice « que muchos han caido en muchas locuras y errores en castigo de haber deseado las cosas ya dichas. » Y dice « que antes deben ser temidas que deseadas. » Y si os vinieren sin quererlas vos, temed, y no las deis crédito, mas recurrid luego á nuestro Señor, suplicándole no sea servido de llevaros por este camino, sino que os deje obrar vuestra salud en su santo temor y camino ordinario y llano de los que le sirven; especialmente habeis de mirar esto, cuando la tal revelacion ó instinto os convidare á reprehender ó avisar alguna cosa secreta á tercera persona: y mucho mas si es sacerdote ó prelado ó semejante persona á quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazon estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisen: « Suplícote, Señor, envies al que has de enviar. » Y Jeremías dice: « Muchacho soy, Señor, no sé hablar. » Teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados á corregir á los otros. Y no temais que por esta resistencia humilde se enojará Dios ó se ausentará si el negocio es suyo, mas antes se acercará y lo aclarará: pues quien da su gracia á los humildes no la quitará por hacer acto de humildad; y si no es de Dios, huirá el demonio herido con la piedra de la humildad, que es golpe que le quiebra la cabeza como á Goliat. Y así acaeció á un padre del yermo, que apareciéndole una figura de un crucifijo, no solo no le quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos dijo: « No quiero ver en este mundo á Jesucristo, bástame verlo en el cielo: » con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura queria engañar. Otro padre respondió á uno, que decia ser ángel enviado á él de parte de Dios: « Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira á quien te enviaron, que no es posible que te enviasen á mí, ni te quiero oir; » y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio; y por esta via de humildad y de desechar muy de corazon estas cosas, han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que

por esta via el demonio les tenia armados, probando en sí mismos lo que dice David : « El Señor guarda á los pequeñuelos; humilléme yo, y libróme él. » Y por el contrario, hallando la falsa revelacion ó instinto del demonio alguna gana ó aplazamiento liviano en el corazon de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio, porque, como dice san Agustin, « la soberbia debe ser engañada. » Estad pues tan limpia de aqueste aplacimiento y de pensar que sois algo por aquestas revelaciones, que no se mude vuestro corazon ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba debajo del temor santo de Dios : y así os habed en ellas como si no os hubieran venido, y si con responder esto el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él á quien os pueda aconsejar lo que os cumple, aunque mejor seria dar esta cuenta luego que os acaeciese, y ayudar vos con oraciones y ayunos y otras buenas obras al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso : porque si al espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia. y somos semejantes á los miserables fariseos, contraditores de la verdad de Dios, que atribuian al espíritu malo las obras que Jesucristo nuestro Señor hacia por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia acetamos el instrumento del espíritu malo, por cosas del Espíritu Santo. ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por luz y el engaño por verdad, y, lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, ó teniendo á Dios por demonio, ó al demonio por Dios, y cuan gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de estas en lo que ella es : ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea; mas cuan clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificacion y lumbre de aquesta duda : y así como no es de todos profetizar ó hacer milagros con otras semejantes gracias, sino de aquellos á quien el Espíritu Santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura ó Iglesia de Dios. Necesaria pues es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama discrecion de espíritus, con la cual entrañable inspiracion y alumbramiento juzga el hombre que este don tiene, sin errar, cual es el espíritu de verdad ó de mentira : y si es cosa de tomo, débese decir al prelado y tener por acertada su determinacion.

Psal., 12.

CAPITULO LII.

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones ó ilusiones.

Allende de lo dicho habeis de mirar qué provecho ó edificacion dejan en vuestra ánima aquestas cosas : y no os digo esto para que por estas ó

otras señales vos seais juez de lo que en vos pasa, mas para que, dando cuenta á quien os ha de aconsejar, tanto mas ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad cuanto mas particular cuenta le diéredes. Mirad pues si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengais, ó para alguna cosa de edificacion notable en vuestra ánima; porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice: « Yo soy el Señor que te enseño cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas. » Y cuando se viere que no hay cosa de provecho, mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar ó hacer perder tiempo á la persona que las trae y á las otras á quien se cuentan: y cuando mas no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento. Y entre las cosas que mas habeis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea, si os dejan mas humillada que antes, porque la humildad, como dice un doctor, pone tal peso en la moneda espiritual que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda, porque, segun dice san Gregorio, « evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los réprobos es la soberbia. » Mirad pues qué rastro queda en vuestra ánima de la vision ó consolacion, ó espiritual sentimiento, y si os veis quedar mas humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no teneis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco os ocupais mucho en mirarlo ó hacer caso de ello, mas echaislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos: y si alguna vez os viene á la memoria, humillaisos, y maravillaisos de la gran misericordia de Dios, que á cosas tan viles hace tantas mercedes, y sentís vuestro corazon tan sosegado y mas en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese estábades, alguna señal tiene de ser Dios, pues es conforme á la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprecie en sus propios ojos, y de los bienes que Dios recibe se conozca por mas obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria á aquel de cuya mano viene todo lo bueno; y con esto concuerda san Gregorio, diciendo: « El ánima que es llena del divino entendimiento tiene sus evidentísimas señales, » conviene á saber, « verdad y humildad. » Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo; mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés, porque, ó al principio ó al cabo de la revelacion ó consolacion, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella, y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprehendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querria que hablasen los otros. Cuando estas señales y otras que demuestran liviandad de corazon viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio, y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea

Isai., 48.

conocimiento de cosas de Dios; y aunque sea ser subida hasta el tercero cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fieis de cosa ninguna ni la recibais, porque mientras mas alta es, mas peligrosa es, y hacerosha dar mayor caida. Pedid á Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre esto deos mas lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro sino oropel: y no harina de mantenimiento sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja falsificados, para que no agraden á Dios, y sean ocasion al que los tiene de mayor caida. Leemos de nuestro Redentor que cuando apareció á sus discípulos el dia de su ascension, primero les reprehendió la incredulidad y dureza de corazon, y despues les mandó ir á predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando á entender que á quien él levanta á grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas, para que, aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos á su propia bajeza, sin poder atribuir á sí mismos otra cosa sino su indignidad. La suma pues de todo esto sea que tengais cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar á quien os ha de aconsejar y vos tomar su consejo.

CAPITULO LIII.

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud, y de cuan á peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.

Mas habeis de notar que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuan nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria á Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad; y con todo esto están llenos de soberbia, y tan enlazados en ella cuanto ellos mas libres piensan estar. Y es la causa porque ya que vivan en verdad, por no atribuir los bienes á sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes mas y mayores de lo que en la verdad son: y piensan tener de Dios tanta lumbre que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir á los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ella sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que á los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el Espíritu de Cristo y ser regidos por él, y no haber menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su uncion les satisface en sus oraciones. Piensan, como san Bernardo dice, «en las casas ajenas, y que en solas las suyas luce el sol.» Y desafían y desprecian á todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios; solo aquel es bueno en el juicio que con ellos se conforma: y no hay cosa que mas molesta les sea que haber quien les contradiga. Quieren

ser maestros de todos y creidos de todos, y ellos á ninguno creer, y á la discrecion cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y á los desenfrenados fervores y novedades llenas de singularidad ó causadoras de alborotos llaman libertad del espíritu y fortaleza de Dios, y aunque traigan en la boca casi á la continua: Esto me dice mi espíritu, Dios me satisface, y semejantes palabras: otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los santos la entienden, mas como á ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que á ellos: y así haciendo ídolos de sí mismos, y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios, se tienen por perfectos humildes, y creyendo que en solo ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos: y lo que piensan que es luz, es muy oscuras tinieblas. « De estos, ó que parecen á estos, dice Gerson, hay algunos, á los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan en sus invenciones guiados, ó por mejor decir, arrojados por su propia opinion, que es peligrosísima guia. Macéranse con ayunos demasiadamente, velan mucho, turban y desvanecen el celebro con demasiadas lágrimas, y entre estas cosas no creen amonestacion ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo á los sabios de la ley de Dios, ni se curan de oirlos, y cuando los oyen ó piden consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender á sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusion de demonios; presto caerán en la piedra del tropiezo, porque son llevados con ciega precipitacion y ligereza demasiada. Por tanto cualquiera cosa que dijere de revelaciones no acostumbradas, tenedlo por sospechoso. » Todo esto dice Gerson.

CAPITULO LIV.

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados: y de cuanto conviene recibir parecer ajeno, y de los males que trae el amor del propio juicio.

Habeis de saber que algunos de estos que he dicho en el capítulo pasado son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. Y si por ventura saben algun poco latin para leer y traer consigo un testamento nuevo, es tanto lo que se creen á sí mismos pensando que creen á Dios y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos é impersuasibles que, como la Escritura dice, mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confia en su necedad: y tienen muy en la memoria, y tambien en la lengua, aquel dicho de san Pablo: « La ciencia hincha, y la caridad edifica. » Y con esto paréceles tener licencia de despreciar á los sabios, como á gente hin-

chada, y précianse á sí mismos, como á gente llena de caridad: y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es mas peligrosa que soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor; aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla; mas la maldad del malo, que toma ocasion de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar á los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes á muchos ha sido y es grande ocasion para serlo, y juzgar que no lo son es una grande soberbia é injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito: «Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos; haced lo que os dicen, y no hagais lo que hacen» Y estos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del órden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los mas sabios. Ni es contra esto lo que dice san Juan: «Que la uncion enseña de todas cosas.» Porque lo que quiere decir es que la gracia y lumbre de Dios unas veces enseña el hombre interiormente por sí sola: y otras que vaya á pedir ajeno consejo, y á quien ha de ir á pedirlo, y así enseña de todo, aunque no por sí sola todo. Y á este propósito dice san Agustin: «Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas. Antes pensemos como, aunque san Pablo fué postrado y enseñado con voz celestial, con todo eso fué enviado á hombre para recibir los sacramentos, y ser incorporado en la Iglesia. Y Cornelio centurio fué enviado á san Pedro, no solamente para recibir sacramentos, mas para oir de él lo que habia de creer, esperar y amar; porque si no hablase Dios á los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa seria la condicion humana. Y como seria verdad lo que está escrito: «El templo de Dios santo es;» que sois vosotros, si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres; mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres se lo hubiesen de decir desde el cielo, y por medio de ángeles. Y tambien la misma caridad no tendria entrada para que se comunicasen los corazones de unos con otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fué enviado al eunuco, y Moisen recibió el consejo de su suegro Jetro.» Todo esto dice san Agustin. Iten, dice san Juan Clímaco «que el hombre que se cree á sí mismo no ha menester que le tiente el demonio, porque él mismo es demonio para sí.» Iten, dice san Jerónimo: «No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.» Iten, san Vicente dice y aconseja mucho «que el hombre que quisiere ser espiritual tenga algun maestro por quien se rija: y si lo puede haber y no lo toma, nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia» San Bernardo y san Buenaventura á cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo; unas veces dice: «¡Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y de-

Matth., 13.

Joan., 2.

Act., 9.

Act., 10.

1. Cor., 3.

Exod., 13.

Isai., 5.

lante de vosotros mismos prudentes!» Y en otra parte: «Si vieres algun hombre que se tiene por sabio, cree que mas bien librado que este será el ignorante.» Y san Pablo nos amonesta: «No querais ser sabios acerca de vosotros mismos.» Y el Sabio dice: «Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazon, no recibirá las palabras de prudencia.» Y en otra parte: «Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina: y si amares el oir, serás sabio.» Y por no ser prolijo, digo que la Escritura Divina, y amonestaciones de los santos, y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas á una boca nos encomiendan que no nos arrimemos á nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo; porque de otra manera, ¿qué cosa habria mas sin órden, que la Iglesia de Dios, ó cualquiera congregacion, si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad y de paz, y de union, mueva á uno á ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu que se tenga un hombre en tanta estima que no se halle en la congregacion de los hombres quien le pueda enseñar ni juzgar si su espíritu es bueno ó malo? Porque, como dice san Agustin, no dejaria este de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja: y ya que sea su soberbia tanta que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía ó de sanar enfermos, y semejantes dones, de los cuales carezca el otro que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones sea mayor en tener don de consejo ó de discrecion de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor: y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que si lo que tiene es de Dios se vaya ó se pierda, por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes mas y mas se confirmará: y si de otra parte fuere, huirá: y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, segun dice Santiago, es *ser suadible*. Y mire que llama san Agustin á estos pensamientos soberbísimos y peligrosísimos, porque aunque sea peligrosa la soberbia é inobediencia de la voluntad que es no querer obedecer á la voluntad ajena, muy mas peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es creyendo á su parecer no sujetarse al ajeno, porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer. Mas quien tiene asentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá á lo que no tiene por tan bueno? Si el ojo del ánima, que es el entendimiento, con que se habia de ver y curar la soberbia, ese mismo está ciego y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y si la luz se torna tinieblas, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás? Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia, que turban á todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio, y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir? Y porque del todo maldigais y huigais este vicio, sabed que llega hasta hacer á los que eran buenos cristianos perversos he-

Eccli., 6.

Eccli., 6.

Jacob., 3.

rejes, ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer mas á su parecer propio que al de la Iglesia y de sus mayores, pensaban ellos que acertaban, y que lo que en su corazon pasaba era obra de Dios: y que si creian mas al parecer ajeno que á lo que en su corazon sentian, dejaban á Dios por el hombre; mas la experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño, el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos trasformándose en ángel de luz, debajo de semejanza de bien, y así quitóles la vida del ánima, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPITULO LV.

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona á quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos, y qué tal ha de ser esta, y cómo nos habremos con ella.

Tomando pues escarmiento de aquestas cosas, os amonesto que así como habeis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho mas lo seais de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa, y en vuestra casa: y aunque sea en cosas livianas, no lo sigais, porque á duras penas hallareis cosas que tanto turbe el sosiego, que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra: y mas vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habeis menester para gozar de Dios en sosiego: y esto entended, si vos no teneis oficio de regir la casa, porque entonces no debeis lo que os parece ser bueno, aunque debeis informaros bien por oracion y consejo, segun la calidad de la cosa. Ya sabeis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta, se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y cierto creed que quien está acostumbrado á creerse y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas á llamar á su entendimiento de necio, y á fiar poco de él, hallarseha facilitado para sujetarse, ó al parecer de Dios ó de sus mayores, ó para no juzgar fácilmente á su prójimo: y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podeis negar vuestro parecer, y seguir el ajeno, sin examinar mucho quien lo dice ó no, así os digo que en lo que toca á vuestra conciencia debeis de estar avisada que ni la fieis de vuestro parecer ni la ficis de quien quiera. Conviencos que tomeis por guia y padre á alguna persona letrada, y experimentada en las cosas de Dios, que uno sin otro ordinariamente no basta, porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades, y tentaciones que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida

espiritual, en las cuales, como dice Gerson, se ha de ocurrir á los experimentados: y muchas veces acaecerá á los que no tuvieren mas que letras, lo que acaeció á los apóstoles, andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo, que á ellos venia, era fantasma, temiendo por engaño lo que es merced y verdad de nuestro Señor, como hicieron los apóstoles. Poneroshan algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo: y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto é iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y á duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas mas altas que las que pasan en el corazon de ellos. Otros hallareis ejercitados en cosas de devocion, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen mucho caso de él: y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, oyenlo con admiracion, teniendo por mas santo al que mas tiene de ellas, y aprueba ligeramente estas cosas, como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de estos por ignorancia caen en errores, y dejan caer á los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio, por lo cual no son buenos para regir tampoco, como los pasados Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar á quien les informe. De estos tales bien os podreis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta: y pues tanto os va en acertar con buena guia, debeis con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine él de su mano, y encaminado, fiadle con mucha seguridad vuestro corazon, y no escondais cosa de él, buena ni mala; la buena, para que la encamine Dios, y os avise; la mala, para que os la corrija: y cosa de importancia no la hagais sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que él pondrá en el corazon y lengua á vuestra guia, lo que conviene á vuestra salud, y de esta manera huireis de dos males y extremos; uno, de los que dicen: No he menester consejo de hombre, Dios me enseña y me satisface. Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa, sino que es hombre que les comprehende aquella maldicion, que dice: «Maldito el hombre que confia en el hombre.» Sujetaos vos á hombre, y habreis escapado del primer peligro, y no confies en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habreis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto que, aunque mucho busqueis, no hallareis otro camino tan cierto, ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos, segun nos dan testimonio las vidas de los santos padres, entre los cuales se tenia por muy gran señal de llegar uno á la perfeccion el ser muy sujeto á su viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las órdenes de los religiosos hay, por maravilla hallareis otra tan buena como vivir todos debajo de un mayor á quien obedezcan, no solo en las obras

Jer., 17.

exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devocion en la obediencia, vivirán vida acertada, y muy descansada.

CAPITULO LVI.

En que se comienza á declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras, y que conviene tener recogimiento en la vista corporal, para ver mejor con los ojos del ánima, los cuales, cuanto mas limpios de las criaturas, miran mejor á Dios.

Si bien habeis oido las palabras ya dichas, vereis cuan necesario es el oir para agradar á Dios nuestro Señor. Agora escuchad la segunda palabra que dice *Ve;* no basta estar atento á las divinas palabras de fuera, é inspiraciones de dentro, *que es el oir;* mas conviene tambien tener sano el sentido *para ver*, porque no menos son reprehendidos de Cristo los ciegos que no ven la luz, que los sordos que no oyen la verdad. Mas no penseis que amonestándoos que veais, os quiere decir que veais fiestas ó mundo, porque aquel ver, ¿ qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazon, segun dice David : « Veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y estrellas que tú fundaste. » Y si mas criaturas quieren ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas á Dios, no para perder y olvidar á Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor : « Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad; en el camino avívame. » Bien sabia este santo rey que el demasiado mirar es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazon encendido, y por eso dice : « Avívame en tu carrera; » porque segun está claro, á los experimentados, cuanto mas recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto mas ven con los interiores, cuya vista es mas alegre y mas provechosa, lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener mas recogido su entendimiento para contemplar, en el cual hecho debemos burlar de su error en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos. Y así con todo cuidado debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿ De dónde pensais que vino el principio de la perdicion al mundo? Por cierto no de mas que de una vista desordenada. Miró Eva al árbol vedado, dióle gana de comer de su fruto porque le parecia hermoso y sabroso. Comió é hizo comer á su marido, y la comida fué muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear, como parece en el santo rey David, cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo despues que llorar noches y dias lavando su cama y estrado con lágrimas, en tanta

Psal., 8.

Psal., 118.

2. Reg., 11.

abundancia que sus ojos estaban carcomidos como de polilla de mucho llorar; y quien dice: Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu ley, mejor los derramaria por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido á sus ojos no deleitarse en lo que despues tan caro les costó: y tambien lo será á nosotros pecadores, pues tan livianos somos que tras los ojos se nos va el corazon. Pongamos pues un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí no perdamos la vista del Criador; quiero decir nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos. Y creed cierto que una de las mas ciertas señales de corazon recogido es la mortificacion en el mirar, y del corazon disoluto la disolucion del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima de bien ó de mal, por lo cual el Esposo alaba á la Esposa de los ojos, diciendo: « Tus ojos son de paloma, » dando á entender que son honestos como los de paloma, que suelen ser negros. Miremos pues cómo miramos. si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando: y si esto conviene mirar en los ojos de fuera, ¿cuánto mas en los interiores, en los cuales verdaderamente está el bien ó el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista ó es ciego? Claro está que los fariseos á quien Jesucristo nuestro Señor hablaba, ojos tenian en la cara con que veian; mas porque no veian con los del ánima, llamábalos ciegos y guia de ciegos. Y por el contrario el patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenian en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo, porque, como dijo san Anton á un ciego llamado Didimo, que era muy sabio en las Escrituras Divinas: « No es razon que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales tambien tienen los gatos y los perros y otros animales menores, pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve Dios. » Pues de esta vista debeis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *Ve;* si la quereis cumplir, ojos teneis, que es vuestro entendimiento, y para ver á Dios nos fué dado; no lo hinchais de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo atapeis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo, mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en aquel que os lo dió y os le pide para haceros bienaventurada en él. No penseis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, é hizo que no entrasedes á moler en el atahona de las cargas de matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes, mas libertóos el Señor para que fuésedes toda suya, y vuestros ojos á él solo mirasen, como la Esposa casta á su solo Esposo suele mirar.

Cant., 1 et 5.

CAPITULO LVII.

Que lo primero que ha de mirar el hombre es á sí mismo, y de la necesidad que tenemos *del propio conocimiento*, y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.

Tendreis pues esta órden en el mirar: que primero os mireis á vos y despues á Dios, y despues á los prójimos; miraos á vos para que os conozcais y tengais en poco, porque no hay peor engaño que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es. Lodo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en mas que esto os teneis, ciega estais, y decirosha vuestro Esposo: Si no te conoces, ó hermosa entre las mujeres, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos par de las cabañas de los pastores; el cual lugar os declare, segun la letra griega y edicion vulgata, á la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que segun la letra hebrea tenga otro sentido. Dicen pues en sentencia san Gregorio, y san Bernardo y Orígenes de esta manera: «No hay cosa tan para temblar como oir á la boca de Dios: *Salte y vete.*» Porque si la mas recia palabra de un padre para su hijo, ó marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarle de su amparo y riquezas, diciéndole: Vete de mí y de mi casa: ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrarse de todos los bienes y caer en todos los males? «*¿Dónde iremos*, dijo san Pedro á Cristo, que palabras de vida eterna tienes? ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y tú solo la tienes? ¿Dónde iremos, alegre luz, sin la cual hay tinieblas; dónde, pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí?» Recia palabra es *salte y vete*, y semejable á aquella que Cristo ha de decir el dia postrimero á los malos: «Idos, malditos, al fuego que está aparejado.» Y otra vez digo que no hay cosa que mas deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios, y debajo de su fortísimo amparo, como oir á sus orejas: *Salte y vete.* Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males; porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado á sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice san Agustin, sino lo que hizo san Pedro cuando negó á nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que habia hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro caido en el pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que habia hecho mal en haber caido, y dándole de ello dolor, y que la causa de su caida fué haber confiado de sí. De manera que la causa porque el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque no se conocen, pensando ser algo y estribando sobre sus fuerzas. Y á esta ánima dice el Esposo:

Joan., 6.

« Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas: » que quiere decir que le deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos unos á otros, los cuales tambien serán el dia postrero atados como manojos para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Y dice el Esposo á la tal ánima: *Manadas tuyas;* porque el pecar de nosotros es, no de Dios: y el bien es de Dios y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos, lo cual él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que á él toca, cuya gloria no crece en sí mismo, aunque nosotros le glorifiquemos; mas por lo que toca á nosotros, cuyo bien es y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos no á nosotros sino á él se debe la honra. Y si de lo que él puso en nosotros para su alabanza queremos edificar ídolo, atribuyendo la gloria del incorruptible Dios á nosotros corruptibles hombres, no lo dejará él sin castigo, mas dirá: « Quédate con lo que es tuyo y piérdete, pues no quisiste permanecer en mí para salvarte. » O cuan de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras, y cuan presto de espirituales se hacen carnales; de recogidos disolutos; de oro lodo; y los que solian comer con sabor pan celestial, deléitanse despues en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no solo obrar las cosas de Dios, mas aun oir hablar de él. ¿De dónde pensais que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidos á la vejez haber miserablemente caido en vilezas tan feas que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fué que en la mocedad vivian con santo temor y humildad: y viéndose tan al canto de caer, invocaban á Dios, y eran defendidos por él; mas despues que con larga posesion de la castidad comenzaron á ingreirse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, é hicieron lo que era suyo propio, que es el caer. Y entónces se cumple que apacientan sus cabritos, que son sus livianos y deshonestos sentidos, cerca de las tiendas de los pastores, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en cabaña de campo, que presto se muda, y no como en casa ó ciudad de reposo: y así con mucha razon en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno, que en cualquier manera hacemos. Despertad pues, doncella, y escarmentad, como dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probeis el castigo. Sed semejable á la Esposa, á la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oida palabra tan pesada, y de boca de quien son todos los bienes: *Salte y vete*, miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenia. Y hecha humilde con la reprehension, consuélala el Esposo, diciendo: « A mi caballería en los carros de Faraon te he asemejado, amiga mia: hermosas son tus mejillas como de tórtola. » Por la soberbia es un animal seme-

Cant., 5.

jable al demonio, el cual, como dice el Evangelio, « no estuvo en la verdad que es Dios; » mas quiso estar en sí mismo, poniéndose á sí por arrimo y descanso; por eso cayó, porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejable á los buenos ángeles que se arrimaron á Dios, y se desasieron de sí, porque se veian ser caña quebrada: y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces, diciendo: « Micael, » que quiere decir: « ¿Quién como Dios? » En lo cual contradecian al malaventurado Lucifer, y á los suyos, que se querian hacer ídolos, atribuyendo á sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura; no porque estos entendiesen que lo podian ser, pues que se conocian ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran, como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca ó entendimiento diga á voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en sí mismos, como si de sí tuviesen el bien, confesando con el entendimiento que la gloria se debe á Dios, y robándosela con la voluntad. Mas los buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: « ¿Quién como Dios? » porque de corazon se humillaron y desestimaron, segun por el entendimiento lo conocian. Y por eso fueron ensalzados á ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder, pues á esta caballería, que es el angélico ejército que destruyó á Faraon y á sus carros en el Mar Bermejo, asemeja Cristo á su Esposa cuando se conoce y se mide, y alaba las mejillas donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Porqué hubo vergüenza la Esposa de la tal reprehension? Por haber pedido cosas mayores que á su poquedad convenian. Y de mejillas deslavadas, tornáronse vergonzosas y honestas, como de tórtola, que es ave honesta. Y por esto decia aquel devoto Bernardo que habia hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo. Cuando no la tenemos, estamos aparejados á todas caidas. Recelo cuando la tenemos, porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella: y mayor recelo cuando la perdemos, porque por nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura: « Bienaventurado el varon que siempre está temeroso. »

Joan., 8.

Prov., 28.

CAPITULO LVIII.

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento, y en qué cosas lo podremos hallar, y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada dia.

De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, vereis cuan necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios: y pues quereis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los hu-

mildes de corazon son sus casas. Y por tanto, el primer cuidado que tengais sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimacion todo lo movedizo que de vos teneis, llegueis á la firme piedra, que es Dios, sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundareis vuestra casa. Y por esto decia el bienaventurado san Gregorio: « Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad, « porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento. Lo cual dice, porque no solo no aprovechan las virtudes sin la humildad, aunque sin ella no son virtudes, mas son ocasion de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasion de caida. Y por tanto conforme á la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia; y si me dijéredes: ¿Dónde hallaré esta joya del propio conocimiento? Dígoos que, aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habeis de hallar quitando los ojos de las vidas ajenas. No os entremetais en saber cosas curiosas, volved vuestra vista á vos misma, y perseverad en examinaros, que aunque al principio no halleis cómo conoceros, como quien entra de la claridad del sol á una cámara oscura: mas perseverando en sosiego, poco á poco vereis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazon hay, aunque sea en los muy secretos rincones. Y para que sepais el modo que cerca de esto, que tanto os va, habeis de tener, oid á san Jerónimo, que dice á una mujer casada: « De tal manera tengas cuidado de tu casa, que tambien tengas para tu ánima algun reposo. » Busca un lugar conveniente, y algun tanto apartado del bullicio de tu familia, al cual te vayas, como quien se va á un puerto huyendo de la gran tempestad de tus cuidados, y allí solamente haya leccion de cosas divinas, y oracion continua, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes que todas las ocupaciones del otro tiempo del dia ligeramente las recompenses con este rato de desocupacion. Y no te decimos esto para apartarte del recogimiento de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses como te debes haber con ella. Si este bienaventurado santo encomienda á una mujer casada que quite á las ocupaciones de casa algun rato, y se recoja en quieto lugar á leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta mas razon la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente como para usar de la oracion y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algun lugar escondido y secreto, en el cual tenga sus libros devotos é imágenes devotas, diputado solamente para ver y gustar cuan suave es el Señor? El estado de virginidad que habeis tomado no es para que esteis enlazada en cuidados perecederos del mundo. Mas así como es semejable al estado del cielo, cuanto á la entereza é incorrupcion de la carne, así habeis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazon, en cuanto á vos fuere posible, cuidado de tierra. Mas habeis de ser un templo vivo en el cual se ofrezcan continuas oraciones, y suenen continuos loores á

Hieron., ad Client.

aquel que os crió; y solo un cuidado ocupe vuestro corazon y ha de ser agradar al Señor, como dice san Pablo: « Daos por muerta á este mundo, pues ya os habeis desposado con el Rey Celestial. » Y acordaos que dice el Esposo á la Esposa: « Huerto cerrado, hermana mia, Esposa. » Huerto cerrado: porque no solo habeis de ser limpia y guardada en la carne, mas tambien muy cerrada y recogida en el ánima. Que, pues la virginidad se toma entre cristianos no por sí sola, mas porque ayude para con mas libertad dar el corazon á Dios, la doncella que se contenta con virginidad de cuerpo, y no vive cuidadosa en el aprovechamiento de las virtudes y oracion, y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace sino pararse en el camino, y nunca llegar donde va? ¿Tener aparejo para coser y lavar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es á todo cristiano no tener ejercicio de santa leccion y de santos pensamientos en su ánima: mas al religioso, al sacerdote y á la vírgen, que á Cristo se ha dado, no solo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si quereis gozar de los frutos de la santa virginidad que á Cristo habeis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea á santos lugares y obras buenas, porque á las mozas así conviene; no os entremetais en temporales congojas; y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderadamente tomado, aprovecha á cuerpo y ánima, y cumplido con las ocupaciones de necesidad ó de caridad, segun la ordenacion que de vuestra vida teneis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio, que aunque al principio se os haga de mal, despues probareis que en la celda se tratan negocios del cielo, y que ningun rato de tanto contentamiento hay como el que allí en sosiego se gasta.

Colos., 3.

Cant., 4.

CAPITULO LIX.

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento, de como nos habemos de aprovechar en la leccion y oracion.

Buscado pues este lugar quieto, recogeos en él á lo menos dos veces al dia, una por la mañana, para pensar en la sacra pasion de Jesucristo nuestro Señor, como despues diremos; y otra en la tarde en anocheciendo, para pensar en el ejercicio del propio conocimiento; y el modo que tendreis sea este: Tomad primero algun libro de buena doctrina en que como en espejo veais vuestras faltas, y con él tomeis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios; y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas alzando el corazon á nuestro Señor suplicarle que os hable en vuestro corazon con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atencion y reverencia estad atenta, escuchando á Dios en aquellas palabras que de fuera leeis, como si á él mismo

oyérades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera que aunque tengais los ojos en el libro, no pegueis en él con mucha ansia el corazon para que os haga olvidar de Dios, mas tened á lo que leeis una mediana y descansada atencion que no os cautive ni impida la atencion libre y levantada que al Señor habeis de tener, y leyendo de esta manera no os cansareis. Y darosha nuestro Señor el vivo sentido de las palábras, que obre en vuestra ánima unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de él y de su perdon, y os abrirá el entendimiento á conocer otras muchas cosas, aunque leais pocos renglones: y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y despues tornar á leer, y así se van ayudando la leccion y la oracion. Y con el corazon así devoto y recogido podeis comenzar á entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento, y de esta manera vuestras rodillas hincadas pensareis cuan excelente y soberana Majestad vais á hablar, la cual no la pensais lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra: que ninguna parte hay en que no esté, y mas dentro de vos que vos misma; y considerando vuestra pequeñez hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazon como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle, y comenzad primero en decir mal de vos, y rezad la confesion general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdon de lo que en aquel dia hubiéredes pecado. Despues rezad algunas devociones que debeis tener por costumbre, no tantas que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devocion, ni tampoco las dejeis del todo, porque sirven para despertar la devocion del ánima y para ofrecer á Dios servicio con nuestra lengua, en señal que él nos la dió. Y por eso nos enseña san Pablo « que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz y con el ánima. » Y estas oraciones no solo sean para pedir mercedes á nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien teneis especial obligacion y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habeis de tener muy fijado en vuestro corazon: porque si á Cristo amais, razon es que os toque aquello por cuyo bien derramó su sangre, y rezad así por los vivos, como por los que en purgatorio están, y tambien por toda la infidelidad que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga á su santa fe á todos, pues todos desea que sean salvos; y estas oraciones han de ser las mas de ellas enderezadas á dos partes: una á nuestra Señora, á la cual habeis de tener muy cordial amor y entera confianza, que os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades; y la otra á la pasion de Jesucristo nuestro Señor, la cual tambien os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos, y esperanza única de vuestra salud.

1. Cor., 14.

CAPITULO LX.

De cuanto aprovecha para el propio conocimiento *la meditacion de la muerte*, y del modo de meditar en lo que toca al cuerpo.

Despues de esto dejad de rezar con la boca y meteos en lo mas dentro de vuestro corazon, y haced cuenta que estais delante la presencia de Jesucristo, y que no hay mas de él y de vos. Pensad como antes que á este mundo viniésedes érades nada, y como aquella sobrepujante bondad de Dios nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera sino razonable. Pensad como os dió cuerpo y ánima para que con lo uno y con lo otro trabajásedes de le servir. Haced cuenta que estais ya en el paso de vuestra muerte, lo mas verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo á vos misma: « Llegar tiene algun dia esta hora de mi acabamiento, no sé si será esta noche ó mañana; » y pues ciertamente ha de venir, razon es que piense en ello. Pensad como caereis en la cama y como habeis de sudar el sudor de la muerte, levantarseha el pecho, quebrantarsehan los ojos, perderseha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán despues vuestro cuerpo, y poneroshan en unas andas, y llevaroshan á enterrar, llorando unos y cantando otros, echaroshan en una sepultura chica, cobijaroshan con tierra, y despues de haberos pisado, quedarosheis sola y sereis presto olvidada. Pensad pues todo esto que por vos ha de pasar, ¿qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuan presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler ni estar cerca de vos. Mirad allí con atencion en qué paran la carne y su gloria, y vereis cuan necios son aquellos que habiendo de salir tan pobres de este mundo andan ansiosos agora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados tienen gran sed de ponerse en mas altos lugares que los otros; y cuan engañados viven los que regalan su cuerpo y se van tras sus deseos, porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer, y ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atencion y de espacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura, y haciendo cuenta que ya estais en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren á la memoria, y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo, y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habeis de dejar, y él á vos. Y considerando como vuestro cuerpo, despues de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo mireis de ahí adelante sino como á un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco de acordaros de él; y teniendo el cuerpo en esta posesion no sereis engañada cerca de la estima de él, mas tendreis verdadero

conocimiento, y sabreis como lo habeis de regir, mirando el fin en que ha de parar, como quien se pone al fin de la nao para desde allí regirla mejor.

CAPITULO LXI.

De lo que se ha de considerar en la meditacion de la muerte *acerca de lo que sucederá al ánima*, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habeis oido ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigais lo que ha de acaecer á vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo á nuestro Señor, y pareciéndole entónces muy grave lo que antes le parecia muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro á nuestro Señor, y entenebrecérseleha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y en fin, poco á poco acercarseha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella ó perdicion para siempre, ó salud para siempre. Oir tiene de la boca de Dios: « Apartaos de mí á fuegos eternos, » ó « quédate conmigo en estado de salvacion, en purgatorio ó paraiso. » Colgada habeis de estar de sola la mano de Dios, y en solo él estará vuestro remedio, por lo cual habeis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habeis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia á Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán: y si la misericordia de Dios entónces os olvida, ¿qué hareis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos muy deseosos de os tragar? Pensad pues en el rato de vuestro recogimiento como en aqueste estrecho punto habeis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien ó mal que hubiéredes hecho. Y decid á nuestro Señor que vos os presentais agora de gana para alcanzar misericordia en aquella hora que por fuerza habeis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladron á quien han tomado en el hurto y le presentan ante el juez las manos atadas, ó una mujer que la halló su marido haciéndole traicion, los cuales de confundidos no osan alzar los ojos ni pueden negar su delito: y creed que muy mas claramente os ha visto Dios en todo lo que contra él habeis pecado, que pueden ningunos ojos de hombre ver cosa que delante de él se hiciese, y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubrios de la vergüenza que entónces perdistes, y sentid en vos confusion de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del Soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habeis de ser acusada, y especialmente traed á la memoria los pecados mas graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, mas seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente sino á bulto, como una cosa hedionda y que os da grande espanto de la mirar; juzgaos, y sentenciaos por mala, y bajad vuestros ojos á considerar los infernales fuegos, creyendo que los teneis muy bien merecidos. Poned en una parte

los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima, y como érades obligada á reverenciarlo y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazon, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus mandamientos y de su Iglesia; mirad como os ha mantenido con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado: y sobre todo, como por convidaros con su ejemplo y amor á que fuésedes buena, vino el mismo Señor del mundo, haciéndose hombre, y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades pasó muchos trabajos y derramó muchas lágrimas, y despues su Sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el dia de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de recibo, y os han de pedir cuenta de cómo habeis servido tantas mercedes, y como habeis usado de vos misma á servicio de Dios, y con qué cuidado habeis respondido á tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y vereis cuanta razon teneis de temer, pues que no solo no habeis respondido con servicios conforme á estas deudas, mas habeis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguia para vuestro bien. ¿Qué gracias os parece que se deben dar á quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndolos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos á quien tantas veces tendió su mano para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, él nos fué piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizá están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid á Dios como si hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno y él os hubiera sacado de allá, porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vais allá mereciéndolo vos, ó sacaros de allá por su gran misericordia despues de entrada; y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho, y los males que vos á él, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseais, no os turbeis por ello, mas perseverad en aqueste juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazon tan llagado y tan adeudado; y suplicadle que os diga él quien sois vos y en qué posesion os habeis de tener; porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois malo, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar pomo en vuestra maldad é indignidad como quien tiene un perro muerto á sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un dia solo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco á poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio é indignidad que con el entendimiento juzgastes que se os debia, el cual pensamiento habeis de presentar delante de Dios, pidiéndole que él lo asiente en lo mas dentro de vuestro corazon: y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno, y estad aparejada á sufrir con paciencia cualquier trabajo ó desprecio que se os ofreciere, considerando que pues habeis ofendido á Dios es muy justo que todas las criaturas se

levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entendereis, si de verdad os conoceis por pecadora y digna de infierno, y decid en vos misma: « Todo el mal que me pueden hacer muy poco es, pues yo merezco el infierno. » ¿Quién se quejará de picaduras de moscas mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, como no alanza de sí á un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala, y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de él, sin que tengamos nosotros de que gloriarnos.

CAPITULO LXII.

Que el cotidiano exámen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento, y de otros grandes provechos que este ejercicio del exámen trae, y del provecho que nos viene de las reprehensiones que otros nos dan, ó el Señor interiormente nos envia.

Para acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigais. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas tambien de los que cada dia comete, porque por maravilla hallareis cosa tan provechosa para enmienda de la vida como tomarse el hombre cuenta de como la gasta, y de los defectos que hace, porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable á la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio « que pasó por ella, y vió su seto caido y lleno de espinas. » Haced cuenta que os han encomendado una hija de un rey para que tengais cuidado continuo de mirar por sus costumbres, y que á la noche le pedís cuenta reprehendiendo sus faltas y amonestándola las virtudes. Miraos como á cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habeis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujecion y disciplina de la virtud: y que no habeis de hacer cosa mala que no la pagueis. Entrad en capítulo con vos á la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades á otra tercera persona. Reprehendeos y castigaos de vuestras faltas, y predicaos á vos misma con mucho mas cuidado que á otra persona alguna por mucho que la ameis; y adonde sintiéredes que hay mas faltas ahí poned mayor remedio, porque creed que durando este exámen y reprehension de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas, y aprendereis una ciencia muy saludable que os hará llorar y no hinchar, la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco á poco y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien á sí mismo y contentándose de sí. Velad bien contra aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcais bien á vos misma; mas con la lumbre de la verdad sabeos reprehender y desplacer, y serosha vecina la misericordia de Dios, al cual aquellos solos parecen bien que á sí mismos parecen mal, y á aquellos perdona

Prov., 24.

sus faltas con largueza de bondad que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad, y las gimen con su voluntad, y escapareis de otros dos vicios que suelen acompañar á la soberbia, que son desagradecimiento y pereza; porque conociendo y reprehendiendo vuestros defectos, vereis vuestra flaqueza é indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros, perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males, y así sereis agradecida: y mirando el poco bien que haceis y males en que caeis, despertais del sueño de la pereza y comenzareis cada dia de nuevo á servir á nuestro Señor, viendo cuán poco habeis hecho en lo pasado. Y por esto y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprehenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados ¿dónde estaria uno mas seguro, en soledad ó en compañía? respondió: « Si se sabe reprehender, donde quiera estará seguro: » y sino, « donde quiera estará á peligro. » Y porque por el mucho amor que nos tenemos, no sabemos conocernos y reprehendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo á la persona que nos reprehende; y tambien suplicar al Señor que nos reprehenda con el amor, enviándonos su luz y verdad, para que sintamos de nosotros lo que segun verdad debemos sentir, y esto es lo que Jeremías pedia, diciendo: « Corrígeme, Señor, en juicio y no en furor; porque por ventura no me tornes á nada. » Corregir Jer., 16.
en furor pertenece al dia postrero cuando enviará Dios al infierno á los malos por sus pecados: y corregir en juicio es reprehender en este mundo á los suyos con amor de padre, la cual reprehension es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprehende, que ninguno otro hay tan seguro, ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta san Marcos que apareciendo nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, « les Marc., 16.
reprehendió de incredulidad y dureza de corazon: » despues de lo cual les dió poder para hacer obras maravillosas. Y el profeta Isaías dice « que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sion, y la sangre de enmedio de Jerusalen en espíritu de juicio y es- Isai., 4.
píritu de ardor. » Dando á entender que el lavar nuestro Señor nuestras manchas, viniendo á nosotros, es dándonos primero á conocer quien somos; y esto es juicio, y despues envia espíritu de ardor, que es amor, que nos causa dolor, y así nos lava, dándonos su perdon y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir á nosotros gloria alguna, pues primero nos dio á entender nuestra indignidad y desmerecimiento; y esta reprehension no entendais ser alguna cosa que desmaye y demasiadamente entristezca al ánima trayéndola desabrida, porque esta tal ó es del demonio ó del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza, y temor y amor que le pone espuelas para mejorarse, y para con mayor diligencia servir al Señor, y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como á hijo, pues usa con él oficio de padre, segun está escrito: « Yo á los que amo, corrijo. » Sed pues cuidadosa en miraros Prov., 3.

y reprehenderos, presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es mas seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas que la soberbia alteza de otros conocimientos: y no seais como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal á sí mismos se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio, como en la verdad ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprehendernos con dolor y penitencia, segun está escrito: « Si nos juzgásemos á nosotros mismos, no seríamos juzgados de Dios.»

Hebr., 12.

CAPITULO LXIII.

De la estimacion que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad, y de el maravilloso ejemplo que Cristo nuestro Señor nos da para lo dicho.

Lo segundo que habeis de mirar cerca de este conocimiento es que aunque es bueno y provechoso, pues por él nos viene el corazon contrito y humillado, que Dios no desprecia, mas tiene esta falta que se funda sobre haber pecado: y no mucho de maravillar que un pecador se conozca y estime por pecador, mas seria muy espantable monstruo que siéndolo se estimase por justo, como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aun mucho mas hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros, mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere se ha de dar perfectamente la gloria al Padre de todas las lumbres, del cual procede todo lo bueno, y dádiva perfecta. De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente, que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos; esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos. Y no solo la hay en este mundo, mas en el cielo, porque de ella se escribe: «¿Quién como el Señor Dios nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?» Esta tuvo en pié á los ángeles buenos y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sugetos, y la falta de ella derribó á los ángeles malos porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la Sagrada Vírgen María nuestra Señora, que siendo predicada por bienaventurada y bendita por la boca de santa Isabel, no se hinchó, ni atribuyó á sí gloria alguna de los bienes que en ella habia, mas con humilde y fidelísimo corazon enseña á santa Isabel y al mundo universo, que de las grandezas que ella tenia, no á sí, mas á Dios se debia la glo-

1. Jacob., 1.

ria, y con profunda reverencia comienza á cantar: «Mi ánima engrandece al Señor.» Y esta misma y mas perfecta humildad tuvo la benditísima ánima de Jesucristo nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal, no estuvo arrimada á sí misma sino á la persona del Verbo, en lo cual excede á todas las ánimas y á los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando mas lejos de darse la gloria á sí misma, y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos: y de este corazon salia lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras de su Padre las habia recibido, y á él daba gloria, y decia: «Mi doctrina no es mia, mas de aquel que me envió.» Y en otra parte dice: «Las palabras que yo hablo no las hablo de mí mismo, mas el Padre que está en mí él hace las obras.» Joan., 7 et 14.
Y así convenia que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raiz de todos los malos y males es la soberbia; y queriendo dar á entender el Señor cuanto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella, y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.» Matth. 11.
Para que viendo los hombres á un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajen por la tener: y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien á sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer. Aprended pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor aquesta santa bajeza, para que seais ensalzada, segun su palabra: «Quien se humillare será ensalzado.» Luc., 14.
Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Matth., 5.
Y tened por cierto que pues Jesucristo nuestro Señor fué ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino, y débese de desengañar en lo que dice san Agustin: «Si me preguntares cual es el camino del cielo, respondertehe *que la humildad:* y si tercera vez, respondertehe *lo mismo;* y si mil veces me lo preguntares, mil veces responderé *que no hay otro camino, sino la humildad.*»

CAPITULO LXIV.

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

Porque creo que deseais alcanzar esta santa bajeza con que agradeis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habeis de alcanzar; y sea lo primero pedirla con perseverancia al dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que á sus escogidos da. Y aun el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa mas lejos de nuestras fuerzas

que esta verdadera y profunda humildad; y que muchas veces acaece con los remedios que ellos ponen para alcanzarla huir ella mas, y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia; por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad, que de tal manera tomeis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejeis de hacer diciendo: ¿Qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios? Ni tampoco los hagais poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en aquel que suele dar sus dádivas á los que da su gracia, para se las pedir con oracion y ejercicios devotos. El modo pues que tendreis será este: considerad dos cosas por órden: una el ser, otra el buen ser. Cuanto á lo primero habeis de pensar quien érades antes que Dios os criase, y hallareis ser un abismo de nada y privacion de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este no ser, hasta que veais y palpeis vuestra nada y no ser. Y despues considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser, y miraos á vos, no como hechura vuestra, sino como á una dádiva, de la cual Dios hizo merced á vos; y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser como mirais al ajeno, creyendo que tampoco os podisteis vos criar á vos como criar á otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y teneis por igual de vuestra parte á las cosas que no son, atribuyendo á Dios la ventaja que les llevais; y mirad que despues de criada no penseis que ya os teneis en vos misma, porque no menor necesidad teneis de Dios á cada momento de vuestra vida, para no perder el ser que teneis, que la tuvistes para siendo nada alcanzar el ser que teneis. Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vida. Preguntaos, ¿esta criatura está arrimada á sí ó á otro? ¿Susténtase en sí, ó ha menester mano ajena? Y responderosha el apóstol san Pablo «que no está lejos Dios de nosotros, mas que en él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser.» Y considerad á Dios, que es el ser de todo lo que es, y sin él hay nada, y que es vida de todo lo que vive, y sin él hay muerte, y fuerza de todo lo que algo puede, y sin él hay flaqueza, y que es bien entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el mas pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura: «Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de él.» Y en otra parte está escrito: «El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña.» Y el profeta David decia hablando con Dios: «Yo soy delante de tí como nada.» En las cuales partes no habeis de entender que las criaturas no tengan ser ó vida, ú operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí sino de Dios, y en Dios, dícense no ser, que quiere decir que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios y no de la suya. Sabed pues ahondar bien en el ser y fuerzas que teneis, y no pareis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo é indeficiente (y no fundado sobre otro) mas funda-

Act., 17.

Isai., 40.

Galat., 6.

Psal., 38.

mento de todos os sustenta, que no caigais en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que puesta encima de vos os hace estar en pié, y confesad con David: «Tú, Señor, me hiciste, y pusiste tu mano sobre mí.» Y pensad que estais tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase en aquel momento vos faltaríades, como faltaria la lumbre que habia en una cámara sacando de ella la hacha que la alumbraba, ó como se quita la lumbre de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad pues á este Señor con reverencia profunda, como á principio de vuestro ser, y amadle, como á continuo bienhechor vuestro, y conservador de él, y decidle con corazon y lengua: «Gloria sea á tí para siempre, poderosa virtud, en la cual me sustento.» No tengo, Señor, que buscar fuera de mí, pues estais vos mas íntimo á mí que yo á mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar en vos. Juntad con él vuestro corazon, unidle con él amorosamente, y decidle: «Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.» Y de ahí en adelante sabed hacer presencia á Dios dentro de vos con toda reverencia, pues él está presentísimo á vos, y como habeis entendido por lo que en vos pasa cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entended lo mismo. Y considerando en todas á Dios, serosha todo un espejo luciente, que os representa al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino á Dios no buscais.

Psal., 138.

Psal., 131.

CAPITULO LXV.

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del Ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad.

Si con cuidado habeis entendido en el conocimiento de vos para atribuir á Dios la gloria del ser que teneis, con mucho mayor debeis de entender en conocer que el buen ser que teneis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor, porque si atribuís á él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas sus manos os hicieron, y apropiais para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicísteis buena, mayor honra os tomais para vos que dais á Dios, cuanto es mas excelente el buen ser que el ser. Por tanto conviene que con grandísima vigilancia entendais en conocer á Dios y tenerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte, que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conoceis que ningun ser, por pequeño que sea, podeis tener de vos, si Dios no os lo da, así tambien conoced que no podeis tener de vos el menor de los bienes, si Dios no abre su mano para os lo dar. Pensad pues que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada

delante los ojos de Dios. Lo cual dice san Pablo de esta manera: « Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto que pase los montes de una parte á otra, y no tuviere caridad, nada soy. » Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor es mal ser que el no ser. Y ningun lugar hay tan bajo ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo, y sentenciado al infierno. Y para que tengais alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oid esto: « Cuando alguna cosa muy contraria á razon y muy desordenada viéredes, pensad que muy mas fea y abominable cosa es el estar en desgracia y en enemistad de nuestro Señor. » Ois decir de algun grave hurto, traicion ó maldad que alguna mujer á su marido hace, ó desacato que algun hijo hace á su padre, ó algunas cosas de aquesta manera, que á cualquiera, por ignorante que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razon, pensad vos que ofender á Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razon. Y pues veis cuan desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumíos en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios. Y así como para conocer vuestra nada os acordásteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios. Mirad cuan entrañable y profundamente y de espacio pudiéredes, en cuan miserable estado estuvistes cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada, y menos que nada: porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por mas bajas que sean, no han hecho pecado contra nuestro Señor, ni están obligados á fuegos eternos como vos estábades; y despreciaos, y abajaos en el mas profundo lugar que pudiéredes muy de espacio, que seguramente podeis creer que por muy mucho que os desprecieis no podeis abajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del Infinito Bien, que es Dios, porque hasta que veais en el cielo cuan bueno es Dios, no podeis del todo conocer cuan malo sea el pecado, y cuanto mal merece quien lo comete. Y despues de haber bien sentido en el ánima, y embebido en ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos á Dios, considerando la infinita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible, y mirad aquella suma bondad, que con tanta misericordia os sacó sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos: porque antes que Dios de la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdon ni la gracia de Dios. Sabed que quien os sacó de vuestras tinieblas á su admirable lumbre, y os hizo de enemiga amiga, y de esclava hija, y de no valer nada os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fué; y la causa porque lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le ha-

1. Cor., 1.

bíades de hacer, mas fué por su sola bondad, y por merecimiento de nuestro único medianero Jesucristo nuestro Señor. Contad por vuestro mal el estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido á vuestros pecados que hicísteis ó hiciérades si por Dios no fuera. Que lo que de mas de esto teneis, á Dios y á su gracia os conoced por deudora. Oid lo que dice el Señor á sus amados discípulos, y á nosotros en ellos: « No vosotros escogísteis á mí, mas yo á vosotros. » Mirad lo que dice el apóstol san Pablo: « Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la Redencion que está en Jesucristo. » Y asentad en vuestro corazon que así como teneis de Dios el ser, sin que atribuyais á vos gloria de ello, así teneis de Dios el buen ser, y lo uno y lo otro para gloria suya; y traed en la lengua y en el corazon lo que dice san Pablo: « Por la gracia de Dios soy lo que soy. »

Joan., 15.

Rom., 3.

1. Cor., 15.

CAPITULO LXVI.

En que se prosigue mas en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que así como cuando érades nada no teníades fuerza para moveros, ni para ver, ni oir, ni gustar, ni entender, ni querer, mas dándoos Dios el ser os dió aquestas potencias y fuerzas, así no solo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable delante los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden á Dios. Y por esto si algun cojo viéredes, ó manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algun ciego, sordo ó mudo, tomadlo por espejo en que os mireis, y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos, y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo nuestro verdadero médico, entended que tan perdidos están los malos cuanto á los espirituales sentidos, cuanto estaban aquellos en los corporales, y mirad como una piedra con el peso que tiene es inclinada á ir hácia abajo, así por la corrupcion del pecado original que traemos tenemos una vivísima inclinacion á las cosas de nuestra carne y de nuestra honra y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos á las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que habia de obedecer, y obedece lo que habia de mandar; y estamos tan miserables que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hácia la tierra. ¿Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas y feas, y secas y desordenadas viéredes, en tantas mireis y conozcais la corrupcion y desórden que el hombre que está sin espíritu de Dios tiene

en sus sentidos y obras? y ninguna de estas cosas veais que luego no entreis en vos misma á considerar que aquello sois vos de vuestra parte si Dios no os hubiera dado salud. Y si verdaderamente estais sana, habeis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien sujetó vuestros afectos debajo de vuestra razon, quien os hizo amargo lo que os era dulce, y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, «Dios fué, segun dice san Pablo; Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad; » mas no entendais por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto seria grande ignorancia y error; mas dícese que Dios obra el querer y el acabar, porque él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice san Pablo: «Ayudadores somos de Dios, » lo cual hace incitándolo Dios, y ayudándolo á que dé libremente su consentimiento en las buenas obras, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer; mas Dios obra mas principalmente produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío para que tambien la produzga: y la gloria de lo uno y de lo otro á solo Dios se debe. Por tanto, si quereis acertar en aquesto, no querais escudriñar qué bienes teneis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas á ojos cerrados seguíos por la sagrada fe que nos amonesta, que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria á Dios: y que nosotros de nosotros mismos no somos suficientes, ni aun para pensar un buen pensamiento. Mirad lo que dice san Pablo reprehendiendo al que se atribuye á sí mismo algun bien: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?» Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorias como si no lo hubieses recibido? Como si dijese: Si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelentes, no te glories en tí, mas en quien te la dió, que es Dios; y si te glorias de usar bien de tu libre albedrío, ó en consentir con él á los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glorias en tí, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote sumamente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas: y si te quisieres gloriar de que pudiendo resistir al buen movimiento é inspiracion de Dios, no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto tambien lo debes á Dios, que ayudándote á consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo. Y cualquiera buen uso de tu libre albedrío en lo que toca á tu salvacion, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinacion con que determinó *ab æterno* de te salvar. Sea pues toda tu gloria en solo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes, y piensa que sin él no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad. Y conforme á esto dice una glosa sobre aquello de san Pablo: «El que piensa ser algo, como no sea nada, á sí mismo se engaña, » que el hombre de sí mismo no es sino

Philip., 2.

2. Cor., 3.

1. Cor., 3.

Galat., 6.

vanidad y pecado: y si otra cosa mas es, por el Señor Dios lo es. Y conforme á esto dice san Agustin : « Abrísteme los ojos, luz, y despertásteme, y alumbrásteme, y ví que es tentacion la vida del hombre en esta tierra; y que ningun buen hombre se puede gloriar delante de tí, ni es justificado todo hombre que vive, porque si algun bien hay, chico ó grande, don tuyo es : y lo que es nuestro, no es sino mal. » ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria sino miseria. ¿Pues gloriarseha del bien? *No, porque es ajeno.* Tuyo es, ó Señor, el bien, tuya es la gloria. Y concordando con esto, dice el mismo san Agustin : « Yo, Señor Dios nuestro, confieso á tí mi pobreza, y á tí sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho. Yo confieso, segun me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, tierra vana y vacía, que sin tu bendicion no hace fruto, sino confusion, y pecado y muerte; si algun bien en cualquiera manera tuve, de tí lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de tí lo tengo. Si algun tiempo estuve en pié, por tí lo estuve; mas cuando caí, por mí caí. Y siempre me hubiera estado caido en el lodo, si no me hubieras levantado tú : y siempre fuera ciego, si tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí, nunca me hubiera levantado si tú no me hubieras dado tu mano; y despues que me levantaste, siempre hubiera caido si no me hubieras tenido; muchas veces me hubiera perdido, si tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas; porque si tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho, porque sé que ningun pecado hay que en cualquiera manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el guiador, por el cual es hecho el hombre : mas tú hiciste que yo no lo hiciese, y tú mandaste que me abstuviese : y tú me infundiste gracia para que te creyese, porque tú, Señor, me regias para tí y me guardabas para tí, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado. »

CAPITULO LXVII.

En que se prosigue el sobredicho ejercicio, y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.

Considerad pues, doncella, con atencion estas palabras de san Agustin, y vereis cuan ajena debeis de estar de atribuir á vos gloria alguna, no solo de levantaros de vuestros pecados, mas deteneros que no tornásedes á caer; porque así como os dijese que si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada, en que

antes estábades, así, apartando Dios su guarda de vos, tornaríades á los pecados y á otros peores que donde él os sacó. Sed por eso humilde y agradecida á este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo teneis, y conoced que estais colgada de él, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, segun dice David: « En tus manos, Señor, están mis suertes. » Y llama suertes á la gracia de Dios y á la eterna predestinacion, las cuales por la bondad de Dios vienen, y se conceden á quien se conceden. Y así como si él os quitase el ser que os dió os tornareis nada, así quitándoos la gracia quedareis pecadora; lo cual no se os dice para que caigais en desmayo ni desesperacion, por ver cuan colgada estais de las manos de Dios: mas para que tanto con mas seguridad goceis de los bienes que Dios os ha dado, y tengais confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuando con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada á sus piés temblando y sin ningun arrimo de vuestra parte y confiando de la suya; porque esta es buena señal que no os desamparará su infinita bondad, segun lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo: « La misericordia de él de generacion en generacion sobre los que le temen. » Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseais, sentireis que viene en vos una celestial lumbre y sentimiento en el ánima, con que, quitadas unas tinieblas, conoce y siente, ningun bien, ni ser, ni fuerza haber en todo lo criado mas de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entónces cuan verdadero cantar es aquel: « Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria, » porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios. » Y entiende con cuanta verdad dijo Dios á Moisen que dijese á los hombres: « El que es me envió á vosotros. Y lo que dijo el Señor en el Evangelio: « Ninguno es bueno sino solo Dios. » Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que mas se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas, no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas movidas por Dios, principal y universal hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando á ellas no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta, en cuya comparacion parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar: y de este conocimiento de Dios resulta en el ánima que de él se aprovecha una profunda y leal reverencia á la sobreexcelente Majestad Divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir á sí misma ni á otra criatura algun bien, que ni aun pensar en ello no quiere, considerando, que así como el casto José « no quiso hacer traicion á su señor, aunque fué requerido de la mujer de él, » así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual él quiere para sí como el marido á su propia mujer, segun está escrito: « Mi gloria no la daré á otro. » Y está entonces el hombre

Psal., 30.

Luc., 1.

Exod., 3.

Marc., 10.

Gen., 3.

Isai., 48.

tan fundado en esta verdad, que, aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaria, mas como verdadero justo desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dála al Señor cuya es, y en esta luz ve que mientras mas alto está, mas ha recibido de Dios y mas le debe, y mas pequeño y abajado es en sí mismo; porque quien de verdad cree en otras virtudes, tambien lo ha de hacer en la humildad, diciendo á Dios: « A tí conviene creer en mí, y á mí ser abajado cada dia mas en mí. » Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseais, no desmayeis, mas llamad con perseverante oracion al Señor, que él sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia vivid en paciencia, y conoceos por soberbio, lo cual es alguna parte de humildad, como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

Joan., 3.

CAPITULO LXVIII.

En que se comienza á tratar de la consideracion de Cristo nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte, y de la mucha razon que hay para nos ejercitar en esta consideracion, y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazon, por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce mucho mas que el primero les desmayaba. Y para esto ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando como padeció y murió por nosotros. Esta es la nueva alegre predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazon, y les es dada una medicina muy mas eficaz para su consuelo que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve á los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio. A este deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazon cuando se miran, é irlesha bien, como en otro tiempo se llegaron á David « adeudados y angustiados con deudas de acá, y sintieron provecho con su compañía; » porque así como se suele dar por consejo que miren arriba ó fuera del agua á los que pasan algun rio y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas alce sus ojos á Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo, porque no en balde se dijo: « En mí mismo fué mi ánima conturbada, y por esto me acordaré de tí, de la tierra del Jordan, y de los montes de Hermon y monte pequeño. »

1. Reg., 22.

Psal., 41.

Porque los misterios que Cristo obró en su bautismo y pasion son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazon se levante: y así por esto como porque ningun libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuanto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la pasion del Hijo de Dios. Y tambien porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fué padecer Cristo por nos. Conviene, despues del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, lo cual nos enseña san Bernardo, diciendo: « Cualquiera que tiene sentido de Cristo sabe bien cuan expediente sea á la piedad cristiana, cuanto convenga, y cuanto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redencion de Cristo, acordarse con atencion, á lo menos una hora del dia, de los beneficios de la pasion y redencion de nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia, y para asentaros fielmente en la memoria.» Esto dice san Bernardo, el cual así lo hacia. Y allende de esto sabed que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose á ellos los levantase á la alteza de él, así el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas es por medio de su sacra humanidad. Esta es la puerta por donde el que entrare será salvo, y la escalera por donde suben al cielo, porque quiere Dios Padre honrar la humanidad y humildad de su unigénito Hijo en no dar su amistad sino á quien las creyere, y no dar su familiar comunicacion sino á quien con mucha atencion las pensare. Y pues no es razon que dejeis de desear estos bienes, haceos esclava de esta sagrada pasion, pues por ella fuistes libertada del cautiverio de vuestros pecados y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea á vos pesado el pensar lo que á él con vuestro gran amor no le fué pesado pasar. Sed vos una de las ánimas á quien dice el Espíritu Santo en los Cantares: « Salid y mirad, hijas de Sion, al rey Salomon con la guirnalda con que le coronó su madre en el dia del desposorio de él y en el dia de la alegría del corazon de él. » En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el rey Salomon fuese coronado con guirnalda ó corona por mano de su madre Bersabé en el dia del desposorio de él: y por esto, porque segun la historia no conviene al Salomon pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomon verdadero, *el cual es Cristo*. Y con mucha razon, porque Salomon quiere decir pacífico, el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David; por lo cual quiso Dios que no David, varon de sangre, mas su pacífico hijo, edificase aquel tan solemne templo de Jerusalen *en que fuese Dios adorado*. Pues si por ser pacífico Salomon en la paz mundana, que algunas veces los reyes aunque malos la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¡con cuánta mas razon conviene á Cristo, el cual

Bern., ad fratres de monte Dei.

Gen., 28.

Cant., 3.

Paral., 22.

hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre él la pena de vuestros pecados que causaba la enemistad! « *Iten*, hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, quitando la pared de la enemistad que estaba enmedio, » como dice san Pablo: conviene á saber, las ceremonias de la vieja ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traian, viniesen á una nueva ley, debajo de una fe y de un bautismo y de un señor, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de un padre del cielo que los tornó á engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra: y estos bienes todos son por Jesucristo pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es mas trabajosa y la paz mas deseada; estas paces no las pudo hacer Salomon, mas tuvo el nombre en figura del verdadero pacificador; así como la paz de Salomon, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin. Pues si bien os acordais, esposa de Cristo, de lo que es razon que nunca os olvideis, la madre de este Salomon verdadero, que fué y es la bendita Vírgen María, hallareis haberle coronado con guirnalda hermosa, dándole carne sin ningun pecado en el dia de la Encarnacion, que fué dia de ayuntamiento y desposorio del Verbo Divino con aquella Santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros. *De aquel sagrado vientre salió Cristo*, como Esposo que sale del tálamo, y comenzó á correr su carrera como fuerte gigante: tomando á pechos la obra de nuestra Redencion, que fué la mas dificultosa cosa que se podia emprender; y al fin de la carrera en el dia del Viernes Santo casó por palabras de presente con esta su Iglesia, por quien habia trabajado *como Jacob por Raquel;* porque entónces le fué sacada de su costado estando él durmiendo el sueño de muerte, *á semejanza de Eva sacada de Adan*, que dormia. Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel dia obrada, llama Cristo á este dia *mi dia*, cuando dice en el Evangelio: « Abrahan vuestro padre se gozó para ver mi dia, viólo, y gozóse. » Lo cual fué, como dice Crisóstomo, cuando á Abrahan fué revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moria, que es el monte Sion; « entónces vió este penoso dia, y se gozó. » ¿Mas porqué se gozó? ¿Por ventura de los azotes ó tristezas ó tormentos de Cristo? *Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta*, que bastaba para hacer entristecer de compasion á cualquiera, por mucha alegria que tuviese. Sino díganlo sus tres amados apóstoles, á los cuales dijo: « Triste es mi ánima hasta la muerte. » ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele aun á los que de lejos la oyen lastimar su corazon con agudo cuchillo de compasion. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera

Ephes., 2.

Psal., 18.

Gen., 29.

Gen., 2.

Joan., 8.

Gen., 22.

Matth., 20.
Marc., 14.

se moviera á compasion : y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir, y la crueldad de ellos en el herir, algun rato se compadecian de quien tanto padecia por ellos, aunque ellos no lo sabian. Pues si los que á Cristo aborrecian, pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fué Abrahan, que se gozase de ver el dia en que Cristo tanto trabajo pasó?

CAPITULO LXIX.

En que se prosigue lo dicho en el capitulo pasado, declarando de la pasion de Cristo un lugar de los Cantares.

Mas porque de esto no os maravilleis, oid otra cosa mas maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares : Que esta guirnalda le fué puesta en el dia del alegría del corazon de él. ¿Cómo es aquesto? El dia de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamais dia de alegría de él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen en el dia del alegría del corazon de él. ¡O alegría de los ángeles y rio del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de tí, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada, y de que se alegra tu corazon en el dia de tus trabajos! ¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastímante cierto, y mas á tí que á otro ninguno, pues tu complexion era mas delicada. Mas porque te lastiman mas nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste á tus amados apóstoles antes de la pasion : « Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros antes que padezca. » Y tú eres el que antes dijiste : « Fuego vine á traer á la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? » Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto? El fuego de amor de tí, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y trasformarnos en tí, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si tú no murieras de amor por dar vida á los que por no amarte están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frio, que viéndote á tí árbol verde, del cual quien come, vive, ser encendido en la cruz, y abrasado con fuego de tormentos, que te daban, y del amor con que tú padecias, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Vírgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos

Luc., 22.

Luc., 12.

te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el Santo Sepulcro, como en otro vientre? Abrasástete, porque no quedásemos frios. Lloraste, porque riésemos. Padeciste, porque descansásemos: y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices, Señor: «¿Cómo vivo en estrechura hasta que este bautismo se acabe?» Dando á entender cuan encendido deseo tenias de nuestro remedio, aunque sabias que te habia de costar la vida. Y como el Esposo desea el dia de su desposorio para gozarse, tú deseas el dia de tu pasion para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacia mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame dia de tu alegría el dia de tu pasion, pues era deseado por tí: y aunque el dolor de aquel dia fué muy excesivo, de manera que en tu persona se diga: «O vosotros todos los que pasais por el camino, atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mio,» mas el amor que en tu corazon ardia, sin comparacion era mayor, porque si menester fuera para nuestro provecho que tú pasaras mil tantos de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinacion firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario. De manera que mas amaste que sufriste, y mas pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban: y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva no la pudieron apagar los rios grandes y muchas pasiones que contra tí vinieron; por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor, muy de verdad tu amor se holgaba del bien que de allí nos venia, y por eso se llama dia de alegría de tu corazon: y este dia vió Abrahan, y gozóse, no porque le faltase compasion de tantos dolores, mas porque veia que el mundo y él habian de ser redimidos por ellos. Pues en este dia salid, hijas de Sion (que son las ánimas que atalayan á Dios por fe), á ver al pacífico Rey, que con sus dolores va á hacer la paz deseada; miradle, pues para mirar á él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad á la guirnalda de espinas que en su Cabeza Divina lleva, la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto su madre, que es la Sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendia, segun la carne; porque por la acusacion de la Sinagoga, y por complacer á ella, fué Cristo así atormentado. Y si alguno dijere: nuevos atavíos de desposado son estos; por guirnalda lastimera corona; por atavíos de piés y manos clavos agudos que se les traspasan y rompen; azotes por cinta, los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con bofetadas; y la cama blanda, que á los desposados suelen dar con muchos olores, tornarse en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos,

Thren., 1.

que se huelgan de honrar al nuevo Desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz lloraban amargamente? No hay cosa mas lejos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y Hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males, y darnos sus bienes; por lo cual convenia, segun la ordenanza divina, que pagase él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que, con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho porqué, quitase nuestra fealdad, y nos diese su hermosura y riquezas; y porque ningun desposado puede hacer á su esposa de mala buena, ni de infernal celestial, ni de fea, en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el dia del desposorio ataviados á gozar de los bienes que ellas tienen, y que ellos no les dieron; mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena, si él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar (que es nuestra dote) es la deuda que debemos de nuestros pecados: y porque él quiso abajarse á nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos: y tal nos paró, cual él es, porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imágen de hombre nuevo y celestial, y esto obró él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos á gracia y amistad del Señor, que es lo mas alto que se puede ganar. Este es el espejo en que os habeis de mirar, y muchas veces al dia, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima: y esta es la señal puesta en alto para que de cualquier víbora que seais mordida mireis aquí, y recibais la salud en sus llagas; y en cualquier bien que os viniere mireis aquí, y os sea conservado, dando gracias á este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPITULO LXX.

Que es muy importante el ejercicio de la oracion, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habeis oido que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios Humanado y Crucificado, resta deciros qué modo tendreis para le mirar, pues que esto ha de ser con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior, que en la oracion hay. Mas primero que os digamos el modo que habeis de tener en la oracion, conviene deciros cuan provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado

al mundo os habeis toda ofrecido al Señor, con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicacion si quereis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado. Y por oracion entendemos aquí una secreta é interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios: porque aunque cada cosa de estas tenga su particular razon, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho, de como es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicacion. Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar á hablarle una vez en el mes ó en la semana, y que les daria audiencia de muy buena gana, y remediaria sus males, y haria mercedes, y habria entre él y ellos conversacion amigable de Padre con hijos: y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada dia, y si la diese para que muchas veces al dia, y si tambien para que toda la noche y el dia, ó todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversacion del Señor, él lo habria por bueno, ¿quién seria el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra por estar hablando con su Señor, y deleite por gozar de su conversacion y provecho, porque nunca irian de su presencia vacíos? ¿Pues porqué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaria si lo ofreciese un rey temporal, que en comparacion del Altísimo, y de lo que de su conversacion se puede sacar, el rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? «¿Porqué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues los deleites de él son estar con los hijos de los hombres?» No tiene su conversacion amargura, sino alegría y gozo, ni su condicion tiene escasez para negar lo que le piden; y Padre nuestro es, con el cual nos habiamos de holgar, conversando, aunque ningun provecho otro de ello viniera: y si juntais con esto, que no solo nos da licencia para que hablemos con él, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, vereis cuanta es su bondad y gana de que conversemos con él, y cuanta nuestra maldad de no querer ir rogados y pagados á lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida: y en esto vereis cuan poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio. Un refran dice: «Si no sabes orar, entra en la mar, porque los muchos peligros en que se ven los que navegan les hace clamar á nuestro Señor.» Y no sé porqué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andemos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte ó del ánima, si caemos en pecado mortal, ó de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caido. Y si los cuidados perecederos, y el polvo que en los ojos traemos, nos

Prov., 8.

diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazon, cierto andaríamos dando clamores á Dios, diciendo con todas entrañas : « No nos dejeis caer en tentacion : Señor, no te apartes de mí, » y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado á lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien ó mal temporal : y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo ó en otros, de lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir : « ¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenias confianza? Líbrente tus aliados, á los cuales se los llevará el viento y el soplo. Mirad que yo solo soy, y no hay otro fuera de mí : yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar. » Mirad pues, doncella, no os toquen aquestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gusteis que vuestro verdadero mal es no servir á Dios, y vuestro verdadero bien es servirle; y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahinco y angustia que del amor demasiado suele nacer. Y para lo mucho, y para lo poco, vuestra confianza primera sea nuestro Señor; y la postrera los medios que él os encaminare; y sed muy agradecida á esta merced de que os dió licencia de hablarle, y conversar con él, y usad de ella para bienes y males con mucha frecuencia y cuidado, pues por medio de esta habla y conversacion con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios, y remediados en sus pobrezas, porque entendieron que los peligros que Dios les dejó fué á intento que apretados con ellos recurriesen á él, y los bienes que les vienen son para ir á él, dándole gracias. De los Gabaonitas leemos que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero á Josué, á cuya amistad se habian ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pedir : y aunque aquellos cinco reyes, que la Escritura hace mencion, « fueron vencidos en el Valle Silvestre, y sus ciudades robadas : » mas porque un mozo que de la guerra escapó fué á dar nueva de este desbarato al patriarca Abrahan, alcanzaron remedio los reyes y sus cinco ciudades, por mano de Abrahan, que los socorrió. De manera que se alcanza por un solo mensajero que va á pedir favor á quien lo quiere y puede dar, mas que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra ó ciudad haya. *Y cierto es así*, que quien enviare á Dios mensajero de humilde y fiel oracion, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena, « sentirá presente al Señor, que está cerca á todos aquellos que le llaman en verdad. » Y si no saben lo que han de hacer, con la oracion hallan lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafat : « Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos á tí; » y Santiago dice : « Que quien hubiere menester sabiduría, la pida á Dios; » y por este medio eran Moisés y Aaron enseñados de Dios acerca de lo que debian hacer con el pueblo, porque

Psal., 34.

Deut., 32.

Josué, 10.

Gen., 14.

Psal., 144.

Paral., 20.

Jacob., 1.

como los que rigen á otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy á la mano y á todo tiempo, así han menester oracion doblada, y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor, de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla: y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va á cosa cierta, ó quien va (como dicen) á tienta paredes: y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparacion mas vivos, y salir mas verdaderos, que los que fuera de la oracion se alcanzan. San Agustin dijo, como quien lo habria probado: « Mejor se sueltan las dudas con la oracion, que con cualquiera otro estudio. » Y por no cansar, y porque no seria posible deciros particularmente los frutos de la oracion, no os digo mas, sino que la suma Verdad dijo « que el Padre celestial dará espíritu bueno á los que se lo piden, con el cual bien vienen todos los bienes. » Y debeos bastar, que usaron este ejercicio todos los santos. Porque, como san Crisóstomo dice, « ¿quién de los santos no venció orando? » Y él mismo dice: « No hay cosa mas poderosa que el hombre que ora: » y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulacion, aun hasta derramar gotas de sangre, y oró en el monte Tabor para alcanzar el resplandor de su cuerpo. Oró primero que resucitase á san Lázaro, y veces oraba tan largo que se le pasaba toda la noche en oracion. Y despues de una tan larga oracion como esta, dice san Lucas que eligió entre sus discípulos *número de doce apóstoles*, en lo cual, dice san Ambrosio, nos dió á entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algun negocio, pues que en aquel suyo primero oró, y tan largo. Y por esto debiera decir san Dionisio que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oracion. San Pablo amonesta que entendamos con instancia en la oracion: y el Señor dice que conviene siempre orar, y no aflojar, que quiere decir *que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado*, porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables á Dios, y no curan de tener oracion, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con solo un pié andan, porque el Señor dos nos enseñó ser necesarias, cuando dijo: « Velad y orad, porque no entreis en tentacion. » Y lo mismo avisó cuando dijo: « Velad, pues, en todo tiempo orando, que seais hallados dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar delante el Hijo de la Vírgen. » Y entrambas cosas junta san Pablo, cuando arma al caballero cristiano en la guerra espiritual que tiene contra el demonio: porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño, tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá bien á quien obra y no ora, porque aquello es la oracion para el ánima que el sueño al cuerpo: no hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oracion, porque en ella se alcanza

Luc., 11.

Luc., 22.

Joan., 11.

Luc., 16.

Luc., 18.

Matth., 26.

Luc., 21.

Ephes., 6.

lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye de fervor de la caridad é interior devocion. Y cuan necesario sea el orar parece muy claro en la instancia y ayunos con que el profeta Samuel oraba al Señor « que librase su pueblo de la cautividad de Babilonia, » aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor habia puesto por término para los librar. Y si en lo que Dios ha prometido de hacer ó dar, aun es menester que se le pida con oracion ahincada, ¿cuánto mas será menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide á los Romanos « que rueguen á Dios por él, » para que quitados los impedimentos pueda ir á los visitar; sobre lo cual dice Orígenes, aunque habia dicho el Apóstol un poco antes: « Sé que yendo vosotros será mi ida en la abundancia de la bendicion de Cristo; » mas con todo esto sabia que la oracion es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocia que habian de acaecer: y si no hubiera oracion, sin duda no se cumpliera lo que habia profetizado. ¿No os parece que tuvo razon quien dijo que era la oracion medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó ante los siglos de donar en tiempo? *Iten*, que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oracion para alcanzar frutos espirituales, por lo cual no nos debemos maravillar si tan pocos cogemos pues que tan poca oracion sembramos. Cosa cierta es que de la conversacion de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud: y si con Dios conversásemos, con mucha mas razon podríamos esperar de su conversacion estos y otros provechos á semejanza de Moisés, que de la tal conversacion salió lleno de resplandor: y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta esta conversacion con nuestro Señor: porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdon y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de dia encuentra con otro que le pida lo que él pidió á Dios, que conocerá las palabras y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo á nuestro Señor, y con cuanto deseo de ser oido, y hará con su prójimo lo que queria que Dios hiciese con él. Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo á la memoria lo que dijo David: « Bendito sea el Señor que no quitó de mí mi oracion y su misericordia; » sobre lo cual dice san Agustin: « Seguro puedes estar que si Dios no quita de tí la oracion, no te quitará su misericordia. » Y acordaos que el Señor dijo « que el Celestial Padre dará espíritu bueno á los que se lo piden, » y con este espíritu cumplimos la ley de Dios, como dice san Pablo: de manera que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su ley par medio de la oracion. Mirad vos qué tal estará un hombre á quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oracion. Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que porque dijo san Pablo: « Quiero que los varones oren en todo lugar; no es menester orar de espacio, ni en particular, sino que basta mezclar la oracion entre las otras obras que hace, » bueno es orar en todo

1. Reg., 2.

Ephes., 4.

San Gregor.

Psal., 65.

Luc., 11.

Rom., 3.

lugar; mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar á Jesucristo nuestro Señor y á lo que sus santos han dicho y hecho en el negocio de la oracion. Y aun tened por cierto que ninguno sabrá provechosamente orar en todo lugar, sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastando en él espacio de tiempo.

CAPITULO LXXI.

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar á Dios, teniendo de ellos verdadero dolor, y haciendo de ellos verdadera confesion y satisfaccion.

El primer paso que el ánima ha de dar allegándose á Dios ha de ser la penitencia de sus pecados; y para que esta fuese bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversacion, y entender con cuidado en traer á la memoria los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algun confesionario: y despues de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente á su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana como si aquel dia hubiese el hombre de morir y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes ú dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres; y para esto se puede servir de leer algun buen libro que á esto le ayude, y de lo que antes dijimos, de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento á aquel pozo hondo del fuego eternal, porque no descienda despues de muerto á probar la eterna miseria que allí hay. Servirleha tambien para esto, mirando una imágen del crucifijo, ó acordándose de él pensar cómo él fué causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de piés á cabeza, ponderando por sí cada tormento y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden á nuestras culpas, padeciendo él deshonras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense si un hijo viese azotar á su padre ó atormentarle muy recio por una cosa que nunca el padre la hizo sino el tal hijo, y si oyese la voz del pregonero: Quien tal hace que tal pague, este tal hijo grave compasion tendria de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara le costase á su padre: y si verdadero hijo fuese, mas le doleria ver castigado á su padre que si le castigaran á él. Y gran maravilla seria si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen á él y no á su padre que nada debia. Tomemos ejemplo de aquí de dolernos mas de haber pecado, porque fué Dios el ofendido y fué Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¿Yo, Señor, pequé y pagáislo vos? Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz. Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo

lo que él fuere servido enviarle. Y despues de haber hecho este exámen de su conciencia con dolor y satisfaccion, segun el parecer de su confesor, recibida la absolucion sacramental podrá tener confianza del perdon y consolacion de su ánima.

FRAY

LUIS DE GRANADA.[1]

LIBRO

DE LA ORACION Y MEDITACION,

EN EL CUAL SE TRATA DE LA CONSIDERACION DE LOS PRINCIPALES MISTERIOS

DE NUESTRA FE,

Y DE LAS PARTES Y DOCTRINA PARA LA ORACION.

CAPITULO I.

Del fruto que se sacá de la oracion y meditacion.

1. Porque este libro habla de la oracion y meditacion, será bien al principio decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con mas alegre corazon se ofrezcan los hombres á él.

2. Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza es la mala inclinacion de su corazon, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque á no estar esta de por medio, facilísima cosa le seria correr por el camino de las virtudes, y alcanzar el fin para que fué criado. Por lo cual dijo el Apóstol: « Huélgome con la ley de Dios,

(1) Nació en Granada, año de 1504: á los quince de su edad profesó en el convento de Santa Cruz, de la órden de predicadores, recien fundado en su ciudad natal, del que fué enviado en 1529 al colegio de san Gregorio, de Valladolid, para adelantar en sus estudios.

Aunque consagrado principalmente á la predicacion, en cuyo ejercicio fué excelente, escribió muchas obras piadosas de doctrina y elegancia admirables. Tales son los trece sermones de las principales festividades de Jesucristo y de su Santísima Madre que el autor compuso y distribuyó en forma de consideraciones sobre el Evangelio de cada uno de los dias. — Los *Libros de Oracion y Meditacion*, los primeros escritos que dió á luz. — la *Vida del venerable Juan de Avila*, su maestro y grande amigo. — El *Memorial de la vida cristiana* y el *Símbolo de la Fe*, terminados el primero á los setenta años y el segundo á los setenta y ocho. — La *Guia de pecadores* y las *Meditaciones* para los siete dias de la semana, sin contar sus escritos en latin, tales como los *Sermones* que publicó en seis tomos desde el año 1575 al 1587 y la *Retórica eclesiástica*.

De sus obras castellanas las que mayor y mas justa celebridad le han grangeado son la *Guia de pecadores* y las *Meditaciones*. Esta última es seguramente la mas acabada de todas, y la mas excelente en su genero que existe en nuestra lengua. Por eso la insertamos aquí íntegra.

De los sermones que predicó, y que por desgracia no se escribieron, solo la fama ha llegado hasta nosotros.

Murió el dia último del año 1588.

segun el hombre interior; pero siento otra ley é inclinacion en mis miembros, que contradice á la ley de mi espíritu, y me lleva tras sí cautivo á la ley del pecado.» Esta es pues la causa mas universal que hay de nuestro mal.

3. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad, y facilitar este negocio, una de las cosas que mas aprovechan es la devocion, porque, como dice santo Tomás, no es otra cosa la devocion sino una prontitud y ligereza para bien obrar, la cual despide de nuestra alma toda esta dificultad y pesadumbre, y nos hace prontos y ligeros para todo bien; porque ella es una refeccion espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo, y un acto sobrenatural, el cual de tal manera regala, esfuerza y trasforma el corazon del hombre, que le pone mucho gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. La cual nos muestra la experiencia de cada dia, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oracion, allí se le renuevan todos los buenos propósitos, allí son los fervores y determinacion del bien obrar, allí el deseo de agradar y amar á un Señor tan bueno y tan dulce, como allí se ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun de derramar sangre por él; y allí finalmente reverdece, y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

D. Thom., 2. 2. q. 82. art. 1.

4. Y si me preguntas por qué medio se alcanza este tan poderoso y tan noble afecto de devocion, á esto respondió el mismo santo doctor diciendo que por la meditacion y contemplacion de las cosas divinas, porque de la profunda meditacion y consideracion de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad que llamamos devocion, el cual nos incita y mueve á todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos, porque es medio para alcanzar la devocion, la cual, aunque no es mas que una sola virtud, nos habilita y mueve á todas las demás virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver como esto es verdad, mira cuan abiertamente lo dice san Buenaventura por estas palabras:

Idem.

5. «Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oracion; si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oracion; si quieres mortificar tu propia voluntad con todas tus aficiones y apetitos, seas hombre de oracion; si quieres conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oracion; si quieres vivir alegremente, y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oracion; si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oracion; si la quieres sustentar con la grosura de la devocion, y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oracion; si quieres fortalecer y confirmar tu corazon en el camino de Dios, seas hombre de oracion; finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios, y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de ora-

cion, porque en ella se recibe la union y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y demás de esto, si quieres subir á la alteza de la contemplacion, y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oracion, porque este es el camino por donde sube el ánima á la contemplacion y gusto de las cosas celestiales.

Vea, pues, de cuanta virtud y poder sea la oracion. Y para prueba de todo lo dicho (dejando aparte el testimonio de las Escrituras Divinas) esto baste ahora por suficiente probanza, que habemos oido y visto, y vemos cada dia muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas, y otras mayores, mediante el ejercicio de la oracion. » Hasta aquí son palabras de san Buenaventura. ¿Pues qué tesoro, qué tienda se puede hallar mas rica, ni mas llena de todos los bienes que esta ?

6. Oye tambien lo que dice á este propósito otro muy religioso santo doctor, hablando de esta misma virtud. «En la oracion, dice él, se limpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fe, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, pacifícase el corazon, descúbrese la verdad, véncese la tentacion, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orin de los vicios, y en ella saltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. A ella están abiertos los cielos; á ella se descubren los secretos; á ella están siempre atentos los oidos de Dios. » Esto baste ahora para que en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPITULO II.

De seis cosas que pueden intervenir en el ejercicio de la oracion.

1. A este ejercicio de la oracion y meditacion pueden preceder algunas cosas, y seguirse despues otras que están anejas y son como vecinas de ellas.

2. Porque primeramente, antes que entremos en la meditacion, es necesario aparejar el corazon para este santo ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer. Despues de la preparacion se sigue la eleccion del paso que se ha de meditar en aquel dia, segun el repartimiento de los dias de la semana, como abajo lo trataremos. Lo cual sin duda es necesario á los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar. Luego se sigue la meditacion de lo que se ha leido : donde debemos recogernos á considerar, rumiar y pensar, con toda la atencion que pudiéremos, lo que hemos leido, con intencion de sacar los afectos y deseos de que necesita el alma para apartarse del vicio, y seguir la virtud. Despues de la meditacion se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y luego un ofrecimiento de toda nuestra vida; y de la de Cristo nuestro Salvador en recompensa de

nuestros pecados y beneficios recibidos. La última parte es la peticion que propiamente se llama oracion, en la cual pedimos todo aquello que conviene así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

3. Estas seis cosas pueden intervenir en la oracion, las cuales entre otros provechos tienen tambien este, que dan al hombre mas copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que, si no pudiere comer de uno, coma de otro; y para que, si en una cosa se le acabare el hilo de la meditacion, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa que meditar.

4. Bien veo que ni todas estas partes ni esta órden es siempre necesaria; mas todavía servirá esto para los que comienzan, para que tengan alguna órden é hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto de ninguna cosa que aquí dijere quiero que se haga ley perpetua ni regla general, porque mi intento no fué hacer ley, sino introduccion para imponer á los nuevos en este camino, en el cual despues que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho mas el Espíritu Santo, les enseñará lo demás.

§ I. — *De la preparacion que se requiere para antes de la oracion.*

5. Ahora será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparacion, que es la primera de todas. Puesto en el lugar de la oracion de rodillas, ó en pié, ó en cruz, ó postrado, ó sentado (si de otra manera no pudiere estar), hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginacion, y apartarlaha de todas las cosas de esta vida, y levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira nuestro Señor; y estará allí con aquella atencion y reverencia como si realmente le tuviere presente, y con un general arrepentimiento de sus pecados, si es la oracion de la mañana, dirá la confesion general, y si es la oracion de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel dia hubiere pensado, hablado, obrado y oido, del olvido que de nuestro Señor ha tenido; y doliéndose de los defectos de aquel dia, y todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la Divina Majestad, ante quien está, dirá aquellas palabras del Santo Patriarca:

6. «Hablaré á mi Señor, aunque sea polvo y ceniza:» y con el fundamento de estas dos palabras se puede un poco detener, pensando quién es él, y quién es Dios, para humillarse profundamente ante tan grande Majestad; porque él es un abismo de infinitos pecados y miserias, y Dios un abismo infinito de riquezas y grandezas: y con esta consideracion le hará una grande reverencia, y se humillará delante de tan grande Majestad.

7. Y junto con esto, suplique á este Señor le dé gracia para que esté allí con aquella atencion y devocion, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana

Majestad; y que así gaste aquel tiempo de la oracion, que salga de ella con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio; porque la oracion que no pare luego este fruto muy imperfecta es, y de muy bajo valor.

§ II. — *De la leccion.*

8. Acabada la preparacion, se sigue luego la leccion de lo que se ha de meditar en la oracion, la cual no ha de ser apresurada, ni corrida, sino atenta y sosegada; aplicando á ella, no solo el entendimiento, para entender lo que se lee, sino mucho mas la voluntad para gustar lo que se entiende; y cuando hallare algun paso devoto, deténgase algo mas en él para mejor sentirlo.

9. Y no sea muy larga la leccion, porque se dé mas tiempo á la meditacion, que es tanto de mayor provecho cuanto rumia y penetra las cosas muy de espacio, y con mas afectos. Pero cuando tuviere el corazon tan distraido que no pueda entrar en la oracion, puédese detener algo mas en la leccion, ó juntar en uno la leccion con la meditacion, leyendo un paso, y meditando sobre él, y luego otro y otro de la misma manera; porque yendo de esta suerte atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tienen tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto, aunque mejor seria pelear en desechar los pensamientos, y perseverar y luchar (como otro Jacob) toda la noche en el trabajo de la oracion; porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dándole nuestro Señor la devocion ú otra gracia mayor, la cual nunca se niega á los que fielmente pelean.

§ III. — *De la meditacion.*

10. Despues de la leccion se sigue la meditacion del paso que habemos leido; y esta unas veces es de cosas que se pueden figurar en la imaginacion, como son todos los pasos de la vida y pasion de Cristo, el juicio final, el infierno y el paraiso: otras de cosas que pertenecen mas al entendimiento que á la imaginacion, como es la consideracion de los beneficios de Dios, de su bondad y misericordia, ó cualquiera otra de sus perfecciones.

11. Esta meditacion se llama intelectual, y la otra imaginaria; y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, segun que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditacion es imaginaria, habemos de figurar cada cosa de estas de la manera que ella es, ó de la manera que pasaria, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra, porque con esta representacion de las cosas seas mas viva la consideracion y sentimiento de ellas; mas ir á meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares es cosa que suele enflaquecer y hacer daño á las cabezas, y por esta misma razon no debe el hombre hincar mucho la imaginacion en las cosas que piensa, por no fatigar en esto la cabeza.

12. Y porque la principal materia de la meditacion es de la sagrada pasion, advertimos aquí que en este misterio se pueden considerar cinco principales puntos ó circunstancias que en él se intervinieron, conviene á saber: quién es el que padece, qué es lo que padece, por quién padece, de qué manera padece, y por qué causa padece.

13. Pues cuanto á lo primero, que es quién padece, digo: que padece el Criador del cielo y tierra; el Hijo de Dios, suma bondad, y subiduría; el inocentísimo y santísimo Hijo de la Virgen. Cuanto á lo segundo, qué es lo que padece, digo que padece gravísimos dolores, así en el alma como en el cuerpo; porque en el alma padeció una incomprehensible angustia, considerando la ingratitud de los hombres acerca de este sumo beneficio; la compasion de su inocentísima y santísima Madre; los pecados del mundo, presentes, pasados y venideros, por los cuales padecia. Mas en el cuerpo padecia frio, calor, hambre, cansancio, vigilias, injurias y traiciones: fué vendido de su discípulo, sudó gotas de sangre, fué escupido, abofeteado, tantas veces atado, desamparado, calumniado, falsamente acusado, azotado, escarnecido, vestido con vestidura de loco, coronado de espinas, tenido en menos que Barrabás, inicuamente condenado, llevó la cruz á cuestas, fué crucificado entre dos ladrones, bebió hiel y vinagre; y al cabo murió muerte afrentosa en el Monte Calvario en el dia de mayor solemnidad.

14. Lo tercero se debe considerar por quién padeció; y cónstanos haber padecido por el hombre desobediente é ingrato, criado de nada, que de sí no puede, ni sabe, ni vale nada. Por una criatura de la cual él jamás habia tenido, ni habia de tener necesidad alguna. Por una criatura que le habia ofendido, y que le habia de ofender y desobedecer tantas veces.

15. Lo cuarto se debe considerar cómo padeció, y hallarémos que padeció con tanta paciencia y mansedumbre que jamás se indignó contra nadie: con tanta humildad que escogió la mas ignominiosa muerte de aquel tiempo: con tanta prontitud que salió al encuentro á sus contrarios: con tanta caridad que llamó amigo al que le vendió, sanó la oreja de quien le prendia, miró con ojos de misericordia al que le negó, y rogó por los que le crucificaban.

16. Lo quinto se debe considerer por qué causa padeció; y cónstanos haber padecido por satisfacer á la Justicia Divina, y aplacar la ira del Padre: por cumplir las promesas hechas á los patriarcas y profetas: por librarnos del infierno y hacernos capaces del paraiso: para mostrarnos el camino del cielo con su perfecta obediencia: para confundir los demonios, que por soberbia perdieron lo que los hombres ganaron por humildad.

§ IV. — *Del hacimiento de gracias.*

17. Despues de la meditacion se sigue el hacimiento de gracias, para lo cual se debe tomar ocasion de la meditacion pasada, haciendo gracias á nuestro Señor por el beneficio que en aquello nos hizo; como si la meditacion fué de la pasion, debe dar muchas gracias á nuestro Señor, por-

que nos redimió con tantos trabajos. Y si fué de los pecados, porque lo esperó tanto tiempo á penitencia: y si de las miserias de esta vida, por las muchas de que lo ha librado: y si del paso de la muerte, porque le libró de los peligros de ella, y esperó á penitencia: y si de la gloria del paraiso, porque lo crió para tanto bien; y así de lo demás.

18. Con esos beneficios juntará todos los otros de que abajo tratamos, que son el beneficio de la creacion, conservacion, redencion, vocacion, etc. Y así dará gracias á nuestro Señor, porque lo hizo á su imágen y semejanza, y le dió memoria para que se acordase de él, y entendimiento para que lo conociese, y voluntad para que le amase, y porque le dió un ángel que lo guardase de tantos trabajos y peligros, de tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fué menos que librarle de la muerte eterna; y porque lo hizo nacer de padres cristianos, y le dió el sagrado bautismo, y en él su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo.

19. Y con estos beneficios junte los demas beneficios generales y particulares que conoce haber recibido de nuestro Señor; y por estos, y por todos los otros, asi públicos como secretos, le dé todas cuantas gracias pudiere, y convide todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden á este oficio, y con este espíritu podrá decir aquel cántico: ***Benedicite omnia opera Domini Domino; laudate, et superexaltate, etc.***, ó el psalmo ***Benedic anima mea Domino: et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus, etc.***

§ V. — *Del ofrecimiento.*

20. Dadas de todo corazon al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego naturalmente prorrumpe el corazon con aquel afecto del profeta David, diciendo: « ¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? » A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo á Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

21. Y para esto primeramente debe ofrecerse á sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos para que haga de él todo lo que quisiere, y ofrecerá juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere, para que todo sea á gloria y honra de su santo nombre.

22. Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció desde el pesebre hasta la cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra, y herencia que él nos dejó en el nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro. Y así como no es menos mio lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza, así no son menos mios los méritos, y el derecho que él me dió, que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su órden estos servicios y trabajos, y todas las virtudes de su vida santísima, de su obediencia, su paciencia, su humil-

dad, su caridad, con todas las demás, porque esta es la mas rica y mas preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

§ VI. — *De la peticion.*

23. Ofrecida esta tan rica ofrenda, seguramente podemos luego pedir mercedes por ella. Primeramente pedimos con gran afecto de caridad, y con zelo de la honra de nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como á su único y verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazon aquellas palabras del profeta: « Confiésente los pueblos, Señor, confiésente los pueblos. »

24. Roguemos tambien por los prelados de la Iglesia, como son papa, cardenales, obispos, con todos los otros ministros y prelados inferiores, para que el Señor corrija y alumbre de tal manera que lleven todos los hombres al conocimiento y obediencia de su Criador; y asimismo debemos rogar (como lo aconseja san Pablo) por los reyes, y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven, y vengan al conocimiento de la verdad.

25. Roguemos tambien por todos los miembros de su cuerpo místico, por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable. Roguemos tambien por todos los enfermos, encarcelados, cautivos, etc., que Dios por los méritos de su Hijo los ayude y libre de mal.

26. Y despues de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros; y qué sea lo que habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará á cada uno, si bien se conociere; y con esto pidamos, por los méritos y trabajos de este Señor, perdon de todos nuestros pecados, y enmienda de ellos; y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios á que somos mas inclinados y mas tentados, descubriendo todas estas llagas á aquel médico celestial, para que él las sane y cure con la uncion de su divina gracia.

27. Despues de esto acabe con la peticion del amor de Dios; y en esta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en esta consiste todo nuestro bien.

CAPITULO III.

De la materia de la oracion.

1. Visto de cuánto fruto sea la oracion y meditacion, y las partes que deben intervenir en este ejercicio, veamos ahora cuáles sean las cosas que debemos meditar.

2. A lo cual se responde que por cuanto este santo ejercicio se ordena á criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquella será mas conveniente materia de este ejercicio que mas hiciere á este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas, y todas las Escrituras sagradas nos mueven á esto; pero generalmente hablando, los misterios de nuestra fe (que se contienen en el símbolo, que es el *Credo*) son los mas eficaces y provechosos para esto, porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del infierno y de la gloria del paraiso (que son grandes estímulos para mover nuestro corazon al amor y temor de Dios); y en él tambien se trata de la vida y pasion de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y estas son las que ordinariamente rumiamos en la meditacion. Por lo cual con mucha razon se dice que el Símbolo es materia propísima de este santo ejercicio, aunque tambien lo será para cada uno lo que mas moviere su corazon al amor y temor de Dios.

3. Pues, segun esto, para introducir á los nuevos y principiantes en este camino (á los cuales conviene dar el manjar como digerido y masticado), señalaré aquí dos maneras de meditaciones para todos los dias de la semana, unas para la noche y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fe, para que así como damos á nuestro cuerpo dos refecciones cada dia, así tambien las demos al ánima, cuyo pasto es la meditacion, y consideracion de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los misterios de la sagrada pasion y resurreccion de Jesucristo, y las otras de los otros misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al dia, á lo menos podrá una semana meditar los unos misterios, y otra los otros, ó quedarse con solos los de la pasion y vida de Jesucristo nuestro Salvador (que son los mas principales), aunque los otros no conviene que se dejen al principio de la conversion, porque son mas convenientes para este tiempo, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestacion de los pecados.

CAPITULO IV.

Del tiempo y fruto de las primeras siete meditaciones para los dias de la semana por la noche.

1. En las primeras siete meditaciones siguientes puedes, cristiano lector, filosofar, y ocupar tu pensamiento por los dias de la semana, no porque no puedas tambien pensar en otras cosas, y en otros dias allende de estos, porque, como ya dijimos, cualquiera cosa que induce nuestro corazon á amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, es materia de meditacion. Pero señálanse los pasos que tengo dichos: lo uno porque son los principales misterios de nuestra fe, y los que (cuanto

es du su parte) mas nos mueven á lo dicho; y lo otro, porque los principiantes, que han menester leche, tengan aquí casi masticadas y digeridas las cosas que pueden meditar; porque no anden como peregrinos en extraña region discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas, y dejando otras, sin tener estabilidad en alguna.

2. Tambien es de saber que las meditaciones de esta semana son muy convenientes (como ya dijimos) para el principio de la conversion, que es cuando el hombre de nuevo se vuelve á Dios, porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos pueden mover á dolor y aborrecimiento del pecado, y temor de Dios, menosprecio del mundo, que son los primeros escalones de este camino: y por esto deben los que comienzan perseverar por algun espacio de tiempo en la consideracion de estas cosas para que así se funden mas en las virtudes y afectos susodichos.

CAPITULO V. (1)

Meditacion del conocimiento propio, y memoria de los pecados, para el lunes en la noche.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, entenderás en el conocimiento de tí mismo, y en la memoria de los pecados, que es el camino por donde se alcanza la verdadera humildad de corazon, y la penitencia, que son las dos primeras puertas, y fundamentos de la vida cristiana.

2. Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocias á Dios; porque si lo sabes bien mirar hallarás que se han multiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios. Discurre, pues, brevemente por los diez mandamientos, y por los siete pecados mortales, y verás que ninguno de ellos hay en que por ventura no hayas caido muchas veces por obra, ó por palabra, ó por pensamiento. De un solo árbol vedado comió aquel primer hombre, cuando hizo el mayor de los pecados del mundo; y tú en todos has puesto los ojos, y las manos infinitas veces.

Gen., 3.

3. Discurre, otrosí, por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada, y mira en qué los has empleado; porque si de todos ellos has de dar cuenta, es bien que tú te la tomes primero, y entres en juicio contigo porque no seas despues juzgado de Dios. Pues dime ahora, ¿en qué gastaste la niñez, en qué la mocedad, en qué la juventud? ¿en qué finalmente todos los dias de la

Cor., 11.

(1) Comienzan las siete meditaciones para los dias de la semana en la noche, por las cuales han de empezar los que empiezan el ejercicio de la consideracion cuando de nuevo se vuelven á Dios.

vida pasada? en qué ocupaste los sentidos corporales, y las potencias del ánima que Dios te dió para que le conocieses y sirvieses? ¿en qué se emplearon tus ojos sino en ver la vanidad? ¿en qué tus oidos, sino en oir la mentira? ¿en qué tu lengua, sino, por ventura, en todos los juramentos, murmuraciones y deshonestidades del mundo? ¿en qué tu gusto, y tu oler, y tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los sacramentos que Dios ordenó para tu remedio? ¿cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿cómo te escondiste á sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud, y las fuerzas, y las habilidades de naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades que Dios te dió para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste del prójimo, que te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? ¿Pues qué responderás en aquel dia de la cuenta, cuando Dios te diga: Dame cuenta de tu mayordomía, y de la hacienda que te entregué, porque ya no quiero que trates mas en ella? ¡Oh árbol seco, y aparejado para los tormentos eternos! ¿Qué responderás en aquel dia, cuando te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida, y de todos los puntos y momentos de ella? Luc., 19.

4. Lo segundo piensa en los pecados que has hecho y haces cada dia, despues que abriste mas los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en tí Adan con muchas de las raices y costumbres antiguas. Para lo cual puedes discurrir por las negligencias y faltas en que cada dia caes para con Dios y para con el prójimo, y para contigo mismo, que en todo te hallarás muy defectuoso.

5. Considera, pues, cuan desacatado eres para con Dios, cuan ingrato á sus beneficios, cuan rebelde á sus inspiraciones, cuan perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces, ni con aquella presteza y diligencia que debias, ni non aquella pureza de intencion como debias, sino por otros respectos é intereses del mundo.

6. Considera otrosí, cuan duro eres para con el prójimo, y cuan piadoso para contigo, cuan amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, y ambicioso, airado, súbito, y vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones, y conversaciones, y risas, y parlerías: mira otrosí cuan inconstante eres en los buenos propósitos, cuan inconsiderado en tus palabras, cuan desproveido de tus obras, y cuan cobarde y pusilánime para cualesquiera graves negocios.

7. Lo tercero, considerada ya por esta órden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene á saber: contra quién pecaste, porqué pecaste, y en qué manera pecaste. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y magestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas de la mar, en quien solo se hallan todas las excelencias, y todos los títulos y obligaciones

que tenemos á todas las criaturas en sumo grado de obligacion. Mas ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interese, y por otras cosas de aire. De esto se queja él gravemente por un profeta, diciendo: « Des-

Ezec., 16.

honrábanme en presencia de mi pueblo por un puñado de cebada, y por un mendruguillo de pan. » Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor, y á veces con tanto contentamiento y alegría como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. ¿Pues esta era la honra que se debia á tan alta majestad? Este es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la cruz? ¿Y aquellos azotes y bofetadas que recibieron por tí? ¡O miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion!

8. Considera tambien el aborrecimiento espantoso que Dios tiene del pecado, y los castigos tan grandes que tiene hechos contra él; para que por aquí entiendas mas claro cuánta sea la malicia de él, segun que adelante se declarará.

9. Pues, consideradas todas estas cosas susodichas, siente de tí lo mas bajamente que sea posible. Piensa que no eres mas que una cañavera, que se muda á todos vientos, sin peso y sin virtud, sin firmeza, sin esta-

Matth., 11. Joan., 11.

bilidad, y sin ninguna manera de ser. Piénsa que eres un Lázaro de cuatro dias muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices, y los ojos por no lo ver. Parézcate que de esta manera hiedes delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes, y de la luz y aire que recibes. Y si de esto eres indigno, mira cuánto mas lo serás de hablar con Dios, y mucho mas de las consolaciones del Espíritu Santo, y de los regalos y tratamientos de los hijos de Dios. Tente por una de las mas pobres y miserables criaturas del mundo, y que peor usa de todos los beneficios di-

Matth., 15.

vinos. Y piensa que si en Tiro y Sidon (esto es en otros muy grandes pecadores) hubiera Dios obrado lo que en tí, que ya hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza. Conoce que eres muy mas malo de lo que tú puedes imaginar, y que por mucho que ahondes en este cieno, y que hayas llegado ya al cabo, cada dia hallarás mas en que ahondar. Da voces á Dios, y dile: « Señor, nada tengo, nada

Luc., 3.

valgo, y nada soy, y nada puedo hacer sin tí. » Derríbate con aquella pública pecadora á los piés del Salvador, y cubierta tu cara de confusion, con aquella vergüenza que pareceria una mujer delante de su marido, cuando le hubiese hecho traicion, te presenta delante de aquel Esposo del cielo, contra quien has cometido tantos y tan vergonzosos adulterios, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazon pídele perdon de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien de volverte á recibir en su casa.

10. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO VI.

Tratado de la consideracion de los pecados, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De las virtudes que nacen de la consideracion de los pecados, á cuyos fines se ha de enderezar esta consideracion.*

1. La primera tabla despues del naufragio dice san Jerónimo que es la penitencia. Este es el primer paso de esta subida, y la primera piedra de este espiritual edificio. Para alcanzar esta virtud (demás de la divina gracia, cuyo don es la verdadera penitencia) aprovecha considerar la muchedumbre de nuestros pecados, así presentes como pasados, y la gravedad y malicia de ellos, porque de esta consideracion procede la compuncion y arrepentimiento de ellos.

2. Y no solo esta virtud, mas otras muchas y muy altas virtudes nacen de esta misma consideracion; porque de aquí nace el conocimiento de sí mismo (de que tambien se trata en la meditacion siguiente) y el desprecio de tí mismo, y el temor de Dios, y el aborrecimiento del pecado, y otros semejantes afectos, en los cuales consiste muy gran parte de la perfeccion; pues á todos estos fines debes aplicar y enderezar este ejercicio, para que te sea mas provechoso, procurando sacar todos estos frutos tan dulces de la raiz amarga de esta consideracion. Mas porque para alcanzar tales frutos es necesaria la divina gracia, la cual principalmente se da á los humildes y devotos, pide tú ahora al Señor esta humildad y devocion, para que, recogido en lo íntimo de tu corazon, puedas imitar aquel santo rey que decia: «Pensaré, Señor, delante de tí todos los años de mi vida, con amargura de mi corazon.» Jacob., 4, 1, 1. Pet., 5. Isai., 38.

§ II. — *De la muchedumbre de los pecados de la vida pasada.*

3. Pues si quieres saber qué tantos sean los pecados que en los tiempos pasados tienes hechos, discurre brevemente por todos los mandamientos y pecados mortales, y hallarás por cierto que apenas hay mandamiento que no hayas quebrantado, ni pecado mortal en que no hayas caido.

4. El primer mandamiento es honrar á Dios, el cual (como dice san Agustin) se honra con aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. ¿Pues qué manera de fe tenia quien vivia tan rotamente como si creyera que todo lo que predica la fe era mentira? ¿Qué esperanza tenia quien no se acordaba de la otra vida ni en sus trabajos supo qué cosa era llamar á Dios ni asegurarse con él? ¿Qué caridad tenia quien

amaba mas el puntillo de la honra, y la paja del interese, el cieno del deleite, que al mismo Dios, pues por cada cosa de estas lo despreciaba y ofendia? ¿Qué reverencia tenia á aquella Soberana Majestad, quien estaba acostumbrado á traer arrastrando aquel nombre de tanta veneracion, jurando y perjurando por él á cada paso, y por cada nonada? ¿Cómo santificaba sus fiestas quien esperaba estos dias para ofenderle mas en ellos, y para jurar, y pasear, y para escandalizar la inocente doncella, y para andar en malos tratos y compañías?

5. Despues de esto considera cuán duro y descomedido hayas sido para con tus padres, y cuán desobediente á los mayores, cuán descuidado para con tus súbditos, para imponerlos en lo bueno, y encaminarlos á Dios. Pues los odios y pasiones y deseos de venganzas que has tenido, ¿quién los contará? Y si estos no se pueden explicar, ¿quién explicará la muchedumbre de las falsedades y torpezas en que has caido, por obras, por palabras y por deseos? ¿Qué ha sido tu corazon sino un cenagal y revolcadero de puercos? ¿Qué tu boca, sino, como dice el profeta, una sepultura abierta, por donde salian los malos olores del ánima que estaba dentro muerta? ¿Qué tus ojos, sino ventanas de perdicion y de muerte? ¿Qué se ofreció á esos ojos que no lo codiciases y procurases sin acordarte jamás que tenias á Dios presente, y que te habia puesto entredicho en ese árbol? Al hombre fornicador, dice el Sabio, todo pan es dulce, pues su apetito y hambre es tan insaciable, que en todo pica, y en todo halla sabor, sin acordarse que tiene Dios. Demás de esto, ¿quién podrá explicar la grandeza de tu avaricia y los hurtos de tus deseos, los cuales estaban tan lejos de contenerse con lo que Dios te daba que les parecia poco todo el mundo? Y si el que desea lo ajeno es ladron delante de Dios ¿cuántas horcas tiene merecidas quien con el corazon cometió tantos hurtos? Pues las mentiras y las murmuraciones, y los juicios temerarios, tampoco tienen cuento como los demás; porque apenas te juntabas á hablar con otros, que no fuese la principal parte de la plática la vida ajena, y la viuda, la doncella, el sacerdote y el lego, sin perdonar órden ni condicion alguna.

Psal., 5.

Eccli., 23.

6. De esta manera, pues, guardaste los mandamientos divinos; veamos ahora cómo te apartas de los pecados. ¿La soberbia de tu corazon qué tal fué? ¿El deseo de honra y alabanza hasta dónde llegó? La presuncion y estima de tí mismo, y desprecio de los otros, ¿quién lo explicará? ¿Qué diré de la vanagloria y de la liviandad de tu corazon, pues una sola pluma en la gorra, y una calza justa, y una faja de seda, bastaba para levantarte los piés del suelo y desear ser mirado de todos? ¿Qué paso dabas? ¿qué obras hacias? ¿qué palabras hablabas que no fuesen vestidas de vanidad y deseo de la propia estimacion? El vestido, el servicio, el acompañamiento, la mesa, la cama, las cortesías, y finalmente casi todos tus pasos y meneos tenian olor de soberbia, y todos iban vestidos de vanidad. Pues la ira, como de una serpiente: la gula, como de un lobo tragador: la pereza, como de un asno flojo: la envidia, mas que de una víbora: y en todo finalmente (si bien te miras) te hallarás muy estragado y perdido.

7. Discurre luego por los sentidos, y no solo por los sentidos, sino por todos los beneficios que Dios te ha hecho, y mira de qué manera has usado de ellos, y hallarás por cierto que de todas estas cosas (con las cuales habias de servir mas al dador de todo) has hecho armas para mas ofenderlo. En esto se gastaron las fuerzas, y la salud, y la hacienda, y la vida, y el entendimiento, y la memoria, y la voluntad, y la vista, y la lengua y todo lo demás.

8. Estos y otros muchos peores males habrás cometido en la vida pasada por donde con mucha razon podrás decir con aquel gran pecador, aunque penitente: « Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas del mar, y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones, y multiplicando las ofensas. Y habiendo tantas cosas que fuera razon te pusieran algun freno y temor de Dios, como era la muchedumbre de sus beneficios, y la grandeza de su bondad y justicia, nunca por sus beneficios le reconociste, ni por su bondad le amaste, ni por su justicia le temiste, sino olvidado de todo, y cerrados los ojos á todo, te derramaste por todo género de vicios; y si fueran grandes los intereses y motivos que tenias para pecar, pudieran por ventura tener alguna manera de excusa tus ofensas, mas ¿qué diré? que por cosas de aire, por juguetes de niños, y muchas veces sin ningun interese, sino de balde, por solo desprecio de Dios pecaste: y otros cuando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de conciencia, á lo menos sienten el mal despues que le han hecho; y tú por ventura estarias tan ciego, tan insensible, que harias mil cuentos de pecados, sin ninguna manera de temor, ni remordimiento de conciencia, no mas que si no creyeras que habia Dios, ó creyendo que lo habia, mas de la manera que lo creian aquellos que dijeron: « No verá el Señor lo que acá pasa, ni lo entenderá el Dios de Jacob. » Este es uno de los mayores males del mundo, porque entre aquellas seis cosas que Salomon dice ser aborrecidas de Dios, una de ellas es los piés ligeros para correr al mal, que es la facilidad y ligereza que los malos tienen en pecar.

2. Paral., 33.

Psal., 93.

Prov., 6, § 3.

§ III. — *De los pecados y defectos en que el hombre puede haber caído despues que ha conocido á Dios: contiene doctrina muy provechosa para el conocimiento propio, y caminar á la perfeccion.*

9. En estos y otros muchos pecados es cierto que caerias antes que conocieses á Dios, mas despues que le conociste (si por ventura le has conocido), pídele que te abra un poco los ojos, y hallarás todavía muchas reliquias de aquel hombre viejo, y muchos Jebuseos que te habrán quedado en la tierra de promision, por haber sido tú muy piadoso para con ellos.

10. Mira, pues, cómo en todo eres defectuoso; conviene saber en lo que debes á Dios, al prójimo, y á tí mismo. Mira lo poco que has aprovechado en el servicio de tu Criador al cabo de tanto

Josué, 15. Judit., 1.

tiempo como ha que te llamó, cuán vivas se están todavía las pasiones, cuán poco has alcanzado de las virtudes, y cómo te estás siempre en un mismo ser, como árbol añudado y revejecido que nunca medra; antes por ventura habrás vuelto hácia atrás, pues en el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás. A lo menos en el fervor y devocion de espíritu, no será mucho que estés ahora muy lejos de lo que por ventura otros tiempos estuviste.

11. Mira tambien la poca penitencia que has hecho por tus pecados: el poco amor y temor, y esperanza que tienes en Dios. El poco amor se ve en lo poco que por él trabajas; el poco temor en las muchas culpas que contra él cometes mas: la poca confianza, el tiempo de la tribulacion la declara, y las grandes olas y trabajos que padeces en cualesquiera tormenta, por no estar tan perfectamente aferrado tu corazon con las áncoras de la esperanza.

12. Demás de esto, mira cuán mal respondes á las inspiraciones divinas, cómo eres rebelde á la lumbre del cielo, cómo entristeces al Espíritu Santo y le dejas dar tantas voces en vano, pues por no contradecir á tu propia voluntad contradices á la suya. Él te llama á un camino, y tú sigues otro: él quiere que le sirvas en una obra, y tú quieres en otra. Y aunque sientas claramente cual sea la voluntad de Dios, si la tuya acierta á ser contraria, sírvesle en todo lo que tú quieres, y no en lo que él quiere que le sirvas. Él por ventura te llama á los ejercicios interiores, tú acudes á los exteriores: él te llama á la oracion, tú acudes á la leccion; él quiere que primero entiendas en tí que en los otros; tú olvidado de tí mismo dejas tu propio aprovechamiento por el de los otros, de donde viene á ser que ni aprovechas á tí ni á ellos. Finalmente, cada vez que se contradice tu voluntad con la divina, siempre la tuya es vencedora, y cae vencida la divina.

13. Y si por ventura haces algunas obras buenas; ¿cuántos son los defectos que haces en ellas? Si eres dado á la oracion, ¿cuántas veces estás allí distraido, enfadado, soñoliento y perezoso, y sin reverencia de aquella Divina majestad con quien estás hablando, no viendo ya la hora de acabar aquella tarea, para entender en otras cosas que son mas á tu gusto? Pues si haces otras buenas obras, ¿con cuánta tibieza las haces, y con cuántos defectos? Y si es cierto que no mira á Dios tanto el cuerpo de la buena obra cuanto á la intencion con que se hace, ¿cuantás buenas obras habrás hecho que vayan limpias de polvo y paja sin que las haya esquilmado la vanidad y el mundo? ¿Cuántas se habrán hecho por sola importunidad de otros, ó por cumplimiento, cuántas por tu propio honor y reputacion? ¿cuántas por agradar á los hombres? ¿cuántas por tu propio gusto y contentamiento? ¿y cuán pocas serán las que se habrán hecho puramente por Dios, sin pagar algunos de estos tributos al mundo?

14. Pues, si miras cómo has cumplido con los prójimos, hallarás que ni los has amado como Dios lo manda, ni sentido sus trabajos como los tuyos, ni procurado ayudarles en sus trabajos, ni aun compadecídote siquiera de ellos. Y por ventura en lugar de compasion les habrás hecho

pago con indignacion, y murmuracion de sus hechos; como quiera que sea verdad, que la verdadera justicia tenga compasion, y la falsa indignacion. A lo menos aquella liga de amor, que tantas veces pide el Apóstol, mandando que nos amemos unos á otros como miembros de un mismo cuerpo (pues todos participamos de un mismo espíritu), ¿qué tan lejos has estado de tenerla? ¿Cuantas veces habrás dejado de socorrer al pobre, y acudir al enfermo, y ayudar á la viuda, y entrevenir por el que poco puede? ¿A cuántos habrás escandalizado con tus palabras y con tus obras, y con tus respuestas? ¿Cuántas veces te habrás antepuesto á tus iguales, y despreciado los menores, y lisonjeado á los mayores, haciéndote para con los unos hormiga y para con los otros elefante? Ephes., 4. Exod., 4.

15. Ya, pues, si miras á tí mismo, y metes la mano en tu seno, ¡oh cuán leprosa la sacarás! y ¡cuán hondas llagas atentarás! ¡Qué vivas hallarás en tí las raices de la soberbia, y el amor de la honra, y el sentimiento de la vanagloria, y la hipocresía disimulada, con la cual procuras de encubrir tus defectos, y parecer muy otro que eres! ¡cuan amigo eres de tu interese, y del regalo de tu carne, á la cual muchas veces so color de necesidad no provees, sino sirves, no sustentas, sino regalas! Pues ya si el que era tu igual, y te echa un poco el pié delante, ¿cuán presto brotan luego las raices de la envidia? Y si otro te toca en un punto de honra, ¿cuán acelerada sale la ira?

16. Mas entre todos estos males, ¿quién explicará la soltura de tu lengua, la liviandad de tu corazon, la dureza de la propia voluntad, y la inconstancia en los buenos propósitos? ¿cuántas palabras salen de esa lengua perdidas, cuántas vanas, cuántas en perjuicio del prójimo, y en alabanza de tí mismo? ¿cuán pocas veces se niega esa propia voluntad, y suelta la presa en que está cebada, por cumplir la de Dios ú del prójimo? Mira bien en ello, y hallarás que muy raras son las veces que alcanzas victoria de tí mismo, siendo siempre necesario alcanzarla para ser perfectamente virtuoso. ¿Pues de la inconstancia de los buenos propósitos qué diré, sino concluir en pocas palabras que no hay veleta de tejado que así se mueva á todos vientos como tú te mueves con el menor soplo de cualquier ocasion que te se ofrezca? ¿Qué es toda tu vida sino un juego de niños, y un tejer, y destejer, proponiendo á la mañana, y quebrantando á la tarde, si ya no es luego á la misma hora? ¿Pues qué es esto sino ser aquel lunático del Evangelio á quien los discípulos del Salvador no pudieron sanar, por ser tan recia esta enfermedad? Matth., 17.

17. Pues la liviandad de tu corazon, sus mudanzas, su instabilidad y pusilanimidad tampoco se pueden explicar, pues está claro que tantas figuras y semblantes muda cuantos accidentes se le ofrecen á cada hora, sin tener alguna estabilidad ni firmeza; ¿cuán presto se distrae con cualquier negocio, y cuán presto vierte todo lo que tiene, y cuán pequeños trabajos bastan para apretarlo, congojarlo y ahogarlo?

18. Finalmente, echada bien la cuenta, y visto lo que tienes y lo que falta, hallarás muy gran razon para temer, no sea todo lo que tienes en-

gaño y sombra de virtud, falsa justicia (pues no hay en tí mas que un gustillo de Dios, que puede ser quizá mas de carne que de espíritu), y con esto te parece por ventura que estás ya seguro, y aun quizá dirás con el fariseo que no eres como los otros hombres, porque no sienten lo que tú sientes, teniendo por otra parte los senos de tu ánima llenos de amor propio, y de tu propia voluntad, y todos los otros defectos y pasiones que arriba dijimos. De manera que todo tu caudal es decir: « Señor, Señor, » y no hacer la voluntad de Dios, lo cual es imitar la falsa justicia de los fariseos, y ser aquel tibio del Apocalipsi que Dios alanza de su boca.

Luc., 18.

Matth., 7.

Apoc., 3.

19. Todas estas cosas debes considerar diligentemente, y enderezar esta consideracion al dolor y sentimiento de tus pecados y al conocimiento de tu propia miseria, para que por lo uno pidas perdon al Señor de lo que le ofendiste, y por lo otro virtud y gracia para nunca mas ofenderle.

§ IV. — *De la acusacion de la propia conciencia, y del aborrecimiento y desprecio de sí mismo.*

20. Considerada, pues, así la muchedumbre de los pecados, y viéndose el hombre por todas partes tan cargado de ellos, debe humillarse y compungirse cuanto le sea posible, y desear ser despreciado de todas las criaturas, pues él así despreció al Criador de todas. Para esto le podrá aprovechar una muy devota consideracion de san Buenaventura, en la cual, hablando de esta cumpuncion de conciencia y desprecio de sí mismo, dice así:

21. «Miremos, hermanos, nuestra gran vileza, y la grandeza de la divina ofensa, y humillémonos ante Dios cuanto nos sea posible. Temamos alzar nuestros ojos al cielo, é hiramos nuestros pechos como aquel publicano del Evangelio, para que el Señor se apiade de nosotros. Esforcémonos, y tomemos armas contra nuestra misma malicia, y hagámonos jueces de nosotros mismos, diciendo cada uno dentro de sí: Si por los pecados que yo hice mi Señor fué tan aviltado y aflicto, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme, siendo yo el mismo que pequé? Lejos sea de mí presumir otra cosa mas que de un muladar vilísimo y abominable, cuyo hedor yo mismo no pueda comportar. Yo soy aquel que menosprecié á Dios, y el que volví á poner otra vez en cruz. Ya parece que toda la máquina de este mundo da voces contra mí, diciendo: Este es el que ofendió y despreció á nuestro comun Señor. Este es el perverso y desconocido que mas se movió por los embaimientos del demonio que por los beneficios de Dios: á quien mas agradó la malicia diabólica que la bienquerencia divina. Este nunca pudo ser atraido al bien con los halagos divinos, ni atemorizado con sus juicios. Este es el que cuanto en sí fué deshizo, y escarneció el poder, y la sabiduría, y la bondad de Dios. Mas temió ofender á un hombre flaco que á la omnipotencia de Dios. Mas vergüenza tuvo de hacer una

Luc., 18.

cosa torpe ante un vilísimo rústico que ante la presencia de Dios. Mas quiso abrazar un poco de estiércol hediondo que el sumo bien. Este es el que puso sus ojos en la podre y corrpucion de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador. ¿Qué diré? Ninguna cosa torpe ni abominable dejó de cometer en presencia de Dios, sin tener respeto ni vergüenza de tan grande majestad.

22. Dan, pues, voces contra mí en su manera todas las criaturas, y dicen: Este es el que usó mal de todas nosotras, pues habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hizo servir á la voluntad del enemigo, volviendo en injuria del Criador lo que él habia criado para su servicio. Estaba su ánima hermoseada con la imágen de Dios, y él borrando esta imágen divina vistióse de nuestra vil imágen y semejanza. Mas terrenal fué que la tierra, mas deleznable que el agua, mas mudable que el viento, mas encendido en sus apetitos que el fuego, mas endurecido que las piedras, mas cruel contra sí mismo que las fieras, y mas ponzoñoso contra los otros que los mismos basiliscos. ¿Qué diré, que ni temió á Dios, ni hizo caso de los hombres, y así derramó cuánto en él fué su ponzoña sobre muchos, atrayéndoles á la compañía de sus maldades? No se contentó con ser él solo el que injuriase á Dios, sino quiso tambien tener muchos ayudadores y compañeros en sus injurias. Pues ¿qué diré de los otros males? Fué tan grande su soberbia, que no se quiso sujetar á Dios, ni inclinar las cervices al yugo de su obediencia; antes quiso vivir como á él se le antojase, y hacer en todo su voluntad, levantándose cuanto le fué posible contra Dios. Si Dios no cumplia con sus apetitos, ó le enviaba algunas adversidades, así se airaba contra él como contra uno de sus criados. En todas las cosas que hacia quiso ser alabado, así en las malas como en las buenas, como si él fuera Dios, á quien solo pertenece que por todo sea alabado, pues todo lo que hace es bueno ú ordenado para bien. ¿Qué mas diré? Mas soberbio fué en alguna manera que Lucifer, mas presuntuoso que Adan, porque aquellos, como estaban llenos de claridad y hermosura, tuvieron algun motivo para presumir de sí; mas este, siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razon tenia para estimarse en algo?

Isai., 14.
Gen., 3.

23. Dan, pues, voces justamente contra mí todas las criaturas, y dicen: Venid, y destruyamos á este injuriador de nuestro Criador. La tierra dice: ¿Porqué le sustento? El agua dice: ¿Porqué no le ahogo? El aire dice: ¿Porqué le doy huelgo? El fuego dice: ¿Porqué no le abraso? El infierno dice: ¿Porqué no le trago, y le atormento? ¡Ay, ay! pues, miserable de mí, ¿qué haré? ¿Adónde iré, pues todas las cosas están armadas contra mí? ¿Adónde me acogeré? ¿Quién me recibirá, pues á todas las cosas tengo ofendidas? A Dios menosprecié, á los ángeles enojé, á los santos deshonré, á los hombres ofendí y escandalicé, y de todas las criaturas usé mal. Mas ¿para qué es tan largo discurso? Por el mismo caso que ofendí al Criador de todas las cosas, ofendí á todas ellas juntas. No sé, pues, miserable de mí, adónde vaya, pues de todas las cosas he hecho enemigos contra mí, de tal manera que en todo lo que

veo al rededor de mí no hallo quien esté de mi parte, porque hasta mi misma conciencia ladra contra mí, y todas mis entrañas me acusan y despedazan.

Isai., 38. 24. Lloraré, pues, como miserable, sin poner fin á mis lágrimas, mientras viviere en este valle de miserias, esperando si por ventura tendrá por bien volver los ojos sobre mí aquel piadosísimo Salvador. Derribarme he á sus piés; y con toda la humildad y vergüenza que pudiere, decirle he: Señor, yo soy aquel grande enemigo tuyo, que en presencia de tus ojos divinos hice cosas abominables. Conózcome por tan culpado delante de tí, que aunque solo padeciese toda aquella pena infernal que los demonios y los hombres condenados padecen, no pagaria con todo esto suficientemente lo que merecen mis pecados. Extiende pues, Señor, sobre este miserable el palio de tu misericordia: pueda mas que mi maldad la grandeza de tu bondad. Gozóse el padre dulcísimo con la vuelta del hijo pródigo, y el buen pastor con la oveja perdida, y la piadosa mujer con la pieza de oro hallada. ¡O cuán dichoso será aquel dia cuando tendieres tus brazos sobre mi cuello, y me dieres besos de paz!

Luc., 15.

25. Pues, para alcanzar este bien, ya sé lo que haré. Tomaré armas contra mí mismo, y seré para mí el mas cruel de todos, y mas riguroso. Afligirme he por todas partes con trabajos y penas, despreciarme he así como un cieno hediondo. Alegrarme he en mis desprecios y deshonras por cualquiera parte que me vengan. Gozarme he cuando se descubriere y publicare mi confusion, y porque yo solo no basto para aborrecerme y despreciarme, juntaré toda la universidad de las criaturas, y de cada una desearé ser afligido y despreciado, pues yo desprecié al Criador de todas. Este me será un tesoro muy deseado, amontonar penas y desprecios contra mí, y amar con entrañable corazon á los que en esto me ayudaren. Todas las consolaciones y honras de esta vida me serán tormento, y á todas ellas tendré por enemigos engañosos y lisonjeros. Creo firmemente que si así lo hiciere inclinaré todas las cosas (aunque por mí ofendidas) á compadecerse de mí, y las que antes daban voces contra mí ahora en su manera rogarán y abogarán por mí. Corran, pues, por todas partes deshonras y azotes para que por todas me lleven á mi dulcísimo Señor. Toda honra y todo deleite vaya lejos de mí, y no se oiga en mi morada, en todas las cosas no busque yo sino la honra solo de mi Señor, y mi propio desprecio y confusion.»

26. Hasta aquí son palabras de san Buenaventura, las cuales ayudarán mucho al que devotamente las meditare á engendrar en él estos cuatro nobilísimos afectos; conviene á saber, dolor de los pecados, temor de Dios, odio santo de sí mismo, y deseo de ser menospreciado por Dios. Del primer afecto nace la penitencia, que lava todos los pecados pasados: en el segundo está el temor de Dios, que excluye todos los venideros: por el tercero se alcanza el aborrecimiento de sí mismo contra el amor propio; y por el cuarto, la verdadera humildad contra el deseo de la gloria del mundo. Quien quiera que estas cuatro virtudes desea alcanzar, en estas y otras semejantes consideraciones se debe ejercitar. Mas

particularmente por aquí se alcanza este odio santo de sí mismo, el cual tiene por oficio no solo huir los regalos del cuerpo y buscar los trabajos, sino mucho mas despreciar toda dignidad y honra del mundo, y amar todo menosprecio y deshonra por Dios; y este afecto pertenece propiamente á la humildad, la cual es un menosprecio entrañable de sí mismo, que nace del verdadero conocimiento de sí mismo y de sus propios pecados. Digo esto para que sepan los amadores de la verdadera humildad que de esta misma fuente, de donde se coge agua para criar aborrecimiento de sí mismo, se coge tambien para sustentar y regar el árbol de la verdadera humildad, de donde nacen todas las virtudes.

CAPITULO VII.

Meditacion de la condicion y miserias de la vida humana para el mártes en la noche.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en la condicion y miserias de esta vida para que por ellas veas cuán vana sea la gloria del mundo, pues se funda sobre tan flaco cimiento, y en cuán poco se debe tener el hombre á sí mismo, pues á tantas miserias está sujeto.

2. Pues para esto considera primeramente la vileza del orígen y nacimiento del hombre, conviene á saber la materia de que es compuesto, la manera de su concepcion, las injurias y dolores del parto, la fragilidad y miserias de su cuerpo, segun que adelante se tratará.

3. Lo segundo considera las grandes miserias de la vida que vive, y señaladamente estas siete. Primeramente considera cuán breve sea esta vida, pues el mas largo término de ella es setenta ú ochenta años, porque todo lo demás (si algo queda) es trabajo y dolor; y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que es mas vida de bestias que de hombres, y el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razon, hallaremos aun ser mas breve de lo que parece. Y si sobre todo esto la comparas con la eternidad de la vida advenidera, apenas te parecerá un punto. Por donde verás cuán desvariados son los que, por gozar de este soplo de vida tan breve, se ponen á perder el descanso de aquella que para siempre durará.

4. Lo tercero considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay de vida no está seguro, sino dudoso; porque ¿cuántos llegan á estos setenta ú ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se acorta la tela en comenzándose á tejer? ¿Cuántos se van en flor, como dicen, ó en agraz? «No sabeis, dice el Salvador, cuándo vendrá vuestro Señor, si á la mañana, si al medio dia, si á la media noche, si al canto del gallo:» esto es, no sabeis si vendrá en el tiempo de la niñez ú de la mocedad, ú de la juventud ú de de la vejez. Aprovecharte ha para mejor sentir esto acordarte de la muerte de muchas

Marc., 13.

personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, á las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas. Conozco yo una persona que tenia hecho un memorial de todas las personas señaladas que en este mundo habia conocido en todo género de estados, que eran ya difuntos, y alguna vez lo leia ó pasaba por la memoria, y en cada uno de ellos se le representaba sumariamente toda la tragedia de su vida, y la burlería y engaño de este mundo, y el paradero y fin de las cosas humanas. Por lo cual entendia con cuánta razon habia dicho el Apóstol que se pasa la figura de este mundo: en la cual quiso dar á entender el poco ser que tienen las cosas de esta vida, pues no las quiso llamar cosas verdaderas, sino solamente figuras que no tienen ser sino parecer, por donde aun son mas engañosas.

1. Cor., 7.

5. Lo cuarto piensa cuan frágil y quebradiza sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es: pues un aire, un sol, un jarro de agua fria, un vaho de un enfermo basta para despojarnos de ella, como parece por las experiencias cuotidianas de muchas personas á las cuales en lo mas florido de su edad bastó para derribar cualquier ocasion de las sobredichas.

6. Lo quinto considera cuan mudable es, y cómo nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuanta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca perseveran en una misma disposicion, y cuanto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con diversos vientos y olas de pasiones, que á cada hora nos perturban: y finalmente, cuanta la de todo el hombre que está sujeto á todos los vaivenes de la fortuna, la cual nunca permanece en su mismo ser, sino siempre rueda de un lugar en otro. Y sobre todo esto considera cuan contínuo sea el movimiento de nuestra vida, pues dia y noche nunca pára, sino que siempre va perdiendo de su derecho, y gastándose como una vestidura con el uso, y acercándose cada hora mas y mas á la muerte. Segun esto, ¿qué es nuestra vida, sino una candela que siempre se está gastando, y mientras mas arde y resplandece mas se gasta? ¿Qué es nuestra vida, sino una flor que se abre á la mañana, y al medio dia se marchita, y á la tarde se seca? Así la comparó el profeta en el salmo, cuando dijo: «La mañana de la niñez se pasa como una yerba: á la mañana florece, y luego pasa, y á la tarde cáesele la flor, y endurécese, y sécase.»

Psal., 89.

7. Lo sexto considera cuan engañosa es (que por ventura es lo peor que tiene), porque por esta via nos engaña, pues siendo fea nos parece hermosa; y siendo breve, á cada uno la suya le parece larga; siendo tan miserable le parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo, ni pérdida á que no se pongan los hombres por ella, aunque sea haciendo cosas por donde vengan á perder la vida perdurable.

8. Lo séptimo considera cómo, demás de ser tan breve, etc. (segun está dicho), eso poco que hay de vida está sujeto á tantas miserias, así del alma como del cuerpo, que toda ella no es otra cosa sino un valle de lá-

grimas, y un piélago de infinitas miserias. Escribe san Jerónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese á un monte alto á ver desde allí un ejército que tenia ajuntado de infinitas gentes, despues que lo hubo bien mirado dice que se puso á llorar. Y preguntado porqué lloraba, respondió: Lloro porque de aquí á cien años no estará vivo ninguno de cuantos aquí veo presentes. Sobre lo cual dice san Jerónimo: ¡Oh, si pudiésemos subir nosotros á alguna atalaya tan alta que desde ella pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros piés! desde ahí verias las caidas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verias cómo á unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verias bodas, allí llantos, aquí nacer unos, allí morir otros; unos abundar en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verias, no solo el ejército de Jerjes, sino á todos los hombres del mundo, que ahora son, los cuales de aquí á pocos dias acabarán.

9. Discurre tambien por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos, y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay así en todos los estados, como en todas las edades de los hombres, y verás aun mas claro cuántas sean las miserias de esta vida, para que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, mas fácilmente lo menosprecies.

10. A todas estas miserias sucede la última, que es el morir; la cual así para lo del cuerpo, como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles, pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

11. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO VIII.

Tratado de la consideracion de las miserias de la vida humana, en que se declara por mas extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De cuán grandes sean las miserias de la vida humana.*

1. Que tan grandes sean las miserias en que la naturaleza humana quedó por el pecado no hay lengua que lo pueda explicar. Muy bien dijo san Gregorio que solo aquellos dos primeros hombres, que conocieron por experiencia aquella noble condicion y estado en que Dios crió al hombre, sabian muy bien las miserias del hombre, porque acordándose de las prosperidades de la vida que habian vivido, veian mas claro las miserias del destierro en que habian quedado. Mas los hijos de estos miserables, como nunca supieron qué cosa era bienaventuranza, y siempre se criaron en miserias, no saben qué cosa es miseria, porque nunca su-

pieron qué cosa era buenaventura. Antes muchos de ellos están como frenéticos, tan sin sentido que querrian (si les fuese posible) perpetuarse en esta vida, y hacer del destierro patria, y de la carcelería morada, porque no sienten los males de ella. Donde así como los acostumbrados á estar en lugares de mal olor no reciben ya pena de esto, por la costumbre que de ello tienen, así estos miserables no sienten las miserias de esta vida, por estar tan hechos á vivir en ellas.

§ II. — *De las miserias de esta vida, y primero del orígen y nacimiento del hombre, y de las condiciones de la vida que despues vive.*

2. Pues, para que tú no caigas en este engaño, ni en otros mayores que de aquí se siguen, considera con atencion la muchedumbre de estas miserias, y primero el orígen y nacimiento del hombre, y despues las condiciones de la vida que vive.

3. Comenzando pues este negocio por sus principios, considera primeramente de qué manera sea compuesto el cuerpo del hombre, porque de la nobleza ó bajeza de la materia se suele muchas veces conocer la condicion de la obra. Dice la Escritura divina que crió Dios al hombre del cieno de la tierra. Entre todos los elementos el mas bajo es la tierra, y entre todas las partes de la tierra la mas baja es el cieno: segun lo cual parece haber criado Dios al hombre de la mas vil y baja cosa del mundo. De manera que los reyes y los emperadores, y los papas, por muy altos y esclarecidos que sean, cieno son. Entendian muy bien esto los Egipcios, de los cuales se escribe que celebrando cada un año la fiesta de su nacimiento, traian en las manos unas yerbas que nacen en las lagunas cenagosas, para significar la semejanza y parentesco que los hombres tenemos con la paja y con el cieno, que es el comun padre de entrambos. Pues si tal es la materia de que somos compuestos, ¿de qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿De qué te ensoberbeces, paja y cieno?

Gen., 2.

4. Pues la manera y artificio con que se edificó la obra de esta materia no es para escribirse, ni para mirarse, sino para pasar adelante cerrados los ojos, por no ver cosa tan fea. Si los hombres supiesen tener vergüenza de lo que era razon, de ninguna cosa se afrentarian mas que de ver la manera en que son concebidos. Solamente diré una cosa, y es que aquel tan poderoso Señor que vino á este mundo á tomar sobre sí todas nuestras miserias, para descargarnos de ellas, sola esta fué la que en ninguna manera quiso tomar. Y no pareciéndole cosa fea ser abofeteado y escupido, y tenido por el mas bajo de los hombres, sola esta le pareció indigna de su Majestad, si fuese concebido de la manera que ellos; pues ya la sustancia de que se sustentan estos cuerpos antes que nazcan no es tan limpia que se deba hacer memoria de ella, ni tampoco de otras muchas suciedades que al tiempo de nacer se ven cada dia.

5. Vengamos al parto. Dime, ¿qué cosa mas miserable que ver parir una mujer? ¿Qué dolores tan agudos, qué vueltas, qué vaivenes tan pe-

ligrosos, qué ahullidos y gritos tan lastimeros? Dejo de decir de los partos monstruosos y reservados, porque esto seria nunca acabar. Y con esto ya, que sale á luz la criatura, sale llorando, pobre, desnuda, flaca, y miserable, y necesitada de todas las cosas, é inhabilitada para todas. Los otros animales nacen calzados y vestidos, unos de lanas, otros de escamas, otros de plumas, otros de cueros, otros de conchas: hasta los árboles nacen vestidos de sus cortezas, y estas á veces dobladas. Solo el hombre nace desnudo, sin ningun género de vestidura, sino una piel sucia y asquerosa en que sale revuelto. Con estos atavíos sale al mundo el que, despues de salido, por su soberbia no cabe en el mundo.

6. Demas de esto, los otros animales á la hora que nacen luego saben buscar lo que les cumple, y tienen habilidades para ello. Unos andan, otros nadan, otros vuelan, y cada uno finalmente sin maestro sabe buscar lo que le es necesario. Solo el hombre ninguna cosa sabe ni puede hacer, sino en brazos ajenos. ¿Cuántos dias gasta en aprender á andar? y aun esto, primero en cuatro piés que en dos. ¿Cuánto tiempo está sin hablar? y no solamente hablar, mas ni aun comer sabe si no se lo muestran. Una sola cosa sabe hacer por sí mismo, que es llorar. Esta es la primera que hace, y que sola sabe hacer sin maestro. Y el reir, ya que por sí tambien lo sabe hacer, no lo sabe hacer hasta los cuarenta dias despues de nacido, como quiera que siempre llore, para que entiendas que mas pronta está la naturaleza para lágrimas que para alegría. ¡O locura de los hombres, dice un sabio, que de tales y tan bajos principios creen haber nacido para soberbia!

7. Pues el mismo cuerpo del hombre (de que tanto se precian los hombres) querria que mirases con buenos ojos qué tal es por muy hermoso que por fuera parezca. Dime, ruégote, ¿qué otra cosa es el cuerpo humano sino un vaso dañado, que todos cuantos licores echan en él luego los aceda y corrompe? ¿Qué es el cuerpo humano sino un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco, y dentro está lleno de inmundicias? ¿Qué muladar hay tan sucio? ¿Qué albañal que tales cosas eche de sí por todos sus desaguaderos? Los árboles y las yerbas, y aun algunos animales, dan de sí muy suaves olores: mas el hombre tales cosas echa de sí, que no parece ser otra cosa sino un manantial de suciedad.

8. De un gran filósofo llamado Plotino se escribe que se afrentaba de la condicion y bajeza de su cuerpo, y que oia de mala gana que se hablase en su linaje, y nunca se pudo acabar con él que consintiese sacar al natural un retrato de su figura, diciendo que bastaba traer consigo una cosa tan fea, y tan indigna de la generosidad de su ánima todo el tiempo de su vida, sin obligarle á que para siempre quedase memoria perpetua de su honra.

9. Del abad Isidoro se escribe que estando una vez comiendo no se podia contener de lágrimas, y preguntado porqué lloraba, respondió: Lloro porque he vergüenza de estar aquí comiendo manjar corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles, y comer con ellos el mantenimiento divino.

§ III. — *De las miserias y condiciones de esta vida, y primero de la brevedad de ella.*

10. Despues de esto considera las miserias grandes de la vida humana, y principalmente estas siete: conviene á saber, cuán breve sea esta vida, cuán incierta, cuán frágil, cuán inconstante, cuán engañosa, y finalmente cuán miserable, y despues el fin en que viene á parar, que es la muerte.

11. Considera, pues, primeramente la brevedad de nuestra vida, la cual consideraba el santo Job cuando decia: « Breves son, Señor, los dias del hombre, y el número de los meses que ha de vivir tú lo sabes. » ¿Qué tanto es ahora setenta ú ochenta años de vida? Pues ese es el comun término de la vida de los hombres, que no se tienen por muy malogrados, como lo significó el profeta, cuando dijo: « Los dias del hombre cuando mucho son setenta años; y si á mas tirar llegan á ochenta, lo que de ahí se sigue todo es trabajo y dolor. »

Job, 14.

Psal., 68.

12. Y si quieres tomar esta cuenta por menudo, y no así á carga cerrada, no me parece que debes tomar en cuenta de vida el tiempo de la niñez, y menos el que se pasa durmiendo, porque de la vida de la niñez, cuando no ha venido aun el uso de la razon, que nos hace hombres, no se puede llamar vida de hombres, sino vida de bestias, como es la de un cabrito que se anda por ahí saltando. Especialmente contándonos que en toda aquella edad ni se aprende ni se hace cosa digna de hombre. Pues el tiempo que se duerme no veo yo cómo se puede llamar tiempo de vida, pues lo principal de la vida es usar de los sentidos y de la razon, y entonces lo uno y lo otro está suspenso y como muerto.

13. Por donde dijo un filósofo que en la mitad de la vida no habia diferencia del feliz al infeliz, porque en el tiempo que se duerme todos los hombres son iguales, por estar entonces como muertos. Claro está que si un rey estuviese cautivo por espacio de un año, ú de dos, que no podríamos decir con verdad que aquel tiempo reinó, pues ni gozó del reino ni le gobernó. ¿Pues cómo se podrá decir que el hombre vive cuando duerme, pues en todo este tiempo está suspenso el señorío y uso de la razon y de los sentidos por quien vivimos? Por esta causa un poeta llamó al sueño pariente de la muerte; y otro, hermano; por la semejanza que entendian haber entre lo uno y lo otro. Pues si tanta parte de la vida se duerme, ¿qué tanta será la que no se vive? y si lo comun es dormirse la tercera parte del dia que son ocho horas (aunque algunos hay que ni con esto se contentan) síguese por esta cuenta que la tercera parte de la vida se duerme, y por consiguiente que no se vive, porque por aquí veas cuán grande pedazo de tan breve vida nos lleva el sueño de cada dia. Pues hecha esta cuenta, que es verdadera, ¿cuánto es lo que quedará de verdadera vida aun á los muy vividores?

14. Por cierto muy gran razon tuvo aquel filósofo, que preguntado qué le parecia de la vida del hombre, dió una vuelta delante de los que esto

le preguntaban y luego desapareció, dando á entender que no era mas que solo aquello nuestra vida. No es mas que una carrera de un apresurado cometa, que en un punto pasa y se consume, y de ahí á poco aun aquel rastro que dejó en pos de sí desaparece, porque muy pocos dias despues de acabada la vida se acaba tambien con la vida la memoria, por muy resplandeciente que haya sido la persona. Finalmente parecia tan breve á muchos de aquellos sabios antiguos esta vida, que uno de ellos la llamó sueño, y otro, no contento con esto, la llamó sueño de sombra, pareciéndole que era mucho llamarla sueño de cosa verdadera, no siendo á su juicio mas que sueño de cosa vana.

15. Pues si esto poco que resta de vida lo comparamos con la vida advenidera, ¿cuánto menos aun parecerá? Muy bien dijo el Eclesiástico: «Los dias del hombre á mas tirar son cien años.» ¿Pues qué es todo esto comparado con la eternidad, sino una gota de agua comparada con la mar? Y está clara la razon; porque si una estrella (que es mucho mayor que toda la tierra) comparada con lo restante del cielo parece tan pequeña, ¿qué parecerá la vida presente, que es tan breve comparada con la venidera, que no tiene cabo? Y si, como dicen los astrólogos, toda la tierra comparada con el cielo no es mas que un punto (porque la grandeza inestimable de los cielos la hace parecer tan pequeña), ¿qué parecerá este soplo de vida tan breve comparado con la eternidad, que es infinita? Sin duda parece nada; porque si mil años delante de Dios son como el dia de ayer que ya pasó, ¿qué parecerán delante de él cien años de vida sino nada? Eccli., 8. Psal., 40.

16. Eso mismo parece á aquellos malaventurados, cuando hacen comparacion de la vida que dejaron con la eternidad de los tormentos que para siempre padecen, como ellos mismos lo confiesan en el libro de la Sabiduría por estas palabras: «¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, y como correo de posta, ó como navío que va por las aguas, que no deja rastro de su camino, ú como saeta arrojada á cierto lugar, que así como el aire se abrió y le hizo camino, luego se le volvió á cerrar, sin que se supiese por donde pasó; así nosotros, luego en naciendo, dejamos de ser sin dejar rastro ni señal de ninguna virtud.» Mira, pues, cuan breve les parecerá allí á los miserables todo el tiempo de esta vida, pues claramente confiesan que no vivieron, sino que en naciendo luego en ese punto dejaron de ser. Pues si esto es así, ¿qué locura mayor puede ser que por gozar este sueño momentáneo de tantos vanos deleites, querer ir á padecer tormentos eternos? Item, si tan breve es el plazo de esta vida, y tan largo el de la otra, ¿qué locura es, proveyéndonos de tantas cosas para vida tan breve, no proveer de algo para aquella tan larga? ¿Qué locura seria, si determinándose un hombre de vivir en España, gastase todo cuanto tiene en comprar raices, y edificar casa en Indias, y no proveyese nada para la tierra donde se va á morar? ¿Pues cuanto mayor es la de aquellos que todo su caudal emplean en proveerse para esta vida, donde tan poco Sap., 5.

han de vivir, y ninguna cosa aparejan para aquella donde para siempre han de morar? especialmente teniendo tan gran aparejo para trasladar á ella todos sus bienes por manos de pobres, como dijo el Sabio: «Echa tu pan sobre las aguas que corren, que despues de mucho tiempo lo vendrás á hallar.»

Eccl., 11.

§ IV. — *De cómo es incierta nuestra vida.*

17. Mas ya que la vida tiene tan cortos los plazos, si estos plazos fuesen ciertos, y todo este tiempo tuviésemos seguro (como lo tuvo el rey Ezequias, á quien Dios otorgó quince años mas de vida), aun seria mas tolerable nuestra miseria. Mas no es así, sino que siendo la vida tan breve como hemos dicho, eso que hay de vida tanto cuanto no está cierto, sino dudoso: porque, como dice el Sabio, «no sabe el hombre el dia de su fin, sino que así como á los peces, cuando mas seguros están, los prenden en un anzuelo, y á los pájaros en un lazo, así saltea la muerte á los hombres en el tiempo malo.» Muy sabida es aquella sentencia que dice que ni hay cosa mas cierta que la muerte, ni mas dudosa que la hora del morir. Por esto comparaba un filósofo las vidas de los hombres á las campanillas ó burbujitas que se hacen en los charcos de agua, cuando llueve, de las cuales unas se deshacen luego en cayendo, otras duran un poquito mas, y luego se deshacen, otras tambien duran algo mas, y otras menos. De manera que aunque todas ellas duran poco, en eso poco hay grande variedad.

Isaí., 38.

Eccl., 9.

18. Pues si tan dudoso es el término de nuestra vida, y la hora de nuestra cuenta, ¿cómo vivimos con tanto descuido y negligencia? ¿Cómo no advertimos aquellas palabras del Salvador, que dicen: «Velad, porque no sabeis cuando vendrá el Hijo del hombre?» ¡Oh, si supiesen los hombres pesar la fuerza de esta razon! «Porque no sabeis, dice él, la hora, velad, y estad siempre apercibidos.» Como si mas claro dijera: Porque no sabeis la hora, velad en toda hora, y porque no sabeis el mes, velad en todos los meses, y porque no sabeis el año, estad apercibidos en todos los años, porque aunque no sepais de cierto cual de estos es el año en que os han de llamar, es cierto que en alguno de ellos os llamarán.

Matth., 24.

19. Mas porque mejor se vea la fuerza de esta razon, pongamos un ejemplo. Dime, si te pusiesen en una mesa treinta ó cuarenta manjares, y te avisasen de cierto que uno de ellos tenia ponzoña, ¿osarias por ventura comer de alguno de ellos, aunque tuvieses mucha hambre? Claro está que no, porque el temor de encontrar con aquel uno solo te haria abstener de todos los otros. Pues veamos cuantos años, á mas tirar, te pueden quedar de vida. Dirás por ventura que á bien librar podrán ser treinta ó cuarenta. Pues si es cierto que en uno de esos años está tu muerte, y no sabes en cual, ¿porqué no temes en cada uno de ellos, pues es cierto que uno de ellos te ha de matar? ¿No osas llegar á ninguno de los cuarenta platos, aunque mueras de hambre, porque

sabes que en uno está la muerte, y no temerás en cada uno de esos cuarenta años, pues tan cierto es que en uno de ellos has de morir? ¿Qué se puede responder á esta razon?

20. Oye aun otra no menos eficaz. Dime, ¿porqué se vela siempre un castillo cuando está en frontera de enemigos? No por mas sino porque no saben cuándo vendrán á dar sobre él. El no saber cuándo los hace velar en todo tiempo; porque si supiesen el tiempo cierto de su venida, podrian descuidarse en el entretanto, y guardar para entonces la diligencia de la vela: pues por amor de Dios te pido seas ahora buen juez de lo que diré. Veamos si por estar dudoso si vendrán hoy, si mañana, si este año, ó si esotro, los enemigos, velas cada noche tu castillo, ¿cómo no velas continuamente sobre tu ánima, pues no sabes cuando ha de llegar su hora? La misma duda que hay allí, hay aquí, y mucho mayor; y el negocio, y lo que importa, sin ninguna comparacion es mayor. ¿Pues en qué juicio cabe velar allí siempre, y aquí siempre dormir? ¿Qué cosa puede ser mas contra razon? Mira que vale mas tu ánima que todos los castillos y reinos del mundo; y si miras al precio porque fué comprada, mas aun que todos los ángeles. Mira que tiene mayores, y muchos mas enemigos, que dia y noche andan por saltearla. Mira que por ninguna via se puede saber el dia ni la hora de este salto. Mira que todo el punto de este negocio está en hallarte apercibido, ó desapercibido en esta hora, pues, segun la parábola del Evangelio, las vírgenes que estaban aparejadas entraron con el esposo á las bodas, y las no aparejadas se quedaron fuera. ¿Pues qué falta aquí por donde no hayas siempre de velar, pues la duda es mayor, y el peligro mayor, y la causa mayor, y todo lo demás, sin comparacion, mayor? Matth., 25.

§ V.—*De cuan frágil sea nuestra vida.*

21. Mas no solo es incierta nuestra vida, sino tambien frágil y quebradiza. Sino dime: ¿qué vidrio hay tan delicado y tan ligero de quebrar como la vida del hombre? Un aire basta muchas veces, y un sereno, un sol recio para despojarnos de la vida. ¿Mas qué digo sol? los ojos y la vista sola de una persona bastan muchas veces para quitar la vida á una criatura. No es menester sacar espada, ni menear armas; solo mirar basta para matar. Mira qué castillo este tan seguro, en que se guarda el tesoro de nuestra vida, pues solo mirarlo dende lejos basta para batirlo por tierra.

22. Mas no es esto tanto de maravillar en la edad de los niños, cuando el edificio es tan nuevo y tan tierno. Lo mas admirable es que despues de asentada y fraguada ya la obra de muchos años, poco menores causas bastan para derribarla. Si preguntas de qué murió fulano ó fulana, respondertehan que de un jarro de agua fria que bebió, ú de una cena demasiada que cenó, ú de algun placer ó pesar grande que tomó; y á las veces no hay causa que dar, sino que acostándose el hombre sano, otro dia amanece al lado de su mujer finado. ¿Hay vidrio en el mundo, hay vaso de barro mas quebradizo que este? Y no es cierto de maravillar que sea

tan quebradizo, pues él tambien es de barro; antes es de maravillar cómo, siendo de tal materia y tal hechura, pueda durar tanto tiempo cuanto dura. ¿Porqué se desconcierta tantas veces un reloj? La causa es, porque tiene tantas ruedas, y puntos, y tanto artificio, que aunque sea, como lo es, de hierro, cualquiera cosa basta para desconcertalo. ¿Pues cuánto es mas delicado el artificio de nuestros cuerpos, y cuánto mas frágil la materia de nuestra carne? Pues si el artificio es mas delicado, y la materia mas frágil, ¿de qué nos maravillamos que se embarace algun punto de estas ruedas, y así pare el movimiento de nuestra vida? Antes es de maravillar no cómo los hombres se acaban tan presto, sino cómo duran tanto, siendo tan delicado este artificio, y de tan flaca materia compuesto.

23. Esta es aquella miserable fragilidad que significó Isaías por estas palabras. Dijo Dios á este profeta: « Da voces. » Responde el profeta: « ¿Qué diré? » Dícele Dios: « Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo. » Secóse el heno, y cayóse la flor; mas la palabra de Dios permanece para siempre. Sobre las cuales palabras dice san Ambrosio: « Verdaderamente así es, porque así florece la gloria del hombre: aunque parece grande, es pequeña como yerba, temprana como flor, caduca como heno; y así no tiene mas que frescura en el parecer, pero no firmeza, ni estabilidad en el fruto. Porque ¿qué firmeza puede haber en materia de carne? ¿ni qué bienes que sean durables en tan flaco sugeto? Hoy verás un mancebo en lo mas florido de su edad con grandes fuerzas, y con muy buen parecer, y si esta noche le saltea una enfermedad, otro dia le verás con un rostro tan mudado que el que antes parecia muy agradable y hermoso ahora parece del todo miserable y feo. ¿Pues qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? á unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestion, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez, á otros hacen muelles los regalos, y á otos trae descoloridos la lujuria. Pues segun esto ¿no es verdad que se secó el heno, y se le cayó la flor? Vereis otros de muy nobles abuelos, y bisabuelos de muy esclarecida sangre, de muy antiguo solar, muy llenos de amigos, y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se le trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dejado de sus amigos, y maltratado de sus iguales, y desamparado de todos. Vereis otro lleno de riquezas volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarecido con honra, levantado con poderes, subido en tribunales, y tenido por bienaventurado de todos, y acaecerá que llevándole ahora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los tiempos que venga á parar en la misma cárcel donde él tenia encarcelados á otros. ¡A cuántos acaece llevar ahora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio escurece el resplandor de toda aquella gloria, y un solo dolor de costado que sobreviene deshace toda aquella fábula compuesta! ¡Oh engañosas esperanzas de los hombres, dice Tulio, y fortuna frágil, y vanas todas

Isai., 40.

nuestras contiendas y porfías, que muchas veces á medio camino se quiebran, y caen, y primero se hunden en la carrera, que puedan llegar á ver el puerto! ¿Pues qué locura es la de los hijos de Adan, que sobre tan flacos cimientos edifican torres tan altas, y no miran que edifican sobre arena, y que al mejor tiempo se llevará el viento todo lo mal cimentado? ¡Oh qué malas cuentas echan á veces los hombres por no querer volver los ojos hácia dentro, y hacer primero cuenta consigo!

24. Y si esta es tan grande ceguedad, ¿cuánto mayor es la de aquellos malaventurados, que están muchos años en pecado, sabiendo que no hay entre ellos y el infierno mas que esta vida tan quebradiza? Imaginemos ahora que estuviese un hombre colgado de un hilo delgado, y que estuviese debajo de sí un pozo muy profundo de tal manera puesto que en quebrándose aquel hilo hubiese luego de caer en él: dime, ¿qué tal estaria el que así se viese? ¿Cuán temeroso, cuán turbado, y cuán aparejado para dar cuanto tuviese para salir de aquel peligro? Pues tú, miserable, que osas contra las leyes de Dios perseverar tantos dias y años en pecado, ¿cómo no miras que estás en este mismo peligro? En quebrándose este hilo tan frágil de la vida estás para dar contigo en el profundo del infierno. ¿Pues cómo duermes, cómo juegas, cómo ries, cómo nunca echas de ver un tan grande peligro?

§ VI. *De cuán mudable sea nuestra vida.*

25. Tiene aun otro defecto nuestra vida, que es el ser mudable, y nunca permanecer en un mismo ser, segun que lo afirma el santo Job en un triste memorial que hace de las miserias de la vida humana, por estas palabras: « El hombre nace de mujer, vive pocos dias, es lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita: huyen sus dias así como sombra, y nunca permanece en un mismo estado. » Pues dejadas ahora estas miserias, ¿qué cosa hay en el mundo mas mudable? Dicen que el camaleon muda en una hora muchos colores, y el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas, y la luna tiene para cada dia su figura, ¿mas qué es todo esto para las mudanzas del hombre? ¿Qué Proteo mudó jamás tantas figuras como muda el hombre á cada hora? Ya enfermo, ya sano, ya contento, ya descontento, ya triste, ya alegre, ya temeroso, ya confiado, ya sospechoso, ya seguro, ya pacífico, ya airado, ya quiere, ya no quiere, y muchas veces él á sí mismo no se entiende. Finalmente, tantas son sus mudanzas cuantos accidentes se levantan á cada hora, porque cada uno le trastorna de su manera: lo pasado le da pena, lo presente le turba, y lo venidero le acongoja. Si no tiene hacienda, vive con trabajos: si la tiene, con soberbia: si la pierde, con dolor. ¿Pues qué lunas, ni qué mares están sujetos á tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda sino cuando se revuelven los vientos; mas acá con los vientos y con la calma siempre hay mudanzas y tormenta. Job, 14.

26. ¿Pues qué diré del continuo movimiento de nuestra vida? ¿Qué punto de tiempo hay en que no demos un paso hácia la muerte? ¿Qué

piensas tú que es el movimiento de los cielos sino un torno muy ligero en que se está siempre hilando nuestra vida? Mira de la manera que se hila un copo de lana en un torno, que á cada vuelta que da el torno se recoge un poco, y á otra vuelta otro poco hasta que se acaba toda; que de esa misma manera se está siempre hilando en el torno de los cielos nuestra vida, pues á cada vuelta que dan se recoge un pedazo de ella. Por esto decia el santo Job que sus dias eran mas ligeros que el correo que va por la posta, porque el correo, por mucha priesa que lleve, alguna vez la necesidad le hace parar, mas nuestra vida nunca pára, ni se nos hace jamas gracia de una hora. «Esto, dice san Jerónimo, que ahora escribo, esto que escribo, y que vuelvo á leer y enmendar, se me está quitando de la vida; y cuantos puntos escribe el notario, tantos son los daños y menoscabos de mi vida.» De manera que así como los que van en un navío, aunque estén asentados ó acostados siempre caminan, y siempre se van acercando mas al término de su navegacion, así en esta vida todo el tiempo que vivimos caminamos, y nos vamos acercando mas al comun puerto de esta navegacion, que es la muerte.

27. Pues si no es otra cosa nuestro vivir sino caminar á la muerte, y si esta hora de la muerte es tambien hora de nuestro juicio, ¿qué será luego vivir sino caminar al tribunal de Dios, y acercarnos mas á su juicio? ¿Pues qué desvarío puede ser mayor, que yendo actualmente á ser juzgado, ir por el camino ofendiendo al que nos ha de juzgar, y provocando mas su ira contra nosotros? Abre los ojos, miserable; mira el camino que llevas, y adónde vas, y ten vergüenza ó lástima siquiera de tí mismo, y considera cuán mal concuerda eso que haces con lo que vas á hacer.

§ VII. — *De cómo es engañosa nuestra vida.*

28. Mas todos los males perdonaria yo á esta vida, si no tuviese otro (á mi juicio mayor), que es ser engañosa, y parecer muy otra de lo que es. Porque así como suelen decir que la santidad fingida es doblada maldad, así tambien es cierto que la felicidad engañosa es doblada miseria. Porque si esta vida pareciese lo que es, y no nos mintiese nada, está claro que ni nos perderíamos por ella, ni nos fiaríamos de ella, y siempre viviríamos apercibidos contra ella; mas ella es tan llena de hipocresía y engaño, que siendo fea se vende por hermosa, y siendo breve nos parece larga, y mudándose á cada hora se nos figura que siempre permanece en un mismo ser. «¿Sientes por ventura, dice san Jerónimo, cuando te haces niño, y cuando mozo, y cuando hombre, y cuando viejo? Cada dia morimos, y cada dia nos mudamos, y con todo esto creemos que somos eternos.»

29. De aquí nacian aquellos soberbios edificios de los Magarenses, de los cuales dijo un filósofo que edificaban como si siempre hubiesen de vivir, y vivian como si otro dia hubiesen de morir. ¿De donde nace tanto olvido de Dios, tanta avaricia, tanta vanidad, tanto cuidado en amontonar riquezas, y tanto descuido en aparejarnos para la muerte, sino de creer que será muy larga nuestra vida? Esta falsa imaginacion

nos hace creer que para todo tendremos tiempo, para el mundo y para la vanidad, y para los vicios, y para otros muchos vanos y curiosos ejercicios, y que despues quedará tambien su parte de tiempo para Dios. De la manera que echaríamos la cuenta sobre una pieza de paño que tuviésemos sobre una mesa, señalando un pedazo para uno, y otro para otro, así la echamos sobre nuestra vida, como si tuviésemos nosotros el señorío y presidencia de los tiempos y de ella.

30. Este engaño nace de una tácita persuasion y crédito que cada uno tiene dentro de sí mismo, no de alguna razon, ni fundamento verdadero, sino de solo el amor propio, el cual así como aborrece la muerte, así ni se quiere acordar de ella ni creer que tan presto vendrá por su casa, por la pena que recibiria si esto creyese. Y de aquí nace que de los otros fácilmente cree que presto se podrán morir, porque como no los ama tanto, no le amarga tanto el crédito de esta verdad; mas de sí es otra cuenta, porque, como se ama mucho, no puede dejar de recibir pena, si viniere á creer cosa que así le lastima. Mas muchas veces se hallan estos burlados, y se les vuelve el sueño al revés, porque los otros, de cuyas vidas desconfian, se quedan acá, y ellos que pensaban quedarse acá les llevan delantera. De manera que les acaece como á los que comienzan á navegar, que en saliendo del puerto se les figura que la tierra y los edificios de ella se les van desviando; y no es así, sino al contrario, que ellos son los que se mueven, y la tierra se está queda en su lugar.

§ VIII. — *De cuán miserable sea nuestra vida.*

31. Mas aunque nuestra vida tiene todas estas miserias susodichas, si esto que hay de vida fuera todo vida, algo fuera: mas lo que excede toda miseria, es que eso que hay de vida tanto cuanto está sujeto á tantas miserias y trabajos, así de espíritu como de cuerpo, que mas puede llamarse muerte que vida. Pues (como dice un poeta) no es vivir, sino pasarlo bien la vida. De manera que aunque en todas las cosas sea esta vida estrecha y breve, en solos trabajos y miserias es rica y larga. Breve es sin duda para vivir, y breve para gozar, y breve para alcanzar sabiduría; mas con ser para todas las cosas buenas breve, para una sola la hallo larga, que es para penar. ¡Oh peligroso estrecho, que cuanto tienes menos de término en el espacio tanto tienes mas peligroso en el pasaje! Ciertamente si los ojos tuviésemos para mirarnos, siempre habíamos de andar llorándonos como hombres, por justo juicio de Dios, condenados á tan grandes males. Mas porque por todas partes fuésemos miserables, esta miseria se habia de añadir á las otras, que á manera de frenéticos, estando cuales estamos, no sintiésemos nuestro daño. Mejor lo sentian aquellos dos filósofos (aunque gentiles), Heráclito y Demócrito, de los cuales el uno dicen que siempre andaba llorando, y el otro siempre riendo, porque veian claro cómo toda nuestra vida no era otra cosa sino una pura vanidad y miseria.

32. Sino, dime cuántos son los cuidados en que viven los hombres, las congojas, los temores, las lágrimas, las pasiones, las sospechas,

las malicias, con todas las otras tribulaciones y aflicciones del ánima, á las cuales pasiones está el hombre tan sujeto, que muchas vèces se apasiona sin causa, y teme donde no hay que temer, y cuando le falta quien le atormente de fuera, él mismo se es tormento de dentro; como decia el santo Job: «¿Porqué me pusiste, Señor, contrario á tí, y soy hecho pesado á mí mismo?»

Job, 14.

33. ¿Pues las miserias exteriores del cuerpo quién las contará? ¿cuántos trabajos es menester para ganar un pedazo de pan con que sustentar la vida? Los pajarillos y los brutos animales sin ningun oficio ni trabajo se mantienen; y el hombre ha menester sudar noche y dia, y revolver la mar y la tierra para este fin. Esta es aquella miseria que lloraba el Profeta cuando decia: «Los dias de nuestra vida gastamos como las arañas; porque así como este animal trabaja noche y dia en aquella tela que hace, desentrañándose y consumiéndose por darle cabo, y todo este trabajo tan largo y tan costoso no se ordena á mas que á hacer une red muy delicada para cazar moscas, así el hombre miserable ninguna cosa hace sino trabajar noche y dia con espíritu y cuerpo; y todo este trabajo no sirve mas que para cazar moscas, que son cosas de aire, y de muy poco valor. Y algunas veces acaece que despues de muchos caminos y trabajos, acabada ya la tela, un viento recio que sobreviene se lleva la tela, y á su dueño tambien con ella, y así perece el trabajo y el trabajador todo junto en un momento.»

Psal., 86.

34. Y aun si con todos estos trabajos estuviese la vida segura, no seria tan grande nuestra miseria, mas ya que la vida esté segura de hambre, no lo está de pestilencia y de otros infinitos peligros y enfermedades que á cada paso la saltean. ¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades tiene aparejados la naturaleza para el cuerpo de un hombre? Llenos están los libros de los médicos de enfermedades y de remedios, y cada dia crece la doctrina con la novedad de los males, y excede ya al ingenio de los pasados el número de los males presentes; y entre todos estos remedios, apenas hay uno deleitable, y muchos hay mas penosos que la misma dolencia, de manera que no se pueda desechar un tormento grande sin otro mayor.

35. Y si alguna complexion hay tan dichosa que no haya lidiado con estos males, no está segura de otros acaecimientos con que cada dia peligran aquellos á quien las enfermedades perdonan. ¿Cuántos millares de hombres se bebe cada dia la mar? ¿Cuántos se tragan las guerras? ¿Cuántos han peligrado con temblores de tierra, con crecientes de rios, con caidas de casas, con picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? ¿Cuántas mujeres en el parto compraron las vidas que dieron á los hijos con sus propias muertes?

36. Y ya que las bestias pelean contra nosotros, y casi todas las cosas que fueron criadas para nuestro servicio no menos son para nuestro daño que para nuestro servicio (antes parece que todas ellas se han conjurado contra nosotros), ya que esto es así, fuera algun remedio si los hombres se hicieran á una, y fueran tan conformes en la paz como son en la naturaleza. Mas no es así, sino que ellos mismos han vuelto sus armas

contra sí mismos; y entre todas las criaturas no hay otra contra quien mas se encrudelezca el hombre que contra el consorte de su misma naturaleza. ¿Cuántos géneros de máquinas, y de municiones, y de armas han inventado los hombres para ofender y defenderse de otros hombres? ¿A cuántos despoja cada dia de la vida la espada cruel del enemigo? ¿Cuántas amenazas, robos, injurias, heridas, muertes, deshonras, cautiverios padecen cada dia unos hombres de otros hombres? Ni la tierra, ni la mar, ni los caminos, ni las plazas públicas están seguras de ladrones, de salteadores, de corsarios y de enemigos. Adonde quiera halla aparejo la ira cruel, para tomar de su enemigo dulce venganza. ¿Qué quiere decir tanta espada, tanta artillería, tanta municion, tanta pólvora, tantos maestros, é inventores de nuevos pertrechos y ardides de guerra, sino multiplicarse por todas partes las calamidades del género humano? Para que cuando el aire y el cielo nos perdonaren, nos persigan los compañeros de nuestra misma naturaleza. De un solo hombre llamado Julio César (que entre todos los emperadores fué muy alabado de clemencia) se escribe que él solo con sus ejércitos mató en diversas batallas un cuento y ciento y tantos mil hombres. Mira tú cuanto mas mal hiciera si fuera cruel, pues tanto hizo el alabado de piadoso.

37. Tulio hace memoria de un filósofo insigne, que escribió un libro de las muertes de los hombres, en el cual cuenta muchas causas de mortandades, que ha habido en el mundo, como fueron diluvios, pestilencias, destrucciones, concurso de bestias fieras, que viniendo súbitamente sobre algunas gentes del todo las acabaron y consumieron. Y despues de esto viene á concluir que mucho mayor número de hombres ha sido destruido por otros hombres que por todas las otras maneras de calamidades ajuntadas en uno. ¿Pues qué cosa puede ser de mayor dolor y admiracion? Este es aquel animal político y sociable, nacido sin uñas y sin armas, y sin ponzoña para vivir con los otros animales en paz y concordia.

38. ¿Pues qué será sobre todo, si discurrimos por las miserias de todas las edades y estados de esta vida? ¡Cuán llena de ignorancia es la niñez, cuán liviana la mocedad, cuán arrebatada la juventud, y cuán pesada la vejez! ¿Qué es el niño sino un animal bruto en figura de hombre? ¿qué el mozo sino un caballo desbocado y sin freno? ¿qué el viejo ya pesado sino un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hombres es de llegar á esta edad, donde el hombre está mas necesitado que en toda la vida, y menos socorrido. Al viejo desampara el mundo, y desamparan hasta sus deudos, y desamparan hasta sus miembros y sentidos, y él mismo se desampara á sí, pues ya le falta el uso de la razon, y solamente le acompañan enfermedades. Ese es el blanco adonde tienen puestos los ojos la felicidad humana y ambicion de la vida.

39. De los estados no acabaríamos de decir el poco contentamiento que hay en ellos, y el deseo que cada uno tiene de trocar el suyo por el ajeno, creyendo que en él tendria mas reposo; y así andan los hombres como el enfermo, que no hace sino dar vueltas en la cama á una parte y á otra creyendo que con estas mudanzas hallará mas descanso del que

tenia, y no lo halla, porque dentro de sí tiene la causa de su desasosiego, que es la dolencia.

40. Finalmente, tal es esta vida, que pudo con muy gran razon decir el Sabio: «Grande y pesado es el yugo que traen á cuestas los hijos de Adan, desde el dia que salen del vientre de sus madres hasta el dia de la sepultura, que es comun madre de todos.» Y san Bernardo osó decir que le parecia á él poco menos mal esta vida que la del infierno, si no fuera por la esperanza que en ella tenemos de poder ganar el cielo.

41. Y aunque todo esto fué castigo del pecado, pero fué castigo piadoso y medicinable, porque todo esto ordenó así aquella soberana Providencia para apartar nuestros corazones del amor desordenado de esta vida. Por esto nos puso tanto acíbar en sus pechos para destetarnos de ella, por esto nos la afeó tanto, porque no pusiésemos nuestro amor en ella: por eso quiso que recibiésemos tantos malos tratamientos en ella, porque de mejor gana la dejásemos, y suspirásemos siempre por la vida verdadera. Porque si aun con ser tal cual es, la dejamos de tan mala gana, y todavía lloramos por sus frutas y carnes de Egipto, ¿qué hiciéramos si toda ella fuera deleitable, y á nuestro gusto? ¿Quién la menospreciara por Dios? ¿quién la trocara por el cielo? ¿quién dijera con san Pablo: Deseo ser desatado de esta carne y verme con Cristo?

§ IX. — *De la última de las miserias humanas, que es la muerte.*

42. A todas estas miserias sucede la última y la mas terrible, que es el morir. Esta es aquella miseria que lloraba un poeta diciendo: «El mejor dia de los mortales ese es el que primero huye, y luego cargan enfermedades, y con ellas la triste vejez, y el trabajo continuo, y sobre todo la aspereza de la muerte cruel.» Este es el paradero de la vida humana, de quien dice Job: «Bien sé que me has de entregar, Señor, á la muerte, adonde está aparejada casa para todo viviente.»

Job, 30.

43. Cuántas sean las miserias que encierra en sí esta sola miseria, no me atreveré yo al presente á contarlas: solamente diré lo que un doctor, exclamando contra la muerte, dice por estas palabras: «¡O muerte, cuán amarga es tu memoria, cuán presto es tu venida, cuán secretos tus caminos, cuán dudosa tu hora, y cuán universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir, los sabios no te saben evitar, los fuertes contigo pierden las fuerzas: para contigo ninguno hay rico, pues ninguno puede comprar la vida por dineros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú paces las yerbas, bebes los vientos, corrompes los aires, mudas los siglos, truecas el mundo, y no dejas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes, mas tú siempre permaneces en un mismo ser. Eres un martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen, y tributo que todos pagan.

Job, 13.

44. ¡O muerte cruel, cómo no tienes lástima de venir al mejor tiempo, á impedir los negocios encaminados á bien! Robas en una hora la que se ganó en muchos años, cortas la sucesion de los linages, dejas los reinos sin heredero, hinches el mundo de horfandades, cortas el hilo de los estudios, haces malogrados los buenos ingenios, juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios. Finalmente, eres tal, que Dios lava sus manos de tí, y se justifica diciendo que él no te hizo, sino que por envidia y arte del diablo tuviste entrada en el mundo. » Sap., 1 et 2.

§ X. — *Del fruto que se saca de la consideracion de las miserias de la vida humana.*

45. Estas y otras infinitas son las miserias de nuestra vida, cuya consideracion debe el hombre enderezar á dos fines principales entre otros; el uno al conocimiento y desprecio de la gloria del mundo, y el otro al conocimiento y desprecio de sí mismo: porque para lo uno y para lo otro sirve grandemente esta consideracion. ¿Quieres saber en una palabra qué tal sea la gloria del mundo? Mira con atencion las condiciones de la vida humana, y por ahí verás qué tal sea la gloria de ellas. Dime, ¿puede ser mas larga ni mas firme la gloria del hombre que la vida del hombre? Claro está que no; porque esta gloria es como un accidente, que se funda sobre el sugeto de esta vida, y faltando el sugeto es por fuerza que han de faltar sus accidentes; y por esto ningunas riquezas ni deleites pueden llegar mas que hasta la sepultura, porque aquí viene á faltar el fundamento que las sostenia, que es la vida. Pues dime ahora, si esta vida es tal cual aquí has oido, conviene saber breve, incierta, frágil, inconstante, engañosa y miserable, ¿qué tanto podrá durar el edificio que se armase sobre este cimiento, y los accidentes que se fundaren sobre tan flaca sustancia? A buen librar durarán tanto cuanto ella, y á las veces antes de ella se acabarán, como lo suelen hacer muchas veces los bienes de la fortuna, que se acaban primero que la misma vida.

46. Pues si es verdad lo que decia un poeta, que esta vida no era mas que un sueño de sombra, ¿qué te parece que será la gloria mundana, pues aun es mas breve que ella? ¿Qué caso harias de un hermoso edificio si estuviese armado sobre un falso cimiento? ¿Qué caso harias de una imágen de cera muy ricamente labrada, si estuviese puesta al sol, donde así como se derritiese la cera se deshiciese luego esta figura? ¿Porqué tenemos en poco la hermosura de las flores, sino porque están en sugetos tan flacos que en apartándolas de su tronco luego pierden su hermosura? No es posible hallarse hermosura firme en materia frágil y corruptible. Será luego la gloria del hombre tal, cual es la vida del hombre; porque aunque despues de la vida permanezca todavía la gloria, ¿qué aprovechará esa gloria al que nada siente de ella? ¿Qué provecho le viene á Homero, que le alabes tú ahora mucho sus Ilíadas? No otro sin duda sino aquel que dice san Jerónimo, Pindarus.

hablando de Aristóteles: « ¡Ay de tí, Aristóteles, que eres alabado donde no estás, que es en el mundo, y eres atormentado donde estás, que es en el infierno! »

47. Otros inestimables provechos sacarás de esta misma consideracion, porque si consideras atentamente todas estas miserias susodichas, luego se te abrirán los ojos, y maravillarte has de la ceguedad de los hombres, y comenzarás á decir: ¿Pues de qué se ensoberbece este miserable linaje de Adan? ¿De dónde tanta hinchazon de ánimo, tanta altivez de corazones, tan gran menosprecio de los otros, tanta estima de sí mismo, y tanto olvido de Dios? ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? ¿Porqué te magnificas y engrandeces, hombrecillo de tierra? ¿Cómo no deshaces la rueda de tu vanidad, mirándote á los piés, que es á la vileza de tu condicion? ¿Qué tienes por donde buscar con tanto cuidado la gloria del mundo, pues está aguada con tantas miserias? ¿Qué cosa puede haber tan dulce que no se haga amarga con la mezcla de tantas amarguras?

48. Item, si esta vida es un valle de lágrimas, una cárcel de culpados y un destierro de condenados, ¿cómo dicen con el lugar de lágrimas tanta vanidad, tanta pompa de mundo, tantos aderezos de casa y familia, tantas risas y placeres, tantas fiestas y locuras, tanto allegar para acá, tanto olvido de lo de allá, como si de todo punto nacieras para vivir acá con las bestias, y no tuvieras parte en el cielo con los ángeles? Gran linaje de miseria es, que tantos argumentos de miserias no basten para abrirte los ojos, y sacarte de tan gran ceguera.

CAPITULO IX.

Meditaciones para el miércoles en la noche.

Este dia será la meditacion de la muerte.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el paso de la muerte, que es una de las mas provechosas consideraciones que un cristiano puede tener, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huir del pecado, como tambien para comenzar con tiempo á aparejarse para la hora de morir.

2. Mas para que esta consideracion te sea provechosa, debes pedir á nuestro Señor te dé á sentir algo de lo que en esta última batalla se pasa, para que de tal manera ordenes tus cosas, y tu vida, como entonces querrias haber vivido; y para que mejor puedas sentir algo de esto, no lo pienses como cosa ajena, sino como tuya propia, haciendo cuenta que estás acostado en una cama, desahuciado ya de los médicos, y entendido cierto que has de morir.

3. Piensa, pues, primeramente cuan incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte; porque no sabes en qué dia, en qué lugar, ni en

qué disposicion te tomará. Solamente sabes que has de morir: todo lo demás es incierto, sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo en que el hombre está mas descuidado y olvidado de ella.

4. Lo segundo piensa en el apartamiento que allí se ha de hacer, no solo entre todas las cosas que se aman en este mundo, sino tambien entre el alma y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas de la casa, de la hacienda, de los amigos, y del padre y de la madre, y de los hijos, y de esta luz y aire comun, y finalmente de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando le apartan del otro buey con quien araba, ¿qué bramido será el de tu corazon cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste á cuestas el yugo de las cargas de esta vida?

5. Considera tambien la pena que el hombre allí recibe cuando se le representa en lo que han de parar cuerpo y ánima despues de la muerte; porque del cuerpo ya se sabe que por muy honrado que haya sido, no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete piés en largo, en compañía de los otros muertos; mas del ánima no se sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber; porque aunque la esperanza de la Divina Misericordia la esfuerza, la consideracion de sus pecados le desmaya. Júntase tambien con esto la grandeza de la justicia de Dios, y la profundidad de sus juicios, el cual muchas veces cruza los brazos y trueca las suertes de los hombres. El ladron sube de la cruz al paraiso; Judás cae en el infierno de la cumbre del apostolado; Manasés halló lugar de penitencia despues de tantas abominaciones; y Salomon no sabemos si lo halló despues de tantas virtudes. Esta es una de las mayores congojas que allí se padecen, saber que hay gloria y pena para siempre, estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cual de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Luc., 23. Matth., 27
2. Par., 33 et 36.
3. Reg., 11.

6. Tras de esta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que allí se ha de dar, la cual es tal que hace temblar aun á los muy esforzados. Del abad Arsenio se escribe que estando ya para morir comenzó á temer, y como sus discípulos le dijesen: Padre, ¿y tú ahora temes? respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Allí, pues, se le representarán al hombre todos los pecados de la vida pasada, como un escuadron de enemigos que viene á dar sobre él, y los mas grandes, y en que mayor deleite recibió, esos se representaran mas vivamente, y le serán causa de mayor temor. Allí viene á la memoria la doncella deshonrada, y la casada solicitada, y el pobre despojado ó maltratado, y el prójimo escandalizado. Allí dará voces contra mí, no la sangre de Abel, sino la sangre de Cristo, la cual yo derramé y desperdicié cuando al prójimo escandalicé. Y si esta causa se ha de sentenciar segun aquella ley que dice: Ojo por ojo, diente por diente, y herida por herida, ¿qué espera quien echó á perder un ánima si lo juzgas por esta ley? ¡O cuan amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo

Gen., 4. Hebr., 12.

Exod., 22.

parecia tan dulce! Por cierto con mucha razon dijo el Sabio:
Prov., 23. Ni mires al vino cuando está dorado, y cuando resplandece en el vidrio su color; porque aunque al tiempo de beber parece blando, mas á la postre muerde como culebra, y derrama su ponzoña como basilisco. ¡Oh si supiesen los hombres cuan grande verdad es esta que aquí se nos dice! ¿Qué picadura hay de culebra que así lastime, como aquí lastimará la
Apo., 17. memoria del deleite pasado? Estas son las heces de aquel
Hie., 51. brebaje ponzoñoso del enemigo; este es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por defuera dorado.

7. Despues de esto suceden los sacramentos de la confesion y comunion, y al cabo el de la extrema uncion, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo; y así en este como en los otros debes considerar las ansias y congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuanto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haria entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará á llamar á Dios, y los dolores y la priesa de la enfermedad apenas le darán lugar.

8. Mira tambien allí aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuan espantosos son, y cuan para temer. Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los piés, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, y párase el rostro difunto, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio, y finalmente con la priesa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtudes. Mas sobre todo el ánima es la que allí padece mayores trabajos, la cual está entonces batallando y agonizando, parte por la salida y parte por el temor de la cuenta; porque ella naturalmente rehusa la salida, ama la estada, y teme la cuenta.

9. Salida ya el ánima de las carnes, aun te quedan dos caminos por andar. El uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo al ánima hasta la determinacion de su causa, considerando lo que á cada una de estas partes acaecerá. Mira, pues, cual queda el cuerpo, despues que su ánima lo desampara, y cual es aquella noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que en él pasará: el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la iglesia, el acompañamiento y sentimientos de los amigos, y finalmente todas las particularidades que allí suelen acaecer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido. Y segun vemos que se muda el curso de las cosas humanas podrá ser que algun tiempo venga á hacerse algun edificio par de tu sepultura, por muy esclarecida que sea, y que saquen de ella tierra para hacer una pared, y vendrá tu pobre cuerpo hecho tierra á ser despues una tapia, aunque ahora sea el mas noble y regalado del mundo. Sino, dime, ¿cuántos cuerpos de reyes y emperadores habrán venido á parar en esta dignidad?

10. Pues dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima, y mira el camino que llevará por aquella nueva region, y en lo

que finalmente parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente á este juicio, y que toda la córte del cielo está aguardando el fin de esta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido, hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y del uso de sus sacramentos, y allí será cada uno juzgado segun la cuenta que diere de lo recibido.

11. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO X.

Tratado de la consideracion de la muerte, donde se trata mas por extenso la meditacion.

§ I. — *De tres cosas que ayudan en gran manera para la meditacion de la muerte.*

1. Para muchas cosas es en gran manera provechosa la consideracion de la muerte, y especialmente para tres. La primera, para alcanzar la verdadera sabiduría, que es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque, como dicen los filósofos, en las cosas que se ordenan á algun fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demás. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida, uno de ellos sea la muerte donde todos vamos á parar, el que quisiere acertar á encaminar bien su vida ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hubiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura; y conforme á esto mire como ordena su vida. De esta manera la ordenaba un filósofo, que decia: Desnudo nací del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura; ¿pues para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas si el fin ha de ser desnudo? De no mirar este fin nacen todos nuestros yerros. De aquí nace nuestra presuncion, nuestra soberbia, nuestra codicia, nuestros regalos, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuales nos habemos de ver de aquí á pocos dias en aquella pobre casa, mas humilde y mas templada seria nuestra vida. ¿Cómo tendria presuncion quien allí mirase cómo es el polvo y ceniza? ¿Cómo tendria por dios á su vientre quien allí mirase como es manjar de gusanos? ¿Quién levantaria tan altos sus pensamientos, viendo cuan flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién an-

daria perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente, todas las obras de nuestra vida se corregirian si todas las midiésemos con esta regla.

2. Por esto decian los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte. Porque esta consideracion enseña al hombre lo que es algo y lo que es nada, lo que debe seguir y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban Bracamanos se escribe que eran dados á este pensamiento, que tenian las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas siempre se acordasen de este paso. Al profeta Jeremías dijo Dios que descendiese á la casa donde se labraba el barro, porque queria hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su profeta, mas quísole hablar en este para dar á entender que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría donde Dios suele enseñar á los suyos su doctrina. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida, y sobre todo allí les enseña á conocer á sí mismos, que es una de las mas altas filosofías que se pueden saber. Desciende, pues, ó hombre, con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en qué pára la hermosura de la carne y la gloria del mundo, y así aprenderás á despreciar todo lo que el mundo adora por no saber mirarlo, pues no mira mas que á la cara de Jezabel, que asoma por la ventana muy compuesta, y no á los extremos miserables de ella, los cuales, despues de comido el cuerpo, quiso Dios que quedase entero, para que por aquí viésemos cuán otra cosa es el mundo de lo que parece, y para que de tal manera le mirásemos á la cara, que tambien nos acordásemos de los extremos dolorosos en que pára su gloria.

Jer., 18.

Reg., 6.

3. Lo segundo aprovecha esta consideracion para apartarnos del pecado, segun que lo testifica el Eclesiástico diciendo: «Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás.» Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir. San Juan Clímaco escribe de un monje, que siendo gravemente tentado de la hermosura de una mujer que él habia visto en el mundo, como viniese á saber que ya era muerta, fuése á la sepultura donde estaba, y refregó un pañizuelo en el cuerpo hediondo de la difunta, y todas las veces que el demonio le volvia á convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices, y decia: Cata aquí, miserable, lo que amas, y cata aquí en qué paran los deleites y hermosuras del mundo. Gran remedio era este para vencer el pecado, y no es menor la profunda consideracion de la muerte, segun aquello que dice san Gregorio: «No hay cosa que así mortifique los apetitos de esta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella misma despues de muerta.»

Eccli., 7.

El mismo santo cuenta de otro monge que teniendo ya la mesa puesta para comer, y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, le sobrevino

á deshora la memoria de la muerte: y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera lo atemorizó y sobresaltó que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazon del justo la memoria de esta cuenta, pues le hace abstenerse de una obra tan lícita y necesaria para la vida.

4. Verdaderamente una de las cosas mas espantosas que hay en el mundo es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir, y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva mas que un solo maravedí en la bolsa, entrase en una venta, y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices, gallinas y capones, y finalmente todo cuanto hay en la posada, y cenase muy á su placer, sin acordarse que habia de haber hora de cuenta, ¿quién no tendria á este por burlador ó por loco? ¿Pues qué mayor locura que la de aquellos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios, y duermen tan á su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí á poco espacio, al salir de la posada, se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

5. Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja cuanto puede por hacernos perder esta memoria, porque sabe él muy bien cuánto ganaríamos con ella; porque de otra manera ¿cómo seria posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible, tan espantable, y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda, ó de otra cosa semejante, nos trae muchas veces desvelados, y nos hace perder el sueño y la salud; ¿pues cómo no hace esto la memoria de la muerte, que así para lo del cuerpo como para lo del ánima es la cosa mas horrible de cuantas nos pueden venir? Por grandísima maravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

6. Lo tercero aprovecha esta consideracion no solo para bien vivir (como está dicho), sino allende de esto para bien morir. Grande ayuda es el apercibimiento para las cosas arduas y dificultosas. Un tan grande salto, como es el de la muerte, que llega dende esta vida á la otra, no se puede bien saltar si no se toma muy de atras y muy de lejos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez; pues tan grande cosa es morir, y tan necesario el bien morir, muramos muchas veces en la vida, porque acertemos á morir bien aquella vez en la muerte. La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballero que ha de pasear la carrera primero la pasea y anda toda, y reconoce los pasos de ella, por no hallarse nuevo al tiempo de la corrida; y pues á todos nos es forzoso pasar esta carrera (pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte), y el camino tan oscuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande que el que cayere ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que paseemos ahora todo este camino, y miremos todos los pasos que hay en él uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por defuera al rededor de la cama del doliente, sino

Psal., 88.

mucho mas debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazon.

§ II. — *De cómo es incierta la hora de la muerte, y de la pena que da el apartamiento de todas las cosas que vienen con ella.*

7. Comenzando, pues, ahora desde el principio de esta batalla, mira cómo la muerte, cuando haya de venir, vendrá cuando mas seguro estés y menos pienses en su venida, como suele acaecer á muchos. «El dia del Señor, dice el Apóstol, vendrá como ladron, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres están mas descuidados y seguros, para hacer mejor su asalto;» pues así suele las mas veces acaecer que al tiempo que el hombre menos piensa que ha de morir, y mas olvidado está de este paso, echando sus cuentas adelante, y proponiendo negocio de muchos dias y años, súbitamente viene la muerte, y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. De esta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel santo rey: «Fué cortada mi vida así como la tela que el tejedor corta antes de tiempo, pues apenas estaba comenzada á tejer, al mismo tiempo que se urdia se cortó.»

Thes., 5.

Psal., 37.

8. El primer golpe con que suele herir la muerte es el temor del morir. Recia cosa es esta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenia el rey Saul, mas despues que le apareció aquella sombra de Samuel, y le dijo cómo habia de morir en la batalla, y al cabo añadió diciendo: Mañana tú y tus hijos os vereis acá conmigo, fué tan grande el temor y espanto que recibió que á la hora perdido todo el esfuerzo cayó en tierra como muerto. ¿Pues qué sentirá el amador de esta vida cuando le den á él semejante nueva que esta? Allí luego se le representará el apartamiento y destierro perpetuo de este mundo, y de todo cuanto hay en él: allí verá el hombre cómo ya es llegada su hora, y cómo amaneció aquel dia por su casa, en que se ha de apartar de todo lo que ama en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazon morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder, pues entre todas ellas pondrá la muerte cuchillo de division. Tanto mas suele doler la muela al tiempo del sacarla cuanto mas encarnada estaba en las encías. Pues como el corazon del malo está tan arraigado en el amor de las cosas de esta vida, no puede dejar de sentir muy grave dolor cuando ve que es llegada ya la hora de que se ha de apartar de cada una de ellas. Entonces las cosas mas amadas hieren mas agudamente el corazon; y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo mas cruel. Cuenta san Agustin que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parecia que todos ellos se le ponian delante, y le decian: ¿Cómo? ¿y para siempre nos has de dejar, y nunca mas nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazon de carne, cuando las cosas que mas ama se le pongan en aquella hora delante, y

1. Reg., 28.

se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzoso decir : Ya no habrá mas mundo para mí, mas aire, ni sol, ni cielo para mí, ni mas hijos y mujer y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, del todo me ha de despojar ahora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el número de mis dias : ahora moriré á todas las cosas, y todas ellas á mí. Pues ¡ oh mundo ! quedaos á Dios. Heredades y hacienda mia, quedaos á Dios. Amigos y mujer, é hijos mios, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.

9. Otro apartamiento hay aun mas temeroso despues de este, que es el del ánima y del cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas habia despojado el demonio al santo Job sino de la vida, y parecíale que en comparacion de este despojo, todos los otros eran livianos, y así dijo : Piel por piel, y todo lo que el hombre posee, dará por la vida. Esta es la cosa que naturalmente mas se ama, y cuyo apartamiento mas se siente. Si apartarse un caminante de otro, cuando han caminado un poco de tiempo juntos, causa tristeza y soledad ; ¿ qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros, como son el ánima y el cuerpo, que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora, y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro? ¿ Qué será cuando el espíritu diga á la carne : Sin tí me tengo de ver solo? y la carne diga al espíritu : ¿Pues tal quedaré yo sin tí, que todo el ser que tenia lo recibia de tí? Job, 2.

§ III.—*Del horror de la sepultura, y temor de la suerte que nos ha de caber.*

10. Despues de esto, luego naturalmente se le representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo despues que el ánima se aparta de él. Ve, pues, que la mejor suerte que le puede caber no es mas que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como esta, porque considerando por una parte la estima en que él tenia su cuerpo, viendo por otra á cuan bajo y miserable lugar ha de venir á parar, no acaba de maravillarse de esto. Mira cuan estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra, cuan oscura, cuan hedionda, cuan acompañada de gusanos y de huesos y calaveras de muertos, y cuan horrible aun de solo mirar á los vivos. Y como ve que aquel cuerpo, á quien él solia tratar con tanto regalo, y aquel vientre á quien él tenia por Dios, y aquel paladar á cuyos deleites servian la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tejia el oro y la seda, y se aparejaba la cama blanda y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir á tener la misma figura que tiene un rocin que se muere por esos campos, que el caminante se tapa las narices, y se da priesa á caminar por no olerlo; cuando todo esto considera, y ve que á la cama blanda succede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber tantos gusanos y comedores, no puede (si algun juicio tiene) dejar de maravillarse, viendo á cuan baja suerte desciende

tan noble naturaleza, y con quién es igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivia en la vida.

11. No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su admiracion, y con todo esto se maravillaba aquel gran sabio de esta miseria, aunque tan cuotidiana y tan usada, cuando decia: « Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué aprovecha haber trabajado mas en buscar la sabiduría? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio, ú de provecho, parece que fuera esto alguna manera de consuelo; mas esto es cosa de admiracion que venga á parar una tan excelente criatura en la mas deshonrada y abominable cosa del mundo.» Esta es aquella gran miseria de que con mucha razon se maravillaba el santo Job cuando decia: « El árbol despues de cortado tiene esperanza de revivir, y volver á reverdecer: y si se envejeciere en la tierra su raiz, y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la fresca del agua vuelve á retoñecer, y á criar hojas como cuando de nuevo fué plantado; mas el hombre despues de muerto y despojado y consumido, ruégote que me digas dónde está.» Grande fué sin duda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adan por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre cuando dijo: Polvo eres, y en polvo te volverás.

Eccli., 2 et 3.

12. Mas no es esta la mayor causa que hay allí para temer: mucho mas es cuando el ánima tiende los ojos adelante, y comienza á pensar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengüa del agua, y meterse en alta mar, donde no se ve sino cielo y agua por todas partes, que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue despues de la muerte, y aquella nueva region no conocida, ni hallada de los vivos, por donde ya quiere comenzar á caminar, y aquella gloria ó pena perdurable que allí le ha de caber, y ver que donde quiera que el madero cayere allí estará para siempre, y no sabe hácia cual de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aquí gran turbacion. Estaba Benadad, rey de Siria, enfermo, y dábale tanta pena el no saber si habia de morir de aquella enfermedad, ó no, que envió al príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perplejidad en que estaba, haciéndole saber de cierto si sanaria de aquella enfermedad, ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como esta, ¿qué tan grande será el que tendrá un sabio cuando se vea en tal paso, que pueda decir con verdad: De aquí á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre, y no sé cierto cuál de estas dos ha de ser? ¿Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime, si un rey estuviese preso en tierra de turcos, é yendo sus embajadores á rescatarlo, concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte fuese rescatado y llevado por sus embaja-

Eccli., 18.
4. Reg., 8.

dores á su reino; y si la contraria, que luego fuese echado en una gran hoguera, que ya estuviese allí encendida delante de él, dime, cuando estuviesen ya echando las suertes, cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso aguardando lo que saldria, y el mismo rey presente esperando aquella tan dudosa fortuna que le habia de caber; ¿cuál te parece que estaria, cuan turbado, cuan temeroso, y cuan aparejado para prometer y ofrecer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo? ¿Pues qué es todo esto (por mucho que sea) sino una sombra, si se compara con el peligro de que hablamos? ¿Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos? y ¿cuánto mayor la hoguera que tememos? y ¿cuánto mas penosa la perplejidad de este negocio? Pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino del cielo, y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno, y nadie sabe cual de estas dos suertes de ahí á una hora le ha de caber. Mira, pues, cual estará tu corazon en este paso, cuan temeroso, cuan humilde, cuan derribado ante la cara de aquel que solo puede sacarte de este peligro. No me parece que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

§ IV. — *De cómo al morir se conocen los yerros y ceguedades de la vida pasada, y temor de la cuenta.*

13. Tras de esta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquellos que han vivido mal), que es venir á caer tarde en la cuenta de sus engaños, y en los yerros de la vida pasada. ¡Oh cuan confusos se hallarán allí los malos, cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales habia cerrado antes el sabor de la culpa! ¡Qué claro verán entonces cuan falsos eran aquellos dioses á quien servian, y cuan engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso hallaron su perdicion! Venian los criados del rey de Siria á prender al profeta Eliseo, y como Dios los cegase á todos por la oracion del profeta, despues de ya ciegos díjoles el profeta: Andad acá conmigo, y mostraros he lo que venis á buscar. Y dicho esto llevólos en pos de sí hasta Samaria, y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, é hizo otra vez oracion, y dijo: Abre, Señor, los ojos de estos miserables, para que vean donde están. Pues dime ruégote, cuando estos abriesen los ojos, y viesen donde habian venido á parar, creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que buscaban, ¡qué espantados quedarian, y qué confusos! ¿Pues qué cosa puede representar mas al propio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y codicias: unos á buscar oro, otros honras, otros deleites, otros oficios y dignidades, y á cada uno le parece que va bien encaminado para alcanzar lo que desea Mas cuando la presencia de la muerte, y el peligro de la cuenta descubre la vanidad de nuestras esperanzas, entonces como nos hallamos alcanzados de cuenta, conocemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar des-

4. Reg., 6.

canso, hallamos nuestra perdicion. ¡Oh miserable de nosotros, qué ciegos andamos ahora, y qué ojos tendremos entonces! ¡Cuan diferentes serán allí los juicios, y cuan otros los pareceres! Allí veremos cuan miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuan falsos sus bienes, cuan desvariados sus caminos, cuan mentirosas sus promesas, cuan amargos sus placeres, y cuan breve su gloria! Allí conoceremos (aunque tarde) cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña; y finalmente, cómo cerrados los ojos, sin saber adonde íbamos al cabo de la jornada, nos hallamos en la plaza de Samaria, y en la tela del Juicio Divino, cercados de todos nuestros enemigos. ¿Pues cuan confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuan burlados? Cuan de veras podrá cada uno decir allí: ¡miserable de mí! ¿qué provecho me traen ahora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar? Ya los placeres se acabaron, y no queda de ellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no mas que si nunca fueran), y por otra parte quedan como espinas que atraviesan mi corazon, y hacen mi causa dudosa, y atormentan ahora mi ánima, y por ventura para siempre la atormentarán? Este es el fruto que he cogido de mis deleites: esta es la dentera que me causan ahora mis golosinas pasadas: los deleites ya dejaron de ser; fuéronse, y nunca mas volverán: y por ventura por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento. ¿Pues qué ceguedad pudo ser mayor? ¡cuánto mejor me fuera nunca haber nacido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto habia menester! ¡Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera, y me tragara antes que pensara en ofenderle! ¡O dia desdichado! ¡O hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé de este juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿Este es el camino que yo tenia por acertado? ¿En esto paran las honras del mundo? ¿Tan poco vale para esta hora todo cuanto en él se estima?

14. De esta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque demás de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrecientan los mismos demonios este temor en aquella hora, los cuales antes los deshacian con la esperanza de la misericordia divina. Allí traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios y de su justicia, la cual muestran ser tan grande que á su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos. Pues si esto se hace en el madero verde, en el seco, dicen, ¿qué se hará? Allí, pues, comenzará el malo á temblar, y decir entre sí: Miserable de mí, si es verdad lo que toda la Escritura clama, que Dios ha de dar á cada uno segun sus obras, yo que tan malas obras tengo hechas, ¿qué espero recibir? Si el Evangelio dice que conforme al fruto que diere el árbol será juzgado, ¿quien tan malos frutos tiene dados como yo, qué juicio puede esperar? Si el profeta dice que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes y el corazon limpio, yo que tan malas manos he tenido, y tan sucio corazon,

Luc., 23.

Matth., 3.

Psal., 23.

¿adónde iré? Si el Sabio dice que el que cierra sus orejas por no oir la ley clamará, y no será oido, ¿qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues, o Dios mio, ¿con qué cara pareceré ahora delante de tí, y te pediré que me oigas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste á la mia, y te dí con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo ahora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hubiste menester, y no me hallaste? ¿Con qué título te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo, habiendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo? O cuan justamente me podrás, Señor, allí decir: al mundo y al demonio serviste, ve á esos que te den el galardon. De esta manera respondió el profeta Eliseo al rey Joram, el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad acogióse al profeta de Dios, para que le diese remedio; al cual el santo profeta respondió: ¿Qué tienes tú que ver conmigo, rey Joram? Corre, ve á los profetas de tu padre y madre, á quien has seguido, y pídeles que te den ahora remedio. ¡O cuántos imitamos á este mal rey en vida y en muerte! En la vida servimos al mundo, y en la muerte llamamos á Dios. ¿Pues qué respuesta esperamos en aquella hora, sino la que tiene él ya respondida en semejante causa? ¿Qué tienes tú que ver conmigo, pues que nunca me serviste? Corre, ve á los consejeros que seguiste, y á los ídolos á quien amaste, y serviste y adoraste, y diles que te den el pago de tu servicio. « Cuando clamares, dice Dios por Isaías, vengan á socorrerte tus valedores, á los cuales todos soplará el viento, y se los llevará el aire. »

Prov., 28.

1. Reg., 8.

Isai., 57.

15. Aquí comienza el hombre á desear espacio de penitencia, y parécele (si se lo diesen) que no se contentaria con cualquier penitencia, sino que haria la mas áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan, y se acuerda del tiempo, y de los aparejos que antes tuvo para esto, y como los dejó pasar en vano, duélese en gran manera de esta pérdida, y conoce qué tal castigo merece quien tan mal cobro puso en lo que tenia. ¡O á cuántos de nosotros acaece esta misma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidad y burlerías, y despues viene á faltarnos cuando mas era menester! Y así nos acaece como á los pajecillos ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y despues vienen á acostarse á oscuras.

§ V. — *De la extrema uncion, y agonía de la muerte.*

16. Llegada ya la enfermedad á lo postrero, comienza la Iglesia á ayudar á sus hijos con oraciones y sacramentos, y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser) dase priesa á llamar á todos los santos, para que le ayuden todos en tan grande peligro. ¿Qué otra cosa es aquella letanía que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia, como piadosa Madre, acongojada por el peligro de su hijo, llama á todas

las puertas del cielo, y da voces á todos los santos para echarlos por rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

17. Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado óleo, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera de ellos. Y así ungiendo los ojos, dice: Por esta uncion, y por su divina misericordia, te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y de esta manera unge todo lo demás. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista, ú de la lengua, ú de alguno de los otros sentidos, y se le representan en aquella hora todas aquellas solturas pasadas, y ve el poco fruto que le queda en las manos de ellas, y el aprieto en que se ve por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¿Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo, ni haber abierto la boca para hablar palabra mala?

18. Tras de esto llega la agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida, cuando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja, y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida, que comience á encomendarse á Dios, y á llamar á su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman: cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer, que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad: cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes, y al tiempo de despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entonces es cuando se renuevan los cuidados del ánima, entonces es cuando está ella batallando y agonizando, no tanto por la salida cuanto por la hora de la cuenta, que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarion, comenzó á temblar y rehusar la salida, y el santo varon esforzábase diciendo: Sal fuera, ánima, sal fuera, ¿de qué temes? Setenta años ha que sirves á Cristo, ¿y aun temes la muerte? Pues si temia esta salida quien tantos años habia servido á Cristo, ¿qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? ¿Adónde irá? ¿A quién llamará? ¿Qué consejo tomará? ¡O si pudiesen los hombres entender hasta donde llega esta perplejidad y congojas! Ruégote imagines ahora qué tal estaria el corazon del patriarca Isaac, cuando su padre le tenia sobre la leña atado de piés y manos para sacrificarle. Encima de sí veia relucir el cuchillo del padre, debajo de sí veia arder la llama del fuego, los mozos que le pudieran socorrer habíanse quedado á la subida del monte, él estaba atado de piés y manos para no poder huir ni defenderse; ¿pues qué tal estaria entonces el corazon de este santo mozo, cuando así se viese? Pues mucho mas apretada estará el ánima del malo en esta hora, porque á ninguna parte volverá los ojos, que no vea causas de turbacion y de temor. Si mira hácia arriba, ve la espada de la divina Justicia, que le está amenazando; si mira hácia abajo ve la sepultura abierta, que le está esperando; si mira dentro de sí, ve la conciencia, que le está remordiendo; si mira al rededor de sí, barrunta que están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caber

Gen., 22.

la presa. Si vuelve los ojos hácia atrás, ve como ya los criados y los parientes, y los bienes de esta vida se quedan acá, y no son parte para socorrerle, pues él solo sale de esta vida; y todo lo demás se queda en ella. Finalmente, si despues de todo eso vuelve los ojos hácia dentro y mira á sí mismo, espántase de verse; y si posible fuese querria huir de sí. Salir del cuerpo, esle intolerable; quedarse en él, es imposible; dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo, y lo venidero (como ello es) parece infinito. ¿Pues qué hará el miserable cercado de tantas angustias? ¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adan, que para tal trance no se quieren con tiempo proveer!

§ VI. — *De la fealdad del cuerpo muerto, del enterramiento, de la sepultura, y salida del ánima.*

19. Finalmente, acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el ánima de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenia.

20. Ahora consideremos cuál sea la suerte que á cada una de estas dos partes ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo despues que el ánima se parte de él. ¿Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive? ¿Y qué cosa mas desestimada y mas vil que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¡Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa, que se deshace en una hora!

21. Luego se apareja la mortaja, que es la mas rica joya que se puede sacar de esta vida, con la cual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razon dijo el profeta: « No temas cuando el hombre enriqueciere mucho, y vieres que se multiplica la gloria de su casa, porque cuando muriere no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria. » Psal., 48.

22. Luego abren un hoyo de siete ú ocho piés en largo, aunque sea para Alejandro Magno, que no cabia en el mundo, y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre, allí solar perpetuo en compañía de los otros muertos, y allí le salen á recibir los gusanos: y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los piés y manos en balde; porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de nadie. Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa, que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra; y el mayor beneficio que allí le puede hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar de esta ceremonia con los di-

funtos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confusion se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡O avaricia de vivos, y pobreza de muertos, cómo desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora!

23. Luego el enterrador toma la azada y pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada. De manera que el mas lindo rostro del mundo, y mas curado y mas guardado del sol y aire, andará allí debajo del pison del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra: y sobre el otro gentilhombre, que cuando vivia no le habia de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por encima, le echarán aquí un muladar de basura: y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Este es, pues, el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

24. De esta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa, en la cual quedará acompañado de perpetua soledad. ¡Oh mundo! ¿y qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habeis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel, por justo juicio de Dios comida de perros (y que no quedó otra cosa mas de toda aquella su hermosura que la calavera, y los extremos de los piés y manos), como la habian conocido antes en tanta gloria, y entonces la veian en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban, y decian: ¿Esta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino, y miraban así comida de perros cómo estaba, repetian aquella misma exclamacion: ¿Esta es aquella Jezabel? ¿esta es aquella tan gran reina, y señora de Israel? ¿esta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¿á tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos?

4. Reg., 9.

25. Pues desciende tú ahora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los príncipes y grandes señores que habrás oido ó conocido en este mundo, y mira aquella tan horrible disforme figura que allí se muestra, y verás como tienes tú tambien razon para exclamar con las mismas palabras, y decir: ¿Esta es aquella Jezabel? ¿esta es aquella cara que yo conocí tan viva? ¿estos aquellos ojos claros? ¿esta es aquella lengua tan ligera? ¿este aquel cuerpo tan polido? ¿en esto paran los esceptros y las coronas? ¿este es el fin de la gloria del mundo? ¡Oh cuántas veces, dice un sabio, me acaece entrar en los sepulcros de algunos muertos; y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: ¡Mira aquellos piés cuántos caminos anduvieron! ¡aquellas manos cuánto apañaron y guardaron! ¡aquellos ojos

cuántas vanidades miraron! ¡para aquella boca cuántas golosinas se guisaron! ¡aquellos huesos de la cabeza cuántas torres de viento fabricaron! por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, ¡cuántos pecados se hicieron, por los cuales el ánima de este cuerpo, por ventura, estará ahora penando para siempre! Salgo despues de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres pongo los ojos en ellos, y miro que estos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza. Pues, ¡oh miserable de mí! ¿para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

26. Ahora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conocer. Salida, pues, de la carne, entra en esta nueva region, por donde nunca jamás anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. ¿Pues qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan extraña, si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defension angélica? ¡O ánima mia, dice san Bernardo, cuál será aquel dia cuando sola entrarás en aquella region no conocida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles! ¿Quién volverá por tí? ¿quién te defenderá? ¿quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre, y están aparejados para tragar?

27. Temeroso es por cierto este camino, mas muy mas temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuan estrecha sea la tela de este juicio, cuan derecho el Juez, cuan solícitos los acusadores, cuan pocos los padrinos, cuan menuda la cuenta, y cuan largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo, como dice san Pedro, apenas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerá? Y es cosa muy para notar que en esta tan grande necesidad, donde parece que las cosas que mas amamos, y por quien mas hicimos, nos habian mas de ayudar, no solamente no nos ayudarán, sino antes ellas serán las que allí mas nos apretarán. La cosa que mas amaba y apreciaba aquel hermoso Absalon eran sus cabellos, y esos mismos ordenó Dios por justo juicio que le causasen la muerte. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora: que las cosas que mas amaron en esta vida, y por quien mas ofendieron á Dios, esas vengan entonces á hacer su pleito mas dudoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuraron enriquecer, allí la mala mujer por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios, allí la hacienda y la honra, y los deleites, que fueron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán mas crudamente: allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto, ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teníamos puesta nuestra gloria, esas vengan allí á ser causa de nuestra perdicion.

2. Reg., 14 et 18.

Isai., 19.

28. Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decia uno de aquellos padres

del yermo que de tres cosas vivia siempre con gran temor. La primera, cuando habia de salir su ánima de las carnes; la segunda, cuando habia de ser presentada ante el juicio de Dios; y la tercera, cuando habia de ser pronunciada la sentencia de su causa. ¿Pues qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para tí? ¡Y qué dia de fiesta para tus enemigos! ¡Cómo se cumplirán entonces aquellas palabras del profeta, que dicen: «Abrieron su boca sobre tí tus enemigos, y silbaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragarémos; este es el dia que esperamos; hallámoslo, vímoslo.»

Thren., 2.

Psal., 12

29. Mas tú, ó buen Jesus, alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte, porque nunca diga mi enemigo: Prevalecido he contra él. Amen.

CAPITULO XI.

Meditaciones para el jueves en la noche.

Este dia será la meditacion del juicio final.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el juicio final, para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos, que debe tener todo fiel cristiano; conviene á saber, temor de Dios, y aborrecimiento del pecado.

2. Piensa pues primeramente cuan terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adan, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser.

3. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. ¿Pues qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo hasta ahora? Por esto con mucha razon dice el profeta: «Aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y de miseria, dia de tinieblas y oscuridad, dia de nieblas y de torbellinos, dia de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes, y sobre las altas esquinas.»

Soph., 1.

4. Lo segundo considera las señales espantosas que precederán este dia, porque, como dice el Salvador, antes que venga este dia, habrá señales en el sol, y en la luna y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra, porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán, y comenza-

Luc., 21.

rán á caer primero que del todo cayan. Mas los hombres, dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas: antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las sibilas dicen que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados; mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el Evangelio se nos dice, porque mas es secarse los hombres que secarse la mar, y mas es moverse las virtudes de los cielos que todas las criaturas de la tierra.

5. Lo tercero considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el ángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio, y sobre todo la majestad espantable con que ha de venir el Juez, la cual describe el profeta Nahun por estas palabras: « El Señor vendrá con una tempestad y torbellino arrebatado, y sus piés levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignóse contra la mar, y secóse, y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Basan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Libano se cayó. Los montes se estremecieron delante de él, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores de él. ¿Quién parecerá delante de la cara de su indignacion? ¿Y quién resistirá á la ira de su furor? Su indignacion se derramó como fuego, y las piedras se hicieron fuego delante de él.»

Psal., 49 et 96. 2.Pet., 3. 1. Thes., 4.

Nahum, 1.

6. Despues de esto considera cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente, como se dice en Job, no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios; y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga no le podrá responder á solo uno. ¿Pues qué sentirá entonces cada uno de los malos cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí que así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imágen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria; mas tú, menospreciando los beneficios y mandamientos de vida que yo te dí, quisiste mas seguir la mentira del engañador que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte de esta caida descendí del cielo á la tierra donde padecí los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé, y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemios, escarnios, bofetadas, tormentos, deshonras y cruz. Por tí finalmente nací en mucha pobreza, viví con muchos

Job, 14 et 15.

del yermo que de tres cosas vivia siempre con gran temor. La primera, cuando habia de salir su ánima de las carnes; la segunda, cuando habia de ser presentada ante el juicio de Dios; y la tercera, cuando habia de ser pronunciada la sentencia de su causa. ¿Pues qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para tí? ¡Y qué dia de fiesta para tus enemigos! ¡Cómo se cumplirán entonces aquellas palabras del profeta, que dicen: «Abrieron su boca sobre tí tus enemigos, y silbaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragarémos; este es el dia que esperamos; hallámoslo, vímoslo.»

Threu., 2.

Psal., 12

29. Mas tú, ó buen Jesus, alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte, porque nunca diga mi enemigo: Prevalecido he contra él. Amen.

CAPITULO XI.

Meditaciones para el jueves en la noche.

Este dia será la meditacion del juicio final.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el juicio final, para que por esta consideracion se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos, que debe tener todo fiel cristiano; conviene á saber, temor de Dios, y aborrecimiento del pecado.

2. Piensa pues primeramente cuan terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adan, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser.

3. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. ¿Pues qué tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo hasta ahora? Por esto con mucha razon dice el profeta: «Aquel dia será dia de ira, dia de calamidad y de miseria, dia de tinieblas y oscuridad, dia de nieblas y de torbellinos, dia de trompeta y de sonido sobre las ciudades fuertes, y sobre las altas esquinas.»

Soph., 1.

4. Lo segundo considera las señales espantosas que precederán este dia, porque, como dice el Salvador, antes que venga este dia, habrá señales en el sol, y en la luna y en las estrellas, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra, porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán, y comenza-

Luc., 21.

rán á caer primero que del todo cayan. Mas los hombres, dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas: antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque sea padre de hijo, ni hijo de padre. Nadie habrá para nadie, porque nadie bastará para sí solo. Las sibilas dicen que en este tiempo andarán las bestias dando bramidos por los campos y por las ciudades, y que los árboles sudarán sangre, y que la mar dejará en seco sus pescados; mas si esto no se recibe, mucho mas es lo que en el Evangelio se nos dice, porque mas es secarse los hombres que secarse la mar, y mas es moverse las virtudes de los cielos que todas las criaturas de la tierra.

5. Lo tercero considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del Juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el ángel para convocar todas las generaciones del mundo á que se junten en un lugar, y se hallen presentes en juicio, y sobre todo la majestad espantable con que ha de venir el Juez, la cual describe el profeta Nahun por estas palabras: « El Señor vendrá con una tempestad y torbellino arrebatado, y sus piés levantarán una grande polvareda delante de sí. Indignóse contra la mar, y secóse, y todos los rios de la tierra se agotaron. El monte Basan y Carmelo se marchitaron, y la flor del Libano se cayó. Los montes se estremecieron delante de él, y los collados quedaron asolados. La tierra tembló de su presencia, y el mundo y todos los moradores de él. ¿Quién parecerá delante de la cara de su indignacion? ¿Y quién resistirá á la ira de su furor? Su indignacion se derramó como fuego, y las piedras se hicieron fuego delante de él.»

Psal., 49 et 96. 2.Pet., 3. 1. Thes., 4.

Nahum, 1.

6. Despues de esto considera cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá. Verdaderamente, como se dice en Job, no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios; y si se quisiere poner con él en juicio, de mil cargos que le haga no le podrá responder á solo uno. ¿Pues qué sentirá entonces cada uno de los malos cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia le diga así: Ven acá, hombre malaventurado, ¿qué viste en mí que así me despreciaste, y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imágen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria; mas tú, menospreciando los beneficios y mandamientos de vida que yo te dí, quisiste mas seguir la mentira del engañador que el consejo saludable de tu Señor. Para librarte de esta caida descendí del cielo á la tierra donde padecí los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. Por tí ayuné, caminé, velé, trabajé, y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemios, escarnios, bofetadas, tormentos, deshonras y cruz. Por tí finalmente nací en mucha pobreza, viví con muchos

Job, 14 et 15.

tambien llave y guarda de todos ellos, como lo testifica san Bernardo, diciendo : «Verdaderamente he conocido que ninguna cosa hay tan eficaz para conservar la divina gracia, como vivir en todo tiempo con temor, y tener altos pensamientos.»

2. Pues para alcanzar esta joya tan preciosa aprovecha mucho la consideracion y memoria continua de los juicios divinos, y mayormente de aquel supremo juicio que se ha de hacer en el fin del mundo, el cual es la mas horrible cosa de cuantas nos anuncian las Escrituras Divinas; porque son tan espantosas las nuevas que de este dia se nos dan, que si no fuera Dios el que las dice, del todo fueran increibles. Por donde el Salvador, despues de haber predicado algunas de ellas á sus discípulos, porque la grandeza de ellas parecia exceder la comun credulidad y fe de los hombres, acabó la materia con esta afirmacion diciendo : En verdad os digo que no se acabará el mundo sin que todas estas cosas se cumplan, porque el cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.

Marc., 13.

3. En los Actos de los apóstoles se escribe que predicando san Pablo de las cosas de este dia delante del presidente de Judea, el mismo presidente comenzó á temblar de lo que el apóstol decia, puesto caso que como gentil no tenia fe, ni crédito de este misterio; por do parece cuan terribles cosas debian ser las que el apóstol predicaba, pues el sonido de ellas bastó para causar tan grande espanto y temblor en un hombre que no lo creia. Pues el cristiano que las cree, y las tiene por fe, ¿qué será razon que sienta en esta parte?

Act., 24.

4. Y no piense nadie excusarse con su inocencia, diciendo que estas amenazas no dicen á él, sino á los hombres injustos y desalmados, porque justo era san Jerónimo, y con todo eso decia que cada vez que se acordaba del dia del juicio le temblaba el corazon y el cuerpo. Justo era tambien David, y hombre hecho á la condicion de Dios, y con todo eso temia tanto la cuenta de este dia, que decia en un psalmo: «No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado delante de tí ninguno de los vivientes.» Justo era tambien el inocentísimo Job, y con todo eso era tan grande el temor con que vivia, que dice de sí : «De la manera que teme el navegante en medio de la tormenta, cuando ve venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas, así yo siempre temblaba delante de la Majestad de Dios; y era tan grande mi temor, que ya no podia sufrir el peso de él.» Mas sobre todo aun era mas justo el apóstol san Pablo, y con todo eso decia : «No me remuerde la conciencia de cosa mal hecha, mas no por eso me tengo por seguro, porque el que me ha de juzgar el Señor es;» como si dijera : Muchas veces puede acaecer que nuestros ojos no hallen cosa que tachar en nuestras obras, y que la hallen los ojos de Dios; porque lo que se esconde á los ojos de los hombres, no se esconde á los de Dios. A un pintor grosero parecerá muy perfecta una pintura que tiene hecha, en la cual un pintor famoso hallará muchos defectos que notar. ¿Pues cuánto mayores los hallará aquella suma Bondad y Sabiduría infinita en una criatura tan mal incli-

Psal., 142.

Job, 31.

1. Cor., 4.

nada como el hombre, el cual, como se escribe en Job, bebe así como agua la maldad? Y si la espada de Dios halló tanto que cortar en el cielo, ¿cuánto mas hallará en la tierra, que no lleva sino cardos y espinas? ¿Quién habrá que tenga todos los rincones de su ánima tan barridos y limpios que no tenga necesidad de decir con el profeta: «De mis pecados ocultos líbrame, Señor?» Job, 15. Psal., 18.

5. Así que á todos conviene vivir con temor de este dia, por muy justificadamente que vivan; pues el dia es tan temeroso, y nuestra vida tan culpada, y el Juez tan justo, y sobre todo sus juicios tan profundos, que nadie sabe la suerte que le ha de caber, sino que (como dice el Salvador) dos estarán en el campo, á uno tomarán, y á otro dejarán: dos en una misma cama, á uno tomarán, y á otro dejarán: dos moliendo en un molino, á uno tomarán, y á otro dejarán. En las cuales palabras se da á entender que de un mismo estado y manera de vida, unos serán llevados al cielo, y otros al infierno, porque ninguno se tenga por seguro mientras vive en este mundo. Luc., 17.

§ II. — *De cuan riguroso haya de ser el dia del juicio.*

6. Para pensar en la grandeza de este juicio, has primero de presuponer que no hay lengua en el mundo que sea bastante para explicar el menor de los trabajos de este dia.

7. Por donde el profeta Joel, queriendo hablar de la grandeza de él, hallóse tan atajado de razones, y tan embarazado, que comenzó á tartamudear como niño, y decir: ¡Ah, ah, ah, qué dia será aquel! De esta manera de hablar usó Jeremías cuando Dios le queria enviar á predicar: para significar que era niño, y del todo inhábil para aquella embajada tan grande que Dios lo escogia; de esta misma usa ahora este profeta para dar á entender que no hay lengua en el mundo que no sea como de niño tartamudo para significar lo que ha de ser en este dia. Joel, 1.

8. En este dia reducirá Dios á su debida hermosura toda la fealdad que los malos han causado en el mundo con sus malas obras, y como estas hayan sido tantas, así la enmienda ha de ser proporcionada con ellas, para que á costa del malo quede el mundo tan hermoseado con su pena cuanto antes estuvo afeado por su culpa. Cuando un hombre da alguna gran caida, y se le desconcierta un brazo, tanto cuanto mayor fué el desconcierto, tanto con mayor dolor se viene despues á concertar, y poner en su lugar. Pues como los malos hayan desconcertado todas las cosas de este mundo, y puéstolas fuera de su lugar natural, cuando aquel celestial Reformador venga á restituir el mundo con el castigo de tantos desconciertos, ¡qué tan grande será el castigo, pues tantos y tales fueron los desconciertos!

9. No solo se llama este dia, dia de ira, sino tambien dia de Dios,

como lo llama el profeta Joel, para dar á entender que todos estotros han sido dias de hombres, en los cuales hicieron ellos su voluntad contra la de Dios, mas este se llama dia de Dios, porque en él hará Dios su voluntad contra la de ellos. Tú ahora juras, perjuras y blasfemas, y calla Dios: dia vendrá en que rompa Dios el silencio de tantos dias y de tantas injurias, y responda por su honra: de manera que no hay mas que dos dias en el mundo, uno de Dios, y otro del hombre. En este su dia puede el hombre hacer todo lo que quisiere, y á todo ello callará Dios. En este dia puede el rey Sedecías mandar empozar al profeta de Dios, y darle á comer pan por onzas, y hacer todo cuanto se le antojare; y á todas estas injurias callará Dios. Mas tras este dia vendrá otro dia, y tomará Dios al rey Sedecías, y quitarle ha el reino, y destruirá á Jerusalen, y llevarlo ha en hierros delante del rey de Babilonia, y allí matará todos sus amigos é hijos en presencia de él, y luego le mandará sacar los ojos, guardados para ver tanto mal, y tras de esto le hará llevar preso á Babilonia, y poner en una cárcel hasta que muera. De manera que así como el hombre tuvo licencia para hacer en este su dia todo cuanto se le antojó sin que nadie le fuese á la mano, así la tendrá Dios para hacer en este dia todo lo que quisiere sin que nadie se lo estorbe.

Joel, 1.

Jer., 38.

2. Paralip., 36.

§ III. — *De las señales que precederán el dia del juicio final.*

10. Finalmente si quieres saber cual será este dia, párate á considerar las señales que le precederán, porque por las señales conocerás lo señalado, y por la víspera y vigilia la fiesta del dia.

11. Primeramente, aquel dia, cuando haya de ser nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, para haberlo de revelar á nadie, sino solo el Padre; mas todavía precederán antes de él algunas señales, por las cuales puedan pronosticar los hombres no solo la vecindad de este dia, sino tambien la grandeza de él, porque, como dijo el Salvador, « primero que este dia venga habrá grandes guerras y movimientos en el mundo; levantarse han gentes contra gentes, y reinos contra reinos, y habrá grandes temblores de tierra en muchas partes, y pestilencia, y hambres, y cosas espantosas que parecerán en el aire, y otras grandes señales y maravillas. »

Matth., 13.
1. Tim., 1.

Matth., 23.

12. Y sobre todos estos males, vendrá aquella persecucion tantas veces denunciada, del mayor perseguidor de cuantos ha tenido la Iglesia, que es el Anticristo, el cual no solo con armas y tormentos horribles, sino tambien con milagros aparentes y fingidos, hará la mas cruel guerra contra la Iglesia que jamas se hizo. Piensa, pues, ahora tú, como dice san Gregorio, ¿qué tiempo sera aquel cuando el piadoso mártir ofrecerá sus miembros al verdugo, y el verdugo hará milagros delante de él? « Finalmente será tan grande la tribulacion de estos dias, dice el Salvador, cual nunca fué dende el principio del mundo, ni jamas será. »

Y si no proveyese la misericordia de Dios que se abreviasen estos dias, no se salvaria en ellos toda carne; mas por amor de los escogidos se abreviarán.

13. Despues de estas señales habrá otras mas espantosas y mas vecinas á este dia, las cuales parecerán en el sol, y en la luna, y en las estrellas; de las cuales dice el Señor por Ezequiel: « Haré que se escurezcan sobre tí las estrellas del cielo, cubriré el sol con una nube, y la luna no resplandecerá con su luz, y á todas las lumbreras del cielo haré que se entristezcan, y hagan llanto sobre tí, y enviaré tinieblas sobre toda su tierra. » Pues habiendo tan grandes señales y alteraciones en el cielo, ¿qué se espera que habrá en la tierra, pues toda se gobierna por él? Vemos cuando en una república se revuelven las cabezas que la gobiernan, que todos los otros miembros y partes de ella se revuelven y desconciertan, y que toda ella hierve en armas y disensiones. Pues si todo este cuerpo del mundo se gobierna por las virtudes del cielo, estando estas alteradas y fuera de su órden natural, ¿qué tales estarán todos los miembros y partes de él? Así estará el aire lleno de relámpagos y torbellinos, y cometas encendidos. La tierra estará llena de aberturas, y temblores espantosos, los cuales se cree que serán tan grandes, que bastarán para derribar, no solo las casas fuertes y las torres soberbias, mas aun hasta los montes y peñas arrancarán y trastornarán de sus lugares. Mas la mar sobre todos los elementos se embravecerá, y serán tan altas sus olas, y tan furiosas, que parecerá que han de cubrir toda la tierra. A los vecinos espantará con sus crecientes, y á los distantes con sus bramidos, los cuales serán tales que de muchas leguas se oirán.

14. ¡Cuales andarán entonces los hombres! ¡cuan atónitos, cuan confusos, cuan perdido el sentido, la habla y el gusto de todas las cosas! Dice el Salvador que se verán entonces las gentes en grande aprieto, y que andarán los hombres secos y ahilados de muerte, por el temor grande de las cosas que han de sobrevenir al mundo. ¿Qué es esto? dirán, ¿qué significan estos pronósticos? ¿en qué ha de venir á parar esta preñez del mundo? ¿en qué han de parar estos tan grandes remolinos y mudanzas de todas las cosas? Pues así andarán los hombres espantados y desmayados, caidas las alas del corazon, y los brazos, mirándose los unos á los otros; y espantarse han tanto de verse tan desfigurados, que esto solo bastaria para hacerlos desmayar, aunque no hubiese mas que temer. Cesarán todos los oficios y grangerías, y con ellos el estudio y la codicia de adquirir: porque la grandeza del temor traerá tan ocupados sus corazones que no solo se olvidarán de estas cosas, sino tambien del comer y del beber, y de todo lo necesario para la vida. Todo el cuidado será andar á buscar lugares seguros para defenderse de los temblores de la tierra, y de las tempestades del aire, y de las crecientes de la mar; y así los hombres se iran á meter en las cuevas de las fieras, y las fieras se vendrán á guarecer en las casas de los hombres; y así todas las cosas andarán revueltas y llenas de confusion. Afligirlos han los males presentes, y mucho mas el temor de los venideros, porque no sabrán en qué fines hayan de parar tan dolorosos principios. Faltan palabras para encarecer

este negocio, y todo lo que se dice es menos de lo que será. Vemos ahora que cuando en la mar se levanta alguna brava tormenta, ó cuando en la tierra sobreviene algun grande torbellino ó terremoto, cuales andan los hombres, cuan medrosos y cuan cortados, y cuan pobres de esfuerzo y de consejo; pues cuando entonces el cielo, y la tierra, y la mar, y el aire ande todo revuelto, y en las regiones y elementos del mundo haya su propia tormenta; cuando el sol amenace con luto, y la luna con sangre, y las estrellas con sus caidas, ¿quién comerá, quién dormirá, quién tendrá un solo punto de reposo en medio de tantas tormentas? ¡Oh desdichada suerte la de los malos, á cuya cabeza amenazan todos estos pronósticos, y bienaventurada la de los buenos, para quien todas estas cosas son favores y regalos, y buenos anuncios de la prosperidad que les ha de venir! Cuan alegremente cantarán entonces con el profeta: «Dios es nuestro refugio y nuestra firmeza; y por esto no temeremos, aunque se trastorne la tierra, y se arranquen los montes, y vengan á caer en el corazon de la mar.» «Así como entendeis, dice el Salvador, que cuando la higuera y todos los árboles comienzan á florecer y dar su fruto se llega ya el verano, así cuando vieredes estas cosas sabed que se acerca el reino de Dios.» Entonces podreis abrir los ojos y levantar la cabeza, porque se llega el dia de vuestra redencion. ¡Cuan alegre estará entonces el bueno, y por cuan bien empleados dará todos sus trabajos! Y por el contrario, ¡cuan arrepentido el malo, y por cuan condenados tendrá todos sus pasos y caminos!

Psal., 45.

Luc., 21.

§ IV. — *Del fin del mundo y de la resurreccion de los muertos.*

15. Despues de todas estas señales acercarse ha la venida del Juez, delante del cual vendrá un diluvio universal de fuego, que abrase y vuelva en ceniza toda la gloria del mundo. Este fuego á los malos será comienzo de su pena, y á los buenos principio de su gloria, y á los que algo tuvieren por pagar purgatorio de su culpa. Aquí fenecerá toda la gloria del mundo, aquí espirará el movimiento de los cielos, el curso de los planetas, la generacion de las cosas, la variedad de los tiempos con todo lo demás que de los cielos depende. Y así escribe san Juan en el Apocalipsi que vió un ángel poderoso vestido de una nube resplandeciente, el cual tenia el rostro como el sol, y el arco del cielo por corona en su cabeza, y los piés como columnas de fuego, de los cuales el uno tenia puesto sobre la mar, y el otro sobre la tierra; y este ángel dice que levantó el brazo hácia el cielo, y juró por el que vive en los siglos de los siglos que de ahí adelante no habria mas tiempo, es á saber ni movimiento de cielos, ni cosa que se gobierne por ellos, y (lo que mas es) ni lugar de penitencia, ni de mérito, ni de demérito para la otra vida.

Apoc., 10.

16. Despues de este fuego vendrá (como dice el Apóstol) un arcángel con grande poder y majestad, y tocará una trompeta, que es una grande y espantosa voz, que sonará por todas

2. Thes., 4.

las partes del mundo, con la cual convocará todas las gentes á juicio. Esta es aquella temerosa voz, de que dice san Jerónimo : « Ahora coma, ahora beba, siempre parece que me está sonando á las orejas aquella voz que dirá : Levantaos, muertos, y venid á juicio. » ¿Quién apelará de esta citacion? ¿Quién podrá recusar este juicio? ¿A quién no temblará la contera con esta voz? Esta voz quitará á la muerte todos sus despojos, y le hará restituir todo lo que tiene tomado al mundo. Y así dice san Juan que allí la mar entregó los muertos que tenia, y asimismo la muerte y el infierno entregaron los que tenian. ¿Pues qué cosa será ver allí parir á la mar y á la tierra por todas partes tantas diferencias de cuerpos, y ver concurrir en uno tantos ejércitos, y tantas suertes y maneras de naciones y gentes? Allí estarán los Alejandros, allí los Jerjes, y Artajerjes, allí los Daríos, y los Césares de los romanos, y los reyes poderosísimos con otro hábito, y otro brio, y con otros pensamientos muy diferentes de los que en este mundo tuvieron; y allí finalmente se juntarán todos los hijos de Adan, para que dé cada uno razon de sí, y sea juzgado segun sus obras.

Apoc., 20.

17. Mas aunque todos resuciten para nunca mas morir, será grande la diferencia que habrá entre cuerpos y cuerpos. Porque los cuerpos de los justos resucitarán hermosos y resplandecientes como el sol; mas los de los malos escuros y feos como la mesma muerte. ¿Pues qué alegría será entonces para las ánimas de los justos ver del todo ya cumplido su deseo, y verse juntos los hermanos tan queridos y tan amados á cabo de tan largo destierro? ¿Cómo podrá entonces decir el ánima á su cuerpo : ¡Oh, cuerpo mio, y fiel compañero mio, que así me ayudaste á ganar esta corona, que tantas veces conmigo ayunaste, velaste, y sufriste el golpe de la disciplina, y el trabajo de la pobreza, y la cruz de la penitencia, y las contradicciones del mundo! ¡Cuántas veces te quitaste el pan de la boca para dar al pobre! ¡Cuántas quedaste desabrigado para vestir al desnudo! ¡Cuántas renunciaste y perdiste de tu derecho por no perder la paz con el prójimo! Pues justo es que te quepa ahora parte de esta hacienda, pues me ayudaste á ganarla, y que seas compañero de mi gloria, pues tambien lo fuiste de mis trabajos. Allí pues se juntarán en un supuesto los dos fieles amigos, no ya con apetitos y pareceres contrarios, sino con liga de perpetua paz, y conformidad, para que eternalmente puedan cantar y decir : Mirad cuan buena cosa es, y cuan alegre, morar ya los hermanos en uno. Mas por el contrario, ¡qué tristeza sentirá el ánima del condenado, cuando vea su cuerpo tal cual allí se le ofrecerá escuro, sucio, hediondo y abominable! ¡Oh malaventurado cuerpo! dirá ella, ¡oh principio y fin de mis dolores! ¡oh causa de mi condenacion! ¡oh no ya compañero mio, sino enemigo! ¡no ayudador, sino perseguidor! ¡no morada, sino cadena y lazo de mi perdicion! ¡Oh gusto malaventurado, y qué caro me cuestan ahora tus regalos! ¡Oh carne hedionda, que á tales tormentos me has traido con tus deleites! ¿Este es el cuerpo por quien yo pequé? ¿De este eran los deleites por quien yo me perdí? ¿Por este muladar podrido perdí el reino del cielo?

Matth., 13. 1. Tim., 4. 1. Cor., 15. Joel, 2. Isai., 13.

Psal., 15.

¿Por este vil y sucio tronco perdí el fruto de la vida perdurable? ¡Oh furias infernales, levantaos ahora contra mí, y despedazadme, que yo merezco este castigo! ¡Oh malaventurado el dia de mi desastrado nacimiento, pues tal hubo de ser mi suerte que pagase con eternos tormentos tan breves y momentáneos deleites!

18. Estas y otras mas desesperadas palabras dirá la desventurada ánima á aquel cuerpo que en este mundo tanto amó. Pues dime ahora, ánima miserable, ¿porqué tanto aborreces lo que tanto amaste? ¿No era esta carne tu querida? ¿No era este vientre tu Dios? ¿No era este rostro el que curabas y guardabas del sol y aire, y pintabas con tan artificiosos colores? ¿No eran estos los brazos y los dedos que resplandecian con oro y diamantes? ¿No era este el cuerpo para quien servia la mar y la tierra para tenerle la mesa delicada, la cama blanda, y la vestidura preciosa? ¿Pues quién ha trocado tu oficio? ¿Quién ha hecho tan aborrecible lo que antes era tan amable? Cata aquí, pues, hermano, en qué pára la gloria del mundo con todos los deleites y regalos del cuerpo.

§ V. — *De la venida del Juez, y de la manera del juicio, y de los testigos y acusadores de él.*

19. Pues estando ya todos resucitados, y juntos en un lugar, esperando la venida del Juez, descenderá de lo alto aquel á quien Dios constituyó por Juez de vivos y muertos; y así como en la primera venida vino con grandísima humildad y mansedumbre, convidando á los hombres con la paz, y llamándolos á penitencia, así en la segunda vendrá con grandísima majestad y gloria, acompañado de todos los poderes y principados del cielo, amenazando con el furor de su ira á los que no quisieron usar de la blandura de su misericordia. Aquí será tan grande el temor y espanto de los malos, que, como dice Isaías, andarán á buscar las aberturas de las piedras y las concavidades de las peñas para esconderse en ellas, por la grandeza del temor del Señor, y por la gloria de su majestad, cuando venga á juzgar la tierra. Finalmente será tan grande este temor, que, como dice san Juan, los cielos y la tierra huyeron de la presencia del Juez, y no hallaron lugar donde esconderse. ¿Pues porqué huís, cielos? ¿qué habeis hecho? ¿porqué temeis? Y si por cielos se entienden aquellos soberanos espíritus que moran en los cielos, vosotros, bienaventurados espíritus, que fuísteis criados y confirmados en gracia, ¿porqué huís? ¿qué habeis hecho? ¿porqué temeis? No temen cierto su peligro, sino temen por ver en el Juez una tan grande majestad y saña que bastará para poner en espanto y admiracion á todos los cielos. Cuando la mar anda brava, todavía tiene su espanto y admiracion el que está seguro á la orilla; y cuando el padre anda hecho un leon por casa castigando al esclavo, todavía teme el hijo inocente, aunque sabe que no es contra él aquel enojo. ¿Pues qué harán entonces los malos, cuando los justos así temerán? Si los cielos huyen, ¿qué hará la tierra? Y si aquellos que son todo espíritu tiemblan, ¿qué harán los que

Act., 10 Luc., 11. Matth., 24.

Isai., 11.

Apoc., 10.

fueron del todo carne? Y si, como dice el profeta, los montes en aquel dia se derretirán delante la cara de Dios, ¿cómo nuestros corazones son mas duros que las peñas, pues aun con esto no se mueven?

20. Delante del Juez vendrá el estandarte real de la cruz, para que sea testigo del remedio que Dios envió al mundo, y como el mundo no le quiso recibir. Y así la santa cruz justificará allí la causa de Dios, y á los malos dejará sin consuelo y sin excusa. Matth., 23. Entonces, dice el Salvador, llorarán y plantearán todas las gentes de la tierra; y todas ellas herirán y darán golpes en los pechos. ¡Oh cuántas razones allí tendrán para llorar y plantear! Llorarán, porque ya no pueden hacer penitencia, ni huir de la justicia, ni apelar de la sentencia. Llorarán las culpas pasadas, la vergüenza presente, y los tormentos advenideros. Llorarán su mala suerte, su desastrado nacimiento, y su malaventurado fin. Por estas y por otras muchas causas llorarán, y plantearán, y como atajados por todas partes, y pobres de consejo, y de remedio, darán golpes, y herirán (como dice el Evangelista) sus pechos. Luc., 23.

21. Entonces el Juez hará division entre malos y buenos, y pondrá los cabritos á la mano siniestra, y las ovejas á la diestra. ¿Quién serán estos tan dichosos que tal lugar y honra como esta recibirán? Atribúlame, Señor, aquí; aquí mata, aquí corta, aquí abrasa, porque allí me pongas á tu mano derecha. Luego comenzará á celebrarse el juicio, y tratarse de las causas de cada uno, segun lo escribe el profeta Daniel por estas palabras: «Estaba yo, dice él, atento, y ví poner unas sillas en sus lugares, y un anciano de dias se asentó en una de ellas, el cual estaba vestido de una vestidura blanca como la nieve, y sus cabellos eran tambien blancos, así como una lana limpia. El trono en que estaba asentado eran llamas de fuego, y las ruedas de él como fuego encendido, y un rio de fuego muy arrebatado salia de la cara de él. Millares de millares entendian en servirle, y diez veces cien mil millares asistian delante de él. Miraba yo todo esto en aquella vision de la noche, y ví venir en las nubes uno que parecia hijo de hombre.» Dan., 7. Apoc., 1. Hasta aquí son palabras de Daniel, á las cuales añade san Juan, y dice: «Y ví todos los muertos, así grandes como pequeños, estar delante de este trono, y fueron abiertos allí los libros, y otro libro se abrió, que es el libro de la vida, y fueron juzgados los muertos segun lo contenido en aquellos libros y segun sus obras.» Apoc., 20. Cata aquí, hermano, el arancel por donde has de ser juzgado: cata aquí las tasas y precios por donde se ha de apreciar todo lo que hiciste, y no por el juicio loco del mundo, que tiene el peso falso de Canaan en la mano, donde tan poco pesan la virtud y el vicio. Oseæ, 12. En estos libros se escribe toda nuestra vida con tanto recaudo, que aun no has echado la palabra por la boca cuando ya está apuntada y asentada en su registro.

22. ¿Mas de qué cosas (si piensas) se nos ha de pedir cuenta? «Todos los pasos de mi vida tienes, Señor, contados,» dice Job. Job, 31. No ha de haber ni una palabra ociosa, ni un solo pensa-

miento de que no se haya de pedir cuenta en aquel juicio; y no solo de lo que pensamos, ó hicimos, sino tambien de lo que dejamos de hacer cuando éramos obligados. Si dijeres: Señor, yo no juré; dirá el Juez: Juró tu hijo, ó tu criado, á quien tú debieras castigar. Y no solo de las obras malas, sino tambien de las buenas, daremos cuenta con qué intencion y de qué manera las hicimos. Finalmente, como dice san Gregorio, de todos los puntos y momentos de nuestra vida se nos ha de pedir allí cuenta en qué y cómo los gastamos. Pues si esto ha de pasar así, ¿de dónde nace en los que esto creemos tanta seguridad y descuido? ¿En qué confiamos? ¿Con qué nos satisfacemos y lisonjeamos en medio de tantos peligros? ¿En qué va esto, que los que mas tienen porque temer menos teman, y los que menos tenian por que temer vivan con mayor temor? Justo era el bienaventurado Job, pues por tal fué pronunciado por boca de Dios, y con todo esto vivia con tan gran temor de esta cuenta, que decia: «¿Qué haré cuando se levantare Dios á juzgar? Y cuando comience á preguntarme ¿qué le responderé?» Palabras son estas de corazon grandemente afligido y congojado. «¿Qué haré?» dice, como si dijese: Un cuidado me fatiga continuamente, un clavo traigo hincado en el corazon, que no me deja reposar; ¿qué haré? ¿adónde iré? ¿qué responderé cuando entre Dios en juicio conmigo? ¿Porqué temes, bienaventurado santo? ¿porqué te congojas? ¿No eres tú el que dijiste: Padre era yo de pobres, ojo de ciegos, y piés de cojos? ¿No eres tú el que dijiste que en toda tu vida tu corazon te reprehendió de cosa mala? Pues un hombre de tanta inocencia, ¿porqué temes? Porque sabia muy bien este santo que no tenia ojos de carne, ni juzgaba como juzgaban los hombres: en cuyos ojos muchas veces resplandece lo que ante Dios es abominable. ¡Oh verdaderamente justo, que por esto eres tan justo, porque vives con tan gran temor! Este temor, hermanos, condena nuestra falsa seguridad: esta voz deshace nuestras vanas confianzas. ¿A quién habrá quitado alguna vez la comida ó el sueño este cuidado? Pues los que esto sienten como se debe sentir, algunas veces llegan á perder el sueño y la comida, y algo mas. En las vidas de los padres leemos que como uno de aquellos santos varones viese una vez reir á un discípulo suyo, le reprehendió ásperamente, diciendo: ¿Cómo? ¿Y habiendo de dar á Dios cuenta delante del cielo y la tierra te osas reir? No le parecia á este santo que tenia licencia para reirse quien esperaba esta cuenta.

Matth., 12.

Job, 2.

Job, 31.

Job, 27 et 29.

Luc., 16.

23. Pues acusadores y testigos tampoco faltarán en esta causa. Porque testigos serán nuestras mismas conciencias, que clamarán contra nosotros; y testigos serán tambien todas las criaturas de quien mal usamos, y sobre todo será testigo el mismo Señor á quien ofendimos, como él mismo lo significa por un profeta, diciendo: «Yo seré testigo apresurado contra los hechiceros y adúlteros y perjuros, y contra los que andan buscando calumnias para quitar al jornalero su jornal, y contra los que maltratan á la viuda y al huérfano, y

Jer., 29. Mal., 3.

fatigan á los peregrinos y extranjeros que poco pueden, y no miraron que estaba yo de por medio, dice el Señor.»

24. Acusadores tampoco faltarán, y bastará por acusador el mismo demonio, que, como san Agustin escribe, alegará muy bien ante el Juez de su derecho, y decirle ha: Justísimo Juez, Apoc., 12. no puedes dejar de sentenciar, y dar por mios estos traidores, pues ellos han sido siempre mios, y en todo han hecho mi voluntad. Tuyos eran ellos, porque tú los criaste, é hiciste á tu imágen y semejanza, y redimiste con tu sangre. Mas ellos borraron tu imágen, y se pusieron la mia; desecharon tu obediencia, y abrazaron la mia; menospreciaron tus mandamientos, y guardaron los mios. Con mi espíritu han vivido, mis obras han imitado, por mis caminos han andado, y en todo han seguido mi partido. Mira cuánto han sido mas mios que tuyos, que sin darles yo nada, ni prometerles nada, y sin haber puesto mis espaldas en la cruz por ellos, siempre han obedecido á mis mandamientos, y no á los tuyos. Si yo les mandaba jurar, y perjurar, y robar, y matar, y adulterar, y renegar de tu santo nombre, todo esto hacian con grandísima facilidad. Si yo les mandaba poner hacienda, vida y alma por un punto de honra que yo les encarecia, ó por un deleite falso á que yo les convidaba, todo lo ponian á riesgo por mí; y por tí, que eres su Dios, y su Criador, y su Redentor, que les diste la hacienda, y la salud, y la vida; que les ofrecias la gracia, les prometias la gloria, y sobre todo esto, que por ellos padeciste en una cruz; con todo esto nunca se pusieron al menor de los trabajos del mundo por tí. ¡Cuántas veces te aconteció llegar á sus puertas llagado, pobre y desnudo, y darte con ellas en la cara, teniendo mas cuidado de engordar sus perros y caballos, y vestir sus paredes de seda y oro, que de tí! Y pues esto es así, justo es que algun dia sean castigadas las injurias y desprecios de tan grande Majestad.

25. Pues oida esta acusacion pronunciará el Juez contra los malos aquella terrible sentencia, que dice: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus Matth., 25. ángeles; porque tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber, etc. Y así irán los buenos á la vida eterna, y los malos al fuego eterno.» ¿Quién podrá explicar aquí lo que los malaventurados sentirán con estas palabras? Allí es donde darán voces á los montes, para que caigan sobre ellos, y á los collados que los cubran. Allí blasfemarán y renegarán, y pondrán su boca sacrílega en Dios, y maldecirán siempre el dia de su na- Luc., 23. cimiento, y su malaventurada suerte. Allí del todo se acabará su dia, fenecerá su gloria, y se volverá la hoja de su prosperidad; y en los cuerpos comenzará para siempre el dia de su dolor; como lo significó san Juan en su Apocalipsi, debajo del nombre de Babilonia, por estas palabras: «Llorarsehan, y harán llanto sobre sí los Apoc., 18. reyes de la tierra, que gozaron de los regalos y deleites de Babilonia, y fornicaron con ella, cuando vean el humo que sale de sus tormentos, y ponersehan lejos por el temor de ellos, y dirán: ¡Ay, ay de aquella ciu-

dad grande de Babilonia, que en una hora le vino su juicio! Y los mercaderes de la tierra llorarán, porque ya no habrá quien compre mas sus mercaderías de oro y plata, y piedras preciosas, y harán llanto sobre ella, y dirán: ¡Ay, ay de aquella ciudad grande que se vestia de holanda, grana y carmesí, y se cubria de oro y piedras preciosas, que en una hora perecieron tantas riquezas!»

26. Pues, ó hermanos mios, si esto ha de pasar así, proveamos con tiempo, y tomemos el consejo que nos da aquel que primero quiso ser nuestro Abogado que nuestro Juez. No hay quien mejor sepa lo que es necesario para aquel dia, que el que ha de ser Juez de nuestra causa. Él, pues, nos enseña brevemente lo que nos conviene hacer, por estas palabras: «Mirad, dice él por san Lucas, no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiadas comidas y bebidas, y con cuidados y negocios de esta vida, y os venga de rebato aquel temeroso dia, porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran en la haz de la tierra. Y por esto velad, y haced oracion en todo tiempo, porque merezcais ser librados de todos estos males, que han de venir y parecer delante del Hijo del hombre. Pues considerando esto, hermanos, venid, y levantémonos de este sueño tan pesado antes que caya sobre nosotros la noche escura de la muerte, antes que venga este tan temeroso dia de quien dice el profeta: «Ya viene, ¿y quién le esperará? ¿Y quién podrá sufrir el dia de su venida? Aquel, por cierto, podrá esperar este dia de Juicio, que hubiere tomado la mano al Juez, y juzgado primero á sí mesmo.»

Luc., 21.

Mal., 3.
1. Cor., 11.

CAPITULO XIII.

Meditaciones para el viernes en la noche.

Este dia será la meditacion de las penas del infierno.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditacion, tambien como con la pasada, se confirme mas tu ánima en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado que allí dijimos.

2. Estas penas dice san Buenaventura que se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno, segun él mismo dice, como un lago escuro, tenebroso, puesto debajo de la tierra, ó como un pozo profundísimo lleno de fuego, ó como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda se arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados con perpetuo llanto y crugir de dientes.

3. Pues en este malaventurado lugar se padecen dos penas principales:

la una que llaman de sentido, y la otra de daño. Y cuanto á la primera, piensa cómo no habrá allí sentido ninguno dentro ni fuera del hombre, que no esté penando con su propio tormento. Porque así como los malos ofendieron á Dios con todos sus miembros y sentidos, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados, y cada uno de ellos padezca su propio tormento, y pague su merecido. Allí pues los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la vision horrible de los demonios; los oidos con la confusion de las voces y gemidos que allí sonarán; las narices con el hedor intolerable de aquel sucio lugar; el gusto con rabiosísima hambre y sed; el tacto y todos los miembros del cuerpo con frio y fuego incomportable; la imaginacion padecerá con la aprehension de los dolores presentes; la memoria con la recordacion de los placeres pasados; el entendimiento con la consideracion de los bienes perdidos y de los males advenideros.

4. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar. Porque, como dice san Gregorio, allí habrá frio que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, y vision de demonios, confusion de pecados, y desesperacion de todos los bienes. Pues dime ahora, si el menor de todos estos males que se padeciese acá por muy pequeño espacio de tiempo, seria tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí en un mismo tiempo de toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentido, qué palabras, qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

5. Pues no es esta la mayor de las penas que allí se pasan, otra hay sin comparacion mayor, que es la que llaman los teólogos pena de daño, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios, y de su gloriosa compañía. Y aunque esta pena sea comun á todos los dañados, pero muy mas grave será á aquellos que mayor aparejo tuvieron para gozar de este bien; como son primeramente todos los cristianos, á quien se predicó el Evangelio, y despues todos los malos religiosos y sacerdotes, los cuales, así como tuvieron mas á la mano este bien, así se angustiarán mas por haberlo perdido.

6. Estas son las penas que generalmente competen á todos los condenados, mas allende de estas penas generales hay otras particulares, que allí padecerá cada uno conforme á la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio, y otra la del envidioso, y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así de los demas. En lo cual resplandecerá maravillosamente la sabiduría y la justicia divina, la cual en tan grande infinidad de culpas, y de culpados, sabrá tan perfectamente todos los excesos de cada uno, y medirá como con una balanza la pena de su delito, como dijo el Sabio. Los juicios del Señor son peso y medida. ¡Oh qué cosa tan dolorosa para los malos ver como allí les acertará Dios en las coyunturas! ¡Y qué cosa tan deleitable para los buenos ver aquella tan maravillosa propor-

Isai., 27.

cion y consonancia de penas en tan grande muchedumbre de culpas! Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusion conforme á la presuncion y soberbia, y la desnudez conforme á la demasía y abundancia, la hambre y sed conforme al regalo y á la hartura pasada. Así mandó Dios que fuese castigada aquella mala mujer del Apocalipsi, que estaba sentada sobre las aguas del mar, con un cáliz en la mano lleno de ponzoñosos deleites, contra la cual se fulminó aquella sentencia del cielo, que decia: Cuánto se ensalzó y gozó de sus deleites tanto le dad de tormento y llanto.

7. A todas estas penas acompaña la eternidad del padecer, que es como el sello y llave de todas ellas, porque todo esto seria tolerable si fuese finito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin; mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declaracion, ni mudanza, ni hay esperanza que se acabará jamas, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padece, sino que es como un destierro preciso, y como un sambenito irremisible, que nunca jamas se quita, esto es cosa para sacar de juicio á quien atentamente la considera.

8. De aquí nace aquel odio rabiosísimo que los malaventurados tienen contra Dios, y aquellos reniegos y blasfemias que dicen contra él. Porque como ellos tienen perdida ya la esperanza de su amistad, y saben que ya no han de volver mas en su gracia, ni se les ha de aflojar nada de la pena, y ven que Dios es el que azota, y el que los enclava dende lo alto, y el que los tiene presos en aquella cadena, embravécense en tanta manera contra él que dia y noche nunca cesan de blasfemar su santo nombre.

9. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XIV.

Tratado de la consideracion de las penas del infierno, en el cual se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De las cosas para que ayuda en gran manera la consideracion de las penas del infierno.*

1. La consideracion de las penas del infierno es en gran manera provechosa para muchas cosas. Lo primero para movernos á los trabajos y asperezas de la penitencia, como se movia el bienaventurado san Jerónimo, el cual dice de sí mismo que por el gran miedo que habia concebido de las penas del infierno se habia condenado á hacer tan áspera penitencia, como él allí describe, que hacia morando en el desierto.

2. Aprovecha tambien, como dice Ricardo, para vencer las tentaciones del enemigo, cuando á la primera entrada del mal pensamiento ponemos luego delante el horror de las penas, y apagamos la llama del

deleite antes que arda con la memoria de las llamas, que para siempre arderán. Conforme á esto se escribe de uno de aquellos padres del yermo, que siendo una vez tentado del enemigo con un mal pensamiento, puso la mano sobre unas brasas de fuego, para ver si podia sufrir aquel poco de calor, y como no lo pudiese sufrir, volvióse contra sí mismo, y dijo: Si no puedo sufrir este poco de calor por un espacio tan breve, ¿cómo podré sufrir el fuego del infierno por espacio tan largo?

3. Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual es principio de la sabiduría y comienzo de la caridad, y despues de ella es el mayor freno que podemos tener para todo lo malo. Y sobre todo esto aprovecha grandemente para temer el pecado ver el miserable galardon que por él se da, que es la muerte perdurable. Por lo cual es mucho de maravillar cómo los que esto creen y confiesan osan cometer un pecado contra Dios. Dos grandes maravillas han acaecido en el mundo en este género de cosas. La una que habiendo nuestro Salvador hecho tantos milagros entre los hombres como hizo, hubiese muchos que no le quisieron creer. Y la otra, que despues de haberlo ya creido, haya tantos que le osen ofender. Maravillosa cosa por cierto, que habiendo el Señor hecho un tan gran milagro entre otros, como fué resucitar á Lázaro de cuatro dias muerto, que muchos de los que allí se hallaron presentes no quisiesen creer en él: y maravilla es tambien que habiendo los hombres ya creido por su predicacion que hay pena y gloria para siempre, haya tantos que le osen ofender. Admirable cosa es ver despues de tales milagros tal infidelidad, y admirable es tambien ver despues de tal fe tales costumbres.

Eccli., 1 et 25.

Joan., 11.

4. Mas porque esto mas viene por la falta de consideracion que de fe, por tanto es muy provechoso ejercicio considerar esto que nos dice la fe, para que entendida la gravedad de la pena vivamos con mayor temor de la culpa, por la cual se merece tanta pena.

§ II. — *De dos maneras de penas que hay en el infierno.*

5. Y aunque sean innumerables las penas del infierno, todas ellas finalmente (como ya dijimos) se reducen á dos, que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido es la que atormenta los sentidos y cuerpos de los condenados, y pena de daño es haber de carecer para siempre de la vision y compañía de Dios. Estas dos maneras de penas responden á dos males y desórdenes que hay en el pecado: el uno de los cuales es el amor desordenado de la criatura, y el otro es menosprecio del Criador. Pues á estos dos males responden estas dos maneras de penas. Al amor y deleite sensual que se tomó en la criatura, responde la pena de sentido, para que el sentido que se deleitó contra lo que Dios mandaba, pague con el dolor de la pena la golosina de su culpa; y al menosprecio de Dios responde el perder para siempre al mismo Dios, porque pues el hombre primero lo desechó de sí, justo es que sea para siempre desechado de él. Y por entre estos dos males, el postrero, que es el menosprecio de

Dios, es sin comparacion mayor que el primero, por eso la pena de daño (que á este mal corresponde) es sin comparacion mayor que la de sentido.

6. Comenzando, pues, por las penas de los sentidos exteriores, la primera es fuego de tan grande ardor y eficacia, que segun dice san Agustin este nuestro de acá es como pintado, si se compara con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino tambien las ánimas: y de tal manera las atormentará, que no las consumirá, porque así la pena sea eterna. Lo cual dice san Agustin que se hará por especial milagro, porque Dios, que dió su naturaleza á todas las cosas, dió esta propiedad á aquel fuego que de tal manera atormente que no consuma.

7. ¿Pues mira tú ahora qué sentirán los malaventurados, estando siempre acostados en tal cama como esta? Y para que mejor esto puedas entender, párate á imaginar lo que sentirias si te echasen en una grande caldera, cuando ella estuviese mas viva y mas encendida, ó en algun grande horno de fuego cual era aquel que encendió Nabucodonosor en Babilonia, cuyas llamas subian cuarenta y nueve codos en lo alto, y por aquí podrás barruntar algo de lo que allí se pasará; porque si este nuestro fuego, que segun dijimos es como pintado, así atormenta, ¿qué hará aquel que es verdadero? No me parece que seria necesario pasar adelante, si el hombre quisiese detenerse un poco en este paso, y hacer aquí una estacion hasta sentir esto cómo es.

Dan., 3.

8. Con esta pena se juntará otra contraria á ella, aunque no menos intolerable, que será un horrible frio, que con ninguno de los nuestros se puede comparar: el cual se dará por miserable refrigerio á los que arden en aquel fuego, pasándolos, como se escribe en Job, de las aguas de nieve á los calores del fuego, para que no quede ningun género de tormento por probar á los que ningun género de deleite quisieron dejar de gustar.

Job, 24.

9. Y no solamente atormentará el frio y el fuego, sino tambien los mismos demonios, con figuras horribles de fieras y monstruos espantables en que les aparecerán: los cuales con su vista atormentarán los ojos adúlteros y deshonestos, y los que se pintaron con artificiosos colores para ser lazos hermosos, y redes de Satanás.

10. Esta pena es mucho mayor de lo que nadie puede pensar, porque si nos consta que algunas personas han perdido el sentido, y aun muerto de espanto, con la vista ó imaginacion de algunas cosas temerosas, y á veces la sospecha sola de ellas nos hace erizar los cabellos y temblar, ¿qué será el temor de aquel lago tenebroso, lleno de tan horribles y espantosas quimeras como allí se ofrecerán á los ojos de los malos? Especialmente si consideramos cuan horrible sea la figura del demonio, pues por tan terribles semejanzas nos la representa el mismo Dios en las Escrituras sagradas, como cuando en el libro de Job dice así: «¿Quién descubrirá la haz de sus vestiduras? ¿Y quién será poderoso para entrar en su boca? ¿Y quién abrirá las puertas con que se cubre su rostro? Al rededor de sus dientes está el temor: su cuerpo es como un escudo de acero, cubierto de escamas tan trabadas

Job, 41.

entre sí que ni un poquito de aire puede colar por ellas. Su estornudo es un resplandor de fuego, y sus ojos bermejean como los arreboles de la mañana. De su boca salen hachas como de teas encendidas, y de sus narices sale humo como de una olla que hierve. Con su resuello hace arder las brasas y llamas que salen de su boca. » ¿Pues qué tanto nos espantará allí la vista de un tan horrible monstruo como por estas semejanzas es aquí figurado?

11. Al tormento de los ojos se añade otra pena terrible para las narices, que será un hedor incomparable que habrá en aquel lugar para castigo de los olores y atavíos que los hombres carnales mundanos buscaron en este mundo, como lo amenaza Dios por Isaías, diciendo: « Porque se desvanecieron las hijas de Sion, y anduvieron los cuellos levantados, halconeando los ojos, y pavoneándose en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos, por tanto el Señor les pelará los cabellos de la cabeza, con todos los otros atavíos profanos, y darles ha en lugar de los suaves olores hedor, y en lugar de la cinta una soga, y en lugar de los cabellos ondeados la calva pelada, en lugar de la faja de los pechos un cilicio. » Esta es la pena que se debe á los olores y atavíos de los hombres mundanos. Isai., 3.

12. Para sentir algo de esta pena, párate á considerar aquel tan horrible género de tormento que un tirano cruelísimo inventó para justiciar los hombres, el cual, tomando un cuerpo muerto, mandábalo tender sobre un vivo; y atando muy fuertemente al vivo con el muerto, dejábalos estar así juntos hasta que el muerto matase el vivo con la hediondez y gusanos que de él salian. Pues si te parece muy horrible este tormento, dime ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar donde los malos están? Allí se dirán á cada uno de los miserables aquellas palabras de Isaías: « Descendió hasta los infiernos tu soberbia, y allí cayó tu cuerpo muerto: debajo de tí se tenderá la polilla, y la cobija que tendrás encima serán gusanos. » Isai., 25.

13. Y si esta pena se da á las narices, ¿qué tal es la que se dará á las orejas con las cuales se cometen mayores pecados? Estas pues serán atormentadas con perpetuas voces, clamores, gemidos y blasfemias que allí sonarán. Porque así como en el cielo no suena otra cosa sino aleluya perpetua y alabanzas divinas, así no suena otra cosa en esta infernal tienda de atormentadores, sino blasfemias y maldiciones de Dios, y una desordenada melodía de infinitas voces desiguales que allí se cantan al sonido de los martillos y golpes de los verdugos: en la cual será tanta la confusion y variedad de las voces, y tan grandes los alaridos de toda aquella miserable carcelería, que ni cuando Troya se perdió, ni cuando Roma se ardia, es todo nada en comparacion de lo que allí será.

14. Para sentir algo de esta pena, imagina ahora que pasases por un valle muy hondo, el cual estuviese lleno de una infinita muchedumbre de cautivos, heridos y enfermos, y que todos ellos estuviesen dando gritos y voces, cada uno de su manera, así hombres como mujeres, como niños, y como viejos; dime ¿qué pareceria este ruido tan grande y de

tanta confusion? ¿Pues qué parecerá aquel espantoso ruido de un gran número de condenados, los cuales perpetuamente no hacen otra cosa que gritar y blasfemar y renegar de Dios y de sus santos? ¿Qué galera hay en el mundo que de tantos renegadores y forzados esté poblada? Estos son los maitines que allí se cantan, esta es la triste capilla del príncipe de las tinieblas, estos sus laudes y cantores, de los cuales serán hermanos y cofrades todos los murmuradores y maldicientes, y los que dieron sus oidos á las mentiras del enemigo.

15. Ni tampoco faltará á la lengua y al gusto regalado su tormento, pues leemos en el Evangelio la sed que padecia aquel rico goloso entre las llamas de sus tormentos, y las voces que daba al santo patriarca, pidiéndole una sola gota de agua para refrescar la lengua, que tenia tan abrasada.

§ III.—*Del tormento de los sentidos y potencias interiores del ánima.*

16. Gravísimas son todas estas penas de los sentidos interiores del cuerpo, pero mucho mayores serán las de los sentidos interiores del ánima, á los cuales ha de caber tanto mayor parte de la pena, cuanto fueren mas negligentes en atajar la culpa. Porque primeramente la imaginacion será allí atormentada con una tan vehemente aprehension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará, ni podrá pensar. Porque si vemos que cuando un dolor es agudo, no podemos aunque queramos apartar el pensamiento de él, porque el mismo dolor despierta la imaginacion, para que otra cosa no piense sino lo que le duele, ¿cuánto mas acaecerá esto allí donde el dolor es sin comparacion mas intolerable? De esta manera la imaginacion avivará el dolor, y el dolor la imaginacion, para que así por todas partes crezca el tormento del condenado. Estas serán las meditaciones continuas de aquellos que nunca quisieron, mientras vivian, acordarse de estas penas, para que los que no las quisieron pensar aquí para freno de su vida, las padezcan allí para castigo de su culpa.

17. La memoria tambien por su parte los atormentará cuando allí se les acuerde de su antigua felicidad y de sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padecer tales tormentos. Allí verán claramente cuan caro les costó aquella miserable golosina, y cuánta pimienta tenian aquellos bocados que tan dulces les parecian. Entre todas las maneras de adversidades, una de las mayores dice un sabio que es haberse visto en prosperidad y despues venir á miseria. Pues cuando los ricos y poderosos de este mundo vuelvan los ojos atrás, y se acuerden de aquella primera prosperidad y abundancia en que vivieron, y vean cómo á aquella abundancia sucedió tanta esterilidad que no se les da una sola gota de agua, y que ya los regalos se trocaron en trabajos, y las delicadezas en miserias, y los olores en hedores, y las músicas en gemidos, ¿qué tormento será tan grande el que con esta memoria recibirán?

18. Mas mucho mayor aun será cuando se pongan á medir la duracion de los placeres pasados con la de los dolores presentes, y vean cómo los

placeres duraron un punto, y los dolores durarán para siempre. ¿Pues qué dolor sera aquel, y qué gemido, cuando echada bien esta cuenta vean que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por deleites, que presto se acabaron, pasarán tormentos que nunca se acabarán?

19. Estas son las penas que padecerán en la memoria, acordándose de la felicidad pasada; pero mucho mayores serán las que padecerán en el entendimiento, considerando la gloria perdida. De aquí les nace aquel gusano remordedor de la conciencia, con que tantas veces amenaza la Escritura divina, el cual noche y dia siempre morderá y roerá, y se apacentará en las entrañas de los malaventurados. El gusano nace del madero, y siempre está royendo el madero de donde nació; y así este gusano nació del pecado, y siempre tiene pleito con el mismo pecado que lo engendró.

20. Este gusano es un despecho y una penitencia rabiosa que tienen siempre los malos, cuando consideran lo que perdieron, y la causa porque lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita de delante; esta siempre, aunque en balde, les está comiendo las entrañas, y les hace estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien, y no me quise de él aprovechar! Tiempo hubo en que me ofrecian este bien, y me rogaban con él, y me lo daban de balde, y no le quise. Por solo confesar y pronunciar por la boca mis pecados, me los perdonaban; por solo pedir á Dios el remedio, me lo otorgaba: por solo un jarro de agua fria me daba la vida perdurable. Ahora para siempre ayunaré, y lloraré, y me arrepentiré de lo que hice, y todo será sin fruto. ¡Oh cómo ya se pasó aquel tiempo, y nunca mas volverá! ¿Qué me dieron á mí, porque tanto aventuré? Aunque me dieran todos los reinos y deleites del mundo, y que de ellos hubiera de gozar por tantos años, cuantas arenas hay en la mar, todo esto era nada en comparacion de la menor pena que allí se pasa. Y no dándome nada de esto, sino una pequeña sombra de placer fugitivo, ¿por esta tengo de llevar á cuestas eterno tormento? ¡Oh malaventurado deleite, y malaventurado trueque, y malaventurada hora y punto en que así me cegué! ¡Oh ciego de mí, ó miserable de mí, ó mil veces malaventurado de mí, que así me engañé! Maldito sea quien me engañó, y maldito quien no me castigó, y maldito el padre que me regaló, y maldita la leche que mamé, y el pan que comí, y la vida que viví. Maldito sea mi parto, y mi nacimiento, y todo cuanto ayudó y sirvió para que yo tuviese ser. Dichosos y bienaventurados los que nunca fueron, los que nunca nacieron, los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron.

21. De esta manera los miserables maldecirán á todas las criaturas, y principalmente aquellas que les fueron causa de su perdicion. Así leemos, en las vidas de los padres, de un santo varon que vió en revelacion un pozo muy hondo lleno de grandes llamas de fuego, y en medio de ellas andaba un padre y un hijo atados uno con otro, maldiciéndose entre sí con grandísima rabia. El padre decia: Maldito seas, hijo, que por

dejarte rico me hice usurero, y por esto me condené. Y el hijo decia: Maldito seas, padre, que pensando que me hacias bien me destruiste, pues me dejaste la hacienda mal ganada, por la cual me condené.

22. Sobre todo esto ¿cuales serán los tormentos y dolores de la mala voluntad? En ella estará siempre una envidia rabiosa de la gloria de Dios y de sus escogidos, la cual los estará siempre royendo las entrañas no menos que aquel gusano susodicho. De esta pena dice el salmo: «El pecador verá, y airarse ha; con sus dientes regañará, y deshacerse ha; y el deseo de los malos perecerá.» Tendrán otrosí un tan grande aborrecimiento y odio contra Dios, porque los detiene y castiga en aquel lugar, que así como el perro rabioso, herido con la lanza, se vuelve con gran furia á dar bocados en ella, así ellos querrian, si les fuese posible, despedazar á Dios, porque saben que él es el que les hinca la lanza, y el que desde lo alto les hiere con la espada de su justicia. Tienen tambien grandísima obstinacion en lo malo: porque no les pesa, ni porque son malos, ni porque lo fueron; antes quisieran haber sido peores, y si les pesa por haber vivido mal, no es por amor que tengan con Dios, sino por su amor propio, y porque pudieran excusar aquellos tormentos, si de otra manera vivieran. Con esto tienen tambien una perpetua desesperacion, porque sienten tan mal de Dios y de su misericordia que no esperan de ella que los podrá jamás perdonar, y aun porque están ciertos que nunca tendrán fin ni remedio sus penas, y esta es la causa de sus blasfemias, y de aquel deslenguamiento contra Dios, porque, como ya no esperan nada de él, procuran vengarse de él en lo que pueden con sus lenguas rabiosas.

Psal., 111.

§ IV. — *De la pena que llaman de daño.*

23. ¿Quién podrá creer que despues de todas estas penas susodichas queda aun mas que padecer? Pues es cierto que todas estas penas son como nada, en comparacion de lo que queda por decir. Mira tú cual será aquella pena, pues tan horribles tormentos como los susodichos se llaman nada, comparados con ella. Porque todas las penas que hasta aquí habemos dicho pertenecen por la mayor parte á la pena de sentido: queda despues de esta la pena de daño, que arriba tocamos, que es sin comparacion mayor. Lo cual parece claro por esta razon; porque no es otra cosa esta pena sino privacion de algun bien que se poseia, ó se esperaba poseer; y cuanto es mayor este bien, tanto es mayor la pena que se recibe cuando se pierde; como parece claro en las pérdidas temporales, que cuanto son de mayores bienes tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito, y el mayor de todos los bienes, claro está que carecer de él será mal infinito, y el mayor de todos los males.

24. Demas de esto, como Dios sea centro del ánima racional, y el lugar donde ella tiene su reposo cumplido, de aquí nace que apartar esta ánima de Dios le es el mas penoso dolor y apartamiento de todos cuantos pueden ser. Por lo cual dice san Crisóstomo que mil fuegos del infierno

que se juntasen en uno no darian al ánima tanta pena como le ha de dar este apartamiento de Dios.

25. No se puede explicar con palabras hasta donde llegue este dolor. No es nada el apartamiento que suele intervenir en las guerras y cautiverios cuando quitan á los hijos de los pechos de sus madres, para lo que será aquella perpetua division y apartamiento. Pues para entender algo de esto, párate á mirar aquel tan horrible género de muerte, con que algunos tiranos atormentaban algunos mártires, los cuales hacian bajar hasta el suelo dos ramas de dos grandes árboles, y á las puntas de ellas mandaban atar los piés del santo mártir que querian justiciar, y hecho esto mandábanlas soltar de presto, para que resurtiendo ellas á sus lugares naturales, volase el cuerpo en lo alto, y lo despedazasen en el aire, llevándose cada una de las ramas su pedazo colgado. Pues si este apartamiento de las partes del cuerpo entre sí mismas era tan grande tormento, ¿qué te parece que será aquel apartamiento de Dios, que no es la parte, sino el todo de nuestra ánima, especialmente habiendo de durar no tanto tiempo cuanto fuese menester para subir las ramas á lo alto, sino tanto cuanto Dios fuere Dios?

§ V. — *De las penas particulares de los condenados.*

26. Sobre todas estas penas susodichas hay aun otras, porque estas son penas generales y comunes á todos los condenados, mas sobre estas hay otras particulares, señaladas y proporcionadas á cada uno, segun la cualidad de su delito, como lo significó el profeta Isaías, cuando dijo: «Medida se dará contra medida, porque así lo determinó el Señor en su corazon duro en el dia del estío.» Isai., 17.

El estío significa el entendimiento y el furor de la ira divina. El corazon duro la terribilidad de la sentencia, que castigará culpas temporales con penas eternas. La medida contra medida será la cuantidad y proporcion de la pena, conforme á la cualidad de la culpa. Porque allí ha de resplandecer la hermosura y órden de la Divina Justicia, dando á cada uno su merecido, segun la condicion de su pecado. De esta manera dice un doctor que serán castigados allí los avarientos con miserable necesidad. Los perezosos serán allí punidos con aguijones encendidos. Los glotones serán atormentados con grandísima hambre y sed. Los carnales y deshonestos serán embestidos en llamas de piedra azufre hediondas. Los envidiosos aullarán con dolores entrañables como perros rabiosos. Los soberbios y presuntuosos serán llenos de perpetua confusion; y así todos los demás. Pues, ¡oh idólatras del mundo, amadores de honra, allegadores de hacienda, inventores de nuevos trajes y comidas y deleites! ¡oh ciudad triste y miserable de Babilonia, quién tomase ahora llanto sobre tí, y te llorase otra vez con aquellas piadosas lágrimas del Salvador, diciendo: ¡Si conocieses ahora tú! ¡Oh si conocieses cuan caros te han de costar estos bocados, y cuan recios verdugos han de ser allí esos ídolos que adoraste! Los que comen la fruta antes de tiempo es por fuerza que les haya de hacer dentera, y así porque Luc., 19.

los mundanos quisieron gozar antes de tiempo del descanso, y tener paraiso en lugar de destierro, estaba claro que algun dia les habia de ser dentera este bocado, segun que lo amenaza Dios por su profeta diciendo: « Todo hombre que comiere las uvas acedas antes que maduren sepa cierto que le han de amargar, » pues aquel las come antes que maduren que quiere anticipar y prevenir en esta vida los deleites de la otra, al cual amargará despues ese bocado, cuando sea castigado en el juicio de Dios, porque se adelantó á querer gozar y descansar antes de tiempo.

Jer., 31.

§ VI. — *De la eternidad de las penas del infierno.*

27. Y si todas estas penas son tan grandes, ¿qué será si juntamos con todas ellas la eternidad de los tormentos, y el nunca haberse de acabar? Pasados diez mil años, añadirse han otros cien mil; y despues de estos cien mil, añadirse han tantos millares de millones cuantas estrellas hay en el cielo y cuantas arenas hay en la mar; y despues de todo esto cumplido, comenzarán á padecer de nuevo, y así andará siempre la rueda perpetua de su tormento. « Aparejado está, dice Isaías, dende ayer el valle Tofet, aparejado está por mandamiento del rey: su mantenimiento es fuego y mucha leña; y el soplo del Señor Dios de los ejércitos, así como en arroyo de piedra azufre corriente, soplará en él. Este valle es el abismo de los infiernos, aparejado dende ayer; conviene á saber, dende el principio del mundo, para castigo de los malos. Su manjar es fuego que abrasa, y no acaba; la materia que conserva este fuego no es posible acabarse, ni disminuirse con el tiempo. Y porque estén seguros que este fuego nunca se acabará, por esto tendrán los demonios siempre cargo de soplarlo y atizarlo, los cuales, como sean inmortales, nunca jamás se cansarán de soplar en él. Y si ellos se cansaren, por esto está ahí el soplo de Dios eterno, que nunca se cansará. Gran cosa seria si pudiesen los hombres entender algo esta duracion cómo es, porque sin duda esto seria gran freno de nuestra vida. Y por esto no será fuera de propósito traer aquí algunos ejemplos de cosas semejantes, para que por ellos se pueda entender algo de lo que esto es.

Isai., 30.

28. Párate, pues, á pensar aquella manera de tormento que se usa en algunas provincias donde queman vivos á los malhechores; y cuanto mayor es su delito tanto los queman con menor fuego para que así sea mas largo su tormento. Mas ¿qué tanto mas será lo que con esta tan ingeniosa crueldad se podrá añadir despacio al tormento? Apenas podrá ser un dia natural. Pues dime ahora, ruégote, si tan terrible y tan inhumano linage de tormentos es el que aun dura un dia entero, y con poco fuego, ¿qué tal será aquel que dura por una eternidad, y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escapar un hombre de aquel tormento, no habria peligro ni trabajo á que no se pusiese, ¿qué seria razon que todos hiciesemos por escapar de este tormento?

29. Piensa tambien cuan terrible género de tormento era aquel que intentó aquel cruelísimo tirano Falaris, de quien se escribe que mandaba meter el hombre que habian de justiciar en el vientre de un toro, hecho de metal, y que le hacia dar fuego por bajo para que el hombre miserable, con el calor del hierro, se fuese poco á poco quemando, y ni pudiese huir, ni se pudiese amparar, ni tuviese otro remedio sino arder, y bramar, y volquearse en aquel tan estrecho aposento hasta morir. ¿Quién oye decir esto que no se le estremezcan las carnes en solo pensarlo? Pues dime ahora, cristiano, ¿qué es todo esto en comparacion de lo que aquí tratamos, sino un sueño de aire? Pues si solo pensar esto nos espanta, ¿qué hará no pensar, sino padecer este tormento? Verdaderamente cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera mas que uno solo entre todos los hijos de Adan el que de esta manera hubiese de padecer, bastaba para hacernos temblar á todos. Porque no era mas que uno entre los discípulos de Cristo el que le habia de vender, y cuando él dijo: Uno de vosotros me ha de entregar, todos comenzaron á temer y entristecerse, por ser aquel caso tan grave; Matth., 26. ¿pues cómo no temblamos nosotros sabiendo cierto que es infinito el número de los locos, y que es estrecho el camino de la vida? ¿Y que el infierno ha dilatado sus senos para recibir los muchos que van á él? Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo creemos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razon? Y si hay Eccl., 1. Matth., 7. Isai., 5. juicio y razon, ¿cómo no andamos dando gritos y voces por las calles? ¿Cómo no nos vamos por esos desiertos, como hicieron muchos de los santos, á hacer vida entre las bestias por escapar de estos tormentos? ¿Cómo dormimos de noche? ¿Cómo no perdemos el seso imaginando en tan extraño peligro, pues otros menores acaecimientos han bastado, no solo para desvelar y sacar de juicio los hombres, sino tambien para acabarles la vida?

30. Pues esta es la mayor pena de los miserables saber que Dios y su pena corren á la pareja, y por esto su mal no tendrá consuelo, porque su pena no tiene fin. Si los malaventurados creyesen que despues de cien mil cuentos de años su pena se habia de acabar, esto solo tendrian por grandísimo consuelo, porque todo esto, aunque tarde, tendria fin. Mas su pena no le tiene, porque, como dice san Gregorio, dase allí á los malos muerte sin muerte, y fin sin fin, y defecto sin defecto, porque allí la muerte siempre vive, y el fin siempre comienza, y el defecto no sabe desfallecer. Por esto dijo el profeta: «Así como ovejas están puestos en el infierno, y la muerte los pacerá.» La Psal., 84. yerba que se pace no se arranca del todo, porque queda viva la raiz, que es el orígen de la vida, la cual la hace tornar á revivir para que otra vez se pueda pacer. Y por esto es inmortal el pasto de los campos, porque siempre se pace, y siempre revive. Pues de esta manera se apacentará la muerte en los malaventurados; y así como la muerte no puede morir, así nunca se hartará de este pasto, ni se cansará en este oficio, ni acabará jamas de tragar este bocado, porque ella tenga siempre que comer, y ellos siempre que padecer.

CAPITULO XV.

Meditaciones para el sábado en la noche.

Este dia será la meditacion de la bienaventuranza de la gloria.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, podrás pensar en la bienaventuranza de la gloria. Esta consideracion es tan provechosa, que si fuese ayudada con lumbre de viva fe bastaria para hacernos dulces todos los trabajos y amarguras que pasásemos por este bien. Porque si el amor de la hacienda hace dulces los trabajos que se pasan por ella, y el amor de los hijos hace desear á la mujer los dolores del parto, ¿qué haria el amor de este soberano bien, en cuya comparacion todos los otros no son bienes? Y si del patriarca Jacob se dice que le parecian pocos los siete años de servicio por el amor grande que tenia á Raquel, ¿qué haria el amor de aquella infinita hermosura, y de aquel eterno casamiento, si con ojos de fe viva se contemplase?

Gen., 29.

2. Pues para entender algo de este bien puedes considerar estas cinco cosas entre otras que hay en él; conviene á saber, la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y finalmente el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

3. Primeramente, considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza de él, que es admirable. Porque cuando el hombre lee en algunos gravísimos autores que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y (lo que es mas) que algunas hay entre ellas de tan notable grandeza que son noventa veces mayores que toda ella, y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas, y tantos espacios vacíos donde podrian caber muchas mas, ¿cómo no se espanta? ¿cómo no queda atónito, y fuera de sí, considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho mas la de aquel soberano Maestro, que de nada lo crió?

4. Pues la hermosura de él no se puede explicar con palabras; porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables, y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos, y paraiso de todos los deleites?

5. Despues de la excelencia del lugar, considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. San Juan dice que es tan grande el número de los escogidos, que nadie basta para poderlos contar. San Dionisio dice que son tantos los ángeles, que exceden, sin comparacion, todas cuantas cosas materiales hay en la tierra. Santo Tomás, conformándose con este pare-

Daniel, 7.

Apoc., 5 et 7.

cer, dice que así como la grandeza de los cielos excede á la tierra sin proporcion, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede á la de todas las cosas materiales que hay en este mundo con esta misma ventaja y proporcion. ¿Pues qué cosa puede ser mas admirable? Por cierto cosa es esta que si bien se considerase bastaba para dejar atónitos á todos los corazones. Y si cada uno de los ángeles (aunque sea el menor de ellos) es mas hermoso que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de ángeles tan hermosos, y ver las perfecciones y oficios que cada uno de ellos tiene en aquella soberana ciudad? Allí discurren los Angeles, ministran los Arcángeles, triunfan los Principados, alégranse las Potestades, enseñoréanse las Dominaciones, resplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines, y arden los Serafines, y todos cantan alabanzas á Dios. Pues si la compañía y comunicacion de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires, y finalmente con todos los escogidos?

3. p., q. 50, a. 5. Quomodo intelligatur explicat. 3 p., q. 112, art. 6, ad 2.

Job, 38.

6. Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles, y de cuya presencia se glorian los hombres? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y aquel que, siendo uno, es todas las cosas, y siendo simplísimo abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fué oir y ver al rey Salomon, que decia la reina Sabá: « Bienaventurados los que asisten delante de tí, y gozan de tu sabiduría; » ¿qué será ver aquel sumo Salomon, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad, y gozar de ella para siempre? Esta es la gloria esencial de los santos, este es el último fin y centro de nuestros deseos.

3. Reg., 10.

1. Cor., 15.

7. Considera despues de esto la gloria de los cuerpos, en los cuales ninguna cosa habrá que no esté glorificada, porque allí cada uno de los miembros y sentidos tendrá su particular gloria y objeto en que se deleite, y allí los cuerpos gozarán de aquellas cuatro singulares dotes, que son sutileza, ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande que cada uno de aquellos cuerpos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no mas de un sol que está en medio de este cielo basta para dar luz y alegría á todo el mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán?

Matth., 24. Sap., 3.

8. Finalmente, por abreviar, en esta gloria se hallarán en uno todos los bienes, y de ella estarán desterrados todos los males. Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupcion, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbacion, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío,

alegría sin tristeza, y honra sin contradiccion. Allí será, dice san Agustin, verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error, ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al que la mereciere, ni se dará á quien no la mereciere. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombree molestado. El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, y prometió á sí por galardon de ella, que es el mayor y mejor de todas las cosas. Él será el fin de nuestros deseos, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y será alabado sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplandeciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera, no ya distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple eternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el fresco y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan, y todos siempre alaban á aquel Sumo Dador de todo, por cuya largueza viven, y reinan en su gloria. ¡Oh ciudad celestial, morada eterna y segura, tierra donde se halla todo lo que deleita, pueblo sin murmuracion, vecinos quietos, y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los dias de mi destierro! ¡Oh cómo se alarga el tiempo de mi peregrinacion! ¿Cuándo llegará este dia? ¿Cuándo vendré, y pareceré ante la cara de mi Dios?

Psal., 41.

9. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XVI.

Tratado de la consideracion de la gloria del paraiso, donde se trata mas por extenso la meditacion pasada.

§ 1. — *De lo que ayuda la meditacion de la bienaventuranza de la gloria para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella.*

1. Una de las cosas en que mas convenia tener siempre los ojos puestos en este valle de lágrimas es la bienaventuranza de la gloria, porque esta sola consideracion bastaria para animarnos á todos los trabajos que se han de pasar por ella. Cuando prometió Dios al patriarca Abrahan la tierra de Promision, mandóle que la anduviese y rodease toda, diciendo: Levántate, y pasea toda esta tierra en ancho y en largo, y mírala por todas partes, porque á tí te la tengo de dar. Levántate pues ahora, ánima mia, á lo alto, dejados acá bajo todos los cuidados y negocios terrenos, y vuela con alas de espíritu á aquella noble tierra de promision, y mira con atencion la longura de su eternidad, y la anchura de su felicidad, y la grandeza de sus riquezas, con todo lo demás que hay en ella.

Gen., 19.

2. De la reina Sabá se escribe que, oida la fama de Salomon, vino á la ciudad de Jerusalen para ver las grandezas

3 Reg., 10.

y maravillas que de aquel rey se decian. Y pues no es menor la fama de aquella celestial Jerusalen, y de aquel sumo Rey que le gobierna, sube tú ahora con el espíritu á esta noble ciudad á contemplar la sabiduría de este rey soberano, y la hermosura de este templo, y el servicio de esta mesa, y las órdenes de los que la sirven, y las libreas de los criados, la policía y gloria de esta noble ciudad. Porque si sabes mirar cada cosa de estas, por ventura será tu espíritu levantado sobre sí, y conocerás que ni aun la mas pequeña parte de esta gloria te ha sido denunciada. Mas para esto es menester especial lumbre de Dios, como lo significó el Apóstol cuando dijo: «Suplico á aquel Dios de la gloria y Padre de nuestro Señor Jesucristo os dé espíritu de sabiduría, y alumbre los ojos de vuestro corazon, para que conozcais qué tan grande sea la esperanza de vuestro llamamiento, y las riquezas de aquella heredad y gloria que él tiene aparejada para los santos.» Ephes., 3.

3. Y aunque en esta gloria haya muchas cosas que contemplar, mas particularmente puedes tú ahora considerar estas cinco mas principales que arriba tocamos, conviene á saber la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la vision de Dios, la gloria de los cuerpos, y la duracion y eternidad de todos estos bienes tan grandes.

§ II. — *De la hermosura y excelencia del lugar de la gloria.*

4. Primeramente considera la hermosura del lugar, la cual en figura nos describe san Juan en el Apocalipsi, por estas palabras: «Uno de los siete ángeles habló conmigo, diciéndome: Ven, y mostrartehe la esposa mujer del Cordero. Y levantóme en espíritu en un monte alto y grande, y mostróme la ciudad de Jerusalen que descendia del cielo, la cual resplandecia con la claridad de Dios, y la lumbre de ella era semejante al resplandor de las piedras preciosas. Tenia esta ciudad un muro grande y alto, en el cual habia doce puertas, y en las puertas doce ángeles, segun el número de las puertas. Los cimientos de los muros de esta ciudad eran todos labrados de piedras preciosas, y las doce puertas de ella eran doce piedras preciosas, cada puerta de su piedra; y la plaza de esta ciudad era oro limpio, semejante á un vidrio muy claro. Y templo no ví en ella, porque el Señor Dios todopoderoso es el templo y el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni luna que la den lumbre, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara que en ella arde es el Cordero. Y mostróme mas el ángel un rio de agua viva, claro así como un cristal, el cual salia de la silla de Dios y del Cordero; y en medio de la plaza, y de la una ribera del rio, y de la otra, estaba plantado el árbol de la vida, que llevaba doce frutos en el año, cada mes al suyo; y las hojas de este árbol eran para salud de las gentes. Todo género de maldicion nunca jamás allí se verá, sino la silla de Dios y del Cordero allí estarán, y sus siervos le servirán, y ellos verán su cara, y tendrán el nombre de él escrito en sus frentes, y reinarán en los siglos de los siglos.» Apoc., 21. Ezec., 47.

5. Cata aquí, hermano, dibujada la hermosura de esta ciudad, no para

que hayas de pensar que hay en ella estas cosas así materialmente como suenan las palabras, sino para que por estas entiendas otras mas espirituales y excelentes, que por estas se nos figuran.

6. El asiento de esta ciudad es sobre todos los cielos: su grandeza y anchura de ella excede toda medida. Porque si cada una de las estrellas del cielo es tan grande como arriba dijimos, ¿qué tan grande será aquel cielo que abraza todas las estrellas y todos los cielos? No hay grandeza en el mundo que con esta se pueda comparar. Porque, como dice un santo, dende los términos occidentales de España hasta los últimos de las Indias corre un navío, si le hace tiempo, en pocos dias, mas aquella region del cielo á estrellas mas ligeras que rayos, da que caminar por muchos años.

7. Pues si preguntas por las labores de su edificio, no hay lengua que esto pueda declarar. Porque si esto que parece por defuera á los ojos mortales es tan hermoso, ¿qué será lo que allá está guardado á los ojos inmortales? Y si vemos que por manos de los hombres se hacen aquí algunas obras tan vistosas y de tanta hermosura, que espantan á los ojos de quien las mira, ¿qué será lo que tendrá obrado la mano de Dios en aquella casa real, y en aquel sacro palacio, y en aquella casa de solaz, que él edificó para gloria de sus escogidos? ¡«Oh cuan amables son, dice el profeta, tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Codicia y desfallece mi ánima contemplando los palacios del Señor.» Psal., 82.

8. Lo que principalmente suele ennoblecer las ciudades, es la condicion de los ciudadanos, si son nobles, si son muchos, y concordes entre sí. ¿Pues quién podrá declarar en esta parte la excelencia de esta ciudad? Todos sus moradores son hijosdalgo, y ninguno hay entre ellos de baja suerte, porque todos son hijos de Dios. Son tan amigables entre sí, que todos ellos son una ánima y un corazon, y así viven con tanta paz, que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalen, que quiere decir vision de paz. Y si quieres saber el número y poblacion de esta ciudad, á esto te responderá san Juan en el Apocalipsi, diciendo que vió en espíritu una tan grande compañía de bienaventurados, que no bastaria nadie para los contar, la cual habia sido recogida de todo linaje de gentes, y pueblos, y lenguas. Los cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero vestidos de ropas blancas, y con palmas triunfales en las manos cantando á Dios cantares de alabanza. Con lo cual concuerda lo que el profeta Daniel significa de este sagrado número, diciendo: Millares de millares servian al Señor de la Majestad, y diez veces cien mil millares asistian delante de él. Apoc., 7. Dan., 7.

9. Y no pienses que por ser tantos están desordenados, porque no es allí la muchedumbre causa de confusion, sino de mayor órden y armonía. Porque aquel que con tan maravillosa consonancia ordenó los movimientos de los cielos, y los cursos de las estrellas, llamando á cada uno por su nombre, este ordenó todo aquel innumerable ejército de bienaventurados con tan maravilloso concierto, dando á cada uno su lugar y

gloria, segun su merecimiento. Y así un lugar es el que allí tienen las vírgenes, otro los confesores, otro los santos mártires, y otro los patriarcas y profetas, otro los apóstoles y evangelistas, y así todos los demás. Y de la manera que están repartidos y aposentados los hombres, así lo están en su manera los ángeles divididos en tres gerarquías, las cuales se reparten en nueve coros, sobre todos los cuales reside el trono de la Serenísima Reina de los ángeles, que solo esta hace coro por sí, porque no tiene par ni semejante. Y sobre todos finalmente preside aquella santísima humanidad de Cristo, que está sentada á la diestra de la majestad de Dios en las alturas.

10. Tú, ánima cristiana, discurre por estos coros, pasea por estas plazas y calles, mira la órden de estos ciudadanos, la hermosura de esta ciudad, y la nobleza de estos moradores. Salúdalos á cada uno por su nombre, pídeles el sufragio de su oracion. Saluda tambien esa dulce patria, y como peregrino que la ve aun dende lejos, envíale con los ojos el corazon diciendo: Dios te salve, dulce patria, tierra de promision, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendicion, reino de todos los siglos, paraiso de deleites, jardin de flores eternas, plana de todos los bienes, corona de todos los justos, y fin de todos nuestros deseos. Dios te salve, madre nuestra, esperanza nuestra, por quien suspiramos, por quien hasta ahora damos gemidos y peleamos, pues no ha de ser en tí coronado sino el que fielmente peleare.

§ III. — *Del segundo gozo que el ánima recibirá con la compañía de los santos.*

11. ¿Quién podrá despues de este gozo declarar el que se recibirá con aquella tan dichosa compañía? Porque allí la unidad de la caridad está en toda su perfeccion, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes. Aquella peticion del Salvador que dice: «Ruégote, Padre, que ellos sean una misma cosa por amor, así como nosotros lo somos por naturaleza;» allí es donde perfectamente se cumple, porque allí son todos entre sí mas unos que los miembros de un mismo cuerpo, porque todos participan un mismo espíritu, el cual da á todos un mismo ser, y una bienaventurada vida. Sino dime, ¿qué es la causa porque los miembros de un cuerpo tienen entre sí tan grande unidad y amor? La causa es porque todos ellos participan de una misma forma, que es una misma ánima, la cual da á todos ellos un mismo ser y una vida. Pues si el espíritu humano tiene virtud para causar tan grande unidad entre miembros de tan diferentes oficios y naturaleza, ¿qué mucho es que aquel Espíritu Divino, por quien viven todos los escogidos (que es como ánima comun de todos) cause entre ellos otra mayor y mas perfecta unidad, pues es mas noble causa, y mas excelente virtud, y que da mas noble ser? Joan., 17.

12. Pues dime ahora, si esta manera de unidad y amor hace todas las cosas comunes, así las buenas como las malas (como lo vemos en los miembros de un mismo cuerpo, y en el amor de las madres para con los

hijos, las cuales huelgan tanto con los bienes de ellos como con los suyos propios), siendo esto así, ¿qué gozo tendrá allí un escogido de la gloria de todos los otros, pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque, como dice san Gregorio, aquella heredad celestial para todos es una, y para cada uno toda: porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría como si él mismo lo poseyere. ¿Pues qué se sigue de aquí, sino que (pues es casi infinito el número de los bienaventurados) serán casi infinitos los gozos de cada uno de ellos? ¿Qué se sigue, sino que cada uno tendrá las excelencias de todos, pues lo que uno no tuviere en sí, tendrá en los otros? Estos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job, entre los cuales habia tan grande amor y comunicacion, que cada uno de ellos por su órden hacia un dia de la semana su convite á todos los otros; de donde resultaba que no menos participaria cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propia; y así lo propio era comun de todos, y lo comun propio de cada uno. Esto obraba en aquellos santos hermanos el amor y la hermandad. ¿Pues cuánto es mayor la hermandad de los escogidos, cuánto mayor el número de los hermanos y cuántos mas bienes y riquezas de que gozar? Pues segun esto, ¿qué convite será aquel que nos harán allá los serafines que son los mas altos espíritus, y mas allegados á Dios, cuando descubran á nuestros ojos la nobleza de su condicion, la claridad de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convite harán luego los Querubines, dónde están encerrados los tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cual será el de los Tronos y Dominaciones, y de todos los bienaventurados espíritus? ¿Qué será gozar y ver allí señaladamente aquel ejército glorioso de los mártires vestidos de ropas blancas con sus palmas en las manos, y con las insignias gloriosas de sus triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil vírgines y aquellos diez mil mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra muchedumbre innumerable? ¿Qué gozo será ver aquel glorioso diácono con sus parrillas en la mano resplandeciendo mucho mas que las llamas en que ardió, desafiando los tiranos, y cansando los verdugos con paciencia inexpugnable? ¿Cual será ver la hermosísima vírgen Catalina coronada de rosas y azucenas, vencida la rueda de sus navajas con las armas de su fe y de la esperanza? ¿Qué será ver aquellos siete nobles mancebos con la piadosa y valerosa madre, despreciando las muertes y los tormentos por la guarda de la ley de Dios? ¿Qué collar de oro y pedrería será tan hermoso de mirar como el cuello del glorioso Bautista, que quiso antes perder la cabeza que disimular la torpeza del rey adúltero? ¿Qué púrpura resplandecerá tanto como el cuerpo del bienaventurado san Bartolomé, por Cristo desollado? ¿Pues qué será ver el cuerpo de san Esteban con los golpes de las piedras señalado, sino ver una ropa rozagante, sembrada de rubíes y esmeraldas? Y vosotros, príncipes gloriosos de la Iglesia cristiana, ¿qué tanto resplandecereis, el uno con la espada, y el otro con el estandarte glorioso de Cristo, con quien fuísteis coronados? ¿Pues

Job, 1.

Luc., 19.

Mac., 8.

2. Matth., 14.

Act., 8.

qué será gozar de cada una de todas estas glorias, como si fuese propia? ¡O convite glorioso! ¡O banquete real! ¡O mesa digna de Dios y de sus escogidos! Váyanse, pues, los mundanos á sus banquetes sucios y carnales á romper los vientres con sus excesos y demasías. Tal convite como este convenia para Dios, donde tales manjares se sirviesen.

13. Sube aun mas arriba sobre todos los coros de los ángeles, y hallarás otra gloria singular, la cual maravillosamente alegra toda aquella corte soberana, y embriaga con maravillosa dulzura la ciudad de Dios. Alza los ojos, y mira aquella reina de misericordia llena de claridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los ángeles, y de cuya grandeza se glorian los hombres. Esta es la reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, y bendita sobre todas las mujeres. Mira, pues, qué gozo será ver esta Señora y Madre nuestra, no ya de rodillas ante el pesebre, no ya con los sobresaltos y temores de lo que aquel santo Simeon le habia profetizado, no ya llorando y buscando por todas partes al niño perdido, sino con inestimable paz y seguridad, asentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamás aquel tesoro. Ya no será menester buscar el silencio de la noche secreta para escapar el Niño de las celadas de Herodes huyendo á Egipto. Ya no se verá mas al pié de la cruz, recibiendo sobre su cabeza las gotas de sangre que de lo alto caian, y llevando en su manto perpetua memoria de aquel dolor. Ya no padecerá mas el agravio de aquel triste cambio, cuando le dieron al discípulo por el maestro, y al criado por el señor. Ya no se oirán mas aquellas tan dolorosas palabras que debajo de aquel árbol sangriento con muchas lágrimas decia: «¡Quién me diese que yo muriese por tí, Absalon hijo mio, Absalon!» Ya todo se acabó, y la que en este mundo se vió mas afligida que toda pura criatura se verá ensalzada sobre toda criatura, gozando para siempre de aquel sumo bien, y diciendo: «Hallado he aquel que ama mi ánima; téngole, no le dejaré.»

Apoc., 12.

Luc, 3.

Matth., 2.

Joan., 19.

2. Reg., 18.

Cant., 4.

14. Y si este es tan grande gozo, ¿qué será ver aquella sacratísima humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo, que por nosotros fué tan afeado en la cruz? Cosa será por cierto, como dice san Bernardo, llena de toda suavidad que vean los hombres á un hombre Criador de los hombres. Por honra propia tienen los deudos ver un deudo hecho cardenal ó papa: ¿pues cuánto mayor honra será ver aquel Señor, que es nuestra carne y nuestra sangre, asentado á la diestra del Padre, y hecho rey de cielos y tierra? ¿Qué ufanos estarán los hombres entre los ángeles cuando vean que el Señor de la posada, y el comun Criador de todo, no es ángel, sino hombre? Si los hombres tienen por honra suya la que se hace á su cabeza (por la grande union que hay entre ellos y ella), ¿qué será allí donde tan estrecha es la union de los miembros y de la cabeza? ¿qué será sino que todos tengan por suya propia la gloria de su Señor? Este será un gozo tan grande que ningunas palabras bastan á darle debido encarecimiento. ¡Pues quién será tan dichoso que

merezca gozar de tanto bien! ¡Oh quién te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera, y te diese paz con labios de devocion, y te abrazase con brazos de amor! ¡Oh dulcísimo Señor, ¿cuándo será este dia? ¿cuándo pareceré delante de tu cara? ¿cuándo me veré harto de tu hermosura? ¿cuándo veré ese rostro, en que desean mirar los ángeles?

Cant., 8.

§ IV. — *Del tercer gozo que el ánima recibirá con la vision clara de Dios.*

15. ¿Pues qué será sobre todo esto ver claramente aquella divina cara, en que consiste la gloria esencial de los santos? Grandes motivos de gloria son todos los que hasta aquí habemos dicho, mas todos son pequeños si se comparan con este. De Isacar se dice que vió el descanso que era bueno, y la tierra muy buena, y que por esto puso los hombros al trabajo, y se hizo tributario. El descanso y la gloria de los santos buena es, mas la tierra que lleva á este descanso muy buena es en superlativo grado, porque esta es la cara y la hermosura de Dios, de cuya vista procede el descanso y gloria de ellos. Esta es la que solo basta para dar á nuestras ánimas cumplido reposo, porque toda la dulcedumbre y suavidad de las criaturas bien puede dar deleite al corazon humano, mas no hartura. Pues si todos estos bienes susodichos tanto deleitan, ¿cuánto deleitará aquel bien que tiene en sí la perfeccion y suma de todos los bienes? Y si la sola vista de las criaturas es tan gloriosa, ¿qué será ver aquella cara, aquella lumbre, y aquella hermosura, en quien resplandecen todas las hermosuras? ¿Qué será ver aquella esencia tan admirable, tan simplísima y tan comunicable, y ver en ella de una vista el misterio de la Beatísima Trinidad, la gloria del Padre, y la sabiduría del Hijo, y la bondad y amor del Espíritu Santo?

Gen., 49.

16. Allí veremos á Dios, y veremos á nos, y veremos todas las cosas en Dios. Dice san Fulgencio que así como el que tiene un espejo delante ve al espejo y ve á sí mismo en el espejo, y ve todas las otras cosas que están delante del espejo, así, cuando tengamos aquel espejo sin mancilla de la Majestad de Dios presente, veremos á él, y veremos á nosotros en él, y despues todo lo que está fuera de él, segun el conocimiento mayor ó menor que tuviéremos de él. Allí descansará el apetito de nuestro entendimiento, y no deseará mas saber, porque tendrá delante todo lo que se puede saber. Allí descansará el de nuestra voluntad, amando aquel bien universal, en quien están todos los bienes: fuera del cual no hay mas que gozar. Allí reposará nuestro deseo con el bocado de aquel soberano gozo que de tal manera hinchirá la boca de nuestro corazon, que no le quedará mas que desear. Allí serán perfectamente remuneradas aquellas tres virtudes con que Dios es aquí honrado, conviene saber, fe, esperanza y caridad: cuando á la fe se dé por premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad imperfecta, la caridad en toda su perfeccion. Allí verán, amarán, gozarán, y alabarán, y estarán hartos sin hastío, hambrientos sin necesidad. Allí es donde siempre se

canta aquel cantar casi nuevo que san Juan oyó cantar en su Apocalipsi, el cual llama casi nuevo, porque aunque él sea siempre de una manera, porque es una comun alabanza, que corresponde á una comun gloria, que todos tienen; pero con todo esto es siempre nuevo cuanto al gusto y á la suavidad, porque el mismo sabor que tuvo á los principios, este tendrá para siempre sin fin. No encanece ni se envejece el alegría de los santos, como tampoco envejecerán sus cuerpos; pues el que hace los cielos estar siempre nuevos al cabo de tantos años, ese hará que la flor de su gloria esté siempre verde, y que nunca se marchite. Apoc., 14.

§ V. — *Del cuarto gozo que el ánima recibirá con la gloria del cuerpo.*

17. Esta es la gloria esencial de las ánimas. Mas aquel justo Juez y Padre tan liberal no se contenta con solo glorificar las ánimas, sino extiende tambien su magnificencia, por honra de ellas, á glorificar sus cuerpos, y dar lugar á las bestias en su palacio real. ¡Oh amador de los hombres! ¡Oh honrador de los buenos! ¿y qué tiene que ver la carne podrida, y en todos sus apetitos como bestia, en el santuario del cielo? La carne que habia de estar atada en el establo, ¿cómo ha de ser colocada entre los ángeles en el cielo? Deja, Señor, al polvo con el polvo, que no está bien la tierra sobre el cielo.

18. Mas aquel que dijo á Abraham: «Honraré, y multiplicaré á Ismael, aunque sea hijo de esclava, por lo que á tí toca,» ese quiere hacer este favor á los cuerpos de los santos, por el parentesco que tienen con las ánimas de ellos. Quiere tambien este Señor que el que ayudó á llevar la carga entre en el repartimiento de la gloria: y que así como el ánima, por conformarse en esta vida con la voluntad de Dios, viene despues á participar la gloria de Dios, así el cuerpo que contra su naturaleza se conformó con la voluntad del ánima, venga tambien á participar la gloria de ella. Y de esta manera serán los justos en cuerpo y ánima gloriosos, y, como dice el profeta, poseerán en su tierra los bienes doblados, que es la gloria de las ánimas y de los cuerpos. Gen., 17. Isai., 61.

19. ¿Pues qué diré de la gloria de los sentidos? Cada uno tendrá allí su deleite y su gloria singular. Los ojos renovados y esclarecidos ya sobre la lumbre del sol, verán aquellos palacios reales, y aquellos cuerpos gloriosos, aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que mirar. Los oidos oirán siempre aquella música de tanta suavidad que una sola voz bastaria para adormecer todos los corazones del mundo. El sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá. Y asimismo el gusto será lleno de increible sabor y dulzura, no para sustentar la vida, sino para cumplimiento de toda gloria. ¿Pues qué sentirá entonces el ánima del bienaventurado, cuando por la mortificacion y guarda de los sentidos, que duró tan poco tiempo, se vea así ane-

gada en aquel abismo de la gloria, sin hallar consuelo ni cabo á tan grande alegría? ¡Oh trabajos bienaventurados! ¡oh servicios bien galardonados! ¡oh cosa, no para hablarse, sino para sentirse, desearse y buscarse con mil vidas que tuviésemos para dar por ella!

§ VI. — *Del quinto gozo, que es la duracion de la eternidad de la bienaventuranza de la gloria.*

20. Mas ahora veamos porqué tanto espacio se concede esta bienaventuranza tan grande: esto es lo que solo deberia bastar para hacernos andar dando voces, y llamando á todos los trabajos que lloviesen sobre nosotros, para servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará ese galardon tantos millares de años cuantas estrellas hay en el cielo y mucho mas. Durará tantas centenas de millares de años cuantas gotas de agua han caido sobre la tierra, y mucho mas: durará finalmente, mientras durare Dios, que será en los siglos de los siglos, porque escrito está: «El Señor reinará para siempre, y mas.» Y en otro lugar: «Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generacion en generacion.»

Psal., 145.

Psal., 144.

21. Pues, ¡ó Padre de misericordia y Dios de toda consolacion! suplícote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea privado de este soberano bien. Señor Dios mio que tuviste por bien criarme á tu imágen y semejanza, y hacerme capaz de tí, hinche este seno que tú criaste, pues lo criaste para tí. Mi parte sea, Dios mio, en la tierra de los vivientes: no me des, Señor, en este mundo descanso ni riqueza; todo me lo guarda para allá. No quiero quedarme con los hijos de Ruben en la tierra de Galaad, y perder el derecho de la tierra de Promision. Una sola cosa pedí al Señor, y esta siempre buscaré, que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida.

Psal., 141.

Num., 32.

Psal., 15.

CAPITULO XVII.

Meditaciones para el domingo en la noche.

Este dia será la meditacion de los beneficios divinos.

1. Este dia, hecha la señal de la cruz, con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos, y para encenderte mas en el amor de quien tanto bien te hizo, y sentir mas las ofensas hechas contra tan piadoso bienhechor.

2. Y aunque estos beneficios sean innumerables, todos ellos se pueden

reducir á cinco maneras de beneficios ; conviene á saber, al beneficio de la creacion , conservacion , redencion y vocacion : y á los beneficios ocultos que cada uno tendrá en sí recibidos.

3. Cuanto al primer beneficio de la creacion, considera primeramente con mucha atencion lo que eras antes que fueses criado , y lo que Dios hizo contigo, y te dió ante todo merecimiento; conviene saber, ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos ; y esa tan excelente ánima criada á su imágen y semejanza para un tan alto fin como es gozar de Dios , con aquellas tres tan nobles potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Mira bien que darte esta tal ánima fué darte todas las cosas, pues está claro que ninguna perfeccion ni habilidad hay en alguna de todas las criaturas inferiores, que el hombre no tenga en sí eminentemente con mayor perfeccion , y que mediante la virtud y habilidad de su ánima, no pueda contrahacer. Por do parece que darnos esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas juntas.

4. Cuanto al beneficio de la conservacion, mira cuan colgado está todo tu ser de la Providencia Divina , cómo no vivirias un punto , ni darias un paso, sino fuese por él ; cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio, y hasta los mismos ángeles del cielo diputó para tu guarda y amparo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento , con todos los otros socorros temporales. Y sobre todo esto pondera mucho las miserias y desastres en que cada dia ves caer los otros hombres , en las cuales pudieras tú tambien haber caido, si Dios por su piedad no te hubiera preservado. Hebr., 1. Mar., 11.

5. Cuanto al beneficio de la redencion puedes considerar dos cosas. La primera, cuántos y cuan grandes hayan sido los bienes que nos dió, mediante el beneficio de la redencion. Y la segunda, cuántos y cuan grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo y ánima santísima, para ganarnos estos bienes.

6. Cuanto al beneficio de la vocacion, considera primeramente cuan grande merced de Dios fué hacerte cristiano, llamarte á la fe por medio del santo bautismo, y hacerte tambien participante de los otros sacramentos. Y si despues de este llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió á su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¿Qué tan grande misericordia fué aguardarte tanto tiempo, y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortar el hilo de tu vida, como se cortó á otros en ese mismo estado? ¿Y finalmente llamarte con tan poderosa gracia que resucitases de muerte á vida y abrieses los ojos á la luz eterna? ¿Qué misericordia fué, despues de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y para vencer al enemigo; y finalmente para perseverar en lo bueno? Esta es aquella agua temprana y tardía que promete Dios por el profeta Joel, diciendo : « Y vosotros los hijos de Sion, gozaos y alegraos en vuestro Señor Dios, porque os dió un Maestro y enseñador de justicia , y porque hará descender sobre vosotros el agua temprana y tardía ; » conviene saber : la gracia preveniente con Joel, 2.

que comenzaron la sementera de las virtudes, y despues la subsecuente y final, con que llega la sementera á su próspero fin.

7. Estos son los beneficios públicos y conocidos. Otros hay secretos, que no conoce sino el que los ha recibido. Y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conoce, sino solo aquel que los hizo. ¡Cuántas veces en este mundo habrás merecido por tu soberbia, ó negligencia, ó desagradecimiento, que Dios alzase su mano de tí, y te desamparase, como habrá desamparado á otros muchos por alguna de estas causas, porque por esto caen los que caen; y no lo ha hecho! ¡Cuántos males y ocasiones de males habrá prevenido el Señor con su providencia, deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos y no dando lugar á sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que dijo á san Pedro: « Mira que Satanás anda muy codicioso y negociado para aventaros á todos como á trigo en la era, mas yo he rogado por tí que no desfallezca tu fe. » ¿Pues quién podrá saber estos secretos sino Dios? Los beneficios positivos bien los puede á veces conocer el hombre; mas los privativos que no consisten en hacernos bienes sino en librarnos de males, ¿quién los conocerá? Pues así por estos como por los otros es razon que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuan alcanzados andamos de cuenta, y cuanto mas es lo que debemos de lo que podremos pagar, pues aun no lo podemos entender.

Luc., 22.

8. Acabada la meditacion, sígase luego el hacimiento de gracias, el ofrecimiento y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XVIII.

Tratado de la consideracion de los beneficios divinos, en que se declara mas por extenso la meditacion pasada.

§ I. — *De lo que Dios siente el desagradecimiento de sus beneficios, cómo lo castiga, y de qué bienes es principio el agradecimiento de estos beneficios.*

1. Una de las mayores quejas que nuestro Señor tiene de los hombres, y de que les ha de hacer mayor cargo el dia de la cuenta, es el desagradecimiento de sus beneficios. Por esta queja comenzó el profeta Isaías las primeras palabras de su profecía, llamando por testigos al cielo y la tierra contra la ingratitud y desconocimiento de los malos. « Oye, dice él, cielo, y recibe mis palabras en tus oidos, tierra, porque el Señor Dios ha hablado. Hijos crié y ensalcé, y ellos me han menospreciado. El buey conoció á su posesor, y el asno al pesebre de su Señor, mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha querido entender. » ¿Pues qué cosa mas extraña que no reconocer los hombres lo que reconocen las bestias? Y, como dice san Jerónimo sobre este paso,

Isai., 1.

no los quiso comparar con otros animales mas entendidos, como es el perro, que por un poco de pan defiende la casa de su señor, sino con los bueyes y con los asnos, que son animales mas torpes y rudos, para dar á entender que los ingratos no son como quiera bestias, sino muy mas brutos que las mas brutas de las bestias.

2. ¿Pues de qué pena será merecedora tan grande bestialidad? Muchas penas tiene Dios aparejadas para los ingratos, mas la mas justa y mas ordinaria es despojarlos de todos los beneficios recibidos, pues no acuden al dador con el debido agradecimiento de ellos. Porque, como dice san Bernardo, el desagradecimiento es un viento abrasador que seca el arroyo de la Divina Misericordia, y la fuente de su clemencia, y la corriente de su gracia.

3. Pues así como el desagradecimiento es causa de tan grandes males, así por el contrario el agradecimiento es principio de grandísimos bienes, y especialmente de tres. El primero del amor de Dios, porque, como dice Aristóteles, el bien es en sí amable, pero cada uno es mas inclinado á amar su propio bien. Pues como los hombres naturalmente sean tan amadores de sí mismos y de su propio provecho, cuando claramente ven que todo lo que tienen es dádiva graciosa de aquel sumo Bienhechor, luego se inclinan á amar y querer bien á quien ven que les ha hecho tanto bien. De donde viene á ser que entre las consideraciones que mas aprovechan para alcanzar el amor de Dios, una de las mas principales es la de los beneficios divinos, porque cada uno de estos beneficios es como un tizon que aviva y enciende mas la llama de este amor. Y por consiguiente, considerar muchos de estos beneficios es juntar en uno muchos tizones, para que así se encienda mas y mas la llama de este fuego. Eccli., 11.

4. Aprovecha tambien esta consideracion para despertar en el hombre el deseo de servir á Dios, cuando considera la grande obligacion que tiene á quien tanto debe: porque si aun hasta las aves y las bestias brutas por esta causa responden á la voz de quien las llama, y obedecen (como personas de razon) á todo lo que se les manda, ¿cuánto mas justo será que haga esto quien tanto mas recibió, y tanto mejor lo puede conocer? Luc., 6.

5. Vale tambien esto mismo para despertar en nuestras ánimas dolor y arrepentimiento de los pecados. Porque cuando el hombre considera profundamente por una parte la muchedumbre de los beneficios que ha recibido de Dios, y por otra la muchedumbre de los maleficios que tiene hechos contra él, ¿cómo podrá dejar de avergonzarse y confundirse, y conocer mejor lo prieto par de lo blanco? conviene saber, la grandeza de su maldad, comparada con la grandeza de aquella suma Bondad, la cual tanto tiempo perseveró en hacer bien á quien siempre perseveró en hacer mal.

6. Pues para estos tres fines debe considerar el hombre los beneficios divinos, y juntamente para dar al Señor gracias por ellos; y así cuando los fuere meditando ha de ir con cuidado de hacer estas salidas en sus lugares, aplicando su corazon unas veces al amor de quien tanto bien le

hizo, otras al deseo de su servicio, otras al dolor y arrepentimiento de sus pecados, y otras tambien á ofrecer sacrificio de alabanza y agradecimiento por ellos, que son aquellos becerricos de los labios que el profeta quiere que ofrezcamos á Dios por los beneficios recibidos.

7. Y aunque estos sean innumerables, solamente trataremos aquí de cinco géneros de beneficios mas principales á los cuales se pueden reducir todos los otros; conviene saber: el beneficio de la creacion y gobernacion, redencion y vocacion: y finalmente los beneficios particulares y ocultos que cada uno podrá reconocer dentro de sí.

8. Y no se requiere que de una vez se hayan de pensar todos estos beneficios; basta pensar uno, ú dos, ó tres bien pensados y bien rumiados, porque los ejercicios de la meditacion no se han de tomar á destajo, como tarea que se ha de llegar al cabo, sino como el mantenimiento de cada dia, que cuanto mas templadamente se toma, y mejor se digiere, tanto suele ser mas saludable.

§ II. — *Del beneficio de la creacion.*

9. Comenzando pues por el beneficio de la creacion, para que puedas mejor sentir algo de la grandeza de este beneficio, debes primero pensar muy profundamente lo que eras antes que fueses criado. Este es uno de los principales avisos que suelen dar en esta parte los maestros de la vida espiritual, así para conocer la grandeza de este beneficio como para la aniquilacion (que llaman), que es para ver el hombre clara y palpablemente cómo de su parte no es mas que pura nada. Considera pues cómo hoy ha tantos años, y no mil años, ni cien años, sino de ayer acá; conviene saber, de muy poco tiempo á esta parte, eras (á lo menos cuanto al ánima) nada, fuiste *ab eterno* nada, y pudieras ser para siempre nada, que es ser menos que tierra, menos que aire, y menos aun que una paja, finalmente nada.

10. Mira luego cómo esa nada no pudo hacer á sí mismo algo, ni tampoco merecer que otro la hiciese algo, pues lo que no es ni puede obrar ni merecer. Pues estando tú en esas tinieblas y en ese abismo tan profundo de la nada, plugo á aquella infinita bondad y misericordia, ante todo merecimiento, y por pura gracia, usar contigo de su virtud y omnipotencia, y sacarte con su poderosa mano de aquellas tinieblas, y de aquel abismo tan profundo del no ser al ser, y hacer que fueses algo. Y, como dice san Agustin, no cualquiera algo, no piedra no ave, no serpiente, sino hombre, que es una de las mas nobles criaturas del mundo. Él te dió ese ser que tienes, él compuso y organizó ese cuerpo tuyo, y lo guarneció por todas partes, así de miembros como de sentidos, con tan maravillosa providencia y artificio, que cada uno de ellos, si bien se considera, es por sí una grande maravilla y muy grande beneficio. Este es aquel beneficio que humildemente reconocia el santo Job, cuando decia: « Tus manos, Señor, me hicieron y formaron todo entero en derredor. Acuérdate, Señor, que así como de una masa de barro me hiciste, y que en esta misma me volverás: de

Job, 10.

piel y de carne me vestiste, compusísteme de huesos y nervios, dísteme vida y misericordia, y guardaste mi espíritu con tu visitacion. »

11. ¿Pues qué diré de la nobleza de tu ánima, y de la alteza del fin para que fué criada, y de la imágen y capacidad que tiene? La imágen es la del mismo Dios, porque en hecho de verdad no hay cosa en la tierra que mas se parezca á Dios, ni por donde mas claro podamos venir en conocimiento de él. Por donde los filósofos antiguos, y señaladamente Anaxágoras, no supieron otro nombre mas conveniente que poner á Dios sino mente, que es lo mismo que ánima racional, por la grande semejanza que hallaban entre Dios y ella. Y de aquí nace el no poder ser entendida perfectamente la sustancia de nuestra ánima, porque como ella sea tan semejante á aquella divina sustancia (la cual no puede ser en esta vida conocida), así tampoco ella lo puede ser.

12. Pues el fin para que esta noble criatura fué criada es conforme á esta dignidad, porque cónstanos que fué criada para ser participante de aquella bienaventurada gloria y felicidad de Dios, para morar en su casa, para comer en su mesa, para gozar de lo que goza, y vestir la misma ropa de inmortalidad que viste él, y reinar para siempre con él. Y de aquí le viene al ánima esta maravillosa capacidad que tiene, la cual es tan grande que todas las criaturas y riquezas del mundo juntas no son mas parte para hinchir el seno de su capacidad que un grano de mijo el espacio de todo el mundo.

13. ¿Pues con qué pagarémos al Señor esta dádiva tan grande? Si tanto debemos á los padres carnales, por haber sido alguna parte en la fábrica de este cuerpo, ¿cuánto mas deberemos á aquel Padre Eterno, que por medio de ellos formó el cuerpo, y sin ellos crió el ánima, que es sin comparacion mas excelente que el cuerpo, sin la cual el cuerpo no seria mas que un muladar hediondo? ¿Qué son los padres sino un instrumento con que Dios hizo una pequeña parte de esta obra? Pues si tanto debes al instrumento de la obra, ¿cuánto mas deberás al principal agente que la hizo? Y si tanto debes al que entendió en hacer una parte, ¿cuánto mas deberás al que lo hizo todo? Si en tanto precio estimas la espada con que se ganó una ciudad, ¿en cuánto mas debes estimar al mismo rey que la ganó?

§ III. — *Del beneficio de la conservacion.*

14. Y no contento con haberte criado en tanta dignidad y gloria, él mismo es el que despues de criado te conserva en ella, como él mismo lo dice por Isaías: «Yo soy tu Señor Dios, que te enseño lo que conviene saber, y te gobierno por el camino que andas.» Isai., 48. Muchas madres contentas con solo el trabajo de haber parido los hijos no se quieren encargar en la crianza de ellos, sino buscan para esto una ama que las descargue. Mas acá no es así, sino que el mismo Señor se quiso encargar de todo, de tal manera que él es la madre que nos engendró, y el ama que nos cria con la leche y regalo de su providencia, segun que él mismo lo testifica por un profeta, di-

Oseæ, 11. ciendo: «Yo era como ama de Ephraim, y los traia en mis brazos, y ellos no entendieron el cuidado que yo tenia de ellos.» De manera que un mismo es el Hacedor y el Conservador de todo lo hecho; y así como sin él nada se hizo, así tambien sin él todo se desharia. Lo uno y lo otro confiesa claramente el profeta David por estas palabras: «Todas las cosas, Señor, esperan en tí que les des su racion y mantenimiento á sus tiempos, y dándoselo tú lo reciben, y extendiendo tú la mano de tu largueza, son llenas y abastadas de todo lo que han menester. Mas apartando tú el rostro de ellas luego se turbarán y desfallecerán, y se volverán á aquel mismo polvo de que fueron hechas.» De manera que así como todo el movimiento y concierto de un reloj depende de las pesas que lo traen y llevan en pos de sí, de tal modo que si ellas parasen luego todo aquel artificio y movimiento pararia, así todo el artificio de esta gran máquina del mundo depende de solo el peso de la divina Providencia, de tal manera que si ella faltase de por medio todo lo demás luego faltaria.

Psal., 103.

15. ¿Mas qué tantos beneficios (si piensas) encierra en sí este beneficio? Todos cuantos puntos y momentos tienes de vida son partes de este beneficio, pues en ninguno de ellos podrias vivir ni permanecer, si apartase Dios un punto sus ojos de tí. Todas cuantas criaturas hay en el mundo son parte de este beneficio, pues todas ellas vemos que sirven para este fin. De manera que tuyo es el cielo y la tierra, y el sol y la luna y las estrellas, y el mar y los peces, y las aves, y los árboles, y los animales, y finalmente todas las cosas, pues todas ellas están dedicadas á tu servicio. Este es aquel beneficio de que tanto se maravillaba el profeta cuando decia: «¿Qué cosa es, Señor, el hombre porque así te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, porque así lo visitas?» Hicístele un poco menor que los ángeles: coronástele de gloria y de honra, dístele señorío sobre todas las obras de tus manos. Todas las cosas pusiste debajo de sus piés, las ovejas, las vacas, y todos los animales del campo, las aves del cielo, y los peces de la mar, que caminan por las sendas de la mar. Oh Señor Dios nuestro, ¡cuan maravilloso es tu nombre en toda la tierra!

Psal., 8.

16. Y no contento con haber diputado para este fin todas las criaturas visibles, tambien quiso por su gran misericordia diputar las invisibles, que son aquellas nobilísimas inteligencias que asisten delante de él, y ven su divina cara, pues, como dice san Pablo, todos son oficiales en esta gran casa y familia de Dios, á quien está encomendada la tutela y guarda de los hombres. Finalmente, á todo el mundo ocupó en tu servicio para que te ocupases en el suyo, y no quiso que ni debajo del cielo ni sobre el cielo hubiese criatura esenta de tu aprovechamiento, porque dentro de tí no hubiese cosa que lo estuviese de su servicio.

Heb., 1. Matth., 18.

17. Y aunque todo esto pasases de corrida no debes pasar así las mercedes que Dios te ha hecho en haberte librado de infinitos acaecimientos y miserias, que cada dia vemos acaecer á los otros hombres. A uno ves tullido, á otro ciego, á otro manco, á otro perniquebrado, á otro con los

dolores de la piedra, ú de la gota, ó con otros males semejantes. Porque en hecho de verdad no es otra cosa este mundo sino un piélago de infinitos trabajos, y apenas hallarás casa en toda esta tierra de Egipto donde no haya su gemido y su dolor. Pues dime tú ahora, ¿quién te dió á tí esta bula de esencion? ¿Quién te hizo tan privilegiado que entre tantas maneras de lisiados estés tú sano? ¿Entre tanta muchedumbre de caidos estés en pié? ¿No eres tú hombre como todos, y pecador como todos, é hijo de Adan como todos? Pues si todos estos males vienen, ó por parte de la naturaleza ó parte de la culpa, habiendo en tí las mismas causas; ¿cómo no hay los mismos efectos? ¿Pues quién suspendió los efectos de estas causas? ¿Quién detuvo las corrientes de las aguas para que tú no perecieses en este comun diluvio, sino sola la divina gracia? Pues echada bien esta cuenta, hallarás que todos los males del mundo son beneficios tuyos, y que por cada uno de ellos debes especial agradecimiento y amor. De manera que por el beneficio pasado hallamos que todos los bienes del mundo son beneficios tuyos, pues todos sirven para tu conservacion; mas ahora por este conocemos que tambien todos los males del mundo son beneficios tuyos, pues de todos ellos te ha librado este Señor.

Exod., 12.

§ IV. — *Del beneficio de la redencion.*

18. Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redencion, aunque mejor fuera adorar este misterio con un santo silencio que hablar de él tan bajamente con lengua mortal. Perdiste por tu culpa aquella primera inocencia y gracia en que fuiste criado, y pudiera justamente aquella divina equidad dejarte en aquel estado miserable, come dejó al demonio, sin haber quien se lo demandara, y no lo quiso hacer, sino antes por el contrario, trocando las iras en misericordias, acordó de hacer mayores mercedes cuando habia recibido mayores ofensas. Y pudiendo él remediar este daño con enviar un ángel ó un arcángel ú de otras muchas maneras, no quiso sino venir él mismo en persona: y pudiendo venir con majestad y gloria, quiso venir con humildad y pobreza, para enamorarte mas de sí con este beneficio, y obligarte á mas con este ejemplo y redimirte mas copiosamente con tan grande tesoro, y darte mas claro á conocer lo mucho que te queria, para que así le quisieses, y lo mucho que en él tenias, para que en él esperases. Esto es lo que con mucha razon encarece el profeta Isaías por aquellas palabras, que segun la traslacion de los Setenta dicen así: « En todas la tribulaciones de los hombres no se fatigó ni cansó de padecer por ellos, y no quiso enviarles embajador ni ángel para que los redimiese; sino él mismo en persona por la grandeza de su piedad quiso venir á redimirlos, y traerlos sobre sus hombros todos los dias del siglo, aunque ellos conocieron mal este beneficio, y entristecieron, y provocaron á ira al Espíritu Santo. »

Isai., 63.

19. Y si tanto debes á este Señor por que él mismo en persona quiso venir á redimirte, ¿cuánto mas le deberás por la manera en que te redi-

mió, que fué con tan grandes trabajos? Gran beneficio es por cierto que el rey perdone al ladron los azotes que merece: mas que el mismo rey los quiera recibir en sus espaldas por él, este es sin comparacion beneficio mayor. ¿Cuántos beneficios encierra en si este beneficio? Alza los ojos á aquel santo madero, y mira todas las heridas y dolores que padece allí el Señor de la Majestad, porque cada una de ellas es un beneficio por sí, y grandísimo beneficio. Mira aquel inocentísimo cuerpo todo sangriento, sembrado de tantas llagas y cardenales, y reventada la sangre por tantas partes. Mira aquella santa cabeza caida de flaqueza, derribada sobre los hombros, y aquella divina cara en que desean mirar los ángeles, cómo está desemejada y arroyada con los hilos de sangre, á unas partes reciente y colorada, á otras fea y denegrida. Mira aquel mas hermoso rostro de todos los criados, y aquella cara, que era comun deleite de los ojos que la miraban, cómo ha perdido ya toda la flor de su belleza. Mira aquel santo Nazareo mas puro que la nieve, mas blanco que la leche, mas colorado que el márfil antiguo, cómo está mas oscurecido que los carbones, y tan desemejado y afeado que apenas podrá de los suyos ser conocido. Mira aquella sagrada boca amarilla y amortecida, y aquellos labios cárdenos y denegridos, cómo se mueven á pedir perdon y misericordia para sus mismos atormentadores.

1. Reg., 6.

Luc., 23.

20. Finalmente, por do quiera que le mirares hallarás que no hay en él una sola parte libre de dolor, sino que todo él de piés á cabeza está cubierto de heridas. Aquella frente clara, y aquellos ojos mas hermosos que el sol, están ya escurecidos y difuntos con la sangre y presencia de la muerte. Aquellos oidos que oyen los cantares del cielo, oyen blasfemias de pecadores. Aquellos brazos tan bien formados y tan largos, que abrazan todo el poder del mundo, están descoyuntados y tendidos en el madero. Aquellas manos que criaron los cielos y no hicieron mal á nadie están enclavadas y desgarradas con duros clavos. Aquellos sagrados piés, que nunca anduvieron por el camino de los pecadores, están mortalmente heridos y traspasados. Y sobre todo esto mira aquella cama donde yace y donde duerme aquel Esposo celestial al medio dia, cuan estrecha es, y cuan dura. Cómo no tiene allí sobre que reclinar la cabeza. ¡Oh, cabeza de oro, cómo te veo por mi amor tan fatigada! ¡Oh, cuerpo santo del Espíritu Santo concebido! ¿cómo te veo por mi amor tan herido y maltratado? ¡Oh dulce y amoroso pecho! ¿qué quiere decir esa llaga? ¿esa tan grande abertura? ¿qué quiere decir tanta sangre? ¡Ay de mí, comó te veo por mi amor fuertemente alanceado! ¡Oh cruz rigurosa! no estés ahora tan yerta: ablanda un poco tu dureza, inclíname esas ramas altas, bájame ese tan precioso fruto, para que lo pueda yo gustar. ¡Oh crueles clavos! Dejad esos piés y manos inocentes: venid á mi corazon, y heridlo, que yo soy el que pequé, y no él. Oh buen Jesus, ¿que á tí con tantos dolores? ¿qué á tí con la muerte, y con los clavos y con la cruz? Verdaderamente con mucha razon dijo el profeta: «Muy ajena y peregrina será su obra de quien él es. ¿Qué cosa mas ajena ni mas peregrina para la vida

Cant., 1.

Isai., 27.

que la muerte, y para la gloria que la pena, y para la suma santidad, é inocencia, que imágen de pecador? Ciertamente, Señor, ese título y esa figura peregrina es para tí. ¡Oh verdadero Jacob, que con ropas ajenas y hábito peregrino nos ganaste la bendicion del Padre, pues tomando en tí imágen de pecador nos ganaste victoria contra el pecado! ¡O inefable bondad! ¡ó misericordia no debida! ¡ó amor nunca pensado! ¡ó incomprehensible caridad! Dime, Señor, ¿qué viste en nosotros, qué servicio te hicimos, con qué obras te obligamos á pasar tales tormentos? ¡Oh maravillosa largueza! que sin haber de nuestra parte ningun merecimiento, ni de la tuya ninguna necesidad, quisiste por sola tu gracia y misericordia remediarnos por esta via. « Aparecido ha, dice el Apóstol, la benignidad y clemencia de nuestro Salvador, no por las obras de justicia que nosotros hicímos, sino por su gran misericordia, por la cual nos hizo salvos. » ¡Oh cuánto descaba este Señor que sintiésemos esta misericordia, cuando por Isaías dijo aquellas palabras tan de notar: « No me invocaste, Jacob; ni trabajaste en mi servicio, Israel: no ofreciste tus carneros en holocausto, ni con tus sacrificios me glorificaste; mas con todo esto me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender con tus maldades! Yo soy yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y el que nunca mas de ellos me acordaré. Tráeme á la memoria, y entremos si quieres en juicio, y mira si tienes algo con que seas justificado. »

Gen., 28.

Ad Timoth., 3.

Isai., 43.

21. Pues, o clementísimo y dulcísimo Señor, ¿qué hay en mí con que te pueda yo pagar tan gran beneficio? Si yo tuviese todas las vidas de los hijos de Adan, y todos los dias y años del siglo, y todos los trabajos de los hombres que son, fueron, y serán, todo esto seria nada para pagarte el menor de los trabajos que padeciste por mí. Y pues por alguna via puedo salir de esta deuda, páguete yo siquiera, Dios mio, con nunca jamás olvidarme de ella. Pídote, Señor, por las entrañas de tu inmensa caridad, que así hieras mi corazon con tus heridas, y embriagues mi ánima con tu sangre, que á do quiera que me volviere siempre te vea crucificado, y do quiera que pusiere los ojos todo me parezca resplandecer con tu sangre. Esta sea toda mi consolacion, estar siempre crucificado contigo: y esta toda mi afliccion, no pensar otra cosa fuera de tí. Mira, Dios mio, el precio porque me compraste, y no permitas que un tan precioso tesoro haya sido derramado en balde por mí, ni que yo sea como el hijo abortivo, al cual pare su madre con gran dolor, y él no goza del fruto de la vida.

§ V. — *Del cuarto beneficio de la vocacion.*

22. Despues de esto piensa el beneficio de la vocacion, ó llamamiento de Dios, sin el cual todos los otros beneficios suelen ser para mayor condenacion del hombre. Aquí es de saber que son dos los llamamientos divinos: uno á la fe, mediante el sacramento del bautismo; y otro á la gracia, despues de perdida aquella inocencia primera bautismal.

23. Considera pues qué tan grande fué el beneficio del primer llamamiento mediante el santo bautismo, donde fuiste alimpiado del pecado original, y librado del poder del demonio, y hecho hijo de Dios, y heredero de su reino. Allí tomó él tu ánima por esposa, y la adornó con atavíos convenientes á tal estado, que es con la gracia y con las virtudes y dones del Espíritu Santo, y con otras muy mas ricas joyas y dones que las que se dieron á Rebeca cuando la tomaron por esposa de Isaac. ¿Pues qué hiciste tú, por donde merecieses un tan grande beneficio como este? ¿Cuántos millares, no ya de hombres, sino de naciones y gentes por justo juicio de Dios, no alcanzan este bien? ¿Qué fuera de tí, si nacieras entre ellas? Carecieras del conocimiento del verdadero Dios, y adoraras piedras y palos. ¿Cuánto debes al Señor, que entre tanta muchedumbre de perdidos, quiso que acertases tú á ser del número de los ganados, y de aquellos que hubiesen de nacer en los brazos de la Iglesia, y criarse con la leche de los apóstoles y con la sangre de Cristo?

Gen., 24.

24. Y si despues de la gracia de este llamamiento perdiste por tu culpa la inocencia del bautismo, y con todo esto el Señor tuvo por bien de llamarte segunda vez, ó muchas veces, ¿qué tanto le deberás por este beneficio? ¿Cuántos beneficios se encierran en este beneficio? Un beneficio fué aguardarte tanto tiempo, y darte espacio de penitencia, y sufrirte en aquel estado de la culpa sin cortar el árbol infructuoso que ocupaba la tierra, y recibia en vano las influencias del cielo. Otro beneficio fué sufrir tantos y tan enormes pecados, sin echarte en el infierno por ellos, donde por ventura estarán otros muchos penando por menores delitos que los tuyos. Otro beneficio fué enviarte tantas buenas inspiraciones y propósitos, aun en medio de tus mismos delitos, y perseverar tanto tiempo en llamar á quien no hacia otra cosa sino ofender á su llamador. Otro beneficio fué dar finalmente conclusion á tan largas porfías, y llamarte con tan poderosa voz que con ella resucitases de muerte á vida, y salieses como otro Lázaro del sepulcro tenebroso de tus maldades, no ya atado de piés y manos, sino suelto y libre de las prisiones del enemigo. Mas sobre todo esto, ¿qué beneficio fué darte allí, no solo perdon de las culpas pasadas, sino tambien gracia para no volver á ellas, con todos los otros atavíos que al hijo Pródigo se dieron en su recibimiento con los cuales anduvieses como hijo de Dios, y burlases del demonio, y triunfases del mundo, y tomases gusto de las cosas de Dios, que antes te eran desabridas, y disgusto en las del mundo, que antes te eran tan sabrosas?

Luc., 13.

Joan., 11.

Luc., 15.

25. ¿Pues qué será si demás de esto consideras á cuántos otros se negó este beneficio que á tí se concedió tan de gracia? Y siendo tú pecador como ellos, y tan indigno de este llamamiento como ellos, que quedándose ellos en su mal estado te pusiese Dios á tí en estado de salud y de gracia, ¿con qué agradecimiento, con qué servicio le podrás pagar esta merced? ¿Qué sentirás cuando por virtud de este llamamiento te veas algun dia gozando para siempre de Dios en el cielo, y veas á otros compañeros y conocidos

tuyos, por falta de semejante gracia, estar penando para siempre en el infierno? ¡O cuánto hay que pensar en esta gracia! Dime, cuando aquel dichoso ladron que con una palabra compró la vida perdurable se vea en tan grande gloria, como ahora posee, y vea á su compañero en tan grande tormento como es el del infierno, y se acuerde que él tambien era ladron como él, y pagaba por sus hurtos como él, y poco antes blasfameba de Cristo como él, y que con todo esto se inclinaron aquellos ojos divinos á mirar á él, y darle tan grande luz, dejando á el otro en sus tinieblas, ¿qué gracias te parece que dará por esta gracia? ¿Cómo se alegrará con tan grande beneficio? ¿Cómo se maravillará de tan gran juicio? ¿Con qué amor amará á aquel que lo quiso prevenir con un don tan admirable? Pues si te parece grande este beneficio, acuérdate que no es otro el que á tí te hizo por Cristo, cuando este mismo Señor puso sus ojos piadosos en tí, dejando de llamar con esta manera de llamamiento á tu vecino ó amigo que por ventura le habia ofendido menos que tú. Mira, pues, lo que por esto debes al Señor, y la razon que aquí se te ofrece para desear morir por su amor. Luc., 23.

26. Sobre todo esto, considera cuánto le costó al Salvador este beneficio que á tí se dió tan de balde, á tí se dió de pura gracia, y á él le costó la sangre y la vida, pues nos consta que sin ella no pudieran ser perdonados nuestros pecados, ni curadas nuestras llagas. Dicen del pelícano que saca los hijos muertos, y que como así los ve, hiere su pecho con el pico hasta que lo hace manar sangre, con la cual rociados los hijuelos reciben calor y vida. Pues si tú quieres sentir qué tan grande sea este beneficio, haz cuenta que cuando tú estabas en tus pecados muerto, aquel piadoso pelícano, movido con entrañas de compasion, hirió su sagrado pecho con una lanza, y roció las llagas mortales de tu ánima con las suyas, y así con su muerte te dió vida, y con sus heridas sanó las tuyas. No seas, pues, ingrato á tan grande y tan costoso beneficio; sino acuérdate (como te lo amonesta el Señor) de este dia, en el cual saliste de Egipto. Este fué tu pascua, este el dia de tu resurreccion, pues en él pasaste por el mar Bermejo de la sangre de Cristo á la tierra de promision, y en él resucitaste de muerte á vida. Exod., 13.

§ VI. — *De los beneficios particulares.*

27. Estos son los beneficios generales: hay otros particulares que se hacen á cada uno, los cuales no puede conocer sino el mismo que los ha recibido. En esta cuenta se ponen muchas maneras de bienes, ú de fortuna, ú de naturaleza, ó gracia que el Señor habrá dado á cada uno en particular; y asimismo muchos males y peligros, así de cuerpo como de ánima, de que por su misericordia le habrá librado, por los cuales beneficios debe tambien su agradecimiento, como por los pasados, porque son mas ciertas prendas del particular amor y providencia que el Señor tiene de nosotros. Estos tales beneficios no se pueden escribir en libros; mas débelos cada uno escribir en su corazon para juntarlos con estotros, y dar gracias al Señor por ellos.

28. Hay otros aun mas ocultos, que el mismo que los ha recibido no conoce, como son algunos peligros y lazos ocultos que el Señor suele prevenir y atajar con su providencia, porque entiende el daño que nos podrian hacer si él no los atajase. ¿Quién sabe cuántas tentaciones habrá Dios excusado al hombre? ¿Y de cuántas ocasiones de pecar le habrá librado? ¿Y cuántas veces habrá cortado los pasos, y desarmado los lazos al enemigo, para que no cayésemos en ellos? Del santo Job dijo el mismo demonio que le tenia Dios cerrado por todas partes, para que ninguna cosa le pudiese dañar; y así suele este Señor traer á los suyos guardados como un vaso de vidrio en su vasera, para que nada los empezca.

Luc., 22. Job, 1.

29. Podrá tambien el hombre haber recibido de Dios algunos dones secretos, sin que él mismo sepa de ellos; así como tambien puede, y suele haber muchos pecados ocultos, que el mismo que los hace no conoce. Pues así como por este género de pecados debemos cada dia hacer oracion con el profeta, y decir: « De mis pecados ocultos líbrame, Señor, » así tambien por aquel linaje de beneficios debemos cada dia darle gracias para que de esta manera ni quede pecado sin penitencia ni beneficio sin agradecimiento.

Psal., 18.

Fin de las siete meditaciones para los dias de la semana en la noche.

CAPITULO XIX.

De las otras siete meditaciones de la sagrada pasion, y de la manera que hemos de tener en meditarlas.

1. Despues de estas se siguen las otras meditaciones de la sagrada pasion y resurreccion de Cristo, á las cuales se podrán añadir los pasos principales de su vida santísima.

2. Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la pasion de Cristo: la grandeza de sus dolores, para compadecernos de ellos; la grandeza de nuestro pecado, que es la causa de ella, para aborrecerlo; la grandeza del beneficio, para agradecerle; la excelencia de la divina bondad y caridad que se descubre para amarla; la conveniencia del misterio, para maravillarnos de él; la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, para imitarlas. Pues conforme á esto, cuando vamos meditando debemos ir inclinando nuestro corazon, unas veces á la compasion de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza del cuerpo como por la grandeza de su amor, como tambien por padecer sin ninguna manera de consolacion.

3. Otras veces debemos tener respeto á sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos fueron la causa de que él padeciese tantos y tan grandes dolores como padeció. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y de agradecimiento, considerando

la grandeza del amor que él por aquí nos descubrió, y la grandeza del beneficio que nos hizo, redimiéndonos tan copiosamente con tanta costa suya, y tanto provecho nuestro.

4. Otras veces debemos levantar los ojos á pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestras miserias; esto es para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer nuestras necesidades, para merecernos su gracia, para humillar nuestra soberbia, é inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias, y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

5. Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen, en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, caridad, humildad, benignidad y modestia, y en todas las otras virtudes que en todas sus obras y palabras mas que las estrellas del cielo resplandecen, para imitar algo de lo que en él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que de él para esto recibimos, y así caminemos á él por él. Esta es la mas alta y la mas provechosa manera que hay de meditar la sagrada pasion de Cristo (que es por via de imitacion) para que por la imitacion vengamos á la trasformacion, y así podamos ya decir con el Apóstol: « Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. »

6. Demás de esto conviene en todos estos pasos tener á Cristo ante los ojos presente, y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padece; y tener cuenta no solo con la historia de su pasion, sino tambien con todas las circunstancias de ella, especialmente estas cuatro, como arriba habemos tocado: quién padece, por quién padece, cómo padece, por qué causa padece. ¿Quién padece? Dios todo poderoso, infinito, inmenso, etc. ¿Por quién padece? Por la mas ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padece? Con grandísima humildad, caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, etc. ¿Por qué causa padece? No por algun interés suyo, ni merecimiento nuestro, sino por solas entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demás de esto, no se contente el hombre con mirar lo que defuera padece, sino mucho mas de lo que padece de dentro; porque mucho mas hay que contemplar en el ánima de Cristo que en el cuerpo de Cristo, así en el sentimiento de sus dolores como en los otros afectos y consideraciones que en él habia.

Presupuesto pues este pequeño preámbulo, comencemos á repartir y poner por órden los misterios de esta sagrada pasion.

CAPITULO XX. (1)

Meditacion del lavatorio de los piés de los discipulos, y de la institucion del Santísimo Sacramento, para el lunes por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar en el lavatorio de los piés é institucion del Santísimo Sacramento.

§ I. — *El texto de los evangelistas dice así.*

Matth., 26. Marc., 14. Luc., 22.

1. « Como se llegase ya la hora de la cena, asentóse el Señor á la mesa, y los doce apóstoles con él, y díjoles: Con deseo he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca. Y estando ellos cenando dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de vender. Y entristecidos mucho con esta palabra, comenzaron cada uno á decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? Y él respondióles diciendo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese me venderá. Y el Hijo de la Vírgen va su camino, así como está escrito de él. ¡Mas ay de aquel hombre por quien él será vendido! bueno le fuera no haber nacido. Y respondiendo el mismo Judas que le habia de vender, dijo: ¿Por ventura soy yo, Señor? Respondióle el Señor: Tú lo dijiste.

2. » Acabada la cena, levantóse de la mesa, y quitóse las vestiduras, y como tomase un lienzo ciñóse con él, y echó agua en una bacía, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y á limpiarlos con el lienzo que se habia ceñido. Llegó, pues, á Simon Pedro; díjole Pedro: Señor, ¿tú me quieres lavar los piés? Respondióle Jesus y díjole: Lo que yo hago no lo sabes tú ahora; saberlo has despues. Dice Pedro: Nunca jamás tú me lavarás los piés. Respondióle Jesus, y díjole: Si no te lavare, no tendrás parte en mí. Dice Simon Pedro: Señor, de esa manera no solamente los piés sino tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus: El que está lavado no tiene necesidad que le laven mas que los piés, porque todo lo demás está limpio. Y vosotros ya estais limpios, aunque no todos. Sabia él quien era el que le habia de vender, y por esto dijo no todos. Pues como acabó de lavar los piés, tomó sus vestiduras, y tornándose á sentar, díjoles: ¿Entendeis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís, porque de verdad lo soy. Pues si os he lavado los piés siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debeis tambien unos á otros lavaros los piés. Porque ejemplo os he dado en esto para que como lo hice así vosotros lo hagais.

(1) Aquí comienzan las siete meditaciones de la sagrada pasion de nuestro Salvador ara los dias de la semana por la mañana.

3. » Acabado el lavatorio, tomó el pan, y bendíjolo, y partiólo, y diólo á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed; este es mi cuerpo. Y tomando tambien el cáliz, dió gracias, y entregóselo diciendo: Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada en remision de los pecados. Y todas las veces que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí. »

Matth., 26. Marc., 14. Luc., 12. 1. Cor., 1.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Contempla, pues, ó anima mia, en esta cena á tu dulce y benigno Jesus, y mirá el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa, y lavando los piés de sus discípulos. ¡Oh buen Jesus! ¿qué es eso que haces? ¡Oh dulce Jesus! ¿porqué tanto se humilla tu Majestad? ¿Qué sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los piés de los hombres, y ante los piés de Judas? ¡Oh cruel! ¿cómo no se te ablanda el corazon con esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado de vender ese mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos! ¿cómo podeis tocar piés tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar piés enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Mirad, ó espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador! Salid á mirar desde esos cielos, y verloheis arrodillado ante los piés de los hombres, y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía. Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado. ¡O apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais, viendo esta tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los piés?

Habac., 3.

5. Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: ¿Tú, Señor, lavas á mí los piés? ¿No eres tú hijo de Dios vivo? ¿No eres tú el Criador del mundo, la hermosura del cielo, el paraiso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues tú quieres á mí lavar los piés? ¿Tú, Señor de tanta Majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos, y la hermoscaste con tantas maravillas? ¿Tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres, y riges con tu sabiduría todas las cosas? ¿Tú has de lavar á mí los piés? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, y un vaso de corrupcion, una criatura llena de vanidad, de ignorancia, y de otras infinitas miserias; y, lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, á mí, tú, Señor de todas ellas? La alteza de tu Majestad y la profundidad de mi miseria me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja, pues, Se-

ñor mio, deja para los siervos ese oficio; quita esa tohalla; toma tus vestiduras; asiéntate en tu silla; y no me laves los piés. Mira no se avergüencen de esto los cielos, viendo que con esa ceremonia los pones debajo de la tierra, pues las manos en quien el padre puso los cielos y todas las cosas vienes a poner debajo de los piés de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros piés que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saul viéndote con ese lienzo vestido á manera de siervo, y diga que no quiere recibir por Esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil.

2. Reg., 6.

6. Esto decia Pedro, como hombre que aun no sentia las cosas de Dios, y como quien no entendia cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien conocia y tanto deseaba dejarnos en aquella sazon por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, satisfizo á la simplicidad de su discípulo, y llevó adelante lo comenzado. Aquí es mucho de notar cuanto es lo que este Señor hizo por hacernos humildes: pues estando tan á la puerta de su pasion, donde habia de dar grandes ejemplos de humildad, que bastasen para asombrar los cielos y tierra, no contento con esto quisiese aun añadir este mas á todos ellos para dejar mas encomendada esta virtud. ¡Oh admirable virtud, cómo deben de ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada, y cómo no deben de ser conocidas, pues por tantas vias nos eres encomendada! ¡Oh humildad predicada y enseñada en toda la vida de Cristo, cantada y alabada por boca de su Madre, flor hermosísima entre las virtudes, divina piedra imán, que atraes á tí al Criador de todas las cosas! El que te desechare será de Dios desechado, aunque esté en lo mas alto del cielo, y el que te abrazare será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son, Señor, tus gracias y maravillosos tus efectos. Tú aplacas á los hombres, agradas á los ángeles, confundes á los demonios, y atas las manos al Criador. Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las Vírgines, y hospedería de la Santísima Trinidad. Quien allega sin tí, derrama; quien edifica y no sobre tí, destruye; quien amontona virtudes sin tí, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin tí, la vírgen es desechada de las puertas del cielo, y contigo la pública pecadora es recibida á los piés de Cristo. Abrazad esta virtud las vírgines, porque por ella os aproveche vuestra virginidad. Buscadle vosotros religiosos, porque sin ella será vana vuestra religion. Y no menos vosotros los legos, porque por ella seréis librados de los lazos del mundo.

Luc., 1.

7. Despues de esto considera cómo acabando de lavar los piés los limpia con aquel sagrado lienzo con que estaba ceñido. Y sube mas arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redencion. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de aquellos piés, que estaban sucios. Y así ellos quedaron limpios, y el lienzo por el contrario quedaria todo manchado y sucio, despues de acabado aquel oficio. ¿Pues qué cosa mas sucia que el hombre concebido en pecado? ¿Y qué cosa mas limpia y mas hermosa que Cristo concebido

del Espíritu Santo? «Blanco y colorado es mi amado, dice la Esposa, y escogido entre millares.» Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas: conviene saber, las penas que merecian nuestros pecados; y dejándolas limpias y libres de ellas, él quedó como ves en la cruz, amancillado y afeado con ellas. Por esto con mucha razon se maravillan los ángeles de esta tan extraña fealdad, y preguntan por Isaías, diciendo: ¿Porqué, Señor, traes teñidas las vestiduras de color de sangre, y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas, conviene saber, de nuestras culpas, dime, rey de gloria, ¿no tuvieran mejor los hombres su merecido, que no tú? ¿No estuviera mejor la basura en su muladar que no en tí, espejo de hermosura? ¿Qué piedad te hizo desear tanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura me la dieses? ¿Cual es el hombre que con un lienzo labrado de oro se pusiese á limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas tú, Señor Dios mio, y bendígante tus ángeles para siempre; pues quisiste venir á ser como un estropajo del mundo, recibiendo en tí todas nuestras fealdades y miserias, que son las penas de nuestras culpas, para dejarnos libres de ellas.

Cant., 5.

Isai., 63.

8. Despues de esto considera aquellas palabras con que dió fin el Salvador á esta historia diciendo: Ejemplo os he dado para que como yo hice así vosotros hagais. Las cuales palabras no solo se han de referir á este paso y ejemplo de humildad, sino tambien á todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa, que es la humildad, como lo declara muy copiosamente el bienaventurado mártir Cipriano en un sermon, por estas palabras: «Primeramente obra fué, dice él, de grande paciencia y humildad que aquella tan alta Majestad quisiese descender del cielo á la tierra, y vestirse de nuestro barro: y que disimulada la gloria de su inmortalidad, se hiciese mortal, para que siendo él inocente y sin culpa padeciese pena por los culpados. El Señor quiso ser bautizado del siervo, y el que venia á dar perdon de los pecados quiso ser lavado con agua de pecadores. El que mantiene todas las criaturas ayunó cuarenta dias en el desierto, y al cabo padeció hambre, porque los que la teníamos de las palabras de Dios y de su gracia fuésemos abastados de ella. Peleó con el demonio, que le tentaba, y contento con haber vencido su enemigo no le quiso hacer mas mal que de palabra. A sus discípulos nunca despreció como Señor á siervos, sino con caridad y benevolencia, como de hermano los trató. Y no es de maravillar que de esta manera se hubiese con los discípulos obedientes, pues pudo sufrir á Judas hasta el fin con tan larga paciencia, y comer en uno con su enemigo, y saber en lo que andaba, y no descubrirlo, ni desechar el beso del que lo vendia con tan falsa paz. ¿Pues cual fué la paciencia que tuvo con los judíos hasta aquella hora? ¿cuánto trabajó por inclinar aquellos corazones incrédulos á la fe con sus palabras?

Joan., 1. Luc., 1. Matth., 3 et 4.

Joan., 13.

¿cuánto procuró por traer á sí aquellos desconocidos con buenas obras? ¿Cómo respondia á los que contradecian con mansedumbre? ¿Cómo soportaba á los soberbios con clemencia? ¿Con qué humildad daba lugar á la ira de sus enemigos y perseguidores? ¿Cómo trabajó por recobrar á aquellos que habian sido matadores de profetas y rebeldes contra Dios hasta la hora de la cruz? Pues en la hora de ella, antes que viniese al derramamiento de su sangre y de su muerte cruel, ¿qué tan grandes fueron las injurias, que les oyó con tanta paciencia? ¿Qué tantos los escarnios que padeció? ¿Cómo recibió con tanta paciencia el escupir de aquellas infernales bocas, el que con la saliva de la suya poco antes habia esclarecido los ojos del cielo? ¿Cómo sufrió azotes aquel en cuyo nombre sus siervos azotan con poderosa virtud á los demonios? ¿Cómo es coronado de espinas el que á sus mártires corona con flores eternas? ¿Cómo es herido en la cara con palmas el que da la palma de la victoria á los vencedores? ¿Cómo es despojado de la ropa terrena el que con ropas de inmortalidad viste los santos? ¿Cómo es amargado con hiel el que nos dió el pan de los cielos, y abrevado con vinagre el que nos dió el cáliz de la salud? ¿Aquel tan inocente, aquel tan justo? Mas antes la misma inocencia y la misma justicia es contada con los ladrones, y la verdad eterna es acusada con falsos testigos, y el Juez del mundo es juzgado de los malos, y la palabra de Dios callando va á recibir sentencia de muerte. Y como en la hora de la cruz y muerte del Salvador se oscurezcan las estrellas, y se turben los elementos, tiembla la tierra, y la noche encubre el dia, y el sol, por no ver tal crueldad, desvia sus ojos y rayos del mundo, él no habla, ni se mueve, ni en el mismo trance de la muerte descubre la gloria de su Majestad, sino hasta la fin continuadamente sufre aquella tan larga contienda, para dejarnos ejemplo de perfecta paciencia. Y despues de todo esto, si aquellos mismos carniceros y verdugos de su cuerpo se convierten á penitencia, en ese punto los recibe, sin cerrar á nadie las puertas de su Iglesia. ¿Pues qué cosa puede ser de mayor benignidad y paciencia que dar vida la sangre de Cristo al mismo que derramó la sangre de Cristo? Tal es, y tanta la paciencia de Cristo; la cual, si tal y tanta no fuera, no tuviera hoy á san Pablo la Iglesia. » Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Marc., 26 et 27.

Joan., 9.

Joan., 19.

Matth., 27.

Marc., 15.

Isai., 53.

Act., 9.

§ III. — *Del Santísimo Sacramento, y de las causas por que fué instituido.*

9. Una de las principales causas de la venida del Salvador al mundo fué querer encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Así lo dice él por san Lucas: «Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué tengo de querer sino que arda?» Este fuego puso el Salvador con hacer á los hombres tales y tan espantosos beneficios, y tan grandes obras de amor, que con esto les robase los cora-

Luc., 12.

zones, y los abrasase con este fuego de amor. Pues como todas las obras de su vida santísima sirvan para este propósito, señaladamente sirven las que hizo en el fin de la vida, segun que lo significa el evangelista san Juan diciendo: « Como amase á los amigos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó; porque entonces les hizo mayores beneficios, y les dejó prendas de amor; » entre las cuales una de las mas principales fué la institucion del Santísimo Sacramento, lo cual podrá entender muy á la clara quien atentamente considerare las causas de su institucion. Mas para esto abre tú, clementísimo Salvador, nuestros ojos, y danos lumbre para que veamos cuales fueron las causas que movieron tu amoroso corazon á instituirnos y dejarnos este tan admirable sacramento.

Joan., 13.

10. Para entender algo de esto, has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene á su esposa la Iglesia, y por consiguiente á cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una de ellas es tambien esposa suya. Por esto una de las cosas que pedia y deseaba el apóstol san Pablo, era que Dios nos diese á conocer la grandeza de este amor; el cual es tan grande que sobrepuja toda sabiduría y conocimiento criado, aunque sea el de los ángeles.

Ephes., 4. Philip., 2.

Causa primera de la institucion de este sacramento.

11. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida, y ausentarse de su Esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido dejóle por memorial este santísimo sacramento, en que se quedaba él mismo, no queriendo que entre él y ella hubiese menor prenda que despertase esta memoria que él. Y así dijo entonces aquellas tan dulces palabras: « Cada vez que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí, para que os acordeis de lo mucho que os quise, y de lo mucho que voy á hacer y padecer por vuestra salud. »

Luc., 22. Cor., 11.

Causa segunda.

12. Queria tambien el Esposo dulcísimo en esta ausencia tan larga dejarla á su Esposa compañía porque no quedase sola, y dejóle la de este sacramento, donde se queda él mismo, que era la mejor compañía que le podia dejar.

Causa tercera.

13. Queria tambien entonces ir á padecer muerte por la Esposa, y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre; y porque ella pudiese cuando quisiese gozar de este tesoro, dejóle las llaves de él en este sacramento, porque, como dice san Crisóstomo, todas las veces que nos llegamos á él llegamos á poner la boca en el costado de Cristo, y nos ponemos á beber de su preciosa sangre, y hacernos participantes de este soberano misterio. Mira, pues, cuales sean los hombres, que por un

poco de pereza dejan de llegarse á este tan alto convite, y de gozar un tan grande y tan estimable tesoro. Estos son aquellos malaventurados perezosos de quien dijo el Sabio: «Esconde el perezoso la mano en el seno, y déjase morir de hambre por no llevarla hasta la boca.» ¿Qué mayor pereza puede ser que, por un tan pequeño trabajo como es el aparejo para este sacramento, dejar de gozar de un tal tesoro, que vale mas que todo cuanto Dios tiene criado?

Prov., 10.

Causa cuarta.

14. Deseaba otrosí este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor, y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado que quien dignamente lo recibe luego es tocado y herido de este amor. ¡Oh misterio digno de estar impreso en lo íntimo de nuestros corazones! Dime, hombre, si un príncipe se aficionase tanto á una esclava que viniese á tomarla por esposa, y hacerla reina y señora de todo lo que él tiene, ¿qué tan grande diríamos que habia sido el amor del príncipe que tal hiciese? Y si por ventura despues de hecho ya el casamiento estuviese la esclava resfriada en el amor de tal esposo, y entendiendo él esto anduviese perdido buscando algun bocado que darla á comer, con que la enamorase de sí, ¿qué tan excesivo diríamos que era el amor del príncipe que hasta aquí llegase? Pues, ó rey de gloria, que no se contentaron las entrañas de tu amor con tomar mi ánima por esposa, siendo, como era, esclava del enemigo, sino que viéndola aun con todo eso resfriada en tu amor, ordenaste de darle este misterioso bocado, y con tales palabras lo trasformaste que tenga virtud para trasformar en tí las ánimas que lo comieren, y hacerlas arder en vivas llamas de amor! No hay cosa que mas declare el amor que el desear ser amado; y pues tú tanto deseaste nuestro amor, que con tales invenciones lo buscaste, ¿quién de aquí adelante estará dudoso de tu amor? Cierto estoy, Señor mio, si te amo, que me amas: cierto estoy que no he yo menester buscar nuevas artes para traer tu corazon á mi amor, como tú lo buscaste para el mio.

Causa quinta.

15. Queria otrosí aquel Esposo dulcísimo ausentarse de su Esposa; y como el amor no sufre la ausencia del amado, queria de tal manera partirse que del todo no se partiese, y de tal manera irse que tambien se quedase. Pues como ni á él convenia quedarse, ni la Esposa podia con él por entonces irse, dióse medio para que, aunque él se fuese, y ella quedase, nunca jamás de entre sí se partiesen. Pues para esto ordenó este divino sacramento, para que por medio de él fuesen las ánimas incorporadas espiritualmente con Cristo, con tan fuerte vínculo de amor que de entrambos se haga una misma cosa. Porque así como del manjar y del que lo come se hace una misma cosa, así tambien en su manera se hace del ánima y de Cristo, sino que, como él mismo dijo á san Agustin, no

se muda él en las ánimas, sino las ánimas en él; no por naturaleza, sino por amor y semejanza de vida.

Causa sexta.

16. Queria tambien asegurarla, y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que con la esperanza de este bien pasase alegremente por todos los trabajos y asperezas de esta vida. Porque en hecho de verdad no hay cosa que tanto haga despreciar todo lo de acá como la esperanza firme de lo que gozaremos allá, segun que lo significó el Salvador en aquellas palabras que dijo á sus discípulos antes de la pasion: « Si me quisiéredes bien, holgaroshíades de mi partida, porque voy al Padre, » como si dijera: Es un tan grande bien ir al Padre, que aunque sea ir á él por azotes, espinas, clavos y cruz, y por todos los martirios y trabajos de esta vida, es cosa de inestimable ganancia y alegría. Pues para que la Esposa tuviese una muy firme esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inestimable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase que se dará Dios en la gloria, donde vivirá toda en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne. Joan., 14.

Causa séptima.

17. Queria tambien á la hora de su muerte hacer testamento, y dejar á la Esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle esta, que era la mas preciosa y provechosa que le pudiera dejar. Elías cuando se quiso ir de la tierra dejó el palio á su discípulo Eliseo, como quien no tenia otra hacienda de que hacerlo heredero; y nuestro Salvador y Maestro, cuando se quiso subir al cielo, dejónos acá el palio de su sagrado cuerpo en este sacramento, haciéndonos aquí herederos, como á hijos de este tan grande tesoro. Con aquel palio pasó Eliseo las aguas del rio Jordan sin ahogarse y sin mojarse; y con la virtud y gracia de este sacramento pasan los fieles por las aguas de las vanidades y tribulaciones de esta vida, sin pecado y sin peligro. 4. Reg., 2.

Causa octava.

18. Queria finalmente dejar á nuestras ánimas suficiente provision, y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menos necesidad el ánima de su propio mantenimiento para vivir vida espiritual que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Sino, dime, ¿por qué causa ha menester el cuerpo su ordinario mantenimiento cada dia? Claro está que la causa es porque el calor natural gasta siempre la sustancia de nuestros cuerpos, y por esto es menester que se repare con el mantenimiento de cada dia lo que con el calor de cada dia se gasta, porque de otra manera acabaríase presto la virtud del hombre, y luego desfalleceria. ¡Oh si pluguiese á Dios quisiesen por aquí entender los hombres la necesidad que tienen de

este divino sacramento, y la sabiduría y misericordia de aquel que lo instituyó! ¿No está claro que tenemos acá dentro de nuestras entrañas un calor pestilencial, que nos vino por parte del pecado, el cual gasta todo lo bueno que en el hombre hay? Este es el que nos inclina al amor del siglo, y de nuestra carne, y de todos los vicios y regalos; y con esto nos aparta de Dios, y nos entibia en su amor, y nos entorpece para todo lo bueno, y aviva para todo lo malo. Pues si tenemos acá dentro tan arraigado este perpetuo gastador, ¿no será razon que haya quien siempre repare lo que siempre se está gastando? Si hay continuo gastador, y no hay continuo reparador, ¿qué se puede esperar sino un continuo desfallecimiento, y despues cierta caida? Basta para prueba de esto ver el curso del pueblo cristiano, el cual en el principio de la primitiva Iglesia, cuando comia siempre de este manjar, vivia con él, y tenia fuerzas, no solo para guardar la ley de Dios, sino tambien para morir por Dios; mas ahora si es tan flaco y descaecido, es porque no come, y así finalmente viene á perecer de hambre, como lo significó el Profeta cuando dijo: « Por eso fué mi pueblo llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento de Dios, y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció de sed. » Pues para esto ordenó aquel tan sabio Medico, el cual tan bien tenia tomados los pulsos de nuestra flaqueza, este sacramento, y por eso lo ordenó en especie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituia nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas de él tenian.

Isai., 5.

19. Mira pues ahora si se pudiera dar en el mundo otra mayor muestra de amor que dejarte Dios su misma carne y sangre en mantenimiento y en remedio. En muchas historias leemos de algunas madres que viéndose en necesidad y estrecho de hambre echaron mano de las carnes de sus propios hijos, para mantenerse de ellos, y con el amor grande de la vida quitaban á los mismos hijos la vida para vivir. Esto habemos leido muchas veces, ¿mas quién jamás leyó que diese de comer la madre al hijo que perecia de hambre con su propia carne? ¿Y se cortase un brazo para dar de comer á su hijo, y fuese cruel para sí, por ser piadosa para con él? No hay madre en la tierra que tal haya hecho; mas aquel mas que madre que te vino del cielo, viendo que perecias de hambre, y que no habia otro mejor medio para sustentarte que darte él su misma carne en mantenimiento, aquí se entrega á los carniceros y á la muerte, para que tú vivas con este manjar. Y no solamente hizo esto una vez, sino perpetuamente quiso que se hiciese, y para ello ordenó este sacramento para que tú por aquí entendieses otro grado de mayor amor: el cual es, que así como te da siempre la misma comida, así está siempre aparejado para hacer la misma costa, si te fuere necesaria.

4. Reg., 6. Tren., 4.

Causa nona.

20. Sobre todo esto has de considerar que quiso este Santísimo Reformador del mundo restituir al hombre en su antigua dignidad, y levan-

tarlo tanto por gracia cuanto habia caido por la culpa: y así como la caida fué de la vida que tenia de Dios á la vida de bestias, así por el contrario quiso que fuese levantado de la vida de bestias en que habia quedado á la vida de Dios que habia perdido. Pues para este fin ordenó la comunion de este divino sacramento, mediante la cual viene el hombre á hacerse participante de Dios, y á vivir vida de Dios, como lo significa el mismo Salvador en aquellas altísimas palabras que dijo: « Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él, y así como por estar mi Padre en mí la vida que yo vivo es en todo conforme á la de mi Padre (que es vida de Dios), así aquel en quien yo estuviere por medio de este sacramento vivirá como yo vivo, y así ya no vivirá vida de hombre, sino vida de Dios. » Porque este es aquel altísimo sacramento, en el cual Dios es recibido corporalmente; no para que él se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en él por amor y conformidad de voluntad. Porque este divino manjar obra en quien dignamente lo recibe lo que en él se obra y representa cuando se consagra. Porque así como por virtud de las palabras de la consagracion lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, así por virtud de esta sagrada comunion el cual era hombre se viene por una maravillosa manera á trasformar espiritualmente en Dios. De manera que así como aquel sagrado pan una cosa es, y otra parece, y una era antes de la consagracion, y otra despues, así el que come de él una cosa es antes de la comunion, y otra despues: y una cosa parece en lo de fuera, mas otra muy mas alta y excelente es en lo de dentro, pues el ser tiene de hombre, y el espíritu de Dios. ¿Pues qué gloria puede ser mayor que esta? ¿Qué dádiva mas rica? ¿qué beneficio mas grande? ¿qué mayor muestra de amor? Callen todas las obras de naturaleza, y callen tambien las de gracia, porque esta es obra sobre todas las obras, y esta es gracia singular. Joan., 6.

21. ¡Oh maravilloso sacramento! ¿Qué diré de tí? ¿Con qué palabras te alabaré? Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinacion, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza, y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su esposo, con este se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deleitase el gusto interior, acreciéntase la devocion, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza, y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿Quién no se derretirá en lágrimas cuando vea á Dios unido consigo? Faltan las palabras, y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes de este soberano misterio.

22. ¿Pues qué deleite, qué suavidad, qué olores de vida se sienten en el ánima del justo en la hora que lo recibe? No suena entonces allí otra

cosa, sino cantares dulcísimos del hombre interior, clamores de deseos, hacimientos de gracias y palabras suavísimas en alabanza del amado. Porque allí el ánima devota, por virtud de este venerable sacramento, es toda interiormente renovada, es llena de gozo, es recreada con devocion, mantenida de paz, fortalecida en la fe, confirmada en la esperanza, y atada con lazos de caridad con su dulcísimo Redentor. De aquí viene cada dia á hacerse mas ferviente en el amor, mas fuerte en la tentacion, mas presta para el trabajo, mas solícita en el bien obrar, y mas deseosa de la frecuentacion de este sagrado misterio.

23. Tales son tus dones, ¡ó buen Jesus! Tales las obras y deleites de tu amor, los cuales sueles comunicar á tus amigos, por medio de este divino sacramento, para que con estos tan grandes y tan poderosos deleites, menosprecien todos los otros vanos y engañosos deleites. Pues abre dende ahora, ¡oh melífluo amor! abre, ó divina luz, los ojos interiores de tus fieles para que con rayos de fe viva te conozcan, y dilata sus corazones para que te reciban en sí, para que enseñados por tí busquen á tí para tí y descansen en tí, y sean finalmente por medio de este sacramento unidos contigo como miembros con su cabeza, y como sarmiento con su vid, para que así vivan por tu virtud, y gocen de las influencias de tu gracia en los siglos de los siglos. Amen.

24. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXI.

Meditacion de la oracion del huerto y prision del Salvador para el mártes por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar en estos dos pasos: conviene á saber, en la oracion del huerto y en la prision del Salvador.

§ I. — *El texto de los evangelistas dice asi.*

1. «Acabada la cena, vino el Señor con sus discípulos al huerto que se dice Getsemaní, y díjoles: Esperad aquí hasta que vaya allí, y haga oracion. Y tomando consigo á Pedro, y dos hijos del Zebedeo, comenzó á temer y entristecerse, y díjoles: Triste está mi ánima hasta la muerte, esperadme aquí, y velad conmigo. Y adelantándose un poquito de ellos postróse en tierra, y caido sobre su rostro oró y dijo: Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mí, mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y vino á los discípulos y hallólos durmiendo. Y dijo á Pedro: ¿Así? ¿No pudiste una hora velar conmigo? Velad y orad porque no entreis en tentacion. El espíritu está pronto, mas la carne flaca. Y otra vez volvió, é hizo la misma oracion

Matth., 26. Marc., 14. Luc., 22. Joan., 18.

diciendo : Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que lo haya de beber, hágase tu voluntad; y vino otra vez, y halló los discípulos durmiendo, porque estaban sus ojos cargados de sueño : y dejándolos así, volvió la tercera vez, é hizo la misma oracion. Y apareciéle allí un ángel del cielo, confortándole; y puesto en agonía hacia mas larga su oracion. Y hízose el sudor de él así como gotas de sangre, que corrian hasta el suelo. Entonces vino á sus discípulos, y díjoles : Dormid ya, y descansad; veis aquí llegada la hora, y el Hijo de la Vírgen será entregado en manos de pecadores; levantaos, y vamos; catad, que ahora vendrá el que me ha de entregar. Aun él estaba hablando, y he aquí á Judas, uno de los doce : vino, y con él mucha compañía de gente con espadas, y lanzas, y hachas, y armas y lanternas, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. Y el que lo traia vendido dióles esta señal, diciendo : A cualquiera que yo besare, prendedle vosotros, y llevadlo á buen recado. Y luego llegándose á Jesus, dijo : Dios te salve, Maestro, y dióle paz en el rostro; y díjole Jesus : Amigo, ¿á qué veniste? Pues Simon Pedro, como tuviese una espada desenvainada, hirió á un criado del pontífice, y cortóle la oreja derecha : y llamábase el criado Malco. Dijo entonces Jesus á Pedro : Mete la espada en su vaina. ¿El cáliz que me dió mi Padre no quieres que beba? Y como le tocase la oreja, sanóle. En aquella hora dijo Jesus á los príncipes de los sacerdotes, y á los príncipes del templo, y á los ancianos que habian venido á él : ¿Como á ladron salisteis á mí con espadas y lanzas? Y habiendo yo cada dia estado con vosotros en el templo, no pusísteis las manos en mí. Mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Entonces la gente de guerra, y el tribuno y los ministros de los judíos, pusieron las manos en Jesus, y atáronle, y así atado lo trajeron primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice de aquel año. Entonces todos los discípulos dejaron al Señor, y huyeron.»

Joan., 18.

Luc., 22.

Joan., 18.

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

2. ¿Qué haces, ánima mia? ¿qué piensas? No es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Getsemaní, y allí oirás y verás grandes misterios. Allí verás cómo se entristece la alegría, y teme la fortaleza, y desfallece la virtud, y se confunde la majestad, y se estrecha la grandeza, y se anubla y oscurece la gloria.

3. Considera pues primeramente cómo, acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte Olivete á hacer oracion antes que entrase en la batalla de su pasion, para enseñarnos como en todos los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recorrer á la oracion, como á una sagrada áncora, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulacion, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice san Gregorio, mayor merced nos hace el Señor cuando nos da esfuerzo

Lib. 23. Moral., c. 27 et 28.

para llevar los trabajos que cuando nos quita los mayores trabajos.

4. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres mas amados discípulos, san Pedro, Santiago y san Juan, los cuales habian sido testigos poco antes de su gloriosa trasfiguracion, para que ellos mismos viesen cuan diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les habia mostrado en aquella vision. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima que los que por defuera se comenzaban á descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: Triste está mi ánima hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo. Aquel Dios y hombre verdadero, aquel hombre mas alto que nuestra humanidad, y que todo lo criado, cuyos tratos y conversacion era con aquel pecho de la suma deidad, con la cual sola comunicaba sus secretos, ahora es en tanta manera entristecido que desciende á dar parte de su pena á sus criaturas y á pedirles su compañía, diciendo: Esperadme aquí, y velad conmigo. ¡Oh riqueza del cielo! ¡Oh Bienaventuranza cumplida! ¿Quién te puso, Señor, en tal estrecho? ¿quién te echó por puertas ajenas? ¿quién te hizo mendigo de tus mismas criaturas, sino el amor de enriquecerlas? Matth., 17.

5. Dime, ó dulcísimo Redentor, ¿porqué temes la muerte que tú tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo mas es causa de alegría que de temor? No tenian los mártires ni la fortaleza ni la gracia que tú, sino una sola partecita que de tí (que eres la fuente de la gracia) se les comunicaba, y con sola esta entraban tan alegres en las conquistas de los martirios; y tú, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, ¿te entristeces y temes antes de la batalla? Ciertamente, Señor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mio; así como aquella fortaleza de los mártires no era de ellos, sino tuya. Tú temes por lo que tienes de nosotros: y ellos se esforzaron por lo que tenian de tí. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Así que mio es este temor, y tuya esta fortaleza, y por eso mia es tu ignominia, y tuya mi alabanza.

6. Quitaron la costilla al primer Adan para formar de ella á la mujer, y en el lugar del hueso que le quitaron pusiéronle carne flaca. ¿Pues qué es esto, sino que de tí, nuestro segundo Adan, tomó el Padre Eterno la fortaleza de la gracia, para poner en la Iglesia tu Esposa, y de ella tomó la carne y la flaqueza para poner en tí? Pues por esto quedó la mujer fuerte, y tú flaco: ella fuerte con tu virtud, y tú flaco con su flaqueza. Doblada merced fué esta que nos hiciste, Padre nuestro, porque no contento con vestirnos de tí te quisiste vestir de nosotros. Por lo uno y por lo otro te bendigan los ángeles para siempre, pues no fuiste avariento en comunicarnos tus bienes, ni tuviste asco de recibir nuestros males. ¿Pues qué debo yo hacer, considerando esto, sino viéndome lleno de tus misericordias gloriarme en tí, y viendo á tí por mi amor lleno de mis miserias compadecerme de tí? Por lo uno me alegraré, y por lo otro me entristeceré: y así con lágrimas y alegría cantaré y lamentaré el Gen., 2. Ephes., 5.

misterio de tu pasion, y estudiaré siempre en aquel libro de Ezequiel que de cantares y lamentaciones era escrito. Ezec., 2.

7. Acabadas estas palabras, apartóse el Señor de los discípulos cuanto un tiro de piedra; y postrado en tierra Luc., 22. con grandísima reverencia, comenzó su oracion diciendo: Padre, si es posible, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga como yo lo quiero, sino como tú. Y hecha esta oracion tres veces, á la tercera vez fué puesto en tan grande agonía que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrian por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo, hasta caer en tierra.

8. Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira, como representándosele allí todos los tormentos que habia de padecer, y aprendiendo perfectísimamente con aquella imaginacion suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban por el mas delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo, por los cuales padecia, y el desagradecimiento de tantas ánimas, que no habian de reconocer este beneficio, ni querer aprovecharse de este tan grande y tan costoso remedio, fué su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron; y la carne bendita se abrió por todas partes, y dió lugar á la sangre que manase por toda ella, en tanta abundancia que corriese hasta la tierra. Y si la carne que de sola recudida padecia estos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaria el ánima que derechamente los padecia?

9. En los otros hombres, cuando se ven en algun súbito y grande trabajo, suele acudir la sangre al corazon, dejando los otros miembros frios y despojados de su virtud, por socorrer al miembro mas principal; mas Cristo, por el contrario, como queria padecer sin ninguna manera de consuelo (porque fuese mas copiosa nuestra redencion), aun este pequeño alivio de naturaleza no quiso admitir por nuestro amor.

10. Mira pues al Señor en esta agonía, y considera no solo las angustias de su ánima, sino tambien la figura de su sagrado rostro. Suele el sudor principalmente acudir á la frente y á la cara; pues si salia por todo el cuerpo de Jesus la sangre, y corria hasta el suelo, ¿qué tal estaria aquella tan clara frente, que alumbra á la luz, y aquella cara tan reverenciada del cielo, estando como estaba toda goteada, y cubierta de sudor de sangre? Y si los que mucho se aman en las enfermedades y peligros de muerte suelen estar colgados del rostro de sus amigos, y mirando el color y los accidentes que muda la enfermedad, tú, ánima mia, que miras la cara de Jesus, ¿qué sientes cuando ves en ella señales tan extrañas y tan mortales? ¿qué dolores serán los de adelante, cuando al principio de la enfermedad le toma tal agonía? ¿Qué sentirá padeciendo los dolores, pues en solo pensarlo suda sangre?

11. Si en este paso no te compadeces del Salvador, y si cuando él suda sangre de todo su cuerpo, tú no viertes lágrimas de tus ojos, piensa que tienes corazon de piedra. Si no puedes llorar por falta de amor, á lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron causa de este dolor. No le azotan ahora los verdugos, no le coronan los soldados,

no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sino tus culpas; estas son las espinas que lo punzan, esos los verdugos que lo atormentan, esa la carga tan pesada que le hace sudar este sudor. ¡Oh cuan cara te cuesta, Salvador mio, mi salud y mi remedio! ¡Oh, mi verdadero Adan, salido del paraiso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan que yo tengo de comer!

Gen., 3.

12. Considera tambien en este mismo paso por una parte aquella tan grande agonía y vigilias de Cristo, y por otra el sueño tan profundo de los discípulos, y verás aquí representado un grande misterio. Porque verdaderamente no hay cosa mas para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres, y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es el de su salvacion. ¿Qué cosa puede ser mas para sentir que tan grande descuido en tan grande negocio? Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador, y mira á los discípulos en este paso. Mira cómo el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonía, que le hace sudar gotas de sangre; y mira á los discípulos por el contrario, tendidos por aquel suelo durmiendo con sueño tan pesado, que no bastaba ni la reprehension del maestro, ni la mala cama que allí tenian, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí. Mira, pues, qué tan grande es el negocio de la salvacion de los hombres, pues basta para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos: y mira por otra parte en cuan poco lo tienen los mismos hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo mas encarecer lo uno y lo otro, que por estas dos cosas tan extrañas. Pues si trabajos ajenos pusieron á Dios en tanto cuidado, ¿cómo vive con tan extraño descuido aquel cuyo es el trabajo, el negocio, el provecho y el daño?

13. En este mismo cuidado y descuido podrás entender cuan de verdad sea este Señor nuestro Padre, y cómo tiene para con nosotros entrañas y corazon de Padre. ¡Cuántas veces acaece estar la hija durmiendo á sueño suelto, y estar el Padre toda la noche desvelado pensando en su remedio! Pues así este piadoso Padre, estando nosotros tan dormidos y descuidados de nuestra salud, como aquí se representa, está él toda la noche velando, y trasudando, y agonizando, sobre dar órden como se pusiese cobro en nuestra vida.

§ III. — *De la prision del Salvador.*

14. Mira despues cómo, acabada la oracion, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del apostolado y hecho adalid y capitan del ejército de Satanás. Mira cuan sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegado al buen Maestro le vendió con beso de falsa paz. Gran miseria es ser un hombre vendido por dineros, y mucho mayor si es vendido de sus amigos, y de aquellos á quien él hizo bien. Cristo es vendido de quien habia hecho, no solamente discípulo,

sino apóstol, y es vendido con engaños y traiciones, y es vendido á crudelísimos mercaderes, que no quieren mas de él que la sangre, y el pellejo para hartar su hambre. ¿Mas por qué precio es vendido? La bajeza del precio acrecienta la grandeza de la injuria. Dime, Judas, ¿por qué precio pones en almoneda al Señor de lo criado? ¿Por treinta dineros? ¡O qué bajo precio ese para tan grande Señor! ¿Por mas subido precio se suele vender una bestia en el mercado, y tú por este vendes á Dios? No te tiene él á tí en ese precio, pues te compra con su sangre. ¡O estima del hombre, y desestima de Dios! ¡Dios es vendido por treinta dineros, y el hombre es comprado por la sangre del mismo Dios!

15. En aquella hora dijo el Señor á los que le venian á prender: Así como á ladron salísteis á mí con espadas y lanzas, y habiendo yo estado con vosotros cada dia en el templo no extendísteis las manos en mí; mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Este es un misterio de grande admiracion. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imágen, no solamente de pecador, sino tambien de condenado? Esta es, dice él, vuestra hora, y el poder de las tinieblas. De las cuales palabras se saca que por aquella hora fué entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tinieblas, que son los demonios, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Y así como el santo Job por divina permision fué entregado en poder de Satanás, para que le hiciese todo el mal que quisiese, con tal que no le tocase en la vida, así fué dado poder á los príncipes de las tinieblas, sin excepcion de vida ni de muerte, para que empleasen todas sus furias y rabias contra aquella santa Humanidad. De aquí nacieron aquellos tantos ensayes y maneras de escarnios y vituperios nunca vistos, con que el demonio pretendia hartar su odio, vengar sus injurias y derribar aquella santa ánima en alguna impaciencia, si le fuera posible. «Mostróse Dios, dice el profeta Zacarías, á Jesus sacerdote grande, vestido de una vestidura manchada, y Satanás estaba á su diestra aparejado para hacerle contradicion.» Mas el Salvador responde, por su parte, diciendo: «Ponia yo al Señor siempre delante de mis ojos: porque él está á mi diestra, para que no pueda yo ser movido.» Piensa pues ahora tú hasta donde se abajó aquella alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos los males, que es á ser entregado en poder de los ministros del demonio. Y porque la pena que tus pecados merecian era esta, él se quiso poner á esta pena, porque tú quedases libre de ella. O santo profeta, ¿de qué te maravillas, viendo á Dios hecho menor que los ángeles? Maravíllate ahora mucho mas de verlo entregado en poder de los ministros del demonio. Sin duda los cielos y la tierra temblaron de tan grande humildad y caridad.

Job, 1 et 2.

Zach., 3.

Psal., 15.

Psal., 8.

16. Dichas estas palabras, arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con el manso Cordero, y unos lo arrebataban por una parte, otros por otra, cada uno como mas podia. ¡O cuan inhumanamente le tratarian, cuántas descortesías le dirian, cuántos golpes y estirones le darian,

qué gritos y voces alzarian como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas santas manos (que poco antes habian obrado tantas maravillas) y átanlas fuertemente con unos lazos corredizos hasta desollarle los cueros de los brazos, y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas con grande ignominia. ¡O espectáculo de grande admiracion! Piensa ahora tú qué sentirias si conocieses alguna persona de grande autoridad y merecimiento, y la vieses llevar por las calles públicas, en poder de la justicia, con una soga á la garganta, cruzadas y atadas las manos, con grande alboroto y concurso del pueblo, y con grande estruendo de armas y de gente de guerra. Mira lo que en este caso sentirias, y luego alza los ojos, y contempla este Señor de tanta reverencia, y que tales maravillas obraba en aquella tierra, y tales sermones predicaba, á quien reverenciaban todos los enfermos y necesitados, y pedian el remedio de todos sus males: mira cómo ahora lo llevan tan desautorizado, avergonzado, medio andando, medio arrastrando, haciéndole llevar el paso, no cual su gravedad y persona convenia, sino cual queria la furia de sus enemigos, y el deseo que tenian de contentar á los fariseos que tanta hambre tenian por ver ya aquella presa en sus uñas. Míralo muy bien cual va por este camino desamparado de sus discípulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, el color mudado, y el rostro ya encendido, y sonroseado con la priesa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su persona, tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos, y aquel semblante divino, que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

17. Sube luego mas arriba, y párate á considerar quien es este que así ves llevar con tanta deshonra. Este es el Verbo del Padre, Sabiduría eterna, Virtud infinita, Bondad suma, Bienaventuranza cumplida, Gloria verdadera, y Fuente clara de toda hermosura. Mira pues cómo por tu salud y remedio es aquí atada la virtud, y presa la inocencia, escarnecida la sabiduría, y vituperada la honra, y atormentada la gloria, y enturbiada con lágrimas y dolores la fuente clara de toda hermosura. Si tanto sintió el sacerdote Helí la prision del arca del Testamento que de espanto cayó en la silla donde estaba, y quebradas las cervices súbitamente murió, ¿qué debe sentir el ánima cristiana cuando ve el arca de todos los tesoros de la Sabiduría de Dios llevada y presa en poder de tales enemigos? Alábenlo, pues, los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos es, porque oyó el clamor de los pobres, y no menospreció el gemido de sus presos, pues quiso él ser preso por libertarlos.

2. Reg., 6.

Psal., 68.

§ IV. — *De los que espiritualmente atan la manos á Cristo nuestro Redentor.*

18. Pues, ó clementísimo y dulcísimo Salvador, que quisiste ser atado por desatarnos y librarnos de nuestro cautiverio, suplícote por las entrañas de misericordia que á este paso te trajeron, no permitas que cometa

yo tan grande maldad, como es atarte las manos, como hicieron los judíos. Porque no solos ellos ataron tus manos, sino tambien las ata el que resiste á tus santas inspiraciones, y no quiere ir por donde tú lo quieres guiar, ni recibir lo que tú misericordiosamente le quieras dar.

19. Tambien ata tus manos el que á su prójimo escandaliza, y lo aparta con su mal ejemplo y consejo de su buen propósito, é impide la buena obra que tú comenzabas á obrar en él.

20. Los desconfiados tambien, Señor, y los incrédulos atan las manos de tu liberalidad y clemencia: porque así como la confianza abre las manos de tu gracia, así las ata la incredulidad y la desconfianza. Conforme á lo cual dice el evangelista que no podias hacer muchas virtudes y milagros en tu patria, por la incredulidad de los vecinos y moradores de ella. Matth., 13.

21. Los desagradecidos tambien y los negligentes te atan las manos, y ponen impedimento á tu gracia; los unos porque no te dan gracias por la gracia, y los otros porque la tienen ociosa y baldía, sin querer aprovecharse de ella.

22. Finalmente, los que toman vanagloria por las gracias que les has dado, estos tambien atan tus manos mas fuertemente, porque por esta culpa se hacen indignos de tu gracia. Porque no es razon que tú prosigas en hacer mercedes á quien toma de ellas ocasion para hacerse mas vano, ni que tú des las riquezas de tu gracia á quien no te acude con el tributo de la gloria, sino antes como traidor robador se alza con ella, y usurpa los derechos de la gloria, que á tí solo pertenecian.

23. Tambien diria yo, Señor, que te atan las manos los parleros, y los que tienen poco secreto de las consolaciones y sentimientos que les das; porque así como los hombres avisados y discretos dejan de dar parte de sus secretos á los que hallaron infieles en guardarlos, así tú tambien muchas veces dejas de dar parte de los tuyos á los que sin causa los publican á otros y toman de ahí ocasion para hacerse mas vanos.

24. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXII.

Meditacion de la presentacion de nuestro Redentor Jesucristo ante los pontifices y jueces, y de los azotes que padeció atado á la columna, para el miércoles por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar la presentacion del Señor ante los pontífices y jueces. La primera á Anás, la segunda á Caifás, la tercera á Herodes, la cuarta á Pilato: y despues de esto los azotes á la columna.

§ 1. — *El texto de los evangelistas dice así.*

1. « Pues como el Señor fuese presentado al pontífice Anás, preguntóle el pontífice por sus discípulos y doctrina. Respondióle Jesus : Yo públicamente he hablado al mundo, yo siempre enseñé en públicos ayuntamientos, y en el templo, donde todos los judíos se juntan; y en secreto no he hablado nada. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oido, que ellos saben lo que yo he dicho. Como él dijese esto, uno de los ministros que asistian al pontífice dió una bofetada á Jesus, diciendo : ¿Así respondes al pontífice? Respondió Jesus : Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿porqué me hieres?

2. » Y envióle Anás atado á Caifás, donde los letrados de la ley y los ancianos estaban ayuntados. Y el príncipe de los sacerdotes y los letrados buscaban algun falso testimonio contra Jesus, por donde le condenasen á muerte, y no lo hallaban, aunque se juntaron allí muchos falsos testigos. En fin, vinieron dos falsos testigos, y dijeron : Este dijo : yo puedo destruir el templo de Dios, y volverlo á reedificar despues de tres dias. Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, díjole : Conjúrote de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios. Díjoles Jesus : Tú lo dijiste, mas en verdad os digo que presto vereis el Hijo de la Vírgen asentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo : Blasfemado ha; ¿qué necesidad tenemos aquí de testigos? Catad, aquí habeis oido la blasfemia : ¿qué os parece? Ellos respondieron : Merecedor es de muerte. Entonces escupieron en su rostro, y diéronle de pescozones, y otros le daban en la cara bofetadas, y decian : Profetízanos, Cristo, quién es el que te hirió.

3. » El dia siguiente por la mañana, toda la muchedumbre de los príncipes del pueblo llevaron á Jesus á Pilato, y comenzaron á acusarle diciendo : A este hombre hallámos que pervertia nuestra gente, y vedaba que no se pagase tributo al césar, diciendo que él era el rey Mesías. Y Pilato preguntóle, diciendo : ¿Tú eres rey de los judíos? Y él respondió : Tú lo dices. Y siendo acusado de los príncipes de los sacerdotes, y de los mas ancianos, no respondia nada. Entonces dijo Pilato : ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra tí? Y él no respondió á ninguna palabra, tanto que el juez estaba maravillado en gran manera. Dijo, pues, Pilato á los príncipes de los sacerdotes y la gente : No hallo culpa en este hombre. Mas ellos daban voces, y porfiaban diciendo : Ha alborotado el pueblo, enseñando por toda Judea comenzando dende Galilea hasta aquí. Pilato, oyendo que se hacia mencion de Galilea, preguntó si por ventura aquel hombre fuese natural de Galilea : y como supo que era de la jurisdiccion de Herodes, envióle á él, que en aquellos dias estaba en Jerusalen. Y Herodes, viendo á Jesus, gozóse mucho, porque habia mucho tiempo que le deseaba ver, y habia oido muchas cosas de él, y esperaba ver algun milagro que hiciese delante de él. Estaban allí los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley, acusándole fuertemente. Y menospre-

cióle Herodes con toda su córte, é hizo burla de él. Y vistiéndole con una vestidura blanca volvióle á enviar á Pilato.

4. »Y por razon del dia solemne de la Pascua, tenia por costumbre el presidente soltarles un preso, cual ellos le pidiesen. Y tenia entonces preso un malhechor famoso, que se decia Barrabás. Pues ayuntándolos á todos en uno, díjoles Pilato: ¿A quién quereis que os suelte de los dos? ¿A Barrabás ó á Jesus, que se llama Cristo? Y ellos respondieron: No á este, sino á Barrabás, el cual estaba en la cárcel por un ruido que habia hecho en la ciudad, en el cual habia muerto un hombre. Díjoles entonces Pilato: ¿Pues qué haré de Jesus, que se llama Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. Entonces tomó Pilato á Jesus, y azotóle.»

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

5. Muchas cosas tienes, ánima mia, que contemplar hoy: muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, ó si no te pesan los piés para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por tí. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa de ellos es maltratado por tí, y paga tu merecido; en una casa es abofeteado; en otra escupido; en otra escarnecido; en otra azotado, coronado de espinas, y sentenciado. Mira qué estaciones estas para no quebrar el corazon, y para no andarlas los piés descalzos, y corriendo sangre.

6. Vamos pues á la primera, que fué á casa de Anás, y mira como allí, respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban dió una bofetada en su divino rostro, diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien, ¿porqué me hieres? Mira, pues, aquí, ó ánima mia, no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sino tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos, y tan sin turbacion en aquella afrenta; y aquella ánima santísima en lo interior tan humilde, y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo pidiera. ¡O malaventurada mano, que tal has parado el rostro ante cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya Majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en él, porque así borraste la figura de aquel que es traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste el mas hermoso de los hijos de los hombres?

7. Mas no será esta la postrera de las injurias de esta noche, porque de esta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razon que le vayas acompañando; y ahí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles; porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenia á aquellos que tan indignos eran de oir tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéronse contra él como perros rabiosos, allí des-

cargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan de bofetadas y pescozones; allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con él diciendo: Adivina quien te dió. ¡O maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡O hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ese para escupir en él? ¿Al rincon mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, y en todo ese palacio no se halla otro lugar mas despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? ¿Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia, despues de tan grande ejemplo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado; los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar su Criador: ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo sobre un punto de honra? ¿De qué os espantais, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venia á curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga tal medicina como esta requeria, pues aun con todo eso no está sana. Espántate de ver á Dios tan humillado; yo me espanto de ver á tí todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado. Espántate de ver á Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo, y quiera ser mas honrado que Dios.

8. ¿Pues cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? ¿Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazon de Dios, y amansarlo, y no bastará para vencer el tuyo, y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob: No te llamarás ya Jacob, sino Israel será tu nombre, porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto mas lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de Cristo prevalecieron contra el furor, y contra la ira divina, ¿cómo no prevalecen contra nuestra soberbia? Si aplacaron y amansaron un corazon tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome, y mucho me espanto, como con esta paciencia no se vence tu ira; con este abatimiento tu soberbia; con estas bofetadas tu presuncion; con este silencio tan profundo entre tantas injurias, los pleitos que tú revuelves, porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiese Dios derribar el reino de nuestra soberbia, y gran maravilla es tambien que hecho todo esto esté aun viva la memoria de Amalec debajo del cielo, y queden todavía reliquias de esta mala generacion.

1. Reg., 15.

9. Cura, pues, en mí, ¡ó buen Jesus! con ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia; y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga que ya lo tengo.

§ III. — *De los trabajos que el Salvador pasó en aquella noche de su pasion, y de la negacion de san Pedro.*

10. Despues de esto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa, porque los soldados que le guardaban escarnecian de él, como dice san Lucas, y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. ¡Mira, pues, ó ánima mia, cómo tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban! ¡O noche cruel! ¡O noche desasosegada, en la cual, ó buen Jesus, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen; y esta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, y atormentando tus oidos, para que en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar todos ellos en tí penasen y trabajasen. ¡Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarian los coros de los ángeles en el cielo! allá dicen: Santo, Santo; acá dicen: Muera, muera, crucifícalo, crucifícalo. O ángeles del paraiso, que las unas y las otras voces oíades, ¿qué sentíades, viendo tan maltratado en la tierra aquel á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? ¿Qué sentíades, viendo que Dios tales cosas padecia por los mismos que tales cosas hacian? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte por librar de la muerte al mismo que se la da? No se puede encarecer mas la malicia del hombre que haber llegado á poner las manos en su mismo Dios, ni la bondad y misericordia de Dios que haber querido padecer esto por la criatura que tal hizo. Luc., 22.

11. Crecieron sobre todo esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de san Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la Trasfiguracion, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una, sino tres veces en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conoce, ni sabe quien es. ¡O Pedro! ¿tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condenarle tú primero que los pontífices, pues das á entender en eso que es él persona tal que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerle; ¿pues qué mayor injuria que esa?

12. Volvióse entonces el Salvador, y miró á Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le habia perdido. ¡O vista de maravillosa virtud! ¡O vista callada, mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino tambien obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo.

13. De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en tí, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor, que te miran. Ya habian cantado los gallos, y no se acordaba Pedro, porque aun no lo habia mirado el Señor. Mirólo, y acordóse, y arrepintióse, y lloró su pecado, porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

14. Luego dice el evangelista que Pedro salió fuera, y lloró amargamente, para que entiendas que no basta llorar el pecado, sino que es menester tambien huir el lugar y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados, y siempre repetirlos, eso es provocar siempre contra tí la ira del Señor.

15. Y para mientes, que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parecer discípulo de Cristo, y esto se dice haberle negado. Pues si esto es negar á Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que de esta manera le nieguen? ¿cuántos hay que rehusan de confesar y comulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle de ellos? ¿Pues qué es esto, sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo, y guardador de sus mandamientos? ¿Y qué es esto sino negar á Cristo, como le negó san Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? ¿Pues qué esperan los que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice: «El que se afrentare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo de la Vírgen se afrentará de reconocerlo por suyo cuando venga con su majestad, y con la del Padre y de los santos ángeles?»

16. Acabada esta noche tan triste, llevan luego al Salvador á casa del adelantado Pilato; y él, porque supo que era natural de Galilea, envióle á Herodes que era el rey de aquella tierra, el cual le tuvo por loco, y como á tal le mandó vestir de una vestidura blanca, y así le volvió á enviar á Pilato. En lo cual parece que el Salvador en este mundo no solo fué tenido por malhechor, sino tambien por loco. ¡O misterio de grande veneracion! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, donde puedes aprender muy bien esta filosofía, y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio, que primero no lo levantase á Cristo. Él fué tenido por malhechor y revolvedor de pueblos, y por tal lo acusan ante los jueces, y le piden la muerte. Fué tenido por nigromántico y endemoniado, y así decian que en virtud de Belcebub lanzaba los demonios. Fué tenido por gloton y comedor; así decian: Catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías, y así decian que se juntaba con publicanos y pecadores, y comia con ellos. Fué tenido por hombre de mala generacion y mala casta, y así dijeron: Tú samaritano eres y demonio tienes. Fué tenido por hereje y blasfemo; y así dijeron que se hacia Dios, y que perdonaba los pecados como Dios. No

Joan., 18. Luc., 23.

Matth., 12.

Ibid., 11.

Ibid., 9.

Luc., 15.

Joan., 8.

Marc., 2.

faltaba sino que despues de todo esto lo tuviesen por loco, y por tal es ahora tenido, no de quien quiera, sino de los caballeros y cortesanos de Herodes; y así lo visten como á loco, porque todos lo tuviesen por tal. ¡O inestimable humildad! ¡O ejemplo de toda virtud! ¡O consuelo de toda tribulacion! pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecios del mundo, y veas cuan loco es, y cuan desatinado en sus dichos y hechos, y en sus pareceres y juicios, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes, y en este consuelo general de todos los males: y mira aquí cómo la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo por alborotador del mundo, el reformador de la ley por quebrantador de la ley, y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

17. En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ante los jueces, mira con gran atencion aquella mesura del Salvador, aquella serenidad de rostro, y aquella entereza de ánimo nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, y entre tanta confusion de voces y clamores de los que le acusaban y pedian la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte y el madero de la cruz presente, en medio de tantas olas y torbellinos, fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazon. No salió de su boca palabra áspera, ni dura; no se acuitó ni abajó á ruegos ni suplicaciones, ni lágrimas, sino en todo y por todo guardó la mesura que convenia á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! ¡Qué miramiento cuando habia de hablar, en sus palabras! ¡Qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola, sin mas testimonio, bastara para justificar su causa, si la bajeza de aquellos entendimientos tan groseros alcanzara á entender la alteza de esa probanza.

18. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

§ IV. — *De los azotes que el Señor recibió en la columna.*

19. Despues de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció en la columna. Porque el juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte. Joan., 19.

20. Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamás pensó que habian de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David: « Altísimo es, Señor, el lugar de tu refugio, no llegará mal adonde tú estuvieres y Psal., 90.

el azote no tendrá que ver en tu morada. » ¿Pues qué cosa mas lejos de la alteza y gloria de Dios que la bajeza de los azotes? Castigo es este de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto á él por culpado que fuese. Y con todo esto, ¿que venga ahora el Señor de los cielos, el Criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo, á ser castigado con azotes? Creo verdaderamente que los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados, mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella Divina Bondad, que aquí se les descubria. Porque si se hincheron los aires de voces y alabanzas el dia de su nacimiento, no habiendo visto mas que los pañales y el pesebre, ¿qué harian ahora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mia, á quien tanto mas que los ángeles toca este negocio, ¿cuánto mas lo debes sentir y agradecer?

Luc., 2.

21. Entra, pues, ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca, ni responder palabra á tantas descortesías como allí le dirian. Mira como luego atan aquel santo cuerpo á una columna, para que allí le pudiesen herir mas á su placer, donde, y como ellos mas quisiesen. Mira cuan solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadeciesen de él. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verias luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

22. Mas sobre todo esto, ¿qué seria ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaria abierta, donde principalmente caian todos los golpes? Creo sin duda que estaria tan abierta y tan ahondada que si un poco pasaran mas adelante llegaran á descubrir los huesos blancos entre la carne colorada, y acabara aquella santa vida antes de la cruz en la columna. Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le ataron y le cargaron de azotes, y sembraron de llagas, que ya tenia perdida la figura de quien era, y aun apenas parecia hombre. Mira, pues, ánima mia, cual estaria allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando como estaria tan maltratado y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa, y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despedazada.

23. Mandaba la ley de Moisen que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delitos así fuese la de los azotes, con tal condicion que no pasasen de cuarenta, « porque no caiga, dice la ley, tu hermano delante de tí feamente despeda-

Deut., 25.

zado, » pareciendo al dador de la ley que exceder este número era una manera de castigo tan atroz que no se compadecia con las leyes de la hermandad. Mas en tí, ¡oh buen Jesus! que nunca quebrantaste la ley de justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia, y de tal manera se quebrantan, que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos santos doctores testifican. Pues si tan afeado estaria un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cual estaria el tuyo, dulcísimo Señor y Padre mio, pasando de cinco mil? ¡O alegría de los ángeles, y gloria de los bienaventurados! ¿Quién así te descompuso? ¿Quién afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia? Claro está, Señor, que no fueron tus pecados, sino los mios: no tus hurtos, sino los mios, los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me dieses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre tí todos mis males. Pues si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores sino un testimonio de amor? ¿Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales, que todas me predican amor, y me demandan amor? Y si tantos son los testigos cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? ¿Pues cual incredulidad es la mia, que con tales y tantos argumentos no se convence? Maravíllase el evangelista san Juan de la incredulidad de los judíos, diciendo que habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos, para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en él. ¡Oh santo evangelista! deja ya de maravillarte de esa incredulidad, y maravíllate de la mia. Porque no es menor argumento el padecer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes, no creer que nos ama?

Joan., 12.

24. ¿Pues qué será si juntamos con las heridas de la columna todos los otros pasos y trabajos de su vida, pues todos nacieron de amor? ¿Quién te trajo, Señor, del cielo á la tierra sino amor? ¿Quién te abajó del seno del Padre al de la Madre, y te vistió de nuestro barro, y te hizo participante de nuestras miserias, sino amor? ¿Quién te puso en el establo, y te reclinó en un pesebre, y te echó por tierras extrañas sino amor? ¿Quién te hizo traer á cuestas el yugo de nuestra mortalidad por espacio de tantos años sino amor? ¿Quién te hizo sudar, y caminar, velar, y trasnochar, y cercar la mar y la tierra buscando las ánimas sino amor? Quién ató á Sanson de piés y manos, y lo trasquiló, y despojó de toda su fortaleza, y lo hizo escarnio de sus enemigos, sino el amor de Dálila su esposa? ¿Y quién á tí, nuestro verdadero Sanson, ató, y trasquiló, y despojó de tu virtud y fortaleza, y entregó en manos de tus enemigos para que te escarneciesen, escupiesen y burlasen, sino el amor de tu esposa la Iglesia, y de cada una de nuestras ánimas?

Joan., 1 et 2. Matth., 2. Luc., 2.

Judic., 16.

Matth., 27. Marc., 15. Luc., 23.

¿Quién finalmente te trajo hasta poner en un palo, y estar allí todo de piés á cabeza tan maltratado, las manos enclavadas, el costado partido, los miembros descoyuntados, el cuerpo sangriento, las venas agotadas, los labios secos, la lengua amargada, y todo finalmente despedazado? ¿Quién pudo hacer tal estrago como este sino el amor? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor tal cual convenia á las entrañas, y á la inmensidad de aquel que es infinitamente bueno y amoroso, y todo amor!

25. Pues con tales y tantos testimonios como estos, ¿cómo no creeré yo, Señor, que me amas, pues es cierto que no has mudado en el cielo el corazon que tenias en la tierra? No eres tú como aquel copero de Faraon, que cuando se vió en prosperidad se olvidó de los humildes amigos que en la cárcel habia dejado; sino antes la prosperidad y gloria de que ahora gozas en el cielo, te hace tener mayor piedad de los hijos que dejaste acá en la tierra. Pues si es cierto que tanto me amas, ¿cómo no te amaré yo? ¿cómo no esperaré en tí? ¿cómo no fiaré de tí? ¿cómo no me tendré yo por dichoso y rico, teniendo al mismo Dios por tal amigo? Gran maravilla es por cierto que me ponga ya en cuidado alguna cosa de esta vida, pues tengo de mi parte un tan rico y tan poderoso amador por cuyas manos pasa todo.

Gen., 40.

26. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXIII.

Meditacion de la corona de espinas del Hijo de Dios, del Ecce Homo, y de cómo llevó la cruz á cuestas, para el jueves por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de pensar la coronacion de espinas, y el Ecce Homo, y cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas.

§ I. — *El texto de los evangelistas dice así.*

1. «Entonces, conviene saber despues de haber azotado al Señor los soldados del presidente, recibiendo á Jesus en la audiencia, convocaron allí toda la gente de guerra, y desnudándolo de sus vestiduras, lo cubrieron con una ropa colorada; y tejiendo una corona de espinas, pusiéronla sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha, é hincadas las rodillas, burlaban de él diciendo: Dios te salve, rey de los Judíos, y escupiendo en él tomaban la caña que tenia en la mano, y heríanle con ella en la cabeza, y dábanle de bofetadas.

2. Salió pues otra vez Pilato, y díjoles: Veis aquí os lo traigo fuera, para que conozcais que no hallo en él causa para lo justiciar. Salió pues

Jesus fuera, puesta la corona de espinas en la cabeza, y vestida la ropa de púrpura, y dijo Pilato: *Ecce Homo*. Pues como lo viesen los pontífices y los ministros del pueblo, daban voces, diciéndole: Crucifícalo, crucifícalo. Díceles Pilato: Tomadlo vosotros, y crucificadlo, porque yo no hallo causa para lo crucificar. Respondiéronle los judíos, diciendo: Nosotros tenemos ley, y segun esta ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios. Pues como oyese Pilato estas palabras temió mas. Y entrando otra vez en la audiencia dijo á Jesus: ¿De dónde eres tú? Y Jesus no le respondió. Dícele Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Respondió Jesus: No tendrias poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba; y por tanto el que me entregó en tus manos mayor pecado tiene sobre sí. Dende entonces procuraba Pilato soltarle, mas ellos daban grandes voces pidiendo que fuese crucificado, y prevalecian las voces de ellos, y Pilato determinó que se cumpliese su peticion: y soltóles al que por razon del homicidio y escándalo habia sido echado en la cárcel, y entregó á Jesus á la voluntad de ellos.

3. »Y tomaron á Jesus, y sacáronle fuera, y llevando él sobre sí la cruz, salió al lugar que se decia Calvario. Seguialo en este camino mucha compañía del pueblo y de mujeres, que iban llorando y lamentando en pos de él, y volviéndose á ellas díjoles: Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras llorad y sobre vuestros hijos, porque presto vendrán dias en que digan: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos, porque si esto hacen en el madero verde, en el seco ¿qué se hará?»

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazon. Anima mia, ¿qué haces? Corazon mio, ¿qué piensas? Lengua mia, ¿cómo has enmudecido? ¿Cual corazon no revienta? ¿Cual dureza no se ablanda? ¿Qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? ¡Oh dulcísimo Salvador mio! cuando yo abro los ojos, y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazon de dolor? Veo esa delicadísima cabeza de que tiemblan los poderes del cielo traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, oscurecida la lumbre de esa frente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza, y descienden por el rostro, y borran la hermosura de esa divina cara. ¿Pues cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habian de sacar las espinas sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas los habias para satisfacer por las que yo te dí pecando, ¿ya no habias recibido muchas de estas toda la noche pasada? Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos

ensayes? ¿para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿quién jamás oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿de qué entrañas salió esta nueva invencion al mundo, que de tal manera sirviese para deshonrar un hombre, que no menos le atormentase que deshonrase? ¿no bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu pasion? Bien veo, Señor mio, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio: bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligacion, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

5. Pues para que sientas algo, ánima mia, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua de este Señor, y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Míralo tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, y tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuan manso haya sido siempre en sufrir, cuan sabio en el responder, cuan misericordioso en el recibir, y cuan largo en el perdonar.

6. Y despues que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarle tal cual aquí le ves cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por esceptro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura tan borrada con la sangre, y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo dentro y fuera, el corazon atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, y despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente, y desamparado de todo favor humano.

7. Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente: no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A tí mismo te pon en lugar del que padece, y mira lo que sentirias si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos; ¿y qué digo espinas? una sola punzada de un alfiler que fuese apenas la podrias sufrir. ¿Pues qué sentiria aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormento?

8. Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios! ¿quién te ha todo manchado? ¡Oh rio que sales del paraiso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha enturbiado estas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mio, las han enturbiado: mis maldades las han oscurecido. ¡Ay de mí pobre y miserable! ¡Ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima, cuando tal pararon

los ajenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos las ceremonias con que te desprecian; mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequías el templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él habia mandó echar en el arroyo de los Cedros. Yo soy ese templo vivo, por los demonios profanado, y ensuciado con infinitos pecados, y tú eres el rio limpio de los Cedros que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo; pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades. Porque por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me libraste de ellos, mas tambien me hiciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida; porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu; porque tomaste sobre tí mis pecados, me diste tu gracia. Así que, Redentor mio, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece, y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte y dejarte como á otro Noé tan avergonzado y desnudo? Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio; y con el zelo de mi aprovechamiento, esa caña en la mano; y con la compasion de mi perdimiento esa corona de confusion.

Paral., 29.

Gen., 9.

§ III. — *Del Ecce Homo.*

9. Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomóle el juez por la mano así como estaba tan maltratado, y sacándole á vista del pueblo furioso díjoles: *Ecce Homo;* como si dijera: Si por envidia lo procurábades la muerte, veislo aquí tal que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey, veislo aquí tan desfigurado que apenas parece hombre. ¿De estas manos atadas qué os temeis? ¿A este hombre azotado qué mas le demandais?

10. Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldria entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traia para quebrar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuan mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban (segun el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. ¿Pues cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasion de Cristo, viéndolo en esta figura?

11. Y si tan grande mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios, y añadir dolor á su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo, que despues de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucifícalo, crucifí-

calo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano, que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice san Pablo que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuanto es de su parte hace cosa con que le obligaria otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? ¿Pues cómo tienes tú corazon y manos para crucificar tantas veces al Señor de esta manera? Debrias considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no habia otro medio mas eficaz para apartarlos de su furor que aquella vista, así el Padre Eterno la representa hoy á todos los pecadores entendiendo que á la verdad no hay otro medio mas poderoso para apartarlos del pecado, que ponerles delante tal figura. Haz pues ahora cuenta que te la pone él tambien á tí delante, y que te está diciendo *Ecce Homo;* como si dijese: Mira ese hombre cual está, y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa sino por los pecados del mundo. Mira cual pararon los pecados á Dios. Mira que fué menester para satisfacer por el pecado. Mira cuan aborrecible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira finalmente el rigor de la divina justicia y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo. ¿Pues qué mas se pudiera hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborreciesen el pecado?

12. Parece que se hubo Dios aquí con el hombre, como la buena madre con la mala hija que se le comienza á hacer liviana. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí misma; dase de bofetadas, despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, porque por esta via conozca ella la grandeza de su yerro, y siquiera por lástima de la madre se aparte de él. Pues esta manera de remedio parece que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su divina imágen, que es la cara de su Hijo, tan maltratada y desfigurada, para que ya que por tantas reprehensiones y castigos, como les habia enviado antes por boca de sus profetas, no se querian apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver tal aquella divina figura. De manera que antes ponia las manos en los hombres, ahora vino á ponerlas en sí, que era lo último que se podia hacer. Y por esto, aunque fué siempre gran maldad ofender á Dios, mas despues que tal figura tomó para destruir el pecado no solo es grande maldad, sino tambien grandísima ingratitud y crueldad.

13. Perseverando en la contemplacion de este mismo paso (demás del aborrecimiento del pecado) puedes tambien de aquí tomar grande esfuerzo para confiar en Dios considerando esta misma figura, la cual así como es poderosa para mover los corazones de los hombres, así tambien lo es, y mucho mas, para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entonces el Salvador á los ojos del pueblo furioso, esa misma representa hoy á los del Padre piadoso, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo dia. ¿Pues qué imágen puede ser mas eficaz para amansar los ojos del Padre que la cara

amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro: este es el arco de diversos colores puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios. Aquí se apacentaron sus ojos; aquí quedó satisfecha su justicia; aquí se restituyó su honra; aquí se le hizo tal servicio cual convenia á su grandeza. Exod., 25. Gen., 9.

14. Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¡cuánto mas lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo aquello que padecia! Compárame ojos con ojos, y persona con persona, y verás cuanto mas segura tienes tú la misericordia del Padre, presentándole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma este Señor por escudo, y ponle entre tí y Dios, y preséntalo ante él, diciendo *Ecce Homo*. He aquí, Señor, Dios mio, el hombre que tú buscabas tantos años ha para que se pusiese de por medio entre tí y los pecadores. He aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenia, y tan justificado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues, ¡oh defensor nuestro! Míranos, Señor, y para que así lo hagas pon los ojos en la cara de Cristo. Y tú, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros: y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Señor, para presentarlos al Padre Eterno para que por tí nos perdone. Ezec., 22. Hier., 5. Psal., 83.

§ IV. — *De como el Salvador llevó la cruz á cuestas.*

15. Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habian hecho en aquel Santo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera amenazando á la cabeza del Salvador. Dada pues ya y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad á otra, que fué cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes el madero de la cruz. No rehusó con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor, y así camina su camino como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio. Repartida va la carga entre los dos: el Hijo lleva la leña, y el cuerpo que ha de ser sacrificado; y el Padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar. Porque el fuego del amor de los hombres y el cuchillo de la Divina Justicia pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada uno su derecho. El amor decia que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados, y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el Inocente por todos. Este es el fuego y el cu- Gen., 22.

chillo que llevaba en sus manos el patriarca Abraham para sacrificar á su Hijo, porque el amor de nuestra salud y el zelo de la justicia hicieron al Padre Eterno ofrecer su Hijo á la cruz.

16. Camina, pues, el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él? Luc., 23.

17. Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Vírgen, y cuando á ella llegares, derribado ante sus piés, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del Paraiso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfeccion! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son mas palabras? Dejo á tu Unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado.

18. ¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Vírgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabar la vida si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

19. Camina, pues, la Vírgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye dende lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guia. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡O amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbres del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar; mas al corazon de la Vírgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué veniste aquí, paloma mia, querida mia, y Madre mia?-Tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo,

pues á tí no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete, pues, ó paloma mia, á la arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus piés. Allí vacarás á la oracion y contemplacion acostumbrada, y allí, levantada sobre tí misma, pasarás como pudieres ese dolor.

20. Pues al corazon del Hijo responderia el de la santa Madre, y le diria: ¿Porqué me mandas eso, Hijo mio? ¿Porqué me mandas alejar de este lugar? tú sabes, Señor mio, y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y que no hay otro oratorio, sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazon este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar: á ninguna parte puedo ir sin tí: y de ninguna pido ni puedo recibir consolacion. En tí ha estado mi corazon, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿porqué no tendré yo estos tres dias por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibes, ahí seré yo contigo crucificado crucificada, y contigo sepultado sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré.

21. Tales palabras en su corazon iria diciendo la Vírgen, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

22. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXIV.

Meditacion del sagrado misterio de la cruz de nuestro Salvador, y de las siete palabras que en ella habló, para el viernes por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar el misterio de la cruz, y aquellas siete palabras que el Señor en ella habló.

§ I. — *Siguese el texto.*

1. « Vinieron, dice el evangelista, al lugar que se dice Golgota, que es el monte Calvario, y allí dieron á beber al Señor vino mezclado con hiel, y como le gustase no lo quiso beber. Era entonces hora de tercia, y crucificáronle; y con él crucificaron dos ladrones, uno á la diestra, y otro á la siniestra. Y allí se cumplió la Escriturо que dice: « Con los malos fué reputado. » Escribió tambien un título Pilato, y púsolo sobre la cruz, y estaba escrito en él: Jesus Nazareno rey de los judíos. Este título leyeron muchos judíos, porque el lugar donde Jesus fué crucificado estaba cerca de

Joan., 19.

Isai., 53. Marc., 15.

la ciudad : estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas. Decian, pues, á Pilato los pontífices de los judíos : No escribas rey de los judíos, sino que él dijo : Rey soy de los judíos. Respondió Pilato : Lo escrito escrito.

Joan., 18.

2. » Mas los soldados, despues que le hubieron crucificado, tomaron sus vestiduras, y repartiéronlas en cuatro partes, para que les cupiese á cada uno la suya. Y tomaron tambien la túnica, la cual no era cosida, sino tejida de alto abajo. Dijeron, pues, entre sí los soldados : No partamos esta túnica, sino echemos suertes sobre quien se la llevará, para que se cumpliese la Escritura, que dice : « Partieron mis vestiduras entre sí y sobre mi vestidura echaron suertes. » Esto fué lo que hicieron los soldados.

Matth., 27.

Psal., 21.

3. » Y los que pasaban por aquel camino blasfemaban del Señor, meneando las cabezas, y diciendo : ¡ Ah ! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar, hazte salvo á tí mismo : si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Asimismo los príncipes de los sacerdotes escarnecian de él con los letrados de la ley, y con los ancianos, y decian : A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Pues que es rey de Israel descienda de la cruz, y creeremos en él. Tiene su esperanza en Dios; líbrele, si quiere librarle, pues él dijo : Hijo soy de Dios. Y con aquellas mismas palabras le daban en cara los ladrones que estaban crucificados con él. Mas Jesus decia : Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.

Matth., 27. Marc., 15.

Matth., 27. Luc., 21.

4. » Y uno de los ladrones que estaban allí colgados le blasfemaba diciendo : Si tú eres Cristo salva á tí y á nos. Y respondiendo el otro decia : ¿ Ni aun tú temes á Dios estando padeciendo la misma pena? Nosotros justamente padecemos, pues recibimos el pago de nuestras obras, mas este no ha hecho mal ninguno. Y decia á Jesus : Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. Y díjole Jesus : En verdad te digo hoy serás conmigo en el paraiso.

Luc., 23.

5. » Y estaba en pié junto á la cruz de Jesus su Madre y una hermana de su Madre que se decia María, mujer de Cleofas, y María Magdalena.

Joan., 19.

6. » Pues como viese Jesus á la Madre, y á el discípulo que él amaba, que asimismo estaba allí, dijo á su Madre : Mujer, cata ahí tu Hijo. Y luego al discípulo : Cata ahí tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la tomó por Madre.

7. » Y á la hora de nona clamó Jesus con gran voz diciendo : ¡ Eli, Eli, lamma Sabathani ! que quiere decir : Dios mio, Dios mio, ¿ porqué me desamparaste? Y alguno de los circunstantes decian : Cata que llama á Elías ; otros decian : Esperad, veamos si viene Elías á librarle.

8. » Despues de esto sabiendo Jesus que ya todas las cosas eran cumplidas, porque se cumpliese la Escritura, dijo : Sed tengo; y estaba allí á la sazon un vaso lleno de vinagre, y ellos tomando una esponja llena de vinagre, y atándola en una caña con una rama de hisopo, pusiéronla en la boca; y como tomase Jesus el vinagre, dijo : Acabado es.

9. » Y clamando otra vez con una voz grande dijo : Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y desde la hora de sexta se hicieron tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora de nona. Y el velo del templo se partió en dos partes, desde lo alto hasta lo bajo; y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y muchos cuerpos de santos que dormian resucitaron. Y estaban todos sus amigos y conocidos, y las mujeres mirándole desde lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé : las cuales, cuando el Señor estaba en Galilea, le seguian, y proveian lo necesario de sus haciendas : y otras muchas mujeres que juntamente con él habian subido á Jerusalen.»

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

10. Venido habemos, ánima mia, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparacion. ¡Oh cuan maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promision, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida : aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios. Este es, ó ánima mia, lugar de oracion : aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este sumo beneficio, diciendo así : Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu Santo nombre, pues por medio de esta santa cruz redimiste el mundo; gracias sean dadas á tí, clementísimo Salvador, porque así nos amaste, y lavaste de nuestros pecados con tu sangre, y te ofreciste por nosotros en esa cruz, para que con el olor suavísimo de este noble sacrificio, encendido con el fuego de tu amor, satisfacieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo, reconciliador de los hombres, reparador de los ángeles, restaurador de los cielos, triunfador del infierno, vencedor del demonio, autor de la vida, destruidor de la muerte, y redentor de los que estaban en tinieblas y sombra de muerte.

Gen., 3 et 28

11. Todos, pues, los que teneis sed, venid á las aguas; y los que no teneis oro ni plata, venid á recibir todos los bienes de balde. Los que deseais agua de vida, esta es aquella piedra mística, herida con la vara de Moisén en el desierto, de la cual salieron aguas en abundancia para el pueblo sediento. Los que deseais paz y amistad con Dios, esta es tambien aquella piedra que roció el patriarca Jacob con oleo, y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres. Los que deseais vino para curar vuestras llagas, este es aquel racimo que se trajo de la tierra de promision á este valle de lágrimas, el cual ahora es pisado y estrujado en el lagar de la cruz para nuestro remedio. Los que deseais el oleo de la divina gracia, este es aquel vaso precioso de la viuda de Eliseo lleno de oleo, con que todos hemos de pagar nuestras deudas; y aunque el vaso parece pequeño

Isai., 55.
Exod., 27.
Gen., 35.
Num., 13.
4. Reg., 4.

para tantos, no mireis á la cuantidad, sino á la virtud, la cual es tan grande que mientras hubiere vaso que hinchir siempre correrá la vena de este sagrado licor.

§ III.

12. Despierta, pues, ahora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio de esta santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado, como lo significó el esposo á la esposa en los Cantares, cuando dijo: « Debajo de un árbol te resucité, esposa, porque debajo de este árbol fué deshonrada tu madre, cuando fué engañada por la antigua serpiente. »

Cant., 8. Gen., 3.

13. Mira, pues cómo, llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte) le desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto abajo sin costura alguna. Mira, pues, aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así le trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera la desnudez de aquellos que por el pecado habian perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recibida. Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo se la volvieron á poner de nuevo, é hincarle otra vez las espinas por el celebro, y hacer nuevas aberturas y llagas en él. Y es de creer cierto que usarian de esta crueldad los que otras muchas y muy extrañas usaron con él en todo el proceso de su pasion.

14. Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegáronsela de golpe, y con tanta fuerza que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera que el santo cuerpo quedó por todas partes abierto, y como desconcertado y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

15. Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira cómo la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la Majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira cómo aquella sangre real corre hilo á hilo por el celebro y por los cabellos, y por la barba sagrada, hasta teñir y regar la tierra. Considera el frio que padeceria aquel santo cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino tambien de los cueros, y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si es-

tando san Pedro vestido y calzado la noche antes padecia frio, ¿cuánto mayor lo padeceria aquel delicadísimo cuerpo estando tan llagado y desnudo? Joan., 18.

16. Por do parece que, aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió por un perfectísimo espejo de esta virtud, pues allí estuvo tan pobre que no tuvo sobre que reclinar su cabeza, y para dar á entender que no habia tomado cosa del mundo, ni se le habia apegado nada de él. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado san Francisco, verdadero imitador de esta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso espirar se desnudó de todo cuanto sobre sí tenia, y derribándose de la cama en el suelo se abrazó con la tierra desnudo, para imitar en esto como fiel siervo la desnudez y pobreza del Señor. Ea pues, ánima mia, aprende tú tambien aquí á seguir á Cristo, pobre y desnudo; aprende á menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con brazos desnudos, y ser unida con él por amor, que tambien esté desnudo sin mezcla de otro peregrino amor.

§ IV.

17. Despues de esto considera cómo el Señor fué enclavado en la cruz, y el dolor que padeceria al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las mas delicadas partes del mas delicado de todos los cuerpos. Y mira tambien lo que la Vírgen sentiria cuándo viese con sus ojos y oyese con sus oidos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan á menudo caian. Mira cómo luego levantaron la cruz en alto, y cómo la fueron á meter en un hoyo que para esto tenian hecho, y cómo (segun eran crueles los ministros) al tiempo del asentar la dejaron caer de golpe, y así se estremeceria todo aquel santo cuerpo en el aire, y se rasgarian mas las llagas, y crecerian mas sus dolores.

18. Pues ¡oh Salvador y Redentor mio! ¿qué corazon habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este dia se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte, y embestido han sobre tí las olas de la mar, atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre que estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mio, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazon, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, rey mio, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagada carne, sin tener otro refrigerio: cuando cargas el cuerpo sobre los piés, desgárranse las heridas de los piés con los clavos que tienen atravesados; cuando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros sino con igual perjuicio. Pues la santa cabeza atormentada y enflaque- Matth., 27. Psalm., 18 et 68.

cida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendrá? ¡Oh cuan bien empleados fueran allí vuestros brazos, serenísima Vírgen, para este oficio; mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz! Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que de ellos recibirá será hincarse mas las espinas por el celebro. Sobre todo esto veo esas cuatro llagas principales como cuatro fuentes que están siempre manando sangre: veo el suelo encharcado, y arroyado de sangre: veo ese tan precioso licor hollado, y derramado sobre la tierra, dando voces, y clamando mejor que la sangre de Abel, pues aquella pedia venganza contra el homicida, mas esta pide perdon para el pecador.

Gen., 4.

§ V. — *De la compasion del Hijo á la Madre, y de la Madre al Hijo en la cruz.*

19. Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazon crucificado de dentro que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí ¡ó buen Jesus! en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima: la una es de pasion, y la otra de compasion. La una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor.

20. ¿Quién podrá, ó buen Jesus, declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias contigo estar crucificada en la cruz? ¿Cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿Cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte? ¿Y aquellas angustias de su ánima sin muerte, ya mas que muerta? ¿y aquellos rios de lágrimas, que de sus purísimos ojos salian, y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho exprimidos con el peso de tan grave dolor? Verdaderamente no se puede encarecer lo mucho que esta invisible cruz atormentaba tu piadoso corazon.

21. ¿Y quién otrosí podrá, ó bendita Madre, declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, cuando veias morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría? ¿Cuando veias escarnecido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de los ángeles? ¿Cuando veias aquel santo cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos? ¿Cuando mirabas aquella divina boca que tú con leche del cielo recreaste, amargada con hiel y vinagre? ¿Y aquella divina cabeza, que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡O cuántas veces alzabas los ojos á lo alto para mirar aquella divina figura que tantas veces alegró tu ánima, mirándola, y se volvian los ojos del camino, porque no podia sufrir tu vista la ternura del corazon!

22. ¿Pues qué lengua podrá declarar la grandeza de este dolor? Si las ánimas que verdaderamente aman á Cristo, cuando contemplan estos

dolores ya pasados, tan tiernamente se compadecen de él, ¿qué harias tú siendo Madre, y mas que Madre, viendo de presente con tus ojos padecer á tal Hijo tal pasion? Si aquellas mujeres que acompañaban al Señor cuando caminaba con la cruz, sin haberle nada, ni tenerle parentesco, lloraban y lamentaban por verlo ir con tan lastimera figura, ¿cuales serian tus lágrimas cuando vieses á quien tanto te tocaba, no solo llevando la cruz á cuestas, sino enclavado ya, y levantado en la misma cruz?

23. Y con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Vírgen bendita, la compañía de la cruz, ni la volviste las espaldas, sino allí estuviste junto á ella, no caida, ni derribada, sino en pié, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la cruz, para que así como Eva, mirando con deleite aquel fruto y árbol de muerte, intervino en la perdicion del mundo, así tú, mirando con tan gran amargura el fruto de vida, que de aquel árbol pendia, intervinieses en el remedio del mundo.

§ VI. — *Otra meditacion de doctrina que se aprende al pié de la cruz.*

24. «Estaba, dice el evangelista, junto á la cruz la madre de Jesus, y la hermana de su madre María, mujer de Cleofas, y María Magdalena.» ¿Quién me diese ahora que en compañía de estas bienaventuradas tres Marías estuviese yo siempre al pié de la cruz! ¡Oh bienaventuradas Marías! ¿quién os ha hecho estar tan fijas al pié de la cruz? ¿Qué cadena es esa que así os tiene atadas á este árbol sagrado? ¡Oh Cristo muerto, que mortificas los vivos y das vida á los muertos! ¡Oh vosotros, ángeles del paraiso! no os indigneis contra mí (aunque pecador y malo) si me atreviere á llegar á esta santa compañía; porque el amor me trae, y el amor me fuerza á abrazarme con esta cruz. Si estas tres Marías no quieren apartarse de la cruz, ¿dónde me partiré yo, pues en ella está toda mi salud? Primero se helará el fuego, y el agua naturalmente se calentará, que mi corazon se aparte de esta cruz mientras yo sintiere lo que el amor me ha enseñado, cuan grande bien sea estar siempre al pié de la cruz. ¡Oh cruz! tú atraes á tí mas fuertemente los corazones que la piedra iman al hierro: tú alumbras mas claramente los entendimientos que el sol los ojos: tú abrasas mas encendidamente las ánimas que el fuego los carbones. Atráeme pues á tí, ó santa cruz, fuertemente: alúmbrame continuamente: inflámame poderosamente, para que mi pensamiento nunca se aparte de tí. Y tú, ó buen Jesus, alumbra los ojos de mi ánima para que te sepa yo mirar en esa cruz; porque no solo contemple los crueles dolores que por mí padeciste, para compadecerme de ellos, sino tambien los ejemplos de tan maravillosas virtudes como ahí me descubristes para imitarlos. Joan., 19.

25. Pues, ¡oh maestro del mundo! ¡oh médico de las ánimas! Aquí me llego al pié de tu cruz á presentarte mis llagas; cúrame, Dios mio, y enséñame lo que debo hacer. Conózcome, Señor, por muy sensual, y amigo de mí mismo, y veo que esto impide mucho mi aprovechamiento.

Muchas veces por tomar mis recreaciones y pasatiempos, ó por temor del trabajo del ayunar ó madrugar, pierdo los piadosos y devotos ejercicios, los cuales perdidos soy perdido. Esta sensualidad mia me es importuna; querria comer y beber delicadamente á sus horas y tiempos; querria despues de las comidas y cenas tener sus pláticas y recreaciones; huélgase aquella hora de pasear por los vergeles, y tomar allí su refrigerio; enséñame tú, Salvador mio, lo que deba yo hacer por tu ejemplo. ¡Oh cuánta confusion es para mí ver como trataste tú ese mas delicado de todos los cuerpos! En medio de las agonías y dolores de muerte no le diste otra comida ni otro letuario sino aquel que hicieron aquellos crueles boticarios de hiel y vinagre conficionado. ¿Quién tendrá, pues, de aquí adelante lengua para quejarse que le den la comida fria, ó salada, ó mal aderezada, ó que se la den tarde ó temprano, viendo la mesa que pusieron á tí, Dios mio, en tiempo de tanta necesidad? En lugar de los donaires y pláticas que yo busco en mis cenas y convites, los donaires que tú tenias eran las voces de los que, meneando sus cabezas, te escarnecian y blasfemaban diciendo: ¡Ah! que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á reedificar: esta era la música de tu comida. Y el pasear del vergel era estar enclavado de piés y manos en la cruz; aunque otro vergel hubo donde fuiste acabada la cena, mas á no pasear, sino á orar: no á tomar aire, sino á derramar sangre: no á recrearte, sino á entristecerte, y estar puesto en agonía de muerte. ¿Pues qué diré de los otros refrigerios de tu carne bendita? La mia quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, la casa grande y espaciosa: dime tú, ó amor santo, cual es tu cama, cual es tu casa, y cual tu vestidura. Tu vestidura es la desnudez, y una púrpura de escarnio. Tu casa es estar en público al sol y al aire, y si otra busco es un establo de bestias. Las raposas tienen cuevas, y los pájaros del aire nidos; y tú, Criador de todas las cosas, no tienes sobre que reclinar la cabeza. ¡Oh curiosidades y demasías, cómo sois vosotras acogidas en tierra de cristianos! O bien seamos cristianos, ó bien desechemos de nosotros todos estos regalos y demasías, pues nuestro Señor y Maestro no solo desechó de sí todo lo demasiado, sino tambien lo necesario.

Matth., 27. Marc., 15.

26. La cama, Señor mio, me queda por ver qué tal es. Dime, ó dulcísimo Señor, ¿dónde yaces? ¿dónde duermes al medio dia? Aquí me pongo á tus piés; enséñame lo que debo hacer, porque esta sensualidad mia no quiere bien entender el lenguaje de tu cruz. Yo deseo la cama blanda, y si despierto á la hora de rezar déjome vencer de la pereza, y aguardo el sueño de la mañana, por dar á mi cabeza reposo. Díme tú, Señor, ¿qué reposo tuviste en esa cama de la cruz? Cuando estabas ya cansado de estar acostado sobre un lado, ¿cómo te volvias del otro para mejor descansar? ¿Aquí no revienta el corazon? ¿Aquí no muere toda sensualidad? ¡O consuelo de pobres, ó confusion de ricos, ó esfuerzo de penitentes, ó condenacion de regalados y sensuales! Ni la cama de Cristo es para vosotros, ni su gloria. Dame, Señor, gracia para que á ejemplo tuyo mortifique yo esta mi sensualidad; y si no me la das, suplícote se acabe en esta hora mi vida,

Cant., 1.

porque no se sufre que estando tú en esa cruz recreado con hiel y vinagre, busque yo sabores y regalos; y estando tú tan pobre y desnudo, ande yo perdido tras de los bienes del mundo; y teniendo tú por cama un madero, busque yo la cama blanda, y el regalo del cuerpo.

27. Avergüénzate pues, ó ánima mia, mirando al Señor en esta cruz; y haz cuenta que desde ella te predica, y te castiga, diciendo: Oh hombre, ¿yo por tí recibí una corona de espinas, y tú traes en desprecio mio una guirnalda de flores? ¿yo por tí extendí mis manos en la cruz, y tú las extiendes á los placeres y bailes? ¿Yo no tuve, muriendo, una sed de agua, y tú buscas preciosos vinos y manjares? ¿Yo estuve en la cruz, y en toda la vida que viví lleno de deshonras y dolores, y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites? ¿Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazon, y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores?

§ VII. — *De la paciencia que hemos de tener en los trabajos á imitacion de Cristo.*

28. Enseñado me has, Señor, desde esta cátedra las leyes de la templanza: enséñame tambien ahora las de la paciencia que me es mucho necesaria. Curado has la parte concupiscible de mi ánima, cura tambien la irascible, pues tu cruz es medicina de todo el hombre, y las hojas de ese árbol sagrado son sanidad de las gentes. Algunas veces he dicho entre mí: No querria airarme con nadie, con todos querria tener paz, y para esto me parece que seria bien huir de toda compañía por excusar todas las ocasiones de turbacion y de ira.

29. Mas ahora conozco en esto mi flaqueza, porque no es vencer la ira huir de la compañía, sino cubrir la imperfeccion. Quiero pues de aquí adelante estar aparejado para hacer vida, no solamente con los buenos, sino tambien con los malos, y tener paz con los que aborrecen la paz. Yo propongo de lo hacer así; dame tú, Dios mio, gracia para que lo pueda cumplir. Si me quitaren la hacienda, no por eso me entristezca yo, pues te veo en esa cruz tan despojado y desnudo. Si me quitaren la honra, tampoco esto me haga perder la paz, pues ahí te veo tan deshonrado y tan abatido. Si me faltaren los amigos, no por eso me confunda yo, pues ahí te veo solo y desamparado, no solo de tus discípulos y amigos, sino tambien de tu mismo Padre. Y si de tí me pareciere alguna vez que soy desamparado, no por eso pierda la confianza, pues no la perdiste tú que acabando de decir: Dios mio, ¿porqué me desamparaste? luego encomendaste tu espíritu en las manos de aquel que te habia desamparado. Pues yo os llamo desde aquí, angustias y persecuciones, que vengais á dar sobre mí, pues no me podeis hacer otra cosa que darme ocasion para ser imitador de mi Señor Jesucristo.

30. Mas, ó Señor mio, si los trabajos fueron largos y prolijos, ¿con qué me consolaré? Porque los tuyos, aunque fueron grandes, parece que fueron breves, porque aun no duró veinte horas todo el martirio de tu pasion. Pues el que ha diez años que está en una cama, ó en una cárcel,

ó en continuas necesidades y guerras dentro de su misma casa, ¿qué consuelo hallará en tí para tan larga contienda? Responde, Señor mio, á esta pregunta, pues tú eres la palabra y la sabiduría del Padre. Dime si eres tú el consuelo universal de todos los males, aunque sean prolijos, ó si hemos de buscar para estos otro consolador. Ciertamente no es menester otro consuelo sino tú; porque sin duda esa cruz en que padeces no fué martirio de un solo dia, sino de toda la vida. Porque dende la misma hora y punto de tu santísima concepcion se te puso delante así la cruz, como todo lo que en ella habias de padecer, y así la trajiste delante de los ojos esos dias que viviste. Porque así como todas las cosas pasadas y venideras estaban presentes á tu divino entendimiento, así tambien lo estaban todos los martirios é instrumentos de tu pasion. Allí estaba la cruz, y los clavos, y los azotes, y las espinas, y la lanza cruel; allí estaban todos estos cuchillos tan presentes, como cuando los viste con tus ojos el mismo viernes de la cruz. Nosotros por recios males que padezcamos, siempre tenemos alguna hora de reposo cuando la medicina ó el alivio nos lo da; mas tu pena cuasi siempre fué continua, ó á lo menos muchas veces te atormentaba en el ánima, mientras en este mundo viviste. Y aunque esta pena no te atormentara, bastaba para continuo tormento el zelo de la honra del Padre, y de la salud de nuestras ánimas, el cual de verdad comia y despedazaba tu corazon, y te era mas cruel martirio que el de la misma muerte. Juntábase con esto la obstinacion de aquel pueblo rebelde, y la dureza de todos los otros pecadores, para cuyo remedio fuiste enviado : los cuales no habian de querer aprovecharse de este beneficio, ni reconocer el tiempo de tu visitacion. De aquí nacieron aquellas piadosas lágrimas que derramaste sobre Jerusalen, y de aquí aquella queja que diste por Isaías diciendo: « Yo dije : en vano he trabajado; de balde y sin causa he gastado mi fortaleza. »

Luc., 19. Isai., 49.

31. Pues aquí tienes, ánima mia, con quien te acompañar y consolar en los largos trabajos, porque aunque los trabajos postrimeros de aquel santo cuerpo fueron breves, de los de su piadoso corazon y ánima fueron prolijos y largos.

32. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias, y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXV.

Meditacion de la lanzada que se dió al Salvador; del descendimiento de la cruz; llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura para el sábado por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, se ha de contemplar la lanzada que se dió al Salvador, y el descendimiento de la cruz, con el llanto de nuestra Señora, y oficio de la sepultura.

§ I. — *El texto de los evangelistas dice así.*

1. « En aquel tiempo los judíos, porque era pascua, no queriendo que los cuerpos se quedasen en la cruz el dia del sábado, porque era muy solemne aquel dia del sábado, rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas y los quitasen de la cruz. Vinieron pues los soldados, y quebraron las piernas del primero de los crucificados, y luego del otro. Y como viniesen á Jesus, y le viesen ya muerto, no le quebrantaron las piernas, sino uno de los soldados abrió con una lanza su costado, y luego salió de él sangre y agua. Y el que lo vió da de ello testimonio, y sabemos que su testimonio es verdadero. Joan., 19. Luc., 23. Marc., 15. Matth., 17.

2. » Y como se llegase ya la tarde, vino José de Arimatea, noble caballero, el cual esperaba tambien el reino de Dios, y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus. Y Pilato maravillóse que ya fuese muerto. Y llamando al centurion, preguntóle si era ya muerto. Y como supiese de él que lo era, concedió á José el cuerpo. Vino tambien con él Nicodemus, aquel que habia venido á hablar á Jesus de noche, el cual traia cuasi cien libras de ungüento hecho de mirra y aloé, y José compró una sábana, y bajándole de la cruz envolviéronle en aquel lienzo con aquellos olores, segun que los judíos tienen por costumbre sepultar los muertos. Y habia en aquel lugar donde le crucificaron un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo donde ninguno habia sido sepultado. Allí pues, por razon de la pascua de los judíos, porque estaba cerca la sepultura, pusieron á Jesus. Y María Magdalena y María madre de José miraban el lugar donde le ponian. »

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

3. Hasta aquí has celebrado, ánima mia, la muerte y dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la Madre. Pues para esto asiéntate ahora un poco á los piés del profeta Jeremías; y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazon, suspirando, di así: ¿Cómo quedas ahora sola, inocentísima Vírgen? ¿Cómo quedas viuda, la Señora del mundo? Y sin tener ninguna culpa, ¿te han hecho tributaria de tanta pena? ¡Oh Vírgen Santísima! querria consolarte, y no sé cómo: querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos, porque mas amabas á él que á tí, ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padece y toda su ánima es ya gloriosa: cese pues la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba, justo es que goces ahora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes de esos purísimos ojos, mas claros que las aguas de Hesebon, y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor con el sacrificio del verdadero Thren., 1. Cant., 7.

Gen., 8. Noé: cese pues el diluvio de tus sacratísimos ojos, y esclarézcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; señales traerá cuando vuelva de la clemencia divina: alégrate con esta esperanza y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores, y te convida á nueva alegría en sus cantares diciendo: El invierno es ya pasado, las lluvias y torbellinos han cesado; las flores han

Cant., 9. parecido en nuestra tierra; levántate, querida mia, hermosa mia, y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra, y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo; deja ahora esa morada, y ven conmigo.

4. Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazon, é idos unos succeden otros con nuevos géneros de tormentos, para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasion. Hasta aquí llorábades sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasion, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia; una ola pasó, y otra viene á dar de lleno en lleno sobre vos; de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra.

5. Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mia, cerrad los ojos, y no mireis aquella lanza que va enristrada por el aire, donde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe á vos hiere, y no á él. Deseábades los clavos y las espinas, eso era para su cuerpo; la lanzada se guardaba para vos. ¡Oh crueles ministros, ó corazones de hierro, y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo que no le quereis perdonar despues de muerto! ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, y aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte; que aunque seais mas duros que el hierro y el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansareis. ¿Porqué no os contentais con las heridas del hijo, sino tambien quereis herir á la Madre? A ella herís con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta de ese hierro cruel.

6. Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh rio, que sales del paraiso, y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraiso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas, y lecho florido de la esposa de Salomon! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones: herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testi-

monio de su amor y prenda de la vida perdurable. Por tí entran los animales á guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé, á tí se acogen los tentados, en tí se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por tí entran al cielo los pecadores; en tí duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia, y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazon en esa tan delectable morada, dame por ella paso á las entrañas de tu amor; beba yo de esa dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua, y embriagado con ese tan precioso licor; adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo; aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta diciendo: « Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré porque esta morada escogí. » Gen., 7. Psal., 131.

§ III. — *Del descendimiento de la cruz y llanto de la Vírgen.*

7. Despues de esto considera cómo fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Vírgen. Llegan pues el mismo dia sobre tarde aquellos dos santos varones José y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz descienden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Vírgen vió que, acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo, ni recibido de él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, la dejen ahora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada señora! porque si te niegan lo que pides desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla. ¿Pues qué hareis, santos varones? ¿Qué consejo tomareis? Negar á tales lágrimas y á tal señora cosa que pide, no conviene: y darle lo que pide es acabarle la vida. Temeis por una parte desconsolarla; y temeis por otra no seais por ventura homicidas de la Madre, como fueron los enemigos del Hijo. Finalmente, vence la piadosa porfía de la Vírgen, y pareció á aquella noble gente, segun eran grandes sus gemidos, que seria mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar. Joan., 19.

8. Pues cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de paz, llorad con esta sagrada Vírgen; llorad, cielos, llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase

rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebísteis con tanta gloria, y paristes con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, y en quien vos os mirábades? Ya no os aprovecha mirarle á la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces, y hablarle, porque sus orejas han perdido el oir; ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo, ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no hablais ahora, reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazon allá dentro hablaria con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diria:

9. ¡Oh vida muerta, oh lumbre oscurecida! ¡oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es esta que veo en vuestro costado? ¡Oh sumo sacerdote del mundo! ¿qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquellos ojos que oscurecian al sol con su hermosura? ¿Estas son las manos que resucitaban los muertos á quien tocaban? ¿Esta es la boca por do salian los cuatro rios del paraiso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mio y sangre mia, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado? Hijo mio, ¿qué haré sin tí? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venian á rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrias. Mas yo que veo muerto á mi Hijo, y mi Padre, y mi Hermano, y mi Señor; ¿á quién rogaré por él? ¿quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesus Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos y da vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande profeta, poderoso en obras y palabras?

10. Hijo, antes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste por que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? ¿Hasta aquí la malicia del demonio? ¿Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina Justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

11. O dulcísimo Hijo mio, ¿qué haré sin tí? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicacion del Evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asolado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré

mas asentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad.

12. Hijo mio, ¿no me hablais? O lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos distes habla y vida, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no hablais á vuestra Madre? ¿Cómo no me dejais siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazon: allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me durare la vida.

13. ¡Cómo dura poco la alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor despues de mucha prosperidad! ¡Oh Bethlehem y Jerusalen, cuan diferentes dias he llevado en vosotras! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué dia este tan oscuro! ¡Qué rica entonces, y qué pobre agora! No podia ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. ¡Oh ángel bienaventurado! ¿donde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutacion? No era vana mi turbacion, ni mi temor en aquella hora, porque á grandes alabanzas por fuerza es que se ha de seguir ó gran caida ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo. Entonces me llamaste llena de gracia; ahora estoy llena de dolor. Entonces bendita entre las mujeres; ahora la mas afligida de las mujeres. Entonces dijiste: El Señor es contigo; ahora tambien está conmigo, mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

14. ¡Oh dulce Redentor mio! ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recien nacido, por do viniese ahora á tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algun pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque agora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algun yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, porque agora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algun delito amarte tanto, porque agora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto mas padeciese cuanto mas te amo?

15. ¡O padre eterno, ó amador de los hombres, piadoso para con ellos, y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabeis cuan grandes sean las olas y tempestad de mi corazon. Vos sabeis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazon. Mas con todo esto yo la mas afligida de todas las criaturas os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias: por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo, y porque ahora me lo quitais no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas tambien con ellos os ben-

digan. Mas suplícoos, Padre mio, si vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabeis que dende el dia que aquel santo Simeon me anunció este martirio se echó acibar en todos mis placeres, y dende entonces traigo este dia atravesado en el corazon. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este dia. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que vos quisísteis que dende entonces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos dende el dia de su concepcion, así tambien la trajese la Madre. Así quereis vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no quereis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en vos. Pues ¡o Rey mio! habed ya por bien que sea este el postrero de mis martirios, si vos de ello sois servido; y sino, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabeis vos que tantas veces he sido mártir cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mio viéndolo se renueva. Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡O dichosa sepultura, que has succedido en mi oficio, y la corona que á mí quitan á tí la dan, pues encerrarás dentro de tí al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarian si allí se viesen, y allí seria de verdad mi vida en la sepultura. El corazon y ánima que yo puedo yo la sepultaré; mas veo tambien, Señor mio, el cuerpo que yo no puedo sin vos. ¡O muerte! ¿porqué eres tan cruel que me apartas de aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre.

16. Tales palabras en su corazon diria la Vírgen, y semejantes las dirian aquellas santas Marías que le acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Vírgen. Lloraba otrosí el santo evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro decia: O buen Maestro y Señor mio, ¿quién me enseñará de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña? ¡Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los mios muerto! ¿Este es el rostro que yo ví trasfigurado en el monte? ¿Esta es aquella figura mas clara que el sol de mediodia?

Joan., 14.

Luc., 9.

17. Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los piés del Salvador decia: ¡O lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí?

Luc., 7.

¿Quién me defenderá de los fariséos? ¡O cuan de otra manera tuve yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡O amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡O vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

18. De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada pues ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia; atan su rostro con un sudario; y puesto encima de un lecho caminan con él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazon de la Madre con una oscura niebla de tristeza; allí se despide otra vez de su Hijo; allí comienza de nuevo á sentir su soledad; y allí se ve ya desposeida de todo su bien, y allí se le queda el corazon sepultado, donde quedaba su tesoro.

§ IV. — *Aquí se declara porqué la sagrada Vírgen y porqué todos los justos son afligidos en esta vida con diversas tribulaciones.*

19. ¡O Padre eterno! Ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿porqué quieres que padezca tambien esta sagrada Vírgen, que ni por los pecados ajenos merece muerte (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¡Cuan fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazon se hallara fuera de Jerusalen donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente! ¡O maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redencion del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa mas preciosa que en el cielo el amor glorioso de los Bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos. Philip., 1. Act., 15. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y aceptaste para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas las riquezas de Matth., 13. virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante mas te agradó, para darle por ella todo lo que pedia, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya no es razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los hijos de Dios.

20. Y demás de esto no hay obra en el mundo que mas declare la verdadera virtud que el padecer trabajos por amor de Dios, porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como esta. Así como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor, por muchos otros beneficios que les hizo, hasta que vino á padecer por ellos, así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente, por muchos ser-

vicios que le hagan, hasta que vengan á padecer por él. « La tribulacion, dice san Pablo, es ocasion y materia de paciencia, y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos da la esperanza de la gloria. » Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y santidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulacion. Porque, como dice el Sabio, « los vasos de barro se prueban en el horno, mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulacion. »

Rom., 5.

Eccli., 27.

21. No hizo Dios en todas las obras de la naturaleza cosa que estuviese ociosa; mucho menos querrá que en la de gracia estén sus dones ociosos. Y por esto él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera que no se tiene aquí respeto á la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. « Darnos has, Señor, dice el profeta, á beber lágrimas por medida, y la medida será esta que el mas privado comunmente sea mas afligido y atribulado. » Cuando Moisen hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escritura Divina que roció á todo el pueblo con un hisopo de sangre, y esto hecho el resto de la sangre que quedaba derramó sobre el altar. Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no solo con la de Cristo, sino tambien con la propia de cada uno, que es con la paciencia y sufrimiento de los trabajos. Él bebió primero el cáliz en aquella postrera cena que cenó con sus discípulos, mas despues de haber él bebido dió las sobras á los convidados, y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno de ellos tambien su trago, de manera que á todos ha de caber su parte de este cáliz, y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padecer. Sino que en esto está la diferencia, que á los hombres populares é imperfectos basta que sean rociados con sangre; mas los que están mas allegados á Dios, y son tales que merecen ya ser llamados altares suyos, estos no solo han de ser rociados con sangre, sino teñidos y bañados con sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas mas fuertes y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo mas amadas de Dios fueron Jesucristo y su Madre: y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa les hicieron en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores, ni mas atribuladas que estas dos.

Psal., 79.

Exod., 24.

Marc., 14.

22. Consolaos, pues, todos los atribulados, pues mientras mas lo fueredes, mas semejantes seréis á Jesucristo y á su Madre. Consolaos, atribulados, que no por eso sois mas desamparados de Dios, antes (si paciencia teneis) mas queridos y mas amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados, porque no hay sacrificio mas agradable á Dios que el corazon atribulado, ni señal mas cierta de su amistad que la paciencia en la tribulacion. No infame nadie las tribulacio-

Psal., 50.

nes, porque eso es infamar á Cristo y á su Madre, y al mismo Dios, que siempre envia tribulaciones á sus amigos.

23. ¿Qué cosa es la tribulacion sino cruz? ¿Pues qué será infamar la tribulacion sino infamar la cruz? ¿Y qué huir de la tribulacion sino huir de la cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la cruz, ¿porqué huimos de la viva, que es el padecer por la cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador que habiendo perseguido á los profetas venian despues á edificarles muy grandes y suntuosos sepulcros, honrándolos despues de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues á estos en su manera parece que imitan los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la viva, que es el padecer por la cruz. Matth., 23.

24. Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padece por sus pecados, ó sin pecados, porque como quiera que padezca todo eso es finalmente padecer en cruz. Si padeces por tus pecados, padeces en la cruz del Buen. Ladron; mas si padeces sin pecados y sin culpa, por eso te debrias mas consolar, porque eso es padecer en la cruz del Salvador. Mac., 9. Nahum, 1. ad Hæbr., 12.

25. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXVI.

Meditacion de como descendió el Salvador al limbo, de su gloriosa resurreccion, y del aparecimiento á nuestra Señora, á la Magdalena y á los discípulos, para el domingo por la mañana.

Este dia, hecha la señal de la cruz con la preparacion que se puso en el capítulo segundo, pensarás en el misterio de la gloriosa resurreccion, en la cual podrás meditar estos cuatro pasos principales: conviene saber, la descendida del Señor al limbo, y la resurreccion de su sagrado cuerpo, el aparecimiento á nuestra Señora, y despues á la Magdalena y á los discípulos.

§ I. — *El texto del evangelista san Juan dice así.*

1. «El domingo siguiente, despues del viernes de la cruz, vino María Magdalena muy de mañana antes que esclareciese al sepulcro, y vió quitada la piedra de él, y que no estaba allí el cuerpo. Pues como no le halló, estábase allí fuera de la casa del monumento, en el huerto llorando. Y estando así llorando, inclinóse, y miró en el monumento, y vió á dos ángeles asentados, vestidos de blanco, uno á la cabecera, y otro á los piés del lugar donde Joan., 20. Marc., 16. Luc, 24.

fuera puesto el cuerpo de Jesus. Los cuales le dijeron : Mujer, ¿ porqué lloras ? Y ella respondió : porque han llevado á mi Señor, y no sé donde le pusieron. Y como dijo esto volvió el rostro, y vió al Señor, y no le conoció. Díjole, pues, el Señor : Mujer, ¿ porqué lloras ? ¿ A quién buscas ? Ella creyendo que era el hortelano de aquel huerto, díjole : Señor, si tú le tomaste, dime donde le pusiste, que yo le llevaré. Dijo entonces el Señor : ¿ María ? Respondió ella : ¿ Maestro ? Dícele el Señor : No toques en mí, sino ve, y di á mis hermanos que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Vino luego María Magdalena, y dió cuenta de esto á los discípulos, diciendo : Vi al Señor, y díjome esto y esto que os dijese.

2. » En este mismo dia en la tarde estando las puertas cerradas, donde estaban ayuntados los discípulos por miedo de los judíos, vino el Señor, y púsose en medio de ellos, y díjoles : Paz sea con vosotros. Y como esto dijese, mostróles les manos y el costado. Alegráronse, pues, los discípulos visto el Señor. Díjoles otra vez : Paz sea con vosotros ; así como el Padre me envió al mundo, así yo envio á vosotros. Y dichas estas palabras, sopló, y díjoles : Recibid el Espíritu Santo ; cuyos pecados perdonáredes serán perdonados, y los que retuviéredes serán retenidos

3. » En este tiempo Tomás, uno de los doce, que se llamaba por nombre Dídimo, no estaba con los discípulos cuando vino Jesus, y despues de venido dijéronle los otros discípulos : Visto habemos al Señor. A los cuales él respondió : Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y pusiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Y pasados ocho dias, estando otra vez los discípulos dentro del cenáculo, y Tomás tambien con ellos, vino el Señor otra vez cerradas las puertas, y puesto enmedio de ellos díjoles : Paz sea con vosotros. Y luego dijo á Tomás : Pon aquí tu dedo, mira mis manos, y llega tu mano, y ponla en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y dijo : Señor mio y Dios mio. Y díjole el Señor : Porque me viste, Tomás, creiste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Otras muchas señales hizo Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Mas estas se escribieron para que creais que Jesucristo es Hijo de Dios, y para que creyendo así alcanceis vida por él. »

§ II. — *Meditacion sobre estos pasos del texto.*

4. Este es el dia que hizo el Señor, gocémonos y alegrémonos en él.
Psal., 117. Todos los dias hizo el Señor, que es el Hacedor de los tiempos, mas este señaladamente se dice que hizo él, porque en este acabó la mas excelente de sus obras, que fué la obra de
Joan., 4. nuestra redencion. Pues así como esta se llama por excelencia la obra de Dios, por la ventaja que hace á todas sus obras, así tambien este se llama dia de Dios, porque en él se acabó esta que fué la mas excelente de todas sus obras.

5. Dícese tambien que este dia hizo el Señor, porque todo lo que hay

en él fué hecho por sola su mano. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se halla algo que hayamos hecho nosotros, porque siempre hay en ellos algo de pena, y la pena nació de nuestra culpa, y por eso hay algo de nos. Mas este dia no es dia de trabajo, ni de pena, sino destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria, y así todo él es puramente de Dios. ¿Pues en tal dia como este quién no se alegrará? En este dia se alegró toda la Humanidad de Cristo, y se alegró la Madre de Cristo, y se alegraron los discípulos de Cristo, y se alegró el cielo y la tierra, y hasta al mismo infierno cupo parte de esta alegría. Mas claro se ha mostrado el sol este dia que todos los otros, porque razon era que sirviese al Señor con su luz, en el dia de sus alegrías, así como lo sirvió con sus tinieblas en el dia de su pasion. Matth., 27.

Los cielos, que viendo padecer al Señor se habian oscurecido por no ver á su Criador desnudo, estos ahora parece que con singular claridad resplandecen, viendo cómo sale vencedor del Sepulcro. Alégrese, pues, el cielo; y tú, tierra, toma parte de esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos cuando se levantaba á maitines, era tanta la alegría que recibia, acordándose del misterio de este dia, que le parecia que todas las criaturas del cielo y de la tierra en aquella hora cantaban á grandes voces y decian: En tu resurreccion, Cristo, aleluya; los cielos y la tierra se alegran, aleluya. Psal., 15. Ephes., 4. Zach., 9. Act., 2. Eccl., 24. Oseæ, 16.

6. Pues para sentir algo del misterio de este dia piensa primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasion, con aquella misma caridad que subió por nosotros en la cruz, descendió á los infiernos á dar cabo á la obra de nuestra reparacion; porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así tambien el descender al infierno para librar á los suyos de él.

7. Desciende, pues, el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada describe Eusebio Emiseno por estas palabras: « ¡Oh luz hermosa que resplandeciendo desde la alta cumbre del cielo vestiste de súbita claridad á los que estaban en tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Redentor allí descendió, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló viendo al Salvador presente. Allí fueron conturbados los príncipes de Edom, y temblaron los poderosos de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaam. Exod., 15. Luego todos aquellos infernales atormentadores, en medio de sus oscuridades y tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar, diciendo: ¿Quién es este tan terrible, tan poderoso y tan resplandeciente? Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno, nunca á estas cuevas tal persona nos envió hasta hoy el mundo. Acometedor es este, no deudor; quebrantador es, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, no á penar. Decidme, ¿dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras cerraduras, y por fuerza nos entró? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuese

culpado, no seria tan osado. Y si trajera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran tanto nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué tiene que ver con el infierno? Y si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo ha despojado nuestro limbo? ¡Oh cruz, que así has burlado nuestras esperanzas, y causado nuestro daño! En un madero alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en un madero las perdimos.

8. Tales palabras murmuraban entre sí aquellas infernales compañías, cuando el noble Triunfador entró allí á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las ánimas de los justos que dende el principio del mundo hasta aquella hora habian salido de esta vida. Allí viérades un profeta aserrado, y otro apedreado, y otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes glorificaron á Dios. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro del cielo! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo!

Gen., 3.

Allí estaban aquellos dos primeros hombres que poblaron el mundo, que así como fueron los primeros en la culpa así lo fueron en la fe y en la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó simiente para que se volviese á poblar el mundo despues de las aguas del diluvio. Allí estaba aquel primer padre de los creyentes, el que mereció primero que todos recibir el testamento de Dios, y la señal y divisa de los suyos en su carne. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando á cuestas la leña en que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y el remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus que ganando con ropas ajenas y hábito peregrino la bendicion del padre figuró el misterio de la humanidad y Encarnacion del Verbo divino. Allí estaba tambien como huésped y nuevo morador de aquella tierra el santo Bautista, y el Bienaventurado viejo que no quiso salir del mundo hasta que viese con sus ojos el remedio del mundo, y lo recibiese en sus brazos, y cantase antes que muriese como cisne aquella dulce cancion. Tambien tenia su lugar allí el pobrecito Lázaro del Evangelio, que por medio de sus llagas y paciencia mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Gen., 2 et 3.

Ibid., 8.

Ibid., 17.

Ibid., 27.

Matth., 14.

Luc., 2 et 16.

9. Todo este coro de ánimas santas estaban allí gimiendo y suspirando por este dia; en medio de ellos (como maestro de capilla) aquel santo rey y profeta repetia sin cesar aquella su antigua lamentacion, diciendo: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi ánima á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de dia, mientras dicen á mi ánima: ¿Dónde está tu Dios?» ¡Oh santo rey! si esa es la causa de tu lamentacion, cesa ya de ese cantar, porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda, pues, ahora ese cantar, y canta lo que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, á tu tierra, y sacaste á Jacob del cautiverio. Perdonaste la maldad de tu pueblo, y disimulaste la muchedumbre de sus pecados.» Y tú, santo Jeremías, que por el mismo

Psal., 41.

Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de las lamentaciones que escribias por ver á Jerusalen destruida y el templo de Dios asolado, porque otro mas hermoso templo que ese verás de aquí á tres dias reedificado, y otra mas hermosa Jerusalen por todo el mundo renovada.

10. Pues como aquellos bienaventurados padres vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sentirian? Cuan de veras (viéndose ya salidos del cautiverio de Egipto, y ahogados sus enemigos en el mar Bermejo) cantarian todos y dirian : Cantemos al Señor, que gloriosamente ha triunfado, pues al caballo y al caballero arrojó en el mar. Con qué entrañas aquel primer padre de todo el género humano, derribado ante los piés de su Hijo y Señor, diria : Veniste ya, muy amado Señor, y muy esperado, á remediar mi culpa; veniste á cumplir tu palabra, y no echaste en olvido á los que esperaban en tí. Venció á la dificultad del camino la piedad grande, y á los trabajos y dolores de la cruz, la grandeza del amor.

11. No se puede con palabras explicar la alegría de estos padres; mas mucho mayor era sin comparacion la que el Salvador tenia, viendo tanta muchedumbre de ánimas remediadas por su pasion. ¿Por cuan bien empleados darias entonces, Señor, los trabajos de la cruz, cuando vieses el fruto que comenzaba ya á dar aquel árbol sagrado? Con dos hijos que nacieron al patriarca José en la tierra de Egipto, ya no hacia caso de todos sus trabajos pasados. Y en significacion de esto, al primero que en aquella tierra nació puso por nombre Manasés, diciendo : Hecho me ha Dios olvidar de todos mis trabajos, y de la casa de mi padre. Gen., 41.
¿Pues qué sentiria el Salvador, cuando se viese ya cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿Cuando se viese aquella oliva preciosa con tantos y tan hermosos pimpollos al derredor de sí?

§ III. — *De la resurreccion del cuerpo del Salvador.*

12. Mas, ¡oh Salvador mio! ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que os está aguardando en el sepulcro? Acordaos que la ley del repartimiento de los despojos dice que igual parte ha de caber al que se queda en las tiendas que al que entra en la batalla. Vuestro santo cuerpo quedó aguardandoos en el sepulcro, y vuestra ánima santísima entró á pelear en el infierno : repartid con él vuestra gloria, pues habeis ya vencido la batalla.

13. Estaba el santo cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura que el Señor lo habia dejado, tendido en aquella losa fria, amortajado con su mortaja, cubierto el rostro con un sudario y sus miembros todos despedazados. Era ya despues de la media noche, á la hora del alba, cuando queria prevenir el Sol de justicia al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entra aquella ánima gloriosa en su santo cuerpo, ¿y qué tal (si piensas) lo paró? No se puede esto explicar con palabras, mas por un ejemplo se podrá en-

tender algo de lo que es. Acaece algunas veces estar una nube muy oscura y tenebrosa hácia la parte del poniente; y si cuando el sol se quiere ya poner la toma delante, y la hiere y embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada, que parece al mismo sol. Pues así aquella ánima gloriosa, despues que embistió en aquel santo cuerpo, y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz, y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo mas afeado de los cuerpos hizo el mas hermoso de todos ellos. De esta manera resucita el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso como primogénito de los muertos y figura de nuestra resureccion. Este es aquel santo patriarca José, salido ya de la cárcel, trasquilados los cabellos de su mortalidad, vestido de ropas inmortales, y hecho señor de la tierra de Egipto. Este es aquel santo Moisen, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que despues vino á destruir todo el poder y carros de Faraon. Este es aquel santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, y vestido de vestiduras reales, el cual vencido su enemigo, y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel, salido ya del lago de los leones, sin haber recibido perjuicio de las bestias hambrientas. Este es aquel fuerte Sanson, que estando cercado de sus enemigos, y encerrado en la ciudad, se levanta á la media noche, y quebranta sus puertas y cerraduras, dejando burlados sus propósitos y consejos de los adversarios. Este es aquel santo Jonás entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros, el cual entrando en el vientre de aquella gran bestia al tercero dia es lanzado en la ribera de Ninive. ¿Quién es este que estando entre las hambrientas quijadas de la bestia carnicera no pudo ser comido de ella, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de aires de vida, y sumido en el profundo de la perdicion la misma muerte le sirvió? Este es nuestro Salvador glorioso, á quien arrebató aquella cruel bestia que jamás se harta, que es la muerte, la cual, despues que le tuvo en la boca, conociendo la presa tembló en tenerla; porque dado caso que la tierra despues de muerto le tragó, mas hallándole libre de la culpa no pudo detenerle en su morada, porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa.

Gen., 41.
Exod., 2.
Esther, 6 et 7.
Dan., 14.
Judic., 25.
Jon., 2.

§ IV. — *De como el Salvador apareció á la Vírgen nuestra Señora.*

14. Ya, Señor, habeis glorificado y alegrado esa carne santísima que con vos padeció en la cruz; acordaos que tambien es vuestra carne la de vuestra Madre, y que tambien padeció ella con vos, viéndoos padecer en la cruz. Ella fué crucificada con vos, justo es que tambien resucite con vos. Sentencia es de vuestro Apóstol que los que fueron compañeros de vuestras penas tambien lo han de ser de vuestra gloria; y pues esta Señora os fué fiel compañera desde el pesebre hasta la cruz en todas vuestras penas, justo es que tambien ahora lo sea de vuestras alegrías. Serenad aquel cielo oscurecido, descubrid aquella

Rom., 6.

luna eclipsada, deshaced aquellos nublados de su ánima entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, y mandad que vuelva el verano florido despues del invierno de tantas aguas.

15. Estaria la santa Vírgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazon, y como piadosa leona daba voces al Hijo muerto al tercero dia, diciendo: Levántate, gloria mia; levántate, salterio y vihuela; vuelve, triunfador, al mundo; recoge, buen pastor, tu ganado; oye, hijo, los clamores de tu afligida madre; y pues estos fueron parte para hacerte bajar del cielo á la tierra, estos te hagan ahora subir de los infiernos al mundo. En medio de estos clamores y lágrimas resplandece súbitamente aquella pobre casita con lumbre del cielo, y ofrécese á los ojos de la Madre el Hijo resucitado y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, no resplandece tan claro el sol de medio dia, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias, y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos, y restituida y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre cuchillos de dolor, vélas hechas fuentes de amor. Al que vió penar entre ladrones vélo acompañado de santos y ángeles. Al que la encomendaba desde la cruz al discípulo, ve como ahora extiende sus amorosos brazos, y le da dulce paz en su rostro. Al que tuvo muerto en sus brazos, vele ahora resucitado ante sus ojos. Tiénele, y no le deja: abrázale, y pídele que no se le vaya. Entonces, enmudecida de dolor, no sabia qué decir: ahora enmudecida de alegría no puede hablar. Joan., 19.

16. ¿Qué lengua, qué entendimiento podrá comprehender hasta donde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad, sino por otras menores, haciendo una como escalera de lo bajo á lo alto, y conjeturando las unas por las otras. Pues para sentir algo de esta alegría, considera la alegría que recibió el patriarca Jacob, cuando despues de haber llorado con tantas lágrimas á José su muy amado hijo por muerto, le dijeron que era vivo, y señor de toda la tierra de Egipto. Dice la Escritura Divina que cuando le dieron estas nuevas fué tan grande su alegría y espanto, que como quien despierta de un pesado sueño así no acababa de entrar en su acuerdo, ni podia creer lo que los hijos le decian. Y ya que finalmente lo creyó, dice el texto que volvió su espíritu á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Bástame este solo bien; si José mi hijo es vivo, iré, y verlo he antes que muera. Pues dime ahora: si quien tenia otros once hijos en casa, tanta alegría recibió en saber que uno solo, á quien él tenia por muerto, era vivo, ¿qué alegría recibiria la que no tenia mas que uno, y ese tal, y tan querido, cuando despues de haberle visto muerto le viese ahora resucitado y glorioso, y no Señor de toda la tierra de Egipto, sino de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que esto pueda comprehender? Verdaderamente tan grande fué esta alegría, que no pudiera su corazon sufrir la fuerza de ella, si por especial milagro de Dios no fuera para ello confortado. ¡Oh Vírgen

Bienaventurada! Basta solo este bien : basta que tu Hijo sea vivo, y que le tengas delante, y que lo veas antes que mueras, para que no tengas mas que desear. ¡Oh Señor, y cómo sabes consolar á los que padecen por tí! No parece ya grande aquella primera pena en comparacion de esta alegría. Si así has de consolar á los que por tí padecen, bienaventuradas y dichosas sus pasiones, pues así han de ser remuneradas.

17. Conforme á esto se debe pensar cómo el Salvador apareció á sus discípulos, y señaladamente á la santa Magdalena, de que aquí no tratamos al presente, por no alargar mas esta meditacion.

Marc., 16. Joan., 20.

18. Acabada la meditacion, síguese luego el hacimiento de gracias y peticion, como arriba se dijo en el capítulo segundo.

CAPITULO XXVII.

De algunos avisos que se deben tener en el ejercicio de la oracion mental.

1. Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para darnos materia de consideracion, que es una de las principales partes de este negocio; porque la menor parte de la gente no tiene suficiente materia de consideracion, y así por falta de ella faltan muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente de la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser tan necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir á Dios es árduo, y tiene necesidad de guia, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

Aviso primero.

2. Sea, pues, el primer aviso este : que cuando nos pusiéremos á considerar alguna cosa de las sobredichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados á ella que tengan mas por mal hecho salir de aquella á otra, cuando halláremos en ella mas devocion, mas gusto ó mas provecho. Porque como el fin todo sirve á la devocion, lo que mas sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor, aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida.

Aviso segundo.

3. Sea el segundo aviso, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio de la demasiada especulacion del entendimiento, y procure tratar este negocio mas con afectos y sentimientos de voluntad que con discurso y especulaciones de entendimiento, porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oracion á meditar los misterios divinos, como si los estuviesen para predicar; lo cual mas

es derramar el espíritu que recogerlo, y andar mas fuera de sí que dentro de sí. Pues para acertar en este negocio lléguese el hombre con el corazon de una viejecita ignorante y humilde, y mas con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse á las cosas de Dios, que con entendimiento despabilado y atento por escudriñarlas, porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

Aviso tercero.

4. El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento, y entregar todo este negocio á la voluntad; mas el presente pone tambien la tasa y medida á la misma voluntad, para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio. Para lo cual es de saber que la devocion, que pretendemos alcanzar, no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, como algunos piensan, los cuales con demasiados ahincos, y tristezas forzadas, y como hechizas procuran alcanzar lágrimas y compasion cuando piensan en la pasion del Salvador, porque esto suele secar mas el corazon, y hacerlo mas inhábil para la visitacion del Señor, como enseña Casiano. Y demás de esto suelen estas cosas hacer daño á la salud corporal y á veces dejan el ánima tan atemorizada con el sinsabor que allí recibió, que teme otra vez tornar al ejercicio, como cosa que experimentó haberle dado mucha pena.

5. Conténtese pues el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente á lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada, y un corazon tierno y compasivo, y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar, lo que por él padeció, mas dispuesto para recibir el afecto que su misericordia le diere, que para exprimirlo á fuerza de brazos. Y esto hecho, no se congoje por lo demás cuando no le fuere dado.

6. De todo lo susodicho podremos colegir cuál sea la manera de atencion que debemos tener en la oracion, porque aquí principalmente conviene tener el corazon no caido, ni flojo, sino vivo, atento y levantado á lo alto.

Aviso cuarto.

7. Mas así como es necesario estar aquí con esta atencion y recogimiento de corazon, así por otra parte conviene que esta atencion sea templada y moderada, porque no sea dañosa á la salud, ni impida á la devocion; porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos á lo que piensan, como ya dijimos, y otros hay que por huir de este inconveniente están allí muy flojos y remisos, y muy fáciles para ser llevados de todos vientos.

8. Para huir de estos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atencion fatiguemos la cabeza, ni con el descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por do quiere. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber ni muy apretada ni muy floja, porque ni

vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atencion moderada, y no forzada con cuidado, y no con fatiga congojosa.

9. Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditacion no fatiguemos la cabeza con demasiada atencion, porque cuando esto se hace suelen faltar para adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha priesa al caminar.

Aviso quinto.

10. Mas entre todos estos avisos el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devocion que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque á la gloria de su Majestad, y á la bajeza de nuestra condicion, y á la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando á las puertas de su palacio sagrado.

11. Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dále gracias por su venida, y si te pareciere que no viene, humíllate delante de él, y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber hecho allí sacrificio de tí mismo, y negado tu propia voluntad, y crucificado tu apetito, y luchado con el demonio, y contigo mismo, y hecho á lo menos eso que era de tu parte.

12. Y si no adoraste al Señor con la adoracion sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como él quiere ser adorado. Y créeme cierto que este es el paso mas peligroso de esta navegacion, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de este sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Aviso sexto.

13. Y no es diferente documento del pasado ni menos necesario avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oracion, como hacen algunos, que en derramando una lágrima, y sintiendo alguna ternura de corazon, piensan que han ya cumplido con su ejercicio: esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace mas que matar el polvo, y mojarla por defuera, sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella para que pueda fructificar, así tambien es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar el fruto de buenas obras.

14. Pues por esto con mucha razon se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el mas largo espacio que pudiéremos. Y mejor seria un rato largo que dos cortos; porque si el espacio es breve, todo él se gasta en sosegar la imaginacion, y quietar el corazon; y si despues de ya quieto nos levantamos del ejercicio cuando lo habíamos de comenzar, aprovechará poco. Y descendiendo mas en particular á limitar este tiempo,

paréceme que todo lo que es menos de hora y media, ú dos horas, es corto plazo para la oracion, porque muchas veces se pasa mas que media hora en templar la vihuela, y en quietar, como dije, la imaginacion, y todo el otro espacio es menester para gozar el fruto de la oracion.

15. Verdad es que, cuando este ejercicio se tiene despues de algunos otros santos ejercicios, mas dispuesto se halla el corazon para este negocio, y así como en la leña seca muy mas presto se enciende este fuego celestial, tambien en el tiempo de la madrugada sufre ser mas corto, porque es el mas aparejado de cuantos hay para este oficio; mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el templo; porque si esto no queda por su negligencia, aquel que á todas las criaturas provee conforme á su necesidad y naturaleza proveerá tambien á él segun la suya.

Aviso séptimo.

16. Conforme á este documento se da otro semejante, y es que cuando el ánima fuere visitada en la oracion, ó fuera de ella con alguna particular visitacion del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasion que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará mas el hombre en una hora que sin él en muchos dias. Así se dice lo hacia el bienaventurado san Francisco, de quien escribe san Buenaventura que era tan particular el cuidado que en esto tenia, que si andando camino lo visitaba nuestro Señor con alguna particular visitacion, hacia ir delante los compañeros, y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venia del cielo. Los que así no lo hacen suelen comunmente ser castigados con esta pena; conviene saber, que no hallen á Dios cuando lo buscaren, pues cuando él los buscaba no los halló.

CAPITULO XXVIII.

Qué cosa sea la devocion.

1. El mayor trabajo que padecen las personas que se dan á la oracion es la falta de devocion que muchas veces en ella sienten; porque cuando esta no falta, ninguna cosa hay mas dulce ni mas fácil que orar. Por esta razon, ya que habemos tratado de la materia de la oracion, y del modo que se podrá tener, será bien tratemos ahora de las cosas que ayudan á la devocion, y tambien de las que la impiden, y de las tentaciones mas comunes de las personas mas devotas, y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devocion, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

2. Devocion dice santo Tomás que es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud, y le despierta y facilita para el bien obrar. La cual definicion manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado mas de lo que algunos puedan pensar.

3. Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tenemos para bien vivir es la corrupcion de la naturaleza, que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinacion que tenemos para el mal, y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; y estas dos cosas nos hacen dificultoso el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa mas dulce, mas hermosa, y mas amable del mundo.

4. Pues contra esta dificultad y pesadumbre proveyó la Divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devocion. Porque así como el viento cierzo esparce las nubes, y deja el cielo sereno y desombrado, así la verdadera devocion sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada para todo bien; porque esta virtud de tal manera es virtud, que tambien es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, un socorro y visitacion de Dios, alcanzado por la oracion, cuya condicion es pelear contra esta dificultad, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento del pecado, y dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu, otro esfuerzo y aliento para bien obrar: de manera que así como Sanson cuando tenia cabellos tenia mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo, y cuando estos le faltaban era tan flaco como los otros, así lo es tambien el ánima del cristiano cuando tiene esta devocion, y flaca cuando no la tiene. Esta es pues la mayor alabanza que se puede dar á esta virtud, que siendo una sola es como un estímulo y aguijon de todas las otras; y por esto el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes no vaya sin estas espuelas, porque no podrá sacar de Haron á su mala bestia si va sin ellas.

5. De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devocion. Porque no es devocion aquella ternura de corazon ó consolacion que sienten algunas veces los que oran, sino esta prontitud y alientos para bien obrar de donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que esta devocion y prontitud muchas veces merece aquella consolacion, y por el contrario esta misma consolacion y gusto espiritual acrecienta la devocion esencial. Y por esta causa los siervos de Dios pueden con mucha razon desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa del acrecentamiento de esta devocion, que nos habilita para bien obrar, como dice el profeta: « Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazon, conviene saber, con el alegría de tu consolacion que fué causa de esta ligereza. » Pues de los medios por donde se alcanza esta devocion, pretendemos ahora aquí tratar; y porque esta virtud es estímulo de todas las otras vir-

tudes, por eso tratar de los medios por donde se alcanza la devocion es tratar de los medios por donde se alcanzan todas las virtudes.

CAPITULO XXIX.

De nueve cosas que ayudan á alcanzar la devocion.

1. Las cosas pues que ayudan á la devocion son muchas, porque primeramente hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras, y muy á pechos, con un corazon muy determinado y ofrecido á todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por árduo y dificultoso que sea; porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea dificultosa, y así tambien lo es esta, á lo menos á los principios.

2. Ayuda tambien la guarda del corazon de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las tribulaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de estas impiden la devocion, y que no menos conviene tener el corazon templado para orar y meditar que la vihuela para tañer.

3. Ayuda tambien la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos, de los oidos y de la lengua, porque por ella se derrama el corazon, por los ojos y oidos se hinche de diversas imaginaciones de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razon se dice que el contemplativo ha de ser sordo, ciego y mudo; porque cuanto menos se derrame por defuera, tanto mas recogido estará de dentro.

4. Ayuda para esto mismo la soledad, porque no solo quita las ocasiones de distraimiento á los sentidos y al corazon, y las ocasiones de los pecados, sino tambien convida al hombre á que more dentro de sí mismo, y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que esta.

5. Ayuda otrosí la leccion de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideracion, y recogen el corazon, y despiertan la devocion, y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente, mas antes siempre se representa á la memoria lo que abunda en el corazon.

6. Ayuda de la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que san Agustin llama jaculatorias; porque estas guardan la casa del corazon, y conservan el calor de la devocion, como arriba se platicó. Y así se hallará el hombre cada hora pronto para llegar á la oracion. Este es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos que ni tienen tiempo ni lugar para darse á la oracion, y quien trajere siempre este cuidado en poco tiempo aprovechará mucho.

7. Ayuda tambien la continuacion y perseverancia en los buenos ejer-

cicios en sus tiempos y lugares ordenados, mayormente á la noche, ó á la madrugada, que son los tiempos mas convenientes para la oracion, como toda la Escritura nos enseña.

8. Ayudan las asperezas y abstinencias corporales, la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina, y otras cosas semejantes; porque todas estas cosas, así como nacen de devocion, así tambien despiertan, conservan, y acrecientan la raiz de donde nacen, que es esta misma devocion.

9. Ayudan finalmente las obras de misericordia, porque nos dan confianza para parecer delante de Dios: acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se pueden del todo llamar ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oracion, pues procede de misericordioso corazon.

CAPITULO XXX.

De nueve cosas que impiden la devocion.

1. Y así como hay cosas que ayudan á la devocion, así tambien hay cosas que la impiden, entre las cuales la primera es los pecados, no solo los mortales, sino tambien los veniales; porque estos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devocion, por donde es razon evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, á lo menos por el bien que nos impiden.

2. Impide tambien el remordimiento de la conciencia, que procede de los mismos pecados, cuando es demasiado, porque trae el ánima inquieta, caida, desmayada, y flaca para todo buen ejercicio.

3. Impide tambien cualquiera amargura y desabrimiento de corazon, y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia y de la alegría espiritual.

4. Impiden otrosí los cuidados demasiados, los cuales son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan el ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oracion, antes allí mas que en otra parte la inquietan y divierten de sus ejercicios.

5. Impiden tambien las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan á el hombre sin tiempo y sin corazon para vacar á Dios.

6. Impiden los regalos y consolaciones sensuales, porque estas hacen desabridos los ejercicios espirituales, y allende esto el que se da mucho á las consolaciones del mundo no merece las del Espíritu Santo, como dice san Bernardo.

7. Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas, porque estas hacen muy mala cama á los espirituales ejercicios y á las vigilias sagradas, porque el cuerpo pesado, y harto de mantenimiento, muy mal aparejado está para volar á lo alto.

8. Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como del entendimiento, que es querer oir, ver, y saber nuevas; porque todo esto ocupa el tiempo, inquieta al ánima, y derrámala en muchas partes, y así impiden la devocion.

9. Impide finalmente la interrupcion de todos estos santos ejercicios, sino es cuando se deja por causa de alguna piadosa ó justa necesidad; porque es muy delicado el espíritu de la devocion, el cual despues de ido, ó no vuelve, ó á lo menos con dificultad.

10. Y por esto, así como los árboles quieren sus riegos ordinarios, y en faltando este luego desfallecen y desmedran, así tambien lo hace la devocion cuando le falta el riego de la devota consideracion.

11. Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria: la declaracion de esto podrá ver quien quisiere con el ejercicio y larga experiencia.

CAPITULO XXXI.

De las tentaciones mas comunes que suelen fatigar á los que se dan á la oracion, y de sus remedios.

1. Ahora será bien tratar de las tentaciones mas comunes de las personas que se dan á la oracion, y de sus remedios, las cuales por la mayor parte son las siguientes: las faltas de las consolaciones espirituales, la guerra de los pensamientos importunos, los pensamientos de blasfemia é infidelidad, la desconfianza de aprovechar, la presuncion de estar ya muy aprovechado. Estas son las mas comunes tentaciones que hay en el camino, los remedios de las cuales son los siguientes:

2. Primeramente al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oracion acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios, como reo culpado, y examine su conciencia; mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, y suplique al Señor con entera confianza le perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia en sufrir y perdonar á quien otra cosa no sabe sino ofenderle.

3. De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasion para mas humillarse, viendo lo mucho que peca, y para mas amar á Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista de ellos, porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso; á lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oracion con un poco de atencion y cuidado, haciendo buenamente lo poco que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. No es mucho durar en la oracion cuando es mucha la consolacion; y lo mucho es, que cuando la devocion es poca, la oracion sea

mucha, y mucho mayor la humildad, la paciencia, y la perseverancia en el bien obrar.

4. Tambien es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo, examinando con mucha atencion sus pensamientos, palabras y obras; porque como entonces nos falte el alegría espiritual, que es el principal remo de esta navegacion, es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia: cuando así te vieres, has de hacer cuenta, como dice san Bernardo, que se han dormido las velas que te guardaban, y que se han caido los muros que te defendian. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te han de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh cuánta es la gloria del alma, que de esta manera batalla y se defiende, y sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte, y hallándose en batalla sola toma el esfuerzo y ánimo por compañía!

5. Este es el toque principal en que se prueba la firmeza de los amigos, si son verdaderos ó no.

6. Contra la tentacion de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oracion, el remedio es pelear varonilmente y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza cuanto de gracia y humildad. Y por esto cuando el hombre se hallare de esta manera, debe volverse á Dios sin congoja, pues esto no es culpa, ó es muy liviana, y con toda humildad y devocion le diga: Veis aquí, Señor mio, quien yo soy; ¿qué se esperaba de este muladar sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba de esta tierra que vos maldijisteis sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si vos, Señor, no la limpiais. Y dicho esto torne á atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitacion del Señor, que nunca falta á los humildes. Y si todavía la inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente le resistieres é hicieres lo que es en tí, debes tener por cierto que mucha mas tierra ganas en esta resistencia que si estuvieras gozando de Dios á todo sabor.

7. Para remedio de las tentaciones de blasfemia, es de saber que así como ningun linaje de tentacion es mas penosa que esta, así ninguna hay menos peligrosa; y así el remedio es no hacer caso de estas tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino antes lo contrario, y así mas se puede llamar esta pena que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio, como dije, es menospreciarlas, y no temerlas, porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

8. Contra las tentaciones de infidelidad el remedio es, que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas exceden á nuestro saber. Y por tanto el que quiere entrar en este santuario de las cosas di-

vinas ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa, y corazon de discípulo, y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque á los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas: cierre los ojos de la razon, y abra solo el de la fe, porque este es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razon humana, mas para mirar las divinas no hay cosa mas desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentacion es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso de ella, pues mas es esta pena que culpa; porque no puede haber culpa en lo que la voluntad es contraria, como así se declaró.

9. Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presuncion, que son vicios contrarios, es forzoso que haya diversos remedios. Para la desconfianza el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia, la cual tanto mas presto se alcanza cuanto mas el hombre desconfía de su propia virtud, y confía en la sola bondad de Dios, en quien todo es posible.

10. Para la presuncion el remedio es considerar que no hay mas claro indicio de estar el hombre muy lejos que creer que está muy cerca. Mírate tambien como en un espejo en la vida de los santos y en la de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

11. Otra tentacion es el deseo demasiado de las consolaciones y gustos espirituales, y desprecio de los otros que no la tienen. Pues para remedio de esta tentacion quiero declarar cual sea el fin que se debe tener en estos espirituales ejercicios, para lo cual es de saber que como esta comunicacion con Dios sea tan dulce y tan deleitable (segun que dice el Sabio), de aquí nace que muchas personas atraidas con la fuerza de esta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan á Dios y se dan á todos los espirituales ejercicios, así de la leccion como de la oracion y uso de sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera que el principal fin que á estos los lleva es el deseo de esta maravillosa suavidad. Este es un grande y universal engaño, en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar á Dios y buscar á Dios, estos mas aman á sí, y buscan á sí, conviene á saber su propio gusto y contentamiento, que á Dios.

12. Y lo que mas es, que de este mismo engaño se sigue otro no menor que es juzgar el hombre á sí y á los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno mas ó menos de perfeccion cuanto mas ó menos gusta de Dios, que es un engaño muy grande.

13. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general, que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios, y de toda la vida espiritual, es la obediencia de los mandamientos de Dios, y el cumplimiento de la divina voluntad por lo cual es necesario que muera la voluntad propia, para que así viva y reine la divina, pues es tan contra-

ria á ella. Y porque tan gran victoria como esta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oracion, para que por ella se alcancen estos favores, y se sientan estos regalos para salir con esta empresa al cabo. Y de esta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oracion (segun que arriba dijimos) como lo pedia David cuando decia: « Vuélveme, Señor, el alegría de tu salud, y confírmame con espíritu principal. »

14. Pues conforme á esto, entenderá el hombre cual ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios; y por aquí tambien entenderá por donde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros que es, no por los gustos que hubiere recibido de Dios, sino por lo que él por sí hubiera padecido, así por hacer la voluntad divina como por negar la suya propia. Por lo cual dicen muy bien los santos que la verdadera prueba del hombre espiritual no es el gusto de la oracion, sino la paciencia de la tribulacion, la abnegacion de sí mismo, y el cumplimiento de la divina voluntad, aunque para todo esto aprovecha grandemente así la oracion, como los gustos y consolaciones que en ella se dan.

15. Pues conforme á esto, el que quisiere ver qué tanto ha aprovechado en este camino de Dios, mire cuanto crece cada dia en humildad interior y exterior, cómo sufre las injurias de los otros, cómo sabe dar pasada á las flaquezas ajenas, cómo acude á las necesidades de sus prójimos, cómo se compadece y no se indigna contra los defectos ajenos, cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulacion, cómo rige su lengua, cómo guarda su corazon, cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos, cómo se sabe portar en las prosperidades y adversidades, cómo se repara y provee en todas cosas; con todo esto mire si está muerto al amor de la honra, y del regalo, y del mundo, y segun lo que en esto hubiere aprovechado ó desaprovechado así se juzgue, y no segun lo que siente ó no siente de Dios. Y por esto siempre ha de tener un ojo, y el mas principal, en la mortificacion, y el otro en la oracion, porque esa misma mortificacion no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oracion.

LAUS DEO.

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO

DE LA GUIA DE PECADORES,

EL CUAL CONTIENE UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION A LA VIRTUD, Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS.

CAPITULO I.

Del primer título que nos obliga á la virtud, y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él : y otra el fruto y provecho que se sigue de él. Y así es comun sentencia de todos los sabios que estas dos cosas, conviene á saber honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande que se iguale con la excelencia de la virtud, así como ninguna pérdida hay tan grande que el varon sabio no deba antes escoger que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual, siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios, el cual, como sea la mesma bondad, ninguna otra cosa quiere ni manda, ni estima ni pide mas en este mundo, que la virtud. Veamos pues ahora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como estos sean innumerables, solamente tocaremos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepcion. Entre los cuales el primero y el mayor, y el que menos se puede declarar, es ser él quien es : donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones ; esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él, las cuales son tantas y tan grandes, que,

como dice un doctor, si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas de él fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hinchiria el mundo de libros, y se cansarian los escritores, y se agotaria la mar, que se acabase de explicar una sola de estas perfecciones, como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo que si criase Dios un nuevo hombre con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una de estas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo, ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estamos obligados á amar, servir y obedecer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mismos filósofos epicureos, destruidores de toda la filosofía, pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima, no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo menos disputando uno de ellos en los libros que Tulio escribió de la Naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que merece ser adorado y venerado, porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima sustancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey, aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recibimos de él, por sola la dignidad real de su persona, ¿cuanto mas se deberá esto á aquel Señor, que, como dice san Juan, trae broslado en su vestidura y en su muslo rey de los Reyes y Señor de los señores? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el que dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y, lo que mas es, que este reino y señorío no es por succesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima sustancia sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas que todas ellas y todo este mundo tan grande apenas es una hormiga delante de él. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los santos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado que dice de él san Bernardo: « El verdadero y perfecto amor ni toma fuerzas con la confianza ni siente los daños de la desconfianza; » queriendo decir que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le

Apoc., 19. Isai., 40.

Super Cantic., Ser. 83.

habian de dar, porque no se mueve á esto por interese, sino por puro amor, debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que menos mueve á los menos perfectos. Lo uno, porque tanto mas los mueve su interese cuanto mas parte en ellos tiene el amor propio: y lo otro, porque como aun rudos é ignorantes no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si de esto tuviesen mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conocer algo mas de la grandeza y dignidad de este Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo san Dionisio, el cual en su Mística Teología ninguna otra cosa mas pretende que darnos á entender la diferencia del ser Divino á todo otro ser criado, enseñándonos (si queremos conocer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que dejando todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un ser sobre todo ser, una sustancia sobre toda sustancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moisen á hablar con Dios, la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor conocer á Dios. Y esto mesmo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios, porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada) cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Exod., 24.

3. Reg., 19.

Esto se verá mas claro si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel ser no criado á todo otro ser criado, que es del Criador á sus criaturas, porque todas ellas vemos que tuvieron principio y pueden tener fin, mas él ni tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior, y dependen de otro; él ni reconoce superior, ni depende de nadie. Todas ellas son variables y sujetas á mudanzas; en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera, mas en él no hay composicion, por su suma simplicidad: porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben; mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el ser; ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas; ni saber mas de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura, porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que, como pobres y necesitadas, se puedan mover á buscar lo que les falta; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque

en todo lugar está presente. En todas las otras cosas así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras; mas en él no puede haber distincion de partes diversas, por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual, aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar), mas realmente en él son tan una cosa que su mesma justicia es su misericordia y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice san Agustin. Porque él es secretísimo, y presentísimo; hermosísimo, y fortísimo; estable, é incomprehensible; sin lugar, y en todo lugar; invisible, y que todo lo ve; inmutable, y que todo lo muda; el que siempre obra, y siempre está quieto; el que todo lo hinche, sin estar encerrado; y todo lo provee, sin quedar distraido; el que es grande sin cuantidad, y por eso inmenso; y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; antes ninguno es bueno, sino solo él. Finalmente, por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprehende, así tienen limitado poder á que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana sustancia, así como es infinita en el ser, así tambien lo es en el poder y en todo lo demás; y así, ni tiene difinicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice san Dionisio, con no tener nombre tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel Ser divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprehendido ni abarcado, si no es con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaías puestos al lado de la Majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los piés del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino dar á entender que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprehender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su mesma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver ni la profundidad ni la largura de ella, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos

Lib. Medit., 19.

Matth., 19.

Isai., 6.

que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mesmo se dice que está Dios sentado sobre los querubines (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina), mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender. Dan., 3. Psal., 103.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al derredor de su tabernáculo, para dar á entender lo que el Apóstol significó mas claramente cuando dijo que Dios moraba en una luz inaccesible, adonde nadie podia llegar, lo cual el profeta llama tinieblas que impiden la vista y comprehension de Dios, porque, segun dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay mas clara ni mas visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que menos se vea, por la excelencia de su claridad, y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que menos en esta vida se entienda, por esta mesma razon. Psal., 17. 2. Tim., 6.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar, porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprehender: y cuanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido de él. Por donde san Gregorio sobre aquellas palabras de Job: «El que hace cosas grandes é incomprehensibles sin número,» dice así: Job, 5.

«Entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina cuando quedando maravillados y atónitos las callamos, y entonces el hombre alaba convenientemente callando lo que no puede convenientemente significar hablando.» Y así nos aconseja san Dionisio que honremos el secreto de aquella Soberana Deidad que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del ánima y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David, segun la traslacion de san Jerónimo, que dicen: «A tí calla el alabanza, Dios en Sion.» Dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando: que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberanía de aquella inefable sustancia, cuyo ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya sustancia sobrepuja infinitamente y se diferencia de toda otra sustancia, así visible como invisible. Conforme á lo cual dice san Agustin: «Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blandura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos: nada de esto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oidos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una Psal., 64. Lib. 10., Conf., 6 et in Soliloq., 31.

dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto: porque esta luz resplandece donde no hay lugar; y esta voz suena donde el aire no la lleva; y este olor se siente donde el viento no le derrama; y este sabor deleita donde no hay paladar que guste; y este abrazo se recibe donde nunca jamas se aparta.»

§ I.

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo de esta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica de este mundo, que es obra de las manos de Dios, para que por la condicion del efecto entiendas algo de la nobleza de la causa: presuponiendo primero lo que dice san Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar; las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el ser de las cosas tal es su poder, y cual el poder tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuan hermoso, cuan bien ordenado y cuan grande es este mundo; pues hay algunas estrellas en el cielo, que, segun dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuan poblado está de infinita variedad de cosas, que moran en la tierra, y en el agua y en el aire, y en todo lo demás: las cuales están fabricadas con tan grande perfeccion, que (sacados los monstruos aparte) en ninguna hasta hoy se halló ni cosa que sobrase ni que le faltase para el cumplimiento de su ser. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo, segun el parecer de san Agustin (1), crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser: y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó dibujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase; sino con sola una simple muestra de su voluntad salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas: que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy mas grandes, y mas hermosos y mas poblados que este; y acabádolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Psal., 18.
Rom., 1.

Pues dime ahora: si, como se propuso de la doctrina de san Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de las cosas, y por el poder el ser, ¿cual será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprehensible es este poder, ¿cual será el ser que se conoce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento y entendimiento. Donde hay aun mas que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son como las que pueden ser, no igualan con la grandeza de este Divino poder, antes quedan infinitamente mas bajas, porque infinitamente mas es á lo que se extiende este infinito poder. ¿Pues quién no queda atónito y pasmado considerando la grandeza de tal ser y tal po-

(1) Y de Clemente Alejandrino. Fundase en aquello (Eccli., 18): *Ille autem, qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

der? al cual aunque no vea con los ojos, á lo menos no puede dejar de barruntar por esta razon cuan grande sea y cuan incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara santo Tomás en el compendio de la Teología por este ejemplo. «Vemos, dice él, que entre las cosas corporales cuanto una es mas excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo; y así subiendo hasta la décima esfera, y hasta el cielo Empíreo, que es de inestimable é incomparable grandeza. Lo que se ve claro por cuan pequeña es la redondez de la tierra y del agua en comparacion de los cielos, pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo, lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos, por donde anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente, porque la altura y eminencia de la tierra no ocupa mas de lo que ocuparia una hoja de papel ó una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se veria la mitad del cielo. Pues siendo el cielo Empíreo, que es el primero y el mas noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice santo Tomás) cómo Dios, que sin ninguna limitacion es el primero, y el mayor y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor de ellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza, no en cuantidad (porque no es cuerpo), sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo ser. » Sanct. Thom., Theol.

Pues descendiendo ahora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuales sean las perfecciones y grandezas de este Señor, porque tales es necesario que sean, cual es su mesmo ser. Así lo confiesa el Eclesiástico de su misericordia, diciendo: « Cuan grande sea el ser de Dios tan grande es la misericordia de Dios, y no menos lo son todas las otras perfecciones suyas: de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal tambien su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinimente amoroso, é infinitamente amable, é infinitamente digno de ser obedecido, temido, acatado y reverenciado. De suerte que si en el corazon humano pudiese caber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia de este Señor. Porque si cuanto una persona es mas excelente y mas alta tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue que, siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad de esta grandeza. Eccli., 2.

Pues siendo esto así, ¿qué tan grande es la obligacion que nos pide solo este título (aunque mas no hubiera) al amor y obediencia de este

Señor? ¿Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad, síno para abrazar y amar al bien? Pues si este es el sumo bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en menos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos maravedises de interese, desprecian y ofenden á esta bondad. Y aun mas adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algun interese. ¿A tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡O ceguedad incomparable! ¡O insensibilidad mas que de bestias! ¡O atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno: y con todo esto no se castiga dignamente.

Este es, pues, el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio de este Señor: la cual obligacion es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razon de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones, comparadas con esta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nacen de estas mismas excelencias y perfecciones no se llaman obligaciones en presencia de esta, como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el psalmo de la Penitencia que contra solo Dios habia pecado; como quiera que tambien habia pecado contra Urías, á quien mató; y contra su mujer, á quien deshonró; y contra todo su reino, á quien escandalizó, mas con todo esto dice que habia pecado contra solo Dios, porque sabia él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparacion de la fealdad que este pecado tenia por ser contra lo que Dios mandó. Y así, la consideracion de esta deformidad lo afligia tanto, que no hacia caso de todas las otras en comparacion de esta; porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligacion que le tenemos, y la ofensa que le hacemos: y de finito á infinito no puede haber proporcion.

Psal., 50.

CAPITULO II.

Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion.

No solo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino tambien por lo que es para nosotros: que es por razon de sus innumerables beneficios. De los cuales aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos (1), pero aquí trataremos de ellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creacion: del cual, por ser tan conocido, solamente diré que por este beneficio está el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió. Porque segun toda ley es el hombre deudor de todo lo que ha recibido. Y pues por este beneficio recibió el ser que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias), síguese que todo esto esté obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladron, y desconocido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cuyo ha de ser el fruto de ella, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo, ¿á cuyo servicio está mas obligado que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos: el cual se extiende á tanto que por derecho los puede vender estando en necesidad, porque por haberles dado el ser que tienen queda hecho tan señor de ellos que puede disponer de ellos en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cual será el que tiene aquel de quien se derriba todo el ser de padres en el cielo y en la tierra? Y si, como dice Séneca, los que recibieron beneficios son obligados á imitar las tierras fértiles, las cuales dan mucho mas de lo que recibieron, ¿cómo responderemos á Dios con esta manera de agradecimiento? Pues no le podemos dar mas de lo que de él recibimos, por mucho que le demos. Y si no guarda esta ley el que no da mas de lo que recibió, ¿qué diremos del que aun no da lo que recibió? Y si, como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios, que tanto mas nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparacion ninguno merece título de padre? Por esto con mucha razon se queja él de los tales por un pro-

Ephes., 3.

(1) De los beneficios divinos se trata en el libro de la Oracion (en la consideracion del domingo en la noche), y en otras obras del autor.

Mal., 1. feta, diciendo: « Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me debeis? y si soy vuestro Señor, ¿qué es el temor que me teneis? » Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras mas encendidas, diciendo: « Generacion mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es él tu Padre, que te hizo y te crió? » Estos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á sí mesmos, acordándose de sí: porque si esto hiciesen, preguntarian á sí por sí, y procurarian saber su primer orígen y principio (qué es, quién los hizo, y para qué los hizo), y por aquí entenderian lo que debian hacer. Mas porque esto no hacen, viven como si ellos mesmos se hubieran hecho, como vivia aquel malaventurado rey de Egipto á quien amenaza Dios por un profeta diciendo: « Contigo lo habré yo, dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices: Mios son los rios, y yo me hice á mí mesmo. » Las cuales palabras, á lo menos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de su Criador como si ellos mesmos se hubieran hecho y no reconocieran hacedor. Mejor lo hacia el bienaventurado san Agustin, el cual por este conocimiento de su principio vino en conocimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio: « Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme: ¿Tú quién eres? Y respondíme: Hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿De dónde tuvo principio, Dios mio, este animal? ¿de dónde sino de tí? Tú eres el que me hiciste, y no yo. Tú eres por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son, y viven. Porque por ventura ¿puede ser alguno artífice de sí mesmo? ¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de tí? ¿Por ventura no eres tú el sumo ser de quien mana todo ser? ¿No eres fuente de vida, de quien procede toda vida? Tú pues, Señor, me hiciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mio, y yo obra tuya. Gracias, pues, sean dadas á tí, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á tí, Formador mio, porque tus manos me formaron é hicieron. Gracias á tí, luz mia, porque con tu luz hallé á tí, y hallé tambien á mí. »

Ezec., 29.

Lib. 10. Conf., 6 et in Soliloq., 31.

Job, 10.

Este es, pues, el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen ser, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la sustancia donde se sujetan para que por aquí veas cuan grande sea este beneficio y cuan digno de ser agradecido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradecimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro), ¿qué pedirá por este, que es el fundamento de todos los otros? mayormente siendo esta la condicion de Dios que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradecimiento; no por razon de su provecho, sino por la obligacion de nuestro oficio. Y así leemos en el Testamento viejo que apenas acababa de hacer á su pueblo un beneficio, cuando luego daba órden como hubiese perpetua memoria y agradeci-

miento de él. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, antes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemnísima cada año en memoria de él. Mató tambien para este fin todos los primogénitos de los Egipcios; y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo que de ahí adelante naciesen, se le ofreciesen en memoria de este beneficio. Proveyóles luego de maná cuarenta años en el desierto; y en comenzándolo á enviar mandó que se cogiese cierta cuantidad de él en un vaso, y se guardase en el santuario, para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio. De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra Amalec; y acabada la victoria dijo luego á Moisen: Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria de ella, y entregalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer como hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradecimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal? pues el ánima que él nos dió es inmortal. De aquí procedia el cuidado que los santos patriarcas tenian de edificar altares y hacer memorias cada vez que recibian algun particular beneficio de Dios: de tal manera que aun en los nombres de los mesmos hijos que les daba escribian la memoria de los beneficios que recebian, para nunca jamás olvidarse de ellos. Por donde concluye un santo que no habia el hombre de respirar tantas veces cuantas se habia de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre habia de estar dando gracias por el ser inmortal que de él recibió.

Exod., 12.
Ibid., 13.
Ibid., 16.
Ibid., 16.
Ibid., 17.
Gen., 12, 13 et 22.
Aug., in Soliloq., 18, et in Manu., 29.

Es tan grande el vínculo de esta obligacion, que hasta los mesmos filósofos de este mundo dan voces á los hombres que no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los Estoicos, dice así: «O hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad: sino por el sentido del ver y del oir, y mucho mas por la vida que te dió, y por las cosas con que ella se sustenta, por los frutos maduros, por el vino y por el aceite, y por todo lo demás le da gracias: y mucho mas porque te dió razon para que supieses usar de todas esas cosas, y conocer el valor de ellas.» Pues si este agradecimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razon que sienta un cristiano, que tanto mayor lumbre de fe y tanto mas recibió?

Mas por ventura dirás: Estos comunes beneficios mas parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios; ¿qué debo yo pues particularmente por la órden y disposicion de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano, sino de gentil: ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque mas claramente lo veas, mira como la reprehende este mesmo filósofo, diciendo así: «Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡O desconocido! ¿no entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza, sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á

Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recibido prestado algo de Lucio Séneca, y dijeses que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino solamente el nombre de él.»

§ II. — *De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador.*

Mas no solo esta obligacion de justicia, sino tambien nuestra mesma necesidad y pobreza, nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos despues de criados alcanzar nuestra mesma felicidad y perfeccion. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nacen no nacen luego con toda su perfeccion: algo tienen, y algo les falta, que despues se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comienza la obra. De manera que á la mesma causa pertenece dar el cumplimiento del ser, que dió el principio de él. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recibir de ellas su última perfeccion. Las plantas trabajan por buscar el sol, y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo. Los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nace luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por do quiera que vaya: y lo mesmo hace el corderico, que luego se junta con los hijares de su madre, y entre mil madres que sean de una mesma color la reconoce, y siempre anda cosido con ella; como quien dice: aquí me dieron lo que tengo; aquí me darán lo que me falta. Esto acaece universalmente en las cosas naturales, y lo mesmo acaeceria en las artificiales si tuviesen algun sentido ó movimiento. Si un pintor, acabando de pintar una imágen, dejase por acabar los ojos, y aquella imágen sintiese lo que le falta, ¿qué haria? ¿adonde iria? No iria cierto á casas de reyes ni príncipes, porque esos (en cuanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse hia á la casa de su maestro, y suplicarle hia la acabase de perfeccionar. Pues, ó criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino esta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion. Apenas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que, como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y suspirando por mas. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas, y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio: por eso no te enriqueció dende luego; no por escaso, sino por amoroso; no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde; no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego y menesteroso, ¿por qué no te vas al Padre que te crió, y al pintor que te comenzó, para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacia así el profeta David: « Tus manos, dice él, me hicieron y me criaron; dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. » Como si mas

Psal., 118.

claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí, mas no está aun acabada esta obra; los ojos de mi ánima entre otras partes quedan por acabar; no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre: clarifica los ojos de este ciego dende su nacimiento, para que con ellos te conozca, y así acaba lo que comenzaste en mí. Joan., 5.

Pues así como á este Señor pertenece dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenece dar á la voluntad y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mesmo que la comenzó. Este pues solo harta sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin aparato, y da descanso cumplido sin la posesion de muchas cosas. Con él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeida de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razon dijo el Sabio: «Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre, teniendo muchas riquezas.» Prov., 12. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era san Francisco; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? ¿Y qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta pues de todo lo dicho cuan obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no solo por la deuda de este beneficio, sino tambien por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

CAPITULO III.

Del tercero título porque estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion.

No solo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creacion, sino tambien por el de la conversacion: porque él es el que te hizo, y el que te conserva despues de hecho. De manera que tan colgado estás ahora de la mano de Dios, y tan poca parte eres para vivir sin él, como lo fuiste para ser sin él. No es menor beneficio este que el pasado, sino que aquel se hizo una vez, mas este siempre; porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió, y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió, ¿cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso que no te mueve él para eso; no abres ni cierras los ojos que no ponga él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros

cuando tú los mueves, no eres cristiano: y si crees que él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime ahora: si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaria por ventura este que así estuviese desmandarse en palabra contra aquel que lo sostiene? Pues si tú estás colgado, como de un hilico, de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si él te soltase en un punto te volverias en nada, ¿cómo tienes atrevimiento para provocar á ira los ojos de esa tan alta Majestad, que te sostiene aun en ese mesmo tiempo que le ofendes? Porque, como dice san Dionisio, es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su inmensa virtud reciben el ser y el poder con que le contradicen. Pues siendo esto así, ¿cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender al mesmo Señor que los conserva? ¡O rebeldía y ceguedad increible! ¿Quién nunca vió tal conjuracion, que los miembros se levanten contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella? Dia vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oidas á justicia las querellas de la honra divina. ¿Conjurastes contra Dios? justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y pelee toda la redondez de la tierra contra los desconocidos; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengan á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

Sap., 5.

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica, y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro, de que él se mantiene: y si él no pace la yerba del campo, pácela el ganado, de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuan anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuan rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo, tuyo es. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuantos predicadores te envia Dios para que le conozcas. « Todas cuantas cosas hay, dice san Agustin, en el cielo y en la tierra, me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos porque nadie se pueda excusar. »

Psal., 8.

¡O si tuvieses oidos para entender las voces de las criaturas! sin duda verias cómo todas ellas á una te dicen que ames á Dios, porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al comun Señor. El cielo dice: Yo te alumbro de dia y de noche con mis estrellas, porque no andes á escuras, y te envio diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: Yo te doy aliento de vida, y te refresco, y templo

el calor de las entrañas, para que no te consuma; y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oidos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: Yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los rios y fuentes, para que te refresquen; y te crio infinitas diferencias de peces para que comas: riego tus sembrados y arboledas, con que te sustentes; y doyte camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. ¿Pues la tierra qué dirá, que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las cosas naturales? Esa pues tambien con mucha razon dirá: Yo, como madre, te traigo á cuestas; yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas: yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio: yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo á cuestas, y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente, todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: Mira cuanto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por tí crió á mí, y por él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á aquel que crió á mí por tí, y á tí por sí.

Estas son, cristiano, las voces de todas las criaturas: mira que no puede ser mayor sordedad que estar á estas voces sordo y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradecimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura, segun dice un doctor, da estas tres voces al hombre: *Accipe*, *redde*, *cave*. *Hoc est*: *Accipe beneficium*, *redde debitum*, *cave* (*nisi reddideris*) *supplicium*. Que quiere decir: Recibe, paga, y teme. Esto es: Recibe el beneficio, paga la deuda del agradecimiento, y teme (si no la pagares) el castigo. Richardus, de S. Victore.

Y para que mas aun te maravilles, mira cómo esta mesma teología llegó á alcanzar Epicteto filósofo (de quien arriba hicimos mencion), el cual quiere en todas las cosas criadas oigamos y veamos al Criador, diciendo así: «Cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿no es tambien Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quieres? Porque cuando las cosas de que nos quiere avisar son grandes, estas envia él á decir por mas altos y nobles mensajeros. Y al cabo añade, diciendo: Finalmente cuando acabares de leer estos mis consejos, di entre tí mesmo: Estas cosas no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios; ¿porque de donde tenia él facultad para decillas? Pues no es él sino Dios el que me las dijo por él.» Hasta aquí son palabras de Epicteto. ¿Pues cual cristiano no se afrentará de no llegar adonde un filósofo gentil llegó? Gran vergüenza es por cierto que los ojos esclarecidos con lumbre de fe no vean lo que veian los que estaban asentados en las tinieblas de la razon.

§ I. — *Colige de lo dicho cuan indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.*

Pues siendo esto así, ¿qué linaje de desconocimiento es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no acordarse de quien los da? Dice san Pablo que el que hace buenas obras á su enemigo, le echa carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor. Pues si todas cuantas criaturas hay en este mundo son beneficios de Dios, ¿qué será todo este mundo sino un fuego de tanta leña cuantas criaturas hay en él? ¿Pues cual es el corazon que, andando en medio de un tan grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no siente calor? Como recibiendo á la continua tantos beneficios, ¿no alzarás alguna vez los ojos al cielo á ver quien es ese que te hace tanto bien? Dime: si andando tu camino, asentándote al pié de una torre cansado y muerto de hambre, estuviese uno dende lo alto proveyéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te podrias contener, que no levantases alguna vez los ojos á ver quien es ese que así te provee? ¿Pues qué otra cosa hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo siempre beneficios sobre tí? Dame una sola cosa de cuantas hay en el mundo que no venga por especial providencia del cielo. ¿Pues cómo no levantarás alguna vez los ojos para conocer y amar á tan liberal y tan continuo bienhechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los hombres su mesma naturaleza, y héchose mas insensibles que bestias? Gran vergüenza es decir á quien somos en esto semejantes, mas tambien es razon que oiga el hombre su merecido. Somos semejantes en esto á los animales brutos que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. ¡O bestial ingratitud de los hijos de Adan! que teniendo demás de la razon la figura de vuestro cuerpo derecha y los mesmos ojos enderezados al cielo, no quereis que los del ánima tiren tras ellos para ver á quien os hace tanto bien.

Rom., 12.

Y aun pluguiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del agradecimiento, y es Dios en tanta manera amigo de él, que aun en las mesmas fieras imprimió esta tan noble inclinacion, como parece por muchos ejemplos que hallamos escritos en esta materia. ¿Porqué qué cosa mas fiera que el leon? Pues de este escribe Apion, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traia hincada en un pié, el leon partia con él cada dia la carne que cazaba: y despues de muchos dias, siendo este hombre por sus maleficios echado á este mesmo leon en la plaza de Roma, el leon se puso á mirarlo, y le reconoció, y se llegó á él amorosamente, haciéndole los mesmos halagos que hace un perro á su señor cuando viene de fuera: y despues de esto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las calles de Roma. De otro leon tambien leemos que

por el mesmo beneficio que habia recibido de un hombre que desembarcó en Africa, el leon le traia cada dia de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenian, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de menor admiracion lo que se escribe de otro leon, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenia muy apretado y puesto en peligro de muerte), un caballero, que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al leon matando la sierpe, por el cual beneficio el leon le siguió siempre, y andando á caza le servia de lebrel: y embarcándose una vez el caballero, dejando el leon en tierra, él se echó á nado en pos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. ¿Pues qué diré de la lealtad y agradecimiento de los caballos? Plinio escribe de algunos que despues de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes que vinieron á derramar lágrimas por ellos: y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores, despedazándolos á bocados. ¿Pues qué diré del agradecimiento de los perros, de quien el mesmo autor cuenta cosas extrañas? De un perro escribe que, muerto su señor por unos ladrones, despues de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto, guardándolo, y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto á Jason Lucio su señor, nunca mas quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaecido en Roma otra cosa mas memorable: porque habiendo sido condenado un hombre á muerte, un perro que tenia ni en la cárcel se apartó jamás de él ni despues de muerto le desamparó, antes se estaba siempre á par de él dando tristes aullidos, y (lo que mas es) arrojándole un pedazo de pan lo tomó en la boca y lo llevó á la de su señor; echado el cuerpo en el Tiber, el perro se arrojó tras él, y se ponia debajo de él para sustentarlo, porque no fuese á fondo. ¿Qué cosa mas admirable ni de mayor agradecimiento que esta? Pues si las bestias, que no tienen razon, sino una sola centella de instinto natural, con que reconocen el beneficio, así lo agradecen, y así lo sirven, y acompañan á sus bienhechores, ¿el hombre que tiene tanta mayor lumbre para conocer el bien que recibe, cómo vive tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de lealtad y de agradecimiento? Especialmente siendo tanto mas lo que el hombre recibe de Dios que cuanto pueden recebir las bestias de los hombres, siendo tanto mas excelente la persona que lo da y el amor con que lo da: que no es por interese, sino por sola gracia y amor. Cosa es esta cierto de grande admiracion, y que manifiestamente declara haber demonios que cieguen á nuestros entendimientos, y endurezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras memorias, para no acordarse de tal bienhechor.

Lib. 8, 40.

Ibid.

Y si tan grande mal es olvidarse de este señor, ¿cuánto mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mismos beneficios? El primer grado de ingratitud dice Séneca que es no responder al bienhechor con beneficios, el segundo olvidarlos de corazon, el tercero es hacer mal á quien te hizo bien, y este parece el mayor. ¿Pues qué será hacer mal y ofender al bien-

hechor con los mesmos bienes que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo que haya hecho con otro hombre lo que los hombres hacen con Dios. ¿Qué hombre habria (por inhumano que fuese) que acabando de recibir de un príncipe grandes mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mercedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con esos mesmos bienes que Dios te dió, nunca cesas de hacer guerra contra él. ¿Pues qué cosa mas abominable cual seria la traicion de una mujer casada, si las joyas que su marido le enviase para honrarla, y provocarla mas á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad, y tener mas segura su aficion? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta parece que lo seria: y aquí la injuria no es mas que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. ¿Pues cuánto mayor mal es, cuando esta mesma injuria se hace contra Dios? ¿Pues qué otra cosa hacen los hombres cuando las fuerzas, y la salud y los bienes que Dios les dió, emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen mas soberbios; con la hermosura mas vanos; con la salud mas olvidados de Dios; con la hacienda mas poderosos para tragarse los flacos, y competir con los mayores, y para regalar su carne, y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Judas el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como lo hicieron los judíos. ¿Pues qué diré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen; con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del dia para tender sus redes, como se escribe en Job. Finalmente todo lo que Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofrecido á los antojos de su locura.

Ezec., 16.

Matth., 26.

Job, 24.

¿Pues qué diré de sus aguas de olores, de sus perfumes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y diferencias de guisados, de que están por nuestros pecados no solamente escritos, sino tambien impresos libros? Tanto ha crecido la desvergüenza y el regalo. De todas estas cosas tan preciosas, por quien habian de dar á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias, pervertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo instrumentos de vanidad lo que habia de ser instrumento de virtud. Finalmente todas las cosas del mundo tienen dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el prójimo, por Dios tan encomendado. Para solo este son pobres, para solo este se les acuerda que tienen deudas; para todo lo demás ni deben ni les falta.

No aguardes pues, hermano, á que á la hora de la muerte se te haga este cargo tan peligroso, que cuanto es mayor tanto será mas estrecha la cuenta que se te pidiere. Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradece poco, y señal de reprobacion es darlo á quien siempre usa mal de ello. Tengamos por último linaje de afrenta que las bestias nos hagan ventaja en esta virtud, pues ellas son agradecidas á sus bienhechores, y nosotros no. Porque si los varones de

Matth., 12.

Ninive se levantarán en juicio, y condenarán á los judíos, porque no hicieron penitencia con la predicacion de Cristo, miremos no nos condene este mesmo Señor con el ejemplo de las bestias, pues ellas amaron á sus bienhechores, y nosotros no.

CAPITULO IV.

Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redencion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redencion. Para hablar de este misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por do comience, ni donde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio que borrallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un famoso pintor que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija del rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste, cuando vino á querer dibujar el rostro del padre cubrióla de industria con una sombra, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redencion? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas y el brazo sano, acabándolo de criar: mas para haberlo de redemir sudó treinta y tres años, y derramó toda su sangre, y no quedó en él miembro ni sentido que no padeciese su dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. ¿Pues qué haré? ¿Callaré ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? ¿y cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo ahora, Dios mio, á vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza (por no saber mas) deseando engrandecella y declaralla, esten allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar: y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Despues de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria, estando tan obligado al servicio de su Criador cuanto mas de él habia recibido, alzóse con todo; y de donde habia de tomar mayores motivos para mas amarle, de ahí los tomó para hacerle traicion. Por esta causa fué lanzado del paraiso en el destierro de este mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno, para que, pues habia sido compañero del demonio en la culpa, tambien lo fuese en la sentencia. Dijo

Gen., 2 et 3.

4. Reg., 5. el profeta á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso: ¿Tomaste la hacienda de Naaman? pues la lepra de Naaman se pegará á ti y á todos tus descendientes eternalmente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena de ella. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa, y compañero de su pena.

Estando pues el hombre tan caido en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no menos grande en la misericordia que en la majestad) de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria: y teniendo mas lástima de nuestra culpa que ira para su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. ¿Mas cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no solo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino (lo que excede todo encarecimiento) llegó á hacerle tan una cosa consigo que en todo lo que tiene criado no hay cosa mas una que son ya los dos, porque no solamente son uno en amor y gracia, sino tambien en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se habia de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habian puesto tan grande distancia, habian de venir á juntarse, no en una casa ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas mas distantes que Dios y el pecador? Qué cosa ahora mas junta que Dios y el hombre? «Ninguna cosa hay,

Ber., sup. Cantic., hom. 59 et hom. 61. dice san Bernardo, mas alta que Dios; y ninguna mas baja que el cieno, de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios se diga que lo hizo el cieno, y todo lo que sufrió el cieno se diga que lo padeció Dios.»

¿Quién dijera al hombre, cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios que andaba buscando los rincones del paraiso terrenal para esconderse, que tiempo vendria en que se juntase aquella tan baja sustancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué á tiempo de la pasion, antes quebró que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano; ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta, de naturaleza, mas no pudo apartar á Dios ni del ánima ni del cuerpo, que era junta de la persona divina, porque lo que una vez por nuestro amor tomó nunca jamás lo dejó.

Estas son las paces, y este el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera del remediarnos que por el mesmo remedio. Mucho os debo, Dios mio, porque me librastes del infierno, y me reconciliastes con vos; mas mucho mas os debo por la manera en que me librastes, que por la libertad que me distes. Todas vuestras obras en todo son

maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshacese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas, que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

¿Pues qué medio tomastes, Señor, para remediarme? Infinitos medios habia con que pudiérades darme cumplida salud sin trabajo y sin costa vuestra: pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme mas claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisiste remediarme con tan grandes dolores que solo pensarlos bastó para haceros sudar sangre, y el padecerlos para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alábenos, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníades vos de nuestros bienes? ¿ni qué perjuicio os venia de nuestros males? « Si pecares, dice Job, ¿qué mal le harás? y si se multiplicaren tus maldades, ¿en que le dañarás? y si bien hicieres, ¿qué le darás? ¿ó qué podrá él recibir de tus manos? » Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría, ni puede crecer ni ser mas de lo que es; aquel, que ni antes de la creacion del mundo, ni ahora, despues de criado, es mayor ni menor de lo que era; ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí mas honrado; ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso: este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás se padecieron ni padecerán. Por mí, Señor, naciste en un establo; por mí fuiste reclinado en un pesebre; por mí circuncidado al octavo dia; por mí desterrado en Egipto; y por mí, finalmente, perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males que habia merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente remediástesme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra Santísima Madre, con tan grande pobreza que no tuvistes una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas que de vuestro mesmo padre fuistes desamparado. ¿Pues qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande Majestad á acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Luc., 22. Matth., 27.

Job, 35.

Ephes., 2. Colos., 2. Rom., 5.

Luc., 2.

Matth., 2.

Marc., 1.

Matth., 26 et 27.

Joan., 19.

Psal., 21 et 68.

Matth., 27.

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en este lugar, si por caso le conocias antes, y te llegas á él de cara para

mejor verle, apenas acabas de maravillarte, considerando á cuan baja suerte le trajo su miseria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiracion ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mesmo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona justiciada es mas alta y mas conocida, tanto mayor espanto nos pone su caida; vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza de este Señor, ¿qué sentísteis cuando allí lo visteis? Mirándose están uno á otro los querubines que mandó Dios poner á los dos lados del arca del Testamento, vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados: para dar á entender cuan espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel santo madero. Como atónita queda la mesma naturaleza; suspensas están todas las criaturas; espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. ¿Pues quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo Moisen en el monte cuando mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces, y decia: Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia; sin saber decir otra cosa mas que proclamar á gritos aquella gran misericordia que Dios allí le habia representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos, como Elías, cuando ve pasar á Dios, no con pasos de Majestad, sino de humildad; no trastornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasion? ¿Pues quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡O alteza de caridad! ¡O bajeza de humildad. ¡O grandeza de misericordia! ¡O abismo de incomprehensible bondad!

Exod., 25.

Exod., 34.

3. Reg., 19.

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redemistes, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redemístesme con inestimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobio de los hombres y deshecho del mundo. Con estas deshonras me honrastes, con estas acusaciones me defendistes, con esta sangre me lavastes, con esta muerte me resucitastes, y con esas lágrimas vuestras me librastes de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡O buen Padre, que así amais á vuestros hijos! ¡O buen Pastor, que así os dais en pasto y mantenimiento á vuestro ganado! ¡O fiel guardador, que así os entregais á la muerte por los que os encargastes de guardar! ¿Pues con qué dádivas responderé á esta dávida? ¿con qué lágrimas á esas lágrimas? ¿con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criatura á lágrimas de Criador?

Psal., 21.

Y si por ventura te parece, hombre, que no le debes tanto, porque no padeció por tí solo, sino tambien por todos los otros, no te engañes, porque realmente de tal manera padeció por todos, que tambien padeció

por cada uno. Porque con su sabiduría infinita él tuvo todos aquellos por quien padeció tan presentes ante sus ojos como si fueran uno solo, y con su caridad inmensa abrazó á todos y á cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente tan grande fué su caridad, que (como dicen los santos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padeciera lo que padeció por todos. Mira pues ahora cuanto debes á este Señor, que tanto hizo por tí, y que tanto mas hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

§ I. — *Colige de lo dicho cuan gran mal sea ofender á nuestro Señor.*

Pues díganme ahora todas las criaturas si puede ser beneficio mayor, ni obligacion mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles si ha hecho Dios otro tanto por ellos. ¿Pues quién no se ofrecerá del todo al servicio de tal Señor? «Tres veces, dice san Anselmo, te debo, Señor, todo lo que soy. Porque me criaste te debo todo lo que hay en mí. Y porque despues me redemiste, te debo aun con mas justo título la mesma deuda. Y porque despues de todo esto te me prometes en galardon, tambien me debo todo. ¿Pues cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo?» ¡Oingratitud y dureza de corazon humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura que por algun artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego; el hierro se ablanda en la fragua; la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas, ¡ó corazon mas que de piedra, mas que de hierro, mas que de diamante, á quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de Padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla, derramada por tí!

Pues habiendo vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable que haya quien no os ame? ¿que haya quien de este beneficio se olvide? ¿que haya quien con todo eso os ofenda? ¿A quién ama quien á vos no ama? ¿Qué beneficios agradece quien los vuestros no agradece? ¿Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me remedió? «Si yo, dice el Salvador, fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí.» Joan., 12.

¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con fuerzas de amor y con cadenas de beneficios. «Con las cuerdas de Adan lo traeré á mí, dice el Señor, y con ataduras de amor.» ¿Pues quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender de estas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios? Oseæ, 12.

Y si tan grande culpa es no amar á este Señor, ¿qué será ofenderle, y quebrar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fueron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al santo patriarca José para que hiciese traicion á su señor, defendióse el santo mozo con estas palabras: Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor ha puesto en mis manos, sacando á tí sola, que eres su mu- Gen., 9.

jer; ¿pues cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios? Como si dijera: Si mi señor ha sido tan bueno y tan largo para conmigo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado, y fiado de mí todas las cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen señor? Y es de notar que no se contentó con decir: No debo, ó no es razon ofenderle; sino, ¿cómo podré ofenderle? Dando á entender que la grandeza de los beneficios no solo debe quitar la voluntad, sino tambien en su manera las fuerzas y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradecimiento merecian aquellos beneficios, ¿qué merecerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de José cuanto tenia: Dios ha puesto en tus manos cuasi todo cuanto tiene. Mira pues cuanto es mas lo que Dios tiene que lo que aquel tenia: porque tanto mas es lo que tú tienes recibido que lo que aquel recibió. Sino, dime, ¿qué hacienda tiene Dios, que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los rios, los mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y finalmente todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto. Y no solo cuanto hay debajo del cielo, sino tambien cuanto hay sobre el cielo, que es la gloria de allá, y las riquezas y bienes de allá.

Psal., 8.

«Todas las cosas, dice el Apóstol, son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero, todo es vuestro; porque todo ayuda á vuestra salvacion.» Y no solo lo que está sobre los cielos, sino tambien el mesmo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio y en galardon. Finalmente el Padre nos dió á su Hijo, el Hijo nos mereció al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo nos hace merecer al mesmo Padre é Hijo, de quien manan todos los bienes.

1. Cor., 8.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene lo ha puesto en tus manos, ¿cómo tienes tú manos para ofender tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece no agradecer tan grandes bienes: ¿pues qué será añadir al desagradecimiento, menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan captivo y tan impotente para ofender á quien le habia puesto en las manos toda su casa, ¿cómo tienes fuerzas para ofender á quien el cielo y la tierra, y á sí mesmo puso en tus manos? ¡O mas ingrato que los brutos animales, mas fiero que las fieras, y mas insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! ¿Porqué qué fiera, qué leon, qué tigre se desmandó en hacer mal á quien bien le hace? De un perro escribe san Ambrosio (1) que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se le habia muerto un su contrario: y como otro dia por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y tambien entre ellos el matador, arremetió luego contra él, y á bocados

Gen., 39.

(1) Lo mismo dice Plinio, l. 8, c. 4.

y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros por un pedazo de pan tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo estás tú tan ingrato que en ley de agradecimiento y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató á su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? ¿Y quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Estos fueron los que le prendieron, estos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz: tus pecados, digo, fueron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. ¿Pues porqué no te embravecerás contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida á su Señor? ¿Porqué viéndole muerto ante tí y por tí, no crecerá mas en tí el amor para con él, y el aborrecimiento contra el pecado, que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que él en este mundo hizo, dijo y padeció, fué por causar en nuestros corazones aborrecimiento de él. Por matar el pecado murió; y por echarle clavos en piés y manos se dejó él enclavar en los suyos. ¿Pues porqué quieres tú hacer para tí vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella mesma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan extrañas cosas para destruirlo? ¿Qué mas habia de hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles el mesmo Dios delante atravesado en un madero? ¿Quién osaria ofender á Dios, si viese el paraiso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin duda mayor cosa es ver á Dios puesto en la cruz que todo esto. Por donde á quien no mueve esta hazaña tan grande no sé qué otra cosa le pueda mover.

CAPITULO V.

Del quinto título por do estamos obligados á la virtud, que es el beneficio de nuestra justificacion.

¿Mas qué nos aprovechará el beneficio de la Redencion, si no se siguiera el de la justificacion, mediante la cual se nos aplica la virtud de este soberano beneficio? Porque así como no aprovechan las medicinas cuando no se aplican á las dolencias, así no aprovechara esta celestial medicina si por medio de este beneficio no se nos aplicara. El cual oficio señaladamente pertenece al Espíritu Santo, á quien se atribuye la santificacion del hombre: porque él es el que previene al pecador con su misericordia, y prevenido le llama, y llamado le justifica, y justificado le guia derechamente por las sendas de la justicia; y así le lleva hasta el cabo con el don de la perseverancia, y despues le da la corona de la gloria: porque todos estos beneficios comprehende este tan grande beneficio.

§ I.

Entre los cuales el primero es el de la vocacion y justificacion : que es cuando por virtud de este Espíritu Divino, quebradas las cadenas y lazos de nuestros pecados, sale el hombre de la tiranía y sujecion del demonio, y resucita de muerte á vida, y de pecador se hace justo, y de hijo de maldicion hijo de Dios. Lo cual en ninguna manera se puede hacer sin especial socorro y favor divino, como claramente lo testificó el Salvador, diciendo : « Nadie puede venir á mí si mi Padre no le trae.» Joan., 6. Dando á entender que ni el libre albedrío del hombre, ni todo el caudal de la naturaleza humana basta por sí solo para levantar un hombre del pecado á la gracia, si no entreviniere aquí el brazo de la potencia divina. Sobre las cuales palabras dice santo Tomás que así como la piedra de su propia naturaleza se mueve á lo bajo, y no puede subir por sí á lo alto, si no hay alguna cosa de fuera que la levante, así tambien el hombre por la corrupcion del pecado (cuanto es de su cosecha) siempre tira para bajo, que es el amor y deseo de las cosas terrenas : mas si se ha de levantar á lo alto, que es el amor y deseo sobrenatural de las cosas del cielo, es necesaria la mano y socorro del cielo. La cual sentencia es mucho para notar, y aun para llorar, para que por ella conozca el hombre á sí mesmo, y entienda la corrupcion de su naturaleza, y la necesidad que tiene de pedir continuamente el socorro y favor divino.

Pues tomando al propósito por esta causa no puede por sí el hombre levantarse del pecado á la gracia, si la omnipotente mano de Dios no le levanta. ¿Mas quién podrá explicar cuantos beneficios encierra en sí este beneficio ? Porque como sea verdad que por este medio es desterrado el pecado de el ánima, y el pecado cause innumerables males en ella, ¿qué tan grande será aquel bien que todos estos males echa fuera? Y porque la consideracion de este beneficio incita mucho al agradecimiento de él y al deseo de la virtud, declararé aquí en pocas palabras los grandes bienes que trae consigo este bien.

Porque primeramente por él es el hombre reconciliado con Dios, y restituido en su amistad. Porque el primero y el mayor de todos los males que el pecado mortal hace en un ánima, es hacer á Dios enemigo de ella : el cual, como sea infinita bondad, conforme á esto tiene el aborrecimiento á la maldad. Y así dice el profeta : « Aborreciste á todos los que obran maldad, y destruirás á los Psal., 5. que hablan mentira ; y al varon derramador de sangre, y engañoso, abominarlo ha el Señor. » Este es el mayor de todos los males del mundo, y el causador de todos ellos : así como por el contrario el amarnos Dios es el mayor de todos los bienes, y la causa de ellos. Pues de este mal tan grande somos librados por el beneficio de la justificacion, por el cual somos reconciliados con Dios, y de enemigos hechos amigos : y no en cualquier grado de amistad, sino en uno de los mayores que puede haber, que es amor de Padre á hijos. Lo cual con mucha razon encarece el amado

evangelista san Juan, diciendo: «Mirad que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos.» No se contentó con decir que nos llamásemos, sino añadió tambien que lo fuésemos: para que clara y distintamente conociese la bajeza y desconfianza humana la largueza de la gracia divina, y que no solo era esta honra de nombre y de título, sino tambien de obras y de hechos. Pues si tan grande mal es estar en odio de Dios, ¿qué tan grande bien será estar en gracia con Dios? pues, como dicen los filósofos, tanto una cosa es mas buena cuanto mas mala es su contraria: por donde aquella será sumamente buena que contradice á la sumamente mala, cual es ser el hombre aborrecido de Dios. Y si acá en el mundo se tiene en tanto estar en gracia el hombre con su señor, con su padre, con su príncipe, con su prelado, y con su rey, ¿qué será estar en gracia con aquel sumo príncipe, y Soberano Padre y altísimo Señor, con quien comparadas todas las dignidades y principados de la tierra, así son como si no fuesen? La cual gracia tanto es mayor cuanto mas graciosamente se da: pues es cierto que así como antes del beneficio de la creacion no pudo el hombre hacer cosa por donde mereciese el ser (pues entonces no era), así despues de caido en pecado no pudo hacer cosa merecedora de este tan grande bien, no porque no era, sino porque era malo, y desagradable á Dios.

1. Joan., 3.

Otro beneficio es, despues de este, librar al hombre de la condenacion de las penas eternas, á que por el pecado estaba obligado. Porque así como el pecado hace al hombre aborrecible á Dios (segun dijimos) y nadie pueda ser aborrecido de él sin grandísimo daño suyo, de aquí es que porque los malos pecando se apartan de Dios, y le desprecian, merecen por esto ser ellos despreciados, y desechados de la vista, y de la compañía y de la casa hermosísima de Dios. Y porque apartándose de Dios, amaron desordenadamente las criaturas, es justo sean atormentados por todas ellas, y condenados á penas eternas: con las cuales comparadas todas las de esta vida, mas parecen pintadas que verdaderas. Y con estos males se juntará aquel gusano inmortal que siempre roerá y despedazará las entrañas y conciencias de los malos.

Isai., 66. Marc., 9. Eccl., 7.

¿Pues qué diré de la compañía de todos aquellos perversos espíritus y de todos los condenados, y de aquella tristísima y escurísima region llena de tinieblas y confusion, donde ningun órden hay, ninguna alegría, ningun reposo, ninguna paz, ningun descanso, ninguna satisfaccion, ninguna esperanza, sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia, y eternas blasfemias y maldiciones? Pues de todos estos males tan grandes libra Dios á los que justifica, los cuales, despues de reconciliados con él, y admitidos á su gracia, están libres de esta ira, y del castigo de esta venganza.

Job, 10.

Otro beneficio mas espiritual es la renovacion y reformacion del hombre interior, que por el pecado quedó estragado y deformado. Porque el pecado primeramente despoja al ánima, no solamente de Dios, sino tambien de todas las fuerzas sobrenaturales y de todas las riquezas y dones del Espíritu Santo, con los cuales estaba ella hermoseada, armada y

enriquecida: y siendo privada de estos bienes de gracia, es luego herida y lisiada en las habilidades y dotes de naturaleza. Porque como el hombre sea criatura racional, y el pecado sea obra contra razon, y sea cosa tan natural destruir un contrario á otro contrario, de aquí es que cuanto mas se multiplican los pecados tanto mas se estragan las potencias del ánima, no en sí mesma, sino en las habilidades que tienen para obrar. Y así los pecados hacen al ánima miserable, enferma, tardía é instable para todo lo bueno, é inclinada á todo lo malo; flaca para resistir á las tentaciones, y pesada para andar por el camino de los mandamientos divinos. Prívanla tambien de la verdadera libertad y señorío del espíritu, y hácenla captiva del demonio, del mundo y de la carne, y de sus propios apetitos: y así vive en un muy mas duro y miserable captiverio que fué el de Babilonia y de Egipto. Y juntamente con esto entorpecen y hacen votos todos los sentidos espirituales de las ánimas, de tal manera que ni oyen las voces é inspiraciones de Dios, ni ven los grandes males que les están aparejados, ni perciben el olor suavísimo de las virtudes y ejemplos de los santos, ni gustan cuan suave es el Señor, ni sienten los azotes, ni los beneficios con que son provocados á su amor: y sobre todo esto quitan la paz y alegría de la conciencia, apagan el fervor del espíritu, y dejan al hombre sucio, feo y abominable en el acatamiento de Dios y de sus santos.

Joan., 3, v. 34.

Psal., 9, v. 26.

Pues de todos estos males nos libra este beneficio, porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados y recibirnos en su gracia, sino destierra tambien todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y renovando nuestro hombre interior. Y así cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y captiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena conciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos ligeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras. Finalmente de tal manera repara nuestro hombre interior con todas sus potencias, que llama el Apóstol á los que así están justificados renovados y nuevas criaturas. La cual renovacion es tan grande, que cuando se hace por el baptismo se llama regeneracion, y cuando por la penitencia resurreccion: no solo porque resucita al ánima de la muerte del pecado á la vida de gracia, sino porque tambien imita en su manera la hermosura de la resurreccion advenidera. Lo cual es en tanto grado verdad, que ninguna lengua basta para declarar la hermosura de un ánima justificada, sino solo aquel Espíritu Divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas las gracias naturales y todas las virtudes adquisitas con la hermosura y riqueza de esta ánima, todas parecerán escurísimas y vilísimas en pre-

Galat., 6.

Ad Tit., 3.

sencia de ella. Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales, para las cuales basta el concurso general de Dios; mas para estotra es menester concurso especial y sobrenatural: y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad, ni tampoco del todo finitas, pues son merecedoras de Dios, en cuyos ojos son tan preciosas y de tanto valor que lo enamoran de su hermosura.

Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espíritu Santo, con las cuales no sola la esencia del ánima, pero todas sus potencias, quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.

Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Santo y de toda la Santísima Trinidad, que desciende á morar en el ánima del justificado para enseñarle á usar de toda esta hacienda: como hace el buen padre que, no contento con dar su hacienda á su hijo, dale tambien un tutor y gobernador para que le sepa administrar. De manera que así como en el ánima del que está en pecado moran víboras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitacion, como dice el Salvador por san Mateo, así, por el contrario, en el ánima del justificado entra el Espíritu Santo y toda la Santísima Trinidad; y desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitacion; como expresamente lo testificó el Salvador, diciendo: «Si alguno me ama, guardará mis mandamientos; y mi Padre le amará y á él vendremos, y en él harémos nuestra morada.» Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores santos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Santo por una especial manera mora en el ánima del justificado: haciendo distincion entre el Espíritu Santo y sus dones, y confesando que no solo se dan los tales dones del Espíritu Santo, sino tambien el mismo Espíritu Santo, el cual, entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya; y para esto él mesmo la limpia y santifica y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

Joan., 14.

Matth., 12. Luc., 11.

Joan., 14.

A todos estos beneficios se añade otro maravilloso, que es hacerse todos los justificados miembros vivos de Cristo, los cuales antes eran miembros muertos que no recibian sus influencias. De donde nacen otras grandes y nuevas prerogativas y excelencias, porque de aquí procede que el mismo Hijo de Dios los ama como á sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado de ellos como de sus propios miembros, é influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros: y finalmente el Padre Eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su unigé-

nito Hijo, unidos é incorporados con él por la participacion de su Espíritu; y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede que cuando los tales piden mercedes á Dios, las piden con muy grande confianza, porque entienden que no piden tanto para sí cuanto para el mesmo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace á los miembros se hace á la cabeza, teniendo ellos á Cristo por cabeza, entienden que pidiendo para sí piden para ella. Porque si es verdad, como el Apóstol dice, que los que pecan contra los miembros de Cristo pecan contra el mesmo Cristo, y el mesmo Cristo se tiene por perseguido cuando por él son sus miembros perseguidos (como él lo dijo al mesmo Apóstol cuando perseguia la Iglesia), ¿qué maravilla es que siendo esos miembros honrados sea el mesmo Cristo honrado en ellos? Y siendo esto así, ¡qué confianza llevará el justo en la oracion, cuando considera que pidiendo para sí pide en su manera mercedes al Padre Eterno para su amantísimo Hijo! pues nos consta que cuando se hacen mercedes á uno por amor de otro, á aquel principalmente se hacen por cuyo amor se hacen, como vemos que el que sirve al pobre por amor de Dios no sirve tanto al pobre cuanto á Dios.

1. Cor., 6.

Act., 9.

A todos estos beneficios se añade el postrero, á quien los otros se ordenan, que es título y derecho que se da á los justificados de la vida eterna. Porque nuestro inmenso Dios (en quien tanto resplandece la justicia juntamente con la misericordia) así como obliga á todos los pecadores impenitentes á los tormentos eternos, así acepta á todos los verdaderos penitentes á la vida perdurable: y pudiendo él perdonar los pecados, y admitir los hombres á su amistad y gracia, sin levantarnos á la participacion de su gloria, no lo quiso hacer así, sino á los que misericordiosamente perdonó justificó, y á los que justificó hizo hijos, y á los que hizo hijos hizo tambien herederos y particioneros en su mesma heredad y hacienda con su unigénito Hijo. Y de aquí nace la esperanza viva que los alegra en todas sus tribulaciones con la prenda de este incomparable tesoro: porque aunque se vean cercados de todas las angustias, enfermedades y miserias de esta vida, saben cierto que no igualan las pasiones de este siglo con la gloria advenidera, que á ellos será revelada; antes las tribulaciones momentáneas y livianas que padecen, les son causa de un inestimable peso de gloria sobre todo lo que se puede encarecer.

Rom., 8.

Rom., 8.

Estos pues son los beneficios que comprehende en sí este inestimable beneficio y obra de la justificacion, la cual san Agustin con mucha razon tiene en mas que la creacion del mundo, pues con una palabra crió Dios el mundo, mas para santificar al hombre derramó su sangre, y padeció tantos y tan grandes tormentos. Pues si tanto debemos á este Señor por el beneficio de la creacion, ¿cuánto mas le deberemos por el de la justificacion, que cuanto mas le costó tanto mas con él nos obligó?

Tract., 72, in Joan., t. 9 et Div. Thom., 1, 2. q. 113, art. 9.

Y aunque nadie pueda saber con evidencia si está justificado, pero puede tener de esto grandes conjeturas. Entre las cuales no es la menos principal la mudanza de vida; cuando el que en un tiempo cometia con gran facilidad mil mortales pecados, ahora por todo el mundo no cometerá uno. Vea pues el que así se halla cuan obligado está al servicio de su Santificador, que de tantos males le libró, y tantos bienes le hizo cuantos aquí se han declarado. Mas si por ventura se halla en mal estado, no sé con qué lo pueda mas mover á salir de él que con la representacion de tan grandes males como aquí ha visto que consigo trae el pecado, y con el tesoro de tan grandes bienes como consigo acarrea este incomparable beneficio.

§ II. — *De los otros efectos que el Espíritu Santo obra en el ánima del justificado, y del sacramento de la Eucaristía.*

Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Santo. Porque no se contenta este Divino Espíritu con ayudarnos á entrar por la puerta de la justicia, mas ayúdanos tambien, despues de entrados, á andar por los caminos de ella, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas de este mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando, mediante el beneficio susodicho, en el ánima del justificado, no está allí ocioso, porque no se contenta con honrar la tal ánima con su presencia, sino tambien la santifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene para su salud. Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su propio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y finalmente como el ánima en su cuerpo, dándole vida, sentido y movimiento: aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa. ¿Pues qué cosa mas rica, ni mas para desear, que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guia, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual como sea todas las cosas, todo lo obra en las ánimas donde mora. Porque él primeramente como fuego alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, y nos levanta de la tierra al cielo. Él otrosí como paloma nos hace sencillos, mansos, tratables, y amigos unos de otros. Él tambien como nube nos defiende de los ardores de nuestra carne, y templa el fervor de nuestras pasiones: y él finalmente como viento vehementísimo mueve é inclina nuestra voluntad á todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de todo lo malo. De donde vienen los justificados á aborrecer tanto los vicios que antes amaban, y amar tanto las virtudes que antes aborrecian, como claramente lo representa en su persona el santo rey David, el cual en una parte dice que aborrecia y abominaba toda maldad, y en otra dice que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa de esto era, porque el Espíritu Santo (como buena madre) le habia puesto acíbar en los pechos del mundo, y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

Psal., 118.

Ibíd.

En lo cual parece claro cómo todos nuestros bienes y todo nuestro aprovechamiento se deben á este Espíritu Divino, de tal manera que si nos apartamos del mal por él nos apartamos, y si hacemos bien por él le hacemos, y si perseveramos en él por él perseveramos, y si nos dan galardon por este bien él mesmo es el que lo da. Por donde se ve claro lo que dice san Agustin, que cuando Dios paga nuestros servicios, galardona sus beneficios: y así por una gracia nos da otra gracia, y por una merced otra merced. El santo patriarca José no se contentó con dar á sus hermanos el trigo que venian á comprar en Egipto, pero mandó tambien que á la boca de los costales en que lo llevaban les pusiesen el dinero que traian para comprarlo: y lo mesmo hace en su manera con los suyos este Señor, porque él les da la vida eterna, y tambien la gracia y la buena vida con que se compra. Conforme á lo cual dice muy bien Eusebio Emiseno: *Qui ideo colitur, ut misereatur, jam misertus est, ut coleretur.* Quiere decir: «El que es servido y venerado porque use con nosotros de su misericordia, ya usó de misericordia, cuando nos dió que así le sirviésemos y venerásemos.»

Lib. 1 Conf., 20.

Gen., 42.

Ponga pues el hombre los ojos en su vida, y mire, como dice este mesmo doctor, cuantos bienes le ha hecho, y de cuantos males, de cuantos engaños, de cuantos adulterios, de cuantos robos, de cuantos sacrilegios el Señor le ha librado: y por aquí verá cuanto le debe por todo esto. Porque, como dice san Agustin, «no es menor misericordia haber prevenido él estos males para que no los hiciese, que perdonárselos despues de hechos, sino mucho mayor.» Y así dice él, escribiendo á una vírgen: «Todos los pecados ha de hacer cuenta el hombre que le perdonó el que le dió gracia para que no los cometiese: y por tanto no quieras amar poco, como si te perdonaran poco; mas antes ama mucho, porque te fué dado mucho. Ca si ama mucho aquel á quien fué concedido que no pagase, ¿cuánto mas debe amar aquel á quien fué dado que poseyese? Porque quien quiera que dende el principio de su vida perseveró casto, por él es regido: y quien de deshonesto se hizo honesto por él es corregido: y quien hasta el fin permanece deshonesto, por él es justamente desamparado. Pues siendo esto así, ¿qué resta, sino que con el profeta digamos: «Sea llena, ¡Señor, mi boca de alabanza, para que cante tu gloria todo el dia?» Sobre las cuales palabras dice el mesmo san Agustin: «¿Qué cosa es todo el dia? Perpetuamente, y sin cesar. En las prosperidades os alabaré, Señor, porque me consolais; y en las adversidades, porque me castigais. Antes que fuese, porque me hicistes; y despues que soy, porque me distes ser. Cuando pequé, porque me perdonastes; cuando me volví á vos, porque me ayudastes; y cuando perseveré hasta el fin de la vida, porque me coronastes. Por esto será mi boca llena de alabanza, y cantaré vuestra gloria todo el dia.»

Lib. 2 Conf., 7.

Psal. 70.

Aquí se ofrecia materia para tratar del beneficio de los sacramentos (que son los instrumentos de nuestra justificacion), y señaladamente del santo baptismo, y de la lumbre de fe y gracia que con él se nos dió. Mas

porque de esta materia tratamos en otros lugares, al presente no diré mas: aunque no se puede callar aquella gracia de gracias, y sacramento de sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres, y darseles cada dia en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrecido en sacrificio por nosotros en la cruz, mas aquí cada dia se ofrece en el altar por nuestros pecados. «Cada vez, dice él, que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de mí.» ¡O memorial de salud! ¡O sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y maná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recebir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en tí: no puede mi lengua hablar de tí, ni puedo, cuanto deseo, engrandecer tus maravillas.

2. p. del Mem.

Luc., 22. 1. Cor., 11.

Sap., 16.

Psal., 118.

Y si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: ¿mas qué diré, que por el mesmo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupcion, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado de estos, y tratado con sus manos sucias, y recebido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este sacramento; una vez fué escarnecido y menospreciado en su pasion, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

¿Pues con qué podremos servir á un Señor que por tantas vias y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le daremos por este tan admirable mantenimiento? Si los criados sirven á sus amos porque les den de comer, si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta mesma causa, ¡qué deberemos al Señor por este pasto celestial! Y si tanto agradecimiento pedia Dios en la ley por aquel maná que envió de lo alto (que era manjar corruptible), ¿qué pedirá por este manjar, que no solo es incorruptible, sino que tambien hace incorruptibles á los que dignamente lo reciben? Y si el mesmo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio á su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida? Si tanto debemos por el mantenimiento con que se sustenta el ser; ¿cuanto mas por aquel, con que se conserva el buen ser? porque no alabamos el caballo por caballo, sino por buen caballo; ni al vino por vino, sino por excelente vino; ni al hombre por hombre, sino por un buen hombre. Pues si tanto debes al que te hizo hombre, ¿cuánto le deberás porque te hizo buen hombre? Si tanto por los bienes del cuerpo, ¿cuánto por los bienes del ánima? Si tanto por los bienes de naturaleza, ¿cuánto por los bienes de gracia? Finalmente si tanto le debes porque te hizo hijo de Adan, ¿cuánto mas le deberás porque te hizo hijo de Dios? Pues es cierto,

Exod., 16.

Joan., 6.

Joan., 1.

como dice Eusebio Emiseno, que mucho mejor es el dia en que nacemos para la eternidad, que aquel en que nacemos para los peligros del mundo.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo título, que es otra nueva cadena: la cual juntamente con las pasadas prende tu corazon, y te obliga mas á la virtud y al servicio de este Señor.

CAPITULO VI.

Del sexto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de la divina predestinacion.

A todos estos beneficios se añade el de la eleccion, que es de solos aquellos que Dios ab eterno escogió para la vida perdurable. Por el cual beneficio el Apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo á los de Efeso por estas palabras: « Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo, así como por él nos escogió antes de la creacion del mundo para que fuesemos santos y limpios en sus ojos divinos, y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo.» Este mesmo beneficio engrandece el profeta real, cuando dice: «Bienaventurado, Señor, aquel que tú escogiste y tomastes para tí, porque este tal morará con tus escogidos en tu casa. Este pues con mucha razon se puede llamar beneficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merecimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios, el cual, no haciendo injuria á nadie, antes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvacion, extiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto señor de su hacienda.

Ephes., 1.

Psal., 64.

Es otrosí beneficio de beneficios, no solo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque despues de escogido el hombre para la gloria por medio de este beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla, como él mesmo lo testificó por un profeta, diciendo: «Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje á mí: conviene saber, llamándote á mi gracia, para que por ella alcanzases mi gloria.» Pero mas claramente significó esto el Apóstol, cuando dijo: «Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo (el cual es primogénito entre muchos hermanos) á estos llamó: y á los que llamó, justificó: y á los que justificó, finalmente glorificó. La razon de esto es, porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, despues que tiene por bien escoger á uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas gracias, porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere. De manera que así como el padre que

Hier., 31.

Rom., 8.

cria un hijo para clérigo ó letrado dende niño le comienza á ocupar en cosas de Iglesia, ó en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza á este fin, así tambien despues que aquel Eterno Padre escoge un hombre para su gloria (á la cual nos lleva el camino de la justicia), siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconocieron señales de él. Porque dado caso que este secreto esté cubierto á los ojos de los hombres, todavía, como hay señales de la justificacion, las hay tambien de la divina eleccion. Y así como entre aquellas la principal es la enmienda de la vida, así entre estas lo es la perseverancia en la buena vida. Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer que, como dice el Apóstol, le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el dia de su venida, y acabará en él lo que comenzó. 1 Cor., 1.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro, pues vemos que aquel tan gran sabio Salomon, despues de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. 3. Reg., 11. Pero estas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el Apóstol dice, y la que el mesmo Salomon en sus Proverbios enseñó, diciendo: «Proverbio es que el mancebo no desamparará en la vejez el camino que siguió en la mocedad, de manera que si fué virtuoso siendo mozo tambien lo será cuando viejo. Pues con esta y con otras semejantes conjeturas que los santos escriben, puede uno humildemente presumir de la infinita bondad de Dios que le tendrá puesto en el número de sus escogidos. Y así como espera en la misericordia de este Señor que se ha de salvar, así puede humilmente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro. 1. Cor., 3. Prov., 22.

Siendo esto así, cuan obligado estará el hombre á servir á Dios por un tan grande beneficio como es estar escrito en aquel libro de que el Señor dijo á sus apóstoles: «No os alegreis porque los espíritus malos os obedecen, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos,» pues que tan grande beneficio es ser amado y escogido ab eterno dende que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso dende los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios cuando fué engendrado el Hijo natural de Dios entre los resplandores de los santos, que en el entendimiento divino estaban presentes. Luc., 10. Psal., 109.

Mira pues atentamente todas las circunstancias de esta eleccion, y verás como cada una de ellas por sí es un grande beneficio y una nueva obligacion. Mira cuan digno es el elector que te escogió, que es el mesmo Dios infinitamente rico y bienaventurado, y que ni de tí ni de nadie tenia necesidad. Mira cuan indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, sujeta á todas las pobrezas, enfermedades y miserias de esta vida, y obligada á las penas eternas de la otra por su culpa. Mira

cuan alta es la eleccion, pues fuiste elegido para un fin tan soberano que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino, y particionero de su gloria. Mira tambien cuan graciosa fué esta eleccion, pues fué, como dijimos, ante todo merecimiento, por solo el beneplácito de la divina voluntad, y, como el Apóstol dice, para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia: porque cuanto es el beneficio mas gracioso, tanto deja al hombre mas obligado. Mira otrosí la antigüedad de esta eleccion, pues no comenzó con el mundo, antes es mas antigua que el mundo, pues corre á la pareja con Dios, el cual así como es ab eterno, así ab eterno amó sus escogidos, y dende entonces los tuvo y tiene delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando siempre determinado de hacerles un tan grande bien. Mira otrosí la singularidad de esta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones y de condenados quiso él que te cupiese á tí esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos, y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, é hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupcion. En esta circunstancia hay poco que se deba escribir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradecer al Señor la singularidad de este beneficio, tanto mayor cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que, como dice Salomon, es infinito. Y si nada de esto te moviere, muévate á lo menos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su unigénito Hijo, el cual ab eterno determinó enviar al mundo para que fuese el ejecutor de esta divina determinacion.

Ephes., 1.

Eccl., 1.

Pues siendo esto así, ¿qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias? ¿qué lenguas para manifestarlas? ¿qué corazon para sentirlas? ¿qué servicios para pagarlas? ¿Con qué amor responderá el hombre á este amor eterno de Dios? ¿quién aguardará á amar en la vejez á aquel que lo amó dende la eternidad? ¿Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escritura Divina es tan preciado el amigo antiguo, ¿cuánto mas lo será el eterno? Y si por ningun amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿quién trocará la posesion y gracia de este amador tan antiguo por todos los amigos del mundo? Y si la posesion del tiempo inmemorial da derecho á quien no lo tiene, ¿qué hará la de la eternidad á quien nos tiene poseidos por título de esta amistad, para que así nos tengamos por suyos?

Eccli., 9. Prov., 27.

Pues segun esto ¿qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? ¿y qué males que no se deban padecer alegremente por él? ¿Qué hombre habria tan desalmado, que si supiese por revelacion de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle, que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? ¿que no fuese en pos de él, y puesto de rodillas no le diese mil bendiciones, y le dijese: ¡O dichoso tú! ¡O bienaventurado tú! ¿Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos? ¿es posible que tú hayas de ver á Dios en su mesma hermosura? ¿tú has de ser compañero y hermano de todos los

escogidos? ¿tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿tú has de gozar de aquella música celestial? ¿tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿tú has de ver la cara resplandeciente de Cristo y de su Santísima Madre? ¡O bienaventurado el dia en que naciste, y mucho mas aquel en que morirás, pues entonces para siempre vivirás! Bienaventurado el pan que comes, y la tierra que huellas, pues tiene sobre sí un incomparable tesoro; y mucho mas bienaventurados los trabajos que padeces, y las menguas que sufres, pues estas te abren camino para el descanso de la eternidad. Porque ¿qué nublado habrá tan triste, qué tribulacion tan grave, que no se deshaga con las prendas de esta esperanza?

Con estos ojos pues miraríamos un predestinado, si conociésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe, heredero de un gran reino, por la calle, salen todos á mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa (segun el juicio del mundo) que á aquel mozo le cupo, naciendo heredero de un gran reino, ¡cuánto mas seria para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nacer un hombre ante todo merecimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternalmente en el cielo!

Por aquí pues podrás ver, hermano, la obligacion que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluido, si quiere hacer lo que es de su parte; antes cada uno trabaje (como dice san Pedro) por hacer cierta su eleccion con buenas obras, porque sabemos cierto que el que las hiciere se salvará, y sabemos tambien que el favor y gracia divina á nadie faltó jamás ni faltará. Y con la firmeza de estas dos verdades continuemos las buenas obras, y así serémos de este número tan glorioso.

2. Pet., 1.

CAPITULO VII.

Del séptimo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por razon de la primera de sus cuatro postrimerías, que es la muerte.

Cualquiera de todos estos títulos susodichos era bastante para que el hombre se emplease todo en el servicio de un señor á quien por tantas y tan grandes razones está obligado. Mas porque la mayor parte de los hombres mas se mueve por el interese de la ganancia que por obligacion de justicia, por tanto añadiremos á lo dicho los provechos grandes que de presente y de futuro se prometen á la virtud, y primero los dos mayores entre todos, que es la gloria que por ella se da, y la pena que por ella es excusa. Estos son los dos principales remos de esta navegacion, y las dos principales espuelas con que se anda este camino. Por la cual causa el bienaventurado san Francisco en su regla, y nuestro padre santo Domingo en la suya, ambos con un mesmo espíritu y con unas mesmas palabras mandan á sus predicadores que no prediquen mas que

vicios y virtudes, pena y gloria, lo uno para enseñarnos á bien vivir, y lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir. Sentencia es otrosí comun de filósofos, que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana, son castigo y galardon. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho. Y porque ningun castigo ni galardon puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso tratarémos aquí de estas dos cosas, á las cuales añadiremos otras dos que preceden á estas, que son la muerte y el juicio universal, porque cada cosa de estas bien considerada sirve mucho para amar la virtud y aborrecer el vicio, segun aquello del Sabio, que dice: « Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás. » Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

Cicer., lib. de finibus bonorum et malorum.

Eccli., 7.

§ I.

Comenzando pues por la primera, que es la muerte, esta es tanto mas poderosa para movernos cuanto es mas cierta, mas cuotidiana y mas familiar. Mayormente si consideramos el juicio particular que en ella ha de haber de nuestra vida, el cual no se ha de alterar en el universal, porque lo que entonces fuere de nosotros eso será para siempre. Mas cuan estrecho haya de ser este juicio, y la cuenta que en él se ha de pedir, no quiero yo que lo creas á mí, sino á una historia que san Juan Climaco (como testigo de vista) refiere, que sin duda es una de las mas temerosas que yo he leido. Escribe pues él que en un cierto monasterio de su tiempo « habia un monje descuidado en su vida, el cual llegando á punto de muerte fué arrebatado en espíritu por un grande espacio, donde vió el rigor y severidad espantosa de este particular juicio. Y como despues, por especial dispensacion de Dios, alcanzase espacio de penitencia, rogó á todos los monjes, que presentes estabamos, que nos saliesemos de su celda: y cerrando él la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el dia que murió, que fué por espacio de doce años, sin salir jamas de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo sino solo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazon lo que habia visto en aquel arrebatamiento. Y tenia tan fijo el pensamiento en ello, que así tambien tenia el rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derramando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrian hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como dije) cerrada, y entramos todos los monjes de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion; y no dijo mas que sola esta: Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuan espantoso es este último trance, y juicio de la muerte, estarian muy lejos de ofender á Dios. » Todas estas son palabras de san Juan Climaco, que se halló presente á este negocio, y da

Cap. 6, al fin.

testimonio de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increible) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo: y en lo demás hay mucho por temer, considerando la vida que este santo hizo; y mucho mas la grandeza de aquella vision que vió, de donde procedió esta manera de vida. Lo cual bastantemente nos declara cuan verdadera sea aquella sentencia del Sabio, que dice: « Acuérdate de tus postrimerías, y eternalmente nunca pecarás. » Pues si tanto nos ayuda esta consideracion para no pecar, corramos ahora brevemente por todos los pasos y trances de ella, para alcanzar tan grande bien. Eccli., 7.

Acuérdate pues ahora, hermano mio, que eres cristiano, y que eres hombre: por la parte que eres hombre sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano sabes tambien que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea rey, que sea papa. Dia vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas. Dia vendrá (y no sabes cuando, si hoy, si mañana) en el cual tú mesmo, que estás ahora leyendo esta escritura sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los dias de tu vida conforme á tus negocios y deseos, y te has de ver en una cama con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte, y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelacion ni suplicacion. Considera pues primeramente cuan incierta sea esta hora: porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado, y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas, haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladron, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mas seguros y mas dormidos. Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias y noches largas que allí nos han de fatigar, lo cual todo es camino y disposicion para morir. Porque así como antes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería, que atormenta, y finalmente derriba los muros por tierra, y tras de esto es luego entrado y conqusitado, así suele preceder á la muerte una grandísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia, sin parar, las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima, no pudiéndose ya mas defender ni conservar en ellos, los desampara y se va. Marc., 24. Luc., 12. 1. Thes., 1. 2. Petr., 3.

Pues cuando ya la enfermedad pasa mas adelante, ó el médico ó ella nos desengañan y quitan la esperanza de la vida, ¡cuales suelen ser entonces las angustias que allí nos aprietan! Porque allí luego se representa la salida de esta vida, y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella, hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, títulos y oficios, que se acaban con la mesma vida. Despues de lo cual se siguen los postreros accidentes, que intervienen en la mesma muerte, que son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los piés, afílanse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio, y final-

mente con la prisa de la partida todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar. De esta manera viene el hombre á pagar en la salida de la vida las angustias ajenas con que entró en ella, padeciendo los dolores al tiempo del salir que su madre padeció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores, aunque la una con los ajenos, y la otra con los propios.

Aquí pues se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho mas la del ánima, que entonces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes donde estará. Aquí pues te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te están acusando y poniendo demanda delante de él. Aquí verás abiertamente cuan grandes males eran los que tú tan fácilmente cometias, y maldirás muchas veces el dia en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de tí mesmo, viendo como por cosas tan livianas (cuales eran las que desordenadamente amabas) te pusiste en peligro de padecer dolores tan grandes como allí comenzarás á sentir: porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio de ellos comience ya á parecer, lo que de suyo era poco, y deja de ser, parece nada; y lo que de suyo es mucho, y está presente, parece mas claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas de todas cercado y atribulado (porque ni queda mas tiempo de vida, ni hay mas plazo de penitencia, y el curso de tus dias es ya fenecido, y ni los amigos, ni los ídolos que adoraste, te pueden allí valer, antes las cosas que mas amabas y preciabas te han de dar allí mayor tormento), dime, ruégote, cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás? ¿donde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver atrás es imposible; pasar adelante es intolerable; estarte así no se concede; ¿pues qué harás? Entonces, dice Dios por el profeta, se pondrá el sol á los malos en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro: y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en dia amargo. ¡Qué palabras estas tan para temer! Entonces, dice, se les pondrá el sol en medio del dia: porque representándose á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos de ellos á tener tan grandes temores y desconfianzas que les parece que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del dia (esto es dentro del término de la vida, que es tiempo de merecer y desmerecer) les parecerá que para ellos no hay lugar de mérito ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasion del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y verdadero peligro? Vence en esta vida aun entre sus amigos, y paréceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les parece que están vivos y muertos; y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padecer los males venideros que barruntan. Tienen

Amos, 8.

por dichosos á los que acá se quedan : y créceles con esta envidia la causa de su dolor. Pues entonces se les pondrá el sol en medio del dia, cuando á do quiera que volvieren los ojos les parecerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningun rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, paréceles que la tienen desmerecida : si á la justicia, paréceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su dia, y que dende allí comienza ya á ser el dia de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi toda ella los está acusando : si al tiempo presente, ven que se están muriendo : si un poco mas adelante, paréceles que ven el Juez que los está esperando. Pues entre tantos objetos y causas de temor ¿qué harán? ¿adonde irán?

Dice mas : que se les convertirá en tinieblas la luz en el dia claro. Quiere decir que las cosas que les solian dar antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas, porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán mas crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es que así como la posesion y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida del dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir á los amigos : quedaos á Dios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad : mas si aun no has llegado á él, cree á los que por aquí han pasado, pues, como dice el Sabio, los que navegan la mar cuentan los peligros de ella. Eccli., 43.

§ II.

Y si tales son las cosas que pasan antes de la salida, ¿qué serán las que pasarán despues de ella? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la fiesta y el dia? Porque luego despues de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino, el cual cuanto sea para temer no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades; sino pregúntalo á los santos, que moran en la tierra de Jesé (donde resplandece siempre la luz de la verdad) y esos te dirán, no solo por palabras, sino por obras, cuanto sea esta cuenta para temer. Porque santo era David, y con todo esto era tan grande el temor que tenia de esta cuenta, que hacia oracion á Dios, diciendo : «No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante tí ninguno de los vivientes.» Y santo era tambien Arsenio, el cual, estando ya para morir, cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera que los discípulos, entendiendo su temor, le dijeron : Padre, ¿y tú agora te- Exod., 19. Psal., 142.

mes? A los cuales respondió el santo varon : Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agaton se escribe que estando en este paso con este mesmo temor, y preguntado porqué temia, habiendo vivido con tanta inocencia, respondió que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es menos temeroso el ejemplo que san Juan Climaco, varon santísimo, escribe de otro santo mojne, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mesmas pálabras. « Un religioso, dice él, que moraba en este lugar, llamado Estefano, deseó mucho la vida quieta y solitaria : el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monjes anacoritas, que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y desviado setenta millas de poblado), al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él ahí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad, de que murió. Un dia pues antes de su muerte súbitamente qnedó atónito, y teniendo los ojos abiertos miraba á la una parte del lecho y á la otra; y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces : Así es cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia : No es así; mentís; no hice tal cosa. Otras decia : Así es verdad, mas lloré y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia : Verdaderamente me acusais; así es; y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿Qué será de mí? pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder; el cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado gracia de lágrimas. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo por su mano. Y siendo tal, partió de esta vida, pidiéndosele tan estrecha cuenta; dejándonos inciertos cual fuese su juicio, cual su término, y cual la sentencia de su causa.» Hasta aquí son palabras de san Juan Climaco, las cuales asaz declaran cuanto deban temer esta salida los descuidados y negligentes, pues en tanto estrecho se vieron en ella tan grandes santos.

Cap. 7, part. 2.

Y si preguntares cual sea la causa por donde los santos tuvieron tan gran temor en este paso, á esto responde san Gregorio en el vigésimo cuarto libro de los Morales, diciendo : « Los santos varones, considerando atentamente cuan justo sea el Juez que les ha de tomar cuenta, cada dia ponen ante los ojos el término de su vida,

Cap. 16, 17 et 18.

y examinan con cuidado qué es lo que podrian responder al Juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazon humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios de este tan justo Juez, entonces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la comun deuda de la naturaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su Juez. Y crece aun este temor cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne, porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginacion, y ninguna cosa de este siglo se representa al que está ya casi fuera del siglo. De manera que entonces los que están muriendo solamente miran á sí, y á Dios, ante quien se hallan presentes; y todo lo demás (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendian, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendian, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida son combatidos con mayores y mas secretos temores, porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán. Hasta aquí son palabras de san Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuanto mas para temer sea esta cuenta y esta hora de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si tanto, y con tanta razon, le temieron los santos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son? ¿los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades? ¿los que tantas veces despreciaron á Dios? ¿los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así estremece el cedro del monte Libano? Y si, como dice san Pedro, el justo apenas se salvará, ¿el pecador y malo donde parecerá? Dime pues: ¿Qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya de esta vida entres en aquel divino juicio solo, pobre y desnudo, sin mas valedores que tus buenas obras, y sin mas compañía que la de tu propia conciencia? ¿Y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable? Y si en la tela de este juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuales serán entonces los desmayos de tu corazon? ¡cuan confuso te hallarás y cuan arrepentido! Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá, cuando vieron la espada vencedora de Sesac, rey de Egipto, volar por las plazas de Jerusalen, cuando por la pena del castigo presente conocieron la culpa del yerro pasado. ¿Mas qué es todo esto en comparacion de la confusion en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿donde irán? ¿con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen, arrepentimientos allí no aprovechan, oraciones allí no se oyen, promesas para adelante allí no admiten, tiempo de penitencia allí no se da, porque acabado el postrer

1. Petr., 4.

3. Reg., 14, v. 25.

2. Paral., 12.

punto de la vida ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linaje y favor de mundo mucho menos aprovecharán, porque, como dice el Sabio, no aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza, mas la justicia sola librará de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se vea cercada de tantas angustias, qué hará, sino decir con el Profeta: «Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡O miserable de mí, y en qué cerco me han puesto agora mis pecados! ¡Cuan súbitamente me ha salteado esta hora! ¡cuan sin pensarlo se ha allegado! ¿qué me aprovechan ahora todas mis honras y dignidades pasadas? ¿qué todos mis amigos y criados? ¿qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues ahora me han de hacer pago con siete piés de tierra, y con una pobre mortaja? Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá para que lo pague yo. ¿Qué me aprovechan otrosí ahora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan ahora mas que las heces de ellos, que son los escrúpulos y el remordimiento de la conciencia, las espinas que atraviesan ahora mi corazon, y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no me aparejé para esta hora? ¿Cuántas veces me avisaron de esto, y me hice sordo? ¿Porqué aborrecí la disciplina, y no quise obedecer á mis maestros, ni hice caso de las voces de los que me enseñaban? En todo género de pecados he vivido en medio de la Iglesia y del pueblo.

Prov., 11.

Psal., 114.

Prov., 5.

Estas pues serán las ansias, las congojas y las consideraciones de los malos en esta hora. Pues porque tú, hermano mio, no te veas en este aprieto, ruégote ahora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea considerar qué tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que hiciste contra Dios. El segundo, qué tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linaje de penitencia desearás allí hacer, si para esto se te diese tiempo, porque de tal manera trabajes por vivir ahora como entonces desearás haber vivido.

CAPÍTULO VIII.

Del octavo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por causa de la segunda postrimería, que es el juicio final.

Despues de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y despues de este el universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el Apóstol: «Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo.» Y porque de las señales terribles

2. Cor., 5.

que han de preceder á este juicio y de toda la historia de él tratamos en otro lugar, al presente no diré mas que el rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que despues de ella se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuanta obligacion tiene á la virtud.

Libro de la Oracion, en la consideracion del juéves en la noche.

Lo primero es tanto para sentir que una de las cosas de que aquel santísimo Job mas se maravillaba, es ver como, siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado, que no lo tenga escrito en los libros y procesos de su justicia para pedir de ello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo: «Porqué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como á enemigo? ¿Porqué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Porqué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por los pecados de mi mocedad? Pusiste mis piés en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos) y miraste con grande atencion todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida que dentro de sí se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla.» Y prosiguiendo la misma materia, añade luego, y dice así: «El hombre nacido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanece en un mesmo estado.» Y con ser el hombre este, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo?» Todas estas palabras dice el santo Job, maravillándose grandemente de la severidad de la Divina justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con los ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas) no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas que no se les disimule una sola palabra ociosa ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. ¿Porqué á quien no espantan aquellas palabras del Salvador: «En verdad os digo que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta el dia del juicio?» Pues si de estas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas? ¿y de los pensamientos sucios? ¿y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros? ¿y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad, como lo es, ¿qué se puede decir del rigor de este juicio que no sea menos de lo que es? Cuan asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal dia habló sin propósito! ¿A quién no pone en admiracion esta

Job, 13.

Job, 14.

Matth., 12.

tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamas pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡O alteza de la religion cristiana, cuan grande es la pureza que enseñas, y cuan estrecha la cuenta que pides, y con cuan riguroso juicio la examinas!

¡Cual será tambien la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenian encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus conciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo! ¿Pues quién tendrá la conciencia tan limpia que no comience dende ahora á mudar las colores, y temer esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesion, es cosa tan vergonzosa que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que, como el Profeta dice, darán voces á los montes, diciendo: «O montes, caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca mas parezcamos con tan grande vergüenza y confusion.»

Oseæ, 10.

¿Pues qué será sobre todo esto esperar el rayo de aquella sentencia final, que dirá: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles?» ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? «Si apenas podemos, dice el santo Job, oir la mas pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza?» Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mismo Job, «tañian aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus dias y horas en deleites.» Esta caida escribe san Juan en el Apocalipsi por estas palabras: «Ví, dice él, un ángel que descendia del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacia resplandecer toda la tierra; y dió una gran voz, diciendo: Cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia; y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables.» Y añade luego el santo evangelista, diciendo que «tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer dende lo alto en la mar, dijo: Con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca mas volverá á ser.» De esta manera pues caerán los malos en aquel despeñadero, y en aquella cárcel de tinieblas y confusion, que son aquí entendidos por Babilonia.

Matth., 25.

Job, 26, v. 14.

Job, 21.

Apoc., 8.

¿Mas qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padecerán? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas, que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la conciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crujir de dientes con que tantas veces nos amenazan

Isai., 66. Marc., 9. Eccli., 7. Matth., 8, 13, 22, 24 et 25. Luc., 13.

las Escrituras divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con suspiros: quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando siempre del Juez que así lo mandó penar. Allí cada uno de ellos maldecirá su desastrada suerte y su desdichado nacimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazon: « Perezca el dia en que nací, y la noche en que fué dicho: concebido es este hombre. Aquel dia se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte; sea lleno de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso; no sea contado en el número de los dias ni de los meses del año. ¿Porqué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿porqué luego como acabé de nacer no perecí? ¿porqué me recibieron en el regazo? ¿porqué me dieron leche á los pechos? » Esta será la música, estas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡O desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablareis sino blasfemias! ¡O miserables oidos, que ninguna otra cosa oireis sino gemidos! ¡O desventurados ojos, que ninguna otra cosa vereis sino miserias! ¡O tristes cuerpos, que ningun otro refrigerio tendreis sino llamas! ¿Cuales estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos? ¡O cuan breve delectacion hizo tan larga soga de miserias! ¡O locos y desventurados! ¿qué os aprovechan ahora todos aquellos pasatiempos, de que tan poco espacio gozastes, pues ahora eternalmente llorareis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas? ¿dónde están vuestros tesoros? ¿dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad, y succedieron otros siete de tanta esterilidad que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase de ella rastro ni memoria. Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. A tanta esterilidad sois venidos que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta, y no solo no os aprovechará esa prosperidad, mas antes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job; conviene á saber, que la dulcedumbre de los malos vendria á parar en gusanos: cuando (como declara san Gregorio) la memoria de los deleites pasados les haga sentir mas el amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que ahora se ven, y como por lo que tan presto se acabó, padecen lo que nunca se acabará. Entonces claramente conocerán la burla del enemigo, y caidos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduría: « ¡Desventurados de nosotros! Cómo se ve ahora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió

Job, 3.

Sap., 5.

Gen., 41.

Luc., 16.

Job, 24.

Lib., 15, Mor., 26, et lib. 16, 31.

Sap., 5.

sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. » Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará, porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado san Crisóstomo en muchos lugares de sus homilías, donde dice así: « Porque trabajes que tu ánima sea templo y morada de Dios, acuérdate de aquel terrible y espantoso dia en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo para dar razon de todas nuestras obras. Mira pues de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuantos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oidos oyen ya el sonido de aquella voz de Cristo, que ha de sentenciar al mundo: mira cómo despues de esta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores, otros despedidos de las puertas del cielo despues del mucho trabajo de su virginidad, otros atados como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere y al perpetuo llanto y crujir de dientes. Pues siendo esto así, porqué no clamaremos ahora con el Profeta, diciendo: « ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche? » Por tanto venid ahora, hermanos, que es tiempo, y prevengamos al Juez con la confesion de nuestras culpas, pues está escrito: « ¿En el infierno, Señor, quién se confesará á tí? »

2. Cor., 5.

Matth., 13 et 25.

Hier., 9.

Psal., 6.

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oidos, dos piés y dos manos, por donde si perdemos el uno de estos miembros con el otro nos remediamos, pero ánima no nos dió mas que una: pues si esta se condena, ¿con qué viviremos aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos pues sumo cuidado de ella, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo, donde si te quisieres excusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el Juez que ya te habia él avisado diciendo: « Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima, y padecer detrimento en sí mesmo? » Si dijeres: El diablo me engañó, decirte ha él tambien que no le aprovechó á Eva decir: La serpiente me engañó.

Matth., 16. Marc., 8. Luc., 9.

Gen., 3

Lee las Escrituras sagradas, y mira cómo el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba, y despues una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervia, para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre: primero amenazando, y despues castigando. Mas el que no quisiere recebir la correccion de la vara que amenaza, padecerá despues el tormento de la caldera que hierve. Lee tambien las Escrituras del Evangelio, y ahí

Hier., 1.

verás cómo nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados: no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo de estos, que son hombres pecadores? pues ni aunque venga Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del Juez. Sino, mira tú aquel que fué desechado del convite de las bodas, como ninguno habló palabra por él. Mira tambien cómo nadie rogó por aquel que habia recebido el talento de su Señor y no quiso negociar con él. Mira otrosí las cinco vírgines despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas, las cuales Cristo llamó locas, porque despues de haber despreciado los deleites de la carne, y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas, porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbecieron con la gloria de su virginidad. Tambien habrás oido cómo aquel rico avariento que nunca tuvo compasion de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganza, deseó una gota de agua; y no por eso el santo patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasion. Pues siendo esto así, ¿porqué no nos ayudaremos con caridad unos á otros? ¿porqué no daremos gloria á Dios antes que se nos ponga el sol de justicia, y se nos cierre el dia? Mejor es traer aquí un poco de lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apenas podemos sufrir aquí una calentura de tres dias, ¿cómo sufriremos allí el fuego de una eternidad? Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra, que nos priva de cuarenta á cincuenta años de vida, ¿cómo no temeremos la sentencia de aquel Juez, que priva de la vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigurosas que se hacen acá en la tierra contra los malhechores cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan, y abrasan con planchas de fuego. ¿Pues qué es todo esto, sino risa y sombra en comparacion de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba; mas allí ni el gusano muere, ni la vida fenece, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamás. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparacion.

Ezech., 24, Matth., 22.

Matth., 25.

Luc., 16.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes, fueren condenados á estos males, ¿qué harán! ¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y suspirarán? y todo en vano; porque ni los marineros despues de sumido el navío sirven para nada, ni los médicos despues que el enfermo acabó la vida. Pues entonces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: Esto ó lo otro no convenia hacer, y bien fuimos muchas veces avisados de ello, y no nos aprovechó. Porque tambien entonces los judíos conocerán al que vino en el nombre del Señor, mas no les aprovechará este conocimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. ¡Mas qué podremos, miserables de

nosotros, alegar en este dia, cuando el cielo y la tierra, y el sol y la luna, los dias y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros, y testificando nuestros males! ¡y dónde (aunque todas las cosas callen) nuestra mesma conciencia se levantará contra nosotros, y nos acusará?» Cuasi todas estas son palabras de san Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener de este dia, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra lo que tenia san Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido), el cual escribiendo sobre san Lucas, dice así: «¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! ¡Ay de mí, si no me levantare á la media noche á confesar, Señor, tu santo nombre! ¡Ay de mí, si engañare á mi prójimo; ¡si no hablare verdad! porque ya está puesto el cuchillo á la raiz del árbol. Por tanto trabaje por dar fruto, el que pudiere, de gracia, y el que es deudor de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fruto; el cual dará vida á los fieles trabajadores, y condenará á los estériles y negligentes.»

CAPITULO IX.

Del noveno titulo que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras postrimerias, la cual es la gloria del paraiso.

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazon humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no menos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraíso. Donde se nos ofrecen dos cosas señaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia de este lugar (que es el Cielo Empíreo) y la otro es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas de este lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjeturas podremos como de lejos barruntar algo de lo que esto es. Entre las cuales la primera es el fin de esta obra, porque esta es una de las circunstancias que mas suelen declarar la condicion y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestacion de su gloria. Porque aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomon, pero esta señaladamente se dice haber criado para este fin: porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia de él. Por donde así como aquel grande rey Asuero (que reinó en Asia sobre ciento y veinte y siete provincias) celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta dias, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de

Prov., 16.

Esther, 1.

su poder y de sus riquezas, así tambien este Rey Soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento y ochenta dias, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Este es el convite de que habla Isaías cuando dice: «Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados: esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán? Isai., 25.

Esto se entenderá aun mas claramente si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas de este Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la podria destruir: y no solo un mundo, mas mil cuentos de mundos podria él criar con una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demás de esto, lo que hace hácelo tan sin trabajo que con la facilidad que crió la menor de las hormigas crió el mayor de los serafines, porque no gime ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor, porque todo lo que quiere puede, y todo lo que quiere obra con solo querer. Pues dime ahora: si la omnipotencia de este Señor es tan grande, y la gloria de su santo nombre tan grande, y el amor de ella tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí, para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riquezas aquí no la hay, porque él es el piélago de todas ellas. ¿Pues luego qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra que saldrá de esta oficina, donde concurren tales oficiales como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Santo? donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas.

Hay otra consideracion para este propósito, semejante á esta. Porque no solo aparejó Dios esta casa para honra suya, sino tambien para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues qué tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos, y de cumplir aquello que él mesmo dijo: «Yo honro á los que me honran,» claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas. ¿Qué cosa es ver al santo Josué mandar al sol que se parase en medio del cielo, y que como si él tuviera en la mano las riendas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, obedeciendo; como dice la Escritura, Dios á la voz de un hombre? ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequias qué queria que hiciese del mesmo sol? ¿si queria que le mandase ir adelante, ó que volviese 1. Reg., 2. Psal., 8. Jos., 10. Eccli., 46. Isai., 38. 4. Reg., 2.

atrás? que con la mesma facilidad que haria lo uno haria lo otro. ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra de su oracion? Y no solo en la vida, sino tambien en muerte los honró tanto, que dió este mesmo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto resucitaron un muerto que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus santos, cuando lee que el dia de la pasion de san Clemente mártir se abria la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padeció trabajos por su amor? A la cadena de san Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia, para que se vea en cuanto estima él los cuerpos de los santos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneracion. ¿Mas qué es todo esto en comparacion de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya á la cadena de este apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe san Lucas en los Actos de los apóstoles, que todos los enfermos que tocaban en ella, sanaban? ¡O admirable Dios! ¡O sumamente bueno, y honrador de buenos! pues dió á este hombre lo que para sí no tomó, porque no se lee de Cristo que con su sombra sanase los enfermos, como se lee de san Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar sus santos (aun en el tiempo y lugar que no es propio de galardonar, sino de trabajar), ¿qué tal podremos entender que será la gloria que él tiene deputada para honrarlos, y para ser honrado en ellos? Quién tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre, ¿qué es lo que les debe tener allá aparejado para esto?

3. Reg., 17 et 18.

4. Reg., 13.

Act., 5.

Considera otrosí, demás de esto, cuan largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abraham que le sacrificase un hijo que tanto amaba, y estando él para sacrificarlo díjole Dios: No lo sacrifiques, porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien yo soy de darte por ese hijo tantos hijos cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar; y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo, el cual sea juntamente hijo tuyo y hijo de Dios. ¿Parécete que es buena paga esta? Esta es paga digna de Dios, porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios: Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demás.

Gen., 22.

Fúsose David una noche á pensar cómo el tenia casa, y el arca de Dios no la tenia, y trató en su pensamiento de edificarle una casa. Otro dia por la mañana envióle Dios un profeta que le dijese: Porque trataste en tu corazon de edificarme una casa, yo te juro de edificar para tí y para tus descendientes una casa eterna y un reino perpetuo, de quien nunca jamás apartaré mi misericordia. Así lo dijo, y así lo cumplió, porque hasta que vino Cristo reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel, y luego nació Cristo hijo de David, que en los siglos de los siglos

2. Reg., 7.

Luc., 1.

reinará en ella. Pues si no es otra cosa la gloria del paraíso sino una gratificacion y paga universal de los servicios de todos los santos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podremos por aquí conjeturar que será esta gloria? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

Hay tambien otra conjetura para esto, que es considerar cuan grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio, despues del pecado, que la sangre y muerte de su unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios, por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones se da al hombre que esté entre los coros de los ángeles. Pues dime ahora (si se puede decir) ¿cual es aquel bien que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico) para dar este precio? Quién supiese ahondar en este abismo mas entenderia por aquí la grandeza de la gloria que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demás de esto nos pide este Señor, como por añadidura, lo último que se puede á un hombre pedir. Esto es, que tomemos nuestra cruz á cuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare, y que no tengamos ley con padre ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel Soberano Señor que nos da la gloria de gracia. Y así dice por san Juan: «Yo soy principio y fin de todas las cosas: yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde. Pues dime ahora, ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios? ¿Y despues de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime: si este Señor es tan largo en hacer mercedes, si su Divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas, si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra, y de los justos é injustos es comun la posesion de este mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras declarar la gloria que dará á los agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Matth., 10 et 16. Marc., 9. Luc., 9 et 14.

Matth., 5.

Apoc., 21.

§ II.

Tambien declara algo de esta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el Cielo Empíreo: el cual así como es el mayor de todos los cielos, así es el mas noble y mas hermoso y de mayor dignidad.

Psal., 26. Llámase en la Escritura tierra de los que viven : por donde entenderás que esta en que aquí moramos es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuantas y cuan hermosas cosas hay en él, cuanta es la grandeza de los cielos, cuanta la claridad y resplandor del sol, y de la luna y de las estrellas; cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales; qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios, repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra; y sobre todo la anchura de los mares, poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas. ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata, y de otros tan preciosos metales? ¿qué de los rubíes, y esmeraldas y diamantes, y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mesmas estrellas en claridad y hermosura? ¿qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de naturaleza tambien la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los dibujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento, que es el mas bajo de todos (segun dijimos) y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está mas alto que todos los cielos y elementos, tanto es mas noble, mas rico y mas hermoso? especialmente si consideramos que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas: ¿pues qué será lo que de esotra banda está descubierto á los ojos inmortales? Apenas se puede esto bastantemente conjeturar.

Sabemos tambien que tres maneras de lugares convienen al hombre en tres diferencias de tiempos que tiene de vida. El primero es el vientre de su madre despues de concebido; el segundo es este mundo despues de nacido; el tercero es el cielo despues de muerto, si hubiere bien vivido. Entre estos tres lugares hay esta órden y proporcion : que la ventaja que hace el segundo al primero, esa hace el tercero al segundo, así en la duracion como en la grandeza y hermosura, y en todo lo demás. Y en la duracion está claro : porque la duracion de la vida del primero es de nueve meses; la segunda á veces pasa de cien años : mas la del tercero dura para siempre. Item la grandeza del primero es del tamaño del vientre de una mujer; la del segundo es todo este mundo visible : mas la del tercero, segun esta proporcion, es tanto mayor que la del segundo cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace,

esa mesma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demás. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho) y estotro le excede con tan grandes ventajas (como ahora decimos), ¿qué tanto podremos por aquí entender que será la grandeza y hermosura de él?

Tambien nos declara esto la diferencia de los moradores de estos dos lugares, porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condicion de los moradores de ellos. Esta es pues (como decíamos) tierra de los que mueren, aquella de los que viven; esta de pecadores, aquella de justos; esta de hombres, aquella de ángeles; esta de penitentes, aquella de perdonados; esta de los que pelean, aquella de los que triunfan; finalmente esta de amigos y enemigos, aquella de solos amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores de estos dos lugares, ¿qué tanto lo serán los mesmos lugares? pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores de ellos. Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de tí, ciudad de Dios. Psal., 86. Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exenta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores para quien te hizo.

§ III.

Todo esto pertenece á la gloria accidental de los santos. Mas aun hay otra gloria, sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial; la cual consiste en la vision y posesion del mesmo Dios, de la cual dice san Agustin: «El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud: el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio.» 22. de Civ. Dei., 30, tom. 5. De manera que este galardon es el mayor que puede ser, porque ni el cielo ni tierra, ni mar ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno, y simplísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella Divina sustancia, es que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como él sea el hacedor y criador de ellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carecer de lo que da ni estar falto de sí de lo que parte con los otros. De donde nace que todos aquellos bienaventurados espíritus en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiere de gloria. Porque así como ahora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entonces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto muy mas perfectamente que si se viesen en sí mesmas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los santos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oidos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí verémos la variedad

y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno: y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí, como dice san Bernardo, será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Allí parecerá ignorancia la sabiduría de Salomon, y fealdad la hermosura de Absalon, y flaqueza la fortaleza de Sanson, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ó hombre miserable, si esto es así (como de verdad lo es), ¿en qué te andas por la tierra de Egipto buscando pajas, y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad, y fuente de aguas vivas? ¿Porqué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleite deseas, levanta tu corazon, y considera cuan deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de las criaturas, ¿cuánto mas el mesmo Criador? Si te deleita la hermosura, él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza, él es el primer orígen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad, y longura de dias. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los santos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades, y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos un ánima y un corazon. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente si deseas carecer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exencion de todas ellas. Al octavo dia mandó Dios celebrar el sacramento de la circuncision de la vieja ley, para dar á entender que al octavo dia de la resurreccion general (que succederá á la semana de esta vida) circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasías y culpas. ¿Pues qué cosa mas bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias? donde, como dice san Agustin, «no habrá jamás temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades: donde ninguno se aira, ninguno tiene envidia de otro, ninguna necesidad de comer ni beber, ninguna ambicion de honras ni de poderes mundanos, ningunas asechanzas del demonio, ningun temor de penas del infierno, muerte, ni de cuerpo, ni de ánima, sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad. No habrá allí jamás discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

Exod., 5. Hier., 2.

Gen., 17. Levit., 12.

Soliloq., 35.

A todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los santos, mas claros que las estrellas del cielo, resplandeciendo con la santidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas,

con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgines. Mas del rey soberano que en medio de ellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? Ciertamente si nos fuese necesario padecer cada dia tormentos y sufrir por algun tiempo las mesmas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no seria bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien?» Hasta aquí son palabras de san Agustin. Manual., 15.

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cual será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apacentarán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad, la gloria de aquellos ciudadanos, la cara del Criador, la gracia de aquellos edificios, la riqueza de aquellos palacios, y el alegría comun de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos que vió san Juan asentados en sus tronos en presencia de Dios? ¿Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oirles cantar aquella suavísima cancion que les oyó san Juan en el Apocalipsi, cuando decian: Bendicion y claridad, y sabiduría y hacimiento de gracias, honra y virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos; amen? Y si es tan deleitable cosa oir esta consonancia y armonía de voces, ¿cuánto mas lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes? ¿y cuánto mas la de los hombres y ángeles? ¿y cuánto mas la de los hombres y Dios? ¿Y sobre todo esto qué será ver aquellos campos de hermosura, aquellas fuentes de vida, aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel? ¿Qué será asentarse en aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su mesma gloria? Allí descansarán y gozarán, y cantarán y alabarán; y entrando y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra santa fe católica en premio de la virtud, ¿cual es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardon? Apoc., 4. Apoc., 5. Ezec., 34.

CAPITULO X.

Del décimo título por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre: donde se trata de las penas del infierno.

Bastaba la menor parte de este galardon para mover nuestros corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. ¿Pues qué será, si con la grandeza de esta gloria juntamos tambien la grandeza de

la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar, diciendo: Si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios, y en lo demás ni tendré pena ni gloria. No es así; sino que forzosamente nos ha de caber una de estas dos suertes tan desiguales: porque, ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios; ca no se da medio entre estos dos extremos, si no es el limbo ó el purgatorio. Estas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías entre las puertas del templo en una vision: la una llena de higos buenos, en gran manera buenos; y la otra de higos malos, y tan malos que no se podian comer. En lo cual quiso significar Dios al profeta dos maneras de personas, unas con quien habia de usar de misericordia, y otras con quien habia de usar de justicia, y la suerte de los unos era tan buena que no podia ser mejor, y la de los otros tan mala que no podia ser peor: pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes; y la de los malos carecer eternalmente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Hier., 24.

Esto debian considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas á cuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y por ese precio te obligas á llevar sobre tí la carga de él, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da) para ver si tienes hombros en que llevarla. Y porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza de esta pena, para que mas claro veas la grandeza de la carga que sobre tí tomas cuando pecas. Y aunque de esta materia tratamos en otros lugares, pero aquí la trataremos por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren) porque ella es tan copiosa que da motivo para todo esto y mucho mas.

Lib. de la orac., cons. del viernes en la noche. Mem., 1a y 2a parte.

Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios; quiero decir, en todas grande y admirable; no solo en la mar y en la tierra y en el cielo, sino tambien en el infierno, y en todo lo al. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, no menos lo parecerá en la ira y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideracion dijo el mesmo Señor por Hieremías: «¿A mí no temereis? ¿y de mí no temblareis? pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento que nunca jamas lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que yo les tengo señalada.» Como si mas claramente dijera: ¿No será razon que temais el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza de esta obra? el cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así tambien lo será en sus castigos: y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro merece ser temido y reverenciado. Pues

Hier., 5.

por esto temia y temblaba este mesmo Profeta (aunque era inocente y santificado en el vientre de su madre) cuando decia: « ¿Quién no temblará de tí, Rey de las gentes? porque tuya, Señor, es la gloria. » Y en otro lugar: « Estaba yo, dice él, solo, y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazon lleno de temor de vuestras amenazas. » Y aunque sabia muy bien este Profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales que le hacian temblar. Y por esta causa se dice con razon que tiemblan las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que temen otrosí delante de él aquellos grandes principados y poderes soberanos: no porque no están seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiracion la grandeza de la Majestad Divina. Pues si estos no carecen de temor, ¿qué deben hacer los culpados? ¿los menospreciadores de Dios? pues estos son sobre quien él ha de descargar el torbellino de su ira. Esta es pues una de las principales causas que hay para temer la grandeza de este castigo, como claramente nos lo enseña san Juan en su Apocalipsi, donde (hablando de los azotes y castigos de Dios) dice así: « En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas, muerte, llanto, hambre y fuego; porque fuerte es Dios, que la ha de juzgar. » Y porque conocia muy bien el Apóstol la fortaleza de este Señor, dijo que era cosa horrible caer en las manos de Dios. No es cosa horrible caer en las manos de los hombres, porque ni son tan poderosas que nadie se pueda escapar de ellas, ni tan fuertes que basten para echar una ánima en el infierno. Por donde decia el Salvador á sus discípulos: « No querais temer aquellos que no pueden hacer mas que matar el cuerpo, y despues no les queda que hacer. Quiéroos yo mostrar á quien hayais de temer. Temed á aquel que despues de muerto el cuerpo tiene poder para echar el ánima en el infierno. Esto os digo yo que es para temer. » Estas pues son las manos en las cuales con mucha razon dice el Apóstol que es horrible cosa caer. Y así parece que tenian bien conocido á qué sabian estas manos, aquellos que en el Eclesiástico decian: « Si no hiciéremos penitencia, caerémos en las manos de Dios, y no de los hombres. » Las cuales cosas todas dan bien á entender que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad y en todas sus obras, así tambien lo será en la ira, en la justicia y en el castigo de los malos.

Hier., 10. Ibid., 15. Apoc., 18. Hebr., 10. Matth., 10. Eccli., 2.

Lo mesmo parece aun mas claro, considerando en especial la grandeza de la Divina justicia, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algun tanto por sus efectos: que es por los castigos espantosos de Dios, de quien están llenas las Escrituras Divinas. ¡Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datan y Abiron, y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus prelados! ¿Quién jamás oyó tal linaje de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley? donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así: « Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales

Num., 16. Deut., 28.

cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los piés por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere vendrá á comer las partes y la sangre, y las heces en que salió envuelta la criatura: y esto á escondidas de su marido, por no darle parte de ellas, tan grande será la hambre que padecerá.» Espantosos castigos son estos. Mas así estos, como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son mas que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra, que es el tiempo en que ha de resplandecer la Divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cual será la mesma verdad? Y si ahora, cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado, es tan desabrido, ¿qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio sin misericordia con los que no hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que merece el pecado?

Psal., 74.

Mas no solo la grandeza de la justicia, sino tambien la de la misma misericordia (con quien tanto se favorecen los malos) nos da á entender la grandeza de este castigo. ¿Porqué qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padecer en ella todos los tormentos y deshonras que padeció, hasta acabar la vida en un madero? ¿Qué mayor misericordia que descender él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar de ellas al mundo, y derramar su sangre por aquellos mesmos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la Divina misericordia, así tambien lo han de ser las de su justicia: porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios es Dios), cuan grande es su misericordia tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte de ella. Por donde así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conoce la del brazo de la justicia, pues ambos son de una mesma manera. Pues ruégote agora me digas: si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables y tan increibles al mundo que el mesmo mundo las vino á tener por locura; cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te parece que hará? mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia cuantas son las maldades del mundo. Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase, pues no habia de parte de nuestra humildad cosa que la mereciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse, cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjeturar qué tan espantable será.

1. Cor., 1.

Esto declara muy bien san Bernardo en un sermon de Epifanía por estas palabras: «Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como ahora ninguno hay que no se pueda reconciliar con él, así entonces ninguno habrá que lo pueda hacer. Por-

1. Circa med.

que así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios é infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar y grande para castigar; aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la justicia sobre que descargue su rigor. Hasta aquí son palabras de san Bernardo, por las cuales vemos cómo la mesma misericordia de Dios nos declara cuan grande será su justicia; y lo uno y lo otro divinamente explicó el Psalmista, cuando dijo: « Nuestro Dios es Dios cuyo oficio es salvar los hombres y librarlos de las puertas de la muerte: mas con todo eso él quebrantará las cabezas de sus enemigos hasta el postrer pelo, de los que perseveran en sus delitos. » ¿Ves luego cómo siendo tan blando para los que á él se convierten, es tan riguroso para los endurecidos y rebeldes? Psal., 67.

Lo mesmo tambien nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dende que abrieron los ojos de la razon hasta los postreros años de su vida, la mayor parte de ella gastaron en ofender á Dios y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida, y sin dejar de llamarlos por muchas vias á penitencia, sin ver en ellos enmienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga penitencia suelte él contra ellos la represa de su ira, que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia, ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el Apóstol, cuando dijo: « ¿No miras, hombre, que la benignidad de Dios te aguarda y te llama á penitencia? Mas tú por tu gran dureza y por ese corazon tan cerrado á penitencia atesoras contra tí ira para el dia del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno segun sus obras. » ¿Pues qué quiere decir « atesoras ira, » sino dar á entender que como el que allega tesoros va cada dia añadiendo dineros á dineros y riquezas á riquezas para que así crezca el monton, así tambien Dios va cada dia y cada hora acrecentando mas y mas el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrecentando las causas de ella? Pues dime ahora: si un hombre se diese tanta prisa á juntar tesoro que no se pasase dia ni hora que no acrecentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años, cuando despues de este tiempo abriese sus arcas ¿qué tan gran tesoro hallaria? Pues, ¡ó miserable de tí, que apenas hay dia ni hora que se te pase sin acrecentar contra tí el tesoro de esta ira divina, la cual crece á cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese mas que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazon, y las palabras y juramentos de tu boca, este solo bastaba para hinchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demás, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra tí al cabo de tantos años? Rom., 2.

La ingratitud tambien de los malos y su malicia (si bien se mira) da á entender por su parte cuan grande haya de ser este castigo. Sino, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho y dicho, y padecido por ellos; los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada dia les hace: mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios; su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias; el menosprecio de él y de sus mandamientos, el cual es tan grande que no solo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo de los piés todo cuanto manda Dios. Pues quien de esta manera desprecia aquella tan grande Majestad, como si fuera un Dios de palo: quien tantas veces, como dice san Pablo, pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento: quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano; ¿qué puede esperar, sino que, cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios, cuan grande fué la injuria hecha contra él? Porque pues Dios es justo Juez, á él pertenece hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios, supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena, ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

Hebr., 10.

Considera otrosí (demás de la condicion del Juez) tambien la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio), para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad de este ejecutor, mira cual paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el santo Job. Porque todo cuanto fué posible hacer contra una criatura racional, hizo, sin tener respeto á ningun género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de piés á cabeza de cáncer y gusanos, sin dejarle otro refrigerio mas que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corria: y sobre todo esto dejóle la mujer y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó que matara) para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos mas crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el santo Job. ¿Mas qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Job, 1 et 2.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhuma-

nos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano y tan poderosos para dañar, ¿cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en tí todas las crueldades que quisieren (segun la dispensacion de la Divina Justicia) y esto no por una noche y un dia, sino por todos los siglos de los siglos, parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡O qué dia tan escuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos!

Y porque mejor entiendas el tratamiento que de estas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe san Gregorio en sus Diálogos, donde cuenta que en un monasterio suyo acaeció llegar á punto de muerte un religioso mancebo, no menos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monasterio acudiesen á este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al rededor de su cama haciendo oracion por él, comenzó él á dar voces y decir: Ios, íos de aquí, padres, ios, y dejad á este dragon que me acabe de tragar; porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. Ios luego todos, y apartaos de aquí, porque vuestra presencia no me acabe de matar; y así me atormenta mas cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz, respondió diciendo: ¿Cómo la podré hacer, que me tiene enroscados los piés y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí? Entonces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oracion por él con grandes gemidos y con mayor instancia: con lo cual el Padre de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró a enfermo de aquella tan grande agonía, con la cual quedó tan escarmentado que de ahí adelante ordenó su vida de tal manera que no mereciese verse otra vez en tal aprieto.

4. Lib., Dialogorum, 37.

De los mesmos demonios habla aun por mas horribles figuras san Juan en su Apocalipsi, diciendo: «Vi una estrella que cayó del cielo en la terra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo: y abriendo la puerta de este pozo, salió de él una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego; y del humo de este pozo saltaron unas langostas en tierra, á las cuales fué dado poder para herir, como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles ni en cosa verde, sino en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán. Y la figura de estas langostas era como de caballos armados para pelear, y sobre sus cabezas tenian unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones: y tenian vestidas unas lorigas, como lorigas de hierro, y el estruendo que hacian con sus alas era como el de muchos carros y caballos cuando arremeten á pelear. Y tenian las colas como de escorpiones, y en ellas traian sus aguijones para herir.» Hasta aquí son palabras de san Juan. Ruégote pues ahora me digas qué pretendia el Espíritu Santo (que es el autor de esta escritura) cuando de-

Apoc., 9.

bajo de estas tan horribles figuras, nunca oidas, nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la Divina Justicia? ¿Qué pretendia, sino avisarnos, por el horror espantable de estas cosas, cuales serán las iras de Dios, cuales los instrumentos de su justicia, cuales los castigos de los malos, cuales las fuerzas de nuestros adversarios? para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios. Porque ¿qué estrella es esta, que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandeciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? ¿Y quién son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florecen con el humor de la divina gracia, y dan frutos de vida eterna? ¿Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de sus siervos, y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la Divina Justicia, para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mesmos demonios á quien sirvieron: así como los Egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á quienes ellos adoraban. ¿Pues qué será ver en aquel lugar estos monstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragon hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemot de que se escribe en Job que aprieta la cola como cerdo, que bebe los rios, y pace los montes?

Exod., 8.

Job, 40.

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho, sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios? ¿y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados? ¿Y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores? ¿y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí? ¿y de la grandeza del odio con que aborrece al pecado (pues por ser ofensivo de la infinita majestad merece odio infinito) y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos, y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede pues esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe), ¿por qué causa los que esto creen y confiesan no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mesmo caso que cometen un pecado se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

§ I. — *De la duracion de estas penas.*

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho mas lo es si consideramos la duracion de estas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ú de alivio á cabo de

muchos millares de años, todavía fuera este gran consuelo para los malos. ¿Mas qué diré de la eternidad, que ningun término reconoce, sino que iguala por una parte con la mesma duracion de Dios? El cual espacio es tan grande, que, como dice un doctor, si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, mas agua saldria de sus ojos que cupiese en todo el mundo. ¿Pues qué cosa mas para temer? Verdaderamente cosa es esta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno no fueran mas que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre), solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡O si esta duracion, ó si este para siempre hiciese manida en tu corazon, cuánto provecho te haria! De un hombre del mundo leemos que, poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duracion de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideracion: Ningun hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condicion que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores) por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿qué desatino es por cosas tan menores ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideracion cavó tanto y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida: y tan mudada que vino despues á ser grande santo y prelado de una iglesia. ¿Pues qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto, no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace á estos el profeta Isaías, diciendo: «¿Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿qué espaldas habrá tan duras, que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡O gentes sin seso! ¡O hombres embaucados por aquel antiguo engañador y trastornador del mundo! Porque ¿qué cosa mas ajena de razon que, siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas de esta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta importancia? ¿Qué vemos, si esto no vemos? ¿qué tememos, si esto no tememos? ¿qué proveemos, si esto no proveemos? Isai., 33.

Pues siendo esto así, ¿cómo no seguiremos de buena gana el partido de la virtud (aunque fuese muy trabajoso) por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese ahora Dios este partido con un hombre, que le dijese: Tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota, ú de una sola muela, pero tan agudo que no te deje reposar noche ni dia; ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo ó descalzo, ó hacer la penitencia que ellos hacen, toda la vida; mira cual de estas dos cosas quieres: no hay hombre tan perdido, que usando de buena razon (siquiera por el amor que tiene á sí mesmo) no escogiese cualquier profesion de estas antes que padecer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto menos lo que Dios nos pide que

ser fraile descalzo ó cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo por evitar un tan prolijo tormento? ¿Quién no ve ser este el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena de él será, que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que haga allí eterna penitencia, y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Babilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve codos en alto, por falta de un codo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo) para dar á entender que la llama de aquel eternal humo de Babilonia (que es el infierno) aunque arde tanto, y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remision y gracia del jubileo verdadero. ¡O penas infructuosas! ¡O estériles lágrimas! ¡O rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padecen sin fruto, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrian aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan pues fuentes de agua por nuestros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazon. « Por eso plantearé y lloraré, dice el profeta, y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de avestruces, porque ya está desahuciada su llaga, y no tiene cura este mal. »

Dan., 3.

Mich., 1.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan grande verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que, como dice el Salvador, antes faltará el cielo y la tierra que dejar esto de ser, y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiracion. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? « Si tuvieses, dice san Hierónimo, la sabiduría de Salomon, y la hermosura de Absalon, y las fuerzas de Sanson, y los años y vida de Enoc, y las riquezas de Creso, y el poder de Octaviano, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios, para ser atormentada con el rico avariento en los tormentos eternos? »

Luc., 21.

3. Reg., 4.
2. Reg., 14. Jud., 13 et 14. Gen., 5. Eccli., 44.

SAN

JUAN DE LA CRUZ.[1]

CARTAS ESPIRITUALES.

CARTA PRIMERA.

A un religioso, hijo espiritual suyo, en que le enseña cómo ha de emplear toda su voluntad en solo Dios, apartándola del gozo y gusto de las criaturas.

La paz de Jesucristo sea, hijo, siempre en su alma. La carta de vuestra reverencia recibí, en que me dice los grandes deseos que le da nuestro Señor de ocupar su voluntad en solo él, amándole sobre todas las cosas, y pídeme que en órden á conseguir aquesto le dé algunos avisos. Huélgomo de que Dios le haya dado tan santos deseos, y mucho mas me holgaré que los ponga en ejecucion, para lo cual le conviene advertir cómo todos los gustos, gozos y aficiones, se cansan siempre en el alma, mediante la voluntad y querer de las cosas que se le ofrecen, como buenas, convenientes y deleitables, por ser ellas, á su parecer, gustosas y preciosas, y segun esto se mueven los apetitos de la voluntad á ellas, y las espera, y en ellas se goza cuando las tiene, y teme perderlas, y así, segun las aficiones y gozos de las cosas, está el alma alterada é inquieta.

(1) Nació en la villa de Hontiveros, año de 1542. Tomó á los veinte y un años el hábito del Cármen, y despues de haber estudiado en Salamanca la teologia, fué asociado á santa Teresa para la reforma de los carmelitas. El dia 14 de diciembre falleció en Ubeda, en olor de santidad, que se vió preconizada en la Iglesia en 1674 con el público decreto de su beatificacion.

Los escritos espirituales que dejó este santo contemplativo son los siguientes: 1º Los tres libros de la *Subida al Monte Carmelo*, que es una alegoria mistica bajo el simbolo de *noche oscura*. — 2º Los dos libros de la *Noche oscura del alma*. — 3º *El cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo, con sus declaraciones en prosa*. — 4º Las canciones amorosas del alma, bajo el título de *Llama de amor viva*. — 5º Las *Instrucciones y cautelas para ser perfecto religioso*. — 6º Los *Avisos y Sentencias espirituales*. — 7º Algunas *Poesías devotas*. — 8º Varias *Cartas espirituales*, escritas á diferentes personas. La primera impresion de estas obras se hizo en Alcalá de Henares en 1681, y en el siguiente año se repitió en Barcelona Las ediciones conocidas hasta hoy son catorce.

El doctor extático san Juan de la Cruz es uno de nuestros mas grandes escritores, pero tambien uno de los últimos que propondriamos á la juventud por modelos en el arte de escribir. Es uno de aquellos hablistas á quienes es forzoso admirar, pero cuya imitacion es tanto mas peligrosa cuanto mas seducen su originalidad y valentia. Su lenguaje, generalmente oscuro, es una mezcla continua de incorreccion y sublimidad: lánguido á veces, ni aun se ajusta á las reglas de la gramática; á veces se levanta á indecibles primores de elegancia y pureza.

Pues para aniquilar estas aficiones de gustos, acerca de todo lo que no es Dios, debe vuestra reverencia notar que todo aquello de que se puede la voluntad gozar distantemente es lo que es suave y deleitable, por ser ello á su parecer gustoso, y ninguna cosa deleitable y suave, en que ella pueda gozar y deleitarse, es Dios, porque como Dios no puede caer debajo de las aprehensiones de las demás potencias, tampoco puede caer debajo de los apetitos y gustos de la voluntad, porque en esta vida, así como el alma no puede gustar á Dios esencialmente, así toda la suavidad y deleite que gustare, por sabido que sea, no puede ser Dios : porque tambien todo lo que la voluntad puede gustar, y apetecer distintamente, es en cuanto lo conoce por tal ó tal objeto. Pues como la voluntad nunca haya gustado á Dios, como es, ni conocídolo debajo de alguna aprehension de apetito, y por el consiguiente no sabe cual sea Dios, no puede saber su gusto cual sea, no puede su ser y apetito y gusto llegar á saber apetecer á Dios, pues es sobre toda su capacidad, y así está claro que ninguna cosa distinta de cuantas puede gozar la voluntad es Dios, y por eso, para unirse con él, se ha de vaciar y despegar de cualquier afecto desordenado de apetito y gusto de todo lo que distantemente puede gozarse, así de arriba como de abajo, temporal ó espiritual, para que, purgada y limpia de cualesquiera gustos, gozos y apetitos desordenados, y toda ella con sus afectos, se emplee en amar á Dios : porque si en alguna manera la voluntad puede comprehender á Dios, y unirse con él, no es por algun medio aprehensivo del apetito, sino por el amor, y como el deleite, y suavidad, y cualquier gusto que puede caer en la voluntad, no sea amor, síguese que ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operacion de la voluntad. Porque es muy distinta la operacion de la voluntad de su sentimiento; por la operacion se une con Dios, y se termina en él, que es amor, y no por el sentimiento y aprehension de su apetito, que se asienta en el alma, como fin y remate : solo pueden servir los sentimientos de motivos para amar, si la voluntad quiere pasar adelante, y no mas, y así los sentimientos sabrosos de suyo no encaminan el alma á Dios, antes la hacen asentar en sí mismos, pero la operacion de la voluntad, que es amar á Dios, solo en él, pone el alma su aficion, gozo, gusto, contento y amor, dejadas atras todas las cosas, y amándole sobre todas ellas; de donde si alguno se mueve á amar á Dios, por la suavidad que siente, ya deja atras esta suavidad, y pone el amor en Dios, á quien no siente, porque si le pusiese en la suavidad y gusto que siente, reparando y deteniéndose en él eso, ya seria ponelle en criatura, ó cosa della, y hacer del motivo fin y término, y por consiguiente la obra de la voluntad seria viciosa, que pues Dios es incomprehensible é inaccesible, la voluntad no ha de poner su operacion de amor, para ponerla en Dios en lo que ella puede tocar, y aprehender en el apetito, sino en lo que no puede comprehender, ni llegar con él, y desta manera queda la voluntad amando á lo cierto, y de veras al gusto de la fe tambien en vacío, y á escuras de sus sentimientos, sobre todos los que ella puede sentir con el entendimiento de sus inteligencias, creyendo y amando sobre todo lo

que puede entender, y así muy insipiente seria el que, faltándole la suavidad y deleite espiritual, pensase que por eso le falta Dios, y cuando le tuviese se gozase y deleitase, pensando que por eso tenia á Dios, y mas insipiente seria si anduviese á buscar esta suavidad en Dios, y se gozase y detuviese en ella, porque de esa manera ya no andaria á buscar á Dios con la voluntad fundada en vacío de fe y caridad, sino el gusto y suavidad espiritual, que es criatura, siguiendo su gusto y apetito : y así, ya no amaria á Dios puramente sobre todas las cosas (lo cual es poner toda la fuerza de la voluntad en él), porque asiéndose, y arrimándose en aquella criatura, con el apetito, no sube la voluntad sobre ella á Dios, que es inaccesible : porque es cosa imposible que la voluntad pueda llegar á la suavidad y deleite de la divina union, ni abrazar ni sentir los dulces y amorosos abrazos de Dios, si no es que sea en desnudez y vacío de apetito en todo gusto particular, así de arriba como de abajo, porque esto quiso decir David cuando dijo : *Dilata os tuum, et implebo illud.* Conviene pues saber que el apetito es la boca de la voluntad, la cual se dilata cuando con algun bocado de algun gusto no se embaraza, ni se ocupa, porque cuando el apetito se pone en alguna cosa, en eso mismo se estrecha ; pues fuera de Dios todo es estrechura. Y así para acertar el alma á ir á Dios, y juntarse con él, ha de tener la boca de la voluntad abierta solamente al mismo Dios, y desapropiada de todo bocado de apetito, para que Dios la hincha y llene de su amor y dulzura, y estarse con esa hambre y sed, de solo Dios, sin quererse satisfacer de otra cosa, pues á Dios aquí no le puede gustar cómo es, y lo que se puede gustar si hay apetito digo tambien lo impide. Esto enseñó Isaías, cuando dijo : « Todos los que teneis sed, venid á las aguas, » etc. Donde convida á los que de solo Dios tienen sed, á la hartura de las aguas divinas de la union de Dios, y no tienen plata de apetito. Mucho, pues, le conviene á vuestra reverencia, si quiere gozar de grande paz en su alma, y llegar á la perfeccion, entregar toda su voluntad á Dios, para que así se una con él, y no ocupársela en las cosas viles y bajas de la tierra. Su Majestad le haga tan espiritual y santo como yo deseo. De Segovia, y 14 de abril. —

Fray Juan de la Cruz.

CARTA II.

A la madre Maria de Jesus, priora del convento de carmelitas descalzas de Córdoba.

JESUS

Sea en su alma. Obligadas están á responder al Señor, conforme al aplauso con que ahí las han recibido, que cierto me he consolado de ver la relacion, y que hayan entrado en casas tan pobres, y con tantos calores, ha sido ordenacion de Dios, porque hagan alguna edificacion, y den á entender lo que profesan, que es á Cristo desnudamente, para que

las que le movieren sepan con qué espíritu han de venir. Ahí le envio todas las licencias, miren mucho lo que reciben al principio, porque conforme á eso será lo demás, y miren que conserven el espíritu de pobreza y desprecio de todo, sino sepan que caerán en mil necesidades espirituales y temporales, queriéndose contentar con solo Dios, y sepan que no tendrán ni sentirán mas necesidades que á las que quisieren sujetar el corazon, porque el pobre de espíritu en las menguas está mas contento y alegre, porque ha puesto su todo en nonada, y nada, y así halla en todo anchura. Dichosa nada, y dichoso escondrijo de corazon, que tiene tanto valor que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados por poder arder mas en amor. A todas las hermanas de mi parte, salud en el Señor. Digales que pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, que miren cuales deben ser, pues como en mas fuertes han de fundar las otras : que se aprovechen deste primer espíritu, que da Dios en estos principios, para tomar muy de nuevo el camino de perfeccion en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, no con ánimo aniñado, mas con voluntad robusta, segun la mortificacion y penitencia. Queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como las que buscan su acomodamiento y consuelo, ó en Dios, ó fuera dél, sino el padecer en Dios, ó fuera dél, por él en silencio, y esperanza, y amorosa memoria. Diga á Gabriela esta, y á las hijas de Málaga, que á las demás escribo : déle Dios su gracia, amen. De Segovia, y julio 28 de 1589. — *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA III.

A la madre María de Jesus, priora de Córdoba.

JESUS

Sea en su alma. Mi hija en Cristo, la causa de no haber escrito en todo este tiempo que dice, mas es haber estado tan á trasmano, como es Segovia, que poca voluntad, porque esta siempre es una misma, y espero en Dios lo será. De sus males me he compadecido; de lo temporal desa casa no querria que hubiese tanto cuidado, porque se irá Dios olvidando della, y vendrán á tener mucha necesidad temporal y espiritualmente, porque nuestra solicitud es la que nos necesita. Arroje, hija, en Dios su cuidado, y él la criará, que el que da y quiere dar lo mas no puede faltar en lo menos. Cate que no la falte el deseo de que la falte, y ser pobre, porque en esa misma hora le faltará el espíritu, y irá aflojando en las virtudes, y si antes deseaba ser pobre, ahora que es prelada lo ha de ser, y amar mucho mas; porque la casa mas la ha de gobernar, y proveer con virtudes y deseos del cielo, que con cuidados y trazas de lo temporal y de la tierra : pues nos dice el Señor que ni de comida, ni de vestido,

ni del dia de mañana nos acordemos. Lo que ha de hacer es procurar traer su alma, y las de sus monjas, en toda perfeccion y religion, unidas con Dios y alegres con solo él, que yo le aseguro todo lo demás, que pensar que ahora y á las casas le darán algo estando en un tan buen lugar, como ese, y recibiendo tan buenas monjas, téngolo por dificultoso, aunque, si hubiere algun portillo por donde, no dejaré de hacer lo que pudiere. A la madre supriora deseo mucho consuelo y espero en el Señor se le dará, animándose ella á llevar su peregrinacion y destierro en amor por él. Ahí la escribo, á las hijas Magdalena y san Gabriel, y María de san Pablo, María de la Visitacion y san Francisco, muchas saludes en nuestro bien, el cual sea siempre en su espíritu, mi hija; amen. De Madrid, y junio 20 de 1590. — *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA IV.

A la madre Leonor de san Gabriel, religiosa carmelita descalza, que estaba en Sevilla, y la mandó el venerable padre con la consulta ir á la fundacion del convento de Córdoba.

JESUS

Sea en su alma. Mi hija en Cristo, agradezco la su letra, y á Dios el haberse querido aprovechar della en aquesa fundacion, pues lo ha su Majestad hecho para aprovecharla mas; porque cuanto mas quiere dar, tanto mas hace desear, hasta dejarnos vacíos, para llenarnos de bienes. Bien pagados irán los que ahora deja en Sevilla del amor de las hermanas, porque cuanto los bienes inmensos de Dios no caben ni caen, sino en corazon vacío y solitario, por eso la quiere el Señor (porque la quiere bien) bien sola con gana de hacerle él toda compañía, y será menester que vuestra reverencia advierta en poner ánimo en contentarse solo con ella, para que en ella halle todo contento: porque aunque el alma esté en el cielo, si no acomoda la voluntad á quererlo no estará contenta, y así nos acaece con Dios, aunque siempre está Dios con nosotros, si tenemos el corazon aficionado á otra cosa, y no solo bien creo sentirán las de Sevilla soledad, sin vuestra reverencia, mas por ventura habia ya vuestra reverencia aprovechado allí lo que pudo, y querrá Dios que aproveche, y porque esa fundacion ha de ser principal, y así vuestra reverencia procure ayudar mucho á la madre priora, con gran conformidad y amor en todas las cosas, aunque bien veo no tengo que encargale esto, pues como tan antigua y experimentada sabe ya lo que le suele pasar en esas fundaciones, y por eso escogimos á vuestra reverencia, porque para monjas hartas habia por acá, que no caben. A la hermana María de la Visitacion dé vuestra reverencia un gran recado, y á la hermana Juana de san Gabriel, que le agradezco el suyo; dé Dios á vuestra reverencia su espíritu. De Segovia, y julio 8 de 1589. — *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA V.

A la madre Madalena del Espíritu Santo, religiosa del mismo convento de Córdoba.

JESUS

Sea en su alma. Mi hija en Cristo, holgádome he de ver sus buenas determinaciones, que muestra por su carta; alabo á Dios, que provee en todas las cosas, porque bien las habrá menester en estos principios de fundaciones, para calores, estrechuras, pobrezas, y trabajar en todo; de manera que no se advierta si duele ó no duele. Mire que en estos principios quiere Dios almas, no haraganas y delicadas, ni menos amigas de sí, y para esto ayuda su Majestad mas en estos principios, de manera que con un poco de diligencia pueden ir adelante en toda virtud, y ha sido grande dicha y signo de Dios dejar otras, y traerla á ella. Y aunque mas le costará lo que deja, no es nada, que eso presto se habia de dejar; así como así, y para tener á Dios en todo, conviene no tener en todo nada, porque el corazon que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro? A la hermana Juana, que digo lo mismo, y que me encomiende á Dios, el cual sea en su alma. Amen. De Segovia, y julio 28 de 1589. —

Fray Juan de la Cruz.

CARTA VI.

A una doncella de Madrid, que deseaba ser religiosa descalza, y despues lo fué en el convento fundado en un lugar de Castilla la Nueva, llamado Arenas, que con el tiempo se trasladó á Guadalajara.

JESUS

Sea en su alma: el mensajero me ha topado en tiempo que no podia responder, cuando él pasaba de camino, y aun ahora está esperando. Déle Dios, hija mia, siempre su santa gracia, para que toda en todo se emplee en su santo amor, como tiene la obligacion, pues solo para esto la crió y redimió. Los tres puntos que me pregunta habia mucho que decir en ellos, mas que la presente brevedad y carta pide: pero diréle otras tres, con que podrá algo aprovecharse con ellos. Acerca de los pecados que Dios tanto aborrece, que le obligaron á muerte, le conviene, para bien llorarlos, y no caer en ellos, tener el menor trato que pudiere con gentes, huyendo dellos, y nunca hablar mas de lo necesario en cada cosa, porque de tratar con las gentes mas de lo que puramente es necesario, y la razon pide, nunca á ninguno, por santo que fuese, le fué bien, y con esto guardar la ley de Dios con grande puntualidad y amor.

Acerca de la pasion del Señor, procure el rigor de su cuerpo con discrecion el aborrecimiento de sí misma y mortificacion, y no querer hacer su voluntad y gusto en nada, pues esa fué la causa de su muerte y pasion, y lo que hiciere todo sea por consejo de su Maestro. Lo tercero, que es la gloria para bien pensar en ella, y amarla, tenga toda la riqueza del mundo, y los deleites della por lodo, vanidad y cansancio, como de verdad lo es, y no estime en nada cosa alguna, por grande y preciosa que sea, sino estar bien con Dios, pues que todo lo mejor de acá, comparado con aquellos bienes eternos para que somos criados, es feo y amargo, y aunque breve su amargura y fealdad, dura para siempre en el alma del que los estimare. De su negocio yo no me olvido, mas ahora no se puede mas, que harta voluntad tengo. Encomiéndelo mucho á Dios, y tome por abogada á nuestra Señora, y san José en ello. A su madre me encomiende mucho, y que haya esta por suya, y entrambas me encomienden á Dios, y á sus amigas pidan lo hagan por caridad. Dios le dé su espíritu. De Segovia, y febrero. — *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA VII.

A una señora, llamada doña Juana de Pedraza, á quien el santo padre confesaba en aquella ciudad.

JESUS

Sea en su alma. Y gracias á él, que me la ha dado, para que (como ella dice) no me olvide de los pobres, y no coma á la sombra, como ella dice. ¡Cuanta pena me da pensar si como lo dice lo cree! Harto mala seria, al cabo de tantas muestras, aun cuanto menos lo merecia. No me faltará ahora mas sino olvidarla; mire cómo puede ser lo que está en el alma, como ella está. Como ella anda en esas tinieblas y vacíos de pobreza espiritual, piensa que todas le faltan, y todas, mas no es maravilla, pues en eso tambien le parece le falta Dios; mas no le falta nada, ni tiene ninguna necesidad de tratar nada, ni tiene qué, ni lo sabe, ni lo hallará, que todo es sospecha sin causa. Quien no quiere otra cosa sino á Dios no anda en tinieblas, aunque mas escuro y pobre se vea: y quien no anda en presunciones y gustos propios, ni de Dios, ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia en eso ni en esotro, no tiene en que tropezar, ni en que tratar: buena va, déjese y huélguese. ¿Quién es ella para tener cuidado de sí? buena se pararia, nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde, ni tan sujeta, ni teniéndose en tan poco, ni á todas las cosas del mundo, ni se conocia por tan mala, ni á Dios por tan bueno, ni servia á Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad é intereses, como quizá solia. ¿Qué quiere? ¿Qué vida ó modo de proceder se pinta ella en esta vida? ¿Qué piensa que es servir á Dios, si no hacer males,

guardando sus mandamientos, y andar en sus cosas como pudiéremos? como esto haya, qué necesidad hay de otras aprenhensiones, ni otras luces, ni jugos de acá, ú de allá, en que de ordinariamente nunca faltan tropiezos y peligros al alma, que con sus entenderes y apetitos se engaña, y se embelesa, y sus mismas potencias la hacen errar: y así es gran merced de Dios, cuando la escurece y empobrece al alma, de manera que no pueda errar con ellas, y como este no se yerre, que hay que acertar, sino ir por el camino llano de la ley de Dios, y de la Iglesia, y solo vivir en fe escura, y verdadera, y esperanza cierta, y caridad entera, y esperar allí nuestros bienes, viviendo acá como peregrinos, pobres, desterrados, huérfanos, secos, sin camino, y sin nada, esperando allá todo. Alégrese, y fíese de Dios, que muestras le tiene dadas que puede muy bien, y aun lo debe hacer, y sino no será mucho que se enoje viéndola andar tan boba, llevándola él por donde mas le conviene, habiéndola puesto en puesto tan seguro; no quiera nada sino ese modo, y allane el alma, que buena está, y comulgue como suele: el confesar cuando tuviere cosa clara, y no tiene que tratar; cuando sintiere algo, á mí me lo escriba, y escríbame presto, y mas veces, que por via de doña Ana podrá, cuando no pudiere por las monjas. Algo malo he estado; ya estoy bueno, mas fray Juan Evangelista está malo; encomiéndelo á Dios, y á mí, hija mia, en el Señor. De Segovia, y octubre 12 de 1589. —

Fray Juan de la Cruz.

CARTA VIII.

A la madre Ana de Jesus, consolándola de que á él no le hubiesen hecho prelado.

JESUS

Sea en su alma. El haberme escrito le agradezco mucho, y me obliga mucho mas de lo que yo me estaba. De no haber sucedido las cosas como ella deseaba, antes debe consolarse, y dar muchas gracias á Dios, pues habiéndolo su Majestad ordenado así, es lo que á todos mas nos conviene; solo resta aplicar á ello la voluntad, para que así como es verdad nos lo parezca, porque las cosas que no dan gusto, por buenas y convenientes que sean, parecen malas y adversas: y esta véese bien que no lo es, ni para mí, ni para ninguno, pues en cuanto para mí es muy próspera, porque con la libertad y descargo de almas puedo, si quiero (mediante el divino favor), gozar de la paz, de la soledad, y del fruto deleitable del olvido de sí, y de todas las cosas, y á los demás tambien les está bien tenerme aparte, pues así estarán libres de las faltas que habian de hacer á cuenta de mi miseria. Lo que le ruego, hija, es que ruegue al Señor que todas maneras me lleve esta merced adelante, porque todavía temo si me han de hacer ir á Segovia, y no dejarme tan libre del todo, aunque yo haré por librarme cuanto pudiere tambien desto: mas si no puede ser,

tampoco se habrá librado la madre Ana de Jesus de mis manos, como ella piensa, y así no se morirá con esta lástima, de que se acabó la ocasion á su parecer, de ser muy santa. Pero ahora sea yendo, ahora quedando do quiera, y como quiera que sea, no la olvidaré, ni quitaré de la cuenta que dice, porque con veras deseo su bien para siempre. Ahora en tanto que Dios nos le da en el cielo, entretenganse ejercitando las virtudes de mortificacion y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante á este gran Dios nuestro, humillado y crucificado, pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena. Su Majestad la conserve, y aumente en su amor, amen, como á santa amada suya. De Madrid y julio 6 de 1591.—*Fray Juan de la Cruz.*

SENTENCIAS ESPIRITUALES.

1. El primer cuidado que se halle en tí procura sea un ansia ardiente y afecta de imitar á Cristo en todas tus obras, estudiando de haberte en cada una dellas con el modo que el Señor se hubiera.

2. Desnuda tu corazon de todo consuelo y deleite que puede ocurrirte mirando á Cristo, cuyos deleites fueron hacer siempre y en todo la voluntad de su Padre Eterno.

3. Reine en tu alma siempre un estudio de inclinarse, no á lo fácil, sino mas dificultoso; no á lo que es mas de gusto, sino desabrido; no á las cosas altas y preciosas, sino á las humildes y deshechas; no á lo mas, sino lo que es menos. Procurando no apetecer lo que es algo, queriendo en todo la nada.

4. Mejor es estar acompañado de el que es fuerte en la virtud, aunque de su cercanía sientas algun peso, que no estar sin él, por acompañarte con el que es sin aliento y poco fuerte. Cuando te miras cercado de aflicciones, júzgate cercano á Dios, que es tu fortaleza, y asiste á los atribulados. Mas por el contrario, si te miras sin trabajos, te has de considerar cercano á tí mismo, que eres el principio de tus flaquezas, advirtiendo que la fortaleza y virtud del alma se aumenta y confirma en los trabajos.

5. El que aparta de sí la direccion del maestro y padre espiritual, buscando estar sin sujecion, á quien le gobierne, será parecido á un árbol silvestre, puesto en la soledad sin cultura ni cuidado de quien mire por él, el cual aunque tal vez con los beneficios del cielo y fertilidad de la tierra se mire enriquecido de abundantes frutos, está expuesto al riesgo de no llegar á sazon, porque los cogen antes de tiempo, y despedazan sus ramas, como le miran, sin quien le guarde los pasajeros.

6. El ánima sola, y sin maestro espiritual que la encamine, es como la brasa apartada de obras, que se consume luego, y no levanta nuevas llamas.

7. El que cae sin quien le guie solo se halla en la caida, y menosprecia su alma, poniendo la confianza en sí mismo.

8. Si no temes hallarte solo en la caida, teme la dificultad que trae de levantarse el que está solo, considerando pueden mas dos que uno solo.

9. El que cae con grave peso, dificultosamente se levanta, si no lo aparta de sí, y el que ciego cayó no puede por sí solo levantarse de aquella ceguedad, y si esto pretendiere andará por caminos que le sean de mayor tropiezo.

10. Mayor estimacion tiene Dios del menor grado de pureza en tu conciencia, que de otra cualquier obra grande con que le puedes servir.

11. Mayores cabidas tiene en los aprecios de Dios el alma determinada á recibir por su amor toda suerte de desconsuelo interior, y trabajo que le venga, que si hubiera en ella grandes meditaciones y visitaciones espirituales, cuantas ella puede recibir.

12. De mayor agrado es para Dios el menor ejercicio de obediencia y sumision que otra suerte de obras grandes con que le puedas servir.

13. Desnúdate de tus afectos, y hallarás el deseo de tu corazon, pues es dudoso conocer si todo apetito es segun Dios.

14. Cuando del cumplimiento de tu voluntad adviertas ha de crecer el amargura y pena interior con que se halla el alma en alguna ocasion, procura negar el cumplimiento della, aunque conozcas que desta negacion se ha de seguir perseverar en el alma aquel género de amargura que primero sentia.

15. Mayor género de indecencia y falta de pureza dice en el alma cuando camina á su Dios el cumplimiento de algun apetito acerca de las cosas del mundo, por pequeñas que sean: que si sintiera en sí la representacion de cosas feas, el golpe de tentaciones graves y tinieblas muchas, si en ninguna della consiente, antes las procura desechar y aborrecer.

16. Mas satisfecho está Dios de ver un alma que con sequedad y trabajo de su espíritu se le sujeta y rinde en todo lo que es justo, que no aquella que faltando en esta obediencia se ejercita en todas sus obras con gran suavidad de espíritu.

17. Mayor agrado tiene Dios en una suerte de obras, por pequeñas que sean, hechas en secreto y retiro, sin deseo de que aparezcan á los hombres, que no millares de otras grandes, emprendidas con la intencion de que las vean los hombres.

18. El que obra gobernado del amor puro de Dios, aunque llegase á conocer ser posible dejar Dios de conocer sus obras, no desistiria en ellas ejecutándolas con igual gozo y pureza de amor.

19. La obra perfecta, y por solo el respeto de Dios acabada, deposita el reino de Dios libre de cosas humanas, en el seno puro del corazon de aquel que la hace.

20. Así como el ave, que llegó á tocar cosas inmundas, necesita de dos diligencias. La una con que se aparte dellas, y la otra purificarse de la mancha que le causó. Así tambien el que da cumplimiento á sus apetitos le es forzoso el trabajo en desnudarse dellos, y la diligencia con que libre el alma de las impuridades, que con esta junta se le siguieron.

21. El que no obedece á sus apetitos libre y sin estorbos dará vuelos

de espíritu, como el ave sustentada de sus alas el hilar regiones del viento.

22. Igualmente está detenida el ave para sus vuelos con los lazos de alambre recio, ó el mas sutil y delicado hijo que la detiene; pues mientras no rompe el uno y otro estorbo, prisionera y cautiva á los lazos no puede ejercitarse en el vuelo: así tambien el alma, que está presa por aficion á las cosas humanas, por pequeñas que sean, mientras duran los lazos no puede caminar á Dios.

23. La mosca que con las alas tocó lo pegajoso y dulce de la miel estorba sus vuelos: así el alma que procura dulzuras de espíritu impide su libertad, y se indispone para la contemplacion.

24. Si deseas conservar en tí, y que reverbere en tu alma la imágen y rostro de Dios, claro y simple, no te acerques á las criaturas, sino por el contrario aleja y desnuda tu espíritu dellas, y con estas diligencias caminarás asistido de divinas luces.

25. Como eres tan tardo de ir á Dios, cuando adviertes, puede tu corazon estar siempre empleado en él.

26. El espíritu purificado no advierte humanos respetos ni se inclina á exterioridades; y puesto en soledad y apartamiento de todas las formas criadas, con una suavidad y sosiego á que nada puede compararse, trata con su Dios.

27. El alma que desecha blanda y amorosa quiere á su Dios, con la humildad junta la tolerancia: pero la que en su amor propio persevera, endureza su corazon.

28. El que interrumpe los ejercicios y cursos de la oracion, es como el que teniendo un pájaro en la mano le echa á volar, que con dificultad le coge.

29 Mas vale un solo pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso solo Dios es digno dél, y á él se le debe, mereciendo título de hurto y robo cualquiera consideracion y pensamiento que fuera de Dios tiene el hombre.

30. En cualquiera cosa ha de haber proporcion de naturalezas, y por esto para las insensibles basta lo que no siente, y en las sensibles el sentido, y la proporcion de nuestro espíritu requiere pensamientos de Dios.

31. Considera que tu ángel de guarda no siempre mueve tu apetito á obrar, aunque siempre ilustra la razon, y por esto no siempre te prometas la suavidad sensible en el obrar, pues la razon y entendimiento te bastan.

32. Cuando los apetitos del hombre se emplean en algo fuera de Dios, impiden sienta el alma, y cierran la puerta á la luz con que el ángel la mueve á la virtud.

33. Aquello que mas procuras, y que con mayores ansias deseas, no lo hallarás si por tí lo buscas, ni por lo levantado de la contemplacion sino en la humildad profunda y rendimiento del corazon.

34. No quieras fatigarte en vano, ni pretendas entrar en los gozos de sabor y suavidad de espíritu, si no es abrazando la negacion de aquello mismo que pretendes.

35. Considera que la flor, cuanto delicada, pierde mas presto su fragrancia, y se seca; por tanto no busques caminos de espíritu blando, y que es todo suavidades, porque no te veas del todo inconstante.

36. Busca siempre el espíritu robusto y fuerte, y á ninguna cosa inclinado, y con esto hallarás suavidad y paz en abundancia; pues el sabor, dulzura y permanencia que tienen los frutos, solo se halla y cogen en los árboles de regiones frias.

37. Cuanto en el mundo nace es mundo; así como de la carne nacen afectos carnales, el buen espíritu nace del de Dios, el cual ni por el mundo ni afectos de carne se comunica.

38. Pide razon á tu razon, y examina tus deseos, para que lo que te dicta puedas perficionarlo en el camino de Dios, lo cual te será mas provechoso en sus ojos que otras muchas obras que puedas emprender en este exámen, y sobre todos los favores espirituales que procuras.

39. Dichoso el que, dejada la propia inclinacion y gusto, de tal manera mira las cosas que solo advierta en ellas lo que es razon y justicia.

40. El que obra segun razon es semejante al que usa de alimento sustancial y fuerte, mas el que procura en las obras dar satisfaccion al gusto de su voluntad, será parecido al que se alimenta de frutos mal sazonados y tenues.

41. Si purgares el alma de los apetitos y pasiones, á ella peregrinos, comprehenderás espiritualmente las cosas; y si negares de tí el apetito acerca dellas, percibirás la verdad que en sí tienen, conociendo qué es lo que hay en cada una de cierto.

42. Aquel de verdad venció todas las cosas á quien el sabor dellas mueve á gozos ni la amargura causa tristezas.

43. Si aspiras á ser introducido en lo interior del espíritu, has de caminar, no admitiendo las cosas, sino apartándolas de tí con desnudez de espíritu.

44. No puede llegar á la perfeccion el que no estudia satisfacer á sí mismo, en tal grado que todo el órden de apetitos naturales y espirituales se satisfagan con el vacío de todo aquello que no fuere Dios. Lo cual es forzosamente necesario para la continua paz y tranquilidad de espíritu.

45. Siendo Dios como es inaccesible, no descanse tu consideracion en aquella manera de objetos que pueden las potencias comprehender, y percebir el sentido. No sea que, satisfecho con lo que es menos, pierda tu ánima aquella agilidad que para caminar á Dios se requiere.

46. Como el cuello sujeto al yugo, y que lleva sobre sí el peso del carro, así el alma que camina á Dios que no quita de sí la solícitud á las cosas del mundo y niega sus apetitos.

47. No es la voluntad de Dios perturbacion en las almas, ó que padezcan en cosa alguna, y si esto sucede nace de estar poco perfecta la virtud. Pues vemos que los adelantados en ella se gozan con lo mismo que el imperfecto padece.

48. Los caminos de la vida poca negociacion y solitud requieren, y mas piden negacion de la propia voluntad que mucho saber. El que se inclinare al gusto y suavidad de las cosas menos podrá caminar por ellos.

49. No quieras persuadirte que el agradar á Dios está librado en las muchas obras, mas antes en él hacellas con voluntad directa, sin propiedad ni humanos respetos.

50. En la tarde desta vida te se pedirá razon de tu voluntad; procura amar á Dios, como él quiere ser amado, y dejar en todo tus inclinaciones.

51. Sé cuidadoso de no introducirte en ocupaciones ajenas, ni acordarte dellas, cuando apenas basta al cumplimiento de tus inclinaciones.

52. No desprecies á otro por parecerte no hallas en él las virtudes que tú juzgabas tenia, que puede ser á Dios mas agradable, por otras cosas que tú no alcanzas.

53. No sabe el hombre gobernar el gozo y dolor con la razon y prudencia, porque ignora la distancia que entre el bien y el mal se halla.

54. Ten cuidado que no luego te entristezcas con las adversidades del siglo, pues no sabes qué suerte de bienes pretende Dios con aquellos males, para utilidad de los justos y gozo perpetuo de sus escogidos.

55. No te gozes en bienes transitorios, pues no estás cierto si han de ocasionarte vida eterna.

56. En las tribulaciones lleno de confianza vuélvete á Dios, y así recibirás esfuerzo, luz y enseñanza.

57. En los gozos y consuelos con verdad y temor ten recurso á Dios, para que no seas engañado ni te venza la vanidad.

58. Sea el Esposo y amigo de tu alma Dios, teniéndole en todo presente; con esta vista evitarás pecados, aprenderás á querer, y todo te sucederá prósperamente.

59. Si quieres vencerlo todo sin pelear, y que todas las cosas te sean sujetas, conseguiráslo con el olvido de tí mismo, y ellos.

60. Entrégate al sosiego, quitando de tí cuidados supérfluos, y desestimando cualquiera suceso, y servirás á Dios con satisfaccion propia, y gozándote en él.

61. Advierte que Dios solo reina en el ánima pacífica, y de todos sus propios quereres desnuda.

62. Aunque emprendas grandes obras, si no aprendes á negar tu voluntad y sujetarte, olvidando el cuidado de tí y tus cosas, no te adelantarás en el camino de perfeccion.

63. Mas grangea el alma en un breve espacio de tiempo, con los breves dones de Dios, que con toda la vida con los propios puede adquirir.

64. Destrúyese el secreto de la conciencia, siempre que el hombre manifiesta á otros los bienes que en ella tiene, recibiendo por premio de sus obras la gloria humana.

65. Sobre todas las cosas es necesario y conveniente servir á Dios en silencio, así de apetitos como de lengua, porque solo percibe hablas de amor.

66. No quieras desvanecerte con alegría vana, pues sabes cuantos y cuan graves pecados has cometido, ignorando si á Dios eres grato, mas siempre teme, y espera en él.

67. Tu lengua y pensamientos siempre los modera, y tu afecto no se aparte de Dios, para que por un modo divino se encienda el espíritu.

68. Procura alcanzar un sosiego de espíritu, á que acompañen noticias de Dios, y cuando te fuere necesario hablar sea con esta paz y sosiego.

69. Nunca te olvides de la vida eterna, y considera cuantos allí son grandes, y gozan de mayor gloria, que en sus ojos fueron desestimados, humildes y pobres.

70. Continuamente te gozes en Dios, que es tu salud, y considera cuan bueno es padecer lo que viniere por aquel que verdaderamente es bueno.

71. ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer cuando se trata de trabajos, cuando mayores y mas graves son tanto mejor es la suerte del que los padece?

72. Si alguno te persuade doctrina ancha y dilatada, aunque la confirme con milagros no la creas, dando mayor crédito en tu alma á lo rígido de la penitencia y abstraccion de todas las cosas.

73. Considera que es en gran manera necesario el ser contrario á tí mismo, y caminar por vida penitente, si pretendes alcanzar la perfeccion; y no te olvides que de cualquiera palabra, sin la direccion de la obediencia dicha, te ha de pedir Dios estrecha cuenta.

74. En el interior y exterior siempre vivas crucificado con Cristo, y alcanzarás gozo y satisfaccion del alma, y por la paciencia llegarás á poseerla.

75. No se aparte de tí una amorosa atencion á Dios, libre del deseo de recibir algun don singular por este cuidado.

76. No falte de tí una confianza firme de Dios, estimando aprecie en tí, y en los otros sobre todas las cosas, los bienes espirituales.

77. Desecha de tu alma todo aquello que no fuere en cuanto á la sustancia espiritual, porque no te prive de la verdadera devocion, y quite la suavidad de la recoleccion santa.

78. Bástate Cristo crucificado, sin otras cosas; con él padece y descansa, y sin él nada quieras, procurando estudiar, quitar de tí todas las propiedades, inclinaciones, y deshacerte á tí mismo.

79. Entra en lo interior de tu seno, y delante de tu Dios, que siempre te está presente haciéndote bienes, trabaja fervoroso.

80. Procura llegar á estado que todas las cosas sean para tí de ninguna importancia, ni tú á ellas, para que olvidado de todas estés con tu Dios en el secreto de tu retiro.

81. Ama sobre todo bien los trabajos, y no juzgues hacer algo en padecellos, por dar gusto á aquel Señor que no dudó morir por tí.

82. El pobre desnudo será vestido, y el alma que se desnudó de los apetitos y deseos la vestirá con el ornato de pureza, suavidad y voluntad suya.

83. Una sola palabra habló Dios, que es su Hijo, y en un silencio eterno le está hablando, y así el alma debe en silencio oirle.

84. No quieras acomodar contigo el trabajo; sino acomódate tú al trabajo.

85. El que no busca la cruz de Cristo desecha su gloria, y el que la desea no la hallará fuera della.

86. Dios, para amar el alma, no mira la excelencia della, sino la grande humildad y desprecio que de sí misma tiene.

87. El cielo no está sujeto á corrupcion de generaciones, ni el alma que alcanzó ser de propiedades celestes engendra ni sustenta apetitos.

88. No uses los alimentos prohibidos desta vida, pues es bienaventurado el que padece hambre y sed de justicia, y á él se promete el hartura.

89. Los apetitos fatigan el alma, la escurecen, manchan, y dejan sin fuerzas.

90. No consiste la perfeccion en las virtudes que cada uno en sí conoce, sino en aquellas que Dios aprueba, y, siendo esto tan retirado á los ojos del hombre, nada tiene porque presuma y mucho de que siempre tema.

91. El valor del amor no consiste en que el hombre sienta grandes cosas, mas en una desnudez y paciencia en todos los trabajos por su amado Dios.

92. Las potencias y sentidos del alma no se han de ocupar ni divertir del todo en las cosas que tratas mas, dando á estas solo lo precisamente necesario y á Dios lo restante dellas.

93. Tres cosas muestran la recoleccion interior del alma. La primera, si no halla gusto en las cosas transitorias. La segunda, si le tiene en la soledad y silencio, procurando aquello que es mas perfecto. La tercera, si la meditacion y discurso de que antes se ayudaba agora le es estorbo. Las cuales señales todas deben concurrir juntas.

94. No mirar los defectos ajenos, guardar silencio; un trato interior continuado con Dios libra de muchas imperfecciones al alma y la hace señora de grandes virtudes.

95. No sospeches mal contra tu hermano, porque este pensamiento quita la pureza del corazon.

96. El ánimo abstraido de lo exterior, desnudo de la propiedad y posesion de cosas divinas, ni las cosas prósperas le detienen, ni le sujetan las adversas.

97. ¿Qué importa dar á Dios una cosa, si él te pide otra? Mira cual sea su voluntad para ejercitarla, y así con mas abundancia satisfarás tu corazon que haciendo aquello á que te inclina.

98. Como tan sin reparo das cumplimiento á tus afectos, sin advertir, has de aparecer delante de Dios, dándole cuenta de las mas mínimas palabras y pensamientos.

99. Mira que son muchos los llamados, y pocos los escogidos, y que si no vives cuidadosa y solícitamente, será mas cierta tu perdicion que la salud.

100. Si en el tiempo de dar la cuenta, es cierto te has de arrepentir del tiempo que no empleaste en el servicio de Dios, ¿porqué ahora no la ordenas con el modo que allí querrás haberla gastado?

CANCIONES QUE HACE EL ALMA

EN LA INTIMA UNION CON DIOS.

I.

¡O llama de amor viva, ,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el mas profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela deste dulce encuentro.

II.

¡O cauterio suave!
¡O regalada llaga!
¡O mano blanda! ¡O toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga
Matando! muerte en vida lo has trocado.

III.

¡O lámparas de fuego!
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido.

IV.

¡Cuan manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras,
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuan delicadamente me enamoras!

DECLARACION DE LA PRIMERA CANCION.

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina union, y trasformada por amor en Dios, y sintiendo correr de su vientre los rios de agua viva que dijo Cristo nuestro Señor que saldrian de semejantes almas, parécele que pues con tanta fuerza está trasformada en Dios, y tan altamente desposeida, y con tan grandes riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza que no la divide sino una leve y delicada tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo la está como glorificando con suaves premisas de gloria, tanto que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va á dar la vida eterna y á romper la tela de la vida mortal, dice con gran deseo á la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal en aquel dulce encuentro, en que de veras le acabe de comunicar lo que parece que se le va á dar, que es glorificarla entera y perfectamente, y así dice: *O llama de amor viva.*

Joan., 7.

VERSO I.

O llama de amor viva.

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: O, y cuan, que significan encarecimiento afectuoso, los cuales cada vez que se dicen

dan á entender del interior mas de lo que se expresa por la lengua, y sirve el ó para mucho desear, y para mucho rogar persuadiendo, y para entrambos efectos usa el alma dél en esta cancion, porque en ella encarece é intima su gran deseo, persuadiendo al amor que la desate del ñudo desta vida. Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no solo como fuego que la tiene consumida y trasformada en suave amor, sino como fuego que ardiendo en ella echa llama, y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca con temple de vida eterna. Y esta es la operacion del Espíritu Santo en el alma trasformada en su amor, que los actos interiores que hace es arder y llamear, que son inflamaciones de amor con que unida la voluntad ama subidísimamente hecha una cosa por amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece mas en uno que en otros muchos que haya hecho sin esta trasformacion. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la trasformacion en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y su llama, que la llama es efecto del fuego que allí está. De donde el alma que está en estado de trasformacion de amor podemos decir que su ordinario hábito es como el madero que siempre está embestido en él, y los actos deste son llama que nacen del fuego de amor, que tan vehemente sale cuanto es mas intenso el fuego de la union, y cuanto mas arrebatada y absorta está la voluntad en la llama del Espíritu Santo, como el ángel, que subió á Dios en la llama del sacrificio de Manué. Y así en este estado actual no puede el alma hacer estos actos sin que el Espíritu Santo no le mueva á ellos muy particularmente, y por esto todos los actos della son divinos, en cuanto con esta particularidad es movida por Dios. De donde le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la están dando vida eterna, que la levanta á operacion divina en Dios. Este es el lenguaje que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son palabras todas encendidas, como dijo David: *Ignitum eloquium tuum vehementer.* «Tu palabra es encendida vehementemente.» Y el profeta Hieremías: *Nunquid non verba mea sunt quasi ignis?* «¿Por ventura mis palabras no son como fuego?» Las cuales, como el mismo Señor dice por san Juan, son espíritu y vida, cuya virtud y eficacia sienten las almas, que tienen oidos para oirlas, que son limpias y enamoradas. Que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida dellas. Y por eso, cuanto mas altas palabras decia el Hijo de Dios, tanto mas algunos las hallaban desabridas, por la impureza de los que las oian; como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la sagrada Eucaristía, que muchos dellos volviéron atrás: *Multi discipulorum ejus abierunt retro.* Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla tan en lo interior, han de pensar que no le gustarán otros, como lo gustó san Pedro cuando dijo á Cristo: *Domine, ad quem ibimus, verba vitæ æternæ habes?* «¿Donde iremos, Señor, que tienes

Jud., 13.

Psal., 118.

Hier., 23.

Joan., 6.

Ibid., 69.

palabras de vida eterna? Y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro, por la dulzura de las palabras de Dios. Y así estando esta alma tan cerca de Dios, que está trasformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, Hijo y Espíritu Santo, ¿qué increible cosa se dice en decir que en este llamear del Espíritu Santo gusta un rato de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condicion desta vida? Por eso llama *viva* á esta llama, no porque no sea siempre viva, sino porque la hace tal efecto que la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios, al modo que dice David: *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* No porque sea menester decir *vivo*, que siempre lo está Dios, sino para dar á entender que el espíritu y sentido vivamente gustaban á Dios, y eso es alegrarse en Dios vivo. Y así en esta llama siente el alma tan vivamente á Dios, y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: *O llama de amor viva.*

Psal., 83.

VERSO II.

Que tiernamente hieres.

Esto es, con tu amor tiernamente me tocas. Porque cuando esta llama de vida divina hiere al alma con ternura de vida de Dios, tan entrañablemente la hiere y enternece que la derrite en amor. Porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares, que se enterneció tanto, que se derritió, y así dice ella allí: *Anima mea liquefacta est, ut dilectus locutus est.* «Luego que el Esposo habló, se derritió mi alma.» Porque la habla de Dios ese es el efecto que hace en el alma.

Cant., 5.

¿Mas cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa por herir, estando ya toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa que, como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, está echando siempre llamaradas acá y allá, y el amor, cuyo oficio es herir, para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estála arrojando sus heridas, como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y trazas del amor, como en el palacio de sus bodas, como Asuero con la hermosa Ester, mostrando allí sus riquezas, y la gloria de su grandeza para que se cumpla en esta alma lo que él dijo en los Proverbios: *Et delectabar per singulos dies, ludens in orbe terrarum, et delitiæ meæ esse cum filiis hominum.* «Deleitábame yo por todos los dias jugando en la redondez de la tierra, y mi deleite es estar con los hijos de los hombres;» es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas, que son los juegos del divino saber, son llamaradas de tiernos toques, que al alma tocan por momentos de parte del fuego de amor, que no está ocioso, los cuales dice acaecen y hieren, *de su alma en el mas profundo centro.*

Esther, 2.

Prov., 8.

VERSO III.

De mi alma en el mas profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, donde ni el demonio, ni el mundo, ni el sentido puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto mas segura, sustancial, y deleitable es, cuanto mas interior ella es. Porque cuanto mas interior es mas pura, y cuanto hay mas de pureza tanto mas abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios, y así es tanto mas el deleite, y el gozar del alma y del espíritu; porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga nada de suyo, en el sentido que luego diremos. Y por cuanto el alma no puede obrar connaturalmente, y por su industria nada, sino por el sentido corporal ayudada dél, del cual en este caso está ella muy libre, y muy lejos, su negocio es ya solo recibir de Dios, el cual solo puede en el fondo del alma, sin ayuda de los sentidos, hacer y mover al alma, y obrar en ella; y así todos estos movimientos de la tal alma son divinos; y aunque son de Dios, tambien lo son della: porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque decir que hiere en el mas profundo centro de su alma da á entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto. Cuanto á lo primero es de saber que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto ni bajo, ni mas profundo ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos; que pues en ella no hay partes, ni mas diferencia dentro que fuera, pues toda es de una manera, no tiene centro de mas, ni menos hondo, ni puede estar en una parte mas ilustrada que en otra como los cuerpos físicos, sino todo de una manera. Pero dejada esta acepcion de centro, y profundidad material y cuantitativa, aquello llamamos centro mas profundo, que es á lo que mas puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operacion y movimiento, y no puede pasar de allí. Así como el fuego, ó la piedra que tienen virtud, y movimiento natural, y fuerza para llegar al centro de su esfera; y no pueden pasar de allí, ni dejar de estar allí, si no es por algun impedimento contrario. Segun esto diremos que la piedra, cuando está dentro de la tierra, está como en su centro, porque está dentro de la esfera de su actividad y movimiento, que es el elemento de la tierra; pero no está en lo mas profundo della, que es el medio de la tierra; porque todavía le queda virtud y fuerza para bajar, y llegar hasta allí, si se le quita el impedimento de delante; y cuando llegare, y no tuviere de suyo mas virtud para movimiento, diremos que está en el mas profundo centro. El centro del alma Dios es, al cual habiendo ella llegado, segun su ser, y segun toda la fuerza de su operacion, habrá llegado á lo último y mas profundo centro del alma, que será cuando con todas sus fuerzas ame, y entienda, y goce á Dios; y cuando no ha llegado á tanto como esto, aunque esté en Dios, que es su centro por gracia, y por la comunicacion suya; si todavía tiene movimiento y fuerza para mas, y no está satisfecha, aunque está en el centro, no está en el mas profundo,

pues puede ir á mas. El amor une al alma con Dios, y cuantos mas grados de amor tuviere, mas profundamente entra en Dios, y se concentra con él. Y así, segun este modo de hablar que llevamos, podemos decir que cuantos grados hay de amor de Dios tanto mas centros hay del alma en Dios, que son las muchas mansiones que dijo él que habia en la casa de su padre. Y así si tiene un grado de amor, ya está en Dios, que es su centro, porque un grado de amor basta para estar en Dios por gracia. Si tuviere dos grados, habrá concentrádose con Dios otro centro mas adentro, y si llegare á tres, concentrárseha como tres. Y si llegare á un muy profundo grado de amor, llegará á herir el amor de Dios á lo que aquí llamamos mas profundo centro del alma; la cual será trasformada y esclarecida en un muy alto grado, segun su ser, potencia y virtud, hasta ponerla muy semejante á Dios. Bien así como en el cristal que está limpio y puro, que cuantos mas grados de luz va recibiendo, tanto mas se va en él reconcentrando la luz, y tanto mas se va esclareciendo, hasta llegar á tanto que se concentre en él tan copiosamente la luz, que venga él á parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede, que es parecer como ella. Y así decir el alma que la llama hiere en el mas profundo centro, es decir que tocando profundísimamente la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere. Lo cual dice para dar á entender la abundancia de su gloria y deleite, que es tanto mayor y mas tierno cuanto mas fuerte y sustancialmente está trasformada, y reconcentrada con Dios. Lo cual es mucho mas que en la comun union de amor pasa, segun el mayor afervoramiento del fuego, que aquí, como decimos, echa llama viva. Porque esta alma que goza ya de gloria tan suave, y el alma que solo goza de la comun union de amor, son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaías que está en Sion, que significa la Iglesia militante, y al horno de Dios, que estaba en Jerusalen, que significa vision de paz. Porque aquí está el alma como en horno encendido en union, tanto mas pacífica, gloriosa y tierna, como decimos, cuanto mas encendida es la llama deste horno que el comun fuego. Y así sintiendo el alma que esta viva llama vivamente la está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice:

¡O llama de amor viva,
Que tiernamente hieres!

Como si dijera: ¡O encendido amor, que tiernamente estás glorificándome con tus amorosos movimientos en la mayor capacidad y fuerza de mi ánima! es á saber, dándome inteligencia divina, segun toda habilidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor, segun la mayor anchura de mi voluntad, esto es, levantando altísimamente con inteligencia divina la habilidad de mi entendimiento, en un fervor intensísimo de mi voluntad, y junta sustancial ya declarada. Y esto acaece así mas de lo que se puede, y alcanza decir al tiempo que se levanta esta llama en el alma. Que por cuanto el alma toda está purgada y purísima, pro-

funda y sutil, y subidísimamente la absorbe en sí la sabiduría con su llama, la cual sabiduría toca desde un fin hasta otro fin por su limpieza. Y en aquel absorbimiento de sabiduría el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama, que habemos dicho. La cual por ser tan suave dice el alma luego: *Pues ya no eres esquiva.*

VERSO IV.

Pues ya no eres esquiva.

Es á saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas, como antes hacias. Porque esta llama, cuando el alma estaba en estado de purgacion espiritual, que es cuando iba entrando en contemplacion, no le era tan apacible y suave como ahora le es en este estado de union. Para lo cual es de saber que antes que este divino fuego de amor se introduzga y una en lo mas íntimo del alma por perfecta purgacion y pureza, esta llama está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos. Y esta es la operacion del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina union, y trasformacion en Dios por amor. Porque el mismo fuego de amor, que despues se une con ella en esta gloria de amor, es el que antes le embiste purgando. Bien así como el mismo fuego, que entra en el madero, es el que primero le está embistiendo, y hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus frios accidentes, hasta disponerle con su calor para poder entrar en él, y trasformarle en sí. En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento, y siente graves penas en el espíritu, y á veces redundan en el sentido, siéndole esta llama muy esquiva, segun que largamente dijimos en el Tratado de la Noche escura, y subida del monte Carmelo, y por eso aquí no digo mas. Basta saber ahora que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por union y trasformacion de amor, es el que antes estaba embistiendo en ella, y purgándola con la luz y calor de su divina llama; y así la misma, que ahora le es suave, le era antes esquiva. Y por tanto es como si dijera: Pues ya no solamente no me eres escura como antes; pero eres divina lumbre de mi entendimiento con que te puedo mirar; y no solamente no haces ya desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la flaqueza de mi voluntad con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en amor divino: y ya no eres pesadumbre, ni aprieto para mi alma, mas antes la gloria y deleites, y antes anchura della, pues que de mí se puede decir lo que se dice en los Cantares: «¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en deleites, estribando sobre su Amado, acá y allá vertiendo amor?» *Acaba ya si quieres.*

VERSO V.

Acaba ya si quieres.

Es á saber: acaba ya de consumar conmigo perfetamente el matrimonio espiritual con tu vista beatífica. Que aunque es verdad que en este

estado tan alto está el alma tanto mas conforme cuanto mas trasformada, porque ninguna cosa sabe, ni acierta á pedir, buscándose á sí, sino á su Amado en todo (que la caridad no pretende sino el bien y gloria del Amado), todavía porque aun vive en esperanza, en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la posesion cumplida de la adopcion del Hijo de Dios, donde consumándose su gloria se quietará su apetito, el cual, aunque acá mas esté junto con Dios, nunca se harta, hasta que parezca esta gloria, mayormente teniendo ya el sabor y las premisas della, como aquí se tiene, que es tal que si Dios no tuviese tan bien favorecido y amparado el natural con su diestra (como hizo con Moisen en la piedra, para que sin morir pudiese ver su gloria, con la cual diestra antes el natural recibe refeccion y deleite, que detrimento) á cada llamarada destas parece que se acabaria, no teniendo la parte inferior fuerzas para sufrir tanto fuego, y tan subido. Y por eso este apetito no es aquí con pena, pues no está aquí el alma en estado della; antes con gran suavidad y deleite, y conformidad, lo pide. Que por eso dice *Si quieres*, porque la voluntad y apetito estan tan hechos uno con Dios, cada uno á su modo, que tienen por gloria que se cumpla lo que Dios quiere. Pero son tales las asomadas de gloria, y el amor que se trasluce, que antes seria poco amor no pedir entrada en aquella perfeccion y cumplimiento de amor. Porque demás desto ve allí el alma, que en aquella fuerza de deleitable comunicacion la está el Espíritu Santo provocando y convidando con maravillosos modos, y afetos suaves á aquella inmensa gloria, que la está proponiendo delante de los ojos, diciendo lo que en los Cantares á la Esposa: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni: jam enim hiems transiit; imber abiit et recessit; flores apparuerunt in terra nostra, ficus protulit grossos suos, vineæ florentes dederunt odorem suum: surge, amica mea, speciosa mea, et veni, columba mea, in foraminibus petræ, in caverna maceriæ, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis, et facies tua decora.* «Levántate y date priesa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven; pues que ha pasado ya el invierno, y la lluvia pasó, y se desvió, y las flores han parecido en nuestra tierra; y la higuera ha echado sus higos: y las floridas viñas han dado su olor; levántate, amiga mia, graciosa mia, y ven, paloma mia, en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca; muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce, y tu cara hermosa.» Todas estas cosas siente el alma que la está diciendo el Espíritu Santo, en aquella suave y tierna llama. Y por eso ella aquí responde: *Acaba ya si quieres*, en lo cual le pide aquellas dos peticiones que Cristo nuestro Señor mandó pedir por san Mateo: *Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua*, como si dijera: Acaba ya de darme ese reino, como tú lo quieres. Y para que ansí sea: ***Rompe la tela deste dulce encuentro.***

Exod., 33.

VERSO VI.

Rompe la tela deste dulce encuentro.

¿Qué es lo que impide este tan grande negocio? Porque es fácil cosa llegar á Dios, quitados los impedimentos y telas que dividen. Las cuales se reducen á tres telas que se han de romper, para poseer á Dios perfectamente. Conviene á saber: temporal, en que se comprehende toda criatura; natural, en que se comprehenden todas las operaciones y inclinaciones puramente naturales; y sensitiva, en que solo se comprehende la union del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice san Pablo: *Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissoluatur, quod ædificationem ex Deo habemus domum non manufactam, æternam in cœlis.* 2. Cor., 5. «Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitacion de Dios en los cielos.» Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rompido para llegar á esta posesion de Dios por union de amor, en que todas las cosas del mundo están negadas y renunciadas, y los apetitos y afectos mortificados, y las operaciones del alma hechas divinas. Todo lo cual se rompió por los encuentros desta llama, cuando era esquiva. Porque en la purgacion espiritual acaba el alma de romper con estas dos telas, y unirse como aquí está, y no queda por romper mas que la tercera de la vida sensitiva. Que por eso dice aquí *tela*, y no *telas*, porque no hay mas desta, á la cual no la encuentra esta llama rigurosa, y esquivamente como á las otras hacia, sino sabrosa y dulcemente. Y así la muerte de las semejantes almas es muy suave y dulce mas que les fué toda la vida, porque mueren con ímpetus y encuentros sabrosos de amor, como el cisne, que canta mas dulcemente cuando se quiere morir. Que por esto dijo David que la muerte de los justos es preciosa: porque allí van á entrar los rios del amor del alma en la mar del mar, y están allí tan anchos y reposados que parecen ya mares, juntándose allí el principio y el fin; lo primero y lo postrero para acompañar al justo, que va y parte á su reino: oyéndose las alabanzas de los fines de la tierra, que son gloria del justo: y sintiéndose el alma en esta sazon con estos gloriosos encuentros muy á punto de salir en abundancias á poseer el reino perfectamente. Porque se ve pura y rica, cuanto se compadece con la fe, y el estado desta vida, y dispuesta para ello. Que ya en este estado déjales Dios ver su hermosura, y fíale los dones y virtudes que les ha dado: porque todo se les vuelve en amor y alabanzas, no habiendo ya levadura que corrompa la masa. Como ve que no le falta mas que romper la tela flaca desta humana condicion de vida natural, en que está enredada, y presa impedida su libertad, con deseo de ser desatada, y verse con Cristo, deshaciéndose ya esta urdiembre de espíritu y carne, que son de muy diferente ser, y recibiendo cada una de por sí su suerte, que la carne se quede en su tierra, y el espíritu se vuelva á Dios que le dió; pues la carne mortal no aprovecha nada, como dice san Juan: *Non prodest quidquam*, antes estorba este bien de espíritu; Joan., 6.

haciéndole lástima que una vida tan baja la impida otra tan alta, pide que se rompa. Y llama la *tela* por tres razones. La primera, por la trabazon que hay entre el espíritu y la carne. La segunda, porque divide entre Dios y el alma. La tercera, porque, así como la tela, no es tan opaca y condensa que no se pueda traslucir lo claro por ella. Así en este estado parece esta trabazon tan delgada tela, por estar ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la divinidad en ella: y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de estotra, y parécele muy delgada tela, y aun tela de araña, como dice David: *Anni nostri, sicut aranea meditabuntur.* Y aun es mucho menor delante del alma, que así está engrandecida. Porque como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como de Dios, delante del cual, como tambien dice David, mil años son como el dia de ayer que pasó: *Mille anni ante oculos tuos, tanquam dies externa, quæ præterit.* Y segun Isaías: *Omnes gentes quasi non sint*, «todas las gentes son como si no fuesen.» Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada; y ella es para sus ojos nada, solo su Dios para ella es el todo.

Psal., 89.

Psal., 89.

Isai., 40.

Pero hay aquí que notar por qué razon pide mas que rompa la tela que la corte, ó que la acabe, pues todo parece una cosa. Podemos decir que por cuatro razones. La primera, por hablar con mas propiedad. Porque mas propio es del encuentro romper que cortar, ó que acabar. La segunda, porque el amor es amigo de fuerza, y de toque fuerte y impetuoso, lo cual se ejercita mas en el romper que en el cortar y acabar. La tercera, porque como tiene tanto amor, apetece que sea brevísimo aquel acto de romperse la tela, para que se cumpla presto; y tiene tanta mas fuerza y valor cuanto es mas breve y mas espiritual. Porque la virtud de amor aquí está unida mas fuerte, y introducese lo perfecto de trasformativo amor, al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante, que hasta entonces no habia acto de informacion trasformativa, sino disposiciones para ella de deseos y afectos succesivamente repetidos, que en muy pocos llegan al acto perfecto de trasformacion. De donde el alma dispuesta muchos mas actos, y mas intensos, puede hacer en breve tiempo, que la que no está dispuesta en mucho. Porque á esta todo se le va en disponer el espíritu, y aun despues se suele quedar el fuego sin penetrar el madero del todo. Mas en la dispuesta por momentos entra el amor, y la centella prende al primer toque en la seca yesca. Y así el alma enamorada mas quiere la brevedad del romper que el espacio del cortar y el esperar á acabar. La cuarta es, porque se acabe mas presto la tela de la vida; que el cortar y acabar hácese de mas acuerdo, cuando la cosa está ya mas sazonada, y parece que pide mas espacio y madurez: y el romper no espera madurez, ni nada deso. Y esta alma quisiera que no se esperara á que se acabara la vida naturalmente; porque la fuerza del amor, y la disposicion que en sí ve, la inclina con resignacion á que se rompa con algun encuentro y ímpetu sobrenatural de amor. Porque sabe allí muy bien el alma que es condicion de Dios llevar á las tales almas antes de tiempo, por darles los bienes y sacarlas de

de los males consumándolas en breve tiempo, y dándolas por medio de aquel amor lo que en mucho tiempo pudieran ir ganando, como dice el Sabio por estas palabras: *Placens Deo factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est: raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. Consummatus in brevi, explevit tempora multa, placita enim erat Deo anima illius, propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.* Sap., 4. El que agrada á Dios es hecho amado, y viviendo entre los pecadores fué trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudase su entendimiento, ó la ficcion no engañase su alma; consumado en breve cumplió muchos tiempos, porque su alma era agradable á Dios, y por eso se apresuró á sacarle del mundo. Por eso es grande negocio ejercitar mucho el amor, porque consumándose el alma aquí, no se detenga mucho acá ó allá sin verle cara á cara.

Pero veamos ahora porque á este embestimiento interior del Espíritu Santo llama el alma *encuentro*. La razon es porque, aunque siente el alma gran gana de que se le acabe la vida, mas como no ha llegado el tiempo no se hace; y así Dios para consumarla y elevarla mas de la carne, hace en ella unos embestimientos divinos y gloriosos á manera de encuentros, que verdaderamente son encuentros con que siempre penetra, endiosando la sustancia del alma, y haciéndola como divina. En lo cual absorbe al alma el ser de Dios, porque la encontró, y traspasó vivamente en el Espíritu Santo, cuyas comunicaciones son impetuosas cuando son afervoradas, como esta lo es. En el cual, porque el alma vivamente gusta de Dios, le llama dulce, no porque otros toques y muchos encuentros, que en este estado recibe, dejen de ser dulces y sabrosos, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás, porque lo hace Dios á fin de perfetamente desatarla y de glorificarla. De donde á ella le nacen alas para decir: *Rompe la tela deste dulce encuentro.* Y así toda la cancion es como si dijera: O llama del Espíritu Santo, ¿qué tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma, y la cauterizas con tu ardor, pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna cumplida? si antes mis peticiones no llegaban á tus oidos, cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba la flaqueza de mi sentido y espíritu, por la mucha flaqueza, impureza y poca fuerza de amor que tenian, te rogaba me desatases, porque con deseo te deseaba mi alma, cuando el amor impaciente no me dejaba conformar tanto con esta condicion de vida, que tú querias que viviese, y los pasados ímpetus de amor no eran bastantes delante de tí, porque no eran de tanta sustancia; ahora que estoy fortalecida en amor, que no solo no desfallece mi espíritu y sentido á tí, mas antes fortalecidos de tí mi corazon y mi carne se gozan en Dios vivo con grande conformidad de las partes, donde lo que tú quieres que pida, pido, y lo que no quieres, no lo quiero, ni aun parece que puedo, ni pasa por mi pensamiento pedirlo; y pues son ya delante de tus ojos mas válidas y razonables mis peticiones, pues salen de tí, y tú las quieres, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, saliendo ya mi juicio de tu rostro, que es cuando los ruegos precias y oyes: rompe la tela delgada

desta vida, para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma, sin término y sin fin.

CANCION II.

¡O cauterio suave!
¡O regalada llaga!
¡O mano blanda! ¡O toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga
Matando! muerte en vida lo has trocado.

DECLARACION.

En esta cancion da á entender el alma cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son las que hacen en ella esta divina obra de union. Y así la *mano*, y el *cauterio*, y el *toque* en sustancia son una misma cosa, y pónelos estos nombres, por cuanto por el efeto que hace cada una en proporcion les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo. La *mano* es el Padre. Y el *toque* es el Hijo. Y así engrandece aquí el alma al Padre, Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes, que en ella hace por haber ya trocado su muerte en vida, trasformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y esta atribuye al Espíritu Santo, y por eso la llama *cauterio*. La segunda es *gusto de vida eterna*, y esta atribuye al Hijo, y por eso le llama *toque delicado*. La tercera es *dádiva*, con que queda muy bien pagada el ánima, y esta atribuye al Padre, y por eso le llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombre las tres Personas, por causa de las propiedades de los efetos, solo con una esencia habla, diciendo: *En vida la has trocado*, porque todas ellas obran en uno, y todo lo atribuye á uno, y todo á todas.

VERSO I.

¡O cauterio suave!

En el libro del Deuteronomio dice Moisen que nuestro Señor Dios es fuego consumidor, es á saber fuego de amor, el cual como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir, y con grande fuerza abrasando trasformar en sí lo que tocare. Pero á cada uno abrasa como le halla dispuesto á unos mas, y á otros menos, y tambien cuanto él quiere, y cómo, y cuando quiere. Y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar al alma algo apretadamente, es el ardor de ella en tan sumo grado, que le parece al alma que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo. Que por eso á este toque llama *cauterio*, porque es donde el fuego está mas intenso y reconcentrado, y hace mayor efeto de ardor que los demás ignitos. Y como quiera que este fuego divino tenga trasformada en sí el alma, no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable que con ser este fuego de Dios

tan vehemente y consumidor que con mayor facilidad consumiria mil mundos que el fuego una paja, no consuma, y acabe los espíritus en que arde, sino que á la medida de su fuerza y ardor los deleite, y endiose ardiendo en ellos suavemente, segun la fuerza que les ha dado. Como acaeció en los Actos de los Apóstoles, donde viniendo este fuego con grande vehemencia, abrasó á los discípulos, y estos, como dice san Gregorio, interiormente ardieron con suavidad: y eso es lo que dice la Iglesia: *Venit ignis de cœlo non consumens: sed illuminans.* Vino fuego del cielo no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando. Porque en estas comunicaciones, como su fin es engrandecer al alma, no la aprieta, sino ensánchala; no la fatiga, sino deléitala y clarifícala, y enriquécela; que por eso la llama *suave.* Y así la dichosa alma que por grande ventura llega á este cauterio, todo lo sabe, todo lo gusta; todo lo que quiere hace, y se prospera, y ninguno prevalece delante della, ni le toca: porque esta es de quien dice el Apóstol: *Spiritualis judicat omnia, et ipse á nemine judicatur.* « El espíritu alto todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado. » Y en otro lugar: *Omnia scrutatur etiam profunda Dei.* « Todo lo penetra hasta los profundos de Dios. » ¡ O gran gloria de las almas, que mereceis llegar á este sumo fuego! en el cual pues hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consuma en gloria. No os maravilleis que á algunas almas las llegue Dios hasta aquí, pues él solo en algunas cosas se singulariza en hacer maravillosos efetos. Siendo pues este cauterio tan suave como aquí se lo ha dado á entender, ¡cuan regalada creemos que será la que de tal fuego fuere tocada! Y así queriéndolo decir el alma no lo dice, sino quédase con el encarecimiento y estimacion por este término: *¡O!* diciendo: *¡O! ¡O regalada llaga!*

Act., 2.

1. Cor., 2.

Ibid.

VERSO II.

¡O regalada llaga!

La cual llaga el mismo que la hace la cura, y haciéndola sana; que es en alguna manera semejante al cauterio del fuego natural, que cuando le pone sobre la llaga, hace mayor llaga, y hace que la que antes era llaga causada por hierro, ó por otra alguna manera, ya venga á ser llaga de fuego, y si mas veces asentase sobre ella el cauterio mayor llaga de fuego haria, hasta venir á resolver el sujeto. Así este cauterio divino de amor, la llaga que él hizo de amor en el alma él mismo la cura, y cada vez que asienta la hace mayor. Que la cura del amor es llagar y herir sobre lo llagado y herido, hasta tanto que venga el alma á resolverse todo en llama de amor. Y desta manera ya hecha toda una llaga de amor, está toda sana trasformada en amor, y llagada en amor. Porque en este caso el que está mas llagado está mas sano, y el que está todo llagado está todo sano. Y no porque esté esta alma ya toda llagada, y toda sana, deja el cauterio de hacer su oficio, que es herir de amor. Pero entonces ya es re-

galar la llaga sana de la manera que está dicho, y por esto dice: *¡O regalada llaga!* y tanto mas regalada cuanto ella es hecha por mas alto y subido fuego de amor. Porque habiéndola hecho el Espíritu Santo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar sea grande, grande será la llaga, porque grandemente sea regalada el alma que la recibe. ¡O dichosa llaga! hecha por quien no sabe sino sanar. ¡O venturosa y mucho dichosa llaga! pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma. Grande es la llaga, porque grande es el que la hizo, y grande es su regalo; pues el fuego de amor es infinito. ¡O pues regalada llaga! y tanto mas subidamente regalada, cuanto mas en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar. Este cauterio y esta llaga es á mi ver el mas alto grado que en este estado puede ser. Mas hay otras muchas maneras que ni llegan aquí ni son como esta. Porque esto es de toque de divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna, natural, formal ni imaginaria.

Mas otra manera de cauterizar el alma suele haber tambien muy subida, y es en esta manera. Acaecerá que estando el alma inflamada en este amor, aunque no está tan cauterizada como aquí habemos dicho, aunque harto conviene lo esté, para lo que quiero decir, y es que acaecerá que el alma sienta embestir en ella un serafin con un dardo enherbolado de amor encendidísimo, traspasándola esta ascua encendida, ó por mejor decir aquella llama cauterizándola subidamente, y entonces en este cauterizar traspasándola, apresúrase la llama, y sube de punto con vehemencia, al modo que en un encendidísimo horno ó fragua, cuando menean ó revuelven la leña, se afervora la llama, y se aviva el fuego; y entonces siente esta llaga el alma en deleite sobre todo encarecimiento. Porque demás de ser toda removida, al tiempo que la revuelven, ya la mocion impetuosa de su fuego, en que es grande el ardor y derretimiento de amor, la herida fina y eficaz, la yerba con que vivamente iba templado el hierro, siente el alma lo profundo del espíritu traspasado, y lo fino del deleite, de que nadie podrá hablar como conviene. Siente el alma allí como un grano de mostaza muy mínimo, vivísimo y encendidísimo en lo muy íntimo del corazon del espíritu, que es el punto de la herida donde está la sustancia y virtud de la yerba, y difundirse sutilmente por todas las espirituales venas del alma, segun la potencia y fuerza del ardor. Y siente crecer tanto, y convalecer, y afinarse el amor, que parecen en ella mares de fuego, llenándolo todo de amor. Y lo que aquí goza el alma no hay mas que decir, sino que allí siente cuan bien comparado está el reino de los cielos al grano de mostaza en el Evangelio, que por su gran calor, siendo tan pequeño, crece en árbol grande: *Simile est Regnum Cœlorum grano sinapis, quod accipiens homo seminavit in agro suo, quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus oleribus, et fit arbor, ita ut volucres cœli veniant, et habitent in ramis ejus:* porque el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor. Pocas almas llegan á esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se habia de difundir en la succesion de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor á la

Matth., 13.

cabeza, segun habia de ser la succesion de la casa en las primicias del espíritu.

Pero volvamos á la obra que hacia aquel serafín, que verdaderamente es llagar y herir, y así, si alguna vez se da licencia para que salga algun efecto afuera al sentido corporal, al modo que hirió dentro sale fuera la herida y llaga, como acaeció cuando el serafín llagó al santo Francisco, que llagándole en el alma de amor, con aquella manera salió el efeto de las llagas afuera. Porque Dios ninguna merced hace al cuerpo que principalmente no la haga primero en el alma: entonces cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor, que causa la llaga de adentro, tanto mayor es el dolor de la llaga de fuera: y creciendo lo uno crece lo otro. Lo cual acaece así, que por estar estas almas purgadas, y fuertes en Dios, les es deleite en el espíritu fuerte, y sano el espíritu fuerte, y dulce de Dios, que á su flaqueza y corruptible carne causa dolor y tormento: y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor; la cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas, cuando dijo á Dios: *Reversusque, mirabiliter me crucias.* « Volviéndote á mí, maravillosamente me atormentas, » porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de Dios, y de la dulzura que tiene escondida para los que le temen, hacer tanto mas sabor y deleite cuanto mas dolor y tormento se tiene. ¡O grandeza inmensa, que en todo te muestras omnipotente!¿Quién pudiera, Señor, hacer dulzura en medio de lo amargo, y en el tormento sabor? ¡O regalada llaga, pues tanto mas te regalan cuanto mas crece tu herida! Pero cuando el llagar es en el alma, sin que se comunique afuera, puede ser muy mas intenso y mas subido. Porque como quiera que la carne sea freno del espíritu, cuando los bienes dél se comunican á ella, tira la rienda ella, y enfrena la boca á este ligero caballo, y apágale su gran brio, porque el cuerpo que se corrompe agrava al alma, y el uso de la vida en él oprime el sentido espiritual, cuando comprehende muchas cosas. *Corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem.* Por tanto el que se quiere arrimar mucho al sentido corporal, no será muy espiritual. Esto digo para los que piensan que á pura fuerza y operacion del sentido bajo, pueden venir y llegar á las fuerzas y á la alteza del espíritu. Aquí no se llega, sino cuando el sentido corporal queda fuera. Porque otra cosa es cuando del espíritu se deriva afecto de sentimiento en el sentido: porque en esto puede haber mucho espíritu, como en san Pablo, que del gran sentimiento que tenia de los dolores de Cristo, le redundaba en el cuerpo, como él da á entender á los de Galacia, diciendo: *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto.* « Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesucristo. » Y así cual es la llaga y el cauterio, tal será la mano que entienda en esta obra, y cual el toque el que la causa. Esto muestra el alma en el verso siguiente, diciendo: *¡O mano blanda! ¡ó toque delicado!*

Job, 10.

Psal., 30.

Sap., 9.

Ad Gal., 6, 7.

VERSO III.

¡O mano blanda! ¡ó toque delicado!

¡O mano! que siendo tú tan generosa cuanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas. ¡O mano blanda! tanto mas blanda para esta alma asentándola blandamente, cuanto si la asentaras algo pesada hundiera todo el mundo, pues de solo tu mirar la tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan. ¡O, pues, otra vez blanda mano! que así como fuiste dura y rigurosa para Job, porque le tocaste tan asperamente, asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto mas blanda y suave que fuiste para él dura, cuanto mas de asiento me tocas con amor dulce, que á él le tocaste con rigor. Porque tú matas y das vida, y no hay quien te huya de tu mano. Mas tú, divina vida, nunca matas, sino para dar vida, así como nunca llagas, si no es para sanar. Llagásteme para sanarme, ¡ó divina mano! Mataste en mí lo que me tenia muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto que hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria, y figura de tu sustancia, que es tu unigénito Hijo, en el cual siendo él tu Sabiduría, tocas fuertemente desde un fin, hasta otro fin por su limpieza. ¡O, pues, toque delicado! ¡Verbo, Hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tú delicadamente la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oidas en la tierra de Canaan ni vistas en Teman! ¡O, pues, mucho y en grande manera delicado toque del Verbo para mí! cuando, habiendo trastornado los montes, y quebrantado las piedras en el monte Oreb, con la sombra de tu poder y fuerza, que iba delante, te diste á sentir al profeta el silbo de aire delgado y delicado. ¡O aire delgado! di cómo tocas delgado y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso. ¡O dichosa y muy dichosa el alma á quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo, alma. Mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado, y no te sentirá, porque no puede recibir estas altezas. ¡O Dios mio y vida mia! aquellos te sentirán y verán en tu toque, que se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado, á quien tanto mas delgadamente tocas cuanto estando tú escondido en la adelgazada alma, enajenados ellos de toda criatura, y de todo rastro della, los escondes en lo escondido de tu rostro de la conturbacion de los hombres: *Abscondes eos in abscondito faciei tuæ a conturbatione hominum.* ¡O, pues, otra vez, y muchas veces, delicado toque! que con la fuerza de tu delicadeza deshaces al alma, y la apartas de todos los demás toques, y adjudicas solo para tí, y tan delicado efecto y dejo dejas en ella que todo toque de todas las demás cosas

Psal., 103.
Habac., 3.
Job, 19.
Deut., 32.
Hebr., 1.
Baruc., 3.
3. Reg., 19.
Psal., 30.

altas y bajas le parezca grosero y bastardo, y la ofende aun en mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle. Tanto mas ancha y capaz es la cosa cuanto mas delgada, y tanto mas difusiva y comunicativa es cuanto es mas delicada. ¡O, pues, toque delicado! que tanto mas te infundes, cuanto tú eres mas delicado. Ya el vaso de mi alma por tu toque está sencillo, puro, y capaz de tí. ¡O, pues, toque delicado! que no sintiéndose cosa material en tí, tocas tanto mas al alma, y tanto mas adentro, trocándola de humana en divina, cuanto tu ser divino, con que tocas, está ajeno de modo y manera, y libre de toda corteza de forma y figura. ¡O, pues, finalmente toque delicado, y muy delicado! pues tocas en el alma con tu simplicísimo y sencillísimo ser, que como es infinito infinitamente es delicado! Y por eso se dice: *Que á vida eterna sabe.*

VERSO IV.

Que á vida eterna sabe.

Que aunque no en perfecto grado, es en efecto cierto saber de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increible que ello así sea, creyendo, como se ha de creer, que este toque es sustancialísimo, y toca la sustancia de Dios en la sustancia del alma, al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadeza del deleite, que en este toque se siente, es imposible decirse, ni yo querria hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es mas de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios, como en estas almas pasan; de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí, y sentirlo, y gozarlo, y callarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí, en cierta manera, ser estas como el cálculo que dice san Juan que se daria al que venciese, y en el cálculo un nombre escrito, que ninguno le sabe, sino el que le recibe. *Vincenti dabo calculum candidum, et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit.* Y así solo se puede decir, y con verdad: *Que á vida eterna sabe.* Que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso este toque, como es de Dios, á vida eterna sabe. Y así gusta aquí el alma por una admirable manera, y participacion de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad, que como Dios sea todas estas cosas, gústalas todas el alma, en un solo toque de Dios con cierta eminencia: y deste bien del alma á veces redunda en el cuerpo algo de la uncion del espíritu, que parece penetra hasta los huesos, conforme á aquello que David dice: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* «Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante á tí?» Y porque todo lo que en esto se puede decir, es menos, basta decir: *Que á vida eterna sabe.*

Apoc., 2.

Psal., 34.

VERSO V.

Y toda deuda paga.

Aquí nos conviene declarar qué deudas son estas de que el alma aquí se siente pagada. Y es de saber que las almas que á este reino llegan comunmente han pasado por muchos trabajos y tribulaciones, porque por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos, las cuales ya son pasadas en este estado.

Los que padecen, los que han de llegar á la union de Dios, son trabajos y tentaciones de muchas maneras en el sentido, y trabajos y tribulaciones, y tentaciones, tinieblas y aprietos en el espíritu, para que se haga la purgacion de entrambas estas dos partes, segun lo dijimos en la subida del Monte Carmelo, y en la Noche escura. Y la razon destos trabajos es porque los deleites, y noticia de Dios, no pueden asentar bien en el alma, si no es el sentido y el espíritu bien purgado y adelgazado. Y porque los trabajos y penitencias purifican y adelgazan el sentido, las tribulaciones, tentaciones, y tinieblas y aprietos adelgazan y disponen el espíritu, por ellos conviene pasar para trasformarse en Dios (como los que allá lo han de ver por el purgatorio), unos mas intensamente, otros menos, unos mas tiempo, otros menos, segun los grados de union á que Dios los quiere levantar, y lo que ellos tuvieren que purgar. Por estos trabajos en que Dios al alma y sentido pone, va ella cobrando virtudes y fuerza, y perfeccion con amargura, como dice el Apóstol: *Virtus in infirmitate perficitur.* Porque la virtud en la flaqueza se perficiona, y en el ejercicio de pasiones se labra. Que no puede servir el hierro á la traza del artífice, si no es por fuego y martillo, en lo cual el hierro padece detrimento acerca de lo que antes era. Que desa manera dice Jeremías que le enseñó Dios. «Envió fuego en mis huesos, y enseñóme.» *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit me.* Y tambien dice del martillo: *Castigastime, Domine, et eruditus sum.* «Castigásteme, Señor, y quedé enseñado y docto.» Por lo cual dice el Eclesiástico: *Qui tentatus non est, quid scit?* El que no es tentado, ¿qué sabe, y qué cosa puede conocer?

2. Cor., 9.

Jer., 1.

Jer., 31.

Eccli., 34.

Aquí se ha de notar porqué son tan pocos los que llegan á este alto estado. La razon es porque en esta tan alta y subida obra, que Dios comienza, hay muchos flacos, que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo, ni mortificacion, ni obrar con maciza paciencia. De aquí es que no hallándolos fuertes en la merced que les hacia, comenzando á labrarlos, no vaya adelante en purificarlos, y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia. Y así á estos, que quieren pasar adelante, no sufriendo lo que es menos, ni sujetándose á ello, se les puede decir con Jeremías: *Si cum peditibus currens laborasti, quo-*

Jer., 11.

modo contendere poteris cum equis? cum autem in terra pacis securus fueris, quid facies in superbia Jordanis? « Si corriendo tú con los que iban á pié trabajaste, ¿cómo podrás atener con los caballos? y como hayas tenido quietud en la tierra de paz, ¿qué harás en la soberbia del Jordan? » Lo cual es como si dijera : Si con los trabajos que á pié llano ordinaria y humanamente acaecen á todos los vivientes, tenias tú tan corto paso que corrias, y lo tuviste por trabajo, ¿cómo podrás igualar con el paso del caballo? que es ya salir de ordinarios trabajos y comunes á otros de mayor fuerza y ligereza. Y si tú no has querido armar guerra contra la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, sino que te quieres estar quieto y consolado en ella, ¿qué harás en la soberbia del Jordan? esto es, ¿cómo llevarias las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu, que son de mas adentro? ¡O almas, que os quereis andar seguras y consoladas! si supiésedes cuanto os conviene padecer, sufriendo, para venir á eso, y de cuanto provecho es el padecer, y la mortificacion, para venir á altos bienes, en ninguna manera buscaríades consuelo en cosa alguna : mas antes llevaríades la cruz en hiel y vinagre pura, y lo habríades á gran dicha, viendo que muriendo así al mundo, y á vosotras mismas, viviríades á Dios en deleites de espíritu, y sufriendo con paciencia lo exterior, mereceríades que pusiese Dios los ojos en vosotras, para limpiaros y purgaros mas adentro con trabajos espirituales. Porque muchos servicios han de haber hecho á Dios, y tenido mucha paciencia y constancia, y muy aceptos ante él en la vida, á los que él ha de hacer semejante merced. Y así el ángel dijo al santo Tobías : *Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* Que porque habia sido acepto á Dios, le habia hecho aquella merced de enviarle la tribulacion, para que le probase mas, y hacerle mayores mercedes. Y así todo lo que le quedó de vida despues, dice la Escritura que lo tuvo de gozo. Y ni mas ni menos vemos que en Job, que en aceptándole, que le aceptó delante de los Espíritus buenos y malos por siervo suyo, luego le hizo merced de enviarle aquellos duros trabajos, para engrandecerle despues, como lo hizo mucho mas que antes en lo espiritual y temporal. Así hace Dios con los que quiere aventajar, segun la mejora mas principal, que los deja tentar, afligir, atormentar, y apurar interior y exteriormente, hasta donde se puede llegar, para endiosarlos, dándoles la union en su sabiduría, que es el mas alto estado, y purgándolos primero en esta misma sabiduría, segun lo nota David, diciendo : *Eloquia Domini eloquia casta argentum igne examinatum, probatum terræ, purgatum septuplum.* « Que la sabiduría del Señor es plata examinada con fuego, probada en la tierra de nuestra carne, y purgada siete veces, esto es muy purgada. » Y no hay aquí para que detenernos mas, diciendo cómo es cada purgacion destas, para venir á esta Sabiduría divina, que acá es como plata; que aunque mas alta sea, no será como el oro precioso que para la gloria se guarda.

Tob., 12.

Psal., 11.

Pero conviénele al alma mucho estar con grande constancia y paciencia en estas tribulaciones y trabajos de afuera y de adentro, espirituales y

corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de mano de Dios para su bien y remedio, no huyendo dellos, pues son sanidad para el alma, como se lo aconseja el Sabio, diciendo: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris, quia curatio faciet cessare peccata maxima.* « Si el espíritu del que es poderoso descendiere sobre tí, no dejes tu lugar (esto es el lugar y puesto de tu corazon, que es aquel trabajo) porque la curacion hará cesar grandes pecados; » esto es, cortarteha el hilo de tus pecados y imperfecciones, que es el mal hábito para que no vayan adelante. Y así los apretos interiores y trabajos apagan y purifican los hábitos imperfectos y malos del alma. Por lo cual ha de tenerlo en mucho, cuando el Señor enviare trabajos interiores, entendiendo que son pocos los que merecen padecer para este fin de tan alto estado, de venir á ser consumados por pasiones.

Eccl., 10.

Pues como el alma aquí se acuerda que se le pagan aquí muy bien todos sus pasados trabajos, porque ya, *sicut tenebræ ejus ita, et lumen ejus;* y que como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones, y que á todos los trabajos interiores y exteriores la han muy bien respondido con bienes divinos, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de gran galardon: confiésalo, como ya bien satisfecha en este verso, diciendo: *Y toda deuda paga.* Como hizo tambien David en el suyo, diciendo: *Quantas ostendisti mihi tribulationes multas, et malas! et conversus vivificasti me, et de abysis terræ iterum reduxisti me, multiplicasti magnificentiam tuam, et conversus consolatus es me.* «¡Cuantas tribulaciones me mostraste muchas y malas! y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste, multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote á mí me consolaste.» Y así esta alma, que antes estaba fuera á las puertas del palacio de Dios, como Mardoqueo llorando en las plazas de Susan, el peligro de su vida, vestido de cilicio, no queriendo recibir la vestidura de la reina Ester, ni habiendo recibido ninguna merced, ni galardon, por los servicios que habia hecho al rey, y la fe que habia tenido en mirar por la honra y vida del rey, en un dia le pagan sus trabajos y servicios, haciéndola no solamente entrar en palacio, y que esté delante del rey vestida de vestiduras reales, sino que tambien se le ponga diadema en la cabeza, y tenga á su alma, como á otra Ester, en la posesion del reino, para que todo lo que quisiere haga en el reino de su Esposo. Porque los deste estado todo lo que quieren alcanzan, y toda la deuda queda bien pagada, muertos ya los enemigos de sus apetitos, que les querian quitar la vida, y ya viviendo en Dios, que por eso dice luego: *Matando, muerte en vida la has trocado.*

Psal., 38.

Psal., 70.

Esther, 4.

VERSO VI.

Matando, muerte en vida la has trocado.

La muerte no es otra cosa sino privacion de la vida, porque en viniendo la vida no queda rastro de muerte acerca de lo espiritual. Dos maneras hay de vida; una es beatífica, que consiste en ver á Dios, y para esta ha de preceder muerte natural y corporal, como dice san Pablo: *Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus, domum non manufactam æternam in cœlis.* « Sabemos que si esta casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos.» La otra es vida espiritual perfecta, que es posesion de Dios por union de amor, y esta se alcanza por la mortificacion de todos los vicios y apetitos. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar á la perfecion desta vida espiritual de union con Dios, segun tambien dice el Apóstol por estas palabras: *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* « Si viviéredes segun la carne, morireis: pero si con el espíritu mortificáredes los hechos de la carne, vivireis. » De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte, es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo, y los apetitos en gusto de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual. En la cual no podrá vivir el alma perfectamente si no muriere tambien perfectamente al hombre viejo, como el Apóstol lo amonesta, diciendo que se desnuden del hombre viejo, y se vistan del nuevo, que segun Dios es criado en justicia y santidad: *Deponite vos secundum pristinam conversationem veterem hominem, et induite novum, qui secundum Deum creatus est in justitia, et sanctitate veritatis.* En la cual vida nueva, cuando ha llegado á perfecion de union con Dios, como aquí vamos tratando, todos los afectos del alma, sus potencias y operaciones de suyo imperfectas, y bajas, se vuelven como divinas. Y como quiera que cada viviente viva por su operacion, como dicen los filósofos, teniendo sus operaciones en Dios por la union que tienen con Dios, el alma vive vida de Dios, y se ha trocado su muerte en vida. Porque el entendimiento que antes desta union cortamente entendia, ya es movido y informado de otro principio y lumbre mas superior de Dios. Y la voluntad que antes amaba tibiamente, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino, porque ama altamente con afecto de amor divino movida del Espíritu Santo en que ya vive. Y la memoria que de suyo percibia solas las formas y figuras de criaturas, es trocada en tener en la mente los años eternos. Y el apetito que antes estaba inclinado al manjar de las criaturas, ahora tiene gusto y sabor de manjar divino, movido ya de otro principio, donde está mas á lo vivo, que es el gusto de Dios. Y finalmente todos los movimientos y operaciones que

2. Cor., 5.

Ad Rom., 8.

Colos., 3, et Ephes., 4.

antes tenia el alma del principio de su vida natural, y imperfecta, ya en esta union son trocadas en movimientos de Dios. Porque el alma, como ya era verdadera Hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice san Pablo: *Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.* « Que los que son movidos por espíritu de Dios son Hijos de Dios. » Y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en él; pero estando unida con él, y absorta en él, es Dios por participacion. Lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra.

Rom., 8.

Y desta manera dice bien: *Matando, muerte en vida la has trocado.* De donde puede decir aquí el alma con mucha razon con san Pablo: *Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus.* « Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo. » Y así se trueca lo muerto y frio desta alma en vida de Dios, absorbida el alma en la vida, para que en ella se cumpla el dicho del Apóstol: *Absorta est mors in victoria.* « Absorta está la muerte en victoria. » Y lo de Oseas: *Ero mors tua, o mors, dicit Dominus.* « ¡O muerte! yo seré tu muerte, dice Dios. »

Galat., 2.
1. Cor., 15.

Oseæ, 13.

Desta manera absorta el alma en vida enajenada de todo lo que es secular, y temporal, y libre de lo natural desordenado, es introducida en las celdas del rey, donde se goza y alegra en su amado, acordándose de sus pechos sobre el vino, y diciendo: *Nigra sum, sed formosa, filiæ Hierusalem.* « Morena soy, mas hermosa, hijas de Jerusalen; porque mi negregura natural se trocó en hermosura del Rey celestial. »

Cant., 13.

¡O, pues, *cauterio de fuego*, que abrasas infinitamente sobre todos los fuegos, y cuanto mas me abrasas mas suave me eres! *¡O regalada llaga!* mas regalada para mí que todas las saludes y deleites del mundo! *¡O mano blanda* infinitamente sobre todas las blanduras! tanto para mí mas blanda cuanto mas la asientas y aprietas. *¡O toque delicado!* cuya delicadez es mas sutil y mas curiosa que todas las sutilezas y hermosuras de las criaturas con infinito exceso, y mas dulce y mas sabroso que la miel y que el panal, pues que sabes á vida eterna; que tanto me la das á gustar cuanto mas íntimamente me tocas, y mas precioso infinitamente que el oro y las piedras preciosas; pues pagas deudas que con todo el resto no se pagarian, porque tú vuelves la muerte en vida admirablemente. En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda como de fiesta, y trae en su paladar un júbilo grande de Dios, y como un cantar siempre nuevo envuelto en alegría y amor, y en conocimiento de su alto estado. A veces anda con gozo, diciendo en su espíritu aquellas palabras de Job: *Gloria mea semper innovatur.* « Mi gloria siempre se innovará, y como palma multiplicará los dias. » Esto es: Mi gloria no la dejará Dios volver á vieja como antes lo era, y él multiplicará mis dias (esto es, mis merecimientos hasta el cielo) como la palma sus cogollos. Y todo lo que David dice en el psalmo veinte y nueve, anda cantando á Dios entre sí, particularmente aquellos dos versos postreros que dicen: *Convertisti*

Job, 29.

Psal., 129.

planctum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum, et circumdedisti me lætitia. Ut cantet tibi gloria mea et non compungar, Domine Deus meus, in æternum confitebor tibi. « Convertiste mi llanto en gozo para mí, rompiste mi saco, y cercásteme de alegría para que te cante mi gloria, y ya no sea compungida, porque aquí ninguna pena le llega, Señor Dios mio, para siempre te alabaré. » Porque el alma siente á Dios aquí tan solícito en regalarla y con tan preciosas, y delicadas, y encarecidas palabras, engrandeciéndola, y haciéndola una y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo á quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola. Y así lo confiesa en los Cantares : *Dilectus meus mihi, et ego illi.* « Yo toda para mi Amado, y mi Amado todo para mí. » Cant., 2.

CANCION III.

¡O lámparas de fuego!
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido.

DECLARACION.

Grandemente es menester aquí el favor de Dios para declarar la profundidad desta cancion, y mucha advertencia del que la fuere leyendo : que si no tiene experiencia, le será harto escuro lo que en ella se trata, como si por ventura la tuviese le seria claro y gustoso.

En esta cancion íntimamente agradece el alma á su Esposo las grandes mercedes que de la union con él ha recebido, dándole por medio della muchas y muy subidas noticias de sí mismo; con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes desta union estaba escuro y ciego, están esclarecidas con calor de amor para corresponder, ofreciendo esa misma luz y amor al que las encendió y enamoró infundiendo en ella dones tan divinos. Porque el amante verdadero entonces está contento, cuando todo lo que él es, y vale, y puede valer, y lo que tiene, y puede tener, lo emplea en el amado : y cuanto ello mas es, mas gusto recibe en darlo.

VERSO I.

¡O lámparas de fuego!

Suponiendo primero que las lámparas tienen dos propiedades, que son lucir y arder, para entender este verso es de saber que Dios, en su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos. Porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte, es amoroso, y otros atributos y virtudes que dél no conocemos

acá. Y siendo él todas estas cosas, estando unido con el alma, cuando él tiene por bien de descubrírsele en muy particular noticia, echa ella de ver en él estas virtudes y grandezas todas en único y simple ser perfeta y profundamente conocidas, segun se compadece con la fe. Y como cada una destos sea el mismo ser de Dios que es Padre, Hijo, Espíritu Santo, siendo cada atributo desto el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz y infinito fuego divino, como arriba queda dicho, de aquí es que segun cada uno destos atributos luzga y arda como verdadero Dios. Y así segundo estas noticias que el alma allí de Dios conocidas en unidad, le es al alma el mismo Dios muchas lámparas; pues de cada una tiene noticia, y le dan calor de amor cada una en su manera, y todas ellas en un simple ser, y todas ellas una lámpara, la cual lámpara es todas estas lámparas, porque luce y arde de todas maneras. Lo cual echando de ver el alma esta sola le es muchas lámparas, porque aunque ella es una, todas las cosas puede, y todas las virtudes tiene, y todos espíritus coge. Y así podemos decir que luce y arde de muchas maneras en una manera, porque luce y arde como omnipotente, y luce y arde como sabio, y luce y arde como bueno, etc., dando al alma inteligencia y amor, y descubriéndosele de la manera que es capaz segun todas ellas. Porque el resplandor que le da esta lámpara en cuanto es omnipotente, le hace al alma luz y calor de amor de Dios, en cuanto es omnipotente, y segun esto ya Dios le es lámpara de omnipotencia, que le luce y arde segun este atributo. Y el resplandor que le da esta lámpara, en cuanto es sabiduría, le hace calor de amor de Dios en cuanto es sabio. Y así de los demás atributos, porque la luz que le da de cada uno destos atributos, y de todos los demás, hace el alma juntamente calor de amor de Dios en cuanto es tal, y así Dios le es al alma en esta alta comunicacion, y muestra (que á mi ver es de las mayores que le puede hacer en esta vida) innumerables lámparas que le dan luz y amor. Estas lámparas le hicieron ver á Moisen en el monte Sinai, donde pasando Dios delante dél, apresuradamente se postró en la tierra, y dijo algunas grandezas de las que en él vió, y amándole segun aquellas cosas que habia visto las dijo distintamente por estas palabras: *Dominator Domine Deus misericors et clemens, patiens et multæ miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millia, qui aufers iniquitatem et scelera, atque peccata, nullusque apud te per se innocens est.* « Emperador, Señor Dios mio, misericordioso, clemente, paciente, de mucha miseracion, verdadero, que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados y maldades, y delitos: que eres tan justo que ninguno hay inocente delante de tí. » En lo cual se ve que Moisen los mas atributos y virtudes que allí conoció y amó fueron los de la omnipotencia, señorío y misericordia, justicia y verdad de Dios, que fué altísimo conocimiento, y subidísimo deleite de amor.

Exod., 34.

De donde es de notar que el deleite y arrobamiento de amor, que el alma recibe en el fuego de la luz destas lámparas, es admirable, es inmenso, es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una quema de amor, ayudando el ardor de la una al ardor de la otra, y la llama de

la otra; así como la luz de la una á la otra, y todas hechas una luz y fuego, y cada una un fuego, y el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente en cada una dellas, y en todas ellas mas llagada, y mas sutilmente llagada en amor de vida, echando ella muy bien de ver que aquel amor es vida eterna, la cual es junta de todos los bienes, conociendo bien allí el alma la verdad del dicho del Esposo en los Cantares, que dijo: *Lampades ejus, lampades ignis atque flammarum.* « Que las lámparas de amor eran lám- Cant., 8.
paras de fuego y de llamas. » Porque si una sola lámpara destas que pasó delante de Abrahan le causó grande horror, pasando Dios por una noticia de justicia rigurosa, que habia de hacer de los Cananeos, todas estas lámparas de noticias de Dios, que amigable y amorosamente lucen aquí, ¿cuanta mas luz y deleite de amor Gen., 15.
causarán que causó aquella sola de tiniebla y horror en Abrahan? ¿y cuanta, y cuan aventajada, y de cuantas maneras será alma tu luz y deleite; pues en todas y de todas estas sientes que te da su gozo y amor, amándote segun sus virtudes, y atributos, y condiciones? Porque el que ama, y hace bien á otro, segun su condicion y sus propiedades, le honra y hace bien. Y así tu Esposo en tí, siendo omnipotente, te da y ama con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te ama con sabiduría; siendo él bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama con santidad, y así en los demás. Y como él sea liberal, siente tambien que te ama con liberalidad sin algun interes, no mas de por hacerte bien, mostrándote alegremente este su rostro lleno de gracias, y diciéndote: Yo soy tuyo, y para tí, y gusto de ser tal cual yo soy para darme á tí y ser tuyo. ¿Quién dirá pues lo que tú sientes, ó dichosa alma, viéndote así amada, y con tal estimacion engran- Cant., 7.
decida? *Venter tuus sicut acervus tritici vallatus liliis.* Tu vientre, que es tu voluntad, diremos que es como el monton de trigo, que está cubierto y cercado de lirios; porque en esos granos de pan de vida que tú juntamente estás gustando, los lirios de virtudes que te cercan te están deleitando. Porque estas hijas del rey, que son estas virtudes, de la fragrancia de sus especies aromáticas, que son las noticias que te da, te están deleitando admirablemente, y en ellas estás tú tan engolfada y infundida, que eres tambien el pozo de las aguas vivas, que corren con ímpetu del monte Líbano, que es Dios: *Puteus aquarum viventium, quæ fluunt impetu de Libano.* En la cual Cant., 4.
eres maravillosamente letificada, segun toda la armonía de tu alma. Porque se cumpla tambien en tí el dicho del psalmo, que dice: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei.* « El ímpetu del Psal., 45.
rio letifica la ciudad de Dios. » ¡O admirable cosa! que á este tiempo está el alma rebosando aguas divinas, y salen della como una abundante fuente que mira á la vida eterna. Porque aunque es verdad que esta comunicacion es luz y fuego destas lámparas de Dios, es este fuego aquí tan suave, que con ser fuego inmenso es como aguas de vida que hartan y quitan la sed con el ímpetu que el espíritu desea. Y así, aunque son lámparas de fuego, son aguas vivas de espíritu. Como tambien las que

vinieron sobre los apóstoles, que aunque eran lámparas de fuego, tambien eran aguas puras y limpias. Que así las llamó el profeta Ezequiel, cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: *Effundam super vos aquam mundam, et Spiritum meum ponam in medio vestri.* «Infundiré, dice Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi Espíritu en medio de vosotros.» Y así, aunque es fuego, tambien es agua, porque es figurado por el fuego del sacrificio que escondió Jeremías, el cual en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando de fuera servia de sacrificar era fuego. Y así este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed del espíritu. Y en cuanto se ejercita en sacrificio de amar, es llamas vivas de fuego, que son las lámparas del acto de la dileccion, que decíamos que dice la Esposa en los Cantares. Sus lámparas son lámparas de fuego, y de llamas. Las cuales el alma aquí así las llama porque no solo las gusta como aguas de sabiduría en sí, sino tambien como fuego de amor en acto de amor, diciendo: ¡*O lámparas de fuego!* Y todo lo que se puede en este caso decir es menos de lo que hay. Si se advierte que el alma está trasformada en Dios, se entenderá en alguna manera, como es verdad, que está hecha fuente de aguas vivas ardientes y fervientes en fuego de amor, que es Dios.

Ezec., 36.

VERSO II.

En cuyos resplandores.

Ya he dado á entender que estos resplandores son las comunicaciones destas divinas lámparas, en las cuales el alma unida resplandece con sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ya esclarecidas y unidas en estas noticias amorosas. Lo cual se ha de entender que esta ilustracion de resplandores no es como hace la llama material, cuando con sus llamaradas lumbra y calienta las cosas que están fuera della; sino como hace con las que están dentro della, como lo está aquí el alma, que por eso se dice: *En cuyos resplandores.* Que es decir dentro, no cerca, sino dentro de sus resplandores en las llamas de las lámparas trasformada el alma en llama. Y así diremos que es como el aire que está dentro de la llama encendido y trasformado en fuego, porque la llama no es otra cosa sino aire inflamado, y los movimientos que hace aquella llama, ni son solo de aire, ni son solo de fuego, sino junto de aire y fuego, y el fuego le hace arder al aire que tiene en sí inflamado. Y á este talle entenderemos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios; y los movimientos desta llama, que son vibramientos, y llamear, como habemos dicho, no los hace solo el alma, que está trasformada en llama del Espíritu Santo, ni los hace solo él, sino él y el alma juntos, moviendo al alma como hace el fuego al aire inflamado. Y así estos movimientos de Dios y del alma juntos son como glorificaciones de Dios que hace al alma. Porque estos vibramientos y movimientos son los juegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la

primera cancion decíamos que hacia el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre le está queriendo acabar de dar la vida eterna. Y así aquellos movimientos y llamaradas son como provocaciones que está haciendo al alma para acabarla de trasladar á su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí. Bien así como el fuego, que todos los movimientos y meneos que hace en el aire, que en sí tiene inflamado, son á fin de llevarle á lo alto de su esfera, y todos aquellos vibramientos es porfiar por llevarlo mas presto; mas porque el aire está en su esfera, no se hace. Y así aunque estos movimientos del Espíritu Santo son aquí encendidísimos, y eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire desta vida de carne, y pueda entrar en el centro de su espíritu de la vida perfecta en Cristo. Estos visos que aquí se dan al alma de gloria en Dios, son ya mas continuos que solian, y mas perfectos y estables; pero en la otra vida serán perfectísimos sin alteracion de mas y menos, y sin interpolacion de movimientos. Y entonces verá el alma claro cómo, aunque acá parecia que se movia Dios en ella, en si no se mueve, como el fuego no se mueve en su esfera. Pero estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma, los cuales se llaman por otro nombre obumbraciones. Y estas aquí, á mi ver, son de las mayores y mas altas que acá pueden ser en via de trasformacion.

Para inteligencia de lo cual es de advertir que obumbramiento quiere decir hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y hacer favores, porque llegando á tocar la sombra es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar. Y por eso se le dijo á la Vírgen, que la virtud del Altísimo la haria sombra; porque habia de llegar tan cerca della el Espíritu Santo, que habia de venir sobre ella. Y es de notar que cada cosa tiene y hace la sombra como tiene la propiedad y el talle. Si la cosa es condensa y opaca, hará sombra escura y condensa, y si es mas rara y clara, hará sombra mas clara, como es de ver en el madero y en el cristal, que porque el uno es opaco la hace escura, y porque el otro es claro la hace clara. Tambien en las cosas espirituales la muerte es privacion de todas las cosas; será pues la sombra de la muerte tineblas, que tambien privan en alguna manera de todas las cosas. Así la llama el psalmista, diciendo: *Sedentes in tenebris, et in umbra mortis*, ahora sean espirituales de muerte espiritual, ahora corporales de muerte corporal. La sombra de la vida será luz, si divina luz divina, si humana luz natural, y así la sombra de la hermosura será como otra hermosura, al talle y propiedad de aquella hermosura, cuya sombra es. Y la sombra de la fortaleza será como otra fortaleza á su talle y condicion. Y la sombra de la sabiduría será otra sabiduría, ó por mejor decir será la misma hermosura: y la misma fortaleza, y la misma sabiduría en sombra, en la cual se conoce el talle y propiedad, cuya es la sombra. Segun esto, ¿cual será la sombra que hace el Espíritu Santo al alma de todas las grandezas de sus virtudes y atributos estando tan cerca della? que no como quiera la toca en sombra, mas está unida con ella en som-

Luc., 1.

Psal., 106.

bra, entendiendo y gustando el talle y las propiedades de Dios en sombra de Dios; es á saber, entendiendo y gustando la propiedad de la potencia divina en sombra de omnipotencia, y entendiendo y gustando la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina, y finalmente gustando la gloria de Dios en sombra de gloria, que hace saber y gustar la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras: pues los atributos de Dios y sus virtudes son lámparas, que como quiera que sean resplandecientes y encendidas, á su talle y propiedad han de hacer sombras resplandecientes y encendidas, y multitud dellas en un solo ser. ¡O qué será de ver aquí al alma, experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas! viendo su aspecto, que era como de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas; y viendo la rueda, que es la sabiduría, llena de ojos de dentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría; y sintiendo aquel sonido que hacian en su paso, que era sonido como de multitud de ejércitos, que significan muchas cosas en uno (que aquí el alma en un solo sonido de un paso de Dios por ella conoce), y finalmente gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como sonido de muchas aguas, como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al caer el Espíritu Santo embiste al alma en llama de amor. Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo, y favor de su sombra; como allí tambien dice este profeta, que aquella vision era semejanza de la gloria del Señor: *Hæc visio similitudinis gloriæ Domini.* ¡O cuan elevada está aquí esta dichosa alma! ¡O cuan engrandecida! ¡Cuan admirada en lo que ve aun dentro de los límites de fe! ¿Quién lo podrá decir? infundida con tanta copiosidad en las aguas destos divinos resplandores, donde el Padre Eterno da con larga mano el regadío superior y inferior, pues estas aguas regando alma y cuerpo penetran.

Ezec., 2.

¡O admirable cosa, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser, en él se conciba y entienda la distincion dellas, tan encendida la una como la otra, siendo la una sustancialmente la otra! ¡O abismo de deleites! tanto mas abundantes cuanto están tus riquezas mas recogidas en unidad y simplicidad infinita. Donde de tal manera se conozca y guste lo uno, que no se impida el conocimiento y gusto de lo otro, antes cada cosa en tí es luz, que no estorba á la otra, y por tu limpieza ó sabiduría divina muchas cosas se conocen en tí en una, porque tú eres el depósito de los tesoros del Eterno Padre.

VERSO III.

Las profundas cavernas de sentido.

§ I.

Estas cavernas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad. Las cuales son tan profundas, cuanto de grandes bienes son

capaces, pues no se llenan menos que con lo infinito, las cuales por lo que padecen, cuando están vacías, echamos en alguna manera de ver lo que gozan, y se deleitan, cuando de su Dios están llenas, pues que por un contrario se da luz del otro. Cuanto á lo primero es de notar que estas cavernas de las potencias, cuando no están purgadas y limpias de toda aficion de criatura, no sienten el vacío grande de su profunda capacidad. Porque en esta vida cualquier cosilla que á ellas se pegue, basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas, que no sientan su daño, ni echen menos sus inmensos bienes, ni conozcan su capacidad. Y es cosa admirable que con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor dellos á embarazarlas, de manera que no los puedan perfectamente recibir, hasta que de todo punto se vacien, como luego dirémos. Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed, y hambre, y ansia del sentido espiritual; porque como son profundos los estómagos destas cavernas, profundamente penan, porque el manjar que echan menos tambien es profundo, que, como digo, es Dios. Y este tan grande sentimiento comunmente acaece hácia los fines de la iluminacion y purificacion del alma, antes que llegue á union perfecta, donde se satisfacen. Porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura, y aficion della, perdiendo el temple natural, y está templado á lo divino, y tiene ya el vacío dispuesto, y todavía no se le comunica lo divino en union de Dios, llega el penar deste vacío, y sed, mas que á morir, mayormente cuando por algunos visos ó resquicios se le trasluce algun rayo divino, y no se le comunica. Y estos son los que penan con amor impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir ó morir.

§ II.

Cuanto á la primera caverna que aquí ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed de Dios, y esta es tan grande que la compara David á la del ciervo, no hallando otra mayor á que compararla, cuando dijo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.* « Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, Dios. » Y esta sed es de las aguas de la sabiduría divina, que es el objeto del entendimiento. La segunda caverna es la voluntad, y el vacío desta es hambre de Dios tan grande, que hace desfallecer al alma, segun lo dice David: *Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* « Codicia y desfallece mi alma en los tabernáculos del Señor, y esta hambre es de la perfecion de amor que el alma pretende. » La tercera caverna es la memoria, y el vacío desta es deshacimiento y derretimiento del alma por la posesion de Dios, como lo nota Jeremías diciendo: *Memoria memor ero, et tabescet in me anima mea: hæc recolens in corde meo, ideo sperabo.* « Con memoria me acordaré (esto es mucho me acordaré) y derretírseha mi alma en mí; revolviendo estas cosas en mi corazon, viviré en esperanza de Dios. » Es pues profunda la capacidad destas cavernas, porque lo que en ellas puede

Psal., 41.

Psal., 83.

Thren., 3.

caber, que es Dios, es profundo y infinito: y así será su capacidad en cierta manera infinita, su sed infinita, su hambre tambien infinita y profunda, y su deshacimiento y pena en su manera infinita. Y así cuando padece, aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida; pero parecese una viva imágen de allá, por estar el alma en cierta disposicion para recibir su lleno, que la privacion dél le es pena grandísima. Aunque este penar es de otro temple, porque es en los senos del amor de la voluntad, y aquí el amor no alivia la pena, pues cuanto mayor, tanto es mas impaciente por la posesion de su Dios, á quien espera por momentos con intensa codicia.

§ III.

Pero ¡válgame Dios! pues que es cierto que cuando el alma desea á Dios con entera verdad tiene ya al que ama, como dice san Gregorio, ¿cómo pena por lo que ya tiene? Y si en el deseo que dice san Pedro que tienen los ángeles de ver al Hijo de Dios, no hay alguna pena, ni ansia, porque ya le poseen, parece que si el alma cuanto mas desea á Dios, mas le posee, y la posesion de Dios da deleite y hartura, tanto mas de hartura y deleite habia el alma de sentir aquí en este deseo, cuanto mayor es el deseo, pues tanto mas tiene de Dios, y así de razon no habia de sentir dolor ni pena.

En esta cuestion se ha de notar la diferencia que hay de tener á Dios por gracia solamente, y en tenerle tambien por union, que lo uno es quererse bien, y lo otro dice una muy particular comunicacion. La cual diferencia la podemos entender al modo que hay entre el desposorio y el matrimonio; que en el desposorio solo hay un concierto y una voluntad de ambas partes, algunas joyas y adorno de la desposada que el desposado graciosamente la da, mas en el matrimonio hay tambien union y comunicacion de las personas. En el desposorio, aunque algunas veces hay vistas del esposo á la esposa, y la da dádivas, como decimos, pero no hay union de las personas, que es el fin del desposorio. Así cuando el alma ha llegado á tanta pureza en sí, y en sus potencias, que esté la voluntad muy purgada de otros gustos y apetitos extraños segun la parte inferior y superior, y enteramente dado el sí acerca de todo esto á Dios, siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento pronto y libre, ha llegado á tener á Dios por gracia en desposorio y conformidad de voluntad. En el cual estado de desposorio espiritual del alma con el Verbo, el Esposo la hace grandes mercedes, y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites. Pero no tienen que ver con los del matrimonio espiritual. Que aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda aficion de criatura, pues no se hace el desposorio espiritual hasta esto, todavía para la union y matrimonio ha menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas, y mayores dones, con que la va mas purificando, y hermoseando y adelgazando, para estar decentemente dispuesta para tan alta union; y en esto pasa tiempo en unas mas, y en

otras menos. Fué esto figurado en aquellas doncellas escogidas para el rey Asuero, que aunque las habian ya sacado de sus tierras, y de la casa de sus padres, todavía antes que llegasen al lecho del rey las tenian un año, aunque en palacio encerradas, de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos ungüentos de mirra, y otras especies aromáticas, y el otro medio año con otros ungüentos mas subidos, y despues desto iban al lecho del rey.

En el tiempo pues deste desposorio, y espera del matrimonio espiritual en las unciones del Espíritu Santo, cuando ya son mas altos los ungüentos de disposiciones para la union de Dios, suelen ser las ansias de las cavernas del alma extremadas y delicadas. Porque como aquellos ungüentos son ya mas próximamente dispositivos para la union de Dios, porque son mas allegados á Dios, por esto saborean al alma, y la engolosinan mas delicadamente dél. Y así es el deseo mucho mas delicado y profundo, porque el deseo de Dios es disposicion para unirse con Dios.

§ IV.

¡O qué buen lugar era este para avisar á las almas, que Dios llega á estas delicadas unciones, que miren lo que hacen, y en cuyas manos se ponen, porque no vuelvan atrás; sino que es fuera del propósito de que vamos hablando! Mas es tanta la mancilla y lástima que hay en mi corazon de ver volver algunas almas atrás, no solamente no se dejando ungir de manera que pase la uncion adelante, sino aun perdiendo los efectos della, que no tengo de dejar de avisarlas aquí lo que acerca desto, para evitar tanto daño, deben hacer; aunque nos detengamos un poco en volver al propósito, que yo volveré presto á él. Y á la verdad todo hace á la inteligencia de la propiedad destas cavernas, y por ser tan necesario, no solo para estas almas que van tan prósperas, sino tambien para todas las demás que buscan á su Amado, lo quiero decir.

Cuanto á lo primero es de saber que, si el alma busca á Dios, mucho mas la busca su Amado á ella, y si ella le envia á él sus amorosos deseos, que le son tan olorosos como la virgulita del humo, que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso, él á ella le envia el olor de sus ungüentos, con que la trae, y hace correr hácia él, que son sus divinas inspiraciones y toques, los cuales, siempre que son suyos, van ceñidos y regulados con los motivos de la perfeccion de la ley de Dios, y de la fe por cuya perfeccion ha de ir el alma siempre llegando mas á Dios. Y así debe entender que el deseo de Dios en todas las mercedes que la hace con estas unciones, y olores de sus ungüentos, es disponerla para otros mas subidos y delicados ungüentos, y mas al temple de Dios, hasta que venga en tan delicada y pura disposicion, que merezca la union en Dios, y trasformacion en todas sus potencias. Advirtiendo pues el alma que en este negocio es Dios el principal agente, que la ha de guiar y llevar de la mano adonde ella no supiera ir, que es á las cosas sobrenaturales, que no pueden su entendimiento, ni voluntad, ni memoria saber cómo son, todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga

obstáculo á la guia, que es el Espíritu Santo, segun el camino por donde la lleva Dios ordenado en la ley de Dios, y fe, como decimos. Este impedimento le puede venir, si se deja guiar de otro ciego; y los ciegos que la podrian sacar del camino son tres, conviene á saber, el maestro espiritual, el demonio, y la misma alma. Cuanto á lo primero, conviénele pues grandemente al alma que quiere aprovechar y no volver atrás mirar en cuyas manos se pone, porque cual fuera el maestro tal será el discípulo, y cual el padre, tal el hijo. Y para este camino, á lo menos para lo mas subido dél, y aun para lo mediano, apenas hallará una guia cabal segun todas las partes que ha menester. Porque ha menester ser sabio, discreto, y experimentado. Que para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discrecion, si no hay experiencia de lo mas subido no atinarán á encaminar al alma en ello, cuando Dios se lo da, y podríanla hacer harto daño. Porque no entendiendo ellos los caminos del espíritu muchas veces hacen perder á las almas la union destos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo los va disponiendo para sí, gobernándolos por otros modos rateros que ellos han leido, que no sirven sino para principiantes. Que no sabiendo ellos mas que para principiantes (y aun eso plegue á Dios), no quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar á mas) de aquellos principios y modos discursivos y imaginarios, con que ellos pueden hacer muy poca hacienda.

§ V.

Y para que mejor entendamos, es de saber que el estado de principiantes es meditar y hacer actos discursivos. En este estado necesario le es alma que se le dé materia para que discurra de suyo y haga estos actos interiores, y se aproveche del fuego y fervor espiritual sensible, porque así le conviene para habituar los sentidos y apetitos á cosas buenas, y cebándolos con este sabor se desarraigan del siglo. Mas cuando esto en alguna manera ya está hecho, luego los comienza Dios á poner en este estado de contemplacion, lo cual suele ser muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque mas en breve, negadas las cosas del siglo, acomodan á Dios el sentido y el apetito, y luego no hay sino pasar de meditacion á contemplacion, lo cual es ya cuando cesan los actos discursivos, y meditacion de la propia alma, y los jugos, y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo por el sentido, quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal al espíritu que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que de suyo puede hacer el alma no sean, sino por el sentido, de aquí es que Dios en este estado es el agente con particularidad, que infunde y enseña, y el alma la que recibe, dándole bienes muy espirituales en la contemplacion, que son noticia y amor divino junto; esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discursos, porque no puede ya entrar en ellos como antes.

§ VI.

De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar al alma por modo contrario del primero. Que si antes la daban materia para meditar, y meditaba, ahora antes se la quiten, y que no medite; porque, como digo, no podrá, aunque quiera, y distraérseha. Y si antes buscaba jugo y fervor, y le hallaba, ya no le quiera, ni le busque; que no solo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad. Porque se divierte del bien pacífico y quieto, que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que ella quiere hacer por el sentido; y así perdiendo lo uno, no hace lo otro; pues ya los bienes no se los dan por el sentido como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite, ni se ejercite en actos sacados á fuerza de discurso, ni procure con asimiento, sabor, ni fervor; porque seria poner obstáculo al principal agente que es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría, y noticia amorosa sin mucha diferencia, expresion, ó multiplicacion de actos. Aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duracion; y entonces el alma tambien se ha de andar solo con advertencia amorosa á Dios, sin especificar otros actos mas de aquellos á que se siente inclinada por él, habiéndose como pasivamente, sin hacer de suyo diligencia, con la advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Que pues Dios entonces trata con el alma en modo de dar con noticia sencilla y amorosa, tambien el alma trate con él, en modo de recibir con noticia, y advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia, y amor con amor. Porque conviene aquí que el que recibe se haya al modo de lo que recibe, y no de otro para poderlo recebir y retener como se lo dan. De donde está claro que si el alma entonces no dejase su modo ordinario de discurrir, no recibiria aquel bien sino escasa y imperfetamente, y así no lo recibiria con aquella perfeccion con que se lo dan; pues siendo tan superior y infuso, no cabe en modo tan escaso y imperfeto. Y así totalmente, si el alma quiere entonces obrar de suyo, habiéndose de otra manera, mas que con la advertencia pasiva amorosa muy pasiva y tranquilamente sin discurrir como antes, pondria impedimento á los bienes, que la está Dios comunicando en la noticia amorosa. Lo cual es en el principio en ejercicio de purgacion, como habemos dicho, y despues en mas suavidad de amor. La cual (como digo, y es así la verdad) si se anda recibiendo en el alma pasivamente, y al modo de Dios, y no al modo del alma, síguese que para recebir la ha de estar el alma muy desembarazada, ociosa, pacífica, y serena al modo de Dios, como el aire, que cuanto mas limpio está, y sencillo y quieto, mas le ilustra y alienta el sol. Y así no ha de estar asida á nada, ni á cosa de meditacion ni sabor, ahora sensitivo, ahora espiritual. Porque requiere el espíritu tan libre y aniquilado que cualquiera cosa que el alma entonces quisiese hacer de pensamiento particular, ó disgusto, ó gusto á que se quiere arrimar, la impedirá, y inquietará, y hará ruido en el profundo silencio que

conviene que haya en el alma, segun el sentido y el espíritu, para que oiga tan profunda y delicada audicion de Dios, que habla al corazon en esta soledad, como lo dijo por Oseas; y en suma paz y tranquilidad escuchando, y oyendo al alma, como David, lo que habla el Señor Dios, porque habla esta paz en ella. Lo cual cuando así acaeciere, que se sienta el alma ponerse en silencio, y escucha, aun la advertencia amorosa que dije ha de ser sencillísima, sin cuidado ni reflexion alguna, de manera que casi la olvide, para estar toda en el oir; porque así el alma se quede libre para lo que entonces la quieren.

Oseæ, 2.

Psal., 84.

§ VII.

Esta manera de ociosidad y olvido siempre viene con algun absorbimiento interior. Por tanto en ninguna sazon ni tiempo, ya que el alma ha comenzado á entrar en este sencillo y ocioso estado de contemplacion, ha de querer traer delante de sí meditaciones, ni arrimarse á jugos, ni sabores espirituales (como queda dicho largamente en el capitulo décimo del libro primero de la Noche escura, y antes en el capítulo último del segundo libro, y en el capítulo primero del libro tercero de la Sabiduría del Monte Carmelo) sino estar desarrimada, y en pié sobre todo esto, el espíritu desasido como dijo el profeta Habacuc que habia él de hacer, diciendo: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem, et contemplabor, ut videam quid dicatur mihi.* «Estaré en pié sobre la guarda de mis sentidos (esto es, dejándolos abajo) y afirmaré el paso sobre la municion de mis potencias (esto es, no dejándolas dar paso de pensamiento de suyo) y contemplaré lo que se me dijere (esto es, recebiré lo que se me comunicare pasivamente).» Porque ya habemos dicho que la contemplacion es recebir, y no es possible que esta altísima sabiduría y linaje de contemplacion se pueda recebir sino en espíritu callado, y desarrimado de jugos y noticias particulares. Porque así lo dice Isaías: «¿A quien enseñará la ciencia, y á quien hará entender el oido? á los destetados de leche (esto es, de los jugos y gustos) y á los desarraigados de los pechos, esto es, de los arrimos de noticias particulares.» Quita la mota, y la niebla, y los pelos, y limpia el ojo, y lucírteha el sol claro, y verás. Pon el alma en libertad de serena paz, y sácala del yugo y servidumbre de su operacion, que es el cautiverio de Egipto, que todo es poco mas que juntar pajas para cocer tierra, y llévala á la tierra de promision que lleva leche y miel. ¡O Maestro espiritual! mira que á esta libertad y ociosidad santa de hijos llama Dios al desierto, en que ande vestida de fiesta, y con joyas de oro y plata, habiendo ya despojado á Egipto, y tomádole sus riquezas; y no solo eso, sino aun ahogado á sus enemigos en el mar de la contemplacion, donde el gitano del sentido no halla pié ni arrimo, y deja libre al Hijo de Dios, que es el espíritu salido de los límites y quicios angostos de su operacion, que es de su bajo entender, su tosco sentir, su pobre gustar; porque Dios le dé el suave maná, cuyo sabor, aunque tiene todos estos sabores y gustos, en que tú quieres traer trabajando al

Habac., 2.

alma, con todo eso por ser tan delicado que se deshace en la boca, no se sentirá, si otro gusto en otra cosa quisiere sentir, porque no le recibirá. Procura desarraigar al alma de todas las codicias de jugos, gustos y meditaciones, y no la inquietes con cuidado y solicitud alguna de arriba, y menos de abajo, poniéndola en toda enajenacion y soledad posible. Porque cuanto mas esto alcanzare, y mas presto llegare á esta ociosa tranquilidad, con tanta mas abundancia se le va infundiendo el Espíritu de la divina Sabiduría amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave, robador del espíritu, sintiéndose á veces robado y llagado serena y blandamente, sin saber de quien, ni de donde, ni cómo, porque se comunicó sin operacion propia en el sentido dicho. Y un poquito desto, que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad, es inestimable bien mas que el alma puede pensar, ni el que la trata y no se echa de ver, lo cual lucirá en su tiempo. A lo menos lo que de presente el alma podrá alcanzar á sentir, es un enajenamiento y extrañez, unas veces mas que otras, acerca de todas las cosas, con un respiro suave del amor, y vida del espíritu, y con inclinacion á soledad y tedio en las criaturas y con el siglo. Porque como se gusta en el espíritu, desabrido es todo lo que es de carne. Pero los bienes interiores, que esta callada contemplacion deja impresos en el alma sin ella sentirlo, son inestimables, porque en fin son unciones secretísimas y delicadísimas del Espíritu Santo, en que secretamente llena al alma de riquezas, dones y gracias; porque siendo Dios hace como Dios, y obra como Dios.

§ VIII.

Estos bienes, pues, y estas grandes riquezas, estas subidas y delicadas unciones, y noticias del Espíritu Santo, que por su delgadez y sutil pureza, ni el alma, ni en que las trata las entiende, sino solo el que las pone, para agradarse mas del alma, con grandísima facilidad, no mas que con tantica obra que el alma quiera hacer de aplicar el sentido ó apetito de querer asir alguna noticia, ó jugo, se turban y impiden. Lo cual es grave daño, y gran color, y lástima. ¡O grave caso, y mucho para admirar! que no pareciendo el daño, ni casi nada lo que se interpuso, es entonces mayor y de mayor dolor y mancilla que otro, que pareciera mucho mayor en almas comunes, que no están en aquel puesto de tan subido esmalte y matiz. Como si en un rostro de estremada pintura tocase otra mano muy tosca con ajenos y bajos colores, seria el daño mayor, y mas notable, que si borrase otras muchas mas comunes, y de mas lástima y dolor. Y con ser este daño tan grande, mas que se puede encarecer, es tan comun que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas, que esta manera comienza Dios á recoger en contemplacion. Porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma con alguna uncion muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, y muy ajena del sentido, y de lo que se puede pensar, y la tiene sin poder gustar ni meditar cosa de arriba, ni de abajo; porque la trae Dios ocupada en aquella uncion solitaria, inclinada á soledad y

ocio, y vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero; y porque él no enseña mas que aquello, dirá: Anda, dejaos deso, que es perder tiempo y ociosidad, sino toma y medita; y hace actos, que es menester que hagais de vuestra parte actos y diligencias, que esotros son alumbramientos y cosas de bausanes. Y así no entendiendo estos los grados de oracion ni vias del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y aquel caminar con discurso, está ya hecho, pues ya aquella alma ha llegado á la negacion sensitiva: y que cuando ya se ha llegado al término, y está andado el camino, ya no hay caminar, porque seria volver á alejarse del término. Y así no entendiendo que aquella alma está ya en la vida del espíritu, en la cual no hay ya discurso, y el sentido cesa, y es Dios con particularidad el agente, y el que habla secretamente al alma solitaria, sobreponen otros ungüentos en el alma de groseras noticias, y jugos en que la imponen, y quitan la soledad y recogimiento: y por el consiguiente, la subida obra, que en ella Dios pintaba. Y así el alma ni hace lo uno ni aprovecha tampoco en lo otro.

§ IX.

Adviertan estos tales, y consideren que el Espíritu Santo es el principal agente y movedor de las almas, que nunca pierde el cuidado dellas, y de lo que las importa, para que aprovechen y lleguen á Dios con mas brevedad y mejor modo y estilo: y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solamente para enderezar las almas por la regla de la fe, y ley de Dios, segun el espíritu que Dios va dando á cada uno. Y así su cuidado sea no acomodar al alma á su modo, y condicion propia dellos, sino mirando si saben por donde Dios las lleva: y si no lo saben, déjenlas, y no las perturben: y conforme á esto, procuren enderezar el alma en mayor soledad, y libertad y tranquilidad, dándoles anchura para que no aten el espíritu á nada, cuando Dios las lleva por aquí. Y no se penen, ni soliciten, pensando que no se hace nada; que como el alma esté desasida de toda noticia propia, y de todo apetito, y aficiones de la parte sensitiva, y con negacion pura de pobreza de espíritu en el vacío de toda tiniebla y jugo, despegada de todo pecho y leche, que es lo que el alma ha de tener cuidado de ir haciendo de su parte, y ellos en ello ayudándola á negarse, segun todo esto, es imposible, segun el modo de proceder de la bondad y misericordia divina, que no haga Dios lo que es de la suya, y mas imposible que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado. Porque así como el sol está madrugando, y da en tu casa para entrar, si le abres la puerta, así Dios, que guardando á Israel no duerme, entrará en el alma vacía, y la llenará de bienes. Dios está como el sol sobre las almas para entrar: conténtense con disponerlas, segun las leyes de la perfeccion evangélica, que consiste en la desnudez, y vacío del sentido y espíritu: y no quieran pasar adelante en el edificar, que ese oficio solo es del Señor, de donde desciende todo dado excelente. Porque si el Señor no edificare la

Psal., 120.

casa, en vano trabaja quien la edifica. Edificará en cada alma, como él quisiere, edificio sobrenatural; dispon tú ese natural, aniquilando sus operaciones, eso es tu oficio; y el de Dios, como dice el Sabio, enderezarle á los bienes sobrenaturales por modos y maneras que ni tú ni el alma no sabes. Y así no digas: ¡O que no va adelante! ¡O que no hace nada! Porque si el alma entonces no gusta de otras inteligencias mas que antes, adelante va caminando á lo sobrenatural, ó que no entiende nada distintamente. Antes si entendiese por entonces distintamente, no iria adelante: porque Dios es incomprehensible, y excede al entendimiento. Y así cuanto mas va, mas se ha de ir alejando de sí mesmo, caminando en fe, creyendo, y no viendo; y así á Dios mas se llega no entendiendo, que entendiendo en el sentido dicho. Y por tanto no tengas deso pena, que si el entendimiento no vuelve atrás, queriendo emplearse en noticias distintas, y otros entenderes de por acá, adelante va, y el ir adelante es ir mas en fe. Y el entendimiento, como no sabe ni puede comprehender cómo es Dios, camina á él no entendiendo. Y así antes, para bien ser, le conviene eso que tú le condenas, que no se embarace con inteligencias distintas, sino que camine en perfecta fe.

Jacob., 1.

Psal., 126.

§ X.

O dirás que la voluntad, si el entendimiento no entiende distintamente, á lo menos estará ociosa, y no amará, porque no se puede amar, sino lo que se entiende. Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del alma, que la voluntad no ama, sino lo que distintamente conoce el entendimiento. Pero en el rato de contemplacion de que vamos hablando, en que Dios infunde en el alma, no es menester que haya noticia distinta, ni que el alma haga muchos discursos, porque entonces le está Dios comunicando noticia amorosa, que es juntamente como luz caliente sin distincion: y entonces al modo que es la inteligencia, es tambien el amor en la voluntad. Que como la noticia es general y escura, no acabando el entendimiento de entender distintamente lo que entiende, tambien la voluntad ame en general sin distincion alguna. Que como quiera que Dios sea luz y amor en esta comunicacion delicada, igualmente informa estas dos potencias, aunque algunas veces hiere mas en la una que en la otra. Y así algunas veces se siente mas inteligencia que amor, otras mas intenso amor que inteligencia. Y por eso no hay que temer de la ociosidad de la voluntad en este puesto, que si cesa de hacer actos regidos por particulares noticias, cuanto eran de su parte, embriágala empero en amor infuso por medio de la noticia de contemplacion, como acabamos de decir. Y son tanto mejores los que siguiendo esta contemplacion infusa se hacen, y tanto mas meritorios y sabrosos cuanto es mejor el movedor que infunde este amor, el cual le pega al alma, porque la voluntad está cerca de Dios, y desasida de otros gustos. Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus aficiones: que si no vuelve atrás, queriendo gustar algun jugo ó gusto,

aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va subiendo sobre todas las cosas á Dios, pues de ninguna gusta. Y aunque no guste á Dios muy particular ni distintamente, ni le ame con tan distinto acto, gústale en aquella infusion general escura y secretamente mas que si se rigiera por noticias distintas, pues entonces ve ella claro que ninguna le da tanto gusto como aquella quieta y solitaria: y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas ellas tiene desechados, y le son desabridos. Y así no hay que temer pena, que si la voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va; pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante en lo inaccesible, que es Dios. Y así la voluntad para ir á Dios mas ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa, que arrimándose. Con esto cumple bien el precepto de amor, que es amar sobre todas las cosas. Lo cual para ser con toda perfeccion ha de ser con esta desnudez y vacío especial de todas.

§ XI.

Tampoco hay que temer, en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras; que pues Dios no tiene forma ni figura, segura va vacía de forma y figura, y mas acercándose á Dios. Porque cuanto mas se arrimare á la imaginacion, mas se aleja de Dios, y en mas peligro va; pues que Dios siendo, como es, incogitable, no cae en la imaginacion. No entendiendo pues estos á las almas, que van ya en esta contemplacion quieta y solitaria, por no haber ellos pasado, ni aun quizá llegado de un modo ordinario de discursos y actos, pensando que están ociosos (porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido animal de la parte sensitiva, no percibe las cosas que son de Dios, como dice san Pablo: *Animalis homo non percipit ea, quæ sunt Spiritus Dei*), les turban la paz de la contemplacion sosegada y quieta que les daba Dios, y les hacen meditar y discurrir, y hacer actos, no sin grande desgana y repugnancia, y sequedad, y distraccion de las mismas almas, que se querrian estar en su quieto y pacífico recogimiento: y persuádenlas á que procuren jugos y fervores, como quiera que les habian de aconsejar lo contrario. Lo cual no pudiendo ellos hacer, ni entrar en ello, como antes, porque ya pasó ese tiempo, y no es ese su camino, desasoséganse doblado, pensando que van perdidas, y aun ellos se lo ayudan á creer, y sécanlas el espíritu, y quitan las unciones preciosas, que en la soledad y tranquilidad Dios las ponia (que como dije es grande daño) y ponen las del duelo y del lodo, pues en lo uno pierden y en lo otro sin provecho penan. No saben bien estos qué cosa es espíritu. Hacen á Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra. Porque le ha costado mucho á Dios llegar estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado á esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderlas hablar al corazon, que es lo que él siempre desea; tomando ya él la mano, siendo ya el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego, haciendo des-

1. Cor., 2.

fallecer los actos discursivos de las potencias, con que trabajando toda la noche no hacia nada, apacentándolas ya en espíritu, y no en operacion de sentido: porque el sentido ni su obra dél no es capaz del espíritu. Y cuanto él precia esta tranquilidad, ó adormecimiento, ó aniquilacion de sentido, échase bien de ver en aquella conjuracion tan notable y eficaz que hizo en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiæ Hierusalem, per capras cervosque camporum, ne suscitetis neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit.* « Conjúroos, hijas de Jerusalen, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordeis ni hagais velar á la amada hasta que ella quiera. » En lo cual da á entender cuanto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales solitarios y retirados. Pero estos espirituales no quieren que el alma repose, ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar á que Dios obre, y que lo que él va obrando se deshaga y borre con la operacion del alma, no echando las raposillas, que destruyen esta florida viña. Y por eso se queja por Isaías, diciendo: *Vos enim depasti estis vineam.* « Vosotros habeis destruido mi viña. » Pero estos por ventura yerran con buen zelo, porque no llega á mas su saber. Pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan, sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma: y si no lo entienden, entremeter su rosca mano en cosa que no saben, no dejándola para quien mejor la entienda. Que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer á una alma perder inestimables bienes por consejo fuera de camino, y dejarla bien por el suelo. Y así el que temerariamente yerra, estando obligado á acertar (como cada uno lo está en su oficio), no pasará sin castigo, segun el daño que hizo. Porque los negocios de Dios con mucho tiento, y muy á ojos abiertos, se han de tratar, mayormente en cosa tan delicada y subida, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinito en errar.

Cant., 3.

Isai., 3.

§ XII.

Pero ya que quieras decir que todavía tiene alguna excusa, aunque yo no la veo, á lo menos no me podrás decir que la tiene el que tratando una alma jamás la deja salir de su poder, por los respetos y intentos vanos que él sabe que no quedarán sin castigo. Pues es cierto que habiendo de ir aquella alma adelante aprovechando en el camino espiritual, á que siempre Dios la ayuda, ha de mudar estilo y modo de oracion, y ha de tener necesidad de otra doctrina ya mas alta que la suya, y otro espíritu. Porque no todos saben para todos los sucesos y casos que hay en el camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; á lo menos no ha de pensar que lo tiene él todo, ni que Dios querrá dejar de llevar aquella alma mas adelante. Así como no cualquiera que sabe desbastar el madero sabe entallar la imágen, ni cualquiera que sabe entallarla sabe perfilarla y pulirla, ni el que sabe pulir sabrá pintarla, ni cualquiera que sepa pintarla sabrá poner la última mano y perfeccion,

porque cada uno destos no puede hacer mas en la imágen de lo que sabe, y si quisiese pasar adelante seria echarla á perder. Pues veamos si tú, siendo solamente desbastador, quieres poner el alma en el desprecio del mundo y mortificacion de sus apetitos, ó cuando mucho entallador, que será imponerla en santas meditaciones, y no sabes mas, ¿cómo llegarás á esa alma, hasta la última perfeccion de delicada pintura que ya ni consiste en desbastar ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios ha de ir en ella haciendo? Y así cierto está que si en tu doctrina, que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que ó ha de volver atrás, ó á lo menos no irá adelante. ¿Porqué en qué parará, te ruego, la imágen, si siempre has de ejecutar en ella no mas que el martillar y debastar, que en el alma es el ejercicio de las potencias, cuando se ha de acabar esta imágen? ¿Cuando, ó cómo se ha de dejar, para que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios? ¿Que te tienes por tan consumado que nunca esa alma habrá menester mas que á tí? Y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no terná talento para pasar mas adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que no dejas salir de tus manos: porque á cada una lleva Dios por diferentes caminos, que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro. ¿Porqué quién habrá como san Pablo, que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Y tú de tal manera tiranizas las almas, y de suerte las quitas la libertad, y adjudicas para tí la anchura y libertad de la doctrina evangélica, que no solo procuras que no te dejen, mas, lo que peor es, que si acaso alguna vez sabes que alguna fué á pedir algun consejo á otro, ó á tratar alguna cosa, que no convendria tratar contigo, ó la llevaria Dios, para que la enseñase lo que tú no la enseñas, te hayas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con como las contiendas de zelos que hay entre los casados, los cuales no son zelos que tienes de la honra de Dios, sino zelos de tu soberbia y presuncion. ¿Porqué cómo puedes tú saber que aquella alma no tuvo necesidad de ir á otro? Indígnase Dios destos grandemente, y promételos castigo por el profeta Ezequiel, diciendo: *Væ Pastoribus Israel... Lac comedebatis, et lanis operiebamini: gregem autem meum non pascebatis, requiram gregem meum de manu vestra.* «No apacentábades mi ganado, sino cubríadesos con la lana, y comíades su leche; yo pediré mi ganado de vuestra mano.» Deben pues estos tales dar libertad á estas almas, y están obligados á dejarlas ir á otros, y mostrarlas buen rostro, que no saben ellos por donde aquella alma la quiera Dios aprovechar, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que la lleva Dios adelante por otro camino, y que ha menester otro maestro, y ellos mismos se lo han de aconsejar, y lo demás nace de necia soberbia y presuncion.

Ezec., 34.

§ XIII.

Pero dejemos ahora esta manera, y digamos otra pestífera que estos ó otros peores que ellos usan. Acaecerá que ande Dios ungiendo algunas almas con santos deseos y motivos de dejar el mundo, y mudar la vida y estado, y servir á Dios, despreciando el siglo (lo cual tiene Dios en mucho haberlos llegado hasta allí, porque las cosas del siglo no son del corazon de Dios), y ellos con unas razones humanas, ó respetos harto contrarios á la doctrina de Cristo, y su mortificacion y desprecio de todas las cosas, estribando en su interes, ó gusto, ó por temer donde no habia que temer, se lo dilatan, ó se lo dificultan, ó, lo que peor es, andan por quitárselo del corazon; que teniendo ellos mal espíritu, y poco devoto, y muy vestido de mundo, y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran, no dejan entrar á otros, como dice nuestro Salvador: *Væ vobis legisperitis, quia tulistis clavem scientiæ, ipsi non introistis, et eos qui introibant prohibuistis.* « ¡Ay de vosotros, que tomastes la llave de la ciencia, y no entrais ni dejais entrar á otros! » Porque estos á la verdad están puestos como tropiezo y tranca á la puerta del cielo, no advirtiendo que los tiene Dios allí para que compelan á entrar á los que Dios llama, como se lo tiene mandado en su Evangelio: y ellos por el contrario están compeliendo á que no entren por la puerta angosta que guia á la vida. Desta manera es él un ciego, que puede estorbar la guia del Espíritu Santo en el alma. Lo cual acaece de muchas maneras, como hemos dicho, unos sabiendo, y otros no sabiendo; mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, pues teniéndolo por oficio están obligados á saber y mirar lo que hacen.

Luc., 11.

Lucæ, 14.

§ XIV.

El otro ciego que dijimos, que podia estorbar al alma en este género de recogimiento, es el demonio, que quiere que como él es ciego tambien el alma lo sea. El cual en estas últimas soledades, en que se infunden las delicadas unciones del Espíritu Santo (de que él tiene gran pesar y envidia, porque se le va el alma de vuelo, y no la puede coger, y ve que se enriquece mucho), procura ponerle en esta desnudez y enajenamiento algunas cataratas de noticias, y tinieblas de jugos sensibles á veces buenos, por cebar mas al alma, y hacerla volver al trato del sentido, y que mire en aquello, y lo abrace á fin de ir á Dios, arrimada á aquellas noticias buenas, y jugos sensibles. Y en esto la distrae, y saca fácilmente de aquella soledad y recogimiento en que el Espíritu Santo está obrando aquellas grandezas secretamente. Y entonces el alma, como es inclinada á sentir y gustar (mayormente si lo anda pretendiendo), facilísimamente se pega á aquellas noticias y jugos, y se quita de la soledad en que Dios obraba. Porque como ella, á su parecer, no hacia nada, parécele esto otro mejor; pues aquí es algo, y allí no. Es gran lástima que no entendiéndose, por comer ella un bocadillo, se quita que

la coma Dios á ella toda, absorbiéndola en unciones de su paladar espirituales y solitarias. Y desta manera hace el demonio, por poco mas que nada, grandísimos males y daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, y sacándola con un poquito de cebo, como al pez del golfo de las aguas sencillas del espíritu, donde estaba engolfada y anegada en Dios, sin hallar pié ni arrimo. Y en esto la saca á la orilla, dándola estribo y arrimo, y que halle pié, y vaya por su pié por tierra, y con trabajo, y no nade por las aguas de Siloe, que van con silencio, bañada en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto desto, que es para admirar; y con ser mayor un poco de daño, que en esta parte hace á muchas almas, apenas hay alma, que vaya por este camino, que no le haga grandes daños, y caer en grandes pérdidas. Porque este malino se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, engañando y cebando al alma con el mismo sentido, atravesando cosas sensibles para que se detenga con ellas, y no se le escape. Y el alma con grandísima facilidad luego se detiene, como no sabe mas que aquello, y no piensa que hay en aquello pérdida; antes lo tiene á buena dicha, y lo toma de buena gana, pensando que la viene Dios á ver; y así deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose á la puerta á ver lo que pasa:

Job, 41. *Omne sublime videt.* «Todo lo alto ojea el demonio, dice Job (es á saber de las almas), para impugnarlo;» y si acaso alguna se le entra en el recogimiento, él con horrores, temores, ó dolores corporales, ó con ruidos ó sonidos exteriores, trabaja por perderla, haciéndola divertir al sonido para sacarla fuera, y divertirla del interior espíritu, hasta que, no pudiendo mas, la deja. Y con tanta facilidad estorba tantas riquezas, y estraga estas preciosas almas, que con preciarlo él mas que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho, por la facilidad con que lo hace, y lo poco que le cuesta.

§ XV.

Job, 40. A este propósito podemos entender lo que dél dijo Dios al mismo Job: *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur, et habet fiduciam, quod influat Jordanis in os ejus; in oculis ejus quasi hamo capiet eum, et in sudibus perforabit nares ejus.* «Sorberá un rio, y no se maravillará: tiene confianza que el Jordan caerá en su boca (que se entiende por lo mas alto de la perfeccion); en sus mismos ojos le cazará como con un anzuelo, y con alesnas le horadará las narices.» Esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, la divertirá el espíritu: porque el aire, que por las narices sale recogido estando horadadas, se divierte por muchas partes. Y mas adelante dice: *Sub ipso erunt radii solis, et sternet sibi aurum quasi lutum.* «Debajo dél estarán los rayos del sol, y derramarán el oro debajo de sí.» Porque admirables rayos de divinas noticias hace perder á las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama de las almas ricas.

¡O, pues, almas! cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro

trabajoso sentido, no os volvais á él. Dejad vuestras operaciones, que si antes os ayudaban para negar al mundo, y á vosotros mismos, cuando érades principiantes, ahora que os hace Dios merced de ser el obrero os serán obstáculo grande y embarazo. Que como tengais cuidado de no poner vuestras operaciones en cosa ninguna, desasiéndolas de todo, y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habeis de hacer en este estado, juntamente con la advertencia amorosa y sencilla, sin hacer ninguna fuerza al alma, si no fuere en desasirla de todo, y levantarla, para que no la turbeis, y altereis la paz y tranquilidad, que con eso Dios os la cebará de refeccion celestial, pues que no se la embarazais.

§ XVI.

El tercer ciego es la misma alma, la cual, no entendiéndose ella misma, se perturba, y se hace el daño. Porque como no sabe sino obrar por el sentido, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como está dicho, como le parece que ella no hace nada, procura mas á lo sensible y expreso hacerlo: y así se distrae, y se llena de sequedad y disgusto, la que antes estaba gozando de la ociosidad de la paz, y silencio espiritual, en que Dios le estaba de secreto poniendo gusto. Y acaecerá que esté Dios porfiando por tenerla en aquella quietud callada, y ella porfiando por vocear con la imaginacion, y por caminar con el entendimiento; como á los muchachos, que llevándolos sus madres en brazos, sin que ellos den paso, van gritando y pateando por irse por su pié: y así, ni andan ellos, ni dejan andar á las madres. O como cuando el pintor está pintando una imágen, que si ella está meneándose, no le deja hacer nada. Ha de advertir el alma que aunque entonces ella no se siente caminar, mucho mas camina que por sus piés, porque la lleva Dios en sus brazos, y así ella no siente el paso. Y aunque ella parece que no hace nada, mucho mas se hace que si ella lo hiciera, porque Dios es el obrero. Y si ella no lo echa de ver, no es maravilla: porque lo que Dios obra en el alma, no lo alcanza el sentido. Déjese en las manos de Dios, y fíese dél, que como esto sea, segura irá que no hay peligro, sino cuando ella quiere de suyo, ó por su traza, obrar con las potencias.

§ XVII.

Volvamos pues al propósito destas cavernas profundas de las potencias en que decimos que el padecer del alma suele ser grande, cuando la anda Dios ungiendo y disponiendo, para unirla consigo con estos sutiles y delicados ungüentos. Los cuales á veces son tan sutiles y subidos, que penetrando lo íntimo del fondo del alma, la disponen y saborean de manera que el padecer y desfallecer en deseo con inmenso vacío destas cavernas, es inmenso. Adonde acabamos de notar que si los ungüentos que disponian estas cavernas para la uncion del matrimonio

espiritual son tan subidos, como habemos dicho, ¿cual será la posesion que ahora tienen? Cierto es que, conforme á la sed y hambre, y pasion de las cavernas, será la satisfaccion, y hartura, y deleite dellas. Y conforme á la delicadez de las disposiciones, será el primor de la fruicion, y posesion del sentir del alma, que es el vigor y virtud que tiene la sustancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias. A estas potencias llama aquí el alma cavernas harto propiamente. Porque como siente que caben en ellas las profundas inteligencias, y resplandores destas lámparas, echa de ver claramente que tienen tanta profundidad cuanto es profunda la inteligencia y el amor: y que tienen tanta capacidad, y senos, cuantas causas distintas recibe de inteligencias, de favores y gozos, todas las cuales cosas se asientan y reciben en esta caverna del sentido del alma, que es la virtud capaz, que tiene para poseerlo, sentirlo, y gustarlo, como digo. Así como el sentido comun de la fantasía es recetáculo de todos los objetos de los sentidos exteriores, así este sentido comun del alma está ilustrado y rico con tan alta y esclarecida posesion.

VERSO IV.

Que estaba escuro y ciego.

Por dos cosas puede el ojo dejar de ver, ó porque está á escuras, ó porque está ciego. Dios es la luz, y el verdadero objeto del alma; y cuando esta no le alumbra, está á escuras, aunque la vista tenga muy subida. Cuando está en pecado, ó emplea el apetito en otra cosa, está ciega; y aunque entonces no falta la luz de Dios, como está ciega no la ve por la escuridad del alma, que es la ignorancia prática que tiene. La cual antes que Dios la alumbrase por esta trasformacion, estaba escura, y ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio, que lo estaba él antes que Dios le alumbrase, por estas palabras: *Ignorantias meas illuminavit.* «Mis ignorancias alumbró.» Y hablando espiritualmente, una cosa es estar á escuras, otra estar en tinieblas. Porque estar en tinieblas es estar ciego en pecado. Pero el estar á escuras puédelo estar sin pecado. Y esto es de dos maneras, conviene á saber, acerca de lo natural, no teniendo luz de algunas cosas naturales. Y acerca de lo sobrenatural, no teniendo luz de muchas cosas sobrenaturales. Y acerca destas dos cosas dice aquí el alma que estaba escuro su entendimiento sin Dios. Porque hasta que el Señor dijo: *Fiat lux*, estaban las tinieblas sobre la faz del abismo de la caverna del sentido El cual cuanto mas es abisal, y de mas profundas cavernas, cuando Dios, que es lumbre, no las alumbra, tanto mas abisales y profundas tinieblas hay en él. Y así esle imposible alzar los ojos á la divina luz, ni caer en su pensamiento, porque nunca la ha visto, ni sabe cómo es; por eso no la podrá apetecer, antes apetecerá las tinieblas, y irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla, porque no puede guiar una tiniebla sino á otra tiniebla. Pues como dice David: *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam.* «El dia rebosa en el dia, y la noche enseña su noche á la noche.» Y así un

abismo de tinieblas llama á otro, y un abismo de luz á otro de luz, llamando cada semejante á su semejante, y así á la luz de gracia que Dios habia dado á esta alma antes, con que la habia abierto los ojos de su abismo á la divina luz, y héchola en esto agradable, llama otro abismo de gracia, que es esta trasformacion divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda muy esclarecido y agradable.

Tambien estaba ciego en tanto que gustaba de otra cosa. Porque la ceguedad del sentido superior, y racional, cáusala el apetito, que como catarata y nube se atraviesa, y se pone sobre el ojo del corazon, para que no vea las cosas que están delante. Y así en tanto que se seguia el gusto del sentido, estaba ciego, para ver las grandezas de riquezas y hermosuras divinas que estaban detrás. Porque así como poniendo una cosa sobre el ojo por pequeña que sea, basta para tapar la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean, así un apetito que tenga el alma basta por entonces para impedirla todas estas grandezas divinas, que están lejos de los gustos y apetitos que el alma quiere. ¿Quién pudiera decir aquí cuan imposible es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son? Porque para acertar á juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y el gusto afuera, y no las ha de juzgar con él; porque vendrá á tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios. Porque estando aquella catarata y nube sobre el ojo del juicio, no ve sino nube, unas veces de un color, y otras de otro, como ellas se ponen; y piensan que la nube es Dios, porque no ven mas que la nube, que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido. Y así el apetito y gustos impiden el conocimiento de las cosas altas, como lo da á entender el Sabio, diciendo: *Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiæ transvertit sensum sine malitia.* Sap., 4. «La junta de la vanidad oscurece los bienes, y la inconstancia del apetito trastorna el sentido, aunque no haya malicia.» Por lo cual los que no son tan espirituales, que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía están algo animales en ellos, crean que las cosas viles y bajas del espíritu, que son las que mas se llegan á sentir, en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa; y las que fueren altas del espíritu, que son las que mas se apartan del sentido, las tendrán en poco, y no las estimarán. Hombre animal es aquel, que todavía vive con apetitos de su naturaleza, que aunque alguna vez toquen en cosas de espíritu, si se quiere asir á ellas con su natural apetito, ya son apetitos naturales. Que poco hace al caso que el objeto sea espiritual, si el apetito sale de sí mismo, y tiene su raiz y fuerza en el natural. Dirásme: ¿Pues cuando se apetece á Dios no es sobrenatural? Digo que no siempre, si no es cuando lo es el motivo, y Dios da la fuerza del tal apetito; y esto es muy diferente. Mas cuando tú de tuyo le quieres tener, en el modo, no es mas que natural. Y así cuando de tuyo te quieres pegar á los gustos espirituales, y ejercitas el apetito tuyo natural, ya pones catarata, y eres animal, y no podrás entender ni juzgar lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito natural. Y si aun tienes mas duda, no sé que te diga,

sino que lo vuelvas á leer, y quizá no la tendrás; que dicha está la sustancia de la verdad, y no se sufre aquí alargarme mas. Este sentido, pues, que antes estaba escuro sin esta divina luz, y ciego con sus apetitos, ya está de manera que sus profundas cavernas, por medio desta divina union

Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido.

VERSO V y VI.

Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido.

Porque estando ya estas cavernas de las potencias tan mirífica y maravillosamente metidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas, que en ellas están ardiendo, estando clarificadas y encendidas en Dios, de mas de la entrega que de sí hacen á él, están enviando ellas á Dios en Dios esos mismos resplandores que tienen recibidos con amorosa gloria, inclinadas ellas á Dios en Dios, hechas ellas tambien lámparas encendidas en los resplandores de las lámparas divinas, volviendo á su Amado la misma luz y calor de amor que reciben. Porque aquí de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que le da, con los mismos primores que él se lo da, como el vidro hace cuando lo embiste el sol. Aunque estotro es en mas subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad *con extraños primores*. Es á saber, extraños, y ajenos de todo comun pensar y de todo encarecimiento. Porque conforme al primor con que el entendimiento recibió la divina sabiduría, es el primor con que lo da el alma. Y conforme al primor con que la Voluntad está unida con la voluntad divina, es el primor con que ella da á Dios en Dios la misma bondad, porque recibe para darlo. Y ni mas ni menos, segun el primor con que en la grandeza de Dios conoce; estando unida en ella luce y da calor de amor. Y segun los primores de los demás atributos divinos que comunica allí al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido espiritual, gozando, está dando á su querido en su querido esa misma luz que está recibiendo dél. Porque estando ella aquí hecha una misma cosa con él, es ella Dios por participacion; y aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle, siendo ella por medio desta trasformacion sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo. Porque la voluntad de los dos es una. Y así como Dios se la están dando con libre y graciosa voluntad, así ella tambien teniendo la voluntad tanto mas libre y generosa cuanto mas unida con Dios en Dios, está como dando á Dios el mismo Dios por amorosa complacencia, que del divino ser y perfeciones tiene. Y es una mística y afectiva dádiva del alma á Dios, porque allí verdaderamente al alma le parece que Dios es suyo, y que ella le posee como hijo adoptivo de Dios con propiedad de derecho, por la gracia que Dios de sí mismo le hizo. Dale

pues á su querido, que es el mismo Dios que se le dió á ella. Y en esto paga todo lo que debe: porque de voluntad le da otro tanto con deleite y gozo inestimable, dando al Espíritu Santo como suya con entrega voluntaria, para que se ame como él merece. Y en esto está el inestimable deleite del alma en ver que ella da á Dios cosa que le cuadre á Dios segun su infinito ser. Que aunque es verdad que el alma no puede dar de nuevo al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí es siempre el mismo, pero el alma perfeta y cuerdamente lo hace, dando todo lo que le habia dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan, y Dios se paga con aquella dádiva del alma, que con menos no se pagará, y lo toma con agradecimiento como cosa suya del alma, que en el sentido dicho se le da, y en ese mismo la ama, y de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma: y así está actualmente entre Dios y el alma un amor recíproco en la conformidad de la union y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos que son la divina esencia, los poseen entrambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por san Juan, Joan., 17.
es á saber: *Omnia mea tua sunt, et tua mea sunt, et clarificatus sum in eis.* Esto es: « Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mias, y clarificado estoy en ellas. » Lo cual en la otra vida es sin intermision en la fruicion, y en este estado de union cuando se pone en acto y ejercicio de amor la comunicacion del alma y Dios, puede hacer el alma aquella dádiva, aunque es de mas entidad que su capacidad y su ser. Porque claro está que el que tiene muchos reinos y gentes por suyas, aunque son mucha mas entidad que él, las puede él dar muy bien á quien quisiere. Esta es la gran satisfaccion y contento del alma, ver que da á Dios mas que ella en sí vale, dando con tanta liberalidad á Dios, asimismo como cosa suya con aquella luz divina y calor de amor que se lo da: lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria y del amor, y en esta por medio de la fe ilustradísima, y encendidísimo amor. Y desta manera

Las profundas cavernas del sentido,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido.

Junto, porque junta es la comunicacion del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo en el alma, que son luz, y fuego de amor. Pero los primores con que el alma se hace esta entrega, habemos aquí de notar brevemente. Acerca de lo cual es de advertir que en el acto desta union, como quiera que el alma goze cierta imágen de fruicion, que se causa de la union del entendimiento y del afecto en Dios, deleitada ella en sí, y obligada hace á Dios la entrega de Dios, y de sí misma en Dios con maravillosos modos. Porque acerca del amor se ha el alma acerca de Dios *con extraños primores*: y acerca deste rastro de fruicion, ni mas ni menos, y tambien acerca de la alabanza, tambien por el semejante acerca del agradecimiento. Y cuanto á lo primero que es el amor, tiene tres primores principales de amor. El primero es, que aquí ama el alma á Dios por el mismo

Dios. Lo cual es admirable primor, porque ama inflamada por el Espíritu Santo, y teniendo en sí misma al Espíritu Santo, como el Padre ama al Hijo, segun se dice por San Juan: *Ut dilectio, qua dilexisti me, in ipsis sit, et ego in ipsis.* «La dilecion con que me amaste, dice el Hijo al Padre, esté en ellos, y yo en ellos.» El segundo primor es amar á Dios en Dios, porque en esta vehemente union se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con grande vehemencia se entrega al alma. El tercero primor de amor principal es amarle allí, por quien él es. Porque no le ama solo, porque para sí misma es largo, bueno y liberal, etc., sino mucho mas fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca desta imágen de fruicion tiene otros tres primores principales maravillosos. El primero, que el alma goza allí á Dios unida con el mismo Dios. Porque como el alma une aquí el entendimiento con la sabiduría y bondad, etc., que tan ilustradamente conoce (aunque no claramente como será en la otra vida grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos. El segundo primor principal desta dilecion es deleitarse ordenadamente solo en Dios, sin otra alguna mezcla de criatura. El tercero deleite es gozarle solo por quien él es sin otra mezcla de gusto propio, ni de otra ninguna cosa criada. Acerca de la alabanza que el alma hace á Dios con esta union, hay otros tres primores. El primero, hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías: *Populum istum formavi mihi, laudem meam narrabit.* «Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas.» El segundo primor es hacerla por los bienes que recibe, y deleite que tiene en el alabar este gran Señor. El tercero es, por lo que Dios es en sí. Porque aunque el alma no recibiese algun deleite, le alabaria por quien él es. Acerca del agradecimiento tiene otros tres primores principales. El primero, agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibido, y todos los beneficios. El segundo es la delectacion grande que tiene en alabar á Dios por via de agradecimiento, porque con grande vehemencia se absorbe en esta alabanza. El tercero es alabanza de agradecimiento solo por lo que Dios es, lo cual es mucho mas fuerte y deleitable.

Joan., 17.

Isai., 34.

CANCION IV.

¡Cuan manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras,
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuan delicadamente me enamoras!

DECLARACION.

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efetos admirables, que él á veces en ella hace por medio desta union, notando tambien el modo con que los hace; y el

efeto que en ella redunda desto. El primer efeto es recuerdo de Dios en el alma; y el modo con que este se hace es de mansedumbre y amor. El segundo es aspiracion de Dios en el alma, y el modo deste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiracion. Y lo que de aquí en el alma redunda, es enamorarla delicada y tiernamente, y así es como si dijera: El recuerdo que haces, ó Verbo Esposo, en el centro y fondo de mi alma, en que secreta y calladamente solo como Señor della moras, no solo como en tu casa, ni solo como en tu mismo lecho, sino tambien como en mi propio seno íntima y estrechamente unido, ¡cuan mansa y amorosamente le haces! (esto es, grandemente manso y amoroso) y en la sabrosa aspiracion que en este recuerdo tuyo haces sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria, ¡con cuanta delicadeza me enamoras y aficionas de tí! En lo cual toma el alma semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira, porque á la verdad ella así lo siente.

VERSO I y II.

Cuan manso y amoroso
Recuerdas en mi seno.

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma, tantas que si las hubiésemos de contar nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar el alma á entender que hace el Hijo de Dios, es á mi ver de los mas levantados, y que mas bien la hace al alma. Porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en lo profundo del alma, de tanta grandeza, señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos, y especies odoríferas, y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo, y todas las potestades y virtudes del cielo se mueven; y no solo eso, sino que tambien todas las virtudes, sustancias y perfecciones, y gracias de todas las cosas criadas relucen, y hacen el mismo movimiento todo á una, y en uno. Porque como dice san Juan: *Spiritus et vita sunt*, « todas las cosas en él son vida. » *In ipso vivimus, movemur, et sumus.* « Y en él viven, y son, y se mueven; » como tambien dice el Apóstol. De aquí es que, queriéndose descubrir este gran Emperador al alma, y moviéndose por esta manera de ilustracion, sin moverse en ella el que, como dice Isaías: *Factus est principatus super humerum ejus*, trae su principado sobre su hombro, que son las tres máquinas celeste, terrestre y infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas, como dice san Pablo: *Verbo virtutis suæ*, « en el Verbo de su virtud, » todas á una parezcan moverse. Al modo que si se moviese la tierra se moverian todas las cosas naturales que hay en ella, así es cuando se mueve este príncipe en el sentido dicho que trae sobre sí su corte, y no la corte á él. Aunque esta comparacion es harto impropia, porque acá no solo parece moverse, sino que tambien descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura, y gracias, y la raiz de su duracion, y vida en

Joan., 6. Act., 17.

Hebr., 1.

él. Porque allí conoce el alma cómo todas las criaturas inferiores y superiores tienen su vida, duracion y fuerza en él, y entiende lo que dice en el libro de la Sabiduría: *Per me reges regnant, per me principes imperant, et potentes decernunt justitiam.* « Por mí reinan los reyes, por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia, y la entienden. » Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios, en cuanto tienen ser criado, y las conoce allí en él con su fuerza, raiz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia de todas ellas que las conoce mejor en este su principio que en ellas mismas. Y este es el deleite grande deste recuerdo, que es conocer los efetos por su causa. Y él como sea este movimiento en el alma, siendo Dios inmoble, es cosa maravillosa. Porque sin moverse Dios, es ella innovada y movida por él, y se le descubre con admirable novedad aquella divina vida, y el ser y armonía de toda criatura, tomando la causa el nombre del efecto que hace. Segun el cual efecto se puede decir que Dios se mueve, como el Sabio dice, que la Sabiduría es mas movible que todas las cosas movibles, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raiz de todo movimiento, y permaneciendo en sí estable, como dice luego, todas las cosas innova; y así lo que allí quiere decir es que la Sabiduría es mas activa que todas las cosas activas. Y así debemos aquí decir que el alma en este movimiento es la movida, y la recordada, y por eso la pone bien propiamente nombre de recuerdo. Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echó de ver, moviendo, rigiendo, y dando ser, virtud, gracias y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual, y presencial, y eminentísimamente, viendo el alma lo que Dios es en sí, y lo que es en las criaturas. Así como quien abriéndole un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así lo que yo entiendo, como se haga en este recuerdo y vista del alma es que la quita Dios algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos, para poder ver lo que él es; y entonces trasluce y divísase (aunque algo escuramente, porque no se quitan todos los velos, pues queda el de la fe) aquel rostro divino lleno de gracias, el cual como todas las cosas está moviendo con su virtud, parece juntamente con él lo que está haciendo. Y este es el recuerdo del alma. Aunque tambien á la verdad, como quiera que todo el bien del hombre venga de Dios, y el hombre de suyo ninguna cosa pueda que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios, y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios. Y así cuando dijo David: « Levántate, Señor, ¿porqué duermes? » es como si dijera: *Exsurge, quare obdormis, Domine?* « Levántanos y recuérdanos, porque estamos caidos y dormidos. » De donde, porque el alma estaba dormida en sueño de que ella jamás pudiera por sí misma recordar, y solo Dios es el que le pudo abrir los ojos, y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama recuerdo de Dios, diciendo: *Recuerdas en mi seno.*

Prov., 8.

Sap., 7.

Psal., 43.

VERSO II.

Recuerdas en mi seno.

Recéurdanos tú, y alúmbranos, Señor mio, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste á hacernos mercedes, y que te acordaste de nosotros. Totalmente es invisible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios en lo íntimo del alma, que es el sueño suyo que aquí dice. Suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias de millares de millares de virtudes, en las cuales parando el alma, y deteniéndose, queda ella terrible, y sólidamente ordenada como huestes de ejércitos, y suavizada y agraciada en aquel que encierra todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicacion en la carne, que en efeto no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer. Pues que de solamente ver la reina Ester al rey Asuero en su trono con vestiduras reales, y resplandeciendo el oro y piedras preciosas, temió tanto de verle tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí, diciendo: *Vidi te, Domine, quasi Angelum Dei, et conturbatum est cor meum præ timore gloriæ tuæ.* «Que por el temor que le hizo su gran gloria, porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias, desfalleció;» porque la gloria oprime al que la mira, cuando no le glorifica, ¿pues cuanto mas habia el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que conoce, sino al mismo Dios, y Señor de los ángeles, con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas, y de terrible poder y gloria, y voz de multitud de excelencias? De la cual dice Job: *Cum vix parvam stillam sermonis ejus audierimus, quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri?* «Si apenas podemos oir un pequeño silbo della, ¿cómo se podrá sufrir la grandeza de su trueno?» Y en otra parte dice: *Nolo multa fortitudine contendat mecum, ne magnitudinis suæ mole me premat.* «No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza.» Pero la causa porque el alma no desfallece, y teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso, es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfeccion, como aquí está, en el cual está la parte inferior muy purgada, y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele tener el espíritu no purgado y dispuesto para recibirlas. La segunda, y mas principal causa, es la que se dice en el primer verso, que es mostrarse Dios manso y amoroso. Porque así como él muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla así, la favorece y conforta, amparando al natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor. Lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moisen, para que viese su gloria. Y así tanta mansedumbre y

Esther, 15.

Job, 26.

Job, 23.

amor siente el alma en él, cuanto poder y señorío, y grandeza; porque en Dios es todo una misma cosa. Con lo cual es el deleite fuerte, y el amparo fuerte en mansedumbre y amor, para sufrir fuerte deleite. De donde el alma queda poderosa y fuerte, antes que desfallecida. Que si la reina Ester se desmayó, fué porque al principio el rey se le mostró no favorable, sino, como allí dice, con los ojos ardientes y encendidos, le mostró el furor de su pecho. Pero luego que la favoreció, y estendió su cetro tocándola con él, y abrazándola, volvió sobre sí, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así habiéndose aquí el rey del cielo, desde luego con el alma como su Esposo y hermano no teme el alma. Porque en mostrándole en mansedumbre y no en furor la fortaleza de su poder, y el amor de su bondad, la comunica la fortaleza y amor de su pecho, saliendo á ella de su trono como esposo de su tálamo, donde estaba escondido y inclinado á ella, tocándola con el cetro de su Majestad, y abrazándola como hermano, y allí las vestiduras reales y fragrancias dellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor de oro que es la caridad, y lucir las piedras preciosas de las noticias sobrenaturales; y allí el rostro del Verbo lleno de gracias, que embisten y visten á la Reina del alma, de manera que trasformada ella en estas virtudes del Rey del cielo, se ve hecha Reina, y que se puede con verdad decir della lo que dice David: *Astitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate.* «La Reina estuvo á tu diestra con vestiduras de oro, cercada de variedad.» Y porque todo esto pasa en lo profundo del alma, dice ella luego: *Donde secretamente solo moras.*

Psal., 44.

VERSO III.

Donde secretamente solo moras.

Dice que en su seno mora secretamente, porque, como habemos dicho, en el fondo de la sustancia del alma y potencias se hace este dulce abrazo. Es pues de saber que Dios en todas las almas mora, secreto y encubierto en la sustancia dellas, porque si esto no fuese no podrian ellas durar. Pero hay mucha diferencia en este morar, porque en unas mora agradado, y en otras mora desagradado: en unas mora como en su casa, mandando y rigiéndolo todo: y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar ni hacer nada. Donde menos apetitos y gustos propios moran, es donde él mas solo, mas agradado, y mas como en casa propia mora, rigiéndola, y gobernándola; y mora tanto mas secreto cuanto mas solo. Y así en esta alma, en que ya ningun apetito mora, ni otras imágenes, ni formas de otras cosas criadas, secretísimamente mora con tanto mas íntimo interior y estrecho abrazo, cuanto ella está mas pura y sola de otra cosa que Dios, y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni entendimiento alguno alcanzar bien á saber cómo es. Pero á la misma alma en esta perfeccion no le está secreto que siempre le siente en sí: si no es se-

gun estos recuerdos, que cuando los hace le parece al alma que recuerda él que estaba dormido antes en su seno, que aunque le sentia y gustaba era como el Amado dormido en el seno. ¡O cuan dichosa es esta alma, que siempre siente estar Dios reposando y descansando en su seno! ¡O cuanto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad, porque una motica no inquiete ni remueva el seno del Amado! Allí está de ordinario como dormido en este abrazo con el alma, al cual ella muy bien siente, y de ordinario muy bien goza. Porque si estuviese en ella como recordado, que seria comunicándole las noticias, y los amores, ya seria estar en gloria. Porque si una vez que recuerda, tan solamente abriendo el ojo, pone tal al alma, ¿qué seria si de ordinario estuviese en ella bien despierto? En otras almas que no han llegado á esta union, aunque no está desagradado, por cuanto aun no están bien dispuestas para ella, mora secreto; porque no le sienten de ordinario, si no es cuando él las hace algunos recuerdos sabrosos, aunque no son del género deste, ni tienen que ver con él. Pero al demonio y al entendimiento no le está tan secreto como estotro; porque todavía podria entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la union no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones por no ser él totalmente espiritual. Mas en este recuerdo que aquí el Esposo hace en esta alma perfecta, todo es perfecto, porque él lo hace todo en el sentido dicho. Y entonces en aquel excitar y recordar al modo de cuando uno recuerda y respira, siente el alma la respiracion de Dios, y por eso dice: ***Y en tu aspirar sabroso.***

VERSO IV, V y VI.

Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuan delicadamente me enamoras!

En aquel aspirar de Dios yo no querria hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no le tengo de saber decir, y pareceria menos si lo dijese. Porque es una aspiracion que Dios hace al alma, en que en aquel recuerdo del alto conocimiento de la deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporcion, que es la noticia que la absorbe profundísimamente, enamorándola delicadísimamente, segun aquello que vió. Porque siendo la aspiracion llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamora de sí sobre toda gloria y sentido, y por eso lo dejo.

SUBIDA

DEL MONTE CARMELO.

I.

En una noche escura
Con ansias en amores inflamada,
¡O dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

II.

A escuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada;
¡O dichosa ventura!
¡A escuras, y en zelada,
Estando ya mi casa sosegada!

III.

En la noche dichosa
En secreto que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia,
Sino la que en el corazon ardia.

IV.

Aquesta me guiaba
Mas cierto que la luz de medio dia
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabia
En parte donde nadie parecia.

V.

¡O noche que guiaste,
O noche amable mas que el alborada,
O noche que juntaste
Amado con Amada,
Amada en el Amado trasformada!

VI.

En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

VII.

El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.

VIII.

Quedéme, y olvidéme;
El rostro recliné sobre el Amado;
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

CANCIONES

ENTRE EL ALMA Y CRISTO SU ESPOSO.

ESPOSA.

I.

¿Adonde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.

II.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno, y muero.

III.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

IV.

¡O bosques y espesuras,
Plantadas por la mano de mi amado!
¡O prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotras ha pasado.

LAS CRIATURAS.

V.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

VI.

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
No quieras enviarme
De hoy mas ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

VII.

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo.
Y todas mas me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que queda balbuciendo.

VIII.

¿Mas cómo perseveras,
¡O alma! no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes
De lo que del Amado en tí concibes?

IX.

¿Porque, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Porqué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

X.

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y veante mis ojos,
Pues eres lumbre dellos,
Y solo para tí quiero tenellos.

XI.

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura,
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura,
Sino con la presencia y la figura.

XII.

¡O cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados,

XIII.

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Y al aire de tu vuelo fresco toma.

ESPOSA.

XIV.

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios temerosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;

XV.

La noche sosegada
En par de los levantes de la Aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora;

XVI.

Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.

XVII.

A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Alto que de centella
Aladobado vino
Emisiones de bálsamo divino.

XVIII.

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí, que antes seguia.

XIX.

Allí me dió su pecho;
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa;
Yo le di de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

XX.

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

XXI.

Pues ya si en el egido
De hoy mas no fuere vista ni hallada,
Direis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fuí ganada.

XXII.

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mio entretejidas.

XXIII.

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

XXIV.

Cuando tú me mirabas,
Tu gracia en mí tus ojos imprimian,
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.

XXV.

No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Despues que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

XXVI.

Cogednos las raposas
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

XXVII.

Detente, cierzo muerto;
Ven, austro, que recuerdas los amores;
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO.

XXVIII.

Entrado se ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

XXIX.

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

XXX.

A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de la noche veladores.

XXXI.

Por las amenas liras,
Y canto de sirenas os conjuro,
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma mas seguro.

ESPOSA.

XXXII.

O ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Mora en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.

XXXIII.

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo,
Mas mira las campañas,
De la que va por ínsulas estrañas,

ESPOSO.

XXXIV.

La blanca palomica
A la arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado,
En las riberas verdes ha hallado.

XXXV.

En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido;

Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

XXXVI.

Gozémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos mas adentro en la espesura.

XXXVII.

Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.

XXXVIII.

Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,
Y luego me darias,
Allí tu, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.

XXXIX.

El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena,
Con llama que consume y no da pena.

XL.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.

FIN.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.